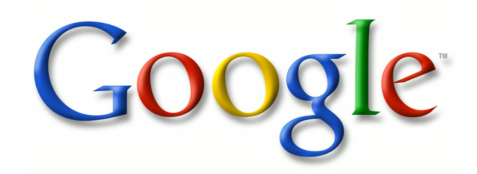
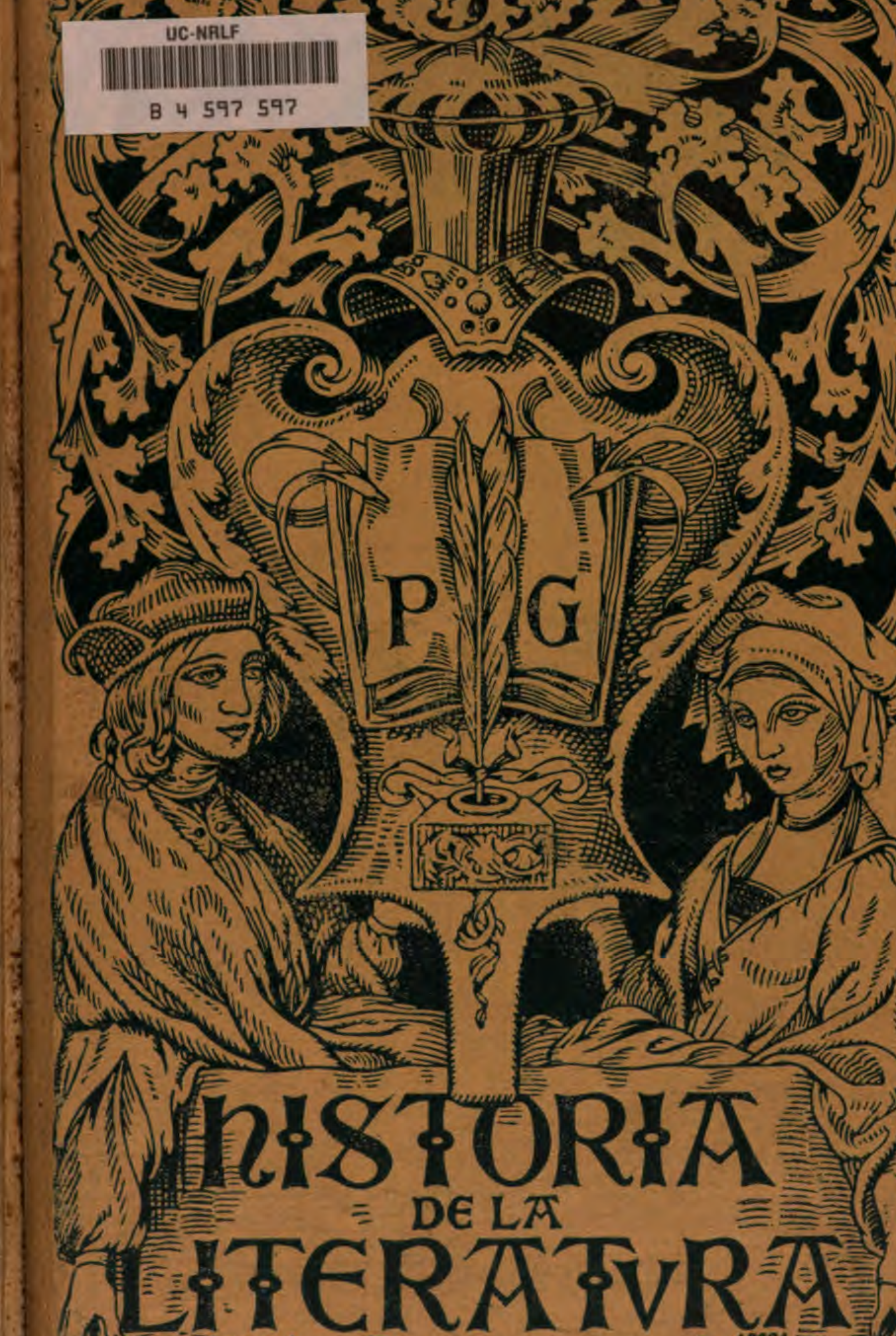
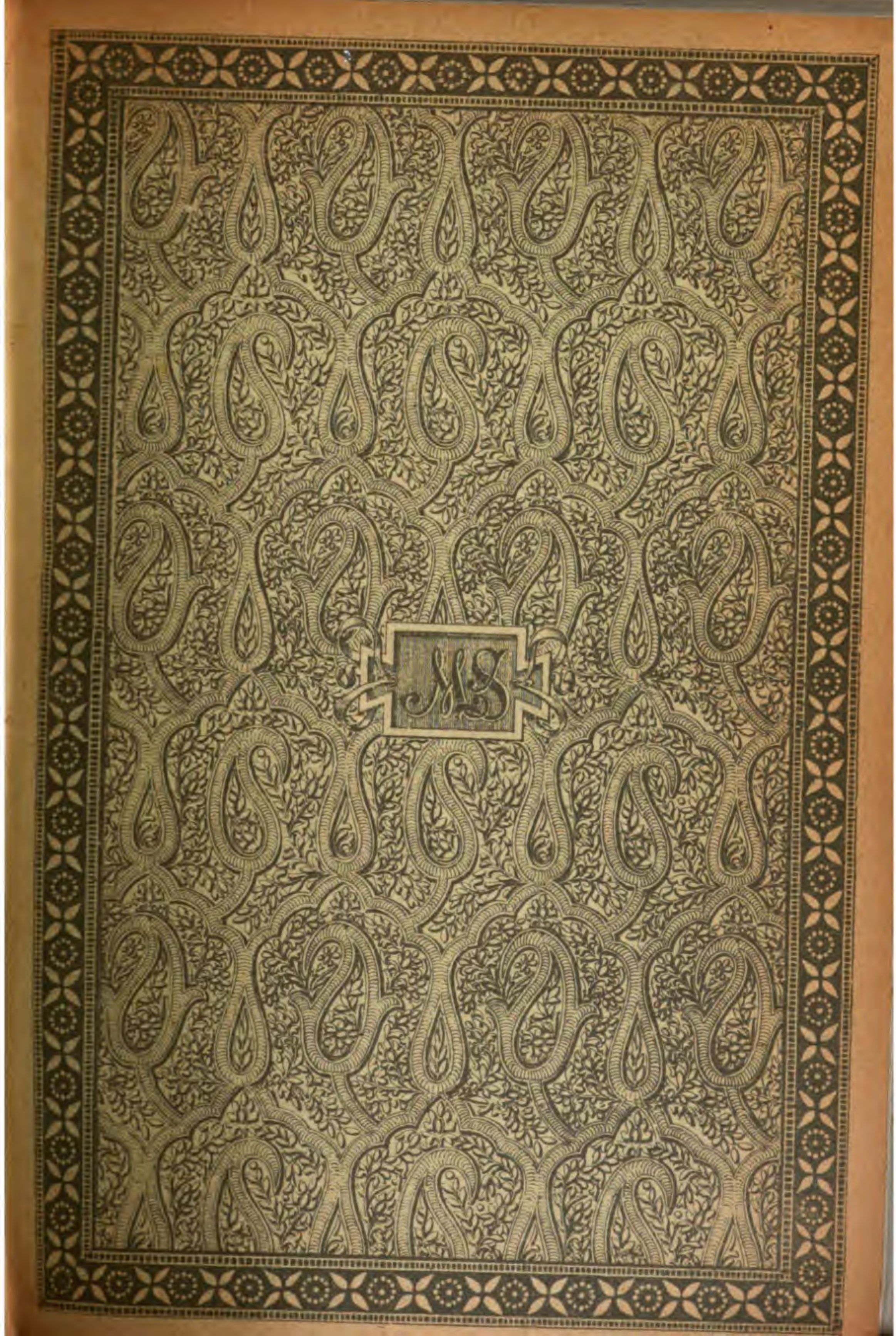




UC-NRLF
B 4 597 597
P
G
HISTORIA
DE LA
LITERATURA



BERKELEY
LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA


MS

HISTORIA

DE LA

LITERATURA



HISTORIA

DE LA

LITERATURA

POR

POMPEYO GENER

MIEMBRO DE LA SOCIEDAD DE ANTROPOLOGÍA DE PARÍS

EDICIÓN ILUSTRADA

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309 Y 311

1902

Á MI BUEN AMIGO

EL DISTINGUIDO ESCRITOR JOSÉ LEÓN PAGANO

en prueba de alta estima.

EL AUTOR

PREFACIO

Esta obra que damos al público no es más que un boceto, el plan de una obra que pensamos escribir hace ya mucho tiempo y cuyos materiales tenemos acumulados y clasificados: una obra en la cual se describa la evolución de la expresión del pensamiento y del sentimiento humanos, desde que el hombre inventó los medios para fijar dicho pensamiento y los sentimientos que le acompañaban. Dicha obra nos proponemos hacerla en varios volúmenes y su publicación será cuestión de algunos años; pero como quiera que tan ardua tarea necesita una larga preparación, avanzamos en esta obra un resumen al alcance de todas las inteligencias de lo que deberá ser aquélla, caso de que algún día nos decidamos á publicarla.

Ahora tócanos entrar á indicar las lineaciones generales de nuestro plan, antes de entrar en materia, especializando cada literatura de por sí.

La Humanidad empezó á civilizarse en varios centros diferentes y en épocas distintas. No ha habido un solo foco de civilización, ni una sola línea de evolución progresiva. Ha habido varias lineaciones, varias series paralelas que á veces se han juntado, y que tan sólo en la época presente influyen de un modo general las unas en las otras. No obstante, han existido grandes focos de civilización, convergentes, ó mejor dicho, producidos por convergencia; tales han sido: Babilonia, el Egipto, el Imperio Greco-Alejandrino, Roma, la Córdoba de los Omeiadas, el Renacimiento, etc.

Empezaremos por las dos series más antiguas: la de los Koushitas y los Semitas, y la amarilla ó china. La primera serie da lugar á la civilización y por tanto á la literatura Egipcia en el Africa, y en el Asia á la Accadiana-Soumir ó Schumir, á la que se llama hoy en el mundo científico literatura presemita, y luego á la Semítica propiamente dicha, ó sea la literatura Caldea, Babilónica, Asiria, Siria, Fenicia, Judaica, Arabe preislamita, etc.

Ocupándonos de la segunda, veremos la antigüedad de la manifesta-

ción gráfica del pensamiento en la primera de las razas mogólicas que se civilizara, la China, y esto nos preparará el terreno para hallar después los orígenes de la literatura Japonesa en las edades ya próximas á la edad moderna y en la época contemporánea.

Después de haber presentado el desarrollo de las letras en estas dos antiquísimas series, entraremos en otra, que es la que ha dado origen á todas las literaturas superiores de la Humanidad, así en el Asia como en Europa y en América. Esta es la serie Aria, la de la principal y superior de las razas humanas, fuente y origen de todas las grandes civilizaciones humanitarias y nobles, la que ha sido esencialmente evolutiva y ha presidido el progreso en el planeta Tierra. De esta raza salieron los Indos, los Persas, los Wendos ó Leto-Eslavos, los Germanos, los Celtas, los Griegos y los Romanos con sus magníficas literaturas, que han sido y son la obra artística de mayor valía de la especie humana.

Dentro de esta raza, cogiendo la línea superior, seguiremos á los emigrantes hasta el país de la Hélada en Europa, y allí entraremos de pleno en la literatura Griega, la cual aún no ha sido superada.

Antes de entrar en Grecia, nos remontaremos á las dos ramas Arias que se quedaron en el Asia, siguiendo á los Arios Indos en el desarrollo de su exuberante literatura, y á los Iranios, á los cuales presentaremos como un ejemplo de virilidad y de arte fuerte y sano con su *Zend Avesta*.

Llegados aquí, tendremos que recurrir ya á la confluencia de literaturas semitas y presemitas, antes apuntadas, que influyen sobre las literaturas arias, especialmente sobre la serie greco-latina, preparando el advenimiento del Cristianismo. Una de esas confluentes, que especialmente estudiaremos, será la Judaica. Roma y Alejandría veremos que son los focos de fusión del espíritu oriental con el alma de Occidente, influyendo allí sobre el greco-latinismo, no sólo las literaturas semíticas y presemíticas, sino también las de la otra rama Aria, las letras persas é índicas. Veremos la literatura Romana en todo su esplendor, decayendo, hasta la invasión de los Bárbaros, y la literatura Griega ya decadente de Alejandría degenerar en cabalística, mística y simbólica, hasta anularse por completo en la corriente pérsico-arábiga, que brilla y triunfa cuando decae el esplendor latino. Y de paso echaremos una ojeada sobre las letras griegas estacionadas en Bizancio.

Veremos surgir la literatura Cristiana de los elementos greco-latinos y judaicos, y alcanzar una edad de oro en el cuarto siglo. Y entonces tendremos que remontarnos á otra de las ramas Arias que habíamos dejado en el olvido, la cual fijándose en el Norte de Europa, tardó más en desarrollar sus aptitudes literarias. Hablamos de los Germanos y Sajones.

Éstos, haciendo irrupción sobre el Imperio, lo destruyen; pero convirtiéndose al Cristianismo añaden un elemento propio á la civilización, y dan origen á las nacionalidades y á las literaturas europeas de la Edad Media y de la época moderna.

Una vez llegados al establecimiento de los Germanos en el territorio del Imperio latino, dirigiremos una ojeada hacia Oriente; pues mientras en Europa, durante la primera mitad de la Edad Media, reina la barbarie más espantosa, en Asia hay focos de civilización espléndida.

Y uno de ellos, el pérsico-arábigo, es el que conservando el arca santa de la Filosofía y de la cultura griega, que tomara de Alejandría, viene á esparramarlo en la triste Europa de la edad bárbara, entrando por España. La China y el Japón llegan al colmo del saber y de las letras bajo el imperio de monarcas liberales ilustrados, y llega para ellos la época del apogeo del Teatro, el cual afecta un realismo como jamás se haya visto.

También florece en esta baja época el Teatro en la India; y allí toma un carácter fatalista, efecto de la literatura Budista que está en boga. En cuanto á la acción, viene á ser detallista y complicada hasta la exageración de la multiplicidad de los detalles. Las leyendas más fantásticas se desarrollan en él en medio de una magnificencia colorista deslumbradora.

En el movimiento pérsico-arábigo veremos cómo Bagdad llega á ser una cosmópolis oriental, en que florecen con las ciencias y las artes las letras, con un esplendor hasta entonces desconocido. Conservando el arca santa de la Filosofía y de la cultura griega que tomaron de Alejandría y de Bizancio, al predominar los Abasidas, vienen los Arabes á esparramarla en Europa, entrando por España. Y presentaremos el florecimiento de esa literatura científica y filosófica de la Escuela de Córdoba con el *Gran Comentario de Aristóteles* y todo el *Filsafet*, y pronto veremos desarrollarse la poesía caballeresca y amatoria entre los Arabes de la península ibérica.

Luego presentaremos el cuadro de la formación de las lenguas neo-latinas en la Europa cristiana. Descubriremos el ascendiente universal de la Iglesia y de la idea religiosa, explicando de paso la formación de esa preciosa y poética *Leyenda dorada de los Santos*, cuya recopilación es atribuída á Jaime Vorágine, y describiremos el advenimiento de la poesía popular con las canciones de gestas, la fusión del genio céltico y del germánico, la del genio godo y árabe; los Romances de los *Caballeros de la Tabla redonda*; los romances caballerescos cual los del *Romancero del Cid* en España, y la extraordinaria influencia de ese movimiento en las costumbres.

Llegamos al siglo XIII. Las letras florecen en toda Europa. La Filosofía en la Montaña de Santa Genoveva despierta con el *nominalismo*. La esco-

lástica le opone el *realismo* teológico. La Jurisprudencia se formula ya en cada nación respectiva, y la Poesía y las Bellas Letras tienen con las *Cortes de Amor* una expansión magnífica en Provenza y en Cataluña. Aquí entraremos á describir la vida literaria en tiempo de los trovadores y el origen de los *Juegos Florales* y de la *Gaya Ciencia*. Y luego pasaremos á estudiar los preludios de la *Poesía Castellana*, despertada por la de los trovadores catalanes y provenzales, y compararemos éstos con los *Minnæsinger* alemanes. Y luego trataremos, con la importancia y el entusiasmo que se merece, ese movimiento italiano que empieza en los hermanos del *Evangelio Eternal*, entre los cuales se cuenta al dulce San Francisco, acabando en el Dante y su poema la *Divina Comedia*, síntesis de la época medioeval, sin que nos olvidemos del Petrarca.

El siglo XIV se presenta con aspecto sombrío; estudiaremos su locura, locura que no es más que el preludio, los dolores de parto, del Renacimiento de la Antigüedad enterrada por la Barbarie. La antorcha de la Civilización pasa de manos de los Provenzales á los Catalanes, y de éstos á los Italianos. Un primer renacimiento se muestra ya á partir del Dante y del Petrarca.

España continúa con sus romances caballerescos y sus cuentos incoherentes, sus proverbios y sus crónicas, y nace con *La Celestina* el primer ensayo de drama.

Inglaterra también tiene cuentistas de una fantasía barroca, como Chaucer y otros, hasta que por fin, con la caída de Constantinopla, la Imprenta, la toma de Granada y el descubrimiento de las Américas, empieza una nueva era para el pensamiento humano, y las letras con las artes adquieren una expansión magnífica. Ya estamos en el Renacimiento.

Aquí dedicaremos toda nuestra atención á presentar cómo y de qué manera resucitó la Antigüedad Pagana, y la exuberancia del movimiento, conocido en las letras con el nombre de Humanismo, y que no es obra sólo de Italia, sino de Francia, de España y de Alemania. El Humanismo, como el Renacimiento, del cual es consecuencia lógica, son apoyados por los papas, y esto provoca una protesta en un monje alemán que opone al Renacimiento greco-latino la Reforma. Investigaremos como es debido la génesis del Protestantismo, y haremos ver con datos serios cómo no fué un adelanto, sino un retroceso hacia el Judaísmo jehovista; y literariamente vino á substituir el salmo y la plegaria seca á la abundosa y brillante literatura que ya volvía á inspirarse en la Naturaleza. Fué una protesta del Norte contra el Sur de Europa, del espíritu germánico contra el genio greco-latino. Mostraremos los efectos literarios del Renacimiento y de la Reforma en toda Europa y su marcha paralela y antagónica. Gracias á este

antagonismo, la Reforma provoca un fanatismo católico en España. Ignacio de Loyola sale y la Inquisición paraliza las conciencias quemando los cuerpos de los que piensan. El Concilio de Trento viene á dar leyes al clero, y durante todo el siglo XVI la lucha es cruenta. Y no obstante, veremos la actividad prodigiosa de los talentos y de los genios en medio de tan tremendas luchas, como si el Santo Espíritu emitiera sus magníficas emanaciones en medio del fragor de las batallas.

Aquí presentaremos á las literaturas Francesa é Inglesa influídas por esos vaivenes. Inglaterra se concentra en un gran genio dramático Shakespeare. También son influídas Portugal y España. Portugal tiene su Camoëns; España, la literatura más abundante y enérgica que vieron los siglos. El drama prepondera y aparecen Calderón, Lope de Vega y mil otros. Un espíritu claro, un gran genio ve el mal de su nación y lo simboliza en dos tipos, *Don Quijote* y *Sancho Panza,* obra inmortal que pone á Cervantes por encima de todos los genios de su época.

La miseria y la truhanería son el resultado de las cruentas guerras que sostiene la España de los Austrias, y surge la *novela picaresca*. Han llegado los tiempos de Quevedo; después de lo cual viene ya la decadencia con el Culteranismo, encarnándose en el caballero Marín en Italia y en Góngora en España. Dos grandes filósofos quedaron de este período: Huarte con su *Examen de ingenios* y Gracián con su *Tratado del Héroe*, tanto que este último inspira hoy á casi toda la actual literatura filosófica europea.

Decaída la literatura en España, verémosla levantarse en Francia, inspirada, primero en la italiana y después y más principalmente en la española de los buenos tiempos.

Veremos cómo dos genios, Rabelais y Montaigne, preparan el período clásico. Gassendi, llegado á París de la Provenza, y Campanella, de Nápoles, de donde escapara de los calabozos de la Inquisición española, son bien acogidos por Luis XIII, y con sus enseñanzas preparan un *neoepicurismo literario*. Su primer discípulo es el genial Cyrano de Bergerac, mosquetero, filósofo, físico, músico, poeta, dramaturgo y novelista. Forma por sus sátiras el tránsito entre los neoepicúreos y los *grotescos,* mientras con Corneille, Racine y Molière florece el drama y la comedia; y por fin veremos surgir la fábula con Lafontaine.

Aquí haremos una digresión para comparar la marcha ascendente de las Letras en Francia y su decadencia en Alemania en dicho período. Tanto prepondera Francia, que todas las naciones europeas tienden á imitarla, olvidando su originalidad nacional.

En Inglaterra el Protestantismo mató la literatura y aparece sólo Milton con su *Paraíso perdido*. En Francia se presentan dos tendencias parale-

las. Influyendo en Alemania, á su vez es influída por la decadencia de ésta, que pone en boga una poesía bucólica con idilios de abanico. Y paralelamente las ideas de Gassendi y de Campanella, las *boutades* filosóficas de Cyrano de Bergerac, las digresiones físicas de Roault, dan lugar á pensadores tan grandes como Descartes primero, y luego Voltaire, J. J. Rousseau, Diderot, d'Holbach y otros. Venidas entonces de Inglaterra las teorías de Bacon y de Locke, engendran la corriente liberal en la literatura Francesa, y veremos cómo se desarrolla con *La Enciclopedia*. Y mostraremos cómo Francia transmite esta corriente al resto de Europa. La hegemonía literaria de Francia dura hasta 1789. Describiremos rápidamente la tormenta revolucionaria y cómo después la dirección intelectual pasa á Alemania.

¡Admirable explosión la del intelecto alemán! Todas las ideas críticas de nuestra era están preludiadas por sus filósofos y sus poetas. Aquí nos detendremos en dos personalidades geniales, dos grandes poetas filósofos, el uno místico y el otro naturalista: Novalís y Gœthe.

Después de estos dos genios y de otros poetas y críticos veremos empezar nuestro siglo con Kant y Hegel, éste dando lugar á toda una escuela que se fracciona y se divide y cuya izquierda produce á Feuerbach y otros que sólo ahora empiezan á ser comprendidos.

Entre este movimiento surge un hombre y un libro, Max Stirner y su *Unico*. Parece aislado y sin consecuencias. Sólo tiene una filiación de lejos con Hume. Y pasa inadvertido, hasta que á fines del siglo XIX produce la explosión del *Anarquismo*.

De la extrema izquierda Hegeliana, al tiempo que reinaba el Romanticismo en la novela, el pensamiento alemán vuélvese materialista y aparecen Moleschott y Buechner.

El movimiento romántico lo veremos partir de Alemania é invadir todo el Continente europeo y las Islas Británicas. Presentaremos su transformación en Francia, en Inglaterra, en España, en Italia, en Polonia y en Rusia, y veremos luego el carácter peculiar que afecta en los Países Escandinavos. En los países de la Europa central se pierde el Romanticismo por un exceso de imaginación no apoyada en la observación de los hechos.

En tanto el espíritu científico de observación, que en Alemania había afectado la forma materialista, en Francia afecta la forma positivista, y surgen Comte, Littré y Taine. En Inglaterra se desarrolla la literatura científica en el sentido evolucionista y aparecen Darwin, Spéncer, Lyell-Tylor, Lubbock, etc.

En Italia, los fisiólogos deterministas predominan, siguiendo al gran fisiólogo francés Claudio Bernard, el cual influye á toda una literatura.

Este movimiento de ciencias físico-naturales reacciona sobre el Romanticismo, y aparece primero el *Realismo*, que pronto se acentúa con Zola y *sus discípulos de Medán*, y el *Naturalismo* con pretensiones de literatura experimental se afirma, pero en breve degenera en una literatura baja, sucia y acanallada. Entonces surge la protesta de *los literatos psicólogos*, al frente de los cuales marcha Pablo Bourget. Después de éste aparecen mil escuelas. Unos pretenden continuar y aun extremar á Renán, genio único, panteísta filósofo, que no deja escuela, sino que funde su espíritu en el espíritu literario general de su época. Otros se llaman *decadentes*, *delicuescentes*, *simbolistas*, y hacen gala de bizantinismo inocente ó de miopia alfabética, confundiendo los sonidos con los colores y la vista con el oído. Llega á sostenerse que el fin de la literatura es el de producir meras sensaciones vagas, estados indefinidos de la sensibilidad, cual si fuera música.

Una reacción vital se produce. Las teorías que de Inglaterra y de Alemania vienen y contribuyen á desarrollarla.

En Inglaterra y en el Norte América, Carlyle, Emerson y Ruskin, todos ensalzan la personalidad humana predicando el que se tienda á la vida, á la vida superior; Carlyle proclamando la excelencia de *los Héroes*, Emerson con sus *hombres sobre-humanos*, Ruskin con sus *Capitanes de la producción*. Los tres tienen un optimismo activo, que al pasar al Continente entusiasma á la juventud intelectual europea.

De Alemania llega Nietszche con su teoría del *Superhombre;* la especie humana debe producir una superior, ya que el progreso existe y las especies se transforman, y proclama la *Aristocracia de la inteligencia*. Así este pensador como los tres anteriores, todos no han hecho más que desarrollar el germen ideológico que sembrara, desde Tarragona, nuestro ilustre Gracián con *El Héroe* y *El discreto*.

Del Norte, de los Países Escandinavos, en los que el Romanticismo había tomado formas más serias, llega su refuerzo á esta tendencia de enaltecimiento de la personalidad humana, y aparecen en el Teatro las obras de Ibsen, de Biorson y de Strinberg, en las cuales se glorifica el individualismo á lo Stirner, se condenan la igualdad y las mayorías, y se santifica la acción.

Siguen estas tendencias los Alemanes con Hauptmann, los Italianos con D'Annunzio, Robetta, Giacosa, etc., y los Rusos, que estaban sumidos en el pesimismo nihilista de los Tolstoi, de Dostoyewsky y otros, ven un renacimiento en los discípulos de Nietzsche, Moirejowsky, Fofanof y Gorki, que tienen un optimismo humano, viril, al querer unir con las teorías de esfuerzo y de lucha de Nietzsche las del Amor y la Caridad que les legara el Cristianismo.

Cataluña, en España, es la que marcha al frente del progreso, no decayendo, como la mayor parte de las demás regiones, y surge aquí un movimiento literario en lengua catalana, que primero es una mera evocación de la literatura medioeval de los trovadores, pero que luego, de un lado, crece una corriente fresca y espontánea, aunque un tanto grosera, en lo que podría llamarse musa popular, cuyas producciones van del idilio al poema, del sainete al drama. Y no tarda en iniciarse un movimiento á la moderna, viniendo á inspirarse los autores en las literaturas Francesa, Alemana y Escandinava.

En el resto de España las letras viven de gloriosos recuerdos del pasado, ó son sólo serviles imitaciones de los géneros importados de Francia.

Las Américas latinas empiezan á estudiar la literatura europea y adoptan sus corrientes. Quieren ir con el siglo y rechazan lo que les llega de la antigua patria por atrasado ó retrógrado. En Buenos Aires, en Chile, en Méjico y en otros puntos florecen ingenios que superan á los de Castilla por su orientación y su forma, sobre todo en la poesía lírica y la crítica.

En Oriente el Japón, civilizándose de repente, vuelve á tener una literatura de primera fuerza. Súrgenle novelistas que pueden competir y aun superar á los europeos, y el drama se modifica en sentido moderno.

Y por fin veremos cómo hoy todas estas tendencias se compenetran y se influyen, las pasadas como las presentes, y de todos esos esfuerzos diferentes sale por convergencia una unidad que hace esperar para el porvenir el florecimiento de una gran literatura humana, á la vez sabia y artística, filosófica y poética, real y heroica.

Este es el plan de nuestra obra, cuyas lineaciones nos han sido sugeridas por el mismo curso de los hechos.

Ahora debemos advertir que nuestro trabajo es sólo una recopilación, un *recueil,* como en francés se dice, de los sabios estudios hechos por los monografistas de las diversas literaturas humanas. Si algún mérito hay en nuestro libro, es sólo el de haber hecho el plan general, el de haber concebido é inducido la marcha, ya directa, ya ondulante, ya ramificada, ya regresiva, progresiva en general, de la literatura en los diversos pueblos y en las diversas civilizaciones. Así, valiéndonos de una frase gráfica, podríamos decir que el esqueleto es nuestro, pero los tejidos que lo cubren son de los especialistas, ó bien que hemos arquitecturado el edificio con materiales de construcción ajenos, y luego lo hemos decorado con adornos adecuados, dando relieve é importancia á las partes que lo merecían.

Así hemos hecho aquellas síntesis, aquellos desarrollos ó estudios comparativos, aquellas inducciones filosóficas que hemos creído pertinentes según los asuntos. Y por lo que toca á las épocas moderna y contemporánea, allí nos hemos ya explanado más según nuestras ideas, pues han caído ya de lleno en los estudios hechos por nosotros mismos directamente.

Además hemos de hacer constar que nuestra obra es sólo una *Reseña*, pues en ella pasamos sólo revista á las diversas literaturas que los varios estados de civilización han producido en el transcurso de los tiempos, sin venir á grandes síntesis ni extendernos en estudios comparados ó en grandes comentarios. En muchos casos nos abstenemos de dar opinión sobre escritores y escritos, dejando al lector que la deduzca. Además hemos tenido que omitir, por falta de espacio, mucho que era digno de ser tratado, siempre que no ha constituído la parte principal de toda una literatura; tal ha pasado con los Judíos Españoles. También nos hemos visto forzados á omitir ó á tratar insuficientemente de ciertos autores. Todas estas deficiencias las remediaremos en la obra grande que proyectamos, y de la cual ésta es sólo breve y mal pergeñado resumen.

El trabajo lo hemos hecho cronológico más que filosófico, por no pecar de parciales. Como hemos indicado, más adelante pensamos hacer una Historia de la evolución literaria humana, que lo será de la manera de manifestarse el alma de nuestra especie á través de los tiempos. Hoy sólo podemos dar estos apuntes.

Destinada esta obra á formar parte de una Biblioteca de vulgarización, y por tanto á ser leida por todos, hemos tenido que ponernos al nivel del público en general y abstenernos de profundas inducciones filosóficas que resultasen poco comprensibles ó molestas.

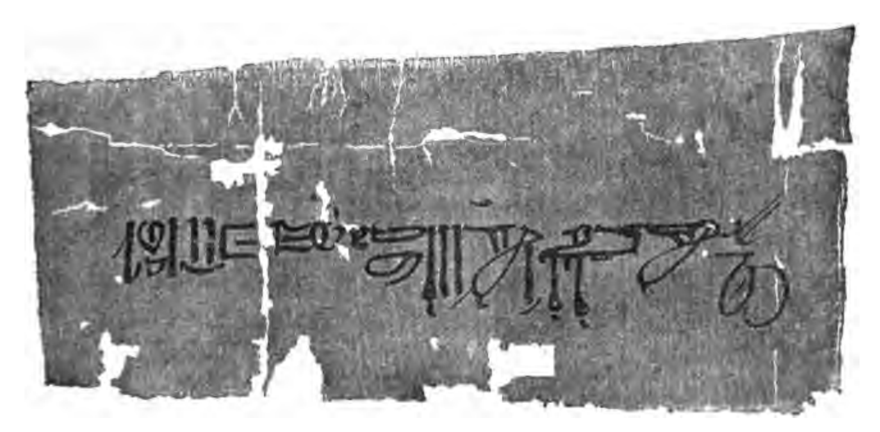
Diremos además que hemos dado una importancia que tal vez parecerá desmesurada al Antiguo Oriente y á ciertas literaturas poco conocidas, por lo mismo que no son tratadas en ninguna obra de este género, y que lo mismo Schlegel que otros tratadistas no las mientan por no ser conocidas en la fecha en que escribieron, ó por tener que hacerse un trabajo ímprobo de estudios orientalistas con restos de textos originales, ó en sabias monografías especialistas, teniendo que inducirlos de datos dispersos. Como este trabajo ya lo teníamos ejecutado al hacer los estudios de nuestra primera obra *La Muerte y el Diablo*, ó en el curso que preparamos sobre la Historia general de las ciencias, hemos podido incluir aquí todo lo relativo á literatura de estas civilizaciones y razas poco conocidas.

Debemos advertir también que en lo que toca al Antiguo Oriente muchas veces nos ha sido dificilísimo deslindar lo religioso de lo poemático,

por formar parte integrante en dichas civilizaciones la poesía de la teogonía, y no haber más literatura que la religiosa. Y así, en dichas épocas remotas, hemos tenido que ocuparnos mucho de religiones y de etnografía, por ser elementos genéricos de sus literaturas.

Hechas estas advertencias, entraremos directamente en materia.

POMPEYO GENER.



Fragmento de antigua carta egipcia del tiempo de Ramesces (Museo Británico)

LIBRO PRIMERO

ANTIGUO ORIENTE

CAPITULO I

PRELUDIOS DE LA CIVILIZACIÓN HUMANA.—FALTA DE PRIMEROS DATOS DE LA EXPRESIÓN DEL PENSAMIENTO FIJADO

La Ciencia moderna, con su infatigable afán de descubrimientos y sus medios de investigación, guiada por el método inductivo, ha podido descubrir, gracias á los hallazgos de muchas y repetidas excavaciones, los vestigios de esas primitivas civilizaciones humanas, que se llaman prehistóricas.

Ella ha logrado mostrarnos, en esos tiempos primitivos cuya distancia de nosotros es incalculable, seres semejantes á los individuos que hoy componen la especie humana, es decir, hombres, que vivían en compañía de las fieras, de *felinos* gigantescos, habitando entre las abruptas rocas, errando por los bosques, ó alojándose en el interior de las cavernas, llamándose ó interpelándose mutuamente por sonidos guturales, por interjecciones roncas y monosílabos confusos, ó batiéndose afamados en la persecución de una misma presa; trabajando todos, no obstante, de una manera ins-

tintiva y en virtud de la fuerza progresiva de la vida, para desbastarse y desprenderse de la brutalidad en la cual aún vegetaban. Para ello, en su primer esfuerzo de inteligencia superior, en la lucha por la existencia, tallaron el *sílex,* cortando y puliendo la piedra que, chocando entre sí, se parte y da chispas. Y su esfuerzo les hizo ver el primer milagro. Con esta piedra quebrada en afilados cantos cortaron y pulieron huesos de animales y ramas de árboles, y tuvieron ya los primeros instrumentos que les sirvieron para la lucha, es decir, para la defensa y para los usos apropiados á sus necesidades. Las chispas del sílex les revelaron algo divino, un Espíritu superior animando la Naturaleza, que ya habían visto fulgurando en los cielos en forma de relámpago, durante la tempestad, y aparecerse durante el día en los rayos del sol ardiente. Y el primero á quien se le ocurrió aproximar hojas ó plantas secas á la chispa producida por el sílex, vió que la chispa se convertía en incendio, devorando los vegetales, y creyó en la evocación del Dios brillante. La primera plegaria fué el trabajo, al cual Dios respondió en el acto como responde siempre. Y agradecido el hombre primitivo, se prosternó y verificó la primera adoración. Y esa admiración, esa emoción del hombre salvaje fué el primer sentimiento que, traducido en acción de gracias, engendró la primera literatura no escrita.

Una vez tuvo el fuego, el hombre tuvo ya con él su dios amigo, y verificó milagros. Pudo tener hogar, no perecer de frío, cocer los alimentos, defenderse de las fieras, fundir los metales, etc., etc. Y así, con una lentitud secular, fué pasando de la Edad de piedra á la Edad de bronce y á la primera Edad de hierro.

En cuanto al punto de partida inicial de las obras del espíritu humano fijadas, ya sea de una manera representativa, ideológica ó fonética, ya sea por otro medio cualquiera, si lo hubo, esto no nos es dado conocerlo, por lo menos con los actuales datos que poseemos.

Lo mismo que la historia política nada sabe de los Arios Indos antes de Alejandro, más que por meras conjeturas mejor ó peor fundadas, ni de los Persas antes de Cyaxares, ni de los Griegos antes de Danaos; del mismo modo la historia del intelecto humano escrita, está privada de estos prolegómenos que hagan luz sobre el comienzo de la primera de todas las literaturas en sus mismas fuentes de origen. Después de haber interrogado y rebuscado tanto en los archivos del mundo, la Ciencia aún no puede determinar de un modo seguro el núcleo originario de las razas elegidas, esas razas superiores que fueron llamadas á ser, por la evolución de la vida sobre la Tierra, las iniciadoras de los pueblos en el esplendor del espíritu.

La imaginación anda á ciegas en la obscura noche de esas antiquísimas edades, sin llegar á encontrar el hilo conductor que la guíe hasta las primeras civilizaciones que nos son conocidas.

El Egipto y la Caldea parecen solas al principio del mundo ántiguo. Ellas, y allá á lo lejos la China, comparecen como las primeras civilizaciones humanas. Todo lo demás en estas primitivas épocas históricas, todo el resto de los hombres, por nosotros han pasado como sombras que se desvanecen y no dejan rastro alguno. Por lejos que vayan y por penetrantes que sean las conjeturas eruditísimas de ciertos sabios, no parece, por ahora, que puedan descubrir nada más allá de estos pueblos, cuya existencia se apoya ya en hechos más positivos que la concepción, por ejemplo, de una Asia antehistórica, Turania ó Kuschita.

CAPITULO II

ANTIGUO EGIPTO

FORMACIÓN ÉTNICA DE LOS HABITANTES DEL VALLE DEL NILO.—SU ANTIGUA LITERATURA.—COLECCIÓN DE CANTOS DITIRÁMBICOS.—SU LITERATURA FUNERARIA Y EL LIBRO DE LOS MUERTOS.—LA ESCRITURA JEROGLÍFICA, LA HIERÁTICA Y LA DEMÓTICA.

Parece ser que el valle de Sinéaz, valle formado por el Éufrates y el Tigris, haya sido la cuna de la civilización, el lugar en que la Humanidad, por la primera vez, despertó á la vida de la conciencia y la reflexión. Sin embargo, no conocemos civilización más antigua que la de los Egipcios. Todos los demás pueblos de la Tierra, con una sola excepción quizás, son niños al lado de esos primogénitos de la gran familia humana. La historia cierta del Egipto, atestiguada por sus monumentos, los más remotos, se remonta á una época en que todos los pueblos que han ocupado la escena del mundo estaban aún sumidos en una completa barbarie ó franqueaban apenas los primeros escalones de la vida civilizada.

Si es preciso exceptuar á los Protó-Caldeos, que, á lo que parece, adelantaron á los egipcios en la civilización, aquel pueblo, en todo caso, no ha dejado en los fastos de la Humanidad sino débiles huellas, que no nos permiten escribir su historia, ni su religión, ni mucho menos su literatura. Después de la fundación de los Imperios Semíticos en el valle del Tigris y del Éufrates, es únicamente cuando comienza para aquellas comarcas la historia basada en monumentos contemporáneos. Es, pues, preciso reconstruir la religión y la literatura de sus antiguos habitantes por inducciones sacadas de las de sus conquistadores.

Si Manethon nos ha dado exactas cronologías de los reyes de Egipto, y si las dinastías que menciona deben ser apreciadas de una manera general, como sucesivas, el Egipto había alcanzado ya, mucho antes de la fecha que la tradición hebraica asigna á la creación del hombre, ese grado de cultura en las artes y en la industria, cuyas producciones debían causar más tarde el asombro, la admiración de los Persas y de los Griegos. Se

coloca generalmente la fundación del primer Imperio Semítico, ó mejor, Mesopotámico, es decir, el Imperio Asirio-Caldeo, en el vigésimo primer siglo antes de la Era cristiana, y la más antigua dinastía de los emperadores Chinos no se remonta tan alto. Egipto había rebasado entonces el punto culminante de su grandeza. No se pueden hacer remontar los orígenes de la literatura hebraica más allá de Moisés, y los resultados de los estudios críticos más recientes hacen muy verosímil la hipótesis de que no haya comenzado sino algunos siglos más tarde. Y nos ha quedado en los papiros Prisse un manuscrito procedente de Tebas, escrito bajo la duodécima dinastía y cuyo autor debió haber vivido un cierto tiempo, ó quizás mejor, bastantes siglos antes del nacimiento del legislador de los Hebreos, y probablemente algunos pasajes del *Libro de los muertos*, de los Egipcios, se remontan á una antigüedad mucho más remota. Una evaluación muy moderada, la de Brugsch, hace empezar la sucesión de los reyes de Egipto, incontestablemente históricos, cuarenta y cinco siglos antes de la Era cristiana, y computando los reinados de estos reyes, como lo hizo Manethon, sacerdote Egipcio que escribió la historia de su pueblo bajo Tolomeo Sóter, se llega al quincuagésimo primer siglo, y aún más lejos. Verdad es que se ha pretendido que muchas de las dinastías mencionadas por Manethon han reinado simultáneamente. Según los documentos más recientemente encontrados, debe admitirse, muy al contrario, que sólo ha dado la lista de los reyes que él tenía como legítimos, con exclusión de los competidores que hayan podido reinar al mismo tiempo sobre esta ó aquella porción del país. De todos modos, no se pueden hacer ascender los desarrollos de la historia de Egipto más allá del cuadragésimo siglo antes de Jesucristo, y todo hace suponer una antigüedad más avanzada. Pero en aquel momento el pueblo Egipcio está en su plena madurez; aparece en la escena del mundo, saliendo de las tinieblas de los siglos, armado, como Minerva, de punta en blanco, y hace estremecer el pensar los períodos prehistóricos incalculables de infancia y adolescencia que debieron preparar tal desenvolvimiento.

¿A qué raza, á qué familia étnica pertenece el pueblo que ha precedido á los demás pueblos de la Tierra en las vías de la civilización? Unos han querido asimilarlo á la raza Aria, otros á la raza Semítica (Mesopotámica). Presenta analogías, caracteres importantes de parentesco, con una y con otra, y se distingue por otros caracteres, no menos precisos, de una y de otra. Si, como algunos sabios suponen, esas dos razas son dos ramas de una raza primitiva, separadas del tronco común mucho antes de los tiempos históricos, los Egipcios, cuyos antepasados descienden del Asia, cruzando, ya sea el istmo de Suez, ya sea el mar Rojo, podían ser representantes de

aquella raza anterior, mezclándose en Africa con los primitivos habitantes del valle del Nilo, cuyo carácter propio, no difiriendo del de los otros pueblos, los más avanzados de aquella parte del mundo, ha dejado huellas profundas en la civilización Egipcia.

No hay, pues, motivo de asombro en que nos fijemos en el origen de una nación que llegó tan temprano al mayor grado de desarrollo. ¿Pertenece á alguna de las dos razas que, cualquiera que sea la diversidad de sus aptitudes y de sus dotes, se han colocado á la cabeza de la civilización? ¿Es Aria ó Mesopotámica? ¿O bien el pueblo Egipcio debe ser agregado á una tercera raza distinta de las dos precedentes? El pasaje del Génesis, vers. X, cap. 6, ha hecho, durante mucho tiempo, admitir una raza Kamita, que comprende, además de los Egipcios, otros tres pueblos, ó agrupaciones de pueblos, mencionados en aquel versículo. Opínase hoy que la división de los pueblos, admitida por los Hebreos, en hijos de Cam, de Sem y de Jafet, reposa sobre cualquier otro fundamento que no sea el etnográfico; que no se trata en modo alguno, para ellos, de tres razas distintas la una de la otra por el origen y la lengua, sino de tres grupos de pueblos formados en virtud de motivos muy diferentes de los que presiden hoy á las clasificaciones étnicas. La lingüística, que ha demostrado tan claramente la conexión de los pueblos Arios por la de las lenguas que poseen, no puede hoy hallarla para una raza Semítica, ni para una raza Kamita, tales como las determina el segundo capítulo del Génesis.

Lo que el autor Hebreo, sin duda, ha querido expresar en su división de la Humanidad en hijos de Cam, de Sem y de Jafet, no puede dar lugar á duda alguna. En efecto, es suficiente, para darse cuenta, considerar qué pueblos hace derivar de Cam. Hace ya mucho tiempo que se ha reconocido en Cam un personaje simbólico, como todos los otros patriarcas troncos de razas, la propia *tierra negra de Egipto*. Kem ó Kam es el nombre que los habitantes del valle del Nilo dan á su país. El Génesis designa como hijos de Cam, primeramente á Kush, es decir, el nombre dado en los monumentos egipcios á los pueblos Etiópicos que habitan al Sur del Egipto propiamente dicho, y que vinieron, en los tiempos históricos del Oriente, de la Arabia, donde permanecían sus congéneres. En segundo lugar, Micraín es el nombre dado comúnmente por los autores Hebreos al Imperio de los Faraones, particularmente en el medio y bajo Egipto. La forma dual de este nombre se explica de una manera natural, sea que se la derive de las dos principales partes del país, sea que se vea en ella la significación de dos circunscripciones del país, y que se les una, con Knobel, á las dos cadenas de colinas entre las cuales se extiende el valle del Nilo, ó, con Ebers, al doble muro que, según los monumentos Egipcios, protegía

al Egipto de las invasiones. Put ó Puut, como le designan los monumentos Egipcios, es un país con el cual los Egipcios sostuvieron relaciones multiplicadas, y seguramente ese nombre no designa la Libia, como se ha creído anteriormente, sino aquella parte de la Arabia que estaba bajo la dependencia de los Egipcios, ó bien un pueblo situado en la costa de Africa al Sur de la Nubia. El cuarto hijo de Cam, Canaán, designa los territorios ocupados en aquel entonces por los pueblos Fenicios.

El motivo que ha hecho designar esos pueblos, mejor que otros, bajo el nombre de hijos de Cam, se manifiesta claramente á cualquiera que tenga algún conocimiento de la historia de los Egipcios. Micraín no ha sido nombrado el primero, porque en su enumeración el autor parece remontarse del Sur al Norte; pero no hay precisión de demostrar que tenía todos los derechos posibles al nombre de hijo de la tierra negra. Kush y Puut estaban sometidos á Egipto desde los tiempos más remotos, y formaban de él, en cierto modo, parte integrante. Los Cananeos vivieron así largo tiempo bajo la dominación de los Egipcios, y recibieron de ellos su civilización, en tanto que los Fenicios habitaban la costa de Delta y tenían barrio aparte en la ciudad de Menfis. Los hijos de Cam ó de la tierra negra del valle del Nilo son, pues, simplemente los Egipcios y los pueblos que civilizaron y sojuzgaron. La división de los pueblos en tres grupos no es, por consiguiente, para el autor del capítulo X del Génesis, ni una división etnográfica, ni una división geográfica, sino, y perdónesenos la expresión, una división histórico-social. Los Kamitas representan la civilización más antigua, odiosa á los Hebreos; los Semitas la civilización que sigue, la cual, es verdad, nació al contacto y bajo la influencia de la civilización Egipcia, pero se desarrolló de una manera más independiente y más individual que entre los pueblos sometidos directamente á los Egipcios, y que encuentra su unidad en el Imperio Asirio. Por esto vemos colocado á Assur entre los hijos de Sem. Bajo el nombre de Jafet, el autor agrupa todos los restantes pueblos que conocían los antiguos Hebreos, sin tener en cuenta la raza á que pertenecieran, fuesen Arios ó Turanios. Jafet está designado como el hijo primogénito, sea por comprender mayor número de pueblos, sea porque su territorio era el más extenso, sea finalmente, y esto es lo más probable, porque conservó durante más tiempo que los otros la forma primitiva de sociedad, y se encontraba en un grado de progreso que los Kamitas y los Semitas habían rebasado hacía ya mucho tiempo.

La cuestión de la raza á que puedan pertenecer los Egipcios no está, pues, resuelta. A la lingüística toca decir la última palabra. Ya han tenido lugar algunas tentativas para resolverla. Benfey se ha dedicado á de-

mostrar que las lenguas habitualmente Semíticas no son sino una rama de una familia de lenguas, cuya otra rama debe ser buscada á la parte de allá del istmo de Suez, y que comprende, además de la lengua Egipcia, la de todos los pueblos que habitan el Norte de Africa hasta el Océano. En este camino le siguen, entre otros dignos de mención, Ernesto Meier y Pablo Bœtticher. Bunsen se ha apropiado esta opinión modificándola. Los Egipcios, según él, son una rama desgajada de la raza Caucásica, en la época en que los elementos arios y semíticos no se distinguían notablemente el uno del otro. Sería menester que explicase para ello las analogías que presenta el antiguo egipcio con las dos familias de lenguas Aria y Semítica. Otros egiptólogos no están menos alejados de esta teoría. Además de De Rougé, que no se explica sobre este punto sino de una manera incidental, Brugsch y Ebers han insistido con ahinco sobre el estrecho parentesco que existe entre el antiguo Egipcio y el Mesopotamio (Semítico). El primero tiene por cierto que el Egipcio deriva del Semítico y admite como un hecho que los estudios ulteriores no pueden sino confirmar cada vez más que el Egipcio y todas las lenguas semíticas derivan de una misma lengua madre, hablada primitivamente á orillas del Éufrates y del Tigris. El segundo dice categóricamente que los Egipcios son un pueblo Semítico, probablemente Caldeo, que no difiere tanto de este origen como de sus congéneres orientales, por haber hecho numerosas adquisiciones en la lengua y las costumbres de los habitantes primitivos del país en que estuvo establecido.

Todos los egiptólogos, pues, parecen aproximarse cada vez más á la opinión de Benfey, á pesar de la vehemencia con que fué combatido primeramente de todos lados, aunque Ewald, en el campo de los hebraizantes, y Pott, en el de los ariólogos, se hayan puesto de acuerdo para rechazar sus conclusiones. La cuestión no está todavía lo suficiente madura para una solución. Es cierto que los Epigcios han venido del Asia y tienen lazos de parentesco muy estrechos con la gran raza á la cual pertenecen igualmente los Arios y los Mesopotamios. Mucho antes de los tiempos históricos, debieron penetrar en Egipto por el istmo de Suez ó atravesando el mar Rojo y establecerse entre el Delta y las cataratas. Es muy digno de hacer notar que el Asia occidental conserva aún para ellos el nombre de Tierra Santa, el país de los dioses, *Ta nuter*. Sin duda no son un pueblo puramente Ario, y tal vez ni de Ario tengan nada, aun cuando algunos hayan expresado esta opinión de una manera poco reflexiva. Las concordancias entre su lengua y sus costumbres y lo que se ha llamado la literatura y la civilización Semíticas, son mucho más numerosas que con la civilización de los Arios. Esto no obstante, como la cosa no está todavía clara

y sí sólo perentoriamente establecida, no debe colocárseles entre los pueblos Mesopotámicos, pues en este caso concreto, no es cuestión de adelantarse, sino de seguir la Ciencia.

Por otra parte, han entrado diferentes elementos en la población del Egipto. El nombre de Egipto, dado por los Griegos á este país, no era usual entre los Egipcios. Brugsch lo deriva de *Haca-Ptah,* la adoración de Ptah; Ebers de *Aï-Kapht,* la costa de Kapht, la costa recurvada. Otros de *Gi-Ptah,* Tierra de Ptah, según los Griegos. Ya hemos dicho que los Egipcios llaman á su país Kem, el negro, para distinguirle de las tierras rojizas y arcillosas de la Siria y la Libia. Dan al elemento puramente egipcio de la población el nombre honorífico de Retu ó Rutu, los hombres, equivalente, á lo que parece, al Ludim del Génesis, X, 13, designado en aquel pasaje como el primer hijo de Micraín. Mirarse á sí mismos como los hombres por excelencia, es tan conforme al espíritu general de la antigüedad y á lo que se halla aún en muchos pueblos que permanecen en estado natural, y otros que hoy día quieren pasar por civilizados, como los Españoles, por ejemplo, que esta pretensión no debe extrañarnos. Esos Retu parecen haber formado la clase dominante, la aristocracia propiamente dicha. Pero otras tribus se habían fijado también en la Tierra Negra. Estaban, entre otros, los Amu ó Aamu, que residían al Este, que se ha pretendido agregar á los Ananim del Génesis, X, 13, y en los cuales es preciso ver, sin duda, algunas tribus Arabes que llevaban una vida pastoril y que estaban, ya bajo la duodécima dinastía, establecidas en el país con permiso de los reyes del mismo. Sus principales acantonamientos radicaban en la casi isla del Sinaï, sobre el brazo bucólico del Nilo, y el Egipto central, entre las cimas de los montes arábigos y el mar Rojo. No parece, sin embargo, que se mezclasen nunca con los Egipcios. Es preciso buscar verosímilmente un poco más al Norte á los Kalucheos, de los que, según el Génesis, X, 13, han salido los Filisteos, los cuales debieron habitar los «montes ardientes,» que se extendían al Este del Delta hasta las fronteras de la Palestina estando bajo la dominación de los Egipcios. Al Oeste se encuentran los Libios, los Lehabim ó Lubu de las inscripciones egipcias. Formaban una rama septentrional del pueblo llamado por los antiguos egipcios Tehenun ó Temhu, que habitaba en la frontera oriental de su país, y realizaron frecuentes invasiones en el territorio Faraónico. Se encuentran sus descendientes en los Tuarecos de nuestros días, que se llaman á sí mismos Ymoshagh preferentemente, en neutro Tema-Shigh, que recuerda el antiguo Temhu. La costa, entre el territorio de esos Libios y el de las tribus Semíticas que habitaban más al Este, parece haber estado antiguamente ocupada por los Fenicios, y quizás sean estos últimos los que

haya que ver en los Kaphtorim del Génesis, X, 14, que se han mirado en épocas anteriores como los Cretenses. El hecho es que, apenas hubieron puesto el pie en el suelo egipcio, se esforzaron en penetrar cada vez más adentro y que ejercieron sobre la civilización y aun sobre la religión del Norte de Egipto, sin exceptuar á Menfis, una influencia predominante. Pero esta influencia no se dejó arraigar sino bajo el Nuevo Imperio, después de la dinastía de Hyksos, y no se hubiera hecho grande antes de la invasión, aun cuando admitamos que ya entonces los Fenicios habitaban el Norte del Delta.

Con una población formada por elementos tan diversos no hay motivo para extrañar que el Norte y el Sur del país, si bien casi constantemente colocados bajo el cetro de un solo rey, se distinguiesen claramente unos de otros, y que no solamente hayan tenido su carácter propio y fuertemente acentuado, sino que hasta se hayan disputado siempre entre ellos el primer lugar. Así, pues, para comprender la historia literaria del Egipto, hay que tener constantemente ante la vista este antagonismo. El bajo y alto Egipto difieren esencialmente uno del otro por sus ideas religiosas, sus dialectos y sus costumbres. El autor del Génesis, X, no lo ignoraba; así es que considera las dos partes del país como dos hijos de Micraín, es decir, como dos tribus diferentes, los Naftucheos y los Patruseos. Los primeros son los Na-ptah (phtah en el dialecto de Menfis), es decir, «los de Ptah,» los adoradores del dios de Menfis, capital del bajo Egipto. Los otros son los habitantes del Mediodía, P-ta-res, ó según Ebers, Pathyr *(Pe-hat-har)*-res, la provincia meridional del Pathyr, el nombre consagrado á Hathor. El elemento puramente Egipcio es el que está más poderosamente representado en el Sur. El Norte está inundado de extranjeros, á los que á duras penas se podía impedir que invadiesen la misma Menfis. Como España, en que las provincias del Norte y del Este benefician más la influencia extranjera Europea, que la del Sur que son Españoles puros. Toda la historia de Egipto no es sino una larga lucha de la nacionalidad Egipcia contra las invasiones crecientes de los Semitas ó Mesopotamios que penetraban habitualmente en el país, objeto de sus miras, ora por el istmo de Suez, ora por la costa septentrional. El Sur, más poderoso y más civilizado, estableció primeramente su preponderancia en el Norte, todavía bárbaro. Menes, es decir, la primera dinastía histórica, reunió las dos regiones bajo su cetro y fundó á Menfis, evidentemente con el objeto de contener por medio de aquella fortaleza las poblaciones septentrionales, y logró su objeto. Seis dinastías puramente Egipcias se sucedieron durante una serie de siglos, y dominaron sobre todo el Egipto, con residencia en Menfis por lo general. Después de esto sobrevino un período de disturbios.

Una dinastía del bajo Egipto, originaria de Herakleópolis, consiguió apoderarse del poder, al Norte cuando menos, y fué seguida por una segunda, de Herakleópolis igualmente. Durante este tiempo, una familia real, salida de origen Tebano, fundó en el alto Egipto una potencia independiente, y si no esta dinastía, cuando menos la siguiente, que fué la segunda, consiguió reunir el país entero bajo su dominio, puramente egipcio. Ésta elevó á Egipto al mayor grado de cultura en las artes y la civilización. Se ha dado el nombre de Antiguo Imperio al período durante el cual reinaron los primeros reyes de Tebas, residiendo en Menfis, y el de Imperio Medio al segundo, durante el cual, por primera vez, los soberanos residieron en Tebas.

Cuando este período de gloria y poderío del Sur toca á su fin, el Norte levanta la cabeza. Sacudió la dominación de los reyes de Tebas y se sometió á la autoridad de una dinastía establecida en Xois, sobre el Delta. Esto no era sino el preludio de la decadencia de Egipto. Hordas extranjeras, venidas de la Arabia, sometieron todo el bajo Egipto, haciendo al alto tributario, y durante cuatro siglos la dominación de los Hyksos, ó reyes pastores, pesó sobre Egipto como una losa de plomo.

Todavía esta vez la liberación viene del Sur. Los reyes Arabes, que habían adoptado poco á poco la civilización del Egipto, parecían haber perdido, con su rudeza, su valor guerrero. Los príncipes tributarios de Tebas se atrevieron á atacarles. Después de una lucha prolongada, Aahmés consiguió rechazarlos y someter bajo su autoridad todo el Egipto. Con él empieza el nuevo Imperio, el tercer período de grandeza de la civilización Egipcia. Bajo tres dinastías sucesivas, los Thutmés y los Amenhoteps, los Setis y los Ramsés, Tebas se mantuvo, con cortos intervalos, como capital del Imperio de los Faraones, que recobró sus antiguas fronteras y supo hacerse respetar en toda el Asia occidental.

En el undécimo siglo, la balanza se inclina por última vez del lado del Norte. Los grandes sacerdotes de Amón, en Tebas, colocaron sobre su cabeza la doble corona; pero varias dinastías del Delta les disputaron la supremacía y tuvieron finalmente que retirarse á la Etiopía, donde fundaron un reino independiente. Estos últimos representantes del antiguo poderío del Egipto no abandonaron por esto la esperanza de reconquistar el poder sobre todo el país, y cada vez que el Norte daba alguna señal de debilidad, se apresuraban á aprovechar la ocasión, apoderándose, por lo general, fácilmente de Tebas, que tomaron dos ó tres veces, y, con una resistencia algo más seria, también de Menfis. Pero estos eran éxitos efímeros y sin consistencia. Después de reinados de corta duración, siempre fueron rechazados hacia el país de Kush; Tanis, Bubaste, Saïs, todas ciu-

dades del Norte, eran las que dieron entonces reyes á Egipto, y aún podían llamarse dichosos cuando se trataba de príncipes indígenas que se disputaban el poder, y cuando conquistadores Asirios, Esarhabdón (Asurakhiddin) ó Asur-bani-pal, no acuden á vengar, sometiendo ó desmembrando el Imperio, la opresión que en tiempos antiguos los reyes de Egipto habían hecho pesar sobre sus antepasados.

Los días de Cam han pasado, y sobreviene la gloria de Sem. Entretanto los príncipes de origen sospechoso y de raza mezclada, que, en el último período, someten y se reparten el país, adoptan las tradiciones, las costumbres, los usos de la civilización Egipcia; bajo uno de ellos, Amasis, proyecta un brillo fugaz todavía, pero es el último. Los conquistadores Persas van á reunir el Egipto á su inmenso Imperio, y después que haya gozado poco más de medio siglo, de cierta independencia, los Griegos, y luego los Romanos, substituyen á los Persas.



Estatua de un escribiente Egipcio del Antiguo Imperio (Museo del Louvre).

La historia de la religión y la literatura sagrada de Egipto se detiene al advenimiento de la dominación Griega. En verdad, los Tolomeos, lejos de aplastar la nacionalidad Egipcia, la respetaron, y la religión nacional pudo ser libremente practicada. Bajo su dominación, y aún más tarde, bajo la de los Emperadores Romanos, templos magníficos fueron construídos ó restaurados; pero fué ésta una resurrección artificial de un pasado del cual la vida ya se había ido. La época de los Tolomeos no pertenece, hablando propiamente, á la historia de las antiguas literaturas, pero es muy importante como época de transición y preparatoria para la edad del nuevo renacimiento que surge, verdad es, en Galilea, pero sobre el cual tan gran influencia había de tener la literatura filosófica alejandrina.

Una vez determinado el elemento étnico del Egipto, y hecha su descripción, podemos entrar ya de lleno en su literatura, que es esencialmente una literatura religiosa ó sagrada.

No hace todavía cincuenta años que el historiador de las religiones antiguas y de sus literaturas estaba reducido, por lo que respecta á Egipto, á los informes incompletos y poco seguros que han dado los autores Griegos. La costumbre de los Griegos de dar á los dioses extranjeros los nombres de divinidades de su Olimpo hacía aún más difícil la inteligencia de

estas fuentes defectuosas. Además de las narraciones de Herodoto, de Diodoro y de Plutarco, no se poseían sino algunos fragmentos de la obra de Manethon, en Josefo y en Jorge el Syncelo. El descubrimiento de Champollión el joven ha abierto á la Europa culta el acceso á una literatura que se puede poner en la categoría de las más ricas del mundo. El Egipto, en efecto, no ha escrito únicamente libros: es todo entero un inmenso libro cubierto de una escritura compacta, ofreciendo una materia inagotable á



Fragmento de los *Proverbios de la Sabiduría,* de Ptahotep; capítulo relativo á la «Virtud de la obediencia»

las investigaciones. La mayor parte de sus inscripciones está aún por descifrar, pero ya la Ciencia ha hecho en ese campo una abundante cosecha.

Mucho antes que los poetas congregados en la corte de Thutmés III ó de Ramsés II se hubiesen puesto de acuerdo para fijar sus cantos dirigidos á la glorificación de las altas empresas y hechos de armas de sus señores, ya habían existido escritores en Egipto que habían hecho obras memorables. Desde el principio del período Menfita, y desde las dinastías III.ª, IV.ª y V.ª abundaban los textos jeroglíficos en los cuales se podía ver sobresalir por encima de las supersticiones populares y de las divagaciones sacerdotales los indicios de una verdadera literatura filosófica. Además, en ellos se descubría la verdadera vida pública y privada de los Faraones, hasta en sus menores detalles.

A la fin de sus días y ya cercano el momento de extinguírsele la vida,

preparándose para ir á dormir el sueño eterno en la necrópolis de Giseb, un gran funcionario de los primeros tiempos de la VI.ª dinastía quiso que se le inscribiera sobre su tumba el título del cual él se gloriaba, esto es, *Gobernador de la casa de los libros.* Así pues, existían libros y una literatura lo bastante considerable y desarrollada para formar al menos una gran Biblioteca, que tuviera como director un alto funcionario que era un grande de la corte de los Faraones.

Esto mismo hace suponer que en aquella época éstos miraban en mucho y tenían en gran estima las letras patrias, cuando así cuidaban y se preocupaban de los libros.

Entre estas obras, irremediablemente perdidas, algunas deben remontarse á una época muy lejana. Tal vez las hubo anteriores al reinado de Mini, el fundador de Memphis. En dicha villa se encontraron: el célebre *Libro de los muertos,* ritual funerario extraño, consagrado por el respeto de todos y del cual existen diversas versiones (1); poemas históricos y ditirámbicos celebrando los dichos y los hechos de los reyes antiguos; tratados sobre las ciencias positivas y sobre las ciencias ocultas; cuentos, novelas, y sobre todo, escritos religiosos ó sean sagrados.

Esto, en verdad, ya da la idea de una literatura en pleno desarrollo. Y conste que esto es sólo en la remotísima antigüedad del Egipto, pues en eso que se llama vulgarmente el Antiguo Egipto hay más civilizaciones y períodos diferentes que entre la raza Europea no van desde los tiempos heroicos Griegos á la época actual contemporánea.

Los libros sagrados y poemáticos del Egipto, de que hablamos, precedieron en mucho los tiempos de King de los Chinos, los *Vedas* Brahmínicos y el *Zend Avesta* de los Iranios.

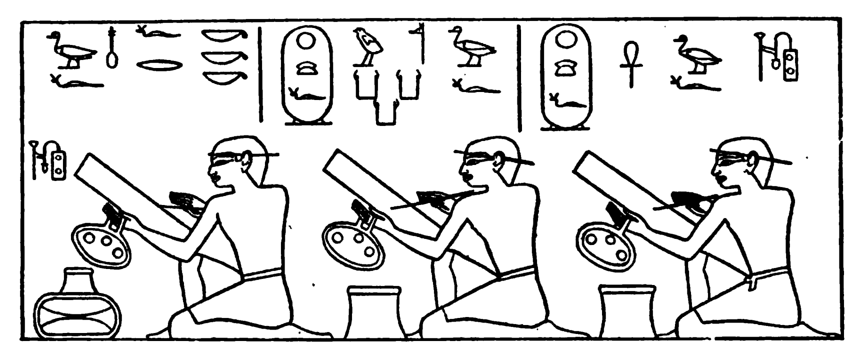
Y adviértase que antes de que se perfeccionara la literatura escrita con jeroglíficos, y que éstos se pintaran y dibujaran minuciosamente, y por tanto que la formulación de lo dicho llegara á una exactitud comparable á la de la escritura de signos fonéticos, hubo de haber habido un sin fin de obras menos perfectas y de cantos y leyendas anteriores que se transmitieron sólo oralmente.

Para atenernos á lo que concierne á la literatura religiosa, mencionaremos en primer lugar la colección de libros sagrados llamada por M. Lepsius *Libro de los muertos,* y por M. Rougé *El ritual funerario.* Se ha creído encontrar el título egipcio en las palabras escritas á la cabeza del primer capítulo, y que significan: «Capítulos por la fuerza mágica de los cuales el muerto pueda salir á su voluntad al día y acompañar al sol en su

(1) Se han hallado muchos ejemplares en las momias, que difieren algo entre sí, aunque en lo esencial sean lo mismo.

marcha triunfante (1).» Pero este es el título de diez y seis capítulos solamente, que constituyen una colección aparte.

El *Libro de los muertos* no puede ser considerado como una obra continua; es una colección de trozos que se remontan á diferentes épocas, los principales de ellos reunidos ya bajo los reyes Tebanos del Nuevo Imperio. En los papiros de Turín, manuscrito que data del reinado de Psamético I, se compone de 125 perícopos que llevan el nombre de capítulos (RO), excepto el último, que se titula «Libro» (SHA ó SHAT). Los cuatro últimos son de una fecha relativamente muy reciente y no se remontan más allá del noveno ó décimo siglo antes de Jesucristo. Los manuscritos más anti-



Tres escribientes del sepulcro de Cha'fre'-'anch, con rollos de escritura y paletas en las manos (Lepsius, *Monumentos*) para pintar los jeroglíficos

guos que poseemos del *Libro de los muertos* son de la décimooctava dinastía ó del décimocuarto ó décimoquinto siglos, la mayor parte, desgraciadamente, muy defectuosos y algunos conteniendo el texto alterado á propósito.

Pero esos manuscritos no son los textos más antiguos, que se han encontrado, de algunas partes del *Libro de los muertos*. Varios capítulos contenidos en la colección posterior, y aun algunas partes que no contiene esta última, han sido descubiertos grabados sobre sarcófagos de una época anterior al gobierno de los Hyksos, y arrojan una viva luz sobre la manera como aquel libro fué formado. Dan la plena confirmación de la hipótesis de que los manuscritos contendrían, al lado de documentos primitivos, explicaciones y comentarios de fecha más reciente. Ya en sarcófagos de la undécima dinastía se encuentran cortos comentarios, distintos del texto por el color de los caracteres. Las tradiciones egipcias hacen

(1) Los sabios han traducido estas palabras de diferentes maneras: Champollión y E. De Rougé: «Manifestación á la luz, al día;» Lepsius: «En la luz;» Birch y Pierret: «Salida del día,» es decir, de la vida, idea extraña á los Egipcios. La traducción de M. Lefebure: «Capítulos para salir al día,» es la más exacta.

remontar ciertos fragmentos á la más remota antigüedad: así el capítulo LXIV habría sido descubierto bajo el reinado del rey Menkaura (Micerino), de la cuarta dinastía, y en esta época, el famoso capítulo XVII debía estar ya escrito. Según otras tradiciones, el texto que se ha llamado *El texto del escarabajo*, y que en la colección sigue al capítulo LXIV, debía haber sido escrito bajo el reino de Menkaura, y el mismo capítulo LXIV, bajo el de uno de sus predecesores llamado Husapti, y esto no tiene nada de imposible, aun cuando no haya sido probado.

Sumado todo, se ha formado generalmente una falsa idea de lo que se ha llamado el *Libro de los muertos*. No es, propiamente hablando, lo que se llama un libro. Esto resulta, entre otras cosas, de la circunstancia muy notable que no hay dos de los antiguos papiros que den los capítulos ó los textos en el mismo orden. No fué sino más tarde, después de la vigésima sexta dinastía, cuando el orden parece fijado ó poco menos. Todos los antiguos manuscritos son, pues, en realidad, colecciones independientes de textos semejantes, y de los cuales ninguna ha sido nunca generalmente adoptada. Es, por consiguiente, inexacto dar el nombre de capítulos desconocidos del *Libro de los muertos* á textos mágicos que se relacionan con la vida futura, y que por azar han sido insertados en alguna de las colecciones que se conocen.

El *Libro de los muertos* no forma un todo y no traza en un orden regular las fases de la vida que sigue á la muerte, ni la lucha del alma contra los malos espíritus en el mundo subterráneo. Algunos capítulos *(ro, sha)* trazan también sumariamente todas estas fases desde la primera á la última. El primero termina en la salida del sol, que es el punto culminante del drama. Algunos, al contrario, no presentan sino algunos puntos especiales, considerados aisladamente, sobre todo en el último momento de la lucha. Otrós, como el cuarenta y cinco, contienen textos sagrados, himnos ó plegarias. Es en vano, pues, que se espere encontrar allí un orden regular, ya sea lógico, ya sea cronológico, aunque, con la mayor frecuencia, los fragmentos que tratan de asuntos análogos estén reunidos ó se puedan clasificar en dos ó tres grandes colecciones.

Apenas habría necesidad de decir que esta obra era considerada como santísima, y que si no todos los textos, cuando menos los más antiguos eran tenidos por inspirados y aun compuestos por Thot ó por Horos mismo. El objeto de cada texto, comprendidos los más cortos, y más tarde el de la colección entera, era el de ayudar por la potencia mágica de la palabra al muerto para que venciese las potencias enemigas. Por este motivo se les grababa sobre los sarcófagos, se escribían sobre las fajas que envolvían á las momias y sobre otros objetos, y, sobre todo, en un papiro

que se colocaba junto al cadáver. Hasta la vigésima primera dinastía se emplearon para este uso los jeroglíficos, y más tarde la escritura hierática. Pero, y en esto M. Rougé ha visto justo, los textos sagrados servían también en las ceremonias religiosas celebradas en honor del muerto, ó mejor, para la salvación de su alma. Esto está comprobado por un gran número de notas explicativas, colocadas al final de varios capítulos.



Dibujo de una plegaria grabada y pintada en una tumba de Tel-el-Amarna

No se podría, sin embargo, rebajar el valor del *Libro de los muertos* como documento para la historia de la literatura sagrada de los Egipcios, además de ser una de las principales fuentes que poseemos sobre sus creencias escatológicas, y sobre las ideas que tenían acerca de lo futuro.

Existe un gran número de textos análogos al *Libro de los muertos,* pero que no han sido coleccionados ó que no fueron escritos hasta después que la colección quedó terminada. Mencionaremos dos especialmente: en primer lugar, el *Libro de los soplos de la vida (Sha au Sensen),* que conocemos por un manuscrito del tiempo de los Tolomeos, en que la doctrina con-

cuerda totalmente con la del *Libro de los muertos*. Este libro estaba conceptuado como muy santo y se le colocaba bajo el brazo izquierdo del muerto, tocando al corazón. No menos santas eran las *Lamentaciones de Isis y de Nephtis por la muerte de Osiris*. Éste era, en el sentido propio, un ritual conocido solamente de los sacerdotes de alta jerarquía, y se recitaba en la fiesta de Osiris.

Además de estos libros se han descubierto un gran número de *papiros mágicos* que parecen haber sido redactados con el mismo objeto, y de los cuales algunos han sido ya publicados y explicados. Se puede considerar

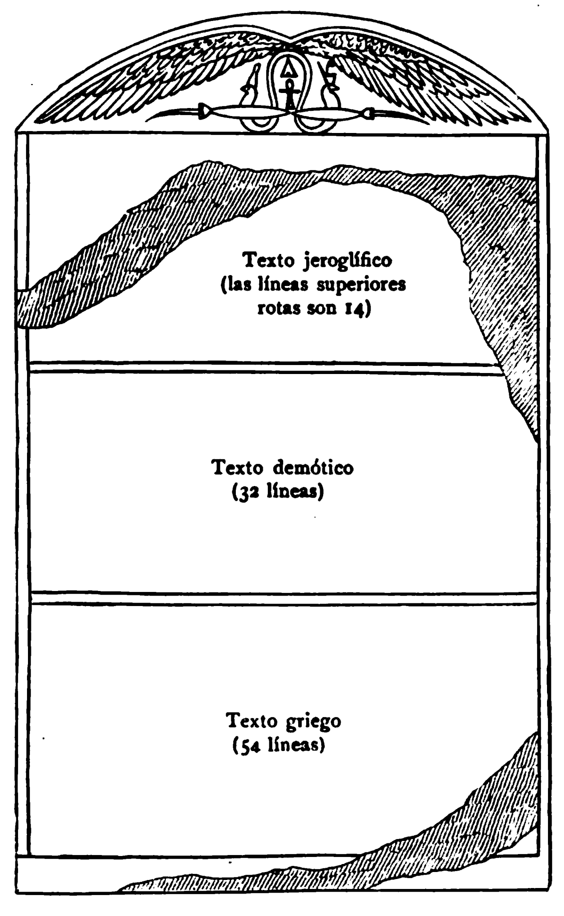


Fragmento de la *Sapiencia*, de Ptahotep, principio del capítulo sobre los males de la senectud

el *Libro de los muertos* mismo como una especie de papiro mágico, más extenso y compuesto para uso de los difuntos; los otros son para el uso de los vivos. Son estos himnos y fórmulas, algunos de la más remota antigüedad, destinados á conjurar los males de la vida, especialmente los de la vejez, á curar las enfermedades y á ahuyentar los malos espíritus.

Finalmente, es preciso colocar en la primera fila de esta literatura sagrada los himnos consagrados á la alabanza de los dioses. La forma recuerda con frecuencia la de la poesía hebraica; el fondo se aproxima mucho al de algunos himnos del *Veda*, y al de aquellos que los Persas empleaban en sus sacrificios. Reina en ellos una elevación y una inspiración poéticas, mayores que en estos últimos. Esos himnos deben pertenecer á las más antiguas producciones de la literatura sagrada del Egipto, como parecen demostrarlo su empleo en los papiros como fórmulas de conjuro acerca de los malos espíritus y de los animales feroces y su inserción hasta en el *Libro de los muertos*. Así como se ha observado para los más antiguos

cantos de los pueblos del Indostán, el dios al cual está consagrado el himno, Osiris, Ptah, Ra, etc., es siempre para el poeta el más grande de los dioses, si no es el único; todos los demás palidecen á su lado.



Plano de la lápida de inscripçiones encontrada en Rosette el año 1799

Ahora tócanos indicar la forma por medio de la cual los Egipcios fijaron sus ideas, es decir, su escritura.

Antiguamente se creyó, según afirmaban los Griegos y los Latinos, que los jeroglíficos de que se sirvieron los Egipcios para fijar sus ideas eran signos puramente ideológicos, hasta que en 1799, un oficial de artillería de la República Francesa, M. Boussard, encontró cerca de Rosette una inscripción en tres géneros de escritura, la jeroglífica, la demótica y la griega.

Gracias á los esfuerzos y á la penetración de Silvestre de Sacy (1), y luego á la ciencia del Sueco Akerblad (2), púdose estudiar la parte demótica, que en razón de su aspecto cursivo llegóse á sospechar que fuera una escritura alfabética ó sea fonética.

Akerblad, con una sagacidad y una intuición maravillosas, pudo venir en conocimiento de los caracteres fundamentales de este alfabeto, los cua-

(1) *Lettre au citoyen Chaptal sur l'inscription egiptienne du monument de Rosette, en* 8.°, París, 1802.

(2) *Lettre sur l'inscription egiptienne du monument de Rosette, en* 8.°, 1802.

les halló que, en resumidas cuentas, sólo eran la simplificación de los jeroglíficos. Así formuló un alfabeto demótico provisional, cuyos elementos en su mayoría han sido confirmados por investigaciones posteriores y han quedado ya como fijos para la ciencia egiptológica. No pudiendo venir á cabo de formular el sistema jeroglífico por su mal estado de conservación en el texto, confiólo á otros sabios para que en presencia de nuevos documentos ensayaran dicha formulación de una interpretación exacta.

Zoega había previsto que los letreros de los obeliscos debían de contener el nombre de los reyes, gracias á una formulación jeroglífica alfabética, ó al menos silábica.

Mr. T. Young, sabio explorador inglés, ensayó el reconstruir los textos de los letreros ó cartuchos, de 1814 á 1818, comparando los diversos sistemas de escritura egipcia. Así separó de una manera casi mecánica los grupos diferentes de que se componía el texto jeroglífico y el texto demótico de la inscripción de Rosette. Después de haber determinado de una manera aproximativamente exacta el sentido de cada uno de ellos, ensayó la lectura del texto total; pero no logró más que determinar ciertos valores silábicos que reunidos formaban nombres, quedándole muchos aún como indescifrables (1).

Pero vino F. Champollión (el joven) y, basándose sobre estos trabajos, demostró que en el Egipto había tres escrituras, la demótica, la hierática y la jeroglífica, las cuales en el fondo no diferían. Así sentó que la escritura demótica y la hierática sólo eran el trazado cursivo y simplificado de más en más de la escritura jeroglífica, y los jeroglíficos eran sólo signos fonéticos, alfabéticos las más de las veces, silábicos otras, raramente ideológicos representativos.

Así formuló un sistema que, comprobado por un gran número de sabios, es el que hoy sirve para leer las escrituras egipcias.

La escritura jeroglífica se escribía de derecha á izquierda ó de izquierda á derecha indiferentemente. Sólo se empleaba en los monumentos, al pie de las estatuas. Para el uso de la vida corriente y para la literatura y



Una línea de escritura hierática

las ciencias servíanse los Egipcios de una escritura cursiva llamada *hierática* por los modernos. Ésta se escribía siempre de derecha á izquierda.

(1) T. Young, *Arckœologia*, 1817, XVII; *Enciclopedia Británica*, 4.ª edición, IV, primera parte; *Account of discoveries in hierogliphic literatur*, en 8.º, Londres.

Entre las dinastías XXI y XXV el sistema hierático se simplificó para los usos del comercio y para las comunicaciones corrientes, cuentas, notas judiciales, etc. Los caracteres se abreviaron, disminuyeron en número

Una línea de escritura demótica

y en volumen y llegaron á formar una tercera escritura, escritura esencialmente vulgar, ó popular, llamada *demótica*.

A partir de los reinados de Shabak y de Tahzagá, fué la misma escritura que se empleó en los contratos públicos, en los testamentos, en las cartas y en toda clase de documentos particulares. Este estudio ha sido difícil á causa de la contracción de los caracteres y de las abreviaciones; pero hoy día se ha reducido también á interpretación exacta, y esta interpretación nos ha demostrado que todas las escrituras modernas son abreviaciones de otras escrituras anteriores jeroglíficas.

CAPITULO III

LA CALDEA

PRIMITIVOS POBLADORES ACCADIOS Y SUMIRES.—EL ELAM Y LA NACIÓN SUSIANA.—ESCRITURA ACCADIANA CUNEIFORME Y SU LITERATURA CURATIVA.—LOS CALDEOS Y SU LITERATURA MÁGICA.—BABILONIA Y SUS LEYENDAS SAGRADAS.—BEROSO.—EN EL RESTO DEL ASIA.

Desde la más alta antigüedad histórica, al Norte y al Este del Egipto, sobre la inmensa extensión de territorio comprendido entre el Mediterráneo, el mar Negro, el Cáucaso, el mar Caspio y los mares que bañan las costas meridionales de ese continente, hormiguean y se mezclan en confusa agitación naciones de orígenes diversos, aunque en ellos predominen las razas blancas análogas por su origen á las del Asia Menor. Estas naciones comparten ó se parten el territorio de la Caldea, ó mejor dicho, de lo que se ha llamado mucho después por los Griegos *la Mesopotamia*.

Los unos habíanse quedado fijos en el suelo que sus antepasados habitaron; los otros procedían en gran parte de las estepas del Asia septentrional, habiendo bajado en busca de climas más templados.

Parece fuera de duda que los primitivos pobladores que desarrollaron una civilización propia en el territorio de la Caldea, lo mismo que en el reino de Elam y la Nación Susiana, fueron un pueblo Turanio que emigró allí, procedente de las bajas cuencas del Altai.

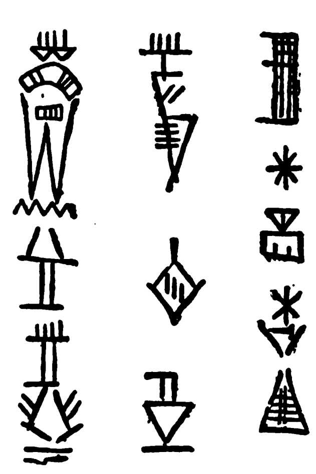
Este pueblo, como todos los demás Turanios, era antropológicamente considerado, una mezcla de las dos razas, blanca y amarilla; un producto del cruzamiento de Indo-Germanos ó sean Arios, con Mogoles. Entre los Turanios las mezclas variaban, siendo unos casi enteramente blancos y de nariz aguileña, como los pueblos de los cuales descienden los Turcos y los Vascos, y siendo otros muy aproximados al tipo Mogol, es decir, chatos y completamente amarillos de tez como los Tártaros.

Los Accadios que vinieron sobre la Caldea eran, pues, una de esas tribus ó pueblos que fueron á establecerse más al Sur, cerca del Tigris. Allá en su país primitivo, en la base del Altai, donde los metales se encuentran casi á flor de tierra, habían aprendido á extraerlos, á fundirlos, á

alearlos y á trabajarlos. Así entre ellos preponderaban los mineros, fundidores, forjadores y joyeros. Además sabían tallar las piedras preciosas.

Con tales industrias llevaron también á su nueva patria su lenguaje y su escritura, procedente de la jeroglífica, que por simplificación habíase transformado en cuneiforme. Cada figura ó jeroglífico anterior era representada por una ó varias impresiones de cuñas, puñales ó clavos marmardos y combinados sobre ladrillos; de aquí el nombre de cuneiforme que se daba á dicha escritura.

Estas impresiones remedaban de una manera rudimentaria la figura primitiva (ó jeroglífica) que representara una idea ó un sonido. Así, en lugar de dibujar un caballo, hacían una impresión de cuña, horizontal, y partiendo de los extremos de ésta, cuatro verticales hacia abajo, para indicar el cuerpo y las cuatro patas de dicho animal.



Escritura jeroglífica primitiva formando el tránsito á la cuneiforme.

De estas tribus las unas se fijaron al Este del Tigris, y las otras al Oeste. Más tarde confundiéronse con otras tribus de un pueblo Kuschita, conocidas con el nombre de Sumires, de Schumers (como pronuncian otros). Como todos los Kuschitas, los Schumers ó Sumires no eran más que la primera rama que se civilizara de los Antesemitas ó Presemitas. Pueblos obscuros de color, cuyo tinte variaba del moreno al tostado obscuro, casi negro; de nariz aguileña, de labios carnosos, y de estatura fina y no muy alta.

De la mezcla de estos Presemitas con los Turanios, ó sea de los Sumires con los Accadios en diversas proporciones, resultaron dos pueblos. Al Este del Tigris la Nación Susiana y el reino de Elam, y al Oeste los Caldeos. Así es que los Caldeos vienen formados por la fusión de los Sumires invasores con los Accadios ya establecidos entre el Tigris y el Éufrates (1). La escritura accadiana sirvió para escribir la lengua presemítica de los Sumires; y la religión de los primeros quedó relegada al rango de magia, al sistematizar y entronizar su religión sideral los segundos.

Hay que considerar además, antes de estudiar la literatura entre los Caldeos, que al gran Imperio Babilónico contribuyeron varios pueblos Semíticos propiamente dichos, como en todos los grandes imperios del an-

(1) El territorio que los Griegos llamaron *Mesopotamia*.

tiguo Oriente, de modo que la raza Caldea ó Babilónica vino á ser una mezcla de varias.

Como hemos indicado, cuando los Accadios llegaron á la Caldea, no sólo poseían ya industrias metalúrgicas, sino que también construían carros y muebles, tejían la lana y otras fibras, esculpían bajos relieves, y sabían de arquitectura hasta el punto de construir ciudades y fortificarlas. Pero no era esto sólo: tenían una legislación propia, una religión benéfica, basada en los elementos naturales, especialmente en el fuego, que tanto

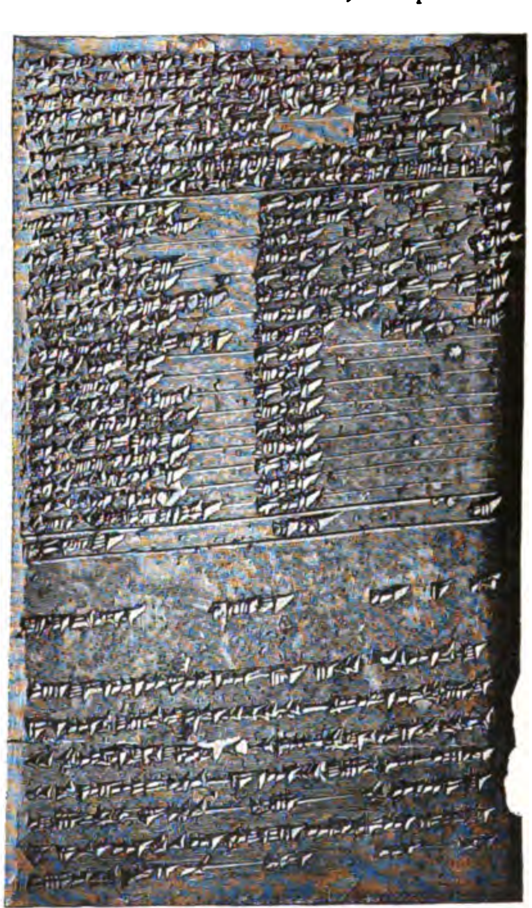
Escritura cuneiforme

les ayudaba, en sus fríos países del Norte, para fundir metales y para todos los usos domésticos. Y además, con su escritura cuneiforme poseían toda una literatura completa.

Uno de los milagros de la investigación moderna ha sido el hallazgo de la *estela* de *Ea-anna-da,* precioso descubrimiento de M. Surzec, que hoy forma, en París, en la colección del Museo del Louvre. Gracias á haberse descifrado este bajo relieve, se ha podido reconstruir un alfabeto antiguo de unos 5.000 años antes de nuestra Era, el cual servía, como hoy nos sirve nuestra escritura, á los habitantes de Ur y de Sirpula para cambiar sus ideas, redactar su historia sobre los muros de sus monumentos ó sobre simples ladrillos de tierra cocida.

Del año 4500 antes de nuestra Era, época en la cual dicha escritura ya es corriente, hasta el 2000, en que desaparece por completo á causa

de la invasión y conquista Semítica, el pueblo de Accad, primero solo, y después mezclado con el Sumir, vive en el país de la Caldea perfectamente distinto y con caracteres propios, según sus dos épocas, la Accadiana, y la Babilónica, ó sea mezclado con los Sumires, siempre escribiendo en su escritura cuneiforme.



Reverso de un ladrillo no deteriorado de la Biblioteca de Assurbanipal

Luego de desaparecido legó á los Asirios, á los Fenicios y á los Judíos una tradición abundante y fecunda que si no originó, al menos desarrolló la literatura de estos pueblos. En especial los Judíos le deben mucho: sus tradiciones del Diluvio y la torre de Babel, su Cosmogonía, y en particular en los salmos de David hállanse muchas fórmulas mágicas de la antigua literatura religiosa accadiana, que forman el núcleo de sus plegarias. El pueblo Presemita ó Sumir que se fundió con los Accadios, que luego formó el elemento preponderante de la población Caldea, á la cual impuso su religión y su lengua, organizó el culto por medio de un sacerdocio sabio, bien dotado de imaginación. Éste redactó los párrafos de los episodios miraculosos de la génesis del Universo, la formación de los primeros hombres; luego, la ingratitud de estos hombres al corromperse y volverse malos, la cólera de Bel, el Dios todopoderoso, el cual juró destruir todo lo que había creado, y como resultado del furor divino, el gran cataclismo del Diluvio universal, el arca libertadora para que no se extinguieran las especies buenas, el orgullo de los hombres, la confusión de las lenguas y la fundación

de la primera dinastía babilónica después del reinado de los dioses y de los gigantes.

Uno de los primeros reyes de esta dinastía, que ya entra plenamente en lo histórico, se llamaba Sargina, primero de su nombre, y era un príncipe conquistador, civilizador é ilustrado. Había acrecentado su reino fundando ciudades y estableciendo la preponderancia de la raza Presemítica sobre toda la Caldea. Honrábase, antes que todo, en proteger la Ciencia, las Artes y las Letras. Los literatos eran los magnates de su Corte; en Urukh (la Orchoé de los antiguos Griegos, la Erekh de la *Biblia* y la Warkah de los modernos) fundó una colosal Biblioteca, por la cual dicha po-

blación fué llamada *la ciudad de los libros*.

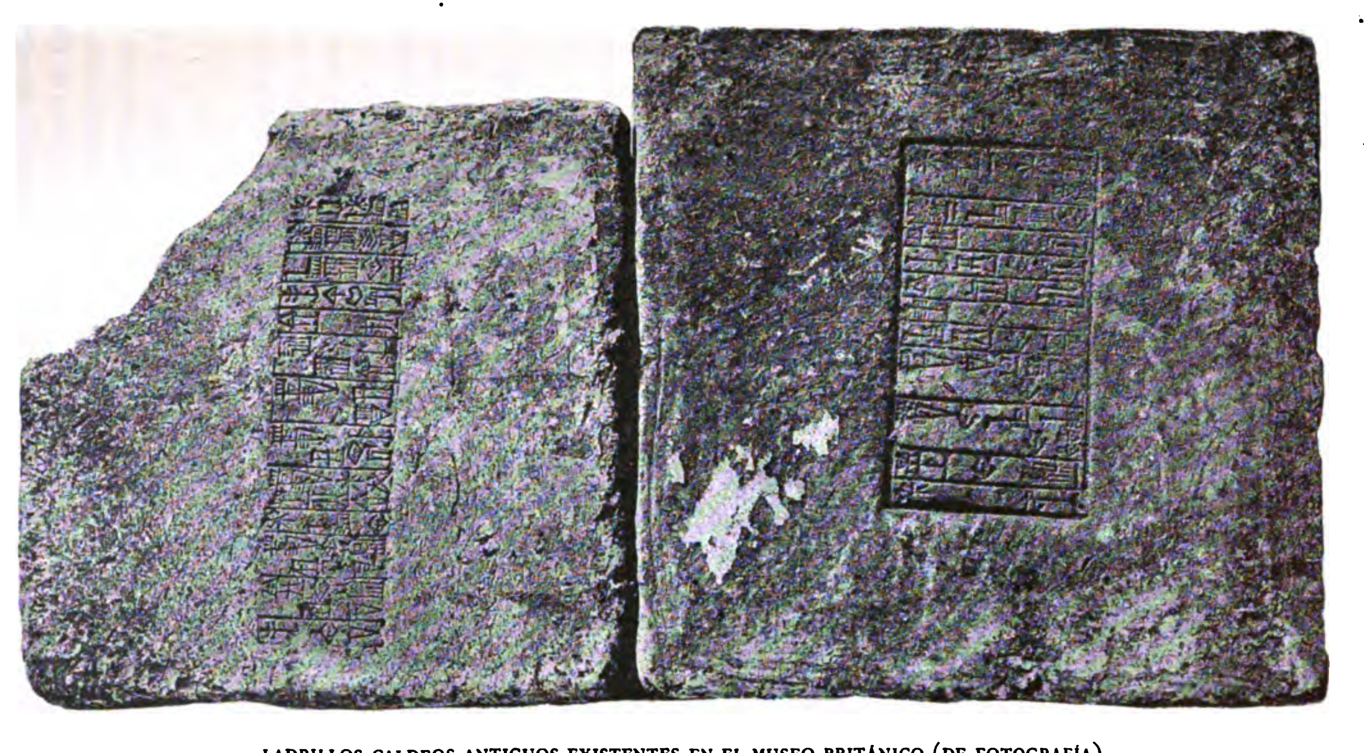


Ladrillo con inscripción, de Ur-Ba'u

Magníficamente pagados, unos agentes suyos reunieron de todas partes las tradiciones sacerdotales, las leyendas heroicas, las descripciones siderales, formando verdaderos libros con ello, libros cuyas páginas eran tablillas de tierra cocida. Los que estaban en lengua de Accad eran traducidos en lengua primitiva Semítica, y clasificadas y guardadas las traducciones al lado de los originales. A estas traducciones añadíanse sabios comentarios por un cuerpo de comentaristas especiales, y luego se aumentaban estos textos con los nuevos sobre el culto y la Teogonía, y además se escribían libros de Legislación, de Astronomía, de Historia y hasta de Gramática. ¡Qué memorable esfuerzo, y qué digno de ser consignado en la historia de la Humanidad, cuando en aquella época tan difíciles eran las Letras y las Ciencias, y sobre todo el medio de conservarlas y de escribirlas! ¡Cómo palidecen al lado del espléndido Sargina I ciertos monarcas de los tiempos modernos, memorables sólo por su persecución ó indiferencia á todo progreso científico y literario!

Coordenadas y transcritas sobre ladrillos cocidos, y recopiadas quince siglos más tarde bajo las órdenes de un ilustrado príncipe Asirio, muchas de estas concepciones de la primitiva literatura babilónica forman hoy día, aunque en estado fragmentario, uno de los más preciosos monumentos del Museo Británico, existiendo también algunos trozos en el Museo del Louvre.

Como ya hemos indicado antes, existían otros focos de cultura en esta Asia anterior, en que todas las razas superiores de la Tierra parecían haberse dado cita, y donde luego, conducidas por el legendario Thadeo y



LADRILLOS CALDEOS ANTIGUOS EXISTENTES EN EL MUSEO BRITÁNICO (DE FOTOGRAFÍA)

después por Abraham el gran patriarca, las tribus errantes de los Hebreos vinieron á constituirse una patria.

A origen del Tigris, y situado en el punto de confluencia de los Kuschitas, de los Semitas, de los Turanios y de los Arios, se desarrolló el potente imperio del Elam. Tenía grandes ciudades, y Susa, la capital, levantábase arrogante y magnífica en la confluente de los dos brazos del Koaspés.

Hacia el año 2300 antes de la Era cristiana, uno de los reyes de Elam, Kurdur-Nakunté, había bajado á las llanuras del Éufrates y se apoderaba de las ciudades desde Urukh hasta Babilonia, y luego volvíase, llevándose triunfalmente las imágenes de los dioses Caldeos á los templos de Susa.



Ladrillo asirio de Khorsabad (0,12 metros de grueso por 0,13 de lado), en el Museo del Louvre.

En el seno de este Elam bíblico, y exenta de toda influencia semítica propiamente dicha, florecía una antigua civilización anterior á la de Babilonia.

A más, en las riberas del Jordán y concentrados alrededor del Hebrón, los misteriosos Khittis, salidos probablemente de una de las razas blancas que poblaban el Cáucaso, tenían una industria próspera, un sistema de escritura jeroglífica muy diferente al sistema egipcio, y que hoy es aún indescifrable, por lo cual nada podemos decir de su literatura si no es el que la tuvieron y abundante. Mucho tiempo después de su establecimiento en estas comarcas, donde tantas veces debieron de encontrarse en actitud hostil con los Egipcios, con los Asirios y con los reyes de Urarti, uno de sus jefes, llamado Kittisur (lo cual sólo parece querer indicar rey de los Khittis y no nombre alguno), llevaba en su estado mayor y en sus campañas un historiógrafo encargado de dar cuenta de sus hazañas, lo cual prueba ya el adelanto de aquel pueblo primitivo.

Pero como de todos estos pueblos, anteriores á la gran mezcla de Egipcios, Fenicios, Frigios, Asirios, etc., que precedió á la conquista de los persas, sólo la literatura caldea tiene una importancia verdadera en la historia de la evolución humana, por su influencia en los pueblos de Israel, de Persia, de la Arabia, y hasta de la Grecia y Roma antiguas, sólo presentaremos, ó mejor, reseñaremos los dos aspectos de aquella literatura, á sa-

ber: la Accadiana, anterior á la mezcla con pueblos Presemíticos y Semíticos, y la Babilónica, ó sea la que resultó después de esta mezcla.

Entre los pueblos de Accad—que, como hemos ya dicho, fueron los que formularon primero sus ideas y sentimientos con jeroglíficos abreviados que pronto degeneraron, simplificándose en escritura cuneiforme,—á lo que parece no hubo más literatura que una literatura mágica, curativa ó terapéutica. Confiaban en los dioses siderales y creían que mediante invocaciones les librarían de sus calamidades terrestres.



Lápida de piedra negra con inscripción accadia de Dungi de Dur

Los detalles tan ricos y tan variados que contienen los textos cuneiformes, puestos desde hace algunos años á disposición de todos los sabios, se han extendido y completado de la manera más feliz por nuevos documentos que ha poco han visto la luz pública. Entre los millares de fragmentos de tablillas de arcilla descubiertos por M. Layard en la sala de la Biblioteca de Koyundjik, sobre el mismo emplazamiento de Nínive, y conservados actualmente en el Museo Británico, se hallan los fragmentos de una vasta obra de magia, que, completa, no debía formar menos de doscientas tablillas ella sola, y que era para la Caldea lo que es para la India antigua el *Atharva-Veda*. Era la compilación de las fórmulas, de encantamiento y de los himnos de aquellos magos Caldeos de que nos hablan los escritores clásicos y de los que dice Diodoro de Sicilia: «Tratan de contrarrestar el mal y procurar el bien, sea por purificaciones, sea por sacrificios ó encantamientos.» El eminente orientalista, que allende el canal de la Mancha ha contribuído más poderosamente que otro alguno al descubrimiento de la lectura de los textos cuneiformes Asirios, sir Enrique Rawlinson, —ayudado por el joven colaborador que le prestó tan valioso concurso ganando por su esfuerzo un puesto distinguido en la Ciencia, Sir Jorge Smith,—ha recogido pacientemente los trozos de esta obra en medio del caos de escombros de toda naturaleza en que estaban confundidos, y ha preparado la publicación que ha aparecido en el tomo IV de las *Cuneiform inscripcions of Western Asia*. Para dar una idea de la extensión material

de los fragmentos en cuestión, será suficiente decir que ascienden á más de cincuenta, entre los cuales hay muchas tablillas intactas, conteniendo hasta trescientas ó cuatrocientas líneas de escritura, y que ocupan casi por entero, reproducidas por el grabado é impresas, unas treinta planchas en folio.

Con una generosidad científica bastante rara, y cuyo reconocimiento no podemos manifestar mejor que proclamándolo, sir Enrique Rawlinson comunicó á varios sabios, antes de que viesen la luz, las pruebas de las planchas de esta publicación, una de las más preciosas que hayan enriquecido la Asiriología, y de ella sacamos la mayor parte de los fragmentos dados en su lugar.

La gran obra mágica, de la que los copistas de Asur-ba-nipal habían sacado varias copias tomadas del ejemplar existente desde la más remota antigüedad en la Biblioteca de la famosa escuela sacerdotal de Erech, en Caldea, se componía de tres libros distintos. Se conoce el título de uno de ellos: *Los malos espíritus,* pues al final de cada una de las tablillas que lo forman, y que se han conservado en toda su integridad, se lee: «Tablilla n.º..... de los Malos Espíritus.»

Como el título indica, estaba exclusivamente lleno de fórmulas de conjuro y de imprecaciones destinadas á ahuyentar los demonios y otros espíritus malignos, á desvirtuar su funesta acción, y á ponerse al abrigo de sus ataques. Un segundo libro se nos presenta, en lo que de él subsiste, como formado por una colección de encantamientos á los cuales se atribuía el poder de curar diferentes enfermedades. En fin, el tercero comprende himnos á ciertos dioses, al canto de los cuales himnos se atribuía un poder sobrenatural y misterioso, y que, por lo demás, tienen un carácter muy diferente de los himnos puramente litúrgicos de la religión oficial, de los cuales alguno ha atravesado también los siglos. Es curioso observar que las tres partes que contiene la gran obra mágica, cuyos restos ha recompuesto sir Enrique Rawlinson, corresponden exactamente á las tres clases de doctores Caldeos que el libro de Daniel enumera al lado de los astrólogos y los adivinos *(kasdim* y *gazrim),* es decir, los *khartumim* ó conjuradores, los *hakamim* ó médicos y los *asaphim* ó teósofos. Mientras más se progrese en el conocimiento de los textos cuneiformes, más se reconoce la necesidad de revisar la condenación lanzada demasiado prematuramente por la Escuela exegética Alemana contra el libro de Daniel. Sin duda la lengua, plagada en ciertos lugares de palabras griegas, prueba que la redacción definitiva, tal como hoy la poseemos, es posterior á Alejandro. Pero el fondo se remonta más allá; está impregnado de un sabor babilónico perfectamente caracterizado, y los rasgos de la vida de la Corte de Na-

bucodonosor y de sus sucesores tienen allí una verdad y una exactitud á las que no se hubiera podido llegar algunos siglos más tarde.

Fórmulas, himnos, encantamientos, en esta triple colección, están en Accadio, pero acompañados de una traducción Asiria, dispuesta según el método interlineal. Hay, con todo, algunos himnos raros, cuyo texto primitivo se había ya perdido sin duda en la época atrasada en que la colección fué formada por la primera vez. No dan, en efecto, sino una versión Asiria, en la que la lengua presenta marcas de la más remota antigüedad, y en que la sintaxis, por sus construcciones de frases con frecuencia contrarias al genio íntimo de los idiomas Semíticos, deja aparecer los caracteres propios de una lengua del todo diferente en la que estaba redactado el original, desaparecido después de tanto tiempo. Los diferentes trozos están separados por un rasgo profundo que el copista ha trazado en la tablilla, y además, el comenzamiento de cada una está precedido de la palabra *en*, «encantamiento,» que marca todavía de una manera más clara el principio de la nueva fórmula. Los himnos del libro tercero terminan todos con la palabra Accadia *hakama,* que se traduce en Asirio por «amén» *(amarm)*.

La fórmula para conjurar los espíritus malhechores es muy monótona; están todas vaciadas en el mismo molde. Se comienza por enumerar los demonios que han de ser vencidos por el conjuro, clasificando su poder y describiendo sus efectos. Viene en seguida el voto de verlos ahuyentados ó de preservarse de ellos, el cual se presenta con frecuencia bajo una forma afirmativa. En fin, la fórmula termina por la invocación misteriosa que le dará su eficacia: «¡Espíritu del Cielo, acuérdate! ¡Espíritu de la Tierra, acuérdate!» Ésta sólo es lo necesario, y no falta jamás; pero se le agrega algunas veces invocaciones semejantes á las de otros espíritus divinos.

Citaremos como ejemplo uno de estos conjuros, destinado á combatir diferentes demonios, enfermedades y acciones funestas, tales como el *mal de ojo* ó sea *la mala mirada*.

«La peste y la fiebre que desarraigan el país,—la enfermedad... que devasta el país, malignas para los cuerpos, funestas para las entrañas,—el demonio maligno, el *alal* maligno,—el *gigim* maligno,—el hombre malhechor, el ojo malhechor, la boca malhechora,—la lengua malhechora—del hombre hijo de su dios, que salgan de su cuerpo, que salgan de sus entrañas.

»De mi cuerpo jamás entrarán en posesión,—delante de mí no harán daño, jamás me seguirán,—jamás entrarán en mi casa,—jamás atravesarán mi umbral, en la casa que habito jamás penetrarán.

»¡Espíritu del Cielo, acuérdate! ¡Espíritu de la Tierra, acuérdate!

»¡Espíritu de Mul-ge (1), señor de las comarcas, acuérdate!
»¡Espíritu de Nin-gelal (2), señora de las comarcas, acuérdate!
»¡Espíritu de Nin-dar (3), potente guerrero de Mul-ge, acuérdate!
»¡Espíritu de Paku (4), inteligencia sublime de Mul-ge, acuérdate!
»¡Espíritu de Eu-zuna (5), hijo primogénito de Mul-ge, acuérdate!
»¡Espíritu de Tiskhu (6), señora de los ejércitos, acuérdate!
»¡Espíritu de Ym (7), rey cuyo ímpetu es bienhechor, acuérdate!
»¡Espíritu de Ud (8), rey de justicia, acuérdate!
»¡Espíritus Anunna-ge (9), dioses grandes, acordaos!»

Véase otro, en que la enumeración final está menos desarrollada:

«La noche de mal augurio, la región del Cielo que produce la desgracia,—el día funesto, la región del Cielo, maligna á la observación,—el día funesto, la región del Cielo, maligna, que avanza,—.....—mensajeros de la peste,—devastadores de Ninki-gal,—el rayo, que arrasa el país,—los siete dioses del vasto Cielo,—los siete dioses de la vasta Tierra,—los siete dioses de las esferas ígneas,—los siete dioses de las legiones celestes,—los siete dioses malhechores,—los siete fantasmas malignos,—los siete fantasmas de llama maligna,—los siete dioses del Cielo,—los siete dioses de la Tierra,—los demonios malignos, el *alal* maligno, el *gigim* maligno, el *telal* maligno, el dios maligno, el *maskim* maligno.
»¡Espíritu del Cielo, acuérdate! ¡Espíritu de la Tierra, acuérdate!
»¡Espíritu de Mul-ge, rey de las comarcas, acuérdate!
»¡Espíritu de Nin-gelal, señora de las comarcas, acuérdate!
»¡Espíritu de Nin-dar, hijo del cenit, acuérdate!
»¡Espíritu de Tiskhu, señora de las comarcas, que brillas en la noche, acuérdate!»

Pero, más ordinariamente, no hay fin en semejante enumeración mitológica. Como tipo de las fórmulas más sencillas, citaremos un conjuro contra los siete demonios subterráneos, llamados *maskim,* y que estaban incluídos entre los espíritus más temibles:

(1) El gran dios llamado Bel en Asirio.
(2) En Asirio, Belit.
(3) En Asirio Adar, el Hércules de la religión de las orillas del Éufrates y del Tigris.
(4) En Asirio Nebo, dios del planeta Mercurio.
(5) En Asirio Sin, dios de la Luna.
(6) En Asirio Ystar, diosa del planeta Venus.
(7) En Asirio Bin, dios de la atmósfera luminosa y de los fenómenos atmosféricos.
(8) En Asirio Samas, dios del Sol.
(9) En Asirio Anunnaki, espíritus de la Tierra.

«Los Siete, los Siete,—en lo más profundo del abismo los Siete,—abominación del Cielo, los Siete,—escondiéndose en lo más profundo del abismo y en las entrañas de la Tierra,—ni machos ni hembras,—sin esposa ni hijos,—sin conocer el orden ni el bien,—sin escuchar las plegarias,—gusanos que se esconden en la montaña,—enemigos del dios Ea,—devastadores de los dioses,—autores de disturbios, soberbios por la violencia,—agentes de querellas, agentes de enemistad.

»¡Espíritu del Cielo, acuérdate! ¡Espíritu de la Tierra, acuérdate!»

Como se ve, el exorcista Caldeo no economizaba las invectivas contra los demonios que quería ahuyentar. En estas acumulaciones de epítetos insultantes y en la descripción de los efectos siniestros producidos por los espíritus del mal y las tinieblas, es donde la imaginación de los poetas de Accad se abría ancho campo; siembran en ellos imágenes muy variadas, con frecuencia de gran brillo y de verdadera valentía.

Algunas veces también la fórmula se extiende y toma un carácter dramático. Después de haber descrito los estragos causados por los demonios, supone que la súplica ha sido escuchada por el dios bienhechor Silik-mulu-khi, que vela por los hombres y sirve de mediador entre ellos y los dioses superiores. Pero su poder y la Ciencia no llegan hasta el punto de vencer á los espíritus demasiado poderosos cuya acción hay que conjurar. Entonces Silik-mulu-khi se dirige á su padre Ea, la inteligencia divina que penetra el Universo, el señor de los secretos eternos, el dios que preside á la acción teúrgica, y éste es el que revela el rito misterioso, la fórmula con la que el nombre omnipotente y oculto quebrantará el esfuerzo de las más formidables potencias del abismo.

El encantamiento contra las enfermedades comprende una gran variedad de casos, como lo explica una extensa letanía que no damos por no ser del caso. Pero los más multiplicados son aquellos que tienen por objeto la curación de la peste, de la fiebre y de «la enfermedad de la cabeza;» ésta, según las indicaciones que se dan acerca de sus síntomas y sus efectos, parecía ser una especie de erisipela ó enfermedad cutánea craneana. Sería interesante que un médico explorador buscase, si no existe, alguna enfermedad de ese género, especialmente endémica en el país pantanoso del bajo Éufrates, como existe la elefantiasis en Damieta. Véanse los principales pasajes de un gran encantamiento contra esta «enfermedad de la cabeza.» La tablilla de donde lo tomamos contiene todavía otras seis extensas fórmulas contra la misma enfermedad.

«La enfermedad de la cabeza existe en el hombre,—.....—la enfermedad de la cabeza la hincha y la pone puntiaguda como una tiara,—la en-

fermedad de la cabeza de la salida á la puesta del Sol.—La enfermedad de la cabeza... abandonará mi rostro.—En el mar y en la vasta Tierra—la tiara se ha convertido en una tiara muy pequeña,—la gran tiara, su tiara.—Las enfermedades de la cabeza hieren como un toro,—las enfermedades de la cabeza lancean como la palpitación del corazón...

»Las enfermedades de la cabeza, las dolencias.....—como langostas que (vuelan) al Cielo;—como pájaros que huyen en el vasto espacio.—¡De las manos protectoras de su dios (el enfermo), sea vuelto á la salud!»

Este espécimen dará al lector una idea del modo uniforme de composición de los encantamientos contra las enfermedades que llenan el segundo libro de la obra de que tratamos. Siguen siempre el mismo plan, sin apartarse jamás de él; la definición de la enfermedad y sus síntomas empieza y ocupa la mayor parte de la fórmula, después de la cual vienen las súplicas para ser curado ó la orden dada á la dolencia de que salga. Algunas veces, asimismo, el encantamiento del curandero toma al final una forma dramática que ya hemos hecho observar en ciertos conjuros contra los espíritus. Es el mismo diálogo, en que el dios Ea, consultado por su hijo, indica el remedio.

Hay un ejemplo particularmente notable en una gran fórmula que ocupa ella sola toda una tablilla. El principio, desgraciadamente, está muy mutilado, y las lagunas que se presentan á cada paso no permiten dar de esta parte una traducción seguida. El texto empieza así: «La enfermedad de la frente ha salido de los infiernos,—de la mansión del Señor, del abismo ha salido.» En lo que queda de los versículos que describían de una manera más precisa los efectos de esta afección, se trata de «la úlcera que taladra,» de «la supuración que empieza,» de la fuerza del mal «que hace estallar las paredes del cráneo como las de una vieja embarcación.» El enfermo ha probado el efecto de ritos purificatorios, que no han sido capaces de dominar la plaga salida del infierno: «Se ha purificado y no ha conseguido domar el toro; se ha purificado y no ha podido someter el búfalo al yugo;» el mal continúa royéndole, «como legiones de hormigas.» Entonces intervienen los dioses, y, á partir de este momento, el texto es seguido:

«Silik-mulu-khi lo ha socorrido;—hacia su padre Ea, en la mansión ha penetrado, y le ha dicho: «Padre mío, la enfermedad de la cabeza ha salido de los infiernos.»—Al súbdito del mal le ha dicho así: «Da el remedio; ese hombre no lo sabe; está sometido al remedio.»—Ea, á su hijo Silik-mulu-khi, le ha respondido:—«Hijo mío, tú no conoces el remedio; yo te enseñaré el remedio.—Silik-mulu-khi, tú no conoces el remedio; yo te enseñaré el remedio.—Lo que yo sé, lo sabrás tú.—Ven, mi hijo Silik-mulu-khi.—... Toma una vasija;—recoge agua de la superficie del

río.—Sobre esa agua pon tu labio divino;—por tu soplo divino refréscala y hazla brillar de pureza.—... Socorre al hombre hijo de su dios;—... envuelve su cabeza.—... Que la dolencia de su cabeza (se vaya).—Que la enfermedad de su cabeza se disipe por el rocío de la noche.

«¡Que el precepto de Ea lo cure!

»¡Que Davkina (1) lo cure!

»¡Que Silik-mulu-khi, hijo primogénito del Océano, forme la imagen consoladora!»

Es evidente que, al pronunciar estas palabras, el mágico debía ejecutar los actos cuya prescripción se coloca en boca del dios y que inspiran esos cantos.

En todos los pueblos orientales, la creencia en el poder mágico que, por medio de ciertas palabras y ciertos ritos, manda á los espíritus y constriñe á la obediencia, aun á los mismos dioses, al que conoce esos secretos omnipotentes, ha producido en el orden de los hechos un dualismo correspondiente al de los buenos y los malos espíritus. El poder sobrenatural que el hombre puede llegar á conquistar es divino ó diabólico, celeste ó infernal. En el primer caso se confunde con el poder que el sacerdote recibe de los dioses superiores: se ejerce de una manera bienhechora para alejar las desgracias, conjurar las enfermedades y combatir las influencias demoniacas.

En el segundo caso se convierte en perverso, impío y constituye la magia negra ó hechicería, con sus criminales aberraciones. Esta división, que existe en todo el Oriente, salvo quizás aquellos pueblos absolutamente bárbaros en que el sacerdote brujo es más temido por sus maleficios que bendecido por sus conjuros bienhechores, la había también entre los Caldeos. Naturalmente, los libros sagrados, de que poseemos tan sólo fragmentos, no contienen en general sino los encantamientos de la magia divina, el arte conjuratorio y propicio; la magia diabólica y maléfica está excluída con horror; sus prácticas, enérgicamente reprobadas.

Pero esos libros contienen bastantes indicaciones sobre la magia negra, pues sus fórmulas están destinadas á alejar los efectos de los maleficios de esas artes impías, tanto como la acción espontánea de los demonios. Se trata en ellos frecuentemente de hechiceros y hechiceras, y se ve que eran numerosos en la Caldea primitiva, en el pueblo de Accad. Tan pronto los sortilegios están mencionados con los demonios y las enfermedades en la enumeración de las calamidades conjuradas, y tan pronto las combaten encantamientos especiales.

Tal es la fórmula que maldice el hechicero llamándole: «el malo, el

(1) Esposa de Ea.

malvado, ese hombre malhechor, ese hombre entre los hombres maléfico, ese hombre perverso,» y que habla «del terror que difunde,» del «lugar de sus agresiones violentas, y de su malignidad,» de «esos sortilegios que son rechazados lejos de los hombres.» Ea, como dios protector por excelencia contra todas las potencias infernales, y con él el Sol, son los dioses invocados para poner al abrigo del hechicero. Ocultos en las tinieblas es como aquellos malvados preparan sus maleficios; por esto el Sol es su gran enemigo, y un himno de la colección mágica se dirige á él en estos términos:

«Tú que haces desvanecer la mentira, tú que disipas la maligna influencia,—los prodigios, los augurios, los pronósticos molestos, los sueños, las apariciones malévolas,—tú que desbaratas los planes malignos, que arrastran á la perdición á los hombres y los países,—que se entregan á los sortilegios y los maleficios.»

En general, el hechicero, en los antiguos conjuros accadios, es llamado: «el malvado, el hombre malhechor.» Las expresiones que designan sus prácticas tienen siempre un carácter velado, en el cual se marca la huella del terror que inspira; no se atreven á designarle con un nombre francamente directo, y las versiones asirias son las que dan á esas expresiones un sentido más preciso. Los maleficios, en su generalidad, son indicados como «lo que obra, lo que es malo, lo que es violento;» los ritos en acción de la hechicería se llaman «la obra,» los encantamientos «la palabra,» los filtros «la cosa mortal.»

No existe mal alguno que no pueda ejecutar el hechicero. Dispone á su arbitrio de la fascinación por el mal de ojo ó por las palabras nefastas; sus prácticas y sus fórmulas de encantamiento ponen los demonios á sus órdenes; los desencadena contra la persona ó cosa que quiere perjudicar, y hace que le atormenten por todos los medios imaginables; echa la mala suerte contra los individuos ó los países, provoca la obsesión, envía las enfermedades. Puede aun ocasionar la muerte por medio de sus sortilegios é imprecaciones, ó bien por los venenos que ha aprendido á distinguir y que mezcla en los brebajes. Pero en este caso el conjuro que se opone á sus actos puede volver contra él los efectos que quería producir en otro. «¡Que muera él y que yo viva!;» así termina una fórmula inédita contra los encantamientos de un hechicero que ha emprendido la mala obra de procurar la muerte de un alto personaje por medio de sus sortilegios.

Un encantamiento, del cual sólo existe la versión asiria, enumera las diversas variedades de operaciones empleadas por los hechiceros de la Caldea; no está comprendida en la colección de Sir Enrique Rawlinson, pero el original existe en el Museo Británico:

«El encantador me ha encantado por el encantamiento;—la encanta-

dora me ha encantado por su encantamiento;—el hechicero me ha hechizado por el sortilegio, me ha hechizado por su sortilegio;—el mágico me ha hechizado por el sortilegio, me ha hechizado por su sortilegio;—el echador de suertes ha sacado y ha impuesto su fardo de penas;— el hacedor de filtros ha cavado, ha registrado y se ha puesto en acecho recogiendo sus hierbas.—¡Que el dios Jeu, el héroe, disipe sus encantamientos!»

Otra fórmula desvía el efecto «de la imagen que levanta su cabeza,» y que se combate por las aguas purificadas, de «aquel que por el poder de su deseo hace venir la enfermedad,» del filtro que se difunde por el cuerpo, del «encantamiento incorporado en el filtro,» en fin, «del labio que pronuncia el encantamiento.»

Vese, pues, aquí el encantamiento por palabras que recita el hechicero, lo que los latinos llamaban *carmen,* el empleo de «obras,» de prácticas misteriosas y de objetos hechizados, que producían un efecto irresistible; prácticas de las que una de las primeras es la imprecación, y la composición de filtros confeccionados con ciertas hierbas conocidas del mágico, que aumenta aún su poder pronunciando sobre el brebaje palabras encantatrices.

Los Protocaldeos, por lo demás, como los Griegos primitivos, según se desprende de esta literatura, no distinguían el filtro encantado del veneno, y designaban uno y otro bajo el mismo nombre, lo que puede arrojar alguna luz sobre la naturaleza de aquellas bebidas, cuyo efecto era extraordinariamente temido. Resulta de una de las fórmulas de la gran letanía, que se atribuía á los brebajes de este género el origen de enfermedades repugnantes que resultaban, al parecer, de una descomposición general de la sangre, como la lepra y otras dolencias análogas.

Entre las fórmulas de la misma letanía hay una para preservar «del que levanta figuras» (1), y este medio parece ser uno de los más usados por los hechiceros de la Caldea. Los documentos mágicos hablan muchas veces de estas prácticas, pero no las citamos, no siendo nuestro objeto sino el de presentarlas como modelos de antiquísima literatura.

Entre todos los medios que puede emplear el «hombre malhechor,» que tiende á hacer daño, el más poderoso, el más irresistible es la imprecación. La fórmula imprecatoria no desencadena únicamente los demonios: obra aun sobre los dioses celestes, y, encadenando su acción á sus palabras, la encaminan al mal; manda al dios particularmente afecto á cada hombre, según la creencia caldea, y de protector lo convierte en enemi-

(1) Esta era una práctica como la de los hechiceros de nuestra Edad media, del Renacimiento, y aun de ciertos embaucadores actuales, que hacían creer que con una figura de cera representativa de un personaje podían hacerlo sufrir y hasta perecer, según lo que hicieran con la imagen.

go. Esto es lo que indica, de una manera categórica, un gran conjuro que describe, con imágenes de una verdadera poesía, los efectos de la imprecación que el conjuro tiende á desvirtuar:

«La imprecación obra sobre el hombre como un demonio maléfico.—La voz que exclama existe en él;—la voz maléfica en él;—la imprecación de malicia es el origen de la enfermedad.—A este hombre, la imprecación maléfica le degüella como un cordero;—el dios de su cuerpo le ocasiona la herida;—su dios cierne sobre él la angustia;—la voz que exclama, semejante á la hiena, lo subyuga y lo domina.

»Silik-mulu-khi lo ha socorrido;—hacia su padre Ea, en la mansión ha penetrado, y le ha dicho:—«Padre mío, la imprecación es para el hombre como un demonio del infierno.»—A propósito del mal le dice:—«Combina el número; ese hombre no lo sabe; está sometido al número.»—Y, Ea á su hijo Silik-mulu-khi responde así:—«Hijo mío, tú no conoces el número, yo te dispondré el número.—Silik-mulu-khi, tú no conoces el número, yo te enseñaré el número.—Lo que yo sé lo sabes tú.—Oye, hijo mío Silik-mulu-khi.—... Elevado, preséntale una mano favorable.—Expón el orden del destino, manifiesta el orden del destino.»

«¡Mal, sal de su cuerpo;—aunque seas una imprecación de su padre,—una imprecación de su madre,—una imprecación de su hermano mayor,—una imprecación de un hombre desconocido!»

«(Este es) el destino pronunciado por los labios de Ea.—Como la sed, que se vea saciada;—como la iniquidad, que se vea anonadada;—como el pecado, que sea dispersado.

»¡De este destino, espíritu del Cielo, acuérdate! ¡Espíritu de la Tierra, acuérdate!»

Es que, en efecto, las fórmulas imprecatorias eran terribles. Véase una destinada para el que se atreviese á variar de sitio el mojón divisorio de unos terrenos:

«A este hombre las imprecaciones le precipiten en las aguas; ellas lo arrastren al fondo; lo destrocen contra las piedras; lo quemen por el fuego; lo lancen al destierro en lugares donde no se pueda vivir.

»¡Que Anu, Bel, Nuah, y la señora suprema (Belit), y los grandes dioses le cubran de una confusión absoluta; que desarraiguen su estabilidad; que borren su posteridad!

»¡Que Marduk, el gran señor, el jefe eterno, lo encadene con lazos imposibles de romper!

»¡Que el Sol, el gran juez del Cielo y de la Tierra, pronuncie su condenación y lo precipite en las cavernas!

»¡Que Sin, el iluminador, que habita en los cielos elevados, lo envuel-

va con una cuerda como un carnero salvaje cogido en la caza, como un búfalo que se derriba al suelo cogiéndolo con el lazo!

»¡Que Ystar, soberano del Cielo, lo hiera, y en presencia de los dioses y de los hombres arrastre sus deudos á la perdición!

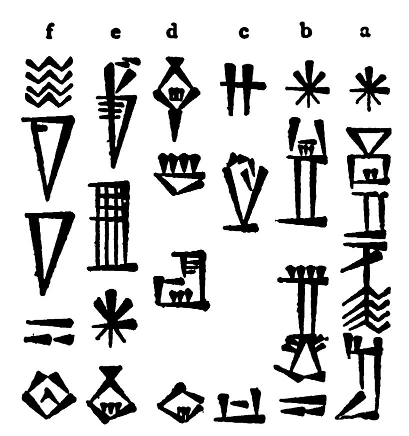
»¡Que Adar, el hijo del cenit, el hijo de Bel, el Supremo, arranque el linde y el límite de sus bienes!

»¡Que Gula, la gran señora, la esposa del Sol invernal, vierta en sus entrañas un veneno sin remedio; que haga correr su sangre y su sudor como agua!

»¡Que Bin, el capitán del Cielo y de la Tierra, el hijo de Anu, el héroe, inunde sus campos!

»¡Que Serakh destruya las primicias de sus cosechas..., que debilite sus ganados!

»¡Que Nebo, inteligencia suprema, lo colme de aflicción y de terror, y que lo precipite, en fin, en una desesperación irremediable!



Disposición de los renglones en una inscripción antigua babilónica

»¡Y que todos los grandes dioses, cuyos nombres quedan mencionados en esta inscripción, le maldigan con una maldición que no pueda ser retirada y que dispersen su raza hasta el fin de los días!»

Se concibe que se hacía precisa la intervención directa de todo un dios supremo como Ea para librar del peso de semejantes imprecaciones.

Tal es el carácter de toda la literatura de esos pueblos Protocaldeos. Vamos á ver la de los Babilonios, ya más civilizados, que heredaron la escritura y el sistema sideral de éstos, si bien modificándolo.

Entre los pueblos de la alta antigüedad, y por lo tanto entre los Babilonios, la forma poética sólo tenía una manifestación y era la religiosa; queremos dar á entender una manifestación que permitiese llegar hasta nosotros los frutos literarios de los textos antiguos. La literatura se perpetuaba en la piedra ó en el barro cocido, en forma de tablillas, y á esto debemos el conocer la literatura de aquellas sociedades primitivas. Necesariamente para la inteligencia de esta literatura hay que conocer, siquiera sea someramente, la cosmogonía de aquellos pueblos; y los Babilonios, como casi todos, pasan en silencio el primero de todos los principios, para ima-

ginar seguidamente dos, Taothé *(Tiamat)* y Apasón *(Apsu),* haciendo de Apasón el esposo de Tahoté, á la que llamaban la madre de los dioses. De esta unión nace un hijo único, Moymis *(Mummú),* que parece ser el mundo inteligible, salido de los dos primeros principios. De éstos surge inmediatamente una segunda generación, Daché y Dachos (Lachmé y Lachmos=*La'hamu* y Lu'humú). Después sobreviene una tercera, de los mismos padres, Kissaré *(Ki-schar)* y Assoros *(Asschur=Aschar)*, de quien nacen tres hijos: Anos *(Ana=Anu),* Yllinos *(Elim=Bel)* y Aos *(Ea);* en fin, el hijo de Ea y de Daoké *(Daokina)* fué Belos *(Bel-Muruduk),* que dicen ser el Demiargos.

Lo más notable que se conserva de este pueblo son los fragmentos de un gran poema cosmogónico escrito en varios ladrillos ó tablillas de tierra cocida, cada uno de los cuales contiene un canto. Estas tablillas fueron encontradas por Jorge Smith, el cual las tradujo en lengua inglesa. Faltan algunas y otras están incompletas por lo rotas ó deterioradas. Las transcribiremos integralmente. El texto vertido al castellano dice así: (1)

Fragmento conservado de la primera tablilla

«Del tiempo en que, en lo alto, el Cielo estaba innominado,
y, abajo, la Tierra no tenía nombre,
el abismo *(Apsu)* sin límites, fué su generador,
y el mar caótico (*Mummú-Tiamat*) el que creó su conjunto.
Sus aguas confluían en una;
ningún rebaño de animales se había juntado aún;
ninguna planta había brotado.
Del tiempo en que todavía ninguno de los dioses había sido producido,
ó no estaban designados por un nombre, ó ningún destino
estaba aún (fijado
los grandes dioses fueron formados.
Lu'humú y La'hamú fueron producidos (los primeros,
y crecieron en (la soledad.
Aschur y Ki-schar fueron producidos (en seguida.
Después) se deslizó una larga serie de días (y
Anu (Bel y Ea
nacieron) de Aschur y de Ki-schar.

Falta el texto de la segunda tablilla.

(1) Véase la traducción inglesa de Sir Jorge Smith en *Transactions of the Society of Biblical Archœologig,* t. IV, de la pág. 1 á la pág. 363. Chaldean account of genesis.

Fragmento conservado de la tercera tablilla

Cuando los fundamentos del suelo terrestre (tú hiciste,
diste nombre á los fundamentos del suelo
Embelleciste los Cielos. . . . .
A la faz de los Cielos. . . . .
Tú has dado. . . . .

Fragmento que pertenece á la cuarta tablilla (1)

El dios Aschur. . . . .
Cuando al dios. . . . .
«Ciertamente yo cubriré. . . . .
Desde el día en que tú. . . . .
irritado has dicho. . . . .
Aschur abrió su boca y dijo á la diosa (Ki-schar:
«Encima del mar, que es el lugar de. . . . .
frente al firmamento que he hecho. . . . .
bajo del lugar á que he dado firmeza. . . . .
Que allí también sea hecha la Tierra seca para la habitación de. . . . .
Que su ciudad sea edificada en ella. . . . .
Cuando de la Tierra eleva. . . . .
el lugar. . . . . elevado. . . . .
encima. . . . . el Cielo. . . . .
el lugar. . . . . elevado. . . . .
. . . . . la Asiria, los templos de los grandes dioses
. . . . . su padre y su. . . . . de él:
Dios. . . . . tu, y por encima de todo lo que tu mano
ha hecho;
. . . . . teniendo, Asiria de su nombre tú la has llamado.
. . . . . hecho, mi mano para siempre
. . . . . que ellos lleven;
el lugar. . . . . cualquiera que. . . . .
El goza. . . . . para después. . . . .
los dioses. . . . .
que en. . . . .
él abrió. . . . .

(1) Compárese la traducción de Smith con la de Friedrich Delitzsch *Assyrische Lesestücke*, 2.ª edición, pág. 78.

Fragmento de la quinta tablilla

Hizo excelentemente las casas (doce) en número, para los grandes dioses (1)
Les atribuye astros, y establece fijas las estrellas de la Osa mayor.
Fija el tiempo del año y determina sus límites.
Para cada uno de los doce meses fija tres estrellas
desde el día en que el año empieza hasta su término.
Determina las casas de los planetas para definir á un término fijo sus órbitas, de manera que ninguno de ellos pueda faltar, ni que ninguno se desvíe.
Fija los domicilios de Bel y de Ea al lado suyo.
Abre también perfectamente las puertas (del Cielo,
haciendo sólidos sus cerrojos á derecha é izquierda;
y en su majestad fijó grados allí (2).
Hizo brillar á Naunar (la Luna) y la dió por compañera á la noche,
fijóle el tiempo de sus fases nocturnas que determinan el día,
para el mes entero sin interrupción estableció cuál sería la forma de su disco.
«Al principio del mes, cuando comienza la noche, tus cuernos te servirán de anuncio para permitirte determinar el tiempo del Cielo.
Al séptimo día estarás en disposición de llenar tu disco,
pero los. . . . . descubrirán su parte obscura (por mitad.
Cuando el Sol descienda en el horizonte cuando tú te eleves (3),
delimitada exactamente (tu plenitud, forme su círculo.
En seguida) vuelve, aproxímate al camino del Sol (4)
. . . . . vuélvete, y que el Sol cambie tu parte obscura
. . . . . sigue su camino (5).
Levántate y ponte, sumisa á la ley de esta sentencia.» (6)

Falta la sexta tablilla.

(1) «Por encima de los dioses consejeros hay doce dioses señores, cada uno de los cuales preside un mes del año y tiene uno de los doce signos del zodíaco.»

(Diodoro de Sicilia, II, 30.)

(2) Estos grados, tan poéticamente recordados, son los que el Sol camina desde la puerta de Oriente al cenit y de allí á la puerta de Occidente.
(3) A mitad del mes, día del plenilunio.
(4) Durante el último cuarto.
(5) En el momento del novilunio.
(6) Compárese con la traducción de F. Delitzsch.

Fragmento probable de la séptima tablilla

Cuando los dioses todos reunidos hubieron formado. . . . .
Hicieron excelentemente los. . . . . despiertos.
Produjeron los seres vivientes
Las bestias de los campos, los animales silvestres de los campos y las fieras (de los campos.
. . . . . para los seres vivientes
elevaron. . . . . para los ganados y las fieras de la ciudad
. . . . . la reunión de fieras, la totalidad de las criaturas
. . . . . que en la reunión de mi familia
. . . . . y el Señor tiene la mirada clarevidente (Ea) los reunió en una pareja.
. . . . . el conjunto de animales se puso en movimiento. . . . .

Otro de los poemas, que nos dará una idea de aquella literatura, es el cosmogónico de Beroso, el cual ya fué conocido de los Griegos. Así, daremos de él un extracto según los últimos estudios especiales.

Extracto de Beroso

«Hubo un tiempo en que todo era tinieblas y agua, y en aquel medio se engendraron espontáneamente animales monstruosos y figuras las más singulares; hombres con dos alas, y algunos con cuatro, de dos caras, de dos cabezas, una de hombre y otra de mujer, con un solo cuerpo y con los dos sexos al mismo tiempo; hombres con piernas y cuernos de cabra ó con patas de caballo; otros con los miembros posteriores de un caballo y las delanteras de hombre, semejantes á los centauros. Había también toros con cabeza humana, perros con cuatro cuerpos y colas de pescado, caballos con cabeza de perro, hombres igualmente con cabeza de perro, animales con cabeza y cuerpo de caballo y cola de pescado, otros cuadrúpedos en que todas las formas animales estaban confundidas, peces, reptiles, serpientes, y toda suerte de monstruos maravillosos, presentaban la más grande variedad en sus formas, de las que se ven imágenes en las pinturas del templo de Belos. . . . .

»Presidía este desorden universal una mujer llamada Omorca. Bel, compadecido de todo, cortóla en dos pedazos para establecer el orden. La mitad superior transformóse en la Luna y el Cielo estrellado. De la inferior salieron la Tierra vasta y el mar profundo. Bel entonces hizo brotar sangre

de su propia cabeza, la cual, vertiéndose sobre la Tierra, dió origen á los hombres, los cuales, como salidos de la cabeza de Bel, tuvieron inteligencia divina. Luego rasgó las tinieblas, y los seres tenebrosos, no pudiendo soportar la luz, se desvanecieron.

»Después ordenó la creación, y desde entonces Bel brilla resplandeciente en el espacio.»

Este es el texto extractado de Beroso, el cual, á su vez, es sólo la compilación de otros cuneiformes antiquísimos, que hoy han sido interpretados por los sabios orientalistas y que confirman el que transcribimos.

Fragmentos de un relato épico de la lucha de Maruduk contra el monstruo Tiamat. (El bien contra el mal)

. . . . . cogió el instrumento en su mano derecha,
y) suspendió (el arco) y el carcaj.
Lanzó un resplandor delante de sí,
y un furor impetuoso llenó su cuerpo.
Forjó la cimitarra, asimismo, que debía penetrar en el cuerpo de Tiamat.
Retuvo los cuatro vientos para que los ataques de éste no pudiesen producirse en el exterior,
el viento del Sur, el viento del Norte, el viento del Este y el viento del Oeste.
Su mano colocó la cimitarra al lado del arco de su padre Anú.
Creó el viento maléfico, el viento hostil, la tromba, el huracán,
cuatro vientos, siete vientos, el viento devastador, el viento sin tregua;
dejó los vientos que había creado, siete en número, para llevar el derrumbamiento sobre el cuerpo de Tiamat, precipitándose en su seguimiento.
Levantó así, como dueño, el torbellino, su arma formidable.
Montó en un sólido carro, sin rival, que lo aplastaba todo á su paso,
se mantuvo de pie en él y empuñó en su mano los cuatro pares de riendas
. . . . . sin desfallecer, inundador, irreductible.
Los dos. . . . . cuyo aguijón lleva un veneno
que). . . . . borrando todo conocimiento,
. . . . . el furor y la batalla. . . . .
á la izquierda (y á la derecha de él) abrían (sus golas)
. . . . . los terrores. . . . .
hijo. . . . . delante de él
Encerró. . . . .
. . . .

«Te has precipitado (sobre mí. . . . . y. . . . . has dirigido tu hostilidad contra mí.
Pero tu tropa no prevalecerá y sobre sus cuerpos es donde caerán tus golpes.
Vuélvete, y tú y yo libraremos un singular combate.»
Tiamat, cuando oyó esto,
quedó de pronto estupefacto y cambió de resolución.
Miró atentamente lo alto
y fortificó poderosa y completamente su base.
Preparó un sortilegio, colocóse. . . . .
é hizo tomar las armas á los dioses que combatían (con ella
y Tiamat asaltó al heraldo de los dioses, Maruduk;
se precipitaron ardientemente el uno sobre el otro en el combate,
y trabaron la batalla.
El señor sacó su cimatarra é hirióle;
lanzó ante él el viento maligno que sopló detrás de ella.
Y Tiamat abrió la boca para tragarlo, pero el señor hizo entrar el viento en su boca de tal modo que no pudo cerrarla.
La violencia del viento llenó su vientre;
desfalleció su corazón y se torció su boca.
Maruduk echó adelante su arma poderosa y rompió su vientre,
la dividió por en medio y hendió su corazón;
la derribó y extinguió su vida.
Reccnoció su falta y se irguió orgulloso sobre su cuerpo.
Después que Tiamat, que iba delante, fué vencida,
dispersó los soldados; su cohorte fué disipada
y los dioses, sus auxiliares, que iban á su lado,
temblaron, tuvieron miedo y retrocedieron.
Escaparon para salvar sus vidas,
se escondieron como fugitivos, desprovistos de valor.
Pero (él cayó) sobre ellos y rompió sus armas
Como. . . . . estaban abatidos, sentados con tristeza. . . . .
. . . .

Como se ve, la creación fué concebida en dos mitades, una benéfica y otra maléfica, como entre los Iranios. Esto inspiró otros poemas. Uno de ellos es:

(1) Véase el texto traducido en *Transactions of the Society of Biblical Archœologig*, t. IV, págs. 5 y 6 hasta 363. Friedrich Delitzsch, *Assyrische Lesestücke*, 2.ª edición, pág. 82, et suc. (B. 1, c), y también Fox Talbot, en la misma *Transactions of Biblical*, t. V, págs. 1-21.

El poema del orden de los movimientos y de la lucha de los siete espíritus malignos contra el dios Luna

Los dioses que vuelven en ciclos son los dioses malignos,
los genios rebeldes que han sido formados en la parte inferior del Cielo.
Son esos que hacen el mal,
maquinando en sus malvadas cabezas. . . . . la puesta del Sol,
deslizándose con los ríos. . . . .
Entre estos siete el primero es. . . . .
el segundo un ogro de cuya boca no escapa nadie,
el tercero una pantera que ataca. . . . .
el cuarto una serpiente. . . . .
el quinto un perro de presa que contra. . . . .
el sexto una tempestad soplando violentamente que. . . .
contra dios ó rey,
el séptimo el mensajero del viento funesto que. . . . .
Son siete, mensajeros de Anú, su rey, y cada día dirigen sus pasos de ciudad en ciudad.
Son el huracán que echa constantemente delante del Cielo,
la nube flotante que durante el día obscurece el Cielo,
la tempestad de viento que sopla violentamente, y en un brillante día produce las tinieblas.
Con los vientos malignos, circulan en vientos malignos;
inundación de Rammán, desenvuelven sus empresas;
se adelantan á la derecha de Rammán;
en los fundamentos del Cielo brillan como el rayo;
circulando con los ríos, marchan hacia adelante.
En los vastos cielos, residencia de Anú, su rey, se han fijado y para hacer el mal, no tienen rivales
En aquel tiempo, Bel supo la noticia, y meditó una resolución en su corazón.
Con Ea, el sabio supremo entre los dioses,
celebró consejo y,
y fundó á Schin (la Luna), Schamasch (el Sol) é Yschtar (el planeta Venus) en la parte inferior del Cielo, para dirigirlo;
les concedió el señorío de las legiones del Cielo (para compartirlo) con Anú.
A aquellos tres dioses, á sus hijos
de mantenerse fijos noche y día, sin separarse,
les recomendó.

En aquel tiempo los siete dioses malignos circulaban en la parte inferior del Cielo:
ante la faz de Schin el iluminador vivamente se interpusieron.
El noble Rammán y Schamasch pasaron al lado suyo;
Yschtar con Anú, el rey, se eleva hacia los lugares centelleantes, y en el reino del Cielo despliega su poder.

. . . .

En este tiempo aquellos siete. . . . .
á la cabeza del gobierno, en presencia. . . . .
El mal. . . . .
en la acción de beber con su boca centelleante. . . . .
Schin, el pastor. . . . . de la humanidad. . . . . de los gobernadores de la superficie de la Tierra
. . . . . fué derribado y se detuvo en lo más alto (de su carrera), estando cohibido noche y día y no sentándose ya en el lugar de su señorío
Los dioses malignos, mensajeros de Anú, su rey, maquinando en sus malévolas cabezas, se sostenían mutuamente;
del medio del Cielo hendieron como el viento sobre la superficie de la Tierra
Bel, la oclusión del noble Schin,
vió desde el cielo, y,
amo, á su servidor Nuzcú, dirigió la palabra:
«Mi servidor, Nuzcú, lleva mi palabra al Océano;
las noticias de mi hijo Schin, que en los Cielos está terriblemente cohibido,
y repítelo á Ea en el Océano.»
Nuzcú obedeció las órdenes de su señor,
hacia Ea, rápido, marchó.
Al jefe, al dominador supremo, al señor invariable,
Nuzcú repite. . . . . la orden de su señor.
Ea oyó este mensaje en el Océano,
mordió sus labios, y su rostro se llenó de lágrimas.
Ea llamó á su hijo Maruduk, y le comunicó la noticia:
«Ven, hijo mío, Maruduk,
sabe, hijo mío, que Schin en el Cielo está dolorosamente cohibido;
mira su angustia en el Cielo.
Son siete dioses malignos y asesinos, que no tienen ningún temor.
Esos siete dioses malignos, como torbellinos, devastan la vida en la superficie de la Tierra;
sobre la superficie de la Tierra han caído como una tromba;
ante la faz del iluminador Schin han sobrevenido violentamente,

el noble Schamasch y Rammán el guerrero se han puesto al lado suyo.»

. . . .

Una ancha fractura de la tablilla detiene aquí el poema. Se han perdido los versículos que narraban la derrota de los siete espíritus malignos, así como los que trataban de la liberación de Schin; pero el desenlace se adivina por la lectura de lo que precede. Por otra parte, la peripecia final es siempre la misma en aquellos antiguos encantamientos que ponen á los dioses en escena. Ea, el dios de toda ciencia y de toda sabiduría, es al propio tiempo el *averruncus* por excelencia: á él se recurre como último resorte contra los demonios, que, siempre por grupos de siete, llevan la turbación á la economía del mundo, ocasionando el mal en él.

Llama á su hijo Maruduk, el Silik-mulu-khi de los Accadios, el gran mediador, el ejecutor de las voluntades y el campeón de los dioses. Ese Maruduk, personificación del Sol levante, es el que disipa las tinieblas y las brumas; él es el que ha vencido, en el gran combate del origen de las cosas, á Tiamat, la diosa del abismo y de las tinieblas, y ha hecho surgir de su cuerpo dividido la ordenación del Universo. La lucha contra las potencias caóticas, tenebrosas é infernales sobre las que ha conseguido una primera victoria, se renueva eternamente todas las veces que es necesario para mantener el orden del universo. Bajo las órdenes de su padre, Ea se lanza á rechazar los demonios.

La lucha de los siete espíritus maléficos, hijos de Anú, contra el dios Luna, cuya narración poética acaba de leerse, se reproduce asimismo al cabo de ciclos regulares, como el poeta ha tenido el cuidado de advertirlo al comienzo de su poema, todas las veces que el astro está eclipsado. Así en un fragmento de una poesía astrológica, se lee que, en el caso en que se produzcan ciertos fenómenos celestes, «los dioses del Cielo y de la Tierra reducirán los hombres á polvo y causarán su ruina; habrá eclipse, inundaciones, enfermedades, mortandad; los siete grandes espíritus malignos opondrán obstáculos á la Luna.»

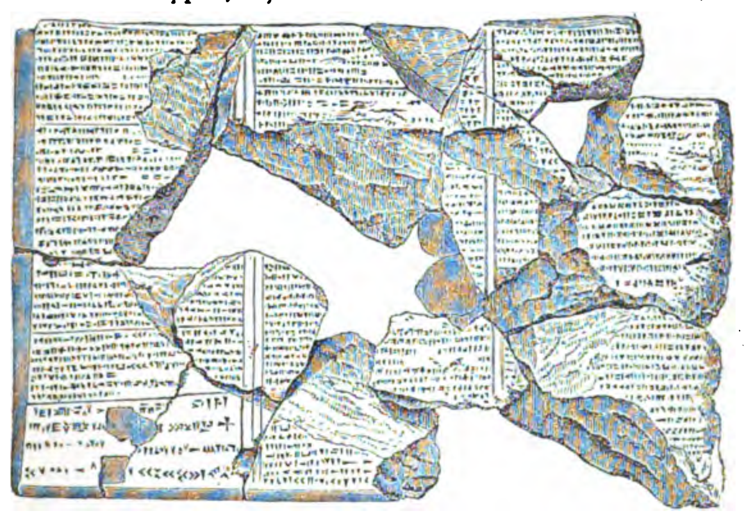
El texto literario más típico que de aquella época se conserva es:

El poema caldeo acerca del Diluvio universal

Columna primera

«¡Voy á revelarte, oh Yzdhubar, el relato de mi conservación,
y la decisión de los dioses, á ti, que yo te digo!
La ciudad de Schurippak, ciudad que tú conoces,
sobre el Éufrates existe.

Esta ciudad es antigua y. . . . . los dioses en ella
. . . . . su servidor de los grandes dioses
. . . . . Anú,
. . . . . Bel,
. . . . . Sandau
es el señor inmutable,
sus órdenes repite en un sueño, y yo escuchando su decreto, me dijo:
«Hombre de Schurippak, hijo de Ubaratutu



Reverso de un ladrillo con relación del Diluvio universal

construye un navío, termínalo. . . . .
. . . . . destruiré la simiente y la vida.
Mete también la simiente de vidas de toda especie,
en el interior del navío.
El navío que tú construirás
tendrá seiscientos codos de largo su medida,
y sesenta codos de ancho
de su altura.
. . . . . así sobre el Océano, cúbrele con un techo.»
Comprendí, y dije á Ea,
mi señor:
«Construiré el navío que me mandas construir, así,
. . . . . yo haré
. . . .
. . . .
. . . . . los jóvenes del ejército y los viejos.»

Ea abrió su boca, y habló y me dijo,
á mí, su servidor:
. . . . . tú les dirás
. . . . . que me ha injuriado y
. . . . . verdaderamente. . . . . existe en mí.
. . . . . como cavernas.
. . . . . quiero juzgar en lo alto y en lo bajo
. . . . . cierra el navío. . . . .
. . . . . en el tiempo fijo que te daré á conocer también
penetra en él, y la puerta del navío cierra,
En su interior tu grano, tus muebles, tus provisiones,
tu dinero, tus esclavos, tus sirvientes y los hijos del ejército,
los ganados de la llanura, los animales silvestres de la llanura,
todos aquellos que yo reuniré, y
te enviaré también, entrarán por tu puerta.
Hasisatra (1) abrió su boca, y habló,
y dijo á Ea, su señor:
«Nadie ha construído un navío. . . . .
En la carena yo fijaré. . . . .
. . . . . que yo vea, y el navío. . . . .
. . . . . sobre la carena el navío. . . . .
Construiré el navío que me mandas tú, así
que en. . . . .

Columna segunda

Fuerte. . . . .
Al quinto día. . . . . se elevaban.
En su cubierta catorce en todo
Catorce en todo contaba. . . . . por encima de él.
Coloqué el techo, el. . . . . le cubrí.
Navegué dentro de él el sexto, dividí sus pisos el séptimo,
dividi su interior el octavo,
las vias de agua que penetraban en su interior intercepté;
coloqué las cosas ordenadamente.
Tres capas de betún derramé en su exterior,
tres capas de betún derramé en su interior
Tres grupos de hombres portadores de cestos
que llevaron las cajas sobre su cabeza.

(1) Según otros, este nombre es Xisutros, aunque puede que sea helenizado.

Guardé una porción de cajas para que comiese la familia
Otra porción quedó reservada para los marineros,
Para. . . . . hice sacrificar bueyes,
instituí. . . . . para cada día;
en. . . . . de bebida, toneles y vino
. . . . . como las aguas de un río y,
. . . . . como el polvo de la Tierra y,
. . . . . y las cajas llevé en mi mano.
. . . . . del Sol. . . . . el navío, fué terminado
. . . . . fuerte y
los aparejos del navío hice colocar en alto y en bajo
. . . . . extinguieron sus dos tercios.
Reuní cuanto tenía, todo cuanto tenía lo reuní en dinero.
Todo cuanto tenía lo reuní en oro,
todo cuanto tenía lo reuní en simiente de vidas de toda especie.
Lo hice entrar todo en mi navío, mis esclavos y mis sirvientes,
los rebaños de la llanura, los animales silvestres de la llanura, los hijos del ejército, á todos les hice entrar.
Al tiempo fijado, el Sol abrió la boca y anunció proclamando: «En la noche yo haré llover,
del cielo pesadamente; (1)
entra en tu navío y cierra tu puerta.»
Llegó el tiempo fijado,
en que había anunciado proclamando:
«En la noche haré llover
del Cielo pesadamente.»
Esperé la noche de aquel día,
el día para guardarme; tuve miedo;
entré en el navío y cerré la puerta.
Al cerrar el navío, á Buzur-schadi-rali el piloto
señalé la residencia con sus seres.
Mu-Scheri-ina-namari
se elevó del fundamento de los Cielos nube negra.
Rammán, en medio de él, tronaba, y Nabu y Schar caminaban hacia adelante.

(1) Como indicamos más adelante, copiamos de la traducción literal inglesa hecha por Sir Rawlinson y Sir Smith. Y nosotros, al propio tiempo, para no alterar el texto cuneiforme damos una traducción hecha palabra por palabra del texto inglés; así no se extrañe que la construcción gramatical de las oraciones resulte algo rara; por eso observamos que de todos estos fragmentos cuneiformes damos, más que una traducción literaria, una traducción literal.

caminaban trastornando el monte y la llanura.
Los castigos, Nergal el poderoso, arrastraba detrás;
veinte Sandau ante él derriba;
los arcángeles de la Tierra aportaron las destrucciones,
con sus horrores agitaron la superficie de la Tierra;
la inundación de Rammán se hinchó hasta el Cielo
y en desierto sin luz fué cambiado el suelo.

Columna tercera

. . . . . de la superficie de la Tierra, como. . . . . ellos quebrantaron
los seres vivientes de la faz de la Tierra. . . . .
. . . . . terrible sobre los hombres se hinchó hasta el Cielo.
No vió el hermano á su hermano, no se reconocieron los hombres. En el Cielo los dioses temieron la tromba y
buscaron un refugio; subieron al cielo de Anú.
Los dioses, como perros, estaban inmóviles en montón, acostados.
Habló Yschtar como un niño.
Pronuncia la gran diosa su discurso:
«La Humanidad en limo ciertamente se ha convertido, y eso que yo advertí el peligro en presencia de los dioses.
Como anuncié el peligro en presencia de los dioses,
el mal. . . . . de mis hombres, terrible, anuncié también,
yo, madre, he parido mi hombre, y
como los pececillos ellos llenan el mar, y los dioses, á causa de los arcángeles de la Tierra, lloran conmigo.»
Los dioses, sobre sus sillas, lloraban;
tenían cerrados sus labios. . . . . las cosas futuras.
Seis días y noches
pasaron: el viento, la tromba, la lluvia prevalecían.
A la proximidad del séptimo día, la lluvia se interrumpía, la tromba terrible que había asaltado como un terremoto se apaciguó; el mar tendió á vaciarse y el viento y la tromba cesaron.
Miré el mar atentamente,
y la Humanidad toda se había convertido en limo,
los cadáveres flotaban como algas.
Abrí la ventana y la luz hirió mi cara.
Fuí asaltado por la tristeza, sentéme y lloré;
corrieron las lágrimas por mi rostro.
Miré las regiones ilimitadas del mar;

hacia los doce puntos del horizonte no se distinguía continente.
El navío fué arrastrado al país de Nizir.
Una de sus montañas retuvo el navío, y no pudo pasar por encima;
un día, un segundo día, la montaña de Nizir;
el quinto, el sexto, la montaña de Nizir;
á la aproximación del séptimo
eché una paloma al aire; la paloma se fué; volvió, y
como no tenía sitio en que posarse, regresó al navío.
Solté una golondrina; fuése la golondrina, y volvió:
volvió porque no encontró lugar donde posarse.
Solté un cuervo; vió la carroña de la superficie, y
se paró, comió, y no regresó ya.
Hice salir también hacia los cuatro vientos; sacrifiqué un sacrificio.
Formé la hoguera del holocausto sobre el pico de la montaña.
De siete en siete dispuse el orden de los vasos; por encima de ellos quemé hojas de caña, de cedro y de enebro.
Los dioses sintieron el olor; los dioses sintieron el buen olor;
los dioses, como moscas, acudieron sobre el altar del sacrificio.
De lejos también, á su aproximación, la gran diosa elevó las grandes zonas que Anú le ha dado para su gloria.

Columna cuarta

Días aquellos en que oré ardientemente y que no olvidaré jamás.
«¡Los dioses que vienen á mi hoguera de holocausto!
¡Bel jamás vendrá á mi hoguera de holocausto!
pues no se ha contenido y ha hecho la tromba,
y mis hombres han sido engullidos.»
También Bel á su aproximación desde lejos,
vió el navío, se detuvo, y se llenó de cólera, contra los dioses y los arcángeles celestes.
«Nadie saldrá con vida; jamás vivirá hombre alguno en el abismo.»
Sandau abrió su boca y habló; dijo así á Bel el guerrero:
«¿Quién si no Ea forma la voluntad?
Y Ea sabe, y todo. . . . .
Ea abrió su boca y habló; dijo al guerrero Bel:
«Tú, heraldo de los dioses, guerrero,
como no te has perjudicado, has hecho la tromba;
el pecador cargue con su pecado; el blasfemo cargue con su blasfemia.
Tenlo entendido, jamás será refrenado, la fe jamás. . . . .»

Bel subió al navío, tomó mi mano y me hizo levantar;
hizo levantar y poner á mi mujer al lado mío.
Vino entre nosotros y se mantuvo firme; se aproximó á nuestro grupo:
«Desde hoy más, Hasisatra, será la Humanidad perecedera, y Hasisatra y su mujer son llamados á vivir como los dioses,
y habitará Hasisatra, á lo lejos del tiempo, la embocadura de los ríos.»
Me cogieron y en un lugar remoto, en la embocadura de un río, me hicieron vivir.



Puerta de Dur-Sargon en Khorsabad, la ciudad de la Gran Biblioteca cuneiforme (según reconstrucción de Place)

Después de este poema sigue el no menos notable sobre *la torre de las lenguas,* el cual damos aquí en extracto para abreviar, pues es larguísimo en el texto cuneiforme:

«Después del Diluvio, la raza que pobló la Tierra fué una raza de gigantes. Cuéntase que los primeros hombres de entonces, hinchados de orgullo al verse fuertes y grandes, despreciaron á los dioses y se creyeron superiores á ellos, y elevaron una altísima torre en Bab-ilóu (ciudad de dios, que es lo que quiere decir Babilonia) para escalar el cielo. Ya estaba ésta cerca de la celeste bóveda, cuando los vientos vinieron en socorro de los dioses y echaron abajo los postes altos de la construcción, sepultan-

do á los obreros. Las ruinas constituyeron Babel. Hasta entonces los hombres sólo hablaban una sola lengua, pero los dioses, para castigarlos, hicieron hablar una lengua distinta á cada grupo de cada país, á fin de que no se entendieran (1).»

Estos textos fragmentarios, ó enteros, que hemos presentado podrán dar una idea más exacta, que todas las generalizaciones, de la literatura en los Imperios Babilónicos y Asirios.

Ellos fueron los que influyeron más tarde en la formación de la literatura sagrada, hebraica y fenicia, extendiendo su influencia por toda el Asia Menor.

En la misma Asia, lejos de esas naciones que florecían en la Mesopotamia, y sin relación alguna con ellas, los habitantes de las riberas del Ganges y los del Celeste Imperio iban avanzando en el progreso de sus tempranas civilizaciones respectivas.

De un lado la India, en su parte Norte, dió origen á una civilización de la cual irradiaron la mayor parte de las lenguas y de las literaturas occidentales.

De otro lado la China, encerrada en el culto exclusivo de sus tradiciones inmemoriales, era en aquel entonces como una segunda Humanidad que se desarrollaba sin conocimiento alguno de la primera.

En una época extraordinariamente lejana, Tsang-ki inventó las letras. La literatura china tenía inscripciones, libros, novelas, poemas, cuando las demás naciones civilizadas se veían aún reducidas á confiar á la memoria sola sus leyes y sus leyendas.

Así de un extremo á otro del continente asiático se producían ideas, hechos, instituciones y obras similares, sin que hubiese entre los pueblos más razón, para explicar tal concomitancia de fenómenos, que la eterna ley de la producción de la vida sobre el planeta Tierra.

Los dólmenes de la Edad de piedra se levantaban apenas en nuestras regiones frías ó templadas, cuando hacía ya muchos siglos que en Egipto y en Asia los hombres eran ya lo suficientemente instruídos y cultos para extraer, fundir y labrar metales útiles y preciosos, edificar y decorar artísticamente sus viviendas, darse una vida material confortable y poseer cuerpos de doctrina, leyendas y cantos redactados en una literatura poética y sabia que puede competir con la de muy posteriores tiempos.

Poblaciones enteras, grupos de naciones y aun vastos Imperios, separados por grandes espacios de terreno, se ignoraban mutuamente, y no obs-

(1) Beroso, fragmentos XVII, XVIII.

tante iban civilizándose cada cual según su tipo étnico, mientras que otros pueblos en nuestros Continentes, el Europeo y el Americano, estaban adormecidos aún en la barbarie, sin artes, ni ciencias, ni letras, esperando el despertar á la llegada de tiempos relativamente muy modernos.

El foco más brillante y más extenso de la civilización oriental y de una literatura propia, exuberante, fué la India.

CAPITULO IV

LA INDIA ARIA

LOS ARIOS.—DIVISIÓN Y EMIGRACIÓN.—LOS VEDAS Y SU MAGNÍFICA POESÍA COSMOGÓNICA

La India con su suelo espléndido, cubierto de una vegetación exuberante, con su naturaleza grandiosa, fué la primera en inspirar la poesía á la raza privilegiada entre todas, la noble raza de los Arios.

¡Qué de espectáculos, en esos países, no habían de excitar las imaginaciones con sus espantos y sus magnificencias! Todo era fuerza, exuberancia, intensidad: el bien como el mal, la savia creatriz y la potencia destructora, lo pintoresco y lo horrible, la vegetación lujuriante y las tempestades horrísonas, los ríos anchos y los torrentes impetuosos, los desiertos tórridos y los bosques salvajes, las vastas llanuras de una desoladora uniformidad y las gigantescas montañas que las nubes truncan, los horizontes deslumbradores de luz y las sombrías lagunas pestilenciales, los colosales elementos de la vida y de la muerte.

¡De qué misterioso horror y de qué sublime entusiasmo no debía ser presa el Ario cuando sentía pasar la brisa de una divinidad creadora ó el hálito fétido de una potencia maléfica, el soplo renovador de la tempestad deshecha, que incendiaba los árboles, hundía los barcos, hacía temblar la Tierra, echaba abajo las viviendas, dispersaba los animales y destruía las cosechas, para luego brillar el sol y hacer surgir una vegetación nueva y ufana!

¡De qué religiosa emoción no debía de estar penetrado cuando levantaba su mirada al Cielo azul, límpido, y un aire fresco le acariciaba, y podía contemplar un inmenso panorama de montes y de valles, embellecidos por una magnífica primavera!

En esta infancia de la civilización, la Naturaleza, con sus soberanos esplendores, dominaba por completo al hombre. Y éste, maravillado en su imaginación, tenía por ella una adoración mezclada de un temor confuso.

De la idealización de las potencias físicas salió la poesía de los Arios.

Sobre las cúspides bañadas por la luz matutinal de la primera observación de la Naturaleza aparecen el símbolo y la plegaria.

Por una impulsión primordial hija de un sencillo cálculo antropomórfico, los Arios animaron de pasión y de voluntad los fenómenos, que diariamente les causaban transportes de alegría, de terror, de admiración, de sorpresa ó de reconocimiento.

Así atribuyeron un alma activa á los astros, una personalidad á la luz, á las tinieblas, á las nubes, al rayo, á la lluvia, al viento. A cada una de las fuerzas naturales se le concedió voluntad y vino á ser una entidad viviente, y las encarnaron en un tipo escogido, en un héroe.

Luego el ideal fué exaltándose y agrandándose. El sér superior llegó á ser dios... y los himnos nacieron.

El común de los Arios hablaba un antiguo *prakrito.* Era la lengua de todos. Los sabios, los vates, los escogidos, los inspirados que recibían la luz de lo alto, opusieron á este idioma vulgarizado una lengua más noble, que revistiera dignamente sus elevadas concepciones, y nació un lenguaje sagrado, poético, jurídico: el *sánscrito.*

En una alta antigüedad, tan remota que apenas puede entreverla la investigación científica, en la confusa obscuridad que envuelve la cronología literaria de esa India primitiva, más de trescientos poetas confunden sus inspiraciones místicas para formar con ellas una sola obra vasta y profunda, *Los Vedas.*

En el *Rig Veda* (y éste contiene lo que hay de más antiguo en el fondo del pensamiento y de la palabra Arios) reunieron una multitud de tradiciones destinadas á no perecer jamás, pasando de generación en generación por constantes transmisiones orales hasta el día en que fueron transcritas sobre hojas de palmera. Sin saberlo, edificaron una obra de un valor incalculable, obra generadora en la cual la ciencia moderna ha encontrado á la vez la raíz del completo desarrollo religioso de los pueblos Indoeuropeos, la clave de la mitología comparada, el fundamento de todas las literaturas superiores, la fuente común de todas las creencias, de la poesía, de los idiomas, en una palabra, de la civilización del superior grupo humano llamado Indoeuropeo ó Indogermánico.

La mitología y la filología comparadas han probado que todos los Arios, en el más lato sentido de la palabra, Indos, Persas, Wendos ó Leto-eslavos, Germanos, Griegos, Romanos y Celtas, poseían anteriormente, no sólo la misma lengua, sino aun la misma religión. El carácter de esta última no puede haber sido muy diferente de las religiones arias de los tiempos históricos que han llegado á nuestro conocimiento.

El lenguaje comparado de los textos lo demuestra. Llamaban á sus dioses «los celestes» ó «los brillantes» (*deva, deus, tivar*); este nombre, conservado por los Indos, los Romanos, los Escandinavos, quizás también por los Griegos, fué modificado por los otros grupos, y aun recibió entre los Persas una acepción desfavorable. El dios principal de los Arios era el Padre celeste, Dyaus, mantenido entre los Griegos y los Romanos en su rango supremo, entre los Indos suplantado por otros, aun cuando sea siempre para ellos el padre de los dioses más elevados, y objeto finalmente de una metamorfosis completa entre los Germanos. A su lado era adorada otra divinidad del Cielo (*Varuna, Ouranos*), probablemente un dios nocturno, de que los Griegos no habían conservado sino un recuerdo confuso, aun cuando muy temido de los Indos en los tiempos antiguos, según aquella literatura. Veían en las tempestades y temporales, como lo muestran los mitos que lo relacionan, la lucha de los dioses de la luz contra las potencias de las tinieblas; reconocían ya y adoraban un dios del fuego, amigo de los hombres, que arrebataba el fuego del Cielo. Una diosa era para ellos la mediadora y la mensajera entre ellos y los dioses, ó entre los dioses y los hombres. El dios del Sol y la diosa de la Aurora deben haber sido entre Arios objetos de adoración. Varuna significa el que cubre ó rodea. Como después llega á ser el dios del Océano, debe haber personificado en su origen el Océano celeste, igual que Ea en la Mesopotamia. Se encontrarán en la obra de Kuhn detalles sobre el robo del fuego, sobre la identificación de Pramatha con Prometeo. Pero no tenemos el derecho de atribuirles ya una especie de monoteísmo ó de henoteísmo. Es asimismo muy dudoso que se pueda dar á su religión el nombre de politeísmo, mejor que llamarla sencillamente un polidemonismo muy avanzado. No se puede, por otra parte, sino hacer conjeturas sobre el grado de desarrollo que habían alcanzado, y no se puede establecer este punto sino con poca precisión.

Hemos preferido emplear la expresión, no del todo exacta, de Arios ó antiguos Arios para toda la raza que comprende los Indos, los Iranios, los Leto-eslavos, los Frigios, los Griegos, los Italiotas, los Germanos y los Celtas. La de Indoeuropeos es defectuosa en ambos extremos. Mejor valdría Indogermanos, pero esta expresión es inusitada en España, Italia, Francia y demás países latinos. Los Indoiranios, aún reunidos, son tan sólo los Arios asiáticos ó Arios orientales.

Desde muy antiguo ya, los Arios se dividieron en cierto número de ramas que, unas detrás de otras, abandonaron todas su patria común para establecerse, parte en Asia, parte en Europa. No formaron acto seguido tantos pueblos independientes como debían verse más tarde; pero consti-

tuyeron tres grupos: Indos y Persas, á los que los Eslavos estuvieron agregados mucho tiempo; Germanos y Escandinavos; Griegos, Romanos y Celtas. Esto es lo que resulta tan bien del acuerdo de sus religiones como de las razones filológicas é históricas. Los Indos y los Persas deben haber formado durante mucho tiempo un pueblo único bajo el nombre de *Arios*. Estos son los Arios orientales. De su religión salió, por una parte, la literatura védica, que, á su vez, dió origen al Brahmanismo y al Budismo, y de la otra, pero no de una manera inmediata, al Mazdeísmo de los Bactrianos y Persas formulado en los libros Zendos.

Arya, ó mejor, *Aria* (de *ari*, devoto, servidor fiel) está comprendido por algunos sabios en el sentido de fiel, sincero, leal, verídico; otros lo explican como honrado, *noble*. Es un nombre general, nacional, del mismo modo que Teutones ó Eslavos, designando la comunidad de hombres libres, y empleado por una nación conquistadora para distinguirse de sus vecinos.

Conocemos la religión aria oriental por la comparación respectiva de las ideas religiosas consignadas en los textos literarios de los Indos y en los de los Persas. En lo que se asemejan, debe haber sido alguna vez sù patrimonio común. Los Arios orientales, ellos también, eran politeístas. Esto resulta del gran número de nombres de dioses y semidioses que subsisten aún entre los Indos y los Persas. Entre estos, Varuna, Mitra y Aryamán ocupaban el primer puesto, aunque, en el Mazdeísmo, la primera de estas divinidades haya sido reemplazada por Ahura-Mazda. Varuna, el dios del Cielo, y Mitra, el dios de la luz, eran divinidades severas, temidas de los mentirosos y los engañadores. Aryamán, el compañero y amigo íntimo, que presidía al casamiento, probablemente un dios solar fertilizante, era un personaje benéfico. A Aryamán está asociado Bhaga, el que hace el destino, cuyo nombre era ya en una época remota, entre los Persas y Eslavos, una designación general para los dioses. Parjanya igualmente, el dios del trueno, que no fué conservado por los Persas, pero que se encuentra entre los Indos y probablemente entre los Eslavos, pertenece al período ario. Al lado de los *devas*, que la reforma de Zoroastro rebajó al rango de espíritus malignos en el Erán, se adoraban como divinidades supremas los *asuras*, «los vivientes» ó «espíritus» (1). A pesar de todo, el carácter dominante de este período parece haber consistido en el gran desarrollo del culto del fuego combinado con la magia, y en la introducción del brebaje de inmortalidad (*soma, ahoma*) en los sacrificios y en la mito-

(1) Entre los primitivos Arios, Espíritu y Vida eran sinónimos; en todo caso el espíritu significaba un estado superior de la vida, no como en la decadencia de los primeros tiempos de la Edad media, en que la idea de Espíritu fué asociada á la de muerte, lo cual es de influencia judaico-galilea.

logía. Hay razones para suponer que estos dos usos fueron tomados de una raza no Aria, pues son familiares á los habitantes primitivos de la Mesopotamia y de la Media, y no se nos presentan bajo esta forma entre los otros Arios, bien que se encuentren puntos de contacto en los mitos semejantes que pertenecen de un modo auténtico á los Arios.

El culto del fuego y las ideas relacionadas con el brebaje de inmortalidad tienen entre los Indos y los Persas un carácter muy diferente de las razas vecinas y concuerdan mejor con lo que se observa entre los antiguos habitantes de la Mesopotamia y de la Media quizás. *Soma* es una frase de la época Aria oriental, pues no se encuentra entre los otros Indoeuropeos.

Nos hemos ocupado de la mitología y de la raza de los Arios porque son elementos primordiales indispensables para el estudio de la literatura Védica y Bracmánica. Ahora entraremos directamente en el estudio de los Arioindos y de su poesía.

Cuando los pueblos del Irán y de la India se separaron, los Indos se establecieron en el país de los siete ríos, en las bocas del Indo, por lo cual sus vecinos de Occidente les llamaron *Hapta hiñdu* (actualmente Panjab, *Pancanada,* los cinco ríos). Allí se desarrolló independientemente, sobre la base de los cantos de la antigua religión aria, la religión védica, así llamada por conocerla nosotros por el gran libro poemático, el *Veda* por excelencia, el *Rig Veda*, correspondiendo generalmente al grado ya bastante elevado de civilización que los Arioindos habían alcanzado. Si su literatura, en su doctrina, nos muestra espíritus y en su culto á los antepasados las huellas de una concepción animista anterior, en el conjunto está desprendida ya de ello. Los devas, originariamente simples fenómenos y potencias del Cielo brillante, considerados como personas, hijos de Dyaus, dios del Cielo, y de Prithivi, diosa de la Tierra, no son ya sencillamente fuerzas naturales, sino, en parte al menos, seres dotados de cualidades morales, seres celestes que son la flor de la Naturaleza, supernaturales, ó hipernaturales, pero no extranaturales, en modo alguno, creadores y gobernadores del Mundo. Una concepción de la divinidad, que prueba un gran progreso del pensamiento, es que cada uno de los dioses principales es, á su turno, invocado por sus adoradores como el dios supremo por una cualidad vital superior en armonía con el hombre.

En tiempo de los *Vedas*, los Indos, confinados entre el país de los cinco ríos (*pendjab*) y las montañas de Kabul, no tenían más ocupación que el cuidado de los ganados y la cultura de los campos. Una poesía puramente

religiosa, grave y serena, respondía á sus costumbres patriarcales. Era el perfume del alma ingenua de la primera raza noble, y llenaba las aspiraciones de sus inteligencias simples y pacíficas.

Los individuos y las familias se multiplicaban en extremo. La oleada humana, creciendo de día en día, amenazó desbordarse. Llegó un momento en que su país natal les fué ya estrecho á los habitantes del Aryavarta. Con el fin de extenderse, de pastores y agricultores que eran, se hicieron guerreros. Cuando la raza Indoaria quiso penetrar más adelante, en los fértiles valles situados entre el Indus y el Ganges, tuvo que vencer fuertes resistencias para instalarse en ellos. Los combates fueron rudos y prolongados entre los aborígenes y los invasores.

Como la guerra provoca la aparición de héroes, éstos y sus gestas inspiraron á los poetas. Sus cantos, sus leyendas, prepararon la gran epopeya épica de la India antigua. Los vates cantaban, embelleciéndolos, los prodigios de valor, la marcha victoriosa de las razas y de las ideas, y por fin la institución de la religión bracmánica. O bien describían simples batallas libradas entre las razas diferentes, ávidas de obtener la supremacía religiosa y política, impacientes de desalojar fuera del territorio el exceso de sus ocupantes; pues la natural expansión de la raza Indoaria iba rechazando á aquellas otras sub-razas que inciertas de su camino iban en busca de una nueva patria.

Los Arioindos y los Iranios habían empezado este trabajo secular de emigración desde mucho tiempo, este envío continuo de sus excedentes hacia Occidente, que debía de llevarles hasta los confines más extremos de Europa, en la cual se habían ya sucedido razas bien diversas, antes de que á ella llegaran los Grecolatinos, los Celtas, los Germanos y los Eslavos.

Varios sabios hoy han trazado sobre el mapa las curvas geográficas de esos itinerarios, esforzándose en seguir el curso de esas innumerables tribus, conteniéndose, empujándose ó rechazándose mutuamente, acabando por diferenciarse y llegar á formar pueblos enteramente distintos, extranjeros los unos á los otros.

Cada una de estas familias humanas precontenía en sí los elementos de las sociedades modernas, destinadas la mayor parte de ellas á un parto largo y laborioso que fué más fecundo en Europa que en el Hendu (1).

Los más antiguos documentos que tenemos de la literatura de las reli-

(1) La India. Los Persas fueron los que llamaron *Hendu* al Aryavarta. Los Asirios y los Helenos adoptaron esta denominación. Los propios Arios llamaban á su país *Djambudvipa*, ó sea isla de *Djambud*, árbol sagrado, ó *Soudarçana*, hermosa á la vista, ó bien *Bharatavarscha*, comarca fértil.

giones indas son las recopilaciones llamadas *Vedas*. Tan pronto se cuentan cuatro, tan pronto tres, según que se quiere hablar de las recopilaciones mismas ó de la naturaleza de su contenido, y de estas dos maneras de contar, la segunda es la más antigua. Una de las más antiguas divisiones de los *mantras* ó textos litúrgicos es, en efecto, la que los distingue en *ric*, en *yajus* y en *samán*, ó, según una definición posterior, pero que puede ser aceptada como válida, para tiempos mucho más antiguos, en himnos, ó más exactamente, en versos de invocación y de alabanza que se salmodiaban en alta voz, en fórmulas relativas á los diversos actos del sacrificio que se murmuraban en voz baja y en cantilenas de una estructura más ó menos complicada y seguidas de un estribillo que era cantado en coro. Poseer la ciencia de los rics, de los yajus y de los samáns, era poseer la triple ciencia, el triple *Veda*. Cuando, al contrario, se trata de cuatro *Vedas*, son las cuatro recopilaciones actualmente existentes: el *Rig Veda,* que contiene la colección de los himnos; el *Yajur Veda,* donde están reunidas las fórmulas; el *Sama Veda,* que contiene las cantilenas (los textos de esas cantilenas son versos del *Rig Veda*), y el *Atharva Veda*, colección de himnos como el *Rig Veda*, pero en la cual los textos, cuando no son comunes á las dos recopilaciones, son en parte más modernos y han debido servir á las prácticas de un culto particular diferente. Además de estas colecciones de *mantras*, es decir, de textos litúrgicos y sacramentales, llamadas *Samhitas,* cada *Veda* comprende todavía, como segunda parte, una ó varias *Brahmanas*, ó tratados sobre el ceremonial, en los cuales, á propósito de prescripciones rituales, nos han sido conservadas numerosas leyendas, especulaciones teológicas y otras, así como los primeros ensayos de exégesis. En la más antigua redacción del *Yajur Veda,* que es el *Veda* ritual por excelencia, está *Yajur Negro;* así esas dos partes están aún mezcladas las unas á las otras. Finalmente, de cada *Veda* existen muchos añadidos llamados *cakhás* ó ramas, que presentan entre ellos diferencias, á veces, muy notables. De estos añadidos, en tanto que afectan á las recopilaciones fundamentales, los *Samhitas*, un pequeño número solamente ha llegado hasta nosotros; del *Rig Veda* y del *Sama Veda,* uno solo; dos del *Atharva Veda;* del *Yajur Veda*, al contrario, cinco; tres del *Yajur Negro* y dos del *Yajur Blanco*. Todo esto reunido constituye la *Çruti,* «la audición,» la tradición sagrada y revelada.

Si se exceptúa un cierto número que la crítica puede distinguir sin mucha pena, tenemos en el conjunto de esos escritos una literatura auténtica, que se da por lo que vale, que no intenta atribuirse en modo alguno un origen sobrenatural, ni desfigurar su edad, recurriendo á los procedimientos del plagio. Abundan las interpolaciones y las adiciones sucesivas, pero

han sido hechas de buena fe. Tampoco hay gran dificultad en establecer la edad de esos libros de una manera muy aproximada. Las partes más recientes de las *Brahmanas* llegadas hasta nosotros no parecen remontar á una más remota que el siglo v antes de nuestra era. El resto de la literatura védica debe ser fijado más atrás y repartirse en una sucesión imposible de determinar de una manera precisa, en una duración cuyo primer término se nos escapa absolutamente. De una manera general es preciso admitir, sin duda, que los *mantras* son más viejos que las prescripciones que reglan su uso; pero es preciso admitir también que toda la masa de estos libros se ha acrecentado más ó menos simultáneamente, y representarse cada uno de ellos, en su redacción actual, como el último término de una larga progresión cuya época inicial hubiera sido la misma para todos. Una excepción tendremos que hacer, sin embargo, para la gran mayoría de los himnos del *Rig Veda*. Este *Samhita* se compone, en efecto, de muchas colecciones distintas, proviniendo á veces de familias rivales y pertenecientes á tribus hostiles frecuentemente las unas á las otras. Así pues, en la liturgia que se nos presenta en las partes más antiguas de los otros libros, no solamente estas diferencias de origen están borradas, no solamente se ha sacado indistintamente en la masa de los himnos, sino que se ha hecho sin miramiento para las antiguas plegarias, tomando un verso de aquí, un terceto de allá, y formando así con todas estas piezas invocaciones de un carácter nuevo. La liturgia de estos libros no es, pues, ya la misma representada en los himnos, y el paso de la una á la otra ha debido exigir un intervalo de tiempo bastante largo. De un modo general, puede decirse que esos libros suponen no solamente la existencia de los cantos del *Rig Veda*, sino el de una recopilación de aquellos cantos más ó menos parecida á la que ha llegado hasta nosotros (1).

Se ha querido evaluar la duración necesaria á la formación gradual de esta literatura, y se ha propuesto el siglo undécimo antes de nuestra era como límite inferior de la época en la cual debió florecer esta poesía de los himnos. Teniendo en cuenta todas las circunstancias, entendemos que ese término es todavía demasiado próximo y que la mitad de los cantos del *Rig Veda* ha de ser trasladada á mucho más allá. Contrariamente á una opinión emitida con frecuencia, creemos también que un buen número de los cantos del *Atharva Veda* no son tampoco más modernos. Algunas fórmulas del *Yajur Veda* son probablemente igualmente antiguas. En cuanto á los otros textos litúrgicos, cuando no están tomados de los him-

(1) Para todos estos textos puede verse la traducción publicada por el abate Migne: también la del *Rig Veda* de Max Muller, 6 vol., 1849 á 1874. Para las *Brahmanas* véase la traducción de M. Hany, 2 vol., Bombay, 1863.

nos, pertenecen á una edad más reciente, forman con las *Brahmanas* la segunda capa de la literatura védica (1).

He aquí ahora, en sus rasgos principales, la religión que se nos ha transmitido en los himnos, composiciones de una belleza literaria superior. La Naturaleza entera es divina. Todo aquello que impresiona por su grandeza, ó se supone capaz de perjudicar ó poder ser útil, puede convertirse en objeto de adoración y todo es capaz de amar ó de odiar al hombre. Las montañas, los ríos, los manantiales, los árboles, las plantas, son invocados como otras tantas potencias. Los animales que rodean al hombre, el caballo que lo conduce al combate, la vaca que lo alimenta, el perro que guarda su casa, el ave cuyo grito le revela el porvenir, aquellos cuyo gran número puede amenazar su existencia, reciben un culto de homenajes ó deprecaciones. Entre los utensilios de que se sirve para los sacrificios, algunos son más que objetos sagrados, son divinidades; y el carro de guerra, las armas ofensivas y defensivas, la carreta, el arado, el surco que acaba de ser trazado, son objeto no sólo de bendiciones, sino de plegarias. Ya desde la cuna el Indo es absolutamente panteísta. Sin embargo, ni la adoración directa de los objetos, aun los más grandes, ni la de las personificaciones poco transparentes de los fenómenos de la naturaleza dominan en los himnos. Así, la Aurora es ciertamente una gran diosa; sus cantores no tienen colores bastante brillantes, ni frases bastante llenas de emoción para saludar á esta hija del Cielo, reveladora y dispensadora de todos los bienes, que conduce los días á los mortales y se los prolonga. Se celebran y se imploran sus beneficios, pero su parte en el culto es relativamente pequeña, y no es á ella á quien se dedican ofrendas. Es necesario decir otro tanto del Cielo y de la Tierra, por más que en ellos se venera la pareja engendradora de los dioses. En el culto, se desvanecen delante de otros dioses más personales; en la especulación, son poco á poco reemplazados por concepciones más abstractas ó por símbolos más profundos. De las estrellas apenas si se trata. La Luna desempeña un papel subordinado. El Sol mismo, tan preponderante en el mito como objeto de figuras literarias, no lo es ya en el mismo grado en la conciencia religiosa, ó cuando menos, se le adora con preferencia en sus dobleces de una personalidad más compleja y de una significación más velada. Las dos únicas divinidades de primer orden que han conservado francamente su carácter hiperfísico son Agni y Soma. Aquí, los objetos visibles y tangi-

(1) La Edad que nosotros fijamos, de acuerdo con los sabios profesores que acudieron al congreso de orientalistas de Leyden, en 1883, á cuyo congreso fuimos representando á España, fué la de veinte siglos antes de nuestra era. Véase la discusión que sobre el particular tuvimos con De Gubernatis, en nuestra obra *La Muerte y el Diablo,* tomo I, capítulo ***La India.***

bles estaban demasiado aproximados, eran demasiado santos, sobre todo, para que se desvaneciesen más ó menos detrás de las personificaciones. Así se llegó también por otros caminos á atenuar lo que hubiera tenido de demasiado crudo un dios llama ó un dios brebaje: rodeóseles de un simbolismo sutil y complicado, se les penetró, por decirlo así, de todas las energías místicas del sacrificio, se extendió su imperio muchísimo más allá del mundo sensible y se les concibió como agentes cósmicos de los principios universales.

Agni, en efecto, no es solamente el fuego terrestre y el fuego del rayo y del Sol; su verdadera patria es el Cielo invisible, místico, residencia de la eterna luz y de los primeros principios de todas las cosas. Sus nacimientos son infinitos; sea que, como germen imperecedero, renazca sin cesar de sí mismo; sea que surja cada día en el altar, de un pedazo de madera de donde sale por frotamiento (el *arani)* y en el que duerme como el embrión en la matriz; sea que, «Hijo de las Ondas,» se lance con el estrépido del trueno del seno de los Ríos celestes, donde lo han descubierto los Bhrigus (personificaciones del rayo), donde los Asvíns lo han engendrado con aranis de oro. En realidad, siempre es lo mismo por todo y en todo, desde los antiguos días en que el mayor de los dioses nació en su más alta mansión en el seno de las Aguas primordiales y nacieron con él los primeros ritos y el primer sacrificio; porque de nacimiento es pontífice, en el Cielo como en la Tierra, y oficia en la mansión de Vivasvat (el Cielo ó el Sol) mucho antes que Matariçván (otro símbolo del rayo) lo hubiese aportado á los mortales y que Atharván y los Angiras, los antiguos sacrificadores, le hubiesen instituído aquí abajo como el protector, huésped y amigo de los hombres. Las leyendas posteriores, en las cuales el nacimiento del rayo ó la primera generación del fuego sagrado son representados directamente como un sacrificio, no son más que el desenvolvimiento legítimo de esas antiguas concepciones. Dueño y generador del sacrificio, Agni se convierte en portador de todas las especulaciones místicas de que el sacrificio es objeto. Engendra los dioses, organiza el Mundo, produce y conserva la Vida universal; en una palabra, es potencia cosmogónica. Al propio tiempo, ayudando sin duda de su poder penetrante, es una especie de *ánima mundi,* de principio sutil repartido por toda la naturaleza; él es quien hace fecundo el seno de las mujeres, quien hace nacer y crecer las plantas y todos los gérmenes de la tierra. Pero, en el seno de todas estas magnificencias, no cesa un momento de ser el fuego, la llama material que devora la madera en el altar, y de tantos himnos como lo celebran, no hay uno solo en que sea olvidado este lado de su naturaleza.

Soma, es desde este punto de vista, la exacta pareja de Agni. En reali-

dad es un brebaje fermentado, extracto del tallo macerado y prensado de una planta; es también la planta misma. El brebaje es embriagador y se vierte en libación para los dioses, sobre todo á Indra, del que exalta las fuerzas en sus combates contra los demonios. Pero no es únicamente en la Tierra donde se vierte el Soma; se difunde por todas las partes donde se celebra un sacrificio. Es decir que, como Agni, tiene, además de sus existencias terrestre y atmosférica, una existencia mística. Como él, tiene muchas residencias, pero su residencia suprema está en las profundidades del tercer cielo, donde Surya, la hija del Sol, lo ha filtrado; donde las mujeres de Trita, un desdoble, ó cuando menos un próximo pariente de Agni, lo han derramado bajo la piedra, y allí lo encuentra Pushan, el dios nutridor. De allí es de donde el Halcón, un símbolo del rayo, ó el mismo Agni han ido á robarle al arquero celeste, al Gandharva, su guardián, para llevarlo á los hombres. Los dioses lo bebieron, convirtiéndose en inmortales; los hombres lo serán á su turno cuando lo beban en la mansión de Yama, residencia de los felices. Entretanto, les procura aquí abajo el vigor y la plenitud de sus días; es la *ambrosía* y el *agua de la juventud*. Él es quien vuelve fecundas las aguas, quien nutre y penetra de virtudes las plantas, de las que es el rey, quien vivifica la simiente de los hombres y de los animales, quien inspira á los poetas y da fuerza á la plegaria. Él ha engendrado el Cielo y la Tierra, Indra y Vishnú. Con Agni, con el cual forma una pareja estrechamente unida, ha alumbrado el Sol y las estrellas. También es la planta que el acólito muele con la piedra y el líquido amarillento que se vierte y fermenta en la cuba.

En las otras divinidades el carácter físico es más borroso. A veces, sólo se conserva en el mito ó en un pequeño número de atributos, y, aun con esto, no es siempre fácil determinarlo de una manera precisa. Para la conciencia religiosa son dioses personales, y, en general, la personalidad es tanto más acentuada y más compleja, cuanto el dios es más grande. Indra, que es de todos ellos el invocado con más frecuencia, es el rey del Cielo y el dios nacional de los Arios. Da la victoria á su pueblo y siempre está dispuesto á tomar en su mano la causa de sus servidores. Pero en el Cielo, en plena atmósfera, es donde libra sus grandes combates por la liberación de las aguas, de las vacas, de las esposas de los dioses, retenidas cautivas por los demonios. Él es quien, ebrio de Soma, hiere con su rayo á Vritra *el Envolvedor*, Ahi *el Dragón*, Cushna *el Desecador* y otro cúmulo de monstruos; el que rompe las fortalezas de bronce de Cambara, el demonio de la maza, la caverna de Vala *el Acechador*, y el que, guiado por Saransa, su fiel perro, llega, inflamado por el canto de los Angiras, á deshacer las celadas de los astutos Panis. Estos combates, representados tan

pronto como hechos de un pasado lejano, tan pronto como una lucha permanente que se renueva cada día, los libra á veces con ayuda de otros dioses, de Soma, de Agni, de su camarada Vishnú ó de sus guardias de corps, los Marutos. Pero con más frecuencia combate solo, y, en efecto, no tiene necesidad de que le ayuden: tan inmensa es su fuerza y la victoria tan poco disputada. Una vez sola habla del terror que le asaltó después de la muerte de Vritra, «cuando, semejante á un halcón asustado, huyó hasta el fondo del espacio, por encima de los noventa y nueve ríos,» y aun, en esta huída, la literatura posterior, que ha conservado memoria de ello, no ve sino el efecto de los remordimientos. Y es que la lucha entre el dios y el demonio, en la India, siempre será desigual. Dará margen á una infinidad de mitos, pero no resultará de ella jamás, como en el Irán, el dualismo. Indra es, pues, ante todo, un dios belicoso; de pie sobre su carro de guerra, arrastrado por dos caballos silvestres, es, en cierto modo, el tipo ideal de un jefe de clan Ario. Pero este no es sino uno de los lados de su naturaleza. Como dios del Cielo, es también el dispensador de todos los bienes, el autor y conservador de toda Vida. Con la misma mano pone la leche ya cocida en el pecho de la vaca y detiene la rueda del Sol en la pendiente del firmamento, marca su curso á los ríos y afirma sin puntales la bóveda del cielo. Es inmenso; la Tierra cabe en el hueco de su mano; es soberano señor y demiurgo.

En torno suyo se agrupan divinidades que parecen compartir con él su imperio. Primeramente sus fieles compañeros los Marutos, probablemente los Brillantes, dioses del huracán y del rayo. Cuando sus tropas se dividen, la Tierra tiembla bajo sus carros tirados por gamos y los bosques se inclinan hacia las montañas. Se advierte al paso el brillo de sus armas, se oye el sonido de su flauta, sus canciones, sus gritos de llamada y el chasquido de su látigo. Por turbulentos que parezcan, son benéficos. Son los dispensadores de la lluvia y de la teta de Pricni, la Vaca manchada, su madre; hacen manar la leche de las ondas. De su padre Rudra poseen el conocimiento de los remedios. Éste, cuyo nombre ha significado probablemente el Rutilante antes de ser interpretado como el Aullador, es, como sus hijos, un dios de la tempestad. En los himnos, que ciertamente aquí, como en otros pasajes, no lo dicen todo, no existe nada del sombrío aspecto por el cual se hará más tarde tan famoso. Aun cuando armado del rayo é infundiendo las calamidades repentinas, se le representa ante todo como un dios compasivo y benéfico. Es el más hermoso de los dioses, con su blonda cabellera; como Soma, posee los mejores remedios, y su función especial es proteger los rebaños. Es pariente próximo de Vagu ó Vata, con el cual se le confunde á veces, dios medical como

él, y dueño de una vaca maravillosa, que le da la mejor leche. Lo es también de Parjanya, la personificación más inmediata de la tempestad, el dios de canto resonante, que abate las selvas y hace retemblar la Tierra, que aterra aun al inocente cuando hiere al culpable, pero que difunde también la Vida y á cuya proximidad renace la vegetación agostada. La Tierra se detiene cuando él vierte su inmenso odre; es su esposo, y por este motivo las plantas, los animales y los hombres son fecundos. En fin, como todo esto siempre es posible á un dios de la tempestad que, bajo la forma del relámpago y de la lluvia, dispone de Agni y de Soma, desempeña un papel cosmogónico de primer orden.

Por esos simbolismos característicos de las religiones védicas, casi todos los rasgos que acaban de ser descritos en Agni, en Soma, en Indra, se encuentran también en otro personaje divino de un origen en apariencia bien diferente, Brihaspati ó Bramahnaspati, el señcr de la plegaria. Como Agni y Soma, nace en el altar y de allí sube á la mansión de los dioses. Como ellos ha sido engendrado en el espacio por el Cielo y la Tierra. Como Indra combate los enemigos terrestres y los demonios del aire. Como los tres, reside en lo más alto de los Cielos, engendra divinidades y ordena el Universo. Bajo su soplo ardiente el Mundo entró en fusión y tomó forma, como el metal, en el molde del fundidor. A primera vista, parece indudablemente el producto tardío de la reflexión abstracta, y es probable, en efecto, según la forma misma del nombre, que aun cuando persona distinta, el tipo es relativamente moderno; pero en todo caso es especialmente Indo. Pero, por sus elementos, se une á las concepciones más antiguas. Como existe allí una fuerza en la llama y en la libación, del mismo modo hay una fórmula, y esta fórmula el sacerdote no es el único en pronunciarla, lo mismo que no es el único en encender Agni ó verter Soma. Tiene una plegaria en el trueno, y los dioses, que saben todas las cosas, no ignoran la potencia de las frases sacramentales. Poseen irresistibles fórmulas que permanecen ocultas á los hombres, por ser contemporáneos de los primeros ritos, por las cuales el mundo se ha formado y por las cuales el mundo se conserva. Ese poder omnipresente de la plegaria es lo que personifica á Bramahnaspati, y esto, no ya sin razón, el que se le confunda á veces con Agni, y sobre todo con Indra. En realidad, cada dios y el sacerdote mismo son Bramahnapasti en el momento en que pronuncian los *mantras,* que les da poder sobre las cosas del Cielo y de la Tierra. La misma concepción, bajo una forma más abstracta, ha tenido Vac, la Palabra santa, representada como una potencia infinita, superior á los dioses y generatriz de todo lo que existe.

Que se reuna todo cuanto hay en los otros dioses de grandeza y de

poder soberanos y se tendrá á Varuna. Como lo indica el nombre, idéntico al griego *Ouranos*, Varuna es el dios del Cielo inmenso, luminoso, que abraza todas las cosas, fuente primera de toda vida y de todo bien. Indra es también un dios del Cielo, y estas dos personalidades se asemejan, en efecto, en muchos conceptos. Hay, sin embargo, esta diferencia entre ellos, y es que Indra ha tomado ante todo, sobre él, la vida activa y, por decirlo así, militante del Cielo, mientras que Varuna representa mejor la inmutable majestad de éste. Nada iguala el estro poético y la magnificencia de las descripciones que de él hacen los himnos. El Sol es su ojo, el Cielo su vestidura, el huracán su aliento. Él es el que ha construído sobre cimientos inquebrantables la celeste esfera y la llanura de la Tierra, y él el que las mantiene separadas, quien ha colocado los astros en el firmamento, quien ha dado pies al Sol para que camine, quien ha trazado su camino á las auroras y su curso á los ríos. Él lo ha hecho todo, y todo lo conserva: nadie podría poner límites á las obras de Varuna. Nada lo penetra; pero él lo sabe todo y lo ve todo, lo que es y lo que será. De la cima del Cielo, donde reside en un palacio de mil puertas, distingue la huella de los pájaros en el viento y la de los navíos en las ondas. De allí, de lo alto de su trono de oro con basamentos de bronce, vela la ejecución de sus decretos, dirige la marcha del Mundo circundado de sus emisarios, y con una mirada que no dormita nunca contempla y juzga los hechos de los hombres, porque es ante todo el mantenedor del orden en el Universo y en la sociedad, y su soberanía es la expresión más alta de la ley física y de la ley moral. Tiene terribles castigos, enfermedades de venganza para el culpable endurecido; pero su justicia distingue entre la falta y el pecado, y es misericordioso para el hombre que se arrepiente. Así es que hacia él se eleva el grito angustioso del remordimiento; delante de él va el pecador á descargar el peso de sus faltas por medio de la confesión. Por otra parte, la religión védica es ritualista y á veces altamente especulativa; con Varuna desciende hasta las profundidades de la conciencia y realiza la noción de la bondad perfecta.

Se ha pretendido bastantes veces que Varuna es en los himnos un dios en decadencia. No compartimos esta manera de ver. Que en la época en que esos viejos cantos fueron reunidos, su lugar en el culto fuese muy limitado, resulta del pequeño número de himnos á Varuna conservados en la colección. Pero además de que la frecuencia de invocaciones no es siempre la medida exacta de la importancia de un dios, es suficiente referirse á esos pocos himnos para convencerse de que, en la conciencia de sus autores, la divinidad de Varuna estaba intacta. En ninguna parte, además, el sentimiento de la majestad divina y de la absoluta dependencia de la cria-

tura se expresan con la misma fuerza; pero esta es una dependencia vital de la que el ser sale mejorado, como el débil de los alimentos, el que tiene frío de los rayos del Sol. Hay dos himnos en los cuales se ha establecido un paralelo formal entre Varuna y el dios que debe haberle destronado, Indra, y en el uno y el otro texto es Varuna el que monopoliza la suprema majestad. Hay un tercer himno, es verdad, en que las cosas parecen pasar de otra manera. Agni declara allí que abandona el servicio de Varuna por el de Indra, el verdadero amo y señor, y se ha querido ver allí el verdadero testimonio auténtico de la substitución del culto de Indra por el de Varuna. Sería un texto bien extraño si contuviese, en efecto, un capítulo de historia religiosa; tanto más extraño, cuanto que parece de una extremada antigüedad. Pero no es una página de historia la que hay que buscar allí, sino una página de mitología. El Cielo no ha sido siempre clemente y hubo un tiempo en que Varuna no era exactamente justo y bueno, en que al lado de los mitos relacionándose con su naturaleza divina había otros que expresaban su naturaleza demoniaca. En éstos el Cielo ó Varuna estaba vencido. El sentimiento religioso tiene muchos conceptos tan elevados, que se hizo luz en los himnos, apartando la mayor parte de los mitos, así como algunos que chocaban; pero no los ha apartado todos, y no ha podido lograr que no sobreviviese alguno al estado latente. En el trozo en cuestión, que es uno de los que ha pasado á pesar de la consigna, Varuna es, no tanto un dios que se va, como un dios malo, y es por este lado de su naturaleza como se le recuerda con mucha frecuencia en las *Brahmanas*.

Varuna es el primero de un grupo de divinidades de nombres abstractos, Mitra *el Amigo,* Aryamán *el Fiel,* Bhaga *el Liberal,* Daksha *el Fuerte,* Ança *el Repartidor,* que no son sino un desdoblamiento, en alguna manera, de su propio ser. Ellos no tienen existencia bien distinta, y con una excepción hecha en favor de Mitra, jamás son invocados solos. Se nota ya entre ellos una cierta tendencia al papel de divinidades solares, particularmente en Mitra, el más eminente de todos, y que, lo mismo que su hermano, el Mitra de los libros zendos, se ha convertido más tarde directamente en el Sol. Así Savitri, un dios decididamente solar, está con frecuencia asociado á ellos, y, en un mito ciertamente antiguo, el Sol es su hermano, nacido de un huevo abortado que su madre arroja y echa á rodar por el espacio. Esta madre es Aditi, la Inmensidad; de aquí su nombre de Aditya ó hijo de Aditi, aplicado alguna vez á Indra y á Agni igualmente. Cuando los himnos intentan definir á Aditi, se consumen en laboriosos esfuerzos y se pierden en el vacío. En ella parece haber encontrado una de sus primeras expresiones la noción confusa y creciente de una suer-

te de matriz común, de *substratum* de todos los seres: en un pasaje se la nombra «lo que nace y lo que nacerá.» En otro orden de ideas, un papel del todo semejante se da á las Aguas, que no son solamente las diversas manifestaciones del líquido elemento, fuentes, ríos, lluvias, nubes, libaciones, sino que son concebidas también como el medio primordial en el seno del cual se ha formado todo cuanto existe.

De los dioses adityas á los dioses solares el pasaje, como acaba de verse, es insensible. De éstos, los más importantes son: Surya, el Sol concebido directamente como un ser divino; vigila á los hombres y denuncia sus faltas á Mitra y á Varuna; Savitri, *el Vivificador,* que mañana y noche, elevando sus largos brazos de oro, despierta á los mortales y los sumerge en el sueño; Vishnú, *el Activo,* que hará más tarde tan gran fortuna, el camarada de Indra, el andarín de las grandes zancadas, que de tres pasos recorre las regiones celestes. Pushán, *el Nutridor,* que con su aguijón de oro dirige las huellas del surco, el buen pastor, que no pierde nunca una sola cabeza de su rebaño. Conoce todos los caminos que recorre sin cesar en su carro tirado por bueyes; es el guía de los hombres y de los rebaños en todas sus peregrinaciones; lo es también el de los desventurados, en los caminos que conducen á la residencia de los dichosos. Es inútil insistir sobre los caracteres de clarevidencia, de sabiduría, de poder ordenatriz, naturalmente comunes á todas estas divinidades en su calidad de seres luminosos y solares. Se observará, sin embargo, que están concebidas, y sobre todo tratadas, de una manera muy personal, no recordando sino muy indirectamente el astro que representan, y de los cuales se les distingue á veces expresamente, á fin de que no expresen sino el lado benéfico y vital. El mal Sol, destructor y devorador; aquel, por ejemplo, del que Indra rompe la rueda, no se ha convertido en dios como en las religiones semíticas.

Después del Sol se coloca naturalmente Ushas, la Aurora, la creación más graciosa y poética de los himnos, imagen brillante y ligera que flota sobre los confines indecisos de la poesía y de la religión, tan transparente en la personificación y tan incierta, permaneciendo en este estado de vaguedad flotante aun cuando sea al objeto evocado á quien el poeta se dirige, ó mejor si es á la divinidad á quien adora en sus obras.

El caso es muy diferente para los dos Açvíns, los caballeros. No se explica bien ni la razón de su nombre, ni su significación física. Se ve claramente que son divinidades matinales; son hijos del Sol y los prometidos de la Aurora. Sobre su carro de tres ruedas dan todos los días la vuelta al mundo; su látigo destila la miel del rocío; ellos han revelado á los dioses el lugar en que está oculto el Soma, y una parte por lo menos de los mi-

tos, en los que se les ve cada vez socorrer á un personaje en peligro, parece explicarse bien por la liberación, es decir, por la salida del Sol. Pero esto, así como la aproximación que se ha querido establecer entre ellos y los Dioscuros, no convierte su origen en algo más claro. También se cuentan entre las divinidades invocadas más á menudo. Son dispensadores de bienes, poseyendo preciosos remedios, y presiden á la generación. Por este último lado se aproximan á su abuelo materno, Tvashtri, *el Halconero*, que ha fabricado el rayo de Indra, la copa del sacrificio, y cuya función especial es la de formar el feto en la matriz, uno de los personajes más curiosos del panteón védico, desde el punto de vista de la mitología, pero de un insignificante valor religioso. Tiene estrechas afinidades con Agni, del que es padre algunas veces. Tiene además otros hijos: Saranya, la Nube rápida, que se unió á Vivasvat, el Sol; y Vicvarupa, *el Multiforme,* monstruo de tres cabezas, que es igualmente una personificación de la tempestad y que expira bajo los golpes de Indra, pues estando en lucha con éste, penetra en su morada, para arrebatarle el Soma. Es á la vez creador y maligno, y es la única potencia verdaderamente invocada, que tiene tanto de demonio como de dios. Como obrero de los dioses, tiene por rivales á los Ribhus, genios, de ordinario en número de tres, á quienes sus obras han valido la inmortalidad. Notablemente, han partido en cuatro la copa del sacrificio que Tvashtri tenía. Aquí todavía se ha to-



El Soma
(Según R. Wight, *Icones plant. Ind. or. IV,* n.° 1.281.)

mado por historia lo que únicamente era un mito, y se ha hablado de reformas religiosas operadas por los Ribhus y de su apoteosis. A despecho de su naturaleza vaga y poco explicable, se les invoca frecuentemente y tienen parte todos los días en la ofrenda de la tarde.

En estos primitivos cantos de la literatura Védica, hasta la muerte se nos presenta bajo un aspecto de Vida. Los mitos solares nos conducen naturalmente á los que se relacionan con la vida de ultratumba, pues en la India, como en otros pueblos, un dios solar reina sobre los difuntos. Yama es, en efecto, hijo de Vivasvat, el Sol. Hubiera podido vivir inmortal, pero escogió la muerte, ó mejor dicho, corrió en busca de la muerte, pues esta preferencia esconde una caída. Él ha sido el primero que ha recorrido el camino sin vuelta, abriéndolo á las futuras generaciones. Allá abajo, en las extremidades más remotas del Cielo, residencia de la luz y de las aguas eternales, reina eternamente en paz, unido á Varuna. Allí es donde, al sonido de su flauta, bajo los ramos del árbol mítico, reune en torno suyo los muertos que han vivido bien. Éstos llegan allí por grupos, conducidos por Agni, guiados por Pushán, severamente examinados al paso por los dos perros monstruosos que son los guardianes del camino. Revestidos de un cuerpo glorioso, confortados por el Soma celeste que les hace inmortales, gozan para siempre de una felicidad indecible con el dios, comensales de los dioses y dioses ellos mismos, adorados en la Tierra bajo el nombre de Pitris ó de Padres. A su cabeza van naturalmente los primeros sacrificadores, los ayudantes de tiempo atrás, Atharván, los Angiros, los Kavis, los Pitris por excelencia, iguales á los más grandes dioses, que, por el sacrificio, han sacado el mundo del caos, hecho nacer el Sol y encendido los astros. Quizás creyóse verlos brillar á ellos mismos por la noche, en las estrellas, pues la India ha conocido también el antiguo mito que hace de las estrellas el espíritu de los que fueron. Es preciso, sin embargo, declarar que acaso sean estas las solas representaciones que se hacían allí de otra vida después de la presente. No viendo más que la vida por todas partes, la extendían hasta después de la desaparición del ser, de la Tierra, difumándola allá en los horizontes. Como el cadáver no era siempre quemado, se lo figuraban también como reposando en la Tierra del mismo modo que el niño en el seno de su madre y residiendo perpetuamente en la tumba, «la estrecha mansión de arcilla.» Se imaginaban asimismo que, disolviéndose el individuo y volviendo á los elementos, su alma iba á habitar las aguas, las plantas. Esta última concepción, en la que se ve ya como una primera manifestación de la teoría de la metempsicosis, no se encuentra sino excepcionalmente en los himnos del *Rig Veda*

y puede que haya sido concebida en un período muy posterior. Parece pertenecer á las creencias más bajas que esta colección desdeña y de la que tendremos ocasión de hablar en otra parte. Además, el hecho solo de que la incineración se hiciese general, supone una concepción muy espiritualista de la muerte. Los himnos nos informan menos bien de la suerte reservada á los malos. Perecen y son metidos bajo tierra en agujeros profundos y tenebrosos, donde con ellos son precipitados los demonios, los genios del fraude y de la destrucción. El *Atharva Veda* nos habla de un mundo infernal; pero no hay allí descripción alguna de infiernos, ni sabemos nada de sus suplicios.

Esta ojeada bastante incompleta sobre los cantos que nos describen los mitos que tienen relación con las divinidades principales, quizás será suficiente para mostrar de qué elementos ha sacado la India su gran literatura. No proseguiremos el mismo trabajo para las otros muchos cantos. Además de que la sola enumeración sería demasiado larga, cada objeto del mundo visible y cada percepción del espíritu pueden pasar al estado de dios y pertenecer más propiamente á la religión mítica que á su literatura. Son, ó personificaciones abstractas, con frecuencia muy antiguas, figuras retóricas que han tomado consistencia y corporalidad, tales como *Purandhi*—la Abundancia, *Aramati*—la Piedad, *Asuniti*—la Beatitud, *Mrityu*—la Muerte, *Manyu*—el Enojo (estos dos últimos son masculinos); ó de objetos divinizados, como Saravasti y Sindhú, á la vez ríos y diosas; ó de puros símbolos, como las diversas formas del Pájaro y del Caballo solares; ó en fin, de antiguas representaciones apenas salidas de la sombra del mito, como el Gandharva, Ahi Budhuya, el Dragón del abismo, Aja Ekapad, el Saltarín y el buey unípedo, Gungú, Sinivali, Raká, diosas que presiden á la generación y al nacimiento, y que se han querido identificar con las fases de la luna, todas figuras indecisas y que se invocan todavía porque sus nombres forman parte de antiguas fórmulas, pero que no dicen gran cosa en el sentido religioso, y menos aún en el religioso-literario.

Las expresiones que designan á los dioses en general han concluído también por convertirse en los nombres propios de ciertas clases de seres divinos; tales son los Viçvadevas, propiamente «Todos los dioses,» y los Vasus, los Brillantes, de que Indra es el jefe.

Entre esta multitud de dioses (con frecuencia se discute si son 33 ú once dioses repetidos tres veces, una vez de 3.339; en el *Atharva Veda* esta última cifra es mucho mayor, los Gandharvas solos son 6.333) los hay que tienen mayor representación unos que otros; pero no hay, propiamente hablando, jerarquía entre ellos. Los rangos varían sin cesar y los papeles se confunden. Hay en ellos un rasgo, hasta cierto punto común á

toda literatura religiosa que surge del mito. Los mitos, en efecto, se forman independientemente los unos de los otros, consideran el mismo objeto bajo diferentes aspectos, y entre objetos diferentes escogen las mismas relaciones; se penetran así recíprocamente, irradiando de centros diversos que les conducen forzosamente á un cierto sincretismo. Se puede afirmar, por ejemplo, que si la Grecia sólo nos hubiera transmitido sus antiguas liturgias, encontraríamos en ellas cualquiera otra cosa, excepto la bella ordenación introducida por la mano ligera y profana de la Musa en el Olimpo clásico. Pero en los himnos hay algo más que una simple falta de clasificación. No solamente en medio de esos dioses que se mandan los unos á los otros, que nacen los unos de los otros, «no hay, como se lee en alguna parte, ni grandes ni pequeños, ni viejos ni jóvenes; todos son igualmente grandes,» sino que la suprema supremacía pertenece á varios, y del mismo dios se afirma tan pronto la absoluta soberanía, tan pronto la subordinación más explícita. Indra y todos los demás dioses están sometidos á Varuna, y Varuna y todos los demás dioses están sometidos á Indra. Hay declaraciones semejantes respecto á Agni, Soma, Vishnú, Surya, Savitri, etc. Es muy difícil representarse en su justo valor la manera de pensar y de sentir que suponen estas contradicciones. No se trata de simples exageraciones escapadas en el fuego poético de la plegaria, pues no hubiesen sido recogidas y conservadas en tanto número; ni tampoco parece ser que puedan atribuirse á diferencia de época ni á la diversidad de cultos. Esa anarquía divina es uno de los rasgos más fundamentales de la sacra literatura védica. En el momento en que un dios es evocado, todos los demás se desvanecen; él lo atrae todo, es *El Dios;* y la noción, tan pronto monoteísta, tan pronto panteísta, que se encuentra latente en el fondo de todo politeísmo, viene también, como una especie de cantidad móvil, á sumarse indiferentemente á las diversas figuras retóricas personificadas. Otro procedimiento por el cual se traduce con frecuencia este vago deseo de unidad es el de la identificación de un dios con otros varios. No hay quizás una figura saliente que no haya dado lugar á una fusión semejante. Así es como Indra se ha identificado con Brihaspati, con Agni, con Varuna; que se declara de Agni ser Varuna, Mitra, Aryamán, Rudra, Vishnú, Savitri, Pushán. Sin duda, esta intuición superior de lo divino no se encuentra en igual grado en todos los poetas védicos, pero existe en muchos de ellos, y algunos han sabido expresarlo con un lenguaje admirable.

En estas condiciones, el mito no es más que un elemento secundario, el simple soporte de una realidad más alta. Tiende á convertirse en lo que era al principio: un puro símbolo. Sus rasgos más precisos se enmohecen y no persisten ya sino en las alusiones aisladas, en locuciones formula-

rias. Bajo una forma concreta esta literatura vuélvese embarazadora, sea que ofrezca de los dioses una concepción que parece mezquina, material y hasta odiosa, sea que sencillamente los represente bajo un aspecto demasiado humano, demasiado épico, y en cierto modo, demasiado próximo para la conciencia religiosa, vuelta más exigente. Los autores de los himnos han apartado ó cuando menos han dejado en la sombra una gran cantidad de leyendas, que existían con mucha anterioridad á ellos: aquella, por ejemplo, que se refería á la identificación de Soma con la Luna, lo que se cuenta de las familias divinas, del nacimiento de Indra, de su parricidio, etc. Se podría de este modo formar una gran lista de eso que llamaremos las reticencias literarias del *Veda*. Bajo este aspecto es interesante ver cómo en estos cantos se han tratado los mitos que relatan el himen múltiple que forma el fondo de todas las mitologías, la unión de un dios varón y de un ser hembra, concebida casi siempre como irregular, con mucha frecuencia incestuosa. Esta unión es igualmente el fondo de una infinidad de representaciones del *Veda*. Todos estos dioses son engendradores, machos, toros; son los amantes de las Aguas, de las Madres, de las Gnas (genitrices), de Apsaras, la Ondina, de Apyá Yohsy, la Mujer de las aguas, caprichosa y lasciva; y son á la vez sus esposos y sus hijos. Sería, sin embargo, difícil sacar de los himnos un capítulo que pudiera titularse los «Amores de los Dioses.» Con muy pocas excepciones, todo se reduce á rápidas indicaciones, á rasgos aislados, á puros símbolos. Aparte de la Aurora, las diosas no tienen sino una fisonomía desvanecida, y los dioses más en evidencia, apenas si son rozados por estas historias. Una sola vez Indrani, la mujer de Indra, es la Venus impúdica; una sola vez se hace mención de las relaciones de Varuna con Apsaras, de la que, sin embargo, por su origen, es el amante. En esta cualidad cede su supremacía á Gandharva, ser puramente mitológico. Hay ciertamente allí un rasgo de delicadeza moral que sería injusto no reconocer; en el diálogo de Yama y de su hermana Yami, por ejemplo, el incesto ofrecido es rechazado, y sin embargo, es casi seguro que en el origen Yama cede á la tentación. Pero, en presencia de la crudeza de lenguaje que muestran á veces los himnos, es permitido afirmar que no ha sido sólo este escrúpulo el que ha determinado á los poetas védicos á pasar rápidamente sobre estos mitos, sino que ha habido también una gran repugnancia á hablar de los dioses en términos demasiado precisos. A veces, hasta parece que esta sea su principal preocupación, y no sin cierto malestar procuran, con frecuencia, hacerse ininteligibles y ahogar, en cierto modo, sus propias concepciones bajo un montón de identificaciones incoherentes. Dado este aspecto, la India es ya en los *Vedas* lo que ha sido después. Desde sus primeras palabras la

sorprendemos aspirando á lo vago á lo misterioso. Sería injusto no reconocer frecuentemente en esta aspiración el sentimiento vivo de la obscuridad que nos oculta el fondo de las cosas y un esfuerzo á veces ansioso para penetrarlas. Esto sucede en esos antiguos cánticos donde, bajo la confusión de los pensamientos y las imágenes, se cree observar aún la turbación de un ser emocionado que busca y que adora, no teniendo el espíritu analítico diferenciado, todavía, del emocional. Pero también es preciso no ocultarse que con frecuencia no hay en aquella investigación sino palabrería y pereza de espíritu, y que ya en el *Veda* el pensamiento indo está profundamente atacado del mal que no le abandonará nunca, el de afectar tanto más misterio cuanto menos hay que ocultar, de establecer símbolos que en el fondo no significan nada, y de jugar con enigmas que no valen la pena de ser adivinados (1).

Si tratamos ahora de resumir esta teogonía, y por consiguiente la literatura que la establece, nos encontramos con que flota entre dos términos extremos, de un lado el politeísmo puro y simple, del otro una especie de monoteísmo con muchos titulares y cuyo centro, si se nos permite decirlo, se desplaza. Evidentemente el espíritu especulativo de los poetas védicos no podía permanecer en aquel centro. Les era indispensable fijar esta noción errante, y, por ello, les quedaba muy poco que hacer. Desde mucho tiempo la habían entrevisto en la persona de Indra, de Agni, de Brihaspati, de Savitri, y la habían tenido en la visión espléndida de Varuna. En lugar de agregarlos uno por uno á las personalidades profundamente ligadas en el mito y en el culto, y por consiguiente irreductibles, les bastaba transportarla sobre nombres más abstractos, para realizar de la concepción monoteísta personal todo cuanto la India jamás debía ser capaz de concebir. Así nacieron Prajapati, «Señor de todas las criaturas;» Vicvakarmán, «Obrero del Universo;» el Gran Asura, «Gran Espíritu;» Svayambhú, el «Ser existente por sí mismo» (*Atharva Veda*); Parameshthín, «el que ocupa la cúspide,» otros tantos nombres del Dios de los dioses. Al mismo tiempo se llegó á la solución panteísta por otra vía, por especulaciones sobre el origen de las cosas. Varuna y sus similares habían hecho el mundo, es decir, lo habían organizado. ¿Pero de dónde habían sacado los materiales para construirlo? A esto había una respuesta antigua, puesto que es Arioíndica: el mundo ha sido formado del cuerpo de un ser primitivo, de un gigante, el *Purusha*, despedazado por los dioses. Mas esta respuesta imaginaria no podía satisfacer siempre; sino ¿ese Purusha

(1) Aquí hay que hacer notar que este carácter se ve reproducido en ciertos escritores filosóficos de la Alemania moderna, que á fuerza de querer ser profundos y simbólicos resultan obscuros, lo cual indica el común origen y parentesco de ambas razas.

y esos dioses de dónde salieron? ¿Qué había antes de su existencia? Aquí sería preciso citar por entero el célebre himno, donde la Substancia en sí, superior á toda categoría y á toda antinomia, está puesta como *el primer término* con una profundidad de ideas y una elevación de lenguaje que ninguna literatura ha sobrepujado (1). En ella nació el deseo, Kama, y este fué el punto de partida del sucesivo desarrollo de los seres. En esta concepción, el dios personal, es decir, el Ka, el *¿Quién?,* es uno de los términos, en ocasiones el primer término de la evolución del Absoluto, del Ta, de *Aquel*. Es Hiranyagarbha, el «Embrión de oro,» lo que fué *la primera forma*. Pero ya el análisis tiende á intercalar entre él y la noción primordial cierto número de principios ó de hypostasis, tales como las Aguas, el Calor, el Orden, la Verdad, el Tiempo, el Deseo. Estos dos últimos, sobre todo, llegan á convertirse en el *Atharva Veda* en centro de un vasto simbolismo. En presencia de estas especulaciones por una parte, y en presencia por la otra de las doctrinas finales, tan pertinaces y tan concordantes, de la Persia y la Escandinavia, causa sorpresa la ausencia de toda escatología. Esos hombres que han meditado tanto sobre el origen de las cosas no parecen preocuparse de sí acabaran ó cómo acabarán, y el *Veda* no sabe nada de los últimos tiempos. Para el cantor sagrado la Vida es eterna, como la Substancia Unica.

Sólo nos falta, antes de abandonar los himnos, examinar lo que nos enseñan sobre los deberes que incumben al hombre, cómo comprenden la moralidad y la piedad, qué especie de culto suponen y qué ideas agregan á la práctica de este culto. Las relaciones del hombre con los dioses son concebidas en los himnos como muy estrechas. En todo tiempo y en todo lugar siente que está en sus manos y que camina bajo su mirada. Los dioses son amos exigentes y próximos, á los cuales debe costante homenaje. Es necesario que sea humilde, pues él es débil y ellos son fuertes; es necesario que sea sincero para con todos, pues no se les puede engañar. Pero sabe que ellos son sinceros para con él, que no le engañan nunca y que tienen el derecho de exigirle su amor y su confianza, como un amigo, como un hermano ó como un padre. Sin la confianza, la ofrenda y la plegaria son vanas. Los himnos son menos explícitos en lo que atañe á los deberes de los hombres entre sí. En un pasaje celebran la benevolencia hacia todos los que sufren y tienen hambre; en otro declaran culpables los maleficios y los sortilegios y á todos los que atenten á la vida. Pero, en general, sólo indirectamente podemos apreciar esta parte de su moral.

(1) Véase el *Rig Veda*, X, 129 y siguiente. Este canto es evidentemente de lo más primitivo, y absolutamente Ario, sin influencia de otra raza alguna.

El culto se reduce á dos suertes de actos, la ofrenda y la plegaria. Pero no es cuestión ni de recitación devota de textos sagrados, ni de votos propiamente dichos, ni de prácticas ascéticas, aun cuando la palabra *tapas,* fervor, calor, sea empleada mucho más tarde en algunos sitios como la significación especial de mortificación, y que se conozca después á Muni, el visionario extático que deja crecer sus cabellos y va casi desnudo, cubierto sólo de unos harapos de color rojizo (más tarde el color predilecto de los ascetas y el de los monjes budistas), el cual, quizás, tenga íntimo comercio con los dioses, y en un himno el Sol sea celebrado bajo la figura de Muni.

Tenemos un conocimiento muy imperfecto de los actos del sacrificio, pero sabemos más respecto al móvil. En su sentido más grosero, el himno del sacrificio es una demanda de contrato; el hombre tiene necesidad de cosas que el dios posee, lluvia, luz, calor, salud; el dios tiene hambre y busca las ofrendas del hombre. De una parte y de otra se da y se recibe. En el sentido religioso, el sacrificio es un acto de amor y de reconocimiento hacia los dioses, por el cual el hombre les da las gracias por sus beneficios y espera obtener otros en el porvenir, ya sea en vida, ya después de su muerte. Colocado así en el origen de todas las cosas y considerado, en el tiempo, como el punto vital de todas las funciones de la Naturaleza, el sacrificio hase convertido en un vasto simbolismo; el relámpago y el sol son el fuego sagrado, el trueno es el humo, la lluvia y los ríos son las libaciones, los dioses y las apariciones celestes son los sacerdotes, y recíprocamente. El acto ceremonial por sí mismo, con su hermosa ordenanza, está identificado con el *rita,* el orden del Mundo, y en el altar se ve la «matriz del rita,» el Cielo místico desde donde Varuna y los grandes dioses velan sobre el Universo. Todas estas nociones y muchas otras se mezclan tan perfectamente en los himnos, encajan tan bien las unas en las otras, que con frecuencia es imposible decir en qué sentido es preciso tomar las expresiones que las representan. Y lo mismo es del rito, de la invocación, de la fórmula, y de la plegaria. Es la palabra la que precisa el acto, la que determina el objeto y le asigna en cierto modo su dirección.

Lo que sorprende en estas teorías no son las nociones por sí mismas, sino la prodigiosa elaboración que han sufrido, y esto desde los tiempos más remotos, tanto como la notable inspiración con que están expuestas en los himnos védicos. Así notaremos que si se hace un estudio comparativo de las divinidades en dichos himnos, desde los más primitivos hasta los últimos, veremos que todas ellas nacen de la gramática. Los nombres masculinos ó femeninos que designan en sentido figurado fuerzas ó relaciones de la Naturaleza, sin que el que los escribía creyera en la reali-

dad personal de ellos van convirtiéndose paulatinamente en entidades. Tal como hoy no se cree en la personalidad de ninguna idea abstracta, y nadie se figura que la *República* ó la *epidemia* sean seres personales, el uno que gobierna los pueblos, el otro que los destruye, en un principio entre los Arioindos los vates no creyeron en la personalidad real y antropomórfica de Indra, Varuna, etc. Dice un canto védico que *los dioses no son más que diversos nombres de la Esencia Unica,* ó sea, de *lo que es* (1). Pero estos nombres adquieren luego la categoría de símbolos, y estos símbolos tomados pronto como realidades, se concretan en él mito, y llegan ya á tener personalidad propia. Así, la Teogonía Inda, es el resultado de una transformación retórica, perteneciendo su estudio á la historia filosófica de las literaturas, más que á la de las religiones.

(1) *Rig Veda,* I, 164 y 46; cf. VIII, 58, 2.

CAPITULO V

LA INDIA BRACMÁNICA ANTE Y POST-BUDISTA

LA LITERATURA SAGRADA EN EL BRAHMANISMO PREBÚDICO.—TEXTOS BUDISTAS, JAINÂS, SIVAÍTAS, VISNHUÍTAS.—EL RAMAYANA Y EL MAHABARATA.—EL TEATRO POST-BUDISTA.

Con la dispersión de los Indo-Arios sobre el territorio situado al Sudeste de los siete ríos y su establecimiento en las riberas del Ganges y del Yamuna, su religión entra igualmente en un nuevo período. La religión védica da origen al Brahmanismo, ó sea á la jerarquía de los Bracmanes. La fresca originalidad de la Edad védica, sin extinguirse en seguida completamente, desaparece en gran manera. Buen número de himnos, que se encuentran en los libros más recientes del *Rig Veda*, han sido seguramente compuestos en la primera parte de este período, ó quizás probablemente algo más tarde; así es que respiran un espíritu diferente del de los primeros, pues se ocupan principalmente de reunir, de coordinar y de explicar los himnos transmitidos por la tradición, de los que ya no se conocía el sentido sino raramente. No es posible determinar con certeza en qué época nació el Brahmanismo. Si, según afirman los grandes orientalistas, resulta que el Budismo se estableció por los siglos IV y III antes de nuestra era, los principios del Brahmanismo no pueden colocarse más bajo que el IX antes de Jesucristo; pero no existen razones para darle mucha mayor antigüedad, como suponen algunos sabios. La historia del Brahmanismo puede dividirse propiamente en tres períodos: el período prebúdico, el período de su lucha con el Budismo, y el que sigue á su victoria sobre éste; sin embargo, los dos últimos están demasiado estrechamente unidos para que se les pueda separar absolutamente al uno del otro. Empezaremos primeramente por estudiar en su literatura los comienzos, el establecimiento y el desarrollo intenso del Brahmanismo como secta nacional, puramente Aria, y la modificación que sufre con las costumbres de los antiguos habitantes del país; seguidamente su lucha con los Budistas y con diferentes herejías, de las que sale vencedor, aunque después de haber extendido sus fronteras

confúndese con muchos elementos no Arios, y transfórmase enteramente en una comunidad religiosa, cuyo carácter no es ya exclusivamente nacional tendiendo sus textos á un universalismo malsano.

La literatura bracmánica revela en todos sus textos lo que los europeos llaman el sistema de castas. Entre clases y castas, hay una diferencia esencial. La casta es la clase con límites fijos é infranqueables, en la cual se debe haber nacido para pertenecer á ella. Se encuentran las cuatro castas indas en el estado de clases, bajo nombres diferentes, tal como se hallan en la Bactriana igualmente, como también en la Edad media, y por todo donde la sociedad se ha encontrado en el mismo punto de desarrollo. Pero sólo en la India es donde se encuentran las castas tan completamente separadas. Son originariamente en número de cuatro; tres Arias, á saber: la de los Bracmanes, es decir, de los sabios; la de los Rajanyas ó Rshattryas, es decir, príncipes y guerreros; y la de los Vaiçyas, el común, el pueblo; y una no Aria, la de los Çudras, es decir, los indígenas que sirven de esclavos á los Arios y especialmente á los Bracmanes. El nombre general que llevan hace sospechar su procedencia. Ellos se llaman Varna, lo que designa á la vez la *especie* y el *color*. Con esto se ha debido indicar al principio únicamente la diferencia entre los Arios de tez más clara y los indígenas de tinte más obscuro, que los primeros sometieron á su autoridad y con los cuales no querían tener ninguna relación, como con una especie inferior. Cuando, más tarde, las costumbres fijas y agrícolas sucedieron á la existencia nómada de los pastores, las gentes de guerra comenzaron á distinguirse más de la clase de artesanos, y los sabios de los unos y de los otros, aun cuando todos formasen parte de la comunidad religiosa igualmente; entonces el nombre de Varna, color ó especie, fué aplicado á modo de límite. Así tomó nacimiento la doctrina que se expresa ya en uno de los himnos recientes del *Rig Veda*, que no solamente las dos razas, sino igualmente las cuatro clases, no habían tenido el mismo origen, sino que habían sido creadas separadamente.

Hay diferencias sobre la antigüedad de las castas. Nos unimos á la opinión de los que afirman la antigüedad de las cuatro clases, ó cuando menos las miran como una división natural de la sociedad, llegada á un cierto grado de desarrollo, pero de todos modos consideran las tres primeras castas propiamente dichas como puramente Indas.

Los miembros de las tres castas elevadas son todos *dvijás* ó nacidos dos veces, á diferencia de los Çudras; lo cual quiere decir nacidos por nacimiento orgánico, y por estudio ó aplicación profesional, ó sea por la Ciencia de las cosas sagradas, del arte de gobernar y de la guerra, y de los demás artes y oficios.

El himno del *Rig*, donde se ve á las cuatro castas salir de cuatro partes del cuerpo de Purusha, es el famoso *Purushasukta*, X, 90.

Las mismas causas, unidas á la circunstancia de no conocerse la escritura, ó cuando menos no ser corriente para los usos literarios, contribuyeron á acrecentar la influencia y el poder de los Bracmanes. Sometidos al principio á los príncipes y altos personajes, y mantenidos en su independencia, empezaron á insinuarse dulcemente y á representar como obra religiosa la protección y las liberalidades de que eran objeto; entretanto se esforzaban en hacerse indispensables; se pusieron poco á poco en posesión del derecho de dirigir solos el culto público; se hicieron dueños de la enseñanza y de los puestos más influyentes del Estado, y se daban como los guardianes y los intérpretes exclusivos de la revelación y de la tradición, como los poseedores de una ciencia inaccesible al vulgo. Con todo, encontraban una viva resistencia en los príncipes. En ciertos casos, se vieron obligados á reconocer la superioridad de un rajanya; y á veces ni siquiera le pudieron impedir el arrogarse la dignidad de Bracmán; pero en todo tiempo, no obstante, supieron alcanzar su objeto, ya fuese por una arrogante usurpación, ya por la astucia.

La religión de este período es característica por lo que podemos llamar su literatura religiosa, sin embargo de que la mayor parte de las obras que pertenecen á esta literatura hubiesen sido reunidas sólo con el objeto de servir á las prácticas del sacrificio. Ya hemos explicado anteriormente en qué consistían los *Vedas*, su división y demás.

Por otra parte, cada *Veda* posee diferentes *brahmanas*, tratados rituales y teológicos, reformados más tarde para los *Aranyakias* (tratados de las selvas) y los *Upanishads* (comunicaciones confidenciales), que estaban unidos allí, tratados teológicos y filosóficos, escritos especialmente para el uso de los ascetas. Los *Brahmanas* ofrecen aquí y allá algunos pensamientos elevados y frecuentemente tradiciones antiguas del mayor interés; pero dejan ver al propio tiempo un formalismo estrecho, un misticismo pueril y de divagaciones supersticiosas sobre toda suerte de tonterías, tales como pueden esperarse de un sacerdocio pedante y dominador investido de una autoridad espiritual ilimitada.

En fin, cada *Veda* tiene sus *Sutvas* (hijos) manuales condensados y de corta extensión para las ofrendas públicas y domésticas, y para el conocimiento de las leyes.

Todos estos libros se transmitían oralmente y cada escuela (*carana*) tenía su propio texto (*cakhá*), así para las *Samhitas* como para las *Brahmanas*. Hasta cuando la escritura se puso en uso, se miraba como un gran pecado el ponerlos por escrito.

Todo lo que precede forma el único asunto de la literatura religiosa de aquel período. Verdad es que existían otras producciones literarias, tales como relatos épicos, poesías de carácter popular, etc.; pero estos escritos se han perdido, ó han sido introducidos y reconstituídos en obras más recientes del mismo género. En el mismo *Rig Veda* se encuentran igualmente himnos que no ofrecen carácter religioso alguno. Aun cuando el *Atharva Veda*, como colección, sea más reciente que el *Rig*, las ideas religiosas que le son propias y la redacción de varios himnos paralelos parecen, por lo menos, tan antiguos como los de la colección anterior.

La división introducida en la escuela del *Yajur Veda*, entre los Adhvaryus, es atribuída con algún fundamento á Yajnavalkya, aun cuando el *Yajur Blanco* le deba también su origen. Él ó su escuela retiraron las citas poéticas que se encontraban en la *Brahmana* y compusieron con su ayuda una *Samhita*, de la que algunos sabios (entre ellos Max Muller) explican así el nombre, el *Yajur Blanco* (*çukla*), lo que significa la clasificación, la purificación. Para tener ellos también una *Samhita*, los representantes de la antigua escuela, dieron sencillamente á la primera parte de su *Brahmana* este título, poco conforme á su objeto.

Apenas algunos de los *Upanishads* existentes pertenecen á ese período; la mayor parte son de fecha más reciente.

Max Muller no tiene razón dividiendo esta época, en tres períodos perfectamente delimitados, aplicándolos á las tres especies de libros (*Vedas*, *Brahmanas y Samhitas*), y de establecer sobre esta base su historia de la antigua literatura sánscrita. Westergaad ha dado en el exceso contrario, concediendo á los *Sutras* mismos la anterioridad sobre los *Brahmanas*, pues se sabe de cierto que se continuaba componiendo *Sutras* y *Upanishads* en una época en que los *Samhitas* védicos estaban ya acabados, y no se componían ya nuevos *Brahamanas*. Estos últimos no podían convenir sino al deseo de una época en que predominaba una teología de investigaciones minuciosas.

El escrúpulo que se experimentaba en poner en un solo volumen la Escritura Santa podía tener su fundamento en el temor de verla caer en manos profanas y al propio tiempo en el profundo respeto por la palabra divina, que podía contaminarse al ponerla por escrito.

El Brahmanismo no introdujo gran cambio en la doctrina concerniente á los dioses; no podía hacerlo de otra manera, desde el momento en que el *Veda* estaba reconocido como el libro de la revelación y que el sacrificio, en el cual los dioses védicos ocupaban el primer lugar siempre, continuaba siendo el objeto esencial del culto.

Así ocupóse únicamente de clasificar los dioses védicos, tan pronto res-

pecto de los tres mundos, Tierra, Aire y Cielo, tan pronto respecto de su Naturaleza, como por ejemplo, Indra el rey, Agni el sacerdote, etc., tan pronto respecto otro principio cualquiera. Sin embargo, los Asuras, los dioses más elevados de la época primitiva, y que al principio de nuestro período habían conservado aún el rango de Devas, cayeron, quizás á consecuencia de su semejanza con los dioses de los antiguos y hostiles habitantes del país, en la categoría de malignos espíritus. El respeto por los Devas disminuyó también de una manera sensible cuando los Bracmanes se creyeron iguales á ellos, sobre todo cuando los penitentes solitarios se consideraron como siéndoles superiores en poder y dignidad. Rudra solo, el violento dios de la tempestad, vió acrecentar el culto que se le tributaba en vastas proporciones, preparando así el culto más reciente de Siva (*Çiva*); pero con todo, estaba muy lejos de ser el dios supremo. Y se sentía, como en todas las decadencias, la necesidad de un dios supremo que fuese el creador y el director del Universo, y esta necesidad, no encontrando sino una satisfacción muy incompleta en la invención de los *rishis* védicos, se ensayó entonces por un camino diferente. En el principio—y los himnos, los menos antiguos del *Veda,* nos ofrecen ejemplos,—se atribuía á ciertos homónimos de dioses antiguos y de preferencia á los del dios del fuego Agni, una existencia separada, ó mejor dicho, se hacía de ese dios invocado bajo uno de sus homónimos (*Viçvakarman*, el autor de todas las cosas; *Brahmanaspati*, el señor de los conjuros ó de la plegaria; *Prajapati*, el dueño de las criaturas), el creador y el dueño del Universo. De este punto, la especulación se elevó hasta Brahma, á la fuerza mágica oculta en la palabra y en la plegaria, y que, en esta cualidad, era la herencia y la propiedad especial de los sacerdotes, y se consideró á este Brahma como la causa suprema del Universo, impersonal y existente por ella misma. Este Brahma, bien que siempre empleado en neutro en las *Brahmanas,* fué rápidamente personificado en cierto modo, hasta que, convertido en Brahma masculino, fué elevado al rango de divinidad todopoderosa y personal, sin convertirse por esto en un verdadero dios nacional aún.

Así desde el período de vida en que florecieron los *Vedas,* se decayó hasta los períodos de muerte sucesivos, viniendo á formarse una literatura de la teocracia bracmánica altamente embrutecedora.

Vamos á ver cómo se hizo esta evolución que conduce de la literatura védica á la brahamínica.

Fijándose un poco sobre la literatura religiosa de los primeros períodos védicos, se ve, como ya hemos hecho constar, que las ideas que la animan fluctúan entre un politeísmo y un monoteísmo, es decir, que son cantos de un monoteísmo si se quiere, pero irradiante, cuyo centro cambia.

Siempre hay algo de flotante y de poco definido en este panteón primitivo de los Indos, y unas veces el dios, del cual son manifestaciones los otros, es Agni, otras es Indra, Varuna ó Soma. El espíritu teocrático de los Bracmanes que formaban ya un cuerpo sacerdotal, no podía contentarse con un sistema indefinido, y tratando de fijar esta noción errante, empezó á elevarse á la idea de «el ser existente de por sí,» Svayambu, ó á la de «el que está á las cúspide de los seres,» Paramestin, nombres que pronto tuvo la Divinidad Suprema, dando así, en cierto modo, realidad á las meras palabras.

Los poetas védicos habíanse remontado al origen de todas las cosas. Dirigiéndose á la Luz, término común al Fuego y al Sol, esos generadores ó motores de todo lo creado, se preguntaron quién había creado tales principios, sin saber á qué dios ofrecer el sacrificio.

Al principio había el germen dorado de la Luz:
sólo él fué el soberano nato del Mundo:
llenaba la Tierra y el Cielo
¿á quién otreceremos el holocausto (1)?

No faltaron vates filósofos que contestaron á la pregunta formulando un sistema de la formación del universo y dijeron:

No había ni ser, ni nada, ni éter;
ni estaba la bóveba del cielo.
¿Para qué, pues, envolver lo que no existía?

. . . .

No existía la muerte ni la inmortalidad;
nada distinguía la noche obscura del dia luminoso.
Esto es todo la que era.

. . . .

Así el Todo estaba profundamente velado en el principio,
envuelto en sí mismo.
Y nació y se agrandó por la virtud de su propio calor.
«El Amor penetró el primero el Todo.»

¿No se ve aquí el presentimiento de lo que después los químicos han llamado la afinidad, ese movimiento de atracción molecular que determina la composición y la descomposición de los cuerpos, causa continua de la vida y de la muerte de los organismos, más á más cuando el poeta dice que el amor es

... este antiguo lazo que liga el Ser á la Nada?

(1) Véase el himno 121, libro X, *Rig Veda.* Todas las estrofas terminan con la misma pregunta, á la cual el poéta no pudo hallar respuesta.

Y luego lo corrobora afirmando que el deseo, Kama, nació en la substancia en sí y la creación se hizo.

Y continúa diciendo el canto:

> ¿Quién sabe? ¿Quién jamás ha proclamado
> el punto de donde surgió la vasta Creación?
> Los dioses vinieron después de ella.
> ¿Quién puede saber, pues, de dónde vino (1)?

Aquí el poeta declara, con mucho acierto, impertinente la cuestión de principio, afirmando que nadie puede saber de dónde surgió la creación, y que los dioses, estos autores hipotéticos de lo creado, vinieron después de ella. Los poetas védicos, como se puede ver, se inquietaron poco del personaje divino.

Pero pronto una tendencia al desdoble se manifestó entre los Bracmanes. Los más filósofos exaltaron la Ciencia, los más numerosos la fe. Triunfaron los últimos con el entronizamiento de la monarquía absoluta al llegar la época de la dispersión de los Indoarios sobre el territorio situado al Sudeste de los Siete Ríos, que es lo que hemos descrito al empezar el capítulo. Con su establecimiento sobre las riberas del Ganges y de la Yamuna y su alianza forzosa con los Dasyos amarillos ó negros, la unidad nacional perdióse, y con ella este espíritu fuerte y libre que caracterizaba á los Indos. Entonces es cuando la literatura religiosa védica da nacimiento á la bracmánica. Entonces es cuando empiezan las castas. Entonces llegan uno tras otro los cultos de muerte, perdiéndose la fresca originalidad de las primeras edades.

Los nombres de Brahmanaspati, Prajapati, Svayambu, empezaban á tomarse ya en el sentido de Ser creador del Universo. Algún redactor de los *Upanisads,* de estos tratados místicos, espíritu metafísico, de los que siempre van tras el último, porque quiso hallarle un autor á esta creación anterior á los dioses, y meditando sobre la luz preexistente y por analogía, viendo que según el *Rig*, los dioses creaban en virtud del sacrificio y que éste era sólo utilizado y eficaz en cuanto iba acompañado de la plegaria, atribuyendo á ésta exclusivamente el poder creador, exclamó:

> De Brahma se desplegó la luz brillante.

Pero este Brahma, primer principio, es tan sólo la fuerza mágica de la palabra, de la plegaria (de esta supuesta propiedad de los Bracmanes sacrificadores), causa impersonal del Universo, existente por si misma. No es aún

(1) *Cuestión del Pensador*, en los *Vedas.*

una personalidad divina, es sólo una mera abstracción que pertenece única y exclusivamente al terreno de las ideas. Es un concepto vago que encierra la noción de lo increado, de lo inmenso, de lo eterno, *la esencia del ser y del no ser que por él se revela,* como dice el canto. No hay más que leer el *Kena Upanishad* del *Sama Veda* para convencerse de que Brahma es sólo la razón de ser de todo lo existente, de los modos de las cosas, de sus formas y de su movimiento; es sólo una relación universal, una ley de la cual sólo conocemos una parte y á la cual no podemos remontarnos por completo. *Nadie lo ignora por completo, pero nadie lo conoce perfectamente*—dice,—y luego añade: *Sólo les parece completamente conocido á los que lo ignoran enteramente, y los que más lo comprenden son aquellos para quienes se presenta incomprensible.*

Así es que la palabra *Brahma* está siempre empleada en sentido neutro en los *Brahmanas.* Pero el paso estaba dado; encontrada la causa primera del Universo aunque fuese usada en sentido neutro, pronto fué adquiriendo cuerpo, hasta que por fin personificóse por completo hasta llegar á usarse en el sentido masculino. Entonces se la substancializó y se formó con ella uu ser independiente de lo creado, del cual se hizo depender el Mundo. Así Brahma adquirió la divinidad, pasando de la categoría de concepto abstracto á la de dios inmenso, interventor y regulador de todos los fenómenos, suprema entidad, personal y omnipotente.

Alguna otra evolución, aunque de menos importancia, sufrió el resto de la religión védica, y por tanto la literatura. Al clasificarse los dioses, según los tres mundos, Tierra, Aire y Cielo; ó según su naturaleza, Agni el pontífice, Indra el rey, etc., los Asuras, los más altos de los dioses de los Arios orientales, que entre los Arioindos conservaron aún el rango de Devas, caen por su semejanza con los dioses de la raza autóctona del Indostán, que les era hostil, á la categoría de espíritus malignos; el respeto por los Devas decrece, pues los Bracmanes afirman que son superiores á ellos cuando se sacrifican en la soledad; y Rudra empieza á crecer en importancia, preparando así su transformación en Siva; como también ya hemos indicado.

Al llegar á su período de supremacía, los Bracmanes constituídos en una casta, no son ya los poetas cantores. No hacen la plegaria, sólo la recitan. El rito lo es todo; la idea, declarada inmóvil no tiene importancia sino en virtud de la fórmula. No obstante, aún no es público su culto, sino individual y particular. Cada Bracmán practica en provecho de un personaje que le paga ó en provecho propio; pero las prácticas adquieren una importancia desmesurada; por sí solas ocupan la vida del fiel. Los ritos fúnebres toman un predominio inmenso. Las ceremonias expiatorias

vienen á ser diarias, las ofrendas á los muertos son un deber que se hereda, una deuda que pasa de generación en generación y del pago de la cual depende el bienestar de los fallecidos en su otra vida sideral; se llega á prescribir el suicidio de la viuda, haciéndola arrojar en la pira que consume el cadáver del marido, ó enterrándola en vida con su esposo difunto; las costumbres adquieren una rigidez indecible; el creyente perfecto, al entrar en una edad ya madura, debe de abandonar su casa, sus ocupaciones, sus hijos, toda su familia, y desprendiéndose para siempre de las obras de la vida, retirarse á la soledad de los campos, y prepararse con la penitencia á renunciar á sí mismo; y así, á la muerte (1). De esta manera se llega á ser un Yati (vencedor de su persona), o un Sanyasi (el que abdica su individualidad). Entonces ya no hay necesidad del sacrificio; superior al mundo de los sentidos, el fiel se consagra á la vida contemplativa y llega á la emancipación absoluta (*moksha*). *El código de Manú* le dice al indio que está en una época de decadencia (2). *Los darmasastras* lo presentan como degenerado é infame, «La Justicia ha desaparecido de la Tierra,» le dicen; y el Trabajo, la Industria, es considerado como el esfuerzo que tiene que hacer el Hombre para vencer á la Naturaleza en castigo de su dignidad perdida. Las desgracias son vistas como efectos del pecado, las enfermedades como signos de culpas individuales, y los enfermos mueren abandonados á la voracidad de los insectos en los bordes de fétidas y pestilentes lagunas. La inflexible lógica hace la expiación necesaria, y esta tendencia se introduce en el seno de la familia. Los hijos tienen que purgar las faltas de los padres y de los abuelos. Y los que viven solos, sin recordar á sus antepasados, se entregan á la mortificación para expiar las faltas de todos. De aquí todo un sistema de tormento, de quietismo, de maceración, de penitencia. A más en esta época una pseudo-filosofía extraña le dice al indio: «La Creación universal es una ilusión producida por la obscuridad que reina en los nombres y en las formas, y esta misma confusión nace de la ignorancia: toda la Creación no tiene más realidad que ésta.» Y en esta ignorancia se le añade que estriba la posesión de Dios, y que por tanto debe conservarla.

---

(1) Véanse los detalles de estos ritos en los antiguos códigos indos de Apartamba, Gautama, Varistha y Bauddhagana, por G. Bühler, *The sacud laws of the Aryas,* part. I in M. Muller, *Sacud Books of the J. Ast,* vol. II, Oxford, 1879.

(2) «En la primera edad, dice Manú, la Justicia en forma de toro se mantiene firme sobre sus cuatro pies: reina la Verdad; los hombres, exentos de enfermedades, satisfacen todos sus deseos y viven cuatrocientos años. En las siguientes edades la Justicia pierde sucesivamente un pie; las utilidades honradas disminuyen gradualmente en una cuarta parte y otro tanto se acorta la vida humana; hasta la estatura del hombre mengua: y al terminar la última edad, que es la presente, los hombres, convertidos en pigmeos, ya no tienen fuerza para arrancar de la tierra la menor planta sin el auxilio de un instrumunto á propósito.»

Con las teorías desoladoras de esta literatura, sometido á los vaivenes continuos de la Naturaléza, el Indo deseó la quietud, consideró santo el reposo, la inacción divina, y el éxtasis el colmo de todas las sublimidades posibles. Su máxima fué: «Más vale estar sentado que de pie, tendido que sentado, y muerto que tendido.»

¿Qué de extraño tenía, pues, que desease reentrar en el gran Todo del que había salido, para terminar una penosa lucha en la cual sabía de antemano que nunca triunfaría? Ya que casi eran sólo males las afirmaciones que le decían podía hallar sobre el suelo, por fuerza de la Nada, la Suprema negación debía venir á ser su ideal. Tal fué, y no tardó en venir la leyenda Budista á consagrar el Nirvana.

No obstante, como esta santificación por la renuncia absoluta de sí mismo no la consiguen todos los pecadores, los impíos irán al Infierno para sufrir tormentos atroces, y éstos serán muchos. Solamente los que hayan conseguido libertarse por un quietismo absoluto, los *yatis,* irán al Svarga, al cielo de Indra, para gozar en él de la bienaventuranza confundidos con los dioses. Los que sin ser completamente malvados ó impíos no hayan acabado de emanciparse de los sentidos, renacerán bajo una triste condición material, tanto más material cuanto menos hayan sabido librarse de la materia. Sus culpas deberánlas expiar en un estado mudo é inmóvil, oprimidos por los tejidos vegetales, pudiendo sólo manifestar su actividad creciendo en las hojas, y sus pensamientos transformados en flores que brotarán al exterior por las yemas del ramaje; ó si sus faltas fueron menos graves irán á purgarlas en el cuerpo de un animal, no pudiendo expresar sus dolores ni sus alegrías por medio del habla, sino por medio de alaridos, gritos, relinchos, graznidos ó aullidos, según sea el organismo que les aprisione. Sólo cuando las faltas hubiesen sido muy leves, la reencarnación podrá ser en un personaje de condición humilde ó elevada, según fuesen ellas. Y los textos afirman que las transmigraciones deberán de continuar hasta la total emancipación de los sentidos, hasta que llegado al supremo grado de la contemplación, y desembarazado de todo grado material, el Indo se abisme completamente en el alma del Mundo y se confunda con ella. Así los bosques de la India pobláronse de estos ascetas que, tendidos bajo los árboles sagrados, sin ni siquiera alimentarse, Budas perfectos, con la imagen del Sol el primero de los *Munis* (1) en las plantas de los pies, sumidos en la contemplación absoluta, su cuer-

(1) Literalmente, Muni, significa león. Empleábase en sentido figurado para indicar supremacía, realeza, valer y aún fuerza; en este sentido se llamó al Buda el León de los Sakios. Como se podrá ver toda la leyenda de Buda es un simbolismo puro, sea este un personaje real, ó imaginario. Su madre era la ilusión; la gran ciudad ó término del Hayodhya, era según los textos la primera ciudad humana fundada por Manú, el padre de todos

po esquelético cubriéndose de vegetaciones, reentraban en la tierra, al tiempo que su espíritu se sumía en la anulación suprema.

Uno de éstos, histórico ó legendario, da nombre á la literatura religiosa mística, que casi acabó por anular la vida en la India, extremando más aún la tendencia hacia la muerte. Este es Siddharta, el Muni de la tribu de los Sakios, ó el Buda, como vulgarmente se le llama.

La leyenda fija su nacimiento á mediados del siglo VI antes de J. C. He aquí lo que dice este documento poético:

«Para librar el Mundo de los males en que estaba sumergido, el sabio descendió del Cielo, donde ocupaba el primer lugar entre los dioses terrestres. Los dioses lloraban cuando él partió. Para encarnarse escogió la mujer de un rey, de raza militar, fuerte, hermosa y buena; esta noble dama se llamaba Maya, la Ilusión, y era la Reyna de la tribu de Sakia, y habitaba Kapilavastu en el Ayodhya.

»En la época del plenilunio y sin la ayuda de varón alguno, penetró en su seno, y salió al Mundo por el flanco derecho. Al nacer él, las estrellas se pararon, y los que las vieron detenerse en su curso se sintieron poseídos de una alegría inmensa. Del fondo del Himalaya un Bracmán centenario corrió á verle.

»Educado como un príncipe, mostró ya desde su infancia aficiones contemplativas. Mandáronlo á las escuelas y supo más que todos los doctores; su talento era universal. Conocía todas las escrituras, enumeraba los átomos, se hacía obedecer de mil elefantes, no tenía rival en el pugilato, los astros no guardaban secretos para él, levantaba afiligranadas construcciones en cera. La poesía, las artes y los ejercicios más difíciles le eran familiares; todo, todo lo sabía...

»Pasaba horas y más horas en estado contemplativo en los jardines. La sombra de los árboles daba la vuelta, pero la del que le cobijaba no se movía de su puesto. Su padre quiso que abandonase la vida de contemplación y le ordenó casarse; y Él, para conformarse con el uso, tomó mujer.

»Tomó mujer y paso los días en su real palacio, vestido de perlas, envuelto en nubes de perfumes, servido por treinta mil esclavas, contemplando á su pueblo desde lo alto de sus azoteas, sentado en glorietas llenas de campanillas que al pasar el aire producían sinfonías celestes. Pero la vista de las miserias del Mundo le apartó de los placeres, y huyó abandonando el palacio y sus comodidades.

los hombres, el Adán de los Indos. Kapilavastu quiere indicar el burgo ó el barrio de los puros, de los justos, de los buenos. En la India asistimos á ese fenómeno literario psicológico, más que en ningún otro país, de la transformación de los nombres simbólicos en realidades materiales.

»Y se fué á Rajagriha, la capital de Mayadha, mendigando por los caminos, cubierto con harapos recogidos en los sepulcros. Allí oyó á los Bracmanes más famosos y pronto supo más que ellos, y les aventajó en desprendimiento y abstinencia. Anulóse en él toda sensación, todo goce, toda voluptuosidad; y luego, concentrando su pensamiento en una meditación más amplia, conoció que la esencia de la Creación consistía en la ilusión de las formas.

»Entonces realizó cosas sorprendentes. No comió más que un solo grano de arroz cada día. Sus cabellos cayeron, y su piel volvióse negra; sus ojos dentro de sus órbitas parecían dos estrellas que brillaban en el fondo de dos cuevas. Durante seis años estúvose inmóvil con la imagen del Sol en las plantas de los pies, expuesto á los insectos, á los leones, á las serpientes; y los rayos del sol canicular, la lluvia torrencial, las centellas, el granizo y la nieve, caían sobre su cuerpo sin que él se abrigara ni siquiera con la mano. Los viajeros que pasaban le creían muerto y le echaban compasivamente puñados de tierra encima para sepultarle.



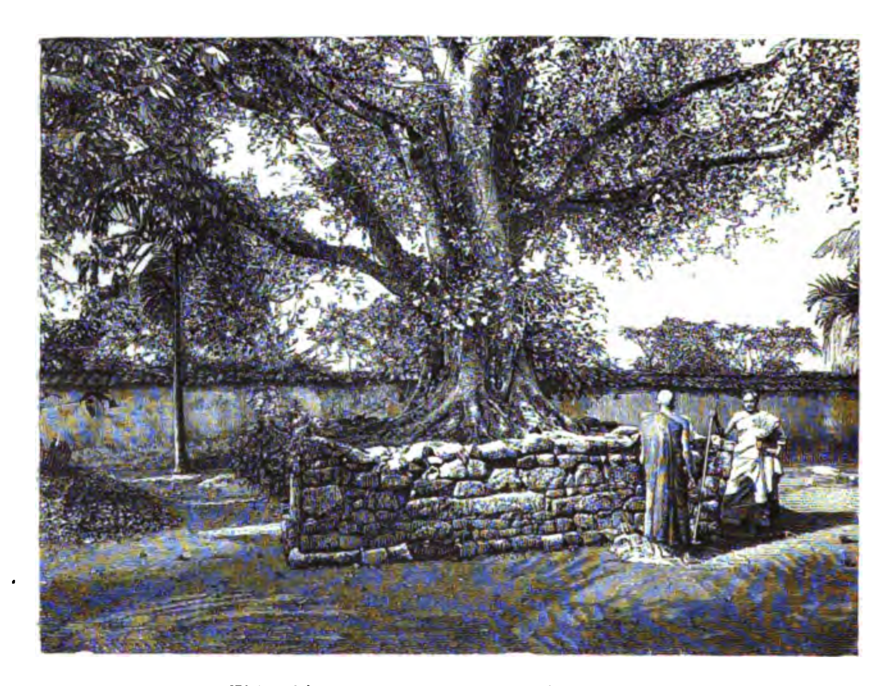
Huellas de los pies de Buda
(bajo relieve de Amravati)

»Mara, el dios del Amor y de la Muerte, se propuso tentarlo, y le mandó sus asquerosos servidores con cabezas de rinoceronte, de puerco ó de galápago, cubiertos de escamas, nauseabundos como las fosas de los muertos, aullando, silbando, bramando, entrechocando sus armaduras, blandiendo huesos humanos. Unos echaban llamas por las narices, otros con su aleteo desarrollaban tinieblas, otros murmuraban fúnebres palabras pasando rosarios de dedos cortados, ó bebiendo veneno de víboras en las palmas de sus manos; todos hacían gestos imposibles inspirando horror y asco. ¡Pero él los resistió y se desvanecieron!

»Y luego no triunfando con los genios de la Muerte, mandóle sus propias hijas, los demonios del Amor, de una hermosura indecible, pintadas las mejillas, los labios, las cejas y las pestañas, con dientes blancos cual jazmín, con muslos redondeados cual trompa de elefante, con cinturones de oro que las circuían el talle como un rayo de sol. Unas riendo, otras danzando lúbricamente, otras entreabriendo sus faldas, todas cual reinas con gran séquito de esclavos y de bagajes. ¡Y él se resistió, y se desvanecieron también!

»Vencido el demonio del Amor y de la Muerte, pasó doce años nutriéndose de perfumes. Entonces, renunciando ya á las prácticas del asce-

tismo, superior á todas las ilusiones de la realidad, adquiridas las cinco virtudes, obtenidos las cinco facultades, apropiadas las diez fuerzas y las diez y ocho substancias, y habiendo penetrado en las cuatro esferas del mundo invisible, por la contemplación tranquila y sostenida llegó al conocimiento perfecto, alcanzó la Inteligencia Suprema y se emancipó de los males de la Existencia. Así adquirió en el pueblo de Magadha, sentado



El bodhimanda (árbol de la Ciencia) de Ceilán

en *el trono del Conocimiento*, á la sombra de la sagrada higuera, la suprema dignidad de Buda.

»Y luego empezó á predicar la suprema ley. Primero á Benarés, después en toda la India, para libertar los seres del dolor y enseñarles el camino de renunciación que conduce al Nirvana. Masas considerables, pueblos enteros, ejércitos numerosos, bracmanes, príncipes y reyes, y su propia familia, se convirtieron. Después de haber triunfado de todos los obstáculos, tuvo que asistir á la destrucción de su ciudad y á la ruina de su familia. Entonces dijo que el gran período era completo en la última de sus existencias, y que predicada la ley nada le quedaba que hacer. Los bambúes, los sicomoros, las montañas del Himalaya y las arenas del Ganges, con los millones de millones de estrellas debían entrar en el Nirvana, y

hasta los nuevos nacimientos de otros universos, una llama ondularía sobre las ruinas de los mundos aniquilados. Así empezó por entrar Él en el Nirvana, á la edad de ochenta años, esperando que los demás seres entraran. Ningún fuego pudo quemar su cuerpo. Éste acabó por consumirse al ardor de su propia piedad, y sus huesos, retirados piadosamente por sus discípulos de las cenizas de la carne, fueron depositados cual preciosas reliquias en ocho *Estupas* (1).»



Estatua de Buda, del templo de Cachemira, hoy en el museo de Peshaver

Esta es la leyenda merced á la cual triunfó una religión de muerte, la más exagerada, y la que ha predominado sobre mayor número de conciencias.

El Budismo se presenta en su literatura, más que como una religión, como una tendencia moral idealista. No niega las divinidades bracmánicas, pero no se preocupa de ellas. Las prácticas védicas las pasa por alto. Su ideal es el aislamiento, el renunciar al mundo y á la vida de los sentidos, donde sólo el mal se halla. Su doctrina es casi un misticismo ateo, su metafísica negativa. Toma las cosas tales como parecen ser. No busca su esencia, ni afirma su realidad. El problema que trata de resolver no es el del ser en sí, sino el de la existencia. Extrema la cuestión de la salvación humana, formulada en el *Vedanta* de los *Upanisads*. Reconoce como base de la existencia el dolor: existir es sufrir. La causa del dolor está en el deseo que se agranda incesantemente por la satisfacción misma. La supresión del sufrimiento sólo es posible por la extinción completa del querer. El camino que conduce á esta anulación de la voluntad, comprende

(1) Véase *The Lalitavistara, or Momoirs of the early life of Sakya. Ed. By Rajendralala Mitra.* Calcuta 1853-1877. *(Biblioth. indica)*, y sobre los orígenes de la leyenda consúltese la excelente obra de Senart *Essay sur la legende du Budha.*

cuatro etapas ó estados sucesivos de perfección, cuyo término es el Nirvana, es decir, el aniquilamiento absoluto de la individualidad, la Muerte por el quietismo. Las condiciones ó causas de la vida están escalonadas de la siguiente manera: La Ignorancia, la Acción, la Conciencia, la Individualidad, la Sensibilidad, el Contacto de los sentidos con los objetos, la Sensación, el Deseo, el Amor á la vida, la Existencia, el Nacimiento ó Generación, y la Vejez y el Sufrimiento. Estas son las doce *Nidamas* de que el hombre debe libertarse, puesto que de ellas depende la existencia. En cuanto al ser que sufre la existencia (puesto que para el Budismo ésta es el peor de los males), es un compuesto, una resultante, de unos agregados llamados *Scandas*.

Éstos, en el hombre, son en número de cinco; en la formación de los demás seres entran en menor número. Los cinco *Scandas* están formados por la agregación de noventa y tres principios, que son todos los elementos, atributos ó propiedades materiales, intelectuales y morales del individuo. Fuera de ellos, nada existe, ni principio fijo, ni alma, ni substancia permanente, ni materia, nada absolutamente; ellos forman el ser con su convergencia, y con su divergencia ocasionan la muerte de éste. El hombre, siendo compuesto de compuestos, al expirar muere por entero; sólo la influencia de sus actos *(karman)* le sobrevive, y por ella opérase la formación de un nuevo grupo de *Scandas;* otro individuo surge en otro mundo y continúa la existencia del primero. Esta substitución es tan rápida, que el Buda y los demás santos que han llegado á la omnisciencia hablan de sus existencias anteriores como si su personalidad fuera la misma al pasar de unas á otras. Verdad es que el budista no cree renacer, pero sí cree que otro viene á continuarle, y para evitar á este heredero de sus actos el dolor que con la existencia se le lega, el budismo sienta como ideal humanitario la abdicación absoluta de la actividad y aun de la personalidad, para que así, no dejando acto alguno, no se provoque la concurrencia de nuevos agregados, y por tanto no se determine la formación de otro ser, que por el mero hecho de existir esté ya condenado al sufrimiento; por esto el Nirvana es el ideal de perfección.

Esta es la teoría budista de los libros escritos en *pali,* del budismo del Sur en completo estado de formación. Pero para llegar á este período de su evolución, la filosofía india tuvo que pasar por un tránsito. Los libros sánscritos del Norte admiten algo de permanente, una especie de *yo* vago que se transmite á través de esas existencias; pero esa entidad vaporosa no es ya de ningún modo el alma substancial, simple é imperecedera de la filosofía *Sankhia*.

De todos modos, parece que el Budismo desde su aparición sentó que

el *camino* conducía á la extinción total del individuo y que la perfección consistía en el no ser absoluto.

La primera de las doce causas es la que el hombre justo debe suprimir: la Ignorancia; y ésta se suprime por la substracción de los sentidos (no por la observación), así suprimida la primera, las demás no pueden ya sucederla, y el Justo desaparece por completo y para siempre, él y toda la serie de seres que le hubieran sucedido. Y esta ignorancia no consiste más que en tomar por real todo lo que no lo es, y esto es la Creación, el Mundo, lo que nos presentan los sentidos. Toda realidad de la Naturaleza es vanidad, una visión ilusoria, y, según los modhyamicas, la substancia de esta ilusión tampoco existe. Como se ve, en el fondo el Budismo sólo es un humanitarismo negativo, que tiende á suprimir la Creación en absoluto para ahorrar dolor. Si quiere librar á los hombres del dolor es por la muerte, por el aniquilamiento; la beatitud que les ofrece es una irrisión. La supresión del dolor suprimiendo la sensibilidad, y con ella el induviduo con toda su descendencia, esta es la moral caritativa del Buda tan decantada por algunos seudo-filósofos modernos.



Buda sentado (reproducción de una estatua de Sanchi). Tiene roto un brazo.

A los dos siglos de aparecido el Budismo, había dominado casi por completo la India. No se explicarían los progresos de teoría tan desoladora, sino por la leyenda atractiva que se formó sobre el Budismo, y por la organización práctica que supo adoptar desde su aparición. Las masas comprenden poco las abstracciones, pero se aficionan por las figuras lengendarias; por temperamento son idólatras; si un momento son iconoclastas, es sólo por variar de ídolo. Para formar una procesión es necesario un santo Cristo, dice un refrán, y es la verdad. En la misma democracia las personalidades de los que la han predicado han influído casi siempre más que las ideas que han vertido; esto ha sido la causa de todos los cesarismos. El Budismo presentó al pueblo Indo una leyenda en que aparecía la figura de su fundador llena de dulce majestad, de ternura infinita por todo lo que alienta, de compasión profunda por todo lo que sufre, y esta leyenda fué pronto seguida de otras sobre la vida de los principales santos, cuya delicadeza aún hoy se admira. Además el Budismo se presentaba como altruista, en contra del Brahmanismo

egoísta. El ideal del Budista era la salvación de los demás, el del Bracmán era sólo su salvación ó la del que le mantenía. El Bracmán tendía á ser un anacoreta; el Budista, á ser un monje, un apóstol que hiciera prosélitos y viviera en común con sus hermanos. Para ello, si no abolía las castas, sabía prescindir de ellas. Hasta «el Candala más miserable que un perro» era admitido en la comunidad budista. No importa que la salvación ofrecida fuera sólo de nombre; no importa que la figura del salvador fuese legendaria. Las muchedumbres, que más se guían por palabras que por realidades, se fueron tras la nueva doctrina universalista, sin considerar que lo único de real y positivo que podía procurarles era el suicidio.

Con la propagación de la doctrina cobraron numerosa importancia las comunidades búdicas y se enriquecieron. Constituyéronse suntuosos templos hipogeos. Vaciáronse montañas para formar inmensos monasterios. Escultores tránsfugas del arte griego trabajaron estatuas é ídolos con los materiales más preciosos. Y así esta religión atea, esta doctrina abstracta de abdicación absoluta y de substracción de los sentidos, por un notable contraste, fué la primera que en la India trató de dominar con la fascinación, con el lujo, con el arte. Para apoderarse de la imaginación, impresionó la vista. Al llegar al poder el primero de los mauríes, Condragrupta, por la reacción producida contra la agresión de Alejandro, encontró en esas comunidades sin papa el más poderoso auxiliar; y en cambio, el emperador Çudra les dió inmunidades sin cuento. Efectivamente, estos monjes mendicantes, estos voluntarios de la miseria, debían de ser los aliados naturales de un esclavo de raza inferior subido al poder por un golpe de fortuna. Luego las invasiones bárbaras entronizaron en el país del Oeste del Ganges el predominio de los Tártaros y de los Mogoles, y éstos fueron acogidos por el Budismo, cosmopolita de por sí, al igual que el Cristianismo acogió los bárbaros; y comenzó la verdadera Edad Media para la India. En esto la literatura budista empieza á tener un carácter violento, y pronto la ira y el odio más cordial vienen á alojarse en aquellas almas dulces, no tardando en apelar á las pasiones de las masas ó al poder de los príncipes para ahogar en sangre las religiones sectarias que venían ya á presentarse en escena; hasta que por fin el Budismo muere de su propio fracaso. Una decrepitud prematura lo mató, no dejando de él más que algunos restos. Religión de aniquilamiento, se aniquiló á sí misma. Religión de esterilidad, nada produjo que pueda figurar entre la ciencia de los pueblos de la India. Su manera malsana de formular y de resolver el problema de la vida le ha valido que sus dogmas, confundidos con delirios de religiones bárbaras, sean hoy patrimonio de esas razas inferiores, embrutecidas, de procedencia mogola, que se extienden

por la Indochina y los países transgangéticos. Esta pretendida reforma y esta pretendida moral no fueron más que el período culminante de la decadencia índica que preparó el terreno á los Jainas y á las monstruosidades de la religión sivaíta. La organización enervante de esas colectividades quietistas extendió su espíritu ascético al pueblo de la India, paralizándo-



Ajunta.—Santuario de un templo subterráneo de Buda

le su existencia y su vital iniciativa, como el Catolicismo hizo en Occidente; sólo que allí fué tal espíritu de muerte que el Budismo llevaba en sí, que ni herejías surgieron ya en sus últimos tiempos; las inteligencias se habían adormecido en la rutina; el suicidio moral estaba consumado.

Paralelamente con las leyendas budistas surgieron las leyendas de los Jainas. Éstos son los sectarios del Jina, *el Victorioso,* como los Budistas lo

son del Buda *el (Iluminado)*. Las leyendas jainas sostienen que su fundador Mahavira era un sabio que había llegado á la omnisciencia, el cual vino al mundo para restablecer la pureza de la ley corrompida por los hombres. Una tradición extraña, análoga á la de los Budistas, y que á partir de aquí se repite en las religiones sectarias, era lo que daba, á su decir, la fuerza á sus dogmas. La Creación, degenerando de día en día, y la talla de los hombres disminuyendo, según afirma el código de Manú, hacían necesaria la encarnación sucesiva de un ser perfecto que fuera renovando sucesivamente la ley á los mortales. El Buda había tenido veinticuatro predecesores. Los Jinas habían sido veinticuatro también, pero comprendiéndose en el número el último, y sosteníase que Gautama Buda había sido discípulo de éste. «Los Jinas se han sucedido á través de inmensos períodos de tiempo; su talla y su longevidad han ido decreciendo después del primero Rishabha que tenía quinientas toesas de alto y vivió ocho millones de años, hasta Vardhamana, el último de ellos, cuya talla y cuya edad fué igual á la de los hombres de la época presente.» Como los Budas, los Jinas llegaron á ser verdaderas divinidades, redentoras y salvadoras, objeto de culto de parte de sus creyentes. Todos ellos van acompañados de diosas ejecutrices de sus mandatos. Su leyenda es la del mito solar. Las imágenes de esta religión en el Dekkán son de proporciones colosales y se encuentran en gran número en todos los santuarios de la secta, los cuales están en profusión en el interior de los bosques y se distinguen por su estilo especial de una gran elegancia.

La teoría de la salvación por el Nirvana, la emancipación de los sentidos, la muerte absoluta como fin; en una palabra, todos sus dogmas son los de los Budistas. Como éstos, rechazan los *Vedas* de los Bracmanes y les oponen sus textos, llamados *Angas*, como *Veda* único verdadero. Forman, como los Budistas, comunidades de ascetas cuyo fin es la muerte absoluta; de entre éstos, unos *(svetembaras)* van vestidos de blancos hábitos, y otros van desnudos, ó *(digimbaras)* vestidos de aire; á éstos se refería Hesykio, en el siglo III, en lo que él llamaba *gimnosofistas*. Los Jainas se diferencian de los Budistas únicamente en que, en sus escritos como en la práctica, extreman el ascetismo y la mortificación hasta el suicidio (1). Buda condena el suicidio provocado, quiere que el hombre entre en el Nirvana por la abdicación de sus actos, por la anulación de su voluntad. «El suicidio provocado es una acción, dice, que da lugar á la formación de otro ser, el cual tiene el dolor de nacer en una forma inferior, y la cuestión es impedir todo renacimiento.» Así condena el suicidio por poco eficaz. En

(1) Uno de los libros de los Jainas primitivos prohibía el suicidio, pues decía que acrecienta la vida; pero los Jainas del Sur, durante la Edad Media, lo practican como voto.

cambio los Jainas presentan á Buda como un sibarita y le hacen morir de una indigestión de carne de cerdo. (¡Siempre los sectarios religiosos se han insultado!) Otra de las diferencias es que creen en un alma eterna, parecida á la de la *filosofía sankya,* la cual es libertada, y no anulada, por el Nirvana, para entrar de lleno en la beatitud sin fin. Así el mal para ellos está en esta vida y no en la propia existencia; la Naturaleza es sólo una realidad posible. La confesión de los pecados forma parte de sus ritos (1), por todo lo cual, se parecen á los cristianos mucho más que los Budistas, los cuales difieren mucho de ellos.

Las penitencias extremáronse con las teorías de tal literatura. El respeto á todo lo animado llegó al grado máximo. El Jaina, compasivo por pura piedad, proclamó el *ainsa,* la abstención de todo lo que tiene vida, y no comía carne por no matar á una criatura que tenía un alma como la suya, por no truncar la expiación de un semejante, tal vez de un hermano, de un deudo ó de un amigo. Andaba lo menos posible ó caminaba barriendo suavemente el suelo delante de sus pies por no destruir los seres que estuvieran en el polvo; y hasta á veces retenía la respiración ó respiraba á través de un velo, y bebía agua filtrada para no anular la vida de cualquier animalito invisible del aire ó del líquido elemento, que él absorbiera sin saberlo.



Jainas ó *Gimnosofistas* orando. Escultura del templo subterráneo de Nurangabad

Así, á pesar de su carácter dulce y apacible, el Indo, después de haber aceptado la idea del absoluto, llegó á una falsa concepción de la vida, y de consecuencia en consecuencia fué llevado á la misma práctica del suicidio. Vamos á ver cómo las ideas desoladoras de esta literatura se extreman y de compasivas que son en los Jainas, se convierten en implacables y exterminadoras y producen un culto criminal y feroz en una de las religiones sectarias, la de Siva, el dios de la Muerte.

El Brahmanismo, no reaccionando en contra del Budismo y oponiendo á las tendencias de éste análogas tendencias, respondió con la concepción de dioses populares. Ni los dioses abstractos del *Rig,* ni el abstracto Brahma bastaban á la plebe mezclada ya de Mogol y de la raza obscura de los Çudras. Eran precisos dioses con biografía, que se encarnaran,

(1) Para ver la exposición de la moral de los Jainas, véase el *Yagosutra,* y para la biografía del fundador, el *Kalpasutra,* ó los *Stotras,* ó sean fragmentos de la poesía lírica de esta secta.

que vivieran una vida análoga á la del pueblo y que le trajeran ó le prometieran su salvación. La cosa no fué difícil. Brahma ya substantivado, Vishnú el dios solar y Rudra el violento tenían millones de adoradores. Los tres empiezan á disputarse el primer rango hasta que transigen en la formación de una Trinidad, la sagrada *Trimurti:* Brahma en ella es el creador; para crear el Mundo y la Vida toma la forma de un huevo de oro, que es el Sol (*Hiranyagarba*). Pero pronto Vishnú y Siva adquieren importancia á expensas de él, por responder más directamente á las aspiraciones de las masas; Siva en las montañas y en las selvas incultas, Vishnú en las ciudades y en las llanuras cultivadas. El primero es dios de Guerra, de Muerte, de Exterminio; el segundo lo es de Amor y de Vida.

Vamos á ver la evolución de la literatura de estos cultos y cómo sus ideas continuaron la decadencia de la India.

Para determinar la formación del mito de Siva, en estos textos relativamente más modernos, debemos remontarnos á fines de la época védica.

Rudra, el antiguo dios védico del huracán, el padre de los Maruts, toma importancia en el *Atharva Veda*. Invócanle aún como dios de la Vida, pero también como dios de la Muerte, y olvidando el carácter benéfico que tuvo en el *Rig,* exáltase de preferencia su carácter mortífero. Se le identifica con Agni, dios del Fuego, pero tan sólo del fuego como elemento destructor. Acompáñanle Bahava, el próspero, y Çarva, el arquero, los que han de fundirse con él al transformarse en Siva. También se asimilará á Kala, el tiempo, el cual devora todo lo que en él se produce, ¡y en su seno se produce todo! En el *Yajur Veda,* Rudra y Agni se hallan ya completamente identificados: ya se le llama Izvara, el Señor, y sube á la categoría de Mahadeva, el Gran Dios.

Pronto se esparcen leyendas que relatan sus victorias sobre los Asuras. Se cuenta que ha tomado al asalto y destruído su triple ciudad aérea y celeste, y que arruinada la Tripura, se precipita sobre los dioses y se apodera á viva fuerza de las ofrendas.

En un texto del *Yajur Veda,* el *Saturudriya,* el himno á los cien Rudras, la leyenda ha dado ya cuerpo y carácter completo al dios del Mal. Rudra es ya una divinidad popular, francamente brutal y perturbadora. Es un cabecilla supremo que manda varias partidas de bandoleros celestes. Quédanle aún algunos resabios de su bondad primitiva; pero su generosidad es la generosidad irregular del bandido. Si sus tropas, los *ganas,* protegen á veces los rebaños, guardan las casas y los campos y vigilan los caminos; si él se declara á veces patrón de bateleros, cazadores y aun de gentes de oficio, es porque comercia y gana siempre en el cambio, pues es un mercader astuto con todas las malas mañas de tal, elevado á su gra-

do máximo. Pero este no es más que su carácter incidental. Su carácter permanente es el del guerrillero. Es el jefe temido de los ejércitos, el dios de los bravos, de los espadachines, de los que combaten en los carros, de los que viven del arco, de la lanza y de la espada. En su persona hállanse confundidos el soldado y el ladrón. Es el jefe invisible de los merodeadores, el capitán supremo de todos los revoltosos, el príncipe de los insurrectos. Sus favoritos son los que vagan de noche por cuadrillas, viviendo de la rapiña. Desde lo alto de la atmósfera alienta y preside el pillaje y el saqueo. Su grito de alegría óyese en el discordante ruido de la pelea; su voz ronca, en el redoble del tambor; en el resplandor de los incendios distínguese el destello de sus ojos; por donde él pasa no se ve más que muerte y ruina.



Kalidurga con cuatro brazos (templo de Badamani)

También es el dios de los Fakires, de los vagabundos, de los mendigos, en fin, de todos los que van errantes; como lo es de los penitentes que llevan larga y trenzada cabellera, y de los que se han rapado la cabeza; de los suicidas lentos y violentos. Por sí mismo y por los espíritus que manda es omnipotente; entra en las casas, vaga por los campos, recorre los caminos, silba en las ruinas, murmura en las fuentes, penetra con el aire, brota con la hierba en la tierra, y con las hojas en los árboles, las cuales, como le contienen, se secan, caen, se arremolinan y marchan describiendo espirales, envueltas en el polvo, mientras él viaja en el viento y tiene por vehículo la nube. Su residencia favorita es la selva umbría, ó la llanura solitaria, y tona de lo alto de las montañas sobre el populacho de la India. Un paso más, y Bahava y Çarva se funden en él; Kala, el tiempo, que todo lo devora, pasa á ser una de sus formas; toma á Kalidurga por esposa, la que le lleva en dote sus fúnebres cualidades, que él adopta como propias (1), y los que tiemblan ante su poder, de puro miedo le llaman Siva, el misericor-

(1) La esposa de Siva, cuya piedad todo lo consume, fué una antigua diosa del Fuego. Había sido adorada con los nombres de Ambiká, siendo esposa de Rudra, y de Umá, la madre ó la protectora, pero luego de preferencia con los de Kalila negra y Durga la temible. Bajo estos denominativos, es la diosa de la Muerte; se la representó bajo un aspecto espantoso y se le ofrecían sacrificios sangrientos. Toma una importancia desmedida en el período sivaita y llega á ser la más importante de las diosas, absorbiendo los nombres y propiedades de todas éstas. Sólo ciertas veces con Krinskia, y cuando se la supone esposa de Vishnú, se la llama la *Majestad de la diosa*.

dioso (1). Ya nada queda de Rudra, el dios védico de rubia cabellera y mirar altivo, en el negro Siva, el dios siniestro de los bandidos, de los perdidos y de los Çudras.

Tal es en el *Mahabharata*, en donde ya aparece Siva con todo su carácter de dios mortífero, adorado en las montañas, en oposición de Krisna, dios del Amor, cuyo culto se practica en las llanuras. Elevado á la categoría suprema de Mahadeva, Gran Dios, por sus adoradores, éstos le consideran por encima de la turba de los demás dioses, y tal es su importancia, que hasta sus contrarios le veneran, formando parte de la *Trimurti* con Brahma y Vishnú.

Tonando sobre el Kailasa, el monte fabuloso del Norte, más allá del Himavat, con su negra y terrible esposa al lado, y el dios de guerra, Kanda, por ministro, ejecuta sus designios mortíferos por medio de los *yaskas* y de los vampiros de mil formas que le sirven.

Es Mahakala, el tiempo sin límites, que engendra todas las cosas por el solo placer de devorarlas; es Mritiyu, la Muerte misma, y su antiguo nombre de señor de los rebaños viene á tomar la significación siniestra de señor del rebaño humano, dueño arbitrario de sacrificar las mejores reses, que son los hombres que continuamente extermina. Es el más cruel de los dioses; él envía á su placer las pestes y las enfermedades individuales. El culto que exige es sangriento. Al frente de los Butas, espíritus malignos, y de los vampiros, ronda de noche alrededor de los cadalsos y de los quemaderos de muertos; allí donde hay una hecatombe, allí comparece envuelto en las tinieblas de la noche. Es al mismo tiempo dios orgiástico y dios de penitencia. Sus expiaciones son lúbricas y sus orgías lúgubres. Bajo el primer aspecto es Bahirava, dios de la locura furiosa, y revestido de una piel de elefante sangrienta dirige la delirante danza del *tandava*. El *Lingam* lo representa, y exige que ante él se prosternen sus adoradores, lo mismo que las serpientes que de él han recibido el espíritu. Como dios

(1) Siva significa *el misericordioso*, uno de esos eufemismos por los cuales se esfuerzan los creyentes para aplacar la ira de los dioses que temen.

Siva no entra en el Brahmanismo, sino en época relativamente próxima á nosotros. La transformación de Agni-Rudra, el fuego-tempestad, en Siva es el punto de partida de un culto, y ésta se marca al entrar en el panteón bracmánico Durga. Tiele, apoyado en estas razones, supone que Siva no es un dios primitivo, sino que es el propio Agni-Rudra, al cual se le han agregado las cualidades maléficas de su esposa Durga. Respecto de ésta hay que distinguir dos elementos que entraron en su formación: Parvata, la antigua diosa de las montañas, ó Umá, la diosa madre; ó mejor, Ambiká, la antigua esposa de Rudra, se funde con Kali-Durga, la cual no es ariana de origen. Esta es una diosa primitiva de la Muerte y del Mundo subterráneo, cuya concepción se remonta á los habitantes primitivos del Asia central, hallándose vestigios de tal creencia entre los malayos. Así pues, este es el elemento no ario que dominó en Siva. Una prueba de ello es que la mayor parte de su culto es extraño al brahmanismo primitivo. El *Veda* rechaza las *sisnadevas* ó dioses del Falo, y no menciona para nada el culto del *Lingam*.

de las austeridades es el jefe de los Joguíns. Al igual que estos ascetas va desnudo, trenzados y largos los cabellos, que arrolla encima de su cabeza en puntiagudo moño; sus mortificaciones son espantosas, su ira aniquila; Rama, el amor, quiso un día penetrar en su corazón y de una mirada de su ojo de cíclope fué reducido á pavesas. Para agradarle, sus creyentes se mutilan; el suicidio lento, por el martirio continuado, es la más grande de las ofrendas que puede hacérsele. No predica como Buda la anulación del hombre para librar la humana especie del sufrimiento, no; su fin es el dolor, y sus ascetas deben soportar por él la mayor cantidad posible de cruentas torturas. Su figura es horrible. Tiene tres ojos en el rostro; del de la frente se escapa la llama lívida que ha de destruir el mundo. La luna pálida le sirve de diadema, y los signos de producción que ostenta son un toro y un falo, sobre los que están los de la destrucción, un collar de cráneos y el tridente emblema del relámpago, que blande con una de sus muchas manos.



Siva con su ministro la Muerte y su esposa

Hemos visto la evolución de este mito de muerte en la literatura bracmánica, el cómo Rudra ha llegado á Siva; veamos las causas que operaron esta transformación. Con la dispersión de los Indoarios sobre el territorio situado al Sudoeste de las Siete Riberas, y con el establecimiento á orillas del Ganges y de la Yamuna, sus condiciones climatológicas cambiaron y con ellas los espectáculos que la Naturaleza les ofrecía. Esto por una parte, y luego en estos países encontraron ya cultos demoniacos, establecidos entre los indígenas, cultos sombríos hijos de aquella naturaleza que tantos contrastes presenta. Estas son las causas que á su vez produjeron la preponderancia primero, luego la transformación de Rudra. La Muerte en esta parte de la India destruía la obra de la Vida de una manera periódica y simétrica: tras de la estación de la generación venía la de la destrucción, tras la época de las lluvias la de la sequía; el manantial que hoy brotaba lozano en medio de las aguas de la pasada lluvia, era desecado mañana y quemado al otro día por un sol incendiario; y todos estos fenómenos de la Naturaleza se verificaban en estas comarcas de una manera espléndida. Allí

los elementos presentaban la misma prodigalidad para la vida que para la muerte. Todo se verificaba por grandes masas y de una manera múltiple. Después de un sol deslumbrador, canicular, que tostaba la vegetación, que enrarecía el aire, asfixiaba los animales, secaba las plantas, venía la estación de las lluvias, estación de desastres meteorológicos, necesarios allí á la producción de la nueva vida. Entonces aparecían allá á lo lejos, en el horizonte del mar, unas nubecillas que se alargaban, crecían, se hinchaban, se multiplicaban, se convertían en nubes colosales, tomaban extrañas formas, rodaban unas encima de otras, se ensanchaban, se obscurecían, se confundían, se difundían y al cubrir ya todo el espacio visible como una inmensa capa de color de plomo, soltaban el agua á torrentes, soplando el huracán, rugiendo el trueno, cayendo rayos y centellas que rajaban los árboles seculares y abrían las peñas, ahuyentando las fieras que, despavoridas y aullando, salían disparadas del bosque para ahogarse las unas, junto con los habitantes de aquellas comarcas, en las aguas que inundaban la llanura, mientras las serpientes flotaban é iban á juntarse al Ganges como impulsadas por el espíritu del dios que las salvaba y dirigía.

Los Bracmanes pasaron á formular el culto de Siva en su literatura, tomando pie de estas alternativas. Brahma era un principio bueno, creador, providente; personalizado éste, debía venir otro divino personaje á formar la antítesis, y vino Siva, evocado por la imaginación grosera de la plebe y los esclavos, para originar un culto criminal cuya base era el sacro asesinato y el santo suicidio por el beatífico tormento.

Vamos á ver cómo se desarrolla en esta literatura, paralelamente y enfrente del dios de la Muerte en las montañas, el culto del dios de la Vida en las llanuras.

También debemos remontarnos á los *Vedas* para hallar su origen.

Vishnú era la antigua personificación del Sol, que con tres pasos recorría el Universo. Más tarde los partidarios estrictos de los mitos solares le adoran con el nombre de Surya y de Adytia. En la leyenda de los *Bracmanes* personifica el sacrificio y muere violentamente para renovarse y derramar de nuevo la vida sobre la Tierra; pero su importancia aún no ha crecido. Su elevación á dios supremo débese á la poesía épica. En el *Mahabharata* y en su parte moderna se transforma en Khrisna al personificarse sobre la Tierra. Este es un héroe, un hombre dios, encarnación de la divina esencia de Vishnú, figura desconocida de los *Vedas,* cuyos rasgos principales corresponden á Kuladevata, dios étnico popular de una confederación de clanes *rajputas.*

Vishnú pierde sus caracteres védicos y sólo conserva el disco solar, la *cakra,* que es una arma de guerra, y el ave sagrada, *garuda,* que le sirve

de montura. El divino caballero impera desde su paraíso, Vaikunda, con su esposa Cri ó Lakshimi, la diosa de la Voluptuosidad, de la Belleza y de la Victoria. Toma los atributos de Brahma, y es el huevo solar que dió principio á la Naturaleza y á la Vida; también se le considera *el primero de los seres*, que lleva en sus repliegues Ananta, la serpiente sin fin, símbolo de la eternidad, que apareció en el origen de todas las cosas flotando por encima de las aguas primordiales. Según vela ó se sumerge en el sueño místico, da la vida á todos los seres ó los hace reentrar en sí mismo. La muerte no es más que la vuelta al seno de dios, del cual salimos al despertarse él. De su ombligo sale el loto de oro, del que proceden Brahma y todos los dioses *demiurgos*. No obra sobre los mortales sino indirectamente por sus personificaciones; dios de vida, quiere salvar á los nacidos, y cuando peligran, su espíritu baja á la tierra y toma forma diferente y adecuada. *Cada vez que la religión del bien periclita*, dice Vishnú, *yo me emito; para defender á los buenos, castigar á los malvados, y para afianzar el derecho, me manifiesto á cada edad*. La teoría de los *avataras* realiza en la India, de una manera múltiple y sucesiva, lo que la teoría griega del *Logos* y la del *Xristos* alejandrino en Occidente, la presencia mística y salvadora del Ser supremo en la Humanidad por su encarnación sobre la Tierra. Esto fué lo que dió el gran éxito al Vishnuísmo. Un misterio en que los místicos pudieran abismarse á su placer, una teoría consoladora para las almas desesperadas, un asunto para las discusiones de los metafísicos, un dios variante que contentara las groseras aspiraciones fetichistas de los habitantes de los campos, desde el zoomorfismo más bajo al antropomorfismo más perfecto; todo esto reunido en un cuerpo de doctrina, por fuerza debía de obtener el triunfo más completo. El Vishnuísmo no fué más que un habilísimo trabajo de recopilación de los Bracmanes, en el cual fundieron todos los elementos humanos y religiosos; todos los grandes personajes fueron declarados *avataras* de Vishnú, incluso el mismo Buda.

Si los Jinas son veinticuatro y los Budas veinticinco, no son menos numerosos los *avataras* de Vishnú. Estos son diez, doce, veintidós, veinticuatro, veintiocho, en fin, infinitos, según los textos que á ellos se refieren. Cada vez que desciende de nuevo sobre la Tierra, se perfecciona, estando su perfección en razón inversa de la de la Humanidad, que decae de día en día. Según el Vishnuísmo, los primeros son zoomórficos, mezclados de antropomorfismo los segundos, y completamente antropomórficos los últimos. Para librar de la muerte á los humanos el divino Vishnú, encarnóse primero en la tortuga colosal, sirviendo de soporte al mundo; en el jabalí, para sacarlo del fondo de las aguas; en el pescado místico que dirigió el arca en que Manú salvóse del universal diluvio; en Nu-

sisinha, el hombre león, bajo cuya forma despedazó al demonio que contenía los dioses; en Parasurama ó el Rama del hacha, Bracmán terrible de la raza de Bhrigu, que destruyó tres veces en siete acometidas la raza impía de los Kshattryas, y por fin Khrisna, Rama y el Buda, con todos los Gurus ó fundadores de sectas religiosas. Estas encarnaciones pueden ser completas ó incompletas (*avaratas* ó *ansavaratas*) según contenga el personaje todo el espíritu de Vishnú ó sólo una parte. Tal es el contenido de esta literatura.



Khrisna y las ovejas

Relataremos sólo las reencarnaciones más importantes, descritas en los textos vishnuítas, como son las de los redentores Khrisna y Rama.

Khrisna (1) es un dios que reasume los mitos del fuego, del relámpago, del cielo y del sol. Su biografía parécese extraordinariamente á la de Buda, como se parece, aunque en menor grado, la de Adonis á la de Dionisos y á la de Cristo; en fin, es como la de todos los dioses con biografía que derivan del mito solar. Khrisna es un dios de amor y de vida, que viene para redimir á los mortales y que al morir él perece toda la Naturaleza por entero. Su elaboración en la humana conciencia ha sido análoga; sólo varía como personaje épico, pareciéndose un tanto más al Mesías soñado por los Hebreos que al Xristos alejandrino.

Es un príncipe belicoso, un héroe, tan irresistible en el amor como en la guerra. Es bravo y astuto. Su moralidad es un tanto equívoca. Hijo de Vasudeva (el dios brillante) y de Devagni, la multiforme diosa del agua, vió la luz en Mathura en la Yamuna, entre Deli y Agra, en la raza de los Yadoros. La misma noche de su nacimiento sus padres tuvieron que alejarlo escondido para que no fuera degollado por los sayones del rey Kansa, su tío. Éste hacía matar á todos sus sobrinos apenas nacían, pues una voz del Cielo le había profetizado que moriría á manos del noveno de éstos. Una vez llegados á la otra ribera de la Yamuna, fué entregado á un pastor para que lo cuidara junto con su mujer Yasoda, y éstos lo educaron como si fuera su propio hijo, en me-

(1) Significa el negro.

dio de los bosques, guardando los ganados, junto con su hermano Balarama, antiguo dios de la Agricultura, que como él también salvóse del degüello. Khrisna creció con su hermano y se fortaleció matando los monstruos y los demonios que querían perderles. Dios de goces báquicos, entregóse á la embriaguez y al amor sin límites, pasando parte de su vida en voluptuosas aventuras con las pastoras de Vindarama. A partir de aquí la vida de Khrisna es un continuado idilio erótico-báquico. Apenas hay voluptuosidad que el dios no persiga para propagar la Vida sobre la Tierra. Llegados á la juventud los dos hermanos, dan la muerte al rey Kansa, y Khrisna reina sobre los Yadavas, continuando la lucha para purgar la tierra de los monstruos de la Muerte, sosteniendo mil guerras victoriosas contra los reyes impíos. En esto había trasladado su trono á Ddaraca, la ciudad fabulosa de las puertas de la puesta del sol, que surge del seno del mar occidental. Allí es en donde le cogió á él y á toda su raza la catástrofe final; después de haber visto morir á su hermano y exterminarse sus *yodoros* entre sí en intestina lucha, muere él también herido por la flecha de un cazador en el talón, como Aquiles, dejando á la Tierra sumida en la obscuridad y la muerte. A pesar de lo riente de la leyenda, Khrisna no deja de ser un dios siniestro. Sonríe, sí, pero sonriendo preside todas estas destrucciones y sonriendo prepara la catástrofe final que le coge á él y á todo su pueblo. Y su fin es este, librar á la Tierra del peso de una raza magnífica que había tomado un incremento imponderable, la cual impedía que la Humanidad caminara á su perfección por las decadencias necesarias á la aparición de nuevos *avataras*. Por ser más riente que Siva, Vishnú no deja de ser un dios de muerte. En el fondo es el tiempo que devora á sus propios hijos, el Sol que se va á la puesta y sumerge la Tierra en las sombras de la noche. Tal resulta de la leyenda según el *Mahabharata* (1).

(1) El *Mahabharata* es una epopeya escrita en sánscrito, atribuída á Vyasa.

Parece que resulta de las profundas investigaciones de los sabios orientalistas, es anterior al *Ramayana* de Valmiki, según se desprende del asunto y de las doctrinas que en dicho poema se desarrollan.

A decir verdad, su autor es desconocido como el de todos los poemas de la alta antiguedad. En estos textos sánscritos se lee *Vyasa*, y esto sólo quiere decir en dicha lengua «compilador.» La época de esta compilación se fijó en el siglo x antes de nuestra era. Hoy se ha elevado á algunos siglos más atrás. En cuanto á la fecha de su redacción, se ignora.

Este poema se divide en 18 *parvas* ó sean libros, los cuales contienen entre todos 107.389 *stokas* ó dísticos, es decir, 214.778 versos. Entre estos se cuentan 16.374 *stokas* que comprende el *Harivanga*, suplemento que más tarde fué añadido á esta vasta epopeya índica.

Según una antigua tradición del país, esta colosal suma de versos no es más que una abreviación de un *Mahabharata* de los dioses, anterior con mucho á éste, el cual contenía doce millones de versos. Pero los sabios orientalistas Kern, Small, Rawlinson y otros se han persuadido de todo lo contrario, después de haber practicado minuciosas y profundas investigaciones; y es que primitivamente sólo se habían escrito la quinta ó la sexta parte

El culto de Khrisna engendró en la llanura gangética, especialmente en los puntos citados en su biografía, unas fiestas análogas á las dionisiacas, misterios de amor, representaciones erótico-dramáticas, en las cuales el pueblo se entregaba á una voluptuosidad sin freno.

La leyenda de Rama, la de esta otra célebre encarnación de Vishnú, que encontramos en el *Ramayana,* es más moderna, al menos como avatara de Vishnú; como Khrisna, Rama es un héroe exterminador de monstruos, guerrero victorioso, pero es más idealizado por la poesía y menos dominado por el mito. Es el tipo del cumplido caballero, generoso y sumiso al deber, y nos presenta un ejemplo de nobleza moral perfecta. Hijo primogénito de Dasaratha, rey de Ayodhya y heredero del trono, renuncia á él para no contradecir la imprudente promesa que su padre hiciera á su madrastra, y se retira al fondo de los bosques por catorce años. Síguele su hermano Laksmana. Su nombre de Ramacandra, Rama-Lunus, que le distingue de sus homónimos, y otras particularidades que le acompañan, hacen creer que es un dios lunar. Su mujer Sita á su vez es una *avatara* de Cri, mujer de Vishnú, y el tipo ideal de las esposas. En su destierro se encaminan hacia los bosques del Sur y allí Sita es secuestrada por Ravana, rey de los demonios, que se la lleva á través de los mares á la isla de Ceilán. Rama encuentra el rastro, y ayudado de Hamunat, el de las fuertes quijadas, dios mono, rey de los orangutanes, el cual se pone á sus órdenes con un ejército de cuadrumanos, marcha á su encuentro. Rama, al frente de tales tropas, invade Ceilán, pasando por un dique que construye á través del mar para unir Ceilán al continente, dique del cual hoy el indio supersticioso muestra los restos, que son los puntos de las cordilleras de arrecifes que, saliendo á flor de agua, parecen haber unido la isla á la costa vecina. Asaltada la isla, el rey de los demonios es degollado, y Sita, salvada, vuela á los brazos de su esposo que se la lleva á reinar en Ayodhya. Du-

---

de los versos que hoy conocemos compilados en el *Mahabharata,* muchos de los cuales son de redacción posterior.

El título del poema quiere decir *Gran Baharhata,* ó sea *Gran Historia de la raza Baharhata.* Según otra explicación, querría decir *el Gran escrito del Bardo,* habiéndose dado el nombre de *Baharhata* á los bardos en la antigua India. Los indígenas dicen que los dioses, queriendo saber cuál de los libros sagrados era superior, los *Vedas* ó este poema, los pusieron cada uno en el plato de una colosal balanza que bajó del Cielo, y que el último pesó más, por lo cual fué llamado *Mahabharata,* de *Mahá,* grande, y *Bhara,* peso.

Este poema parece tener por fundamento histórico una gran guerra que es probable tuviese lugar en la Bactriana y al Norte de la India entre dos familias arias, la de los Coravas y la de los Pandavas.

El asunto fundamental es la guerra de los cien hijos Dhzitarachtia con los cinco hijos de su hermano Pandon, descendientes ambas familias de un rey llamado Bharata, que era soberano señor de la Luna.

El libro se termina con la derrota y ruina de los Coravas, vencidos por los menos, pero los más fuertes, á los cuales sobrevive su viejo padre Dhzitarachtia, que en su dolor formula códigos de los deberes de los gobernantes para con sus pueblos.

rante su largo reinado el mundo goza de una felicidad incomparable; mas un día Rama, cediendo á injustas suposiciones, vuelve á separarse de ella, pero esta separación acaba con una reconciliación suprema, después de la que Sita entra en el seno de la Tierra de la cual saliera, y antes de desaparecer entrega á su esposo sus dos hijos, los que han de continuar la dinastía de los reyes luminosos de la Vida en la India (1).

Esta es la última avatara notable de Vishnú; después de ella los Visnavas cuentan la de Buda, pues según ellos en éste encarnóse el dios supremo para consumar la ruina de los malos seduciéndolos con teorías de muerte. A la fin de la edad actual del mundo aparecerá Vishnú bajo la forma de Kalkín para destruir la maldad por completo con el exterminio total de los perversos.

Acabado este ciclo religioso, en una literatura que es contemporánea á los principios de nuestra Edad Media, con las religiones sectarias y con sus dioses con biografía, marchan paralelamente el Sivaísmo y el Vishnuísmo, contrabalanceándose, fundiéndose el primero con el Budismo y llevando al interior de las selvas del Himalaya todos los horrores del ascetismo con la mortificación y el suicidio, predominando casi por completo

---

(1) El *Ramayana* es una epopeya posterior al *Mahabharata*, escrita á lo que resulta el siglo XV antes de J. C. Después se ha querido que fuese del IX y aun del X de nuestra era. Lo probable, según recientísimos estudios practicados por los sabios orientalistas de la Escuela de Leyden, es que el *Ramayana*, como la mayor parte de los libros sagrados orientales, sea sólo una compilación de escritos de épocas diversas y aun de diversos autores. Viene á ser una *Odisea* que continúa una *Iliada* y que acaba con una especie de *Metamorfosis* de Ovidio. Sobre su autor hipotético Valmiki casi nada se sabe más que el nombre.

Está compuesto por veinticuatro mil slokas ó sean dísticos, divididos en siete libros ó khandas. Estos son:

Adikhanda, el primer canto.

Ayodhykhanda, el canto de Ayodhya.

Aranyakhanda, el canto del Bosque.

Kishkindhyakhanda, el canto de la Gruta de Kishkindya.

Sundarakhanda, el canto de la Belleza.

Youddhakhanda, el canto del Combate.

Y *Abhyudayakhanda*, el canto de la salida del Sol esplendente, ó sea el canto final, *Uttarakhanda* en sánscrito.

El asunto es la conquista del Indostán por los Arios, en su primer período, y el recitado versa sobre el hecho real de la expedición de Rama al Sur de la India y especialmente á Ceilán, cuya última expedición remóntase á catorce siglos antes de J. C.

Pero este fondo histórico hállase velado bajo una espesa capa de alegorías, que lo hacen casi ininteligible.

Los actores son personificaciones de acontecimientos, de situaciones, de ideas, de tendencias ó de razas, que, á pesar de lo interminable del poema, se agrupan con una cierta unidad de acción.

Y todo esto viene encajado en un argumento sencillo, no menos obscuro por lo simbólico: Rama, el héroe divino, lucha y destruye á los Rakchasas, y arrasa su ciudad de Lanka, á fin de libertar á su esposa, la casta Sita, que el rey Ravana le robara.

Rama es la encarnación de la raza Aria. Los Rakchasas son los pueblos de raza inferior que antes habitaron la India. Sita es la India, el rey Ravana es el poder de las razas amarillas, y su ciudad imperial es Lanka, ó sea Ceilán.

en la Edad Media. La literatura vishnuíta es impotente para detener los efectos mortíferos del Sivaísmo y se limita á extender las ceremonias de su religión por las llanuras.

El Vishnuísmo y el Sivaísmo, hijos del desdoble del Brahmanismo, siguen esta ley de los organismos morales y materiales: cada vez se diferencian más; el uno tendiendo á la vida, el otro á la muerte; luego estas religiones del induísmo, cual el Proteo de la fábula, cambian, se funden, se confunden; órganos morales inferiores, obran como los físicos de su clase. Después la influencia islamita y la cristiana dan origen á sectas mixtas, y los Budistas cambian dogmas con los Mogoles y Transtibetanos. El divino pandemonium de la India es inmenso, los dioses se crean á millares, cada dios tiene su hipóstasis femenina, y cada hipóstasis su encarnación; luego son triadas, todos se triplican, se decuplan, se centuplican.

Y esta sucesiva superposición de entidades divinas no se hace de una manera aislada y súbita. Va preludiada, seguida y envuelta por una serie de divinidades intermedias, auxiliares unas, derivadas otras, que forman verdaderas clases, géneros y especies de sagrados mitos. Pueblo completamente envuelto por la Naturaleza, cuya contemplación le embargaba de continuo, al formular su literatura por el sistema mítico y personificador que le habían impuesto los Bracmanes, por fuerza debía de humanizar y zooformizar todas las fuerzas naturales, todas las causas determinantes de los fenómenos, y al igual que concediera espíritu ó sea fuerza consciente á todos los cuerpos, debía de darles también cuerpo á todas las fuerzas, ya que á todas como conscientes las consideraba. Así creó dioses, semidioses, santos, espíritus benéficos ó malignos; dióles forma de hipopótamo, de elefante, de cocodrilo, de león, de águila, de pavo real, de tortuga, de caimán, de pez, de pólipo; les mezcló los miembros, les multiplicó las cabezas, los brazos, las piernas; los adornó con flores, frutos, fuego, cráneos, cuchillos, dardos, estandartes, faroles, escudos, tamboriles, collares, vestidos deslumbradores, mitras y cetros; y los pintó de amarillo, azul, verde, rojo ó negro; y los doró, los plateó y los cubrió con una capa de arcilla, de betún ó de sangre, según quiso hacerles expresar odio ó amor, terror ó alegría, muerte ó vida.

Ahora, de las ideas de esta literatura pasemos á la forma bajo la cual se nos presenta, especialmente en el Teatro.

La literatura Inda, posterior ya al último de los *Vedas,* contemporánea de los cultos budistas y sectarios, es extraña y anormal. Puede afirmarse que la mayor parte de sus poemas y de sus dramas fueron escritos unos seis ó setecientos años antes de la Era cristiana, es decir, veinte siglos

después de las grandes epopeyas védicas, y se puede asegurar que su desarrollo coincidió con el de la literatura griega. Como en ella, la tragedia sale del santuario para entrar en el Teatro. Las representaciones líricas son raras como fiestas seculares. Los poetas sólo producen dos ó tres obras. Sesenta dramas y otros tantos poemas dramáticos componen el repertorio publicado por el sabio profesor Van der Brœcken, figurando entre las primeras las de Calidasa.

De esta literatura podríamos decir que el desarreglo es su regla. En un abrir y cerrar de ojos sus escenas pasan de la Tierra al Cielo. Y los monstruos, lo mismo que los animales y los seres humanos, intervienen en ella de la manera más imprevista. Los personajes hacen cien leguas de camino sin moverse de la escena. Sólo con gestos denotan la rapidez extraordinaria de su vertiginosa carrera en el espacio. Para desaparecer por completo se cubren con un velo. Y el personaje á quien el velo ha hecho desaparecer puede quedar visible para uno solo de los demás y hablar con él, sin que los otros oigan nada.

El genio indo ha designado á cada pasión, á cada sentimiento, un color determinado bajo la protección de una divinidad especial. El Amor, consagrado á Vishnú, es de un azul obscuro. La Alegría es blanca, y Rama el dios que impulsa sus expansiones. La Ternura es de color de rosa y pertenece á Rourda. El Furor es rojo y lo preside Sakra. El Heroísmo es gris perla y lo protege Varuna. El Asco, la Repugnancia, son de un azul pálido y tienen por origen Mahakala. La Admiración se presenta amarilla de oro y es la gloria del gran Brahma.

En cada acto del drama ó en cada pieza dramática un color predomina y lo invade todo. Así la escena se empavesa del color de la pasión que en ella predomina. Hay dramas Blancos, Oro, Encarnados, Azules, Morados, etc. La poética de la India bracmánica se convierte en la paleta de las pasiones.

El Teatro, en especial, no sólo es policromo, sino también poliglota. Los personajes principales hablan el sánscrito, la lengua sabia y sagrada, ininteligible al vulgo profano. La heroína se sirve del *prakrito,* lengua dulce y arrulladora, que es al sánscrito lo que el italiano al latín. Sus sirvientas y sus amigas hablan un dialecto menos puro. Los mercaderes, los soldados y demás gente subalterna no pueden emplear más que un *caló* grosero, que, según los oficios ú ocupaciones de los que lo hablan, se subdivide á su vez en diversas ramas. Todas ellas carecen de palabras para expresar ideas generales.

El régimen de las castas explica tales anomalías. Gracias á sus limitaciones, fijas, inmutables, el Çudra no debe comprender lo que dice el

Bracmán, ni el Cándala maldito puede intervenir en la conversación del Çudra. Así, en cada pieza, los espectadores no entienden más que los discursos de los personajes de su propia casta. El resto es sólo para ellos una pantomima que hay que descifrar. Parece un teatro abierto en plena Torre de Babel.

El drama, como el poema indo, reune todos los extremos y todos los contrastes. Lo mismo tienen catorce actos ó veinte cantos que se reducen á una escena ó á un solo ditirambo. Hay en ellos metros de cuatro sílabas, y versos desmesurados, colosales, como los reptiles de las primitivas épocas geológicas, que tenían colas de ciento cincuenta pies. Tan pronto es todo un pueblo de personajes el que se nos presenta, hablando cada uno de por sí, como es uno solo, un ventrílocuo que recita un monólogo con réplicas de lejanas voces. De un salto, esas composiciones pasan de la niñería más inocente al heroísmo más sublime ó á la astucia más refinada; de la consideración profunda saltan á la extravagancia más incoherente, y de ésta á la emoción sencilla ó á la desvergüenza descarada, cuando no caen en la locura delirante. Cogiendo el camino que nos aleja de un estado de ánimo, es como estamos más cerca de él. A través de mil antagonismos, el alma inda se nos presenta á la vez única y multiforme.

La parte fabulosa de tal literatura es inabordable por el estudio. Es tan difícil penetrar en ella como lo es al explorador europeo entrar en los bosques seculares del Himalaya. La atención más robusta se pierde en medio de las ficciones, como un elefante en la espesura de los bambúes y de las lianas. Entre la inteligencia europea y el alma inda se levantan cien millones de dioses monstruosos, cambiantes, multiformes, que se desvanecen para reaparecer transformados por una continua metamorfosis, lo cual hace que cuando uno cree haberlos cogido se le escapen como vanas sombras. En la India el análisis es tan difícil como el apostolado y la conquista. En cuanto uno abre un boquete en esa mitología para estudiarla, ve que ya se lo han tapado una serie de dioses proteicos, extraños y cambiantes. Pretender explicar estas mitologías colosales, aglomeradas por una serie de generaciones de fumadores de opio y de mascadores de *atchis*, es lo mismo que querer fijar las formas de las nubes acumuladas en el cielo en un día tempestuoso. La inteligencia queda desconcertada ante tal fecundidad delirante. La memoria se resiste á contener esos ejércitos innumerables de divinidades fantásticas, que se desdoblan, se decuplan, se centuplican, sin tregua ni medida, acabando por llegar al infinito. Ante la enormidad de sus maravillas y de sus prodigios la imaginación más fecunda retrocede. Una escena del *Samudrá Mathanam* representa á los dioses batiendo

el Océano, tal cual se hace con la leche al amasar la crema, para preparar así la bebida divina con la espuma de las olas que suben hasta la mansión celeste. En otro poema, una disputa estalla entre Indra, rey de los dioses, y su preceptor espiritual Visçvarcapa. Indra, lleno de furor, con su espada corta de un tajo las tres cabezas del Bracmán celeste, cuyo cuerpo, ardiendo en ira, se inflama, y del incendio surge un gigante más alto que las montañas y del color de una roca quemada por el fuego. Como un dardo flamígero atraviesa el Cielo y la Tierra, y su boca, más profunda que una caverna, engulle de un sorbo la atmósfera, cogiendo con los dientes, para devorarlos, los tres mundos, mientras con su lengua lame las estrellas, las empaña y las disminuye de volumen. Los dioses le atacan, lanzándole una nube de flechas; pero él las sorbe y se las traga como granos de arroz ó de trigo hervido. Para combatirle eficazmente es preciso que Indra haga afilar un rayo por la plegaria y las maceraciones de un *Gimnosofista.* Y luego lo lanza contra el terrible gigante, el cual es pulverizado, y de sus moléculas nacen millones de dioses diminutos que corren á llenar todos los poros del Universo. Cuando uno acaba de leer tales libros, los milagros más portentosos de las religiones monoteístas resultan pobres é inocentes.

En la India, la historia se ahoga en el mito. Ante el anillo de *Sandrococtus,* el de los Nibelungos es de una sencillez transparente. La existencia para el Indo no es más que un sueño, una pesadilla, un juego de apariencias efímeras, que se entrecruzan y agitan sobre la inmovilidad de la Nada. El Mundo es un teatro ilusorio; los seres, variaciones fugitivas de una substancia divina, que vuelven incesantemente para sufrir y morir bajo las mil y una formas de la transmigración metempsicósica. Nada empieza y nada acaba; la anulación es el bien supremo. ¿A qué medir el vacío? ¿A qué fijar las vicisitudes de un sueño infinito? Los hechos, las dinastías, los ejércitos, las civilizaciones, los pueblos, pasan como las oleadas de un Océano insondable; apenas han surgido se evaporan cual quimeras y se confunden en el seno del no ser eterno. Tal es la confusión panteística de la Filosofía Sakía que se halla en el fondo de estos dramas y de estos poemas.

La terrible Naturaleza, en la India tan ardiente para destruir como lo es para crear, inspira al hombre una indiferencia absoluta. Su lujo deslumbrador es sólo el tapiz que encubre un drama sangriento. Desde el insecto al tigre, el reino animal presenta el ejemplo del asesinato aplicado como ley á la inmensa escala de los seres. La vegetación, más deletérea que la farmacia de Locusta, destila mortales venenos. Una flor mata al que la huele; una espina da una puñalada al que la toca; la sombra de un árbol

deja sin vida al que á él se acerca; los bosques y los pantanos, caldeados por un sol abrasador y mojados ó engrosados por un diluvio periódico, elaboran en sus espesuras y profundidades epidemias exterminadoras. Y de esa mortalidad encarnizada, agravada por una morfología inconsistente y una metempsicosis perpetua, sale la idea de que la vida no es más que una ilusión dolorosa.

Por eso la muerte, ni en los poemas, ni en los dramas de la India, aparece como un elemento trágico. Careciendo de una virtud expiatoria, nada desenlazaría. Así Calidasa exclama en uno de sus dramas: *¡Que el todopoderoso Siva me libre de un segundo nacimiento!* En otras piezas las víctimas resucitan sólo para dar las gracias á sus matadores por haberles quitado la existencia.

La lucha del hombre para dominar sus pasiones ó para poner á su servicio la Naturaleza, que forma el alma de la literatura Europea, no se halla para nada en esa literatura inda. Sus héroes no son reales, no combaten; son fantasmas que hablan y se deslizan sin dejar rastro de sus pasos. La desgracia les encorva, como el viento á los juncos, arrancándoles sólo murmullos armoniosos. Son el juguete de acontecimientos, y los sufren, en lugar de resistirlos ó de dirigirlos. Sólo cantan sus visiones y divinizan su deseo.

No hay que buscar en la literatura inda esos caracteres variados, acentuados, originales, expresivos, que llenan nuestros dramas, nuestros poemas y nuestras novelas. El individuo no existe en este imperio de las castas y de las especies. Al nacer un ser humano, cae en el molde de la casta, la cual conforma su personalidad. A través de los siglos, un rey se parece á otro rey, un rajá á otro rajá, un Bracmán á otro Bracmán y un esclavo á otro, como se parecen entre sí las espigas ó las flores de loto.

Tampoco hay alegría cómica en tales composiciones. Solamente las atraviesan algunas ironías maquinales, algunos chistes melosos, entrecortando su monotonía pesimista. El bufón de la pieza no es un criado, un escudero, como en el teatro castellano; al contrario, es invariablemente un rajá, un Sancho Panza del cordón bracmánico, con una cola de vaca en la mano, que esgrime á la vez como látigo y como insignia. Es una especie de *Rigoletto* de la corte, que sigue al rey y rebaja su lirismo con sus salidas prosaicas; pero bajo su máscara jovial se transparenta siempre al sacerdote nihilista de Siva; su risa está siempre atenuada por un reto de muerte.

¿Qué le queda, pues, á esa literatura, se nos preguntará, á esos poemas y á ese Teatro desbordante de mitología desenfrenada, pero desprovisto de heroísmo, de vis cómica y de interés trágico?

Dos cosas que compensan estas lagunas: el sentimiento de la Naturaleza y la sublimidad del Amor. El paisaje y la mujer, profundamente sentidos, he aquí sus dos grandes atractivos, más superiormente sentidos que en nuestras literaturas modernas; esto es lo que da á la literatura postbracmánica un encanto de que carecen nuestras letras europeas.

CAPITULO VI

LOS PERSAS

LA LITERATURA RELIGIOSA ENTRE LOS PUEBLOS IRANIOS.—ZARATHUSTRA Y EL ZEND AVESTA.—EL BUNDAHESH

Después de la separación de los Arios orientales en Indos é Iranios, estos últimos quedaron probablemente unidos durante un cierto tiempo á la religión antigua Aria, y por tanto no tendrían literatura escrita propia, ni aun introduciéndose en ella elementos de los Turanios. Su literatura empieza con el Mazdeísmo ó Parsismo, que es una reforma atribuída por sus sectarios á Zarathustra (Zoroastro). No se conoce nada de positivo sobre la biografía de este reformador, cuya existencia misma ha sido puesta en duda por algunos, bien que la literatura antigua-persa nos haya transmitido un gran número de leyendas acerca de su nacimiento, su tentación y sus milagros. Se ha concluído de los más antiguos documentos escritos que la reforma religiosa fué de concierto con la introducción de la agricultura, de la explotación del hierro y de la vida sedentaria. Según la mayoría de los sabios, la lengua en que han sido compuestos esos documentos literarios pertenece al Este del Irán; la Bactriana, pues, habrá sido, en consecuencia, la cuna del Mazdeísmo, bien que fuera elevado luego, en el Imperio Persa, al rango de religión del estado á partir de Darío, hijo de Hystaspes, ó quizás en una época más antigua. Sin embargo, no se tienen pruebas absolutas de nada de esto. Nacido probablemente en el Irán septentrional, antes ó después del siglo VIII anterior á la Era cristiana, el Mazdeísmo se difundió después con las tribus Arias, por la Bactriana, por la Media meridional y por la Persia, donde, á lo que parece, en manos de la tribu sacerdotal, no Aria, de los Magos, pudo haber sufrido importantes modificaciones.

El estrecho parentesco del Parsismo con la antigua religión Aria, se manifiesta fuera de toda clase de dudas por la comparación con las religiones védica y bracmánica. Hang, y algunos otros han defendido la opinión de que el nacimiento del Mazdeísmo y de su literatura se remontaría á la

misma época que los antiguos *Vedas*, y que ambas literaturas religiosas provendrían de una escisión operada entre los adherentes de la religión antigua Aria. Las razones alegadas en favor de esta opinión parecen insuficientes á un examen profundo, no obstante de que son muy dignas ser tenidas en cuenta. De todos modos, la literatura Mazdeísta es muy posterior.

No hay acuerdo sobre la opinión de saber si Zarathustra debe ser considerado como un personaje mítico ó como un reformador real.


Darío I

De las inscripciones del tiempo de Darío I se desprende que el Mazdeísmo era ya la religión oficial de la Persia. Sus predecesores no nos han dejado inscripciones semejantes, salvo la corta inscripción funeraria de Ciro. Parece probable que ellos fueran también ya adoradores de Ahura-Mazda. Con todo, hasta Artajerjes Longimano, el Mazdeísmo de la Persia difiere notablemente de la religión que encontramos en los textos literarios del *Avesta*.

La designación cronológica del siglo VIII no es arbitraria. En las relaciones que los reyes Asirios dan de sus expediciones á la Media, sólo á partir del siglo VIII presentan nombres arios, y en el primer *Fargard* del *Vendidâd*, únicamente se habla de las regiones del Irán oriental y septentrional, y, á excepción de la ciudad médica de Ragha, ni la Media, ni la Persia son mencionadas. Esta tradición describe las comarcas creadas por Ahura-Mazda, lo que no puede significar otra cosa que las comarcas en que dominaba el Mazdeísmo. Así se desprende de esta literatura geográfica y cronológica, poco precisa.

Los Magos eran probablemente una tribu sacerdotal del Asia occidental, anterior á los Semitas como á los Arios, cuyo jefe, Rab-Mag, pertenecía á la corte de los reyes Babilonios.

La religión de Zarathustra nos es conocida principalmente: por el *Avesta (ó Zend Avesta)*, colección de escritos ó fragmentos compuestos en diferentes épocas, que no son sino los restos de una literatura anterior mucho más rica; y por el *Bundahesh*, obra de cosmogonía teológica en que la redacción, en lengua pehlevi, no es quizás anterior al siglo III de nuestra era, pero que ha conservado tradiciones mucho más remotas. El *Avesta*, ese monumento literario de los Persas primitivos, se divide en *Yzeshne*,

ó sea *Yaçna*, sacrificios, plegarias; *Vispered*, ó *Viçpe ratow*, que quiere decir todos los señores, glorificaciones dirigidas á las potencias superiores; y *Vendidâd*, ley dada contra los espíritus malignos, libro que contiene, además de tradiciones antiguas, las leyes morales y ceremoniales y las prescripciones relativas á la pureza. Estos tres libros, reunidos, y arreglados en cierto modo, constituyen el puro *Vendidâd* (*Vendidâd-sâde*), el libro de iglesia del Parsismo. Los *Yashts*, himnos del sacrificio, como algunos que se encuentran ya en los libros que acaban de ser nombrados, forman con algunos textos más cortos el pequeño *Avesta* (*Khordah Avesta*), y son verdaderamenre la parte más poética de la escritura santa. La mayor parte de estas obras están escritas en un mismo dialecto, diferente del antiguo persa de las inscripciones de los Aqueménides; una pequeña parte del *Yaçna* (capítulos 28 á 53), así como algunas antiguas plegarias, está compuesta en otro dialecto, y contiene los cinco *Gathâs* ó poemas religiosos líricos, y una obra en prosa, el *Yaçna*, de siete capítulos, ciertamente los más antiguos documentos del Parsismo (1).

El *Bundahesh* fué compuesto bajo el reinado de los Sasánidas, los restauradores del Parsismo, cuya dominación data del principio del siglo III antes de Jesucristo. La lengua del *Avesta* era ya por aquel entonces una lengua muerta. Pero es claro que los sabios que compusieron aquel libro emplearon en él antiguos documentos. El *Avesta*, sin exceptuar los *Yashts*, debe ser más antiguo; pero no es posible determinar con certeza la época del origen de los diferentes libros. Sólo se puede establecer una antigüedad relativa.

La teoría que se desprende de este libro, es esta:

Muy por encima de todos los seres celestes está situado Ahura-Mazda, el Señor ó Espíritu, todo sabiduría, que los más antiguos himnos ó textos, entre otros la confesión de fe, glorifican como el Creador y el Dios de la luz, de la pureza y de la verdad, el distribuidor de todos los dones de cualquier valor, y en primer lugar de la Vida, y el que merece la alabanza y la adoración más elevada. Ocupa el primer puesto en las inscripciones de los antiguos reyes persas de la raza de los Aqueménides, los cuales declaran que le deben su trono; y los restauradores del imperio y de la religión, los Sasánidas, rivalizan con ellos en el culto que le rinden. Con la extensión del mundo de los seres que son el objeto del culto, el homenaje que se le rinde crece todavía en vez de debilitarse. Se esfuerzan en in-

(1) El *Avesta* no es un libro único, sino una compilación. Los tres libros que forman el *Avesta*, el *Vendidâd-sâde* estaba escrito primitivamente en Zendo. Así como el *Yasht-sâde*, que también estaba en este lenguaje. Posteriormente fueron puestos en *pehlevi*. En cambio el *Bundahesh* está escrito ya todo él en *pehlevi*, lengua vulgar persa de la época de los Sasánidas, y es por tanto posterior con mucho á los otros dos libros.

FACSÍMILE DE UNA PÁGINA DEL *AVESTA* (1)

SACADO DEL MANUSCRITO QUE CONTIENE EL YASNA, Y SE CONSERVA EN COPENHAGUE *(Cód. K. V., folio* 40)

(1) Reducido del tamaño original, con permiso del consejero profesor Dr. L. N. Westergaard.

ventar para él los nombres más hermosos, y la idea que se han formado de él en los últimos tiempos es quizás la más alta de todas. La proclamación de este dios como el Dios Supremo, casi como el Dios Unico, es ciertamente el elemento nuevo y característico de la reforma de Zoroastro, cuyos adherentes se llaman también especialmente Mazdayacnan, adoradores de Mazda. Al identificarse el bien, Ahura-Mazda, con *Çpeñto-Manyas* que, según la doctrina pársica, existía desde el principio de todas las cosas, como acción eterna, por fuerza debió de personificarse el mal. Y sólo en un sistema muy posterior, *Zervan Akarana*, el tiempo sin límites, fué colocado encima de ambos.

Por encima de Ahura-Mazda aparecen seis espíritus superiores, con los cuales se completa el número de los siete santos inmortales (*Amesha çpeñta*). La concepción de los siete seres supremos pertenece al Arismo antiguo; pero el nuevo sistema eleva al uno bastante por encima de los otros é inserta nuevas figuras en la serie antigua. Cinco de estos *Amesha çpeñta* (*Amshas pands*) son, pues, en el origen de las ideas abstractas, poco personificados aún en los himnos más antiguos; los tres primeros: *Vohu manô,* el buen espíritu; *Asha vahista,* la mejor pureza, y *Kshathra vaïrya,* el imperio deseado, no son casi nada más que los atributos de Ahura-Mazda; los dos últimos, *Haurvatat* y *Ameretat,* abundancia ó salud, é inmortalidad, son las fuerzas eternas conferidas por Mazda. *Armaïti* solo, divinidad que pertenece al Arismo antiguo, ofrece una personalidad bien definida y significa tanto la sabiduría que protege y sostiene la Tierra, cuanto ella misma. Vohu manô se convierte en el genio que protege á los hombres y los recibe en su morada celeste, en la que extiende la creación de Ormazd; bastante más tarde, bajo el nombre corrompido de Bracmán se convierte en el soberano del imperio de los animales. Asha vahista, al mismo tiempo que genio de la pureza, es naturalmente el genio del fuego, el enemigo de la enfermedad y de la muerte, adversario de todos los malos espíritus, y, en consecuencia, estrechamente ligado á Atar, el fuego, el hijo de Ahura-Mazda. Kshathravaïrya se convierte prontamente en el genio, no solamente del reino, sino también de la riqueza, el soberano de los metales preciosos que enseña el buen empleo de ellos y castiga el derroche. Haurvatat y Ameretat son ya, en los *Gathas*, los dioses á la vez de la salud y de una larga vida, y de las aguas y de las plantas, y, en general, de la abundancia; están, por lo tanto, íntimamente ligados á Armaïti. Llegan gradualmente á ser considerados de una manera más precisa como los espíritus que proporcionan el alimento y la bebida, como los vencedores del hambre y de la sed.

Bajo el nombre general de Yazatas dignos de culto, se invocaba á

un gran número de espíritus, en parte añadidos á la mitología Aria, en parte propios al sistema zoroástrico. Las divinidades nombradas en primer lugar, demasiado profundamente enlazadas, según las semejanzas, en la fe popular, porque las nuevas concepciones más abstractas las podrían arruinar enteramente, no fueron clasificadas entre los Yazatas sin haber sufrido alguna modificación y haber sido subordinadas á Ahura-Mazda. Los principales son *Mitra*, el dios de la luz; *Naïryô Çanha*, el dios del fuego; *Apâm napât*, el dios del fuego que mora entre las aguas; *Haoma*,



Ahura Mazda

el dios del brebaje de la inmortalidad, y *Tistrya*, el genio de la canícula. La diosa de las aguas celestes y de la fertilidad, Anahita (en antiguo persa Anâhata), es de origen extranjero, Caldea. Cuando, bajo el reinado de Artajerjes Memnón, el culto de Mitra, mezclado con usos extranjeros, tomó un gran desarrollo, esta diosa fué también de un culto enteramente particular y adorada de un modo heterodoxo. El culto de estas dos divinidades se ha extendido á través del Asia occidental, hasta Europa, y, de una manera general, se ha propagado más que el de ningún otro dios de la antigüedad.

Los Yazatas, auténticamente zoroásticos, son todos, como la mayoría de los Amesha çpeñtas, ideas representadas bajo una forma personal, como resulta de sus nombres: *Rashnu razista*, la justicia más perfecta, *Dama*, la verdadera fe ó la ley, etc. Las antiguas oraciones fueron también elevadas al rango de espíritus, personales, análogos; y de la más famosa entre ellas, la oración Ahuna vaïrya, se hizo una especie de *Logos*, una palabra divina creadora. Pero la que ocupa el rango más elevado entre los Yazatas, es Çraosha, que se la ha puesto casi al nivel de los santos inmor-

tales. Es, como su nombre lo indica, una atrevida y bella personificación de la acción de escuchar, á la vez que de la invocación y la exaltación de las santas plegarias, de las máximas y de los himnos del sacrificio, y se convierte naturalmente en fundadora del sacrificio, en genio de la obediencia y de la vigilancia que combate los malos espíritus con las armas espirituales.

Es necesario distinguir á los Yazatas de los Fravashis, palabra con que se distingue á todos los arque-tipos divinos ó celestes de los seres vivientes, de los Yazatas y aun á los Amesha çpeñtas. Son tanto las almas de los difuntos cuanto los espíritus protectores de los vivos, creados antes de su nacimiento y subsistiendo después de su muerte; algunas veces no se les distingue de las estrellas. Esta doctrina, nacida de la concepción animista de la independencia de las almas ó espíritus y de su inmortalidad, y que se encuentra bajo otra forma en algunos pueblos antigüos, se ha desarrollado verdaderamente bajo la influencia de una religión indígena, entre los Iranios, y fué, con las modificaciones que le dieron un carácter más elevado, admitida desde el principio en el sistema de Zoroastro.

El Parsismo es decididamente dualista, no en el sentido de que admita dos divinidades hostiles—porque él no conoce ningún culto debido á los seres malvados y enseña la adoración únicamente de Ahura-Mazda y de los espíritus que le están subordinados,—sino en el sentido de dos imperios profundamente separados, el de la luz, de la verdad y de la pureza, y el de las tinieblas, de la mentira y de la impureza, que se han constituído en adversarios. Esta división se extiende al conjunto de la creación, orgánica é inorgánica, material y espiritual. En las alturas, en las esferas más elevadas, está el dominio de la supremacía ilimitada del Señor muy sabio: en las profundidades, en lo más hondo del abismo, el reino de su potente adversario; entre los dos está situado este mundo, teatro de su lucha mutua.

A la cabeza de los malos ó sombríos espíritus está situado Anro Maïnyus, el espíritu que ataca ó que hiere, el creador de todo lo que es impuro, tanto en el orden físico cuanto en el moral, y, en esta cualidad, el adversario de Ahura-Mazda. Debajo de él están los *daevas* (los devas del período Ario y Pre-ario), descendidos del rango de buenos al de malos espíritus. Estos daevas encierran también algunos dioses védicos; y de las creaciones puramente iranias, una de las últimas es Aeshma, la cólera, la cual es, si no la principal, al menos la más conocida. A su imperio pertenecen aún los Drujas (nominativo singülar *Drukus*), los mentirosos ó engañadores, especie de espíritus ó de monstruos femeninos que estaban ya clasificados en el número de espíritus malignos antes de que la elec-

ción fuese hecha para los daevas, y los Pairikas, también espíritus femeninos, que seducían á los fieles por su belleza. Esto data de una época más reciente en que fué introducida entre estos espíritus una cierta jerarquía, y que cada uno de los espíritus importantes, por ejemplo, cada uno de los Amesha çpeñtas, poseía un adversario determinado. El carácter de Anro Maïnyus es sencillamente el de oposición; crea, únicamente después que Ahura-Mazda ha creado, todo lo que pueda contrariar las buenas creaciones del primero.

Este dualismo domina igualmente que en la literatura en la cosmogonía, el culto y la concepción moral del universo de los adoradores de Mazda. Anro Maïnyus no se contenta con echar á perder todas las buenas creaciones de Ahura-Mazda con sus contracreaciones, sino que haciendo perecer los protoplastas de los hombres y de las bestias, introduce la muerte en el mundo, induce al pecado á los primeros hombres, y propaga igualmente los animales y las plantas perjudiciales. Por todas partes, pues, el hombre se ve rodeado de las obras del espíritu de las tinieblas y de sus legiones. El culto tiene por objeto proteger al fiel contra su influencia. Este culto es de una extrema simplicidad, sin imágenes y sin templos; el fuego, completamente puro, desempeña el principal papel; posee, en efecto, el poder, asociado á las formas mágicas sagradas y á los himnos que se cantan en los sacrificios, de contener la fuerza de los espíritus malignos y de purificar á los hombres de la mancilla de su contacto. La vida entera del creyente es una lucha continua contra el mal; lucha en la cual, como se encuentra generalmente en la antigüedad, existe poca diferencia entre el mal físico y el mal moral. La agricultura, así como los cuidados que se tengan con los animales y las plantas puras, son también poderosos medios para disminuir el reino de la impureza. Y el amor de la verdad, la vigilancia y la actividad son igualmente armas victoriosas en este combate.

Las atenciones para con los cadáveres y las concepciones relativas á la suerte de los difuntos y al porvenir del Mundo, corresponden á estas ideas fundamentales. Aun estando muy puros el fuego, la tierra y el agua, los cadáveres no deben ser quemados, ni enterrados, ni arrojados al río; se les expone sobre montículos artificiales ó en torres destinadas á este uso (*dakhmas*), con objeto de que sean devorados por las aves de rapiña. Después de la muerte, el alma de los difuntos debe atravesar el puente *Cinvat*. Este puente se vuelve muy estrecho para los malos, que caen y son precipitados en el mundo inferior (*Duzakh*), para ser atormentados por los espíritus malignos. Mientras tanto, Çraosha y Vohu manô guían á los buenos á la morada del canto (*Garodemana*), albergue de Ahura-Mazda y de los santos. Sin embargo, ni la alegría del Cielo ni las torturas del In-

fierno son eternas. La soberanía de Anro Maïnyus debe ser un día anonadada. Tres mil años después de Zoroastro, precedido de dos precursores, el Salvador misterioso (*Çaoshyac Verethragna*) debe nacer de una manera sobrenatural. La lucha alcanzará su más alto grado de intensidad. Todo arderá en el fuego, pero únicamente sentirán su efecto los malvados; los buenos no experimentarán más que una agradable sensación de calor. Así todas las criaturas serán purificadas, los malos espíritus extinguidos, la Tierra renovada, y el reinado, desde entonces ilimitado, de Ahura-Mazda, empezará para no terminar.

Bastantes de los rasgos distintivos del Parsismo no pueden ser derivados más que parcialmente de la doctrina religiosa vieja-aria y de su culto. La doctrina de los Favashis y toda la doctrina de los espíritus con su dualismo llevado sin vacilación hasta el extremo, la cosmogonía, el homenaje particular rendido al fuego, algunos usos relativos á las ofrendas y algunas otras concepciones aún, nos recuerdan la literatura de los Sumirs y de los Akkads, los cuales estaban tan estrechamente aliados á los habitantes antiguos de la Media y del Irán. Es, pues, probable que la religión de Zoroastro, sobre todo en su desenvolvimiento posterior, haya tomado su forma bajo la influencia de la religión antigua de los Medos; la religión Caldea puede también haber proporcionado el uno ó el otro elemento á los Arios, Medos ó Persas; porque, ya anteriormente á su establecimiento en Media y en Persia, los Asirios habían sometido á su dominio una gran parte del Irán. Algunas otras particularidades pueden haber sido prestadas á sus orígenes. Pero el espíritu Ario ha trabajado de una manera tan independiente todos estos elementos extranjeros y ha resultado de esta mezcla una religión tan compacta, que sus creencias sencillas, su moral pura y práctica, garantizan de las extravagancias de las comuniones hermanas de la India, al mismo tiempo que da á los suyos una existencia activa. El clima menos voluptuoso del Irán y el carácter de la nación pueden haber contribuído á este resultado; pero por otra parte, hay que atribuir este gran desarrollo, y sobre todo la concepción monoteísta de la divinidad, á la predicación de un reformador, ó al menos á un pequeño grupo de pensadores que modelarían estas tendencias con sus escritos.

Languideciendo, á partir de la conquista Griega, el Mazdeísmo fué restablecido con ostentación por los Sasánidas, en el siglo III de la Era cristiana, pero sucumbió finalmente ante las violencias de Islam. Llevó después aún una miserable existencia en dos ó tres distritos de Persia; pero continuó floreciendo y prosperando entre los Parsis emigrados en la India y aun allí mismo hoy día no parece incapaz de reformas.

Vamos á dar ahora una idea de la literatura del *Bundahesh*, que es el

libro religioso de los Sasánidas. Así transcribiremos el capítulo de la lucha entre Ormuzd y Anromanyus:

«Ahura-Mazda sabía la existencia de Arimán. Sabía que éste producía el mal en la creación y hasta la fin de las cosas. Así creó seres necesarios, los cuales durante tres mil años estuvieron únicamente en las regiones espirituales, incorruptibles, inmóviles, inaccesibles.

»Arimán, que en su ignorancia no estaba enterado de la existencia de Ormuzd, saltó de los abismos y entró en la luz. Así que vió la luz de Ormuzd, lanzóse con rabia para destruirla, y, cuando advirtió su fuerza huyó á la obscuridad de las tinieblas, y allí creó á los demonios, criaturas de *mentira* y al frente de ellos se lanzó á la lucha (1).

»Ormuzd descendió y le ofreció la paz, Arimán le creyó impotente y no quiso aceptarla. Ormuzd entonces recitó las ventiuna palabras de Ahima Vrgria. Al primer tercio del discurso, Arimán se retorcía de terror, al segundo cayó de rodillas, al tercero volvióse á las tinieblas y permaneció allí, perturbado durante tres mil años. Y durante esta perturbación, Ormuzd dió forma al Mundo.

»Los demonios fueron á decirle á Arimán: «Levántate, que vamos á hacer la guerra á Ormuzd y al Mundo,» y al cabo de repetidas solicitudes, se levantó, y á la cabeza de los demonios, marchó contra las luces, miró al Cielo, y los demonios desparramaron en él la congoja. Tomó un tercio de él, y cual una serpiente saltó á la Tierra, la agujereó, penetró en ella, hizo las plantas ponzoñosas, los animales dañinos, la obscuridad. Creó la enfermedad y el dolor, el hambre y las necesidades. Al fuego mezclóle el humo para obscurecerlo (2).

»Los planetas obscuros, empujados por los demonios, vinieron á chocar contra las brillantes estrellas fijas, para perforar el Cielo y penetrar en él, y la Creación entera se obscureció. Durante noventa días y noventa noches los celestes Izeds lucharon en el mundo con Arimán y sus demonios; por fin la victoria quedó por Ahura, y los Izeds los precipitaron en los infiernos, por el mismo agujero que Arimán perforó en el centro de la Tierra. Él está rodeado de una muralla para precaverse de sus ataques (3). Desde entonces hace la guerra á la creación buena por medio de la creación malvada, y Ormuzd lucha en pro de la primera contra la segunda (4).»

Tal es la última de las leyendas literarias de la Persia Mazdeísta.

(1) *Bundahesh*, 2, 10-c. 90
(2) *Bundahesh*, t. 13 sq.
(3) *Bundahesh*, 11, 9 sq.
(4) En toda esta leyenda encuéntranse trozos de manifiesto antropomorfismo; pero hay que advertir que ésta está sacada del *Bundahesh*, libro escrito ya en pehlevi en la época de los Sasánidas, y por lo tanto posterior á los libros zendas.

CAPITULO VII

LA POESÍA ÁRABE ANTEISLAMITA.—NÁBIGA

Desconócese casi por completo lo que puede haber sido la poesía y la literatura árabe en los primitivos tiempos en que predominban en el Asia los grandes imperios Babilónicos. En esta época, apenas diferenciados de los Beni-Israel, es probable que sólo tuvieran una poesía oral, sin escritura fija, y que toda su ciencia se redujera á algunos proverbios. Los poetas verdaderos, grandiosos, magníficos, exuberantes, sólo se manifiestan en una época anterior de algunos siglos al Islamismo, contemporánea de los primeros tiempos del Imperio de Bizancio. Los investigadores modernos han descubierto seis, de entre los cuales sobresale un poeta nómada, que marchaba con los ejércitos y que estaba, sólo temporalmente, en las cortes, ó en las ciudades. Este es Nábiga.

La historia solitaria de las vastas llanuras de arena, las carreras en el desierto sobre blancos camellos cubiertos con sillas rojas, la caza de grandes manadas de avestruces, de toros de larga cola y de vacas salvajes, las luchas de los caballos de raza, rápidos como flechas, graciosos como flexibles lanzas, la peregrinación durante los meses sagrados, la guerra y el pillaje á cada primavera, el tiro de arco, el juego y las largas orgías, especialmente en las noches de batalla, cuando los poetas ó los rapsodas de la tribu cantan sus más bellos versos, cuando los guerreros deponiendo bajo las tiendas las finas cotas de malla, los cascos, las rodelas y las espadas, se tienden sobre ricos tapices ó sobre pieles, cubriéndose con sus franjeados albornoces, cuando las copas están llenas, no de agua recogida en las cisternas, sino de vino de Bosra, que traen los camellos del mercado de Sokmân, en sólidas ánforas: he aquí el mundo heroico y bárbaro, ebrio con la encantadora embriaguez del adolescente que se encanta con sus sueños y se levanta como un dios delante de la Naturaleza; he aquí el pueblo exuberante de vida, brincando como un caballo joven bajo el aguijón de la sangre y de la carne, no obedeciendo á ningún yugo, desenfrenado en sus odios ó en sus amores, insolente en los días de victoria, rechinando los dientes en la derrota; he aquí el medio trágico y salvaje de donde

salieron los grandes poetas de las tribus de la Arabia central, poetas paganos de un pueblo pagano, que cantaron sus canciones de amor y de batalla, antes de la fanática predicación monoteísta del Profeta. Nábiga, el que mejor representa esta época, fué un árabe beduíno de la tribu de los Banú Dhobyân.

De los seis poetas anteriores al islamismo, Imrououlkeis ha sido publicado y traducido por M. de Slane, Alkama por M. Socín, y Antara, en parte al menos, por M. Thorbecke. Al darnos á conocer M. Hartwig Derenbourg «El diván» (1), de Nábiga, ha hecho tanto como el primero para ayudarnos á penetrar en la vida intelectual, política y religiosa de la Arabia anterior al siglo VI. Todos esos cantos de amor y de batalla, de una fuerza y de una originalidad incomparables, todos esos poemas graciosos ó terribles, suaves idilios del desierto ó gritos de guerra de las tribus, todos esos *kasidas* de una elegancia de forma y de una delicadeza de sentimientos tan refinada, no son, no obstante, más que un débil eco, á veces poco fiel, de esos bellos días del paganismo árabe en que se vivía tan bien, en la alegre independencia del hombre libre, del nómada sin fe ni ley, que gozaba de la hora que pasa sin que abrumara su conciencia el peso terrible de ningún dios omnipotente.

Los graves musulmanes que recogieron esos cantos, largo tiempo confiados á la memoria de los rapsodas, los copistas fanáticos que los fijaron por la escritura, los gramáticos ortodoxos que guardaron los textos y los comentaron, han tratado evidentemente esos documentos paganos como los redactores posteriores de nuestros libros santos han tratado ciertas obras de la literatura hebraica. Pero ni los unos ni los otros han podido borrar todas las huellas del pasado de su nación, quedando hoy lo bastante para reconstruir el edificio de aquella literatura pasada. El lingüista y el filólogo no son los únicos en disgustarse por no poderse remontar al texto primitivo de los poetas árabes anteislámicos; el historiador de las costumbres, de la religión y de la literatura experimenta aquí una decepción del mismo género.

Sin embargo, es necesario guardarse de exagerar el sentimiento de desconfianza que despierta en nosotros el modo de transmisión, de redacción y de compilación de los diversos *mohallakât*. Así, cuando se conoce el carácter poco devoto, casi ateo, del árabe nómada, ¿cómo extrañarse de encontrar tan pocas alusiones á los cultos paganos de la Arabia? La lengua de los Semitas, que demuestra su indigente pobreza, ó si se quiere, la extrema simplicidad de las ideas y de los sentimientos de la raza, no ha

(1) *Le Diwán de Nábiga Dhobyani,* publicado por primera vez, seguido de una traducción francesa y precedido de una introducción histórica por M. Hartwig Derenbourg.

creado tantos mitos como los idiomas arios. El siglo VI fué para la Arabia una época heroica, pero que en nada se parece á las épocas análogas de nuestra raza. ¿Cuál es el medio de recoger las producciones á menudo ligeras y libertinas de los poetas árabes de ese tiempo, verdadera literatura de escépticos y de epicúreos, de epopeyas homéricas ó de canciones de nuestra Edad Media? El Semita no ha nacido viejo, vulgar ó razonable como el Chino ó el Egipcio, pues sólo al fin ha llegado á adquirir una sabiduría llena de sentido, un poco limitada y terrenal, ingenuamente egoísta y sensual, tal como nos la presentan los libros de proverbios de los Hebreos, y esto aun tarde. La raza semítica no ha tenido jamás filosofía más elevada. La edad heroica de sus diversas familias, contra lo que se cree, ha estado más bien marcada por el desbordamiento de los sentidos que por el de la imaginación. Mientras el Ario creaba la mitología, la epopeya y la metafísica, el Semita despertaba la voluptuosidad en su corazón languidecido, enervado de placeres, por algún canto lascivo como el *Cantar de los Cantares,* ó por las poesías del harén, como estos versos de Nábiga:

«... Ella ha mirado con la pupila de una joven gacela aprisionada, de tez bronceada, de pupilas negras, adornada con un collar.

»Una hilera de perlas adorna su pecho, el oro refleja allí su luz como un tizón encendido.

»Su cuerpo, frotado con azafrán, parece un ondulado manto amarillo; su talle es perfecto, se diría una rama ligeramente encorvada por su altura;

»Su vientre tiene hoyuelos de graciosos pliegues, y su garganta se eleva majestuosa por encima de unos pechos duros;

»Sus caderas son lisas, sus muslos llenos, su piel fina y flexible.

»Se ha levantado, ha aparecido entre las dos puntas de un velo, como el Sol los días que brilla en la constelación de Sad...

»Sin querer, deja caer su velo; después prueba de recogerlo, y se tapa de nuevo con su transparente manto,

»Con una mano delicada, cuyos dedos parecen ramitas del *anam*, que se pueden atar, tan flexibles son.

»Te expresa con la mirada un deseo que no puede satisfacer, como la enferma cuando interroga la fisonomía de los visitantes.

»Sus labios, semejantes á las dos plumas delanteras de la paloma de Eïka, enseñan sus dientes de nieve engastados en las encías teñidas de sangre.

»Se la tomaría por la parietaria, en la mañana, después que la lluvia ha cesado, cuando su tallo está ya seco en la parte alta y húmedo en el pie.

»El príncipe afirma que su boca es fresca, que es dulce recibir un beso de ella, que enciende el deseo de abrevarse en sus labios.

»El príncipe lo afirma, pero yo no he gustado lo dulce que es recibir un beso de ella. Si por fortuna lo probara, diría: «¡Más!»

»El príncipe lo afirma, pero yo no he gustado ese beso que cura, con su saliva perfumada, al que está rendido, al que tiene sed.

»Las doncellas han cogido su collar para ensartar perlas que se suceden sin romper la armonía.

»Si se presentase ante un asceta de blancos cabellos, de los que sirven á Dios con su abstinencia y sus plegarias,

»Quedaría fascinado por su vista y el encanto de su lenguaje, y entonces comprendería que seguiría las vías de Dios, en el mismo instante en que las abandonase;

»Cuando la tocas, tocas á manos llenas un cuerpo sólido, ancho, que se expansiona tal como debe.

»Cuando intentas el ataque, tropiezas con una altura cuyas formas redondeadas están cubiertas de perfumes;

»Cuando te retiras, te retiras de un delicioso desfiladero con el esfuerzo de un adolescente que maneja una cuerda sólidamente torcida.

»Nunca el que desciende para abrevarse en ella sube más, y cuando sube, no busca jamás otro abrevadero.»

Entre las tribus de beduínos de la Arabia central que combatían en los ejércitos de Hira y tomaban su parte de botín, estaban los Banú. ¿Cuándo vino Nábiga, hijo de esta tribu, á la corte de los reyes Arabes? No se sabe. «¡Ir hacia Irak!,» pronunciaban con horror los nómadas, así como «abandonar el desierto para habitar la ciudad.» Porque el desierto, opuesto á la ciudad, ha sido siempre considerado por los Arabes como una escuela de aticismo, de bello lenguaje y de grandes maneras. El talento poético no se desarrollaba más que en él con toda su fuerza y toda su gracia. Los Arabes de las ciudades iban al desierto como los Romanos á Atenas. La cultura más noble y más elegante de que un Arabe fuese capaz, se albergaba bajo la tienda. Y en efecto, los poetas de las ciudades, de la Meca, de Medina ó de Hira, no han tenido el genio de los poetas beduínos del mismo siglo.

Nábiga parece, á partir de cierta época, no estar más que cortas temporadas con su tribu. Como todos los vencedores de los torneos poéticos, de las «luchas de gloria,» que cada año se celebraban en la gran feria de la Arabia, bajo las palmeras de Okazh, á tres días de la Meca, Nábiga estaba seguro de encontrar una espléndida hospitalidad en la corte de los reyes árabes del Norte. «Yo soy de esos, ha dicho él, que no alaban más que á los príncipes.» Colmado de presentes por muchas generaciones de reyes, vasos de oro y de plata cubrían su mesa. Su copa estaba siempre

llena. En sus cuadras se contaban por centenares los caballos y los camellos. Estaba servido por jóvenes esclavas «levantando con los pies sus mantos, refrescados por el sueño de mediodía, parecidas á gacelas del desierto.» Cayó en desgracia en la corte de Hira y se refugió en la de los reyes de Ghassân, vasallos del imperio de Bizancio, siempre en guerra con los Sasánidas y sus aliados.

Como Imrououlkeis y Antara, Nábiga era una especie de poeta caballeresco que debía manejar mejor la espada y la lanza que el cálamo. Pero no hay que asimilarlo demasiado á nuestros paladines de Occidente, que, como Ulrich de Utten, fueron caballeros errantes muy letrados. No hay que buscar en la Arabia en particular y en los pueblos semíticos en general, nada que responda exactamente á los períodos mítico, heroico y bárbaro de las diversas familias de la raza Aria. No se debe esperar de Nábiga esos sentimientos sublimes propios de nuestra edad caballeresca. La lealtad, la abnegación absoluta y desinteresada, el culto de un ideal moral muy elevado, no son cosas semíticas ciertamente. Si la perfidia de los Sirios era proverbial en todo el Oriente como en Grecia y en Roma, la maldad de los Banú Dhobyân era bien conocida de los Arabes. El egoísmo, la violencia, la astucia, la sequedad de corazón y la esterilidad de inteligencia son además los rasgos generales y característicos del grupo étnico al cual pertenece nuestro poeta. El príncipe que le acogía y le enriquecía era siempre el más grande de los reyes. La máxima «no hay otra religión más que la de los reyes,» no es una hipérbole poética y oriental para Nábiga. ¿Por qué? Porque los reyes poseen mucho oro, bellas armas, caballos magníficos, perfumes y telas sin número. Oigámosle celebrar á Nomán ben Moundhir, rey de Hira, que ha comparado al rey Salomón, y á quien su dios ha dicho: «Levántate en medio de las criaturas y líbralas del error; aprisiona á los demonios, á los cuales yo había permitido construir Tadmor con baldosas y columnas.»

«Nunca el Éufrates, cuando el soplo agitado de los vientos, lanza sus olas en espumas sobre sus orillas,

»Y cuando engrosado por todos los torrentes que se desbordan con estruendo, arrastrando los arbustos y las ramas,

»Cuando el marino espantado abandona el timón, después de muchas horas de sufrimientos y de angustias,

Nunca es más grandioso Nomán que cuando difunde sus liberalidades, sin que las de hoy perjudiquen á las de mañana.»

En la corte de Ghassân, es decir, entre los mortales enemigos de los

reyes de Hira y de su propia tribu, prorrumpe en cantos no menos magníficos para alabar el valor de los Sirios, la potencia de los Amr ben Arith y de los suyos, cuyos beneficios «no pican como las colas de los escorpiones.» Celebra la famosa *jornada de Halimá*, en la que el viejo rey de Hira, Moundhir III, cayó bajo los golpes del príncipe Ghassanida Hârith el Aradj.

«Déjame Omeina, al cuidado que me aniquila; déjame á los tormentos de una noche cuyas estrellas avanzan lentamente,

»Y que se ha prolongado hasta el punto de que yo he dicho: «Esta noche parece que no acabará. ¿Es que el pastor de las estrellas no reentrará hoy con su luminoso rebaño?»

»Déjame Omeina, solo con mi corazón, en el cual la noche ha hecho entrar los cuidados que se habían alejado, y la tristeza se me ha doblado.

»¡Cuantes veces Amr y antes que él su padre, han difundido sobre mí sus beneficios, que no pican como las colas de escorpiones!

»Yo lo juro (y mi juramento no admite reticencias), yo lo juro, y toda mi ciencia reposa sobre la buena opinión que yo tengo de mi maestro;

»También es verdad que él tiene dos tumbas de familia, una en Djillik y la otra en Seidá, cerca de Arib;

»También es verdad que él desciende de Harit el Djafnite, el jefe de su raza, y cierto que no dejará de atacar con su ejército la residencia de su adversario.

»Yo tengo fe en su victoria, puesto que se ha dicho que los ejércitos de Ghassân, sin mezcla, se han puesto en marcha.

»Sus más próximos parientes y Amr ben Amir, he aquí los hombres cuyo valor no miente.

»Cuando partan con sus tropas, se verá volar sobre sus cabezas bandadas de aves, mostrando el camino á las otras bandadas;

»Ellas les acompañan y se lanzan cuando ellos se lanzan; aman la vista de la sangre y son aguerridas.

»Míralas cómo están allá, detrás de los combatientes, atisbando, con los ojos fijos, inmóviles como los viejos en sus mantos de piel de cabra.

»Inclinadas sobre el campo de batalla, tienen la certidumbre de que la tribu de Ghassâ será la primera en darles carne, cuando los dos ejércitos estén el uno enfrente del otro.

»Es que están habituados á estos pueblos y han reconocido las lanzas de Khalt atravesadas sobre los cuellos de las monturas.

»Endurecidos en la lucha, guardan su continente severo, á pesar de las heridas sangrientas ó cerradas por una costra.

»Cuando los guerreros son llamados para combatir, corren todos á la muerte cual camellos jóvenes y vivarachos;

»Reparten á diestro y siniestro golpes mortales; en sus manos tienen espadas relampagueantes con puntas aceradas.

»No hay casco que en la lucha no vuele hecho pedazos unido á los cartílagos arrancados de debajo de las cejas.

»Nada puede reprochárseles, sino que sus espadas estén melladas por el choque de los golpes.

»Transmitidas como una herencia desde el día de Halimâ á este día, han sido experimentadas en toda ocasión;

»Atraviesan las lorigas *salukitas* de dobles mallas, y fulminan sobre la roca la chispa, como la de Elhubalrib:

»Descargan golpes de punta y de tajo que separan las cabezas de sus troncos y hacen manar la sangre como la orina de las camellas preñadas cuando se defienden de sus machos á pares de coces...»

Exalta á Nomán, un Ghassanida también, que había caído como el águila sobre la tribu, los rebaños y las casas de los Banú Dhobyân, en Dhât-Elmarâw. Nos enseña las cautivas, entre las cuales se halla su esposa, bellas como las vacas del desierto. Encadenadas por los puños con clavijas en anillas de hierro, que muerden la piel, se esfuerzan en ocultar sus lujuriosos pechos parecidos á granadas. El poeta hace uso, es verdad, de su influencia con los vencedores para libertar á los suyos, y protesta de que ha permanecido fiel á los Banú Dhobyân aunque sirva á sus contrarios.

Nábiga, ante todo, es un poeta, un artista, prendado de todo lo que brilla á los ojos y suena bien á los oídos. Deja caer sus rimas una á una como las perlas de un collar en una copa de bronce. Lo demás no existe para él. «Nábiga no va á ningún fin,» dicen los Arabes. Tiene para todo lo que no es arte, la suprema indiferencia de los grandes artistas. La incapacidad en que se encuentran estos espíritus de interesarse por las otras cosas que son la preocupación de los demás hombres, es, como se sabe, un eterno asunto de asombro para el vulgo. Y no hay allí nada que no sea muy natural. La enorme vegetación de tal ó cual familia de ideas que supone un desarrollo eminente de un orden cualquiera de facultades intelectuales, ahoga en cierto modo bajo sus espesas ramas los otros brotes de ideas, detiene su crecimiento y los impide florecer. Se necesita un cerebro genial para hacer verdadero arte, y tener un fin, una idea, un objetivo elevado. ¿Qué poeta, si no es ya un talento superhumano, no dará todos los libros santos de todas las religiones, los códigos de todos los pueblos y todas las ideas filosóficas y generales por un solo soneto sin

defectos, qué digo, por dos rimas nuevas? Los Eskilos y los Aristófanes no abundan.

Oigamos á Nábiga.

Los guerreros marchan al combate. ¿Cuáles? Poco le importa. Es suficiente que él los vea correr al encuentro de la muerte como jóvenes camellos retozones, las narices abiertas, en un torbellino retumbante de cotas y de espadas centelleantes, rápidos como *Djiums,* brillantes como el rayo que fulmina la saeta de fuego que todo lo parte; para él es suficiente que los héroes se asesten buenos golpes y buenos cintarazos, que la sangre brote, que los cascos vuelen en pedazos, y que las cabezas, los pies, las manos, yaciendo sobre la arena húmeda y sobre las piedras enrojecidas del campo de batalla, atraigan, venida la noche, las hienas de brillantes ojos. ¿Quiénes eran esos guerreros, á los cuales, ávidos de sangre, seguían bandadas de aves en el desierto como una nube sombría? Otro golpe todavía; no importa. ¿El combate fué *bello?* No le pidáis más á este poeta. Nábiga no ha permanecido entre los ancianos, inmóviles en sus mantos de piel de cabra. Ha blandido su lanza y se ha lanzado en medio de la refriega, ebrio de la gran poesía de las batallas, combatiendo por combatir, ¡por puro arte!

«Pero he aquí que Nomán ha arrastrado tras de sí las nobles monturas del Djanlán, que desafían los calores del verano, y asimismo las monturas cuyos cascos resuenan cuando se las echa hacia adelante, y las que estaban holgando;

»Hasta aquellas que habían pedido un asilo entre los hombres de Milh, donde gozaban por la primera vez las delicias de un sueño no interrumpido por las correrías nocturnas,

»Sudan como esos grandes odres que se amarran con cuerdas después de haberlos llenado, dejando filtrar un agua que jamás se bebe.

»Su cuerpo esbelto las hace asemejar, cuando trotan al impulso de las riendas, á los avestruces machos, cuyas piernas encarnadas, tienen cubiertas las extremidades con un ligero vello.

»Sus caballeros, el pelo en desorden, las narices ensanchadas, encienden la guerra por todas partes, así los jóvenes como los viejos.

»No hay reposo para Hisú; sin cesar le desvelan los gritos de una tribu que acaba de ser despojada á las orillas del Amrâr.

»Ahora vense manadas de camellos, acampados en inmenso número cerca de la cruz elevada en el Zaura.

»Puesto que has escapado por favor divino al peligro que te amenazaba, busca un refugio, ó Jazara, en las montañas, y en las llanuras de negras piedras; y no vayas al encuentro de la desgracia como lo han hecho los

Banú Asad; pues el enemigo ha lanzado sobre ellos sus terribles avalanchas.

»Nadie ha sobrevivido sino los fugitivos, cuya salvación tampoco estaba segura, ó los prisioneros, amarrados con correas y despojados de sus armas;

»Y las nobles mujeres, bellas como las vacas del desierto, encadenadas de pies y manos,

»Llamaban á los Banú Knein en su auxilio, cuando sentían que el hierro se les metía en la carne!»

¿Qué esperar de esta alma fogosa en una sociedad que, sin ser tan complicada como la de Bizancio, aspiraba, sin embargo, á cierto orden? ¿Cómo se portaría con las gentes de las ciudades, ese vencedor en los torneos poéticos de Okazh, ese nómada alucinado, que siente flotar en torno suyo mundos de formas y de ritmas? ¿Quién le despertará á tiempo, quién le impedirá que se extravíe en el vergel del vecino?

Nábiga no tuvo escrúpulos en amar á la sultana favorita del rey Nomán, su bienhechor. El traductor del *diván* de este poeta se toma el trabajo de excusarlo, atribuyendo esta versión á una calumnia.

En medio de esta enorme fermentación de los espíritus, que precedió y siguió al advenimiento del Islam, cesó Nábiga de vivir, sin duda feliz y rodeado de hijos. Verdad es que una tradición afirma que erró loco por el Iemen, muriendo allí. De todos modos él resume y concentra, él, el más brillante de todos, poniéndola de relieve, el alma árabe en esta época que precedió al Islamismo, época en que el Arabe, pagano, y adorador libre de la Naturaleza, dejaba correr sus pasiones no comprimidas ó encaminadas á un fin religioso dogmático, como sucedió después de la predicación de Mahoma. Este mismo, para dominar esa explosión magnífica de vida en su pueblo, tuvo que hacerle la concesión de la poligamia, y atenuarla suprimiéndole la carne de cerdo y el vino.

CAPITULO VIII

LOS BENI-ISRAEL

SU LITERATURA PREBÍBLICA.—RELATOS PATRIARCALES Y CANTOS HEROICOS

En las civilizaciones muy antiguas sucede que lo más intelectual, lo más literario de ellas, nos llega sólo por compilaciones posteriores, pues en la época en que se produjo se daba poca importancia á la escritura, y no se escribía lo que todos guardaban presente en su memoria. En cuanto la recopilación escrita aparece, no se le da importancia, y sólo la va tomando más tarde cuando las generaciones posteriores no se acuerdan ya de las tradiciones primitivas. Así pasó en Israel, como pasó en la India en la época védica, en Grecia en la homérica, y en los pueblos Escandinavos.

Las primitivas tradiciones israelitas eran de diversas clases; en lontananza flotaban los relatos de origen babilónico, que los Hebreos habían aprendido en sus excursiones, con los lejanos recuerdos de Our Casdim combinados con los de un antepasado lejano que dió origen á su raza, Abraham (el *alto padre*), y anterior á éste la tradición de un padre común del género humano. Venía después la biografía anecdótica de otros dos patriarcas, Isaac y Jacob, con sus hijos, y en particular del legendario casto José, que pasó aventuras novelescas en el palacio de unos altos dignatarios de Egipto. La imaginación pastoral primitiva de los Beni-Israel agrupó en torno de estos nombres todo su encanto y su poesía. Las etimologías que se establecieron sobre los nombres de estas familias primitivas fueron fantásticas. Las grutas, los pozos, los altares, los montículos pedregosos, las llanuras, los árboles que había en el país, todo tenía su nombre y de cada uno de estos nombres nació una leyenda y un mito. Al empezar su historia el pueblo de Israel ya es el pueblo del Verbo por excelencia.

Por su color, las tradiciones tenían un carácter capital: la vida nómada tal como continuó en los Kénitas, los Zerahmelitas, los Beni-Queden ó Sarracenos. Allí es donde más tarde el autor del libro de Job se inspira para su hermoso poema. Hoy por hoy puede afirmarse que este documen-

to justificativo de la historia patriarcal existe todavía, pues la vida nómada del desierto presenta aún las mismas fases.

La verdadera historia de Israel puede decirse que empieza sólo un poco antes de entrar en Egipto, al pasar el Pueblo Israelita de su creencia eloísta á la jeovista, á la aparición del legendario Moisés, al considerar un milagro de Jehovah su subsistencia en el desierto y su salida de la cautividad; y donde estos recuerdos se concretan es al haber atravesado el desierto y aproximarse al país de Canaán.

De todo esto resultaron dos grandes compilaciones que han sido consideradas como un solo libro. La una fué una especie de historia patriarcal que fué absorbida luego por otros escritos posteriores, eloísta aún, en su principio.

Encuéntrase ya en ella, no obstante, la preferencia de Iahveh por Israel, pero á Dios se le llama aún comúnmente Ha-eloim, revelando esta palabra su origen plural. Y los reyes por él elegidos eran Malek-Ha-eloim.

Toda la parte más bella del Génesis proviene de este narrador ó compilador desconocido, que viviría probablemente el siglo x antes de J. C.; y su mejor florón es esa preciosa novela histórico-moral de José en Egipto, que aún hoy día resulta hermosamente literaria.

No obstante de resentirse estas narraciones de eloísmo, en ellas Iahveh ya comparece con los caracteres distintivos de Dios del cielo y de la atmósfera, que gobierna el mundo á su placer. El rayo, el relámpago, los truenos, las nubes sombrías, la tempestad, son ya en estas antiguas páginas el acompañamiento indispensable de Iahveh, el Todopoderoso.

El libro era esencialmente un libro israelita, y en él se explicaban el origen y las tradiciones de los lugares santos. José, el padre de Efraím y de Menassé, hállase exaltado en todas las leyendas. Efraím y Menassé son objeto de calurosas bendiciones. Rubén es tratado con cariño. Bethel es, á los ojos del autor, el verdadero santuario de Israel, y se establece que todos los descendientes de Jacob tienen el deber de pagar allí el diezmo. Sichem es el centro de la familia israelita. La región transjordaniana de Galaad, y los desiertos del lado de Gezara y de Beer-Seba, ocupan lugar privilegiado en las descripciones. Beer-Seba es sobre todo un lugar santo. Sus pozos y sus bosques de tamarindos son como el centro de la religión que va á fundarse. Cada pozo del desierto, al Sur de Judá, tiene su leyenda, común casi siempre á Israel y á Ismael. En cambio el país de Judá es poco mencionado. La tendencia contra los *Terafim*, ó sean los ídolos y amuletos de los paganos, ya empieza á mostrarse. Pero no se observa aún centralización alguna del culto. A Jeohvá se le levantan altares por todas partes, y el autor anónimo no ve en ello más que un signo de la

piedad de su pueblo. Este libro de las leyendas israelitas, que podríamos llamar *el libro de los patriarcas,* ha sido el principio de la *Biblia,* tal como la entienden los poetas y los artistas. Las historias populares legendarias aparecen por todas partes, como en los cantos de Homero entre los Griegos, ó como en el *Rig Veda* de los Indos. El interés inocente que aún hoy los niños toman por estas narraciones es su elogio supremo. Si aquí tuviéramos este libro de este cuentista de Bethel ó de Sichem, veríamos cómo en el encanto primitivo, franco é inocente de su escrito, está todo el secreto de la belleza moral hebraica que ha seducido al mundo antiguo al decaer la seducción de la belleza griega. Este ilustre desconocido ha creado la mitad poética del alma humana. Su frescura y su grandiosa crudeza están llenas aún de ese primitivo espíritu de Dios que embargaba á este pueblo hecho para la obediencia espiritual que más tarde se concretará en Moral, en Deber, en Justicia. En él cada sueño es una revelación de Iahveh, y al cielo se monta por una escalera, de la que suben y bajan teorías de ángeles.

Este es el libro que dió el tono á toda la *Biblia,* nota tónica, que no es la de la Historia, ni la de la novela, ni la del poema, ni la del mito, ni la de la anécdota, sino algo de particular, á la vez tierno y duro, cruel y respetuoso, inocente y sensual, positivo y visionario, que sólo puede ser comparado con el tono que afecta lo árabe en la época anteislamita.

Al lado del idilio prebíblico, del libro patriarcal, la tradición heroica. Esta está ya más cerca de la Historia. Caleb y Josué marchan al frente de este nuevo ciclo de emancipación del Pueblo Israelita. Los cantos populares de las gestas de los grandes caudillos formarán la base. Muchos de estos cantos nacionales datan de la época en que los Beni-Israel, emancipados de Egipto, tratan de salir del desierto dando la vuelta, del lado del Armón, al país de Moab.

El canto sobre la batalla de Gabaón nos es conocido por un solo verso, el que describe el paro del Sol para seguir iluminando la matanza. El hermoso *Cántico de Débora* en cambio nos ha sido conservado casi íntegro. En fin, la elegía sobre la muerte de Jonathás y el principio de la de la muerte de Abner son citadas con el nombre propio del autor, pues se dice ser de David.

En verdad, este ciclo heroico fué compilado en dos libros, más que en uno, en que se reunieron luego. El primero se llamó *Sepher milhamoth Iahveh* (el libro de las Guerras de Iahveh); el segundo tuvo por nombre *Sepher hay-yasar* (libro de Yasar ó de Iasir, pero el sentido de esta palabra nos es enteramente desconocido). Estos dos libros contenían la mayor parte de los cantos populares de la época. Si eran dos libros que se com-

pletaban ó dos partes de un mismo libro, esto aún no se ha podido poner en claro.

Las citaciones de estos dos escritos hállanse en el Exateuco (1), y todo induce á creer que fueron escritos á principios del siglo IX antes de Jesucristo, ó en el siglo X.

Toda generación heroica, en general, pasa sin escribir, y es la que le sigue la que se apasiona por ella y la canta. Esta, más pacífica, tiene una admiración por lo heroico, tanto más cuanto ya no es capaz de llegar á ello. David era el último de esos ilustres aventureros que habían desplegado un gran heroísmo al servicio de su Dios. Desde el momento en que ya fué rey, cesó de batirse y protegió á los que escribieron las gestas de sus antecesores. No obstante, parece que este libro de las *Canciones heroicas del pueblo hebreo* fué escrito más bien en las tribus del Norte que en Jerusalén. Tenía el carácter franco, libre, bárbaro, sobrio y firme, como todo lo que viene de Israel. Lo que es casi seguro es que en la parte relativa á la época de los Jueces no se trataba de Judá; las aventuras heroicas se refieren á las tribus del Norte más que á la Judea. Tal vez la redacción fué doble, y el libro de las guerras de Iahveh sea el del Norte, y el del Iasir el del Sur; pero esto anda aún en averiguaciones de los doctos exégetas alemanes. Al usar de estos libros los historiadores de Israel es probable que hicieran cortes numerosos. La visión de Sar-saba, de Iaveh, es uno de los pasajes más antiguos de la literatura hebraica.

Moisés no está nombrado, al menos personalmente. En Beer se habla de los jefes (*Sarím* en plural) que con su varita hacen brotar el agua de la arena. Es verdad que no se comprende el éxodo á través del desierto en busca del país de Canaán sin Moisés, es decir, de un legislador, de un genio superior á Josué y á Caleb; pero tal vez en aquel entonces no se le dió la importancia de inspirado directamente por Dios, que se le reconoció después. En él debe pasar algo de lo de Colón. Al llegar de América nadie se fijó mucho en él; sólo después se comprendió lo grande de su descubrimiento.

Lo más selecto del *Milhamoth Iahveh* y del *Iasar* lo hallamos en el *libro de los Jueces,* y esto es lo que hace destacar este libro de los demás que componen la *Biblia.*

Es la historia anecdótica de una época legendaria, mezclada con enigmas y palabras inocentes, tal como debió de gustar á una edad primitiva. Estaba escrito para interesar á aquel pueblo agrícola y guerrero; así todas sus anécdotas son militares é idílicas. Aún no tienen carácter alguno pietista ó de religión ya reflexiva. El carácter suyo es de la más hermosa y firme

(1) *Números,* XXI, 14 y sigs.; *Josué,* X, 13.

antigüedad bárbara. La conciencia humana en estas narraciones tiene la misma limpieza que en la poesía homérica. El hombre aún no se ha vuelto contra sí mismo, ni ha llegado á imaginarse que tuviera derecho alguno para quejarse de la vida ó de su Dios.

Las historias de Gedeón, de Sansón, y sobre todo la de Jephté, debieron de tener partes ó trozos que han desaparecido, y por tanto que no figuran en la *Biblia*.

El Hebreo, como casi todos los pueblos semíticos primitivos, no tiene ritmo fijo ni estilo especial para sus narraciones. Fija lo principal, lo fundamental, y abandona el recitado al cuentista, el cual lo borda á su manera según su imaginación se lo sugiere. La forma era siempre la labor del improvisador. Así el *epos* griego tiene una majestad de que carece la narración semítica, pero en cambio ésta resulta más interesante para las almas sencillas. Esto ha contribuído también, en lo heroico, á hacer que la *Biblia*, como Homero, no sean suplantables ni substituíbles. Son los dos polos del mundo poético. Los héroes de ambas obras siempre comparecerán como adolescentes sanos y fuertes, apasionados, á la vez simples y grandiosos. Estas fuentes son las que 900 años antes de Jesucristo se formaron para verterse luego sobre Europa: la una descendiendo hasta Virgilio, la otra chorreando hasta bañarse en ella la dulce y luminosa figura de Jesús. Visto así en grande y en sus fuentes, el *Antiguo Testamento* no resulta un libro sacerdotal, sino un libro nacional de Israel, que luego será un libro sacro de toda la Humanidad.

Abstengámonos de pronunciar en esta época sagrada la palabra de literatura profana. Esta acepción viene después, cuando hay ya una literatura sacerdotal y por oposición á ésta. En esta época lo profano no existía, la religión admirativa lo llenaba y penetraba todo. Todo se hacía para la más alta gloria de Jeohvá. El pietismo judaico, obra de los Profetas, aún no había nacido. Aún no se había soñado en crear argumentos para que sirvieran de tesis á los predicadores de la época apologética. Esta literatura era esencialmente popular, concentrándose el alma del pueblo en ella, y deleitándose éste en vérsela reflejada.

Y de estos escritos compilados nació el *Antiguo Testamento*.

Nos ocuparemos del resto de la evolución de Israel al entrar ya en la época grecorromana, donde aparece éste con su *Biblia* y donde da lugar á los *apocalipsis* y á los Evangelios.

Cuando el mundo oriental hará irrupción sobre Europa invadiendo la

civilización helénica primero, y después la romana, al componetrarse ambas tendencias en Alejandría, entonces el Pueblo Hebreo con su literatura especial vendrá á desempeñar un superior papel en la Historia del Mundo. Los escritores paganos, más ó menos influídos de misticismo oriental, declararon maestros á los dioses y concibieron la idea de un Dios Supremo, único, como coronamiento de sus especulaciones. No sabiendo los hombres ya gobernarse por sí mismos, pedirán á voces una moral; y en este estado se presentará el Pueblo Hebreo con su Iahveh, sus ideas de una justicia imperativa y su ley divina.

Así pues, al final del Paganismo, al ocuparnos de Alejandría, estudiaremos la literatura del Pueblo Israelita llegada á ser literatura Judaica, y transformada luego en literatura cristiana.



Actores, coristas y músicos antes de una representación. (Fragmento de una pintura de ánfora, Museo de Nápoles.)

LIBRO SEGUNDO

ANTIGÜEDAD CLÁSICA

CAPITULO I

LOS HELENOS HASTA LA ÉPOCA DE ALEJANDRÍA

LA LITERATURA EN TIEMPO DE LOS AEDAS.—HOMERO Y LOS RAPSODAS.—HESIODO.—POETAS ATENIENSES.—EL TEATRO: ESQUILO, SÓFOCLES, EURÍPIDES, ARISTÓFANES.—LOS FILÓSOFOS JÓNICOS, LOS DE ELEA; PITÁGORAS, SÓCRATES, PLATÓN, ARISTÓTELES, Y DEMÁS. LOS SOFISTAS Y LOS RETÓRICOS; LOS CÍNICOS Y LOS ESTOICOS, ETC.—LOS ORADORES.—LOS HISTORIADORES.—LITERATURA MÉDICA.

Una de las tribus Arias que emigraron en dirección á Europa, la de los Yavanas, la menos numerosa, pero la que precontenía en sí los gérmenes más preciosos del desarrollo humano, como si fuera conducida por un designio divino, fué viajando hacia Occidente, hasta que atravesando el Asia Menor vino á fijarse en ese pequeño país diferenciado, rodeado de islas, que en la historia se conoce con el nombre de Grecia.

Medio bárbaros aún, los Helenos (Yavanas) se encontraron en el Asia Menor, y en su país definitivo, en contacto con pueblos más avanzados

que ellos en las vías de la civilización. Estos eran los Frigios, los Lidios y otros, que habían ya experimentado la influencia de la cultura asiria. Los Pelasgos en el Oriente fueron lo que los Iberos, anteriores á ellos, habían sido en el Occidente: los primeros civilizadores de Europa. Estrabón afirma que los Iberos, y en especial los Turdulos, que habitaban el Mediodía de España, cultivaban ya las letras y poseían libros de historia con anterioridad á los Griegos. Según ellos, sus poemas en verso se remontaban á unos seis mil años. Y Platón atribuye á los Pelasgos la construcción de ciudades, de palacios, de recintos fortificados, y la redacción de textos, la creación de palabras, y el haber contenido, con superior impulso, el poder de los Iberos, que se extendía y avanzaba por la península italiana. Atenas se alababa de haber sido el centro del imperio pelásgico. Pero todo esto no pasa de ser tradicional y fabuloso.

Volvamos á lòs Helenos.

En el camino que habían seguido estos Arios, encontraron á los Fenicios y les tomaron elementos de su alfabeto, el cual no era más que una simplificación de la última escritura egipcia, y aquélla de la jeroglífica. Con elementos, pues, del alfabeto fenicio, los Griegos compusieron el suyo, ó mejor dicho, los suyos (1). A estos pueblos debieron también el comercio. Y más tarde, bajo la influencia egipcia, idearon su arquitectura, su pintura, estudiaron la Medicina, y por fin la Filosofía. En cuanto á las artes, algo influyó también en ellos la Asiria. Mas con su potente facultad de asimilación, y con su gran genio, crearon un Arte, una Ciencia y una Filosofía, más armónicas, más humanas, superiores y esencialmente propias. Sin precedente en la historia y casi sin tradición alguna, ese admirable puñado de Indoeuropeos sacó de su propio seno todo lo que más tarde, en el curso de las edades, debía marcar la norma á la Humanidad, así en el dominio de la vida material como en el de la del espíritu. El genio superior humano, bello, sabio y justo, se manifestó en ellos con esplendor supremo para perdurar por los siglos de los siglos.

Llegadas por la Tracia y el Asia Menor, esas tribus nómadas superiores, paráronse en la parte meridional de una estrecha península, casi una isla, la más oriental de Europa. Un territorio exiguo, ceñido por un círculo de montañas y anchamente penetrado por el mar. En el interior, las llanuras secas y pedregosas daban sólo escasas cosechas de trigo y de centeno. Pero los olivos y las viñas tapizaban los flancos de las colinas, alternando con las higueras y otros árboles frutales. Y las entrañas de esos montes contenían, entre otras, una mina de plata y una ancha cantera de mármol. En ese espacio restringido, bajo un cielo azul y al amor de un

(1) Véase el *Apéndice* á este *libro segundo*.

clima templado, gracias á su energía interna y con sus propios recursos, desarrolló su civilización vital y humana ese pueblo nacido para reinar en el planeta por el Arte y por las Ideas. Algunos gérmenes caídos entre esa raza poco numerosa y sobre ese terreno exiguo bastaron para dar á la Humanidad la más espléndida cosecha intelectual y afectiva que jamás haya producido pueblo alguno.

Los dioses bellos y serenos salieron en tropel de las canteras, tallados á semejanza ideal del hombre, y los tesoros de las minas de plata pagaron á los artistas, cuyas obras no cesaron de ser modelo de hermosura entre los humanos. En fin, la actividad de los Helenos cubrió de ciudades florecientes las riberas de ese mar sagrado en que el Arte y las Ideas subsisten en la atmósfera como alimentadas al vapor de sus aguas. Y su armonía interna dió al lenguaje, á la expresión del pensar y del sentir una excelencia que aún no se ha sobrepujado.

Como á sus antepasados, los Arioindos, la madre Naturaleza revelóles la poesía en un período obscuro y semifabuloso, anterior con mucho á la tradición escrita. Es esta la edad de los Aedas, de Lino, de Orfeo, de los Eumolpidas, en que los vates eran al propio tiempo sacerdotes y educadores de los pueblos. Al aparecer la Poesía en la raza Ariaeuropea, ya fué, á la vez que bella, útil y sabia, y estas dos cualidades á ella sumadas no hicieron más que aumentar su hermosura. Aquellos vates en sus cantos explicaban á los hombres el cómo la Divinidad se revelaba á los mortales, los esplendores de la Vida y el camino que se debía seguir en ella, y promulgaban las leyes de los pueblos á los acordes de la lira.

Pero vamos por partes y especializando para historiar la evolución de las letras en ese admirable pueblo Helénico para el cual la Divinidad, la Belleza y la Vida sobre la Tierra forman una sola y misma cosa.

Los tratadistas Alemanes dividen la evolución de la Literatura Griega en seis grandes períodos que por su orden se suceden del modo siguiente: el período *fabuloso*, que es anterior á Homero; el *poético*, desde la guerra de Troya, 1.200 años antes de J. C., hasta Solón, 600 años antes de J. C.; el *Ateniense*, desde Solón hasta Alejandro Magno, 336 años antes de J. C.; el *Alejandrino*, desde Alejandro Magno hasta la pérdida de la nacionalidad griega, 146 años antes de J. C.; el *Romano*, desde la incorporación de Grecia como provincia romana hasta la traslación de la capitalidad del Imperio á Oriente, año 146 de nuestra era, y el *Bizantino*, desde esta época hasta la ocupación de Constantinopla por los Turcos, en 1450. Pero nosotros no nos ceñiremos á esta división de un modo estricto, ni mucho menos, pues nada marca de una manera decisiva estos diferentes períodos.

Todo cuanto pueda decirse del primer período es confuso; sólo por referencia de escritores más posteriores se viene en conocimiento de que antes de Homero existieron unos cantos ó himnos religiosos compuestos por los Aedas, ó sacerdotes vates, y que ciertos cantores públicos llamados *Demiurgos* recitaban versos en alabanza de los héroes y de las grandes acciones. Uno de los Aedas fué Lino, si bien esta palabra tanto puede ser el nombre del cantor como el nombre del himno fúnebre que cantara, así como el *Pean* era un himno de regocijo, lo mismo para celebrar la vuelta del buen tiempo, que para manifestar el placer del triunfo. Se recuerda también el *Himeneo,* canto nupcial, y los *Trenos,* himnos mortuorios.

Orfeo es el más celebrado de los Aedas: caracteriza el genio poético y se le cree natural de la Tracia, si bien casi puede asegurarse que es un personaje mítico, ya que ni Homero ni Hesiodo le citan, y el primero que habla de él es Ibico, seis siglos después de su época. Museo fué discípulo de Orfeo, cantor de Ceres, y no se sabe de él ninguna particularidad. Los *Eumolpidas* eran unos sacerdotes de Ceres, que entonaban himnos religiosos, entre los cuales fueron famosos *Pamfos, Filamón* y *Oleno.* Los Aedas épicos cantaban los hechos de los héroes, y Homero cita á Tamyris, á Jemio y á Demodoco, lo cual ya prueba la existencia de estos poetas. Los Rapsodas eran una suerte de cantores públicos que cantaban lo propio y lo ajeno, uniendo los trozos sueltos que pegaban con fragmentos improvisados. Gracias á ellos, poseemos los dos inmortales poemas de Homero, con el cual empieza el verdadero período poético.

El lenguaje que empleó Homero era un aqueo, intermediario entre la lengua eólica y la jónica. La *Iliada,* patética y simple, entusiasma y apasiona. La *Odisea,* más compleja, con sus intenciones de moral reflexiva, «sondando los repliegues del corazón,» interesa también, pero conmueve menos. A veces intriga y perturba. Lo fantástico oriental, lo maravilloso, se une á los incidentes egipcios, á las mentiras asiáticas, á los imposibles imaginativos, como la matanza de los pretendientes, por Ulises, á flechazos en una sala; y esa monstruosidad, no Aria, de Penélope y Telémaco, ricos, dejando vivir miserablemente á Laertes en su huerto, son manchas que prueban la ingerencia de elementos asiáticos en la *Odisea.*

Las costumbres descritas en los libros homéricos se remontan á 3.000 ó 3.200 años antes de nuestra era.

Hoy nadie que tenga mediana instrucción cree que los cantos atribuídos á Homero sean debidos á un solo hombre, tal como todos ya saben que la parte Mosaica ó Jeovista del *Antiguo Testamento* no es sólo Moisés el que la escribiera.

Estos cantos homéricos son obra de una multitud de poetas clarividen-

tes, que, viendo extinguirse las tradiciones, exaltaban las olvidadas glorias, iban preparando así inconscientemente el terreno á Homero, ó al que sea, que los unificó. Estos elementos confusos, disparatados, incoherentes, esos «legados de otras edades,» Homero los tomó, los fundió en el crisol de su imaginación, y de estos trozos de cobre rojo, de oro brillante, de pesado plomo, hizo una sublime aleación que dió por resultado un bronce inalterable que ha durado á través de todas las edades. La medida y el orden, el buen gusto, el Arte, fueron los instrumentos con que él lo cincelara. El fuego y el soplo divino para fundirlos, el Gran Ario en sí los llevaba.


Homero. (Busto existente en el palacio de Sans-souci.)

Representado por la figura de un viejo venerable, cuyos ojos cerrados á la luz sólo dan lugar á la visión interna; con la frente radiante de pensamientos, Homero, cuyo nombre significa *rehenes, el Hombre de Chios,* como le llama Simónides, de la abrupta Chios de los Imnos, es reclamado como hijo suyo no sólo por Chios, sino por Esmirna, Colophón, Salamina, Ios, Argos y Atenas. ¿Cuál fué el lugar del nacimiento del gran poeta que definió la Patria, sólo como Civilización de raza Superhumana, sin limitación estrecha de fronteras, sin designación mezquina de lugares? De una manera fija se ignora. El patriotismo de Homero no es local. En sus cantos los Troyanos hacen consistir el patriotismo, no en Troya, sino en la vuelta á ella de los Aqueos. El patriotismo de Homero es Ario, es Griego, es humano superior, ante los asiáticos subhumanos y bárbaros.

Como acabamos de indicar, siete ciudades se disputaron el honor de haber sido cuna del poeta cuya personalidad ha sido puesta en duda, aun cuando Herodoto hable de él como de un personaje real, haciéndole contemporáneo de Licurgo. En cuanto á la nacionalidad, ó mejor á la subraza á que perteneciera, la crítica científica reconoce un Jonio en el que compuso la mayor parte de los versos, primeramente porque describe con predilección las costumbres jónicas, y luego porque en sus dos poemas toma parte activísima Palas (Minerva), la diosa predilecta de los Jonios.

Sus obras principales son la *Ilíada* y la *Odisea;* en la primera canta la guerra y toma de Troya, y en la segunda las aventuras y desventuras de Ulises.

Durante muchos siglos, así uno como otro poema fueron propiedad de los Rapsodas que los recitaban por toda la Grecia con gran aplauso. El primero que procuró hilvanar aquellos trozos sueltos dándoles la debida unidad fué Solón, y completaron obra tan meritoria Pisistrato y su hijo Hipparco, dejando las dos obras tales como han llegado á nuestras manos.

La colección de *Himnos homéricos* que han sido publicados como contemporáneos de la *Iliada* y de la *Odisea,* son trozos, cuya mayor parte, al contrario de los indicados poemas, datan de los siglos VII y VI anteriores á nuestra era. Otros son más antiguos. Pero todos ellos contienen impresiones, algunos versos é ideas contemporáneas de Homero, letanías de divinidades, oraciones jaculatorias, ensayos, en los cuales los poetas tratan de dar idea de lo que se pensaba en los tiempos homéricos.

El principal mérito de este poeta consiste en un aire de sencillez y naturalidad que seduce. Tiene trozos rayanos en lo sublime, y sublimes algunos de ellos, donde no se ve el menor artificio. Sus personajes hablan como deben hablar; y Homero pone de manifiesto en ellos las pasiones con una crudeza que raya á veces en la grosería. Sobrio en las descripciones, es un colorista de primera fuerza. Así resulta el primer épico del mundo.

La tradición hace á Hesiodo contemporáneo de Homero; nació en Ascra, ciudad de la Beocia, ó cuando menos pasó allí la mayor parte de su vida. Las pocas noticias que de él tenemos se deben á él mismo; disputó por intereses con su familia y con este motivo escribió las *Obras y los Días*, donde da sanos consejos á su hijo; pero, lo que pasa con el genio, al dar consejos á su hijo, los da á toda la humanidad. Y no sólo consejos, sino un sistema general del Universo, una concepción propia de todo lo que es: el Universo y el hombre. Vivió largo tiempo y parece ser que escribió su *Teogonia* en la edad madura, obra de majestuoso estilo, escrita con naturalidad. Los pedantes le han echado en cara el que decae con harta frecuencia, y es que no comprenden que la luz produce sombras, que no hay monte sin valle, ni altura sin depresión. Y Hesiodo tiene grandes alturas.

Al aparecer Hesiodo, los símbolos y las leyendas populares de Grecia sobre los dioses, ó sea la explicación antropomórfica del Universo, ya eran insuficientes para satisfacer la curiosidad de los ánimos de esa raza superior que quería explicarse los arcanos del mundo y el origen de las cosas. Sentíase la necesidad de organizar estas explicaciones míticas de los fenómenos que se llaman los dioses, y de relacionarlas entre sí por medio de una filiación. Al par de las ciudades terrestres necesitábase crear una sociedad superior celeste, origen de éstas y gobernadora de toda la Naturaleza. Y Hesiodo, lleno del ansia de su tiempo, y con superior talento, emprendió esta tarea para satisfacer esta necesidad.

Filósofo y poeta, como todos los grandes genios en que la poesía se une á la visión clara de lo que es, formuló en su poema *La Teogonía* un sistema simbólico del Universo. Con gran clarividencia sentó que en el principio lo que existía era el Caos, y después la Tierra fué surgiendo de su vasto seno, con sus entrañas ígneas, el Tártaro en el fondo de sus abismos; y de la Tierra nacieron los dioses, moradores del Olimpo, y exclama dirigiéndose á las Musas: «Enseñadme cual fué el primero de todos los dioses.» «Es el Amor—le dicen ellas,—autor de toda la creación, de todo lo que es figurado, de todo lo que alienta, en una palabra, de la Vida.» A su impulso uniéronse Erebo y la Noche y produjeron el Éter y el Día. El aire luminoso y tenue de lo alto, y el aire más pesado y conductor de la luz y del calor que vivifican, y que está bañando la Tierra. Según Hesiodo, la luz en el orden cronológico procede de la obscuridad, lo alto de lo bajo, lo determinado de lo indeterminado. Y la Tierra procreó á Uranos con el cielo estrellado, es decir, la extensión, la duración, el espacio, el tiempo. Y así continúa hasta darnos un cuadro completo de la organización del Mundo, que no considera parado, ni definitivo, sino como un Proteo siempre cambiante, siempre en organización, siempre en movimiento.

Todo llega y todo cae, hasta los dioses, hasta Júpiter mismo: he aquí la conclusión esencialmente Aria que se desprende de su poética *Teogonía*. Hesiodo, á pesar de lo que digan los críticos, era un filósofo de una intuición maravillosa, que en su panteísmo comprendió maravillosamente el eterno vaivén de la Naturaleza, no subordinándola á la Divinidad, sino originando la Divinidad de ella.

En sus *Obras y días*, á través de mil cosas que hoy chocan por lo supersticiosas y limitadas, se ve la firme intención de un legislador, de esos prácticos como Zoroastro, que no han querido legislar en absoluto y para todos, lo cual ha sido causa de guerras y desgracias. Él se limita á dar consejos á su hermano. Así dice, «yo enseñaré á Perseo cosas verdaderas á mi ver.» Un espíritu fuerte y republicano sostiene toda su obra. «A Apolo los cantos y la música, los *aiodas* y los *kitaristas;* á las Musas todo; á los reyes nada, que vienen de Júpiter.»

La elegía más autigua compuesta en Grecia se atribuye á Calino, y de ella sólo se conservan algunos fragmentos. Estaba dirigida á los Jonios y á los de Efeso, excitándoles á tener valor ante el enemigo, habiendo los Cimerios invadido parte de la Lidia y amenazando continuar. Tirteo, cojo y tuerto, contemporáneo de Calino, fué enviado por Atenas como general de los Espartanos en la guerra contra los Mesenios, á modo de escarnio. Pero en las primeras batallas supo con sus cantos reanimar de tal modo el espíritu de Esparta, que derrotaron al enemigo. Muchos siglos

después los versos de Tirteo contribuyeron aún á alcanzar victorias. Así Tirteo como Calino usaron el pentámetro en sus composiciones. Le sigue Arquíloco, el cual nació en Paros y tomó parte en la guerra que los de esta isla tuvieron con los de Naxos. Se dice que fué el primero que escribió *sátiras*. También las escribió Simónides de Amorgos, tomando por asunto á las mujeres, á las cuales hizo una guerra sin cuartel. De este poeta nos han quedado ciento y pico de versos yámbicos. Cierra el período poético Mimnermo, que fué el primero que aplicó la *elegía* á los asuntos amorosos. Mimnermo tenía gran imaginación y mucha sensibilidad.

El primer poeta del período ateniense es Solón, que fué un elegíaco muy regular, por más que su fama de legislador haya eclipsado su nombre de poeta. Se citan elegías muy notables de él sobre los males de la Patria, de la tiranía de los ricos, de la demagogia; pero las más célebres fueron las que dedicó á sus conciudadanos para hacerles aceptar sus leyes. Focílides escribió sentencias tomadas de otros autores, como Hesiodo, Simónides, etc., en versos hexámetros. Se distingue por su elegancia y pureza de dicción. Teognis es un poeta muy notable por la moralidad que resplandece en sus elegías y por el profundo conocimiento que demuestra del corazón humano.


Solón

Se considera á Terpandro como el padre de la poesía lírica. Nació en la isla de Lesbos y se cuenta que fué multado por los Éforos en Esparta, por haber añadido tres cuerdas á la lira; pero, á pesar de este rigor, la innovación fué aceptada en toda Grecia. Alceo nació en Mitiline, y nuestro poeta tuvo una vida muy accidentada á consecuencia de las revueltas civiles que trastornaban su patria, hasta que por fin tuvo que emigrar con toda su familia. Sus poesías se resienten de esta pasión política, no obstante lo cual usa imágenes muy hermosas pintando las luchas que devoraban la Patria. Escribió odas muy celebradas, sobre todo las dedicadas á la poetisa Safo, las cuales, desgraciadamente, sólo se conocen de referencia. Inventó una forma de oda que se llamó *alcaica* de su nombre. Contemporánea y compatriota suya fué Safo, llamada la décima musa por los Griegos. Poco ha quedado de ella, pero este poco basta para acreditarla. Se admira en las piezas que se conocen—dos odas, tres epigramas y algunos fragmentos de epitalamios—una ternura exquisita, una naturalidad y una armonía que encantan. Inventó el *sáfico*, y lo que más célebre la ha hecho es la leyenda de sus amores y su trágico suicidio. Ernina y Arión fueron discípulos de Safo. La primera compuso un poema muy celebrado por los

antiguos, y el segundo alcanzó gran renombre como músico y perfeccionó el *ditirambo* en honor de Baco.

Alemano era natural de Sarda, en la Lidia, y escribió sus odas en dialecto dórico, las cuales estaban compuestas para ser cantadas á coro por doncellas que fueron llamadas *partenias* por este motivo. Estesícoro pertenecía á una familia que dió dos poetas ilustres y en sus odas cantó principalmente los hechos heroicos. Ibico, Laso, Corinna y Timocreon fueron también líricos Dóricos, de los cuales se sabe poca cosa; Grinccreón fué desterrado de Atenas y Corinna ganó á Píndaro el premio por cinco veces en certámenes poéticos. Arión halló el *ditirambo.*



Anacreonte (Quinta Borghese)

De más renombre gozan los líricos Jónicos, siendo Anacreonte el principal de ellos, creador, según algunos, de la *poesía erótica.* Anacreonte es sencillo y natural, sin ninguna afectación genial, de una gracia seductora y de una dicción muy pura. Sus mejores poesías son *A la lira, Al Amor* y *A una rosa.* Todas sus poesías están llenas de un espíritu vital que encanta. Hasta la idea de la muerte incita á vivir, si por acaso se encuentra en ellas. Murió á los ochenta y cinco años. También adquirió gran celebridad Simónides de Cea, el cual fué solicitado y aplaudido por todos los soberanos de su época. Tuvo la gloria de cantar las batallas de Maratón, de Salamina y de las Termópilas, y sus versos andaban de boca en boca por todas partes. En todas sus obras brillaba el genio y un sentimiento que se comunicaba á todo su auditorio. Píndaro ocupa el segundo lugar en el Parnaso griego, así como Homero ocupó el primero. En efecto, Píndaro reune en alto grado todas las difíciles cualidades que caracterizan á un gran poeta; gran imaginación, claro criterio, sentimiento sin exageración y lenguaje apropiado á la idea. De este poeta se han conservado, entre otras piezas, unas cuarenta odas triunfales.

El Teatro Griego nació unos 560 años antes de la Era cristiana y su

primera manifestación fué la tragedia, que tomó su origen de los coros que entonaban á Baco los vendimiadores, en tanto que se le sacrificaba un macho cabrío. No se sabe si fué Tespis el que modificó las condiciones del coro introduciendo ciertas partes recitadas en él; pero parece lo más seguro, como también que la modificación fué recibida con aplauso por el público, tanto más cuanto que los recitados no se redujeron únicamente á loar á Baco, sino que en ellos se cantaron hechos mitológicos ó de ilustres Griegos. Así pues, la palabra tragedia ha variado mucho en su sentido. Lo del carro como escenario es la leyenda probable, pero no está probado de una manera que no deje lugar á duda alguna, á lo menos para la Tragedia.

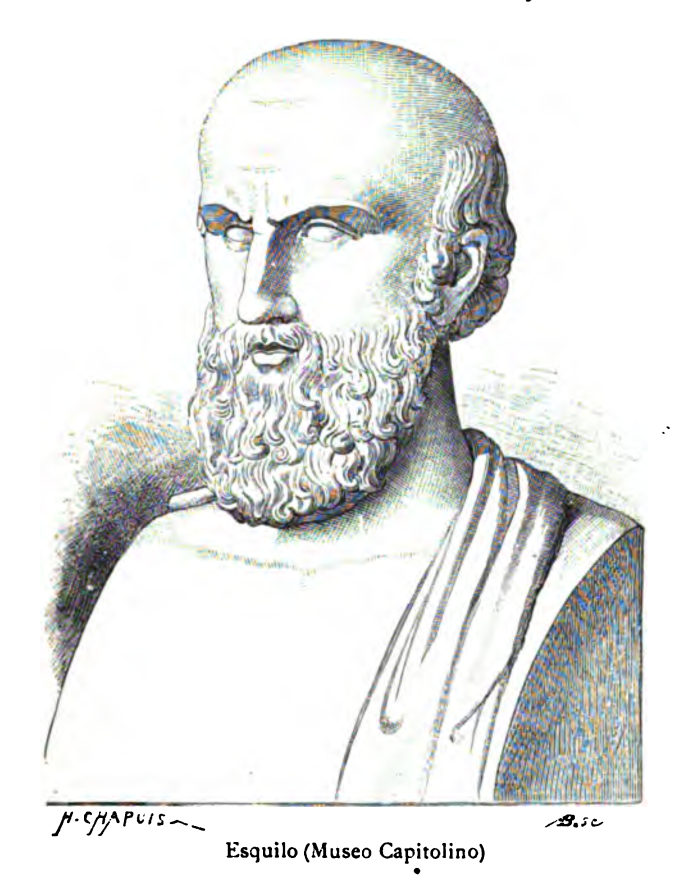
Tespis es contemporáneo de Solón, es decir, de mediados del siglo VI antes de la era vulgar, y según el testimonio de Plutarco, compuso algunas obras escénicas bastante aceptables, con protesta de Solón, el cual creía que las ficciones de la escena podían transmitirse á la vida común degenerándola, por lo cual prohibió á Tespis el ejercicio de sus nuevas creaciones; pero á la muerte de este legislador empezó Tespis de nuevo á dar funciones teatrales con gran regocijo de los Griegos. Júnico, el trágico, introdujo la novedad de hacer tomar parte en los dramas á las mujeres, es decir, á hombres jóvenes con trajes femeninos, y extendió los asuntos á la vida real. Se tiene á Pratinas por creador del *Drama cómico*, y tras ellos aparece el que se considera como el verdadero padre de la *Tragedia*, tal ya como hoy se entiende, el gran Esquilo.

Esquilo nació en Eleusis, 525 años antes de J. C.

Con su genio extraordinario aumentó el número de personajes según las necesidades del asunto, y les hizo usar trajes apropiados, la máscara y el coturno, expresando perfectamente un carácter propio, con sus pasiones y sus vicios. En lugar del carro ambulante de Tespis creó la escena fija. Su estilo fué grandioso, participando de la epopeya y del lirismo. Vivifica el diálogo y le hace recorrer la gama de lo cómico á lo dramático. En sus obras se nota una sucesión de trozos verdaderamente épicos ditirámbicos, con otros líricos que á veces llegan á lo satírico. No obstante, la nota trágica en él domina con sublimidad imponente, como, por ejemplo, en el *Agamenón,* el largo parlamento de Casandra, que alterna con el coro, el Prometeo encadenado desafiando á Zeus, los Persas volviendo derrotados á su patria; hasta el silencio y el vacío cooperan al efecto trágico en la escena del desfile del resto de los ejércitos vencidos.

Pero no nos metamos en detalles. Estamos enfrente de uno de los grandes genios de la Humanidad, de un verdadero Superhombre. Esquilo comparece ante nosotros como iluminado por esa adivinación inconsciente que

da eso que se llama inspiración del Genio, ó irradiación del Santo Espíritu sobre la Tierra, como dirían los místicos. Es uno de los hombres por los cuales la divinidad se ha manifestado de una manera más potente sobre el planeta que habitamos. Héroe perfecto, personifica lo opuesto á la resignación de Job. Es todo voluntad, clarividencia y amor. Todo acción,



Esquilo (Museo Capitolino)

viene á ser el representante de la Revolución eterna. Job sufre, Prometeo se subleva y crea. Job es el Deber, Prometeo es el Derecho. Job es el esclavo voluntario, Prometeo el hombre libre, aun estando encadenado.

Esquilo es magnífico y formidable á la vez, como un Sol que tuviera el poder de arrugar el entrecejo. Todo en él es grande. El Génesis tiene su Kain. Él tiene dos: Eteoclo y Polinice. A veces, á fuerza de ser grande, parece desmesurado; por esto no fué de gusto de los retóricos pedantes del siglo XVIII, ni de los clásicos del XIX. Necesitó un Víctor Hugo y los románticos para ser reivindicado y comprendido. Es abrupto, rudo, enér-

gico, desbordante y excesivo; duro como las rocas, tumultuoso como el mar embravecido, ardiente como el fuego. No le espantan las *gorgonas* ni las *parcas;* entre los dioses toma partido por los Titanes, y tiene la heroica audacia de profetizar la caída de Zeus. Es el profeta del esfuerzo humano, el heraldo del progreso. A haberse conservado todos sus dramas, constituirían una verdadera Biblia Griega, unos libros Vedas de nuestra raza Aria Mediterránea.

Es el gran patriarca del Teatro. Se le ha tenido por extravagante, desproporcionado, enfático, antitético, hinchado, inarmónico, absurdo. Esto por los que sólo estudian la literatura en la gramática y en la retórica, por académicos nimios y críticos miopes de inteligencia. Esquilo es un gigante, y no puede ser comprendido por los que le miran desde el suelo. Para verle hay que poder subir á las grandes alturas y no tener vértigo. Los hombres correctos, mesurados, acompasados, metódicos, vulgares, nada tienen que ver con él, ni tan siquiera pueden comprenderle. Eso sería como pretender que el lagarto se remontara á la atmósfera como el águila, ó que el gusano roedor de maderos viejos comprendiera al león del desierto. Esquilo es una verdadera piedra de toque, que nos revela los espíritus superiores; el que no le comprende es un ser nulo ó mediocre, uno del rebaño humano. Desconcierta á los débiles, pulveriza á los rutinarios.

Es inmenso como sus asuntos. Sus personajes son los Titanes, el Etna, las Montañas, el Cáucaso con Prometeo, el sublime Titán encadenado, el Mar, el Océano sobre un dragón, las olas, las *oceánides,* el Oriente con sus Persas del Imperio Universal, las tinieblas profundas en sus *Euménidas.*

Todo crece de una manera colosal en su Teatro. Su voluntad, como su temperamento, es un potente soplo, que agranda las cosas. Bajo su poder el carro de Tespis se convierte en tablas, en escenario; y la sandalia se eleva á coturno, alzando la estatura humana; y luego inventa la máscara que aumenta la voz. Sus metáforas son enormes, *sus adjetivos son de caballería y llevan plumero* (1). Jerjes yendo contra Grecia, presentado por él, tiene *ojos de dragón.* El mar que él describe tiene tal encrespamiento de olas que se vuelve un bosque de agua (ἄλσος). Sus figuras retóricas son gigantescas. Las emociones que comunica producen el terror sacro. Cuando evoca las Furias, las mujeres abortan y los niños huyen despavoridos ó se mueren de miedo. Todo en él es ciclópeo, colosal, gigantesco, superhumano.

Él no comprendía el Teatro como lugar de pasatiempo y solaz, ni como un puro efectismo pasional ó jocoso, nó. Para él el Teatro era la forja del alma humana, y allí él la formaba á martillazos. Las representaciones de

(1) Así se lo decían sus contrarios en Atenas para denigrarle.

la carreta de Tespis, del catafalco de Susarión, del circo de madera de Kérilo, adquieren mayor dignidad al aparecer Esquilo en Atenas. El Teatro es ya de piedra. No tiene techo, pero el cielo es su bóveda. No necesita candelabros ni candilejas, pues lo ilumina el día. La decoración es la Naturaleza. Y unas graderías en las que caben unas seis mil personas, he aquí todo. Y allí la multitud se convierte en público, y de público en pueblo, vibrando su alma al unísono del compás heroico que le marca el gran trágico.

Pero á veces el público se subleva; la plebe se solivianta, influída por los viejos de edad y de alma, y protesta contra las ideas nuevas. Esquilo á los veintiocho años da su gran trilogía del *Prometeo, Encendedor del Fuego, Encadenado y Libertado*. Los viejos le acusan hipócritamente, los jóvenes le defienden con heroísmo. Sus tragedias, dicen los primeros, son el gruñido del macho cabrío, el arte decadente, en el cual nada hay para los dioses. Acusan sus invenciones de groseras, de bárbaro su lenguaje. «Está lleno de sirianismos,» dicen; y á su drama le reprochan el que se acerca demasiado á la Naturaleza. También le tachan de destructor porque emplea el *anapesto* en el coro, el *yambo* en el diálogo, el *troqueo* en la pasión. Su flauta sube demasiado alto; su *tetracorde* baja demasiado. Y desprecia la antigua división de las tragedias en *Monodias*, *stosimas* y *exodos*. Tespis sólo ponía en escena un actor hablando, dicen. Esquilo rompe la regla y pone varios. Luego insulta á Zeus; de Dios supremo lo convierte en magistrado injusto. Y añade al espectáculo la irregularidad del coro y los monstruos... «¡Dónde vamos á parar!,» exclaman los viejos. Y este tumulto se repite y va creciendo en todas las representaciones.

Como á todo genio, se le ataca la vida privada. Siendo joven, le oponen los viejos; cuando viejo, los jóvenes. Porque no sacrifica á los dioses en escena, se supone que sacrifica á los genios infernales fuera de ella. Se le atribuyen vicios feos, y se le llama impío. Y su Teatro es destruído por las turbas, y él, por blasfemo y revelador de los misterios de Eleusis, tiene que comparecer acusado ante el Areópago, que lo condena al destierro.

Y después de muerto, la reivindicación llega. Licurgo hace que se le eleve una estatua en bronce. El Areópago se avergüenza de haberlo condenado, á él que lo había ennoblecido en la *Orestia*, haciendo comparecer á este tribunal á Palas y á Apolo. Entonces es consagrado, y todas las *Fratrias* vienen á tener su busto, ceñido de cintas y coronado de laureles. Y en las grandes fiestas de Eleusis, el heraldo del Areópago sopla en su honor la trompeta *tyrrhenia*. A expensas de la República se hace un ejemplar oficial de sus noventa y siete dramas, que es depositado y guardado por

el archivero de Atenas. Y como Homero, tiene sus Rapsodas populares que cantan sus versos en las grandes fiestas, con un ramo de mirto en la mano. Hasta el Egipto lo declara *Pimander,* Inteligencia Suprema.

Pero tal fué su genio, tal fué también su desgracia, tanta que cual su fama se prolonga á ultratumba. Ptolomeo Evergetes, hijo de Ptolomeo Filadelfo, aumentó la biblioteca de Alejandría que su padre cultivara. Un día el Griego Demetrio de Phalera díjole que allí faltaba Esquilo. Y el Emperador Alejandrino mandó un embajador á Atenas para que le prestaran el ejemplar único á fin de sacar una copia. Atenas pidió garantía, y Ptolomeo le mandó quince talentos, quince mil duros, cantidad enorme en aquellos tiempos. Así el emperador obtuvo el libro, que guardó, abandonando la suma. Atenas se indignó y quiso declarar la guerra á Egipto. Pero Ptolomeo era poderoso; había vencido á grandes naciones, como la Cilicia, la Igria, la Mesopotamia, y los más prudentes la hicieron desistir de la idea. Y Esquilo quedóse prisionero del Faraón Griego.

No obstante, allí se le trató como á un dios. Cuando la biblioteca de Pérgamo, que formaba parte de la de Alejandría, pasó al Serapeo, Esquilo fué especialmente vigilado para que no se extraviara. Durante el período romano, el ejemplar fué consultado y tal vez copiado por Timocharis, Aristarco, Ateneo, Stobeo, Diodoro de Sicilia, Macrobio, Plótino, Iamblico, Sopotro, Clemente de Alejandría, Nepotiano de Africa, Valerio Máximo, Justino mártir y Eliano.

Omar, el bárbaro musulmán, al pegar fuego en el siglo VII á la Biblioteca de Alejandría (1), hizo desaparecer la obra del gran dramaturgo. Esquilo, el genio de la libertad, fué víctima de dos reyes, uno ilustrado y ladrón y otro bárbaro é incendiario. La pérdida de Esquilo significa catorce trilogías, dando un total de cincuenta y seis piezas, con las sátiras en que terminaban. Y además varias tragedias y algunas comedias. Si no hubiera sido por los que copiaron trozos de ellas, la Humanidad lo hubiera ignorado.

A Esquilo sucede Sófocles: tras del Titán, el hombre; más pequeño de talla, pero más perfecto de forma. Es diferente y posterior, pero no le es superior más que en la manera. El Titán siempre sobresale á través del tiempo, á pesar de su rudeza. Esquilo fué la excepción prodigiosa del genio ático. Sófocles, la regla proporcionada. Es el representante de esa raza elegida, el prototipo de sus perfecciones del espíritu, como el *doríforo* de Polícletes lo era de sus hermosas proporciones físicas. Su vida, casi secular, llena todo el período brillante de Atenas.

---

(1) De las muchas tragedias que compuso, sólo han llegado hasta nosotros, unas enteras y otras incompletas, las siete siguientes: *Prometeo encadenado, Los siete ante Tebas, Los Persas, Agamenón, Las Ceéforas, Las Danaidas* y *Las Euménidas.*

A los diez y seis años fué elegido, por su belleza, para conducir el coro de adolescentes que en las fiestas de la victoria de Salamina danzaron el Pœan, desnudos, en torno de los trofeos amontonados en la playa. Luego representa un papel femenino en una tragedia. Y los poetas y los atletas rivalizan en fortificar su cuerpo y educar su alma. A los veinticinco años compone su primera tragedia. A los noventa años terminaba la última. Siempre era coronado, siempre alcanzaba el premio. Atenas recompensó su *Antígona* nombrándolo almirante de su flota. Y entre Pericles y Tucídides venció á los Samios.


Sófocles (Roma, Letrán)

Su muerte fué como el último resplandor de un fuego que se extingue. Murió de alegría después de su último triunfo.

Sófocles mejora notablemente la tragedia. Descendiendo de las esferas de la mitología á los hechos de la vida real, hizo de la escena, como Esquilo, escuela práctica de enseñanza humana. No es tan heroico y tan simbólico como Esquilo. Sus personajes, si bien ilustres, no revisten un carácter divino y no traspasan las condiciones de los demás hombres. Esta importante innovación trajo consigo la muy natural de aumentar el movimiento y el enredo, dando mayores vuelos al episodio y haciendo del coro un accidente secundario, sin suprimirlo del todo, pero haciéndole que tuviese enlace con el todo y no fuese una parte suelta y principal, como venía siendo anteriormente. Sus personajes hablan un lenguaje noble, idóneo al carácter y papel que desempeña cada cual.

El antiguo rito ordenaba la trilogía. Tres tragedias en una sola representación. Sófocles rompió este orden. Cada drama suyo tiene una vida propia. Inventó el *tritagonista*, ensanchando el círculo de la acción y de la emoción. A la fuerza dórica añade la gracia jónica. Si los héroes de Esquilo eran Titánicos, Superhumanos, los suyos son humanos, tomados sobre

el modelo de los Atenienses, sus contemporáneos. No maldicen el destino, pero reaccionan en contra. Y si sucumben, no es sin haber puesto en juego sus nobles facultades. Los dioses ya no son implacables, sino bellos, como Fidias acaba de revelarlos en sus sublimes esculturas, radiantes de humanidad y de hermosura.

Esquilo blasfema de los dioses como de unos tiranos. En Sófocles el hombre y los dioses ya marchan más en armonía. El dios es más justo y el hombre más piadoso.

Del cúmulo de tragedias que compuso nos quedan únicamente unas siete: *Edipo, Ayax, Electra, Nemesis, Filoctete, Antígona, Las Traquinianas.*

El último trágico de este período es Eurípides, el cual, según los contemporáneos, era tenido por algunos como mejor que Sófocles; pero la posteridad le ha cedido el primer puesto al autor de *Edipo.* Nació cinco siglos antes de la era vulgar, y así de él como de Sófocles, no se sabe con certeza el lugar de su nacimiento. Hizo también dar un gran paso á la acción, cercenando el coro aún más que Sófocles, poniendo prólogo al drama trágico, en el cual se explica al público el asunto de lo que va á ver; novedad que no constituye ciertamente una mejora. Se hizo notable sobre todo en sus acerbas críticas contra las mujeres, á las cuales odiaba de un modo particular, cual odio le valió, según la tradición, el morir á pedradas á manos de ellas. El Teatro de Eurípides se distingue del de Sófocles porque el primero representa al hombre como es, en tanto que Sófocles lo pinta como debe ser. Los héroes de Eurípides están sujetos á todas las pasiones desenfrenadas, tales como las inspira el estado de naturaleza, no corregidas por la educación. Las críticas de sus contemporáneos le hicieron emigrar á Macedonia, donde murió á manos de las mujeres, como unos dicen, ó despedazado por unos perros, que allá se van las dos versiones. Nos han quedado diez y ocho tragedias de Eurípides, entre las cuales son notables *Medea*, *Hipólito* y las dos *Ifigenias.*

Todavía tuvo Grecia, detrás de Eurípides, algunos trágicos, de los que sólo sabemos el nombre, pero tan medianos que puede decirse de ellos que con la muerte del autor de *Medea* viene la decadencia del género trágico en Atenas.

Al poco tiempo de arraigada la Tragedia, en el Teatro de Dionisos, sube á las tablas la *Sátira* y se transforma en *Comedia.* La escena realzada sobre la cual la comedia aparece, en Atenas, no pone ningún freno á su licencia nativa. Al contrario; la desvergüenza es su regla, la exageración su ley. Aquel tablado se levanta para la locura, como la mesa del banquete para la orgía. Sus personajes son Máscaras agrandadas por enormes caretas, que cubren cual gruesos cascos la cabeza de los actores. Sus visa-

jes fijos y exagerados suprimen toda gradación. Son caricaturas esculturales. De cada vicio sólo retratan el rasgo saliente. Cada tipo continúa inmóvil de la primera á la última escena. La máscara es la enseña grotesca del personaje. Y además de la careta los comediantes realzan su talla con zancos, ó con calzados altos, curvan y ahuecan sus pechos, hinchan sus vientres, joroban sus espaldas, ó las ensanchan; según el tipo modelan su cuerpo. Y su voz va al unísono de esas enormidades fantásticas. Con lengüetas de metal, la voz parece una bocina, ó un silbido, según los casos. Sólo con estas golas de cobre se podía dominar un público que tenía expansiones ruidosas como una tempestad.



Eurípides

Y en esto llega el genio creador de la Comedia.

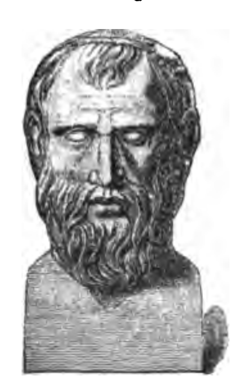
La comedia en este período sólo tuvo uno, pero notabilísimo representante, en Aristófanes. Hubo otros anteriores y posteriores, como Grates, Eupolis, Cratino, etcétera; pero de ellos sólo sabemos el nombre, por lo cual nos ceñiremos á hablar de Aristófanes, que fué contemporáneo de Sófocles y de Eurípides. El gran talento de este autor cómico consiste en presentar las cosas por su lado ridículo. Sus asuntos están tomados de la política, la crítica literaria y la Filosofía. La sal ática está derramada á manos llenas en todas sus comedias, que son un poco fuertes para nuestros días por la crudeza del lenguaje y las obscenidades que contienen. En *Las Ranas* critica á los literatos de su tiempo, á Eurípides sobre todo, creyéndose que esto decidió á salir de Atenas al trágico. Además de esta, tenemos completas *Las Nubes, Las Avispas, Los Caballeros, Los Acarnianos, Sócrates y Los Sofistas*, *Lisistrata*, etc.

Aristófanes, de esa gigantomaquia que acabamos de describir, de esa sátira enmascarada sin composición regular, mojada aún con el vino de la bacanal, supo hacer obras maestras. A su impulso ese caos se ordena, aparecen formas de una maravillosa poesía, armoniza el escándalo, de la locura hace surgir la razón. Con las colosales caretas nos hace sentir sobre la Tierra la inextinguible risa de los dioses.

Aristófanes era ante todo un Ateniense en el verdadero sentido de la palabra, un ciudadano viril y liberal que combatía todo lo que pudiera producir la destrucción de su República. Estudiando sus obras adivinamos su plan estratégico, cubierto por su exuberante fantasía. Sus mascaradas

tienen un orden como si fueran falanges. Todos sus personajes, hombres ó dioses, bestias ó fantasmas, abstracciones ó nulidades, todos se lanzan contra un mismo grupo de adversarios enemigos de la Patria, los innovadores malsanos de la Antigua Atenas, los retóricos, los sofistas, Sócrates, los demagogos; en una palabra, todos los heraldos de los dioses y de las costumbres de Asia, de los dioses muertos, de los dioses feos y de las turbas igualitarias y con instintos de esclavos. A todos los persigue el gran poeta bajo todas las formas, agresión directa ó alusión simbólica, lo mismo á Sócrates que á Cleón, que al propio Demos.

A latigazos licenció la soldadesca partidaria de la guerra. A los igualitarios los ridiculiza mostrándoles su utopía social conduciendo á una promiscuidad irrisoria. Lanza un enjambre de abejas sobre los jueces mercenarios. Amontona las nubes como una tempestad sobre la casa de Sócrates. Y hasta baja á los infiernos para descoronar á Eurípides.



Aristófanes

Esta lucha dramática se precisa por la *parabase.* A mitad de la pieza, el coro, que hasta entonces estaba agrupado entre el altar báquico y el escenario, desfila á lo largo del Teatro y se coloca como en línea de batalla delante de la gradería del público. El diálogo escénico para; ha llegado el entreacto. Entonces el Corifeo adelántase del coro hacia el público y dirige á éste la *parabase.* La parabase era una especie de arenga en que el poeta descubría su pensamiento. Frente á frente con el pueblo le explicaba el sentido de su obra. El Teatro venía á ser una tribuna en los entreactos; el histrión un orador. Así apostrofaba directamente á sus contrarios marcando los dardos con su propio nombre cual aquel arquero griego que firmó la flecha con la cual saltó un ojo á un soberano Persa. Aristófanes está magnífico en sus parabases. Coge por la barba á Demos y le dice todo lo que tiene en su corazón, sus acusaciones, sus resentimientos, sus compasiones, sus súplicas, y le muestra su imbecilidad y su inepcia. Entre dos escenas de *Los Acarnianos,* recoge dinero en un casco abollado en Marathón y en Platea, para los heroicos veteranos que sufren miseria. En *Los Caballeros* reprocha á Atenas su ingratitud hacia sus antiguos poetas, mostrándole al viejo Cratinos casi centenario, antes laureado en toda la Grecia, arrastrando sus harapos por plazas y calles, con sus gloriosos laureles secos, y su lira muda. En otra se levanta como sobre un pedestal, echando á sus pies á Cleón, el demagogo todopoderoso, cual el Apolo Pythio pisando el monstruo maléfico chafado. En otra avergüenza al Jurado del

premio que le rehusara, y con mano atrevida se ciñe la corona, de la cual no le consideraron digno.

Pero, á más de buen patricio y polemista, Aristófanes es un poeta incomparable, de una movilidad infinita, de una imaginación maravillosa, agrupando todos los efectos en su flexibilidad ondulante, la fuerza y la gracia, la invectiva implacable y la caricia tierna. La agilidad de su estilo es prodigiosa. En un momento pasa de la exaltadora marcha ditirámbica á la tierna frescura del idilio, de la adoración á la irrisión, del entusiasmo al cinismo, del entrecejo arrugado de la indignación á la boca francamente abierta de la risotada burlona. Si canta la gloria de la Patria, parece un Tirteo lanza en ristre. Si insulta á un enemigo, blande contra él esos *yambos* mortíferos de Arquíloco, que obligaban á Lycombo y á Nerbula á ahorcarse. Si su estrofa se abre á la vista del campo, parece la flauta del sátiro, llena del aire de los bosques y del aura húmeda de las aguas.

De repente una mueca horrible desfigura súbitamente su expresión heroica: es que se ha vuelto de cara al populacho. Baja del Templo y del Pórtico al fangoso arroyo, é increpa al vulgo, llegando á su caló grosero.

Con la variedad y la abundancia de palabras y de sentidos todo es vida, todo es profusión y animación en sus comedias. Una miriada de figuras de la época, un hormigueo de detalles pululan en sus versos. Alegrías agrestes, palabrería de mujeres, querellas domésticas, riñas de mercado, interiores de cocina, escenas de tribunales, tumultos de plaza pública, todo lo ha pintado Aristófanes con mano maestra. Si su Teatro hubiese desaparecido, nada sabríamos de la Atenas del siglo IV. Sin él toda la sal de la vida ática se habría evaporado.

Su distintivo es la alegría. Ella llena todo su Teatro. Como un sol riente sobre un campo de batalla, Aristófanes irradia buen humor hasta cuando ejecuta á sus enemigos. Y ejecuta viendo claro los hombres y las cosas que son culpables. Su risa desenfrenada, su irreverencia olímpica, es un dios el que las sostiene. Su carcajada está impulsada por el espíritu de Dionisos.

Una advertencia. Esa Comedia liberal, nacida con la libertad de Atenas, sólo podía vivir magnífica mientras la Patria fuese libre. Una libertad amplia y una prosperidad sólida, solas podían tolerar esta licencia satírica sin límites. Cuando la autónoma Atenas declinó, ya fué imposible.

Sólo más tarde reaparece, pero muy atenuada.

En esta edad maravillosa de la Humanidad, el espíritu griego sobresale en todos los géneros y lleva á todos los asuntos el orden, la medida, la proporción justa y la armonía. Poetas, dramaturgos, filósofos, historiado-

res, médicos, lo mismo que legisladores y artistas, todos rayan tan alto que la Humanidad aún, para su perfección, las mira como modelo. Y el tiempo en que vivieron todos estos hombres fué tan corto, dice Veleyus, que no había dos que no hubiesen podido conocerse. Y Pericles forma el centro de esta época de libertad, genial y magnánima; todo florece á su alrededor un poco antes ó un poco después.

Ahora pasemos á los prosistas.



Pericles (Museo británico)

Sostiénese con probabilidad que la Filosofía en Grecia nació bajo la influencia de la Inda y de la Egipcia. Nosotros creemos más bien que fueron las predisposiciones naturales de la raza las que la determinaron, sin que neguemos lo primero. La helénica era una raza intelectual y no podía tardar en pedirse una explicación racional del Universo.

Al principio hubo sólo los llamados siete sabios (1) que formulaban sentencias ó máximas para relacionarse con sus semejantes, y fabulistas que por medio de apólogos ó alegorías trataban de dar una lección moral á sus conciudadanos, tipo ideal de los cuales es Esopo, del que se ignora casi todo, y sí sólo se supone que fué un esclavo.

Pero pronto aparecieron verdaderos pensadores que trataron de formular un sistema del Universo.

La variedad de razas influyó en los sistemas.

Los Dorios, conservadores absolutistas, buscaron en las causas finales los motivos morales, el *porqué.*

Los Jonios liberales, republicanos, más humanos y más sensatos, buscaron el *cómo,* estudiando la Naturaleza y encadenamiento de los fenómenos, subordinando la moral á esto. Los primeros fueron más bien mora-

(1) Entre estos escritores filósofos primitivos algunos hacen figurar á Thales de Mileto, otros á Bías de Priena ó Pitacos de Mitilene, y á Solón de Atenas. Chilón de Esparta, Cleóbulo de Lindos y Periandro de Corinto completan el número; pero á la verdad, nada hay de fijo sobre el particular. De alguno de ellos, como es el último, puede dudarse de su *Sagesse,* pues como gobernante fué un tirano de los más crueles.

Han quedado de los siete sabios, como proverbiales, algunas máximas que Platón llama las *primicias de la sabiduría griega,* tales como: «Conócete á ti mismo.» «Huye de todo exceso.» «Escucha mucho y habla poco.» «La sabiduría la da la experiencia.» «Mala es la desgracia; peor el no saber soportarla.» «No hagas tú lo que te desagrade en los demás.» «La base de la libertad es una conciencia fuerte y limpia.» Y esta de Bías, al salir de su ciudad, caída en poder del enemigo: «En mí llevo cuanto tengo.»

listas y religionarios, los segundos filósofos en el verdadero sentido de la palabra.

Vamos á ver á la escuela Jónica, originando con sus escritos una moral humana y un saber directo, no dependiente para nada de las religiones.

El primer filósofo serio que encontramos fué Thales de Mileto, al cual se le ha considerado como fundador de la Escuela Jónica. Nació el 640 antes de J. C., y se cree que la familia de su padre era originaria de Fenicia; de modo que, á ser esto cierto, él sería el resultado de un cruce de Semita con Ario, ó lo que es lo mismo, de Fenicio con Heleno. Fué el primero en buscar las relaciones de los hechos ó lo que hoy llamamos leyes. Formuló varios teoremas matemáticos, especialmente sobre los triángulos, uno de los cuales le permitió medir la altura de las pirámides de Egipto por la sombra que proyectaban. Él fué quien indujo á los marinos Jonios á tomar como guía á la Estrella Polar y no á la Osa Mayor, demasiado alejada del polo. Siguiendo esta guía de observación de los fenómenos y de formulación de sus leyes, puso la base para libertar el espíritu de la teología. Thales rompió de frente contra la tradición; vió sólo fuerzas que dirigir allí donde los otros veían dioses que adorar. Tomó el Agua como el principio de todos los seres vivientes: «todo viene de ella y todo á ella vuelve,» decía. Así, el depósito de la fuerza generadora estaba en el mar; el Universo era para él un organismo viviente; y los dioses no eran más que las fuerzas naturales presentadas por la imaginación como seres antropomórficos.

Anaximandro fué amigo de Thales, aunque su especulación fuese algo abstracta. Construyó un *gnomon,* reloj de sol, una esfera y un mapamundi, calculando la inclinación de la eclíptica, y encabezó la descripción de su sistema en su libro περὶ φύσεως, sentando que *de la nada, nada puede salir.* Substituyó el elemento primitivo de Thales con un principio infinito, eterno, cuya esencia era el producir continuamente, en virtud de su propia fuerza, los fenómenos.

Anaxímenes siguió la senda de Thales, substituyendo al líquido elemento el Aire como elemento primordial de las cosas. «Rarificado—decía, —conviértese en fuego; condensado en nubes, y forma el agua, la tierra y las piedras según su grado de condensación.»

Heráclito de Efeso tomó como primer principio el Fuego. Y negó la existencia de los dioses y hasta la de un ser suprasensible. Concibió la idea de la permanencia de las leyes generales de la Naturaleza, á pesar de la variedad infinita de los fenómenos. Y formuló el siguiente axioma: «Todo se mueve, nada persiste,» πάντα χωρεῖ, οὐδὲν μένει. Una transformación

perpetua, una producción y una reabsorción continua eran para él la base del Universo. Así viene á ser el Padre del transformismo. En principio, no han escrito más ni Darwin, ni Spéncer. Generación y destrucción ya eran para él, como para los modernos, unión y separación, agregación y disgregación. La energía permanente, el movimiento eterno, todo está ya descrito por Heráclito. Veía la mejor manifestación de lo divino en la Humanidad, y esto era el pensamiento, la elevación del intelecto sobre las simples sensaciones orgánicas. Floreció 500 años antes de J. C.

Empedocles, nacido en Agrigento, en Sicilia, floreció 50 años después. Fué un gran físico, filósofo y poeta. Sus conciudadanos, que admiraban sus escritos sin poder penetrarlos, le erigieron una estatua velada, símbolo de la obscuridad que para ellos tenía su estilo. Como físico sentó la teoría de los cuatro elementos: Tierra, Agua, Aire y Fuego. Además de estos elementos, admite dos fuerzas fundamentales, el Amor y el Odio, que en la formación y en la destrucción del mundo representan, el uno la atracción y el otro la repulsión. Empedocles tendió á la metafísica y hasta se dice que se daba aires de taumaturgo. Creía en la metempsicosis y prohibía el uso de la carne, así como los sacrificios de seres vivientes.


Heráclito

Xenofanes, venido del Asia menor á la Italia meridional, ó sea á lo que se llamó la Magna Grecia, fundó allí la escuela de Elea, en la ciudad de este nombre. Combatió las ideas mitológicas sobre la esencia de los dioses, reemplazándolos por una concepción filosófica del Universo. Él fué quien calificó de puros antropomorfismos las divinidades, y dijo: «Si el buey y el león supieran pintar, pintarían á los dioses como ellos.»

Parménides fué poeta á la par que filósofo, y decididamente idealista, pues que afirmaba que fuera de la metafísica, que era lo real, sólo quedaba lo físico como apariencia pura.

Y Zenón de Elea llegó aún más allá, pues negó hasta el movimiento. Dícese de él que fué maestro de Pericles. La escuela Jónica se puede decir que fué determinista, como hoy se dice. La Eleática fué dialéctica esencialmente. A tal exceso llevó las ideas, que, sirviéndose de la razón, declaró puros fenómenos de impresión las cosas; la realidad era la inteligencia para los Eleatas, y la verdad la identidad del mundo con Dios.

En la misma Sicilia floreció Pitágoras, nacido en Samos hacia el año 510 antes de J. C. Emigró á Italia, según se dice, perseguido por el tirano Polícrates, y se estableció en Cretona.

La Magna Grecia era por aquel entonces un gran centro intelectual. Agrigento y Siracusa tenían grandes escuelas, y allí fue Pitágoras para fundar su nueva escuela. En contraposición á la escuela humana é inductiva de los Jonios, la de Pitágoras continuaba bajo nuevas formas el espíritu teológico absolutista y metafísico del Oriente asiático, que los Jonios repudiaran. En Pitágoras hay dos personajes; el uno legendario, al cual se atribuyen mil invenciones, y el otro real. En la falta absoluta de documentos, y habiéndose perdido la clave del lenguaje matemático simbólico en que envolvía su doctrina, es casi imposible apurar la verdad de lo que inventara ó escribiera. Sábese de él que viajó por el Asia y por el Egipto, tal vez llegó á la India. En el fondo sólo se sabe de cierto que fundó la escuela en Cretona y que enseñaba á perfeccionar y desarrollar los principios religiosos, tendiendo á un fin político.



Pitágoras, cornalina grabada (Vizconti, *Iconografía griega*).

Como hemos dicho, á Pitágoras no se le conoce directamente, sino por lo que de él dicen escritores posteriores; pero el carácter que resulta de sus escritos es la reacción mítica dogmática orientalista, en contra de la independencia democrática de los filósofos Jonios. Su ciencia, aunque matemática, va envuelta en la obscuridad de los símbolos y está animada por la superstición, ó, si se quiere, por la imposición al hombre, de lo suprasensible ó de lo incognoscible. Para Pitágoras la Naturaleza estaba sujeta al lenguaje, y éste y aquélla, y las palabras como los fenómenos, eran sólo símbolos de un ideal invisible que se revelaba al alma humana por los números. Así sus discípulos usaban fórmulas numéricas y geométricas simbólicas de algo oculto. Estos discípulos se reconocían por el triple triángulo, ó sea un triángulo cada uno de cuyos lados da origen á otro triángulo, ó por el pentágono.

La escuela Jónica partía de los hechos y se elevaba á principios generales. Pitágoras, al revés, partió de la idea más universal, de la de la divinidad, y procedía por deducción lógica, sin observación ni experimentación alguna. Su base era su raciocinio abstracto, basado en principios absolutos. El principio real de todas las cosas era, según él, la *monada*, esto es, la unidad absoluta, de la cual por oposición nacen la limitación, la dualidad, la imperfección, lo indefinible. El ideal humano estriba en desenredar los ánimos de los lazos de la dualidad, del mundo sensible, lo cual se obtiene dejando la ciencia de lo que varía, de lo fenomenal, como falsa, para obtener la ciencia verdadera del Ser inmutable, aprendiendo á redu-

cir la multiplicidad á la unidad. Y como consecuencia expone su teoría de los números, que para él son los símbolos exactos de las cosas. No seguiremos adelante en la exposición de las doctrinas pitagóricas, pues nos falta espacio para ello; sólo diremos que su moral resulta ascética, austera, de abstinencia y de represión de los sentidos.

Demócrito continúa la Escuela Jónica y es el filósofo que más se acercó á la verdad, tal como hoy día la consideran los sabios. Su nacimiento, en Abdera, se fija entre 490 y 464 antes de J. C. La de su muerte es incierta. Supónese que vivió 109 años. Viajó mucho. Estuvo en la Magna Grecia y en Egipto, y supónese que estuvo en Persia y en Caldea. No se saben detalles íntimos de su vida. Se le ha presentado como un enemigo de la tristeza y con la eterna y alegre risa de los dioses en los labios.

Combatió como malsanas la Escuela de Elea por su racionalismo vacío, y la de Pitágoras por sus supersticiones. Supónese que Leucipo fué su maestro. Gastó su fortuna para instruirse, y ridiculizado como derrochador por sus conciudadanos, los convocó y les leyó su obra Μεγας διάκοσμος, y éstos entonces, viendo que era el saber lo que le había arruinado, le indemnizaron ampliamente (1). Sus conocimientos eran vastísimos. Allí fué á pertrecharse Aristóteles, como á un arsenal. Sus ideas eran profundísimas. «*Hay que aspirar*—decía,—*no á la plenitud de la ciencia, sino á la plenitud de la inteligencia.*» Sentaba que para tener ideas aproximativas de la realidad había que hacer lo que él había hecho. «*De mis contemporáneos*—escribía—*yo soy el que ha recorrido una parte mayor de la Tierra, visitado las regiones más lejanas, visto más climas, oído más pensadores;* nadie me ha sobrepujado en las *construcciones y demostraciones geométricas, ni los geómetras de Egipto, donde he vivido cinco años.*» Una máxima suya es que «*el que ame la contradicción y la palabrería nada puede producir en serio.*» Él fué la fuente donde fué á beber Epicuro. Odiaba la dialéctica, á pesar de lo cual Aristóteles le nombra con respeto hasta cuando le combate. En cambio Platón lo combate sin nombrarlo, y en un momento de fanatismo quiso comprar sus escritos para quemarlos. Diógenes de Laertes lo afirma y Aristófanes lo garantiza.

Él fué el primero que formuló de una manera clara el sistema atomístico. Sus premisas son: 1.° Nada viene de la nada. Nada de lo existente puede ser anulado. Todo cambio ó destrucción no es más que agregacion ó desagregación de partes. 2.° Nada acontece fortuitamente. Todo tiene su razón de ser, ó sea su necesidad. 3.° No hay nada más que los átomos;

(1) Quinientos talentos, ó sean más de quinientos mil duros, y la erección de varias estatuas en su honor.

fuera de éstos, el vacío. Lo demás son hipótesis sin fundamentos. Lo dulce y lo amargo, el calor y el frío, el color y la obscuridad, existen sólo en nuestro pensamiento, son maneras de sentir los átomos y el vacío. 4.° El número de los átomos es infinito como sus formas. Cayendo y proyectándose á través del espacio inmenso, los más grandes, cuya caída es más rápida, chocan con los más pequeños; los movimientos laterales y los torbellinos que de ello resultan son la causa de la formación del mundo. Continuamente se forman innumerables mundos en el espacio inmenso, para desaparecer simultánea ó sucesivamente y dar lugar á la formación de otros. 5.° Las diferencias de todas las cosas provienen de las diferencias en tamaño y número, forma y coordinación de sus átomos constitutivos (¡había previsto ya la modernísima química del espacio!); pero los átomos en sí no tienen diferencias cualitativas. No tienen estados internos, sólo obran unos sobre otros por la energía de sus choques. 6.° El alma está formada de átomos sutiles, lisos y redondos, análogos á los del fuego. Son los más movibles de todos, y de su movimiento, que se comunica á todo el cuerpo, nace el fenómeno de la vida.



Demócrito (Museo de Nápoles)

Como se ve, aunque mezclados con principios erróneos á causa del poco

adelanto experimental de la época, Demócrito tiene ideas justísimas sobre la Naturaleza, que han dado lugar á muchos sistemas más modernos. Su moral está de acuerdo con la teoría de la felicidad y del placer, es decir, del acrecentamiento de la vida. Para él la serena tranquilidad del espíritu es el mayor de todos los bienes, y el hombre ha de obedecer sólo á los dictados de su corazón, sin inmutarse ni entristecerse ante los sucesos por tristes que sean. Sus obras son *El Gran Diacosmos, De la Naturaleza del Mundo, Sobre las piedras*, y alguna otra cuyo título no ha quedado.

El que se nos presenta formando contraste con la serenidad y la sabiduría de Demócrito es Sócrates (1). A Sócrates hoy día le vemos idealizado por la cicuta. Sus conciudadanos le veían sólo como un vagabundo ocioso, casi sin más ocupación que la de embaucar á los espíritus crédulos y torturar á los ilustrados, so pretexto de moral imperativa.

Sus cuestiones sutiles y su ergotismo sempiterno le hacían repugnante. Los Atenienses lo consideraban como un bachillero impertinente, como un inquisidor de la conciencia, como un polizonte del alma humana, un espía de los actos privados, un profanador de la sagrada *psiquis* de cada uno. Además era feo, innoble, y enemigo de la Belleza, que despreciaba. Tenía la frente abrupta, los ojos insolentes, la boca cínica, la barba irsuta, la nariz chata y el vientre hinchado, cual el de Sileno.

Su sucio palio de burel lleno de remiendos y de parches, sus grandes pies callosos, siempre desnudos, su conversación grosera, le hacían repulsivo. Era una vergüenza para Atenas. Sacaba sus comparaciones de los objetos más ordinarios, de las cucharas, de las tripas, de las ollas de sopa; su vocabulario estaba extraído del de los veterinarios y palefreneros. Embutía sus párrafos de trivialidades y de insolencias. Todo el día, y aun de noche, recorría los mercados, las tiendas de barbero, las casas de las prostitutas, los gimnasios y los paseos, sin más fin que el de controvertir y armar discusiones. Enseñaba á los hijos á no obedecer á sus padres cuando éstos les decían que no le escucharan. «*Quien se opone á la razón*—les decía—*es un insensato, y no se le debe hacer caso alguno.*» A veces se le encontraba como emboscado en los pórticos, atisbando detrás de una columna, como si fuera un esbirro de almas, esperando que pasasen los jóvenes, ó algún estratégico, ó un juez ó un artista, para detenerles y torturarles con su dialéctica hasta que les ponía en contradicción consigo mismos. Su dialéctica, aunque disfrazada de bonhomia, en el fondo no era más que sofística. Sólo consistía en tejer una serie de cuestiones capciosas, á

(1) Sócrates nació en 469 de una comadrona. Su padre era un escultor llamado Sofronisco. Él hacía estatuitas de los dioses, cuando joven. También fué militar, valiente y obstinado, según cuentan.

las cuales el interlocutor inocente respondía de buena fe, para envolverlo luego en otras cuestiones derivadas que reducían al absurdo sus respuestas. Cuando más se debatía el interlocutor, más él lo enredaba, hasta que al fin, viéndole perder la serenidad, lo acorralaba contra un dilema, que lo dejaba convicto de inconsecuencia ó de estupidez. Lanzaba su Εἰρωνεία sobre el viandante, como la red el pescador sobre los peces.

Los Atenienses estaban furiosos contra él. La moralidad del fin que él pretextaba no justificaba la ambigüedad de los medios. «Las verdades no deben ser alcanzadas con trampa, ni cazadas con ratonera,» decían. «Me escapo de sus cuestiones como un esclavo fugitivo, exclama Alcibíades (1), y cuando vuelvo á verlo me avergüenzo de las afirmaciones que me ha arrancado, y yo confieso que vería con placer que no fuera de este mundo.» Platón compara su contacto al del pez torpedo. Había gentes que huían al verle venir. Otros, no pudiéndolo evitar, se tapaban las orejas. Y no pocos le tenían un gran rencor por haberles arrancado confesiones contradictorias.



Sócrates

Aristófanes lo combatió en las nubes, como un enemigo de Atenas. No se ocupaba de la cosa pública, mas con su ironía la minaba. Se llamaba ciudadano de la Tierra, y no distinguía entre Helenos y Bárbaros. Ponía su moral sobre las leyes. Cual un árbol que diera frutos venenosos, aquellos de sus discípulos que se echaron á la vida pública, oprimieron á su patria. Trasímenes y Critias fueron los jefes de los treinta tiranos que diezmaron á Atenas. El mismo Xenofonte volvióse un *condottieri* mercenario, ya poniéndose á sueldo de los Persas, ya desertando al campo espartano. En Queronea combate contra su país propio. Pero hay más, en tiempo de los 30 tiranos, él fué de los tres mil que apoyaron la tiranía: ¿cómo no se quiere que, á la restauración de la democracia, los Atenienses, por liberales, por respetuosos de las opiniones que fueran, no le condenaran? Si le condenaron fué porque resultaba un enemigo de la Patria, y de la libertad de los ciudadanos. Hoy por hoy, un caso análogo provocaría en los modernos Estados el destierro ó el presidio, si antes los particulares no le hubiesen ya echado á palos.

No obstante, fué condenado sólo por dos votos. Y aún no á muerte, invitándole á que se escapara. Pero él atacó al jurado y pidió aún como

(1) Platón, *El Banquete.*

premio para sus ideas y sus actos que se le mantuviera á expensas de Atenas, y entonces fué cuando se le condenó á beber la cicuta.

Y muerto Sócrates, Platón se presenta. Platón, como Sócrates, ha perdido la fe en la Patria helénica á fuerza de generalizar. Ya no cree en el porvenir de Atenas. Y no obstante viene á establecerse á ella, no por amor patrio, sino por ambición personal, porque en ella cree que ha de encontrar su satisfacción y su alimento. Quiere ser conocido, llegar á ser célebre, universal. ¿Cómo utilizará su celebridad? Lo ignora; pero antes que todo, lo que quiere es hacerse un nombre. Después ya vendrá la dirección. El fin de Sócrates no le atrae mucho. Separóse de él y no fué de los discípulos que le sostuvieran en su desgracia. Pero, siendo hábil en extremo, se aprovecha de la reacción que se opera después de la muerte del maestro para presentarse como el depositario de su espíritu. La sombra de Sócrates cobija á su traidor discípulo al entrar en Atenas.

No echaríamos en cara á Platón ni su habilidad ni su prudencia, si se hubiera consagrado á una gran causa, á una gran misión vital y humanitaria. Pero sólo fué un dilettanti delicioso, un intelecto artístico. No supo vivificar la Patria como un gran espíritu, ni purificarla como un revolucionario. Siempre acogiéndose á Sócrates, dió sus lecciones en forma de diálogos. En el fondo no sólo es socrático, sino un poeta afeminado. No hay más que oirle. Él es «el amigo de Sócrates,» «el hijo de Apolo,» «las abejas del Himeto han depositado la miel sobre sus labios,» «un cisne joven que ha tomado el vuelo del altar de Eros ha anunciado la venida del filósofo.» La palabra le ha sido dada para «encantar á los hombres y á los dioses.» Y cuando la patria necesitaba almas fuertes y heroicas, intelectos viriles que la empujaran hacia el porvenir, él habla de «filosofar dulcemente y *con gracia.*» Sócrates había vertido á sus discípulos el descorazonamiento de su moral decadente, y no podían menos de obrar así todos.

La moderna crítica duda que todos los escritos políticos de Platón le pertenezcan por completo; *Las Leyes y La Política* se creen retocadas ó interpoladas. En cuanto al *Banquete,* aunque imitado de Xenofonte, resulta su obra maestra. Platón, al entrar en Atenas, vaciló entre si sería filósofo ó poeta. Pero aunque se decidiera por lo primero, siempre resulta un poeta. Así con su arte sublime Platón expone, insinúa, «hace hablar á los vivos y á los muertos,» desarrolla su acción y la *idea* como si fuera en un drama; discute, afirma, contradice, pero no se pronuncia. Por esto se le niega la paternidad de *El Sofista,* en el cual la fraseología es enérgica y contundente. Su estilo, admirablemente rico y armónico, se amolda maravillosamente á los asuntos que él trata, resultando grave ó placentero, grotesco ó sublime, según el caso.

Como filósofo clasifica, reune, resume, se apropia con una paciencia inaudita todo lo de sus predecesores y todo lo de sus contemporáneos, y con un espíritu socrático y ayudado de su imaginación se remonta hasta conciliar Heráclito con los Eleatas y con los Pitagóricos.

Platón nació en Atenas y se llamaba Aristocles. Después de sus viajes se puso el seudónimo de Platón, que quiere decir *ancho, amplio.* Era grueso, apasionado, ardiente en todas sus cosas, teniendo una voz atiplada y unos movimientos afeminados. Además tenía un gran poder sobre sí mismo, hasta dominar completamente lo que sentía. Así era, en el sentido propio de la palabra, un hipócrita, Ηιπο, κριτος, pues aparentaba á veces una gran calma teniendo una gran pasión comprimida. Cuando hablaba, su peroración era casi un canto. De él decían que era «el rival de las cigarras, que dejan sentir su música armoniosa en las sombras de Academos.» Infatigable y autoritario, infatuado como un pavo, imaginaba ciencias donde dictaba leyes, hijas sólo de su razón pura, y creyéndose poseer en sí mismo todo el saber humano, *Hagia sophia,* desdeñaba á los experimentadores por ser susceptibles de contradecirle. Aristócrata por instinto, la democracia «hería su ideal de medida y de armonía.» Tenaz y orgulloso, condena todo lo que no es él ó que le estorba; y afecta ignorar todos los que están cerca de él en su propia vía. Así nunca nombra á Xenofonte.


Platón (Museo de Nápoles)

Después de doce años de ausencia, después de haber estado en Egipto con los sacerdotes, en Italia con los Pitagóricos, y en Cyrene con Teodoro *el Matemático,* vuelve á Atenas (387) para fundar su escuela en los jardines de la *Academia,* en la cual enseñó durante cuarenta años hasta su muerte. A lo que parece, el pueblo de Atenas no le dió importancia. Transformó sus *conversaciones* en verdaderos *cursos,* é instituyó los *banquetes,* acaparando los jóvenes, que substraía á sus familias, á la escuela, á las fiestas, á los juegos nacionales, al Teatro y al Agora.

Su ciencia consistía en sentencias obscuras, dictadas en un lenguaje de iniciador.

Era un idealista que se creía libre de toda realidad y aun de toda ley natural. Desdeñaba la gracia femenina, y cantaba sus monstruosos amores sodomitas en el *Banquete* y en *Fedón*.

Así su sistema político era un comunismo idealista, un autoritarismo asiático, absoluto; las propiedades igualadas, y el número de ciudadanos restringido. Y todo subordinado á la ciudad, que es el Estado.

Como discípulo de Sócrates y de Pitágoras predicaba también un cosmopolitismo estúpido. Se llamaba ciudadano del mundo cuando no había más mundo civilizado que Grecia. Así preparaba la ruina de la hermosa civilización helénica, la entrega y sujeción de los Arios á los Semitas y Ugrofineses, de los civilizados á los bárbaros.

En el fondo tenía mil dudas que lo devoraban; nada sabía positivamente; pero recubría su ignorancia de ropajes poéticos, substituyendo con altivas y vagas frases las demostraciones que no podía dar.

Protágoras había enaltecido al hombre, haciéndole *la medida de todas las cosas*. Platón para contradecirle va á buscar á Babilonia é Israel la omnipotente y cómoda divinidad absoluta de los déspotas, *El que es*, el Indiscutible. «Los dioses lo pueden todo, ellos lo hacen todo, la virtud no se enseña, es un don de Zeus.» Y este Zeus de Platón es algo del dios judaico, un Cronos que de lo alto del Uranos envía las grandes calamidades, el hambre, la sequía, la peste y el contagio. Y si los pueblos desaparecen, si las mujeres abortan, si la patria decrece, todo es por la voluntad del Zeus Olímpico, ó bien el Cronos, destruye las murallas, hunde la flota y derrota el ejército. Pitágoras, Sócrates y Platón son los tres padres de la decadencia helénica.

Y en este estado aparecen los sofistas habladores, sin convicción, que proclaman que no había verdad más que en la inteligencia propia, y los retóricos que afirman que la belleza del discurso no depende de la convicción y del sentimiento de las cosas, sino de ciertas fórmulas que ellos enseñan.

Gorgias *el Siciliano* fué el principal sofista, exagerando las negaciones y la dialéctica de la escuela de Elea. Protágoras y Diágoras continuaron el atomismo. Cratilo se apoyó en Heráclito; Prodicus, Entímenes, Hippios, Polus, Callicles, Thrasimaco, y otros sofistas hablaban públicamente y viajaban explotando como un oficio el arte de enseñar á probar la identidad de los contrarios, la superioridad de lo inferior, la razón de la sin razón.

Sócrates, es verdad, quiso dominar en sus últimos tiempos el tumulto de los sofistas; pero partía de bases que no se lo permitían. Era demasiado semejante á ellos; era razón pura, y no observación exacta, y fué im-

potente, pues la razón funcionando en el vacío sólo produce sofismas.

Y en este momento aparece el gran Aristóteles.

En los dominios del pensamiento humano pasa un fenómeno muy notable. Los que lo cultivan, aunque sea en un sentido erróneo, siempre producen un beneficio.

Pitágoras, queriendo encontrar el símbolo abstracto del *en sí* de las cosas, hizo adelantar de una manera prodigiosa las matemáticas. Sócrates, queriendo esclavizar el hombre á una moral impuesta, le reveló el alto poder de su conciencia propia, y le enseñó á generalizar y á desprenderse del egoísmo particularista. Platón con su idealismo imaginativo de un mundo abstracto de las ideas preexistentes, con su imposición de una divinidad tiránica, condenando á los demostradores exactos como Eudoxio y Archytas, y haciendo del Bien «la propia esencia de Dios,» creó sólo por su arte de hablar, sólo por su armónica oratoria, sólo por su dialéctica ordenada, las palabras, «las expresiones psicológicas» que faltaban para marcar y comprender la superioridad del ser humano. Creyendo subordinar la inteligencia, la emancipa. Antes de él no existía un nombre genérico griego para distinguir el hombre de la bestia.



Aristóteles

Las relaciones de lo numérico y de lo geométrico de los Pitagóricos encuentran expresión adecuada, sus utensilios dialécticos en los escritos de Platón; y la inteligencia humana adquiere un gran caudal con ello.

Así Aristóteles encontró el terreno ya preparado. Aristóteles escuchó á Platón veinte años sin escribir nada. Y luego escuchó á sus émulos. Después se puso á escribir con una fecundidad prodigiosa, tanto que Platón exclama: «Aristóteles se ha desbocado como un potro; no necesita aguijón, sino freno.» Entonces fué cuando Filipo de Macedonia lo llamó para confiarle la educación de su hijo, que á la sazón tenía trece años, y éste fué digno discípulo de tan gran maestro.

Alejandro *el Grande* valió como emperador casi tanto como Aristóteles como filósofo.

Hízole aprender las letras en los grandes poetas, oradores é historiadores. La moral en la Naturaleza, después de haberle enseñado la de la tradición de todos los pueblos conocidos. La política se la mostró en la historia y en el conocimiento de los hombres y de las cosas, y especialmente

en el estudio de las varias constituciones escritas. Por fin le hizo abordar las Ciencias cuando ya tenía el espíritu formado.

Vuelto á Atenas, Aristóteles abrió el Liceo en 352 (antes de J. C.) cerca del templo de Apolo. Allí enseñó á sus discípulos al aire libre, paseándose por los pórticos y por los jardines, fundando así la escuela que después se llamó *peripatética*.

Alejandro Magno fué su gran amigo y le protegió en extremo. Pero una vez muerto este gran emperador, los Atenienses dejáronse arrastrar por una reacción idealista, exaltada, inconsciente, que sacrificaba la libertad del pensamiento y la labor intelectual á la disciplina enervante de los teóricos absolutistas. Entonces Aristóteles fué acusado de impiedad como continuador de los filósofos y cosmólogos jónicos, y tuvo que huir á Calcis, donde murió en 312.

Ayudado en sus investigaciones por la munificencia de Filipo, primero, y luego por la esplendidez del Gran Alejandro, observando y experimentando en medios y condiciones diferentes, su genio penetrante descubrió los secretos de la Naturaleza. Después de su muerte legó sus libros á Teofrasto. Y Sila más tarde se los llevó á Roma como precioso botín de guerra. Condenólos después la Iglesia primitiva, pero los Arabes-Persas, especialmente los Andaluces, los devolvieron á la Humanidad traducidos y comentados. Por fin, Urbano IV los hizo traducir «para el uso de los cristianos,» y en 1629 el parlamento de París, tomándolos bajo su protección, prohibió que se les atacara ó desfigurara en lo más mínimo bajo pena de muerte.

El infatigable Aristóteles había hecho la enciclopedia de su tiempo, «había hecho el inventario de los conocimientos humanos» buscando la verdad por todas partes, sometiendo sus descubrimientos á la experimentación. Observador preciso y admirador de Hipócrates, es el primero que dice que las ideas son la representación de los objetos, llegando á nuestro espíritu por medio de los sentidos.

Desdeñando el ir en busca de la Belleza absoluta y del mundo de las ideas preexistentes de Platón, concrétase á hablar *lo bueno* y *lo útil*. Lo bello hállalo sólo él en «la realidad viviente y concreta;» un paso más, y hoy hallamos que es el resultado de la vida llevada á su esplendor supremo, á su paroxismo.

Como ningún filósofo creía ya en los dioses, él tampoco cree en ellos. Los demás al reducir la divinidad á un dios solo, consérvanle aún caracteres antropomórficos, de personalidad, de ingerencia en los actos de los humanos, de soberanía real y consciente. Aristóteles, más filósofo, lo considera sólo como «el primer motor,» indiferente al hombre, que él no ha

creado, pero al cual atrae por la atracción universal que ejerce, sin ser ni providencia, ni juez, ni verdugo. «El hombre es una parte de la Naturaleza, y ésta le provee de todo, y va dirigido por la ley de la progresión, de lo mejor, fatal y necesariamente. Así los individuos se modifican,» pero cree que las especies son fijas. La Naturaleza, como una soberana artista, se mejora á sí misma. «La vida no depende de una casualidad, y no hay ninguna divinidad que la presida, ni que intervenga, ni que la socorra.» «Nada prueba una vida futura para la cual hayamos de prepararnos. No hay alma sin cuerpo.» El goce supremo del intelecto consiste en el descubrimiento demostrado de un hecho humano. Cada animal lleva en él «algo de la potencia de la Naturaleza y de la belleza de ésta.» Al hombre le toca conocer y aprovecharse de la potencia que le haya cabido, y el hacer resplandecer su belleza. En esto estriba la divinidad de su naturaleza. Así debe aplicarse para dar un fin á sus obras y no hacer nada en vano. «El hombre todo lo puede por sí y para sí. Sobre la Tierra, y en el seno de la Naturaleza á la cual pertenece, es donde ha de encontrar las fuentes de su felicidad y de su grandeza.» «Ninguna necesidad tiene de sondar lo insondable, de remontarse al éter, ni de confiarse á los dioses.» Anaxágoras había sentado que el hombre era la más inteligente de las criaturas porque tenía manos. Aristóteles dice que tiene manos porque es la más inteligente. Había previsto la moderna ley darvinista, que la necesidad desarrollando el pensamiento origina la función, y de la función nace el órgano.



Alejandro (cabeza en bronce, existente en el Museo Británico).

A la virtud abstracta opone el deber positivo, el desinterés, llegando al sacrificio hasta de la vida. Concibe el patriotismo como la tendencia á enaltecer el país digno y superior, no como un egoísmo que defiende porque sí los errores del local en que se ha nacido. A la religiosidad absoluta y á la moral imperativa abstracta de Platón y de Pitágoras, opone el deber ejercido en bien del hombre.

Lo que distingue al hombre, según Aristóteles, es la razón; y éste debe de ser sociable, tener una familia, una patria, y tender á la formación de la Humanidad. No opone la Humanidad á la patria, ni ésta á aquélla. No cae en ese vago universalismo que tantos males ha producido, que quiere borrar las patrias; no las opone entre sí, sólo quiere que por emulación

se superioricen y marchen al frente las mejores, formando su conjunto la gran familia humana.

En fin, fué el padre de la lógica, el inventor del método propiamente dicho, el ponderador de lo justo. Así en la sociedad democrática que él concibe reina la libertad, mas no la igualdad utópica. El número no debe de tiranizar al mérito, la cantidad no puede sobreponerse á la cualidad. «El régimen democrático es el mejor y el más estable, á condición de que en él prepondere la clase media, y de que la educación y el talento del ciudadano que se elige para gobernar sea adecuado á la función del cargo que desempeñar deba.» Ni tiranía, ni demagogia.

Aristóteles con su filosofía volvía á la época de la Escuela Jónica, y los tiempos le eran contrarios. Después de Aristóteles, los retóricos y los oradores favorecidos por el platonismo adquieren gran boga. Todos abandonan el conocimiento de *lo que es,* por la aspiración de lo que *debe ser.* Sus discípulos le hacen traición. Teofrosto y Aristóxenes caen en un empirismo grosero. Dicearco, Stratón y Aristón se exageran y preludian el sensualismo de Epicuro. Evemero hace historia con la mitología. Xenócrates, ex discípulo de Platón, abre una escuela que llama Academia para explicar Aristóteles, más abundante pero menos variado. Todos se preocupan de la moral, casi ninguno de la Ciencia. Los Cínicos afirman con Antístenes, que lo bello es lo bueno, y lo feo lo malo, y aconsejan el vivir, según la Naturaleza, despreciando las conveniencias sociales. Reducen los dioses á uno solo, y condenan la hipocresía, ó sea las reservas mentales. Pronto se pierden en groserías y en desvergonzadas extravagancias. Diógenes vive en su tonel y públicamente ejerce todas las funciones naturales, inclusas las del matrimonio. Crates de Tebas arroja al mar todos sus bienes, anda desnudo y bebe en la palma de la mano, seguido de su amiga Hiparquia, que abandona su casa y sus vestidos para imitarle.

Arístipo de Cirena se va al Africa y proclama que la virtud consiste en la armónica satisfacción de todas las necesidades y aun el más prolongado goce; y Teodoro saca la consecuencia, sentando que la verdad en sí no existe, y que el hombre debe atenerse á las impresiones poéticas y obrar de acuerdo con ellas para alcanzar el placer. Pero, *¿hay placer perfecto?,* pregunta Egesías, el escéptico, y se responde él mismo que no, y que lo bueno no es la vida, sino la muerte. Simón de Filunte sostiene que toda ciencia es vana; y Pirrón, del principio socrático, de que la Filosofía no debe tener por objeto el saber, sino la virtud, sienta la inutilidad de la ciencia y lo ilusorio de las imágenes suministradas por los sentidos.

La escuela de Zenón de Chipre, llamada estoica por el *pórtico* (στοα) en que se había establecido, prometía conciliar el sensualismo con la idea im-

perativa de una moral severa. Zenón de Chipre fué su fundador, sentando que la Filosofía es la ciencia de la perfección humana, la cual se manifiesta, no sólo en el pensamiento y en el conocimiento, sino también y más principalmente en los actos, subordinando á la moral la lógica, y á ambas la Filosofía. Admite á un Dios como ley de toda la Naturaleza y causa de toda forma y proporción. A él, pues, debe de asemejarse el hombre, viviendo según las leyes naturales, no habiendo más bien que la moral ni más mal que el vicio.

Y en esto aparece Epicuro tratando de establecer un sistema de acuerdo con la Naturaleza, siguiendo la buena dirección de los filósofos Jónicos. Pero la libertad de Grecia expiraba. Los Macedonios habían formado el Imperio, y, muerto Alejandro, se presentaba el tirano Antipáter. La atmósfera moral no estaba serena para formular un sistema del Universo exento de preocupaciones. Y Epicuro formuló el suyo sólo con un fin moral; el de obtener la tranquilidad de ánimo y resistir la desgracia. Se ha calumniado mucho á Epicuro presentándolo como un sensualista libertino, así como se ha enaltecido á Platón mostrándolo como un gran sabio. Ni Platón era sabio, ni Epicuro libertino. Platón era el supremo artista, el poeta de las ideas, sin conocimiento de la realiadad, que despreciaba. Epicuro era un hombre altamente moral, que buscaba un refugio en las leyes de la Naturaleza. Nacido en la Jonia, en Gargeto, estudió en Atenas, fuese á Colofón, á Mytilena y á Lampsaco, donde enseñó sus teorías. En esta última ciudad formó su escuela. Luego volvió á Atenas, donde compró una casa de campo con un jardín, y allí vivió con sus discípulos. En la entrada leíase este letrero: «Viandante, aquí te encontrarás bien; aquí reside el gozo, el bien supremo.» Y el bien supremo, el placer más elevado para Epicuro era «el goce intelectual de la comprensión, más noble y más elevado que el placer sensual, pues el espíritu halla emociones, no sólo en el presente, como los sentidos, sino en el pasado por el recuerdo y en el porvenir por la esperanza y las aspiraciones.»


Zenón

Epicuro, según cuentan sus contemporáneos, hasta sus enemigos, vivía con moderación y simplicidad, en una concordia y amistad perfectas entre sus discípulos, como en el seno de una familia. La antigüedad no ha conocido un ejemplo de vida más pura y más digna. Siendo buen patriota rehusó los cargos públicos. Reverenció los dioses, pero no los introdujo en la explicación de los fenómenos.

Tiene algo de Arístipo, pero no es tan activo. Hace derivar la virtud del entendimiento y de la prudencia, diciendo que para ser dichoso se ha de ser justo. Como todos los de su tiempo, pone la Filosofía y la Metafísica al servicio de la Moral. Si estudia la Naturaleza es para libertar al hombre de sus inquietudes. «El estudio de la Naturaleza—dice—debe fundarse en la observación cuidadosa de los fenómenos. Desde que uno deja la observación y se aparta de los fenómenos, uno está fuera de la Naturaleza y es arrastrado por mil quimeras.»

La física de Epicuro es la de Demócrito. «Nada viene de la nada, sino todo saldría de todo.» «Todo lo que existe es un cuerpo. Sólo el vacío es incorpóreo.»

Entre los cuerpos, unos resultan de combinaciones, otros son simples, elementos de toda combinación. El Universo es infinito, y por tanto infinito es el número de los cuerpos. Los átomos están en continuo movimiento, y ya están separados, ya se acercan y se unen. Y así de toda la eternidad. Los átomos no tienen más propiedades que la forma, el tamaño y el peso. Los átomos son más pequeños que todo tamaño capaz de ser medido. Su tamaño se nos escapa, pues son imponderables. Tampoco podemos medir sus movimientos ni sus formas, que sólo conocemos por sus resultados fenomenales. Su lógica es sensualista en el sentido especulativo de la palabra. No hay certeza más que en la percepción. El error es una relación de percepciones mal establecida. Su punto de vista psicológico es el mismo que el de Protágoras, pero exagerado. No podemos conocer el en sí de las cosas; sólo las imágenes de las cosas nos son conocidas. Y estas imágenes son el único punto de partida del pensamiento humano. Tales son las ideas de Epicuro.

Con estas teorías se cierra el gran ciclo del pensamiento helénico. En el momento en que Epicuro termina tranquilamente su larga existencia rodeado de sus discípulos en Atenas, Alejandría empezaba ya á ser el teatro de una nueva fase de la actividad intelectual griega.

Después de los filósofos pasemos á los oradores. Los retóricos y los sofistas son los que provocaron y aun abusaron de la oratoria. A pesar de la guerra encarnizada que declaró Sócrates á los Sofistas, continuaron éstos tal vez con algún provecho para la elocuencia, porque, limitado como es el hombre, no es fácil que conozca desde luego lo bello y lo verdadero sin el auxilio de sus contrarios; con éstos puede efectuarse la comparación y entonces se fijan los límites de cada cosa. Los que se ciñeron á estos límites más que los otros han sido reputados los mejores, así en la parte científica como en la literaria. Los afamados gramáticos

alejandrinos ó los críticos de Alejandría del tiempo de los Ptolemeos hicieron esta clasificación y comprendieron en el número de los buenos oradores atenienses á diez, de los que trataremos por orden. Estos son Antifón Ramnusio, Audocides, Lisias, Isócrates, Iseo, Esquines, Licurgo, Hipésides, Demóstenes y Dinarco.

Antifón (nació en 480 y murió en 410 antes de J. C., 344 de Roma), á quien se daba el sobrenombre de *Ramnusio* por haber nacido en Ramno, pueblo de Atica, y para distinguirle de otros del mismo nombre, fué poeta, médico, profesor de Retórica, político y escritor de discursos para otros. Durante la guerra del Peloponeso en 410 fué derribado el gobierno popular en Atenas y substituído por el llamado de los 400. Tuvo mucha parte en esto Antifón, por lo que restablecidas las cosas á su primitivo estado fué condenado á muerte, á la confiscación, á la infamia y á ser arrojado su cadáver fuera del territorio de la República. De las sesenta oraciones que le atribuyen los antiguos sólo quedan quince, que pertenecen al género judicial. Es fecundo en recursos oratorios, feliz en la exposición, pero muchas veces trivial.

Audocides nació (468 antes de J. C., 286 de Roma) en Atenas ó en un pueblo inmediato: sirvió á su patria en varias ocasiones, que él enumera, contra Alcibíades. Pasó una vida muy agitada por causa de sus travesuras, una de las cuales le expuso á él y á su familia á un gran peligro. Parece que fué de los que mutilaron en una noche todas las estatuas de Júpiter que había en las calles, plazas y otros sitios de Atenas. Fué considerado esto como un gran sacrilegio, por el cual se procedió contra más de 300 personas, algunas de las cuales sufrieron la pena capital. También fué acusado de haber violado los misterios de Eleusis, lo que era un crimen. Está su defensa en su oración *sobre los Misterios*. En otra *sobre su vuelta* procura granjearse el favor del pueblo, ofreciendo comunicar al Senado un secreto de la mayor importancia. En la tercera aconseja hacer la paz con los Lacedemonios. La cuarta es una invectiva contra Alcibíades. Este orador tiene mucho talento y despejo; está muy enterado de la historia de su país y de los manejos de los políticos, y presenta con mucha claridad los pensamientos, pero no con novedad.

Lisias nació (en 458 y murió en 378 antes de J. C., 376 de Roma) en Atenas, adonde su padre, Céfalo, rico Siracusano, había trasladado su domicilio. A los quince años, muerto ya el padre, fué con su hermano Polemarco á Turio, nueva ciudad que se levantaba en Italia, en el golfo de Tarento, en lugar de Sibaris, destruída por los Crotoniatas. Permaneció en ella treinta y tres años, hasta que fueron expulsados todos los Atenienses con motivo de haber Atenas mandado una escuadra contra Siracusa,

aliada de Turio. Bajo el gobierno de los 30 tiranos fué perseguido en Atenas donde se había retirado, pero habiéndose unido á Trasíbulo, y cooperando con toda su fortuna para derribarlos, pudo volver con todos los demás á dicha ciudad. A pesar de este gran servicio prestado á la Patria, y á pesar de haber intercedido por él el mismo Trasíbulo, no pudo recobrar el derecho de ciudadanía, que había perdido inscribiéndose en Turio. Se ocupó en componer discursos forenses para quien se los pidiese. Sus contemporáneos le atribuyeron 400: quedan solamente 31, á más de una oración fúnebre que se considera su obra maestra, y el exordio de dos políticas. El mérito de Lisias está en el lenguaje, en la invención y en la construcción. Sus oraciones eran tenidas por clásicas y por modelos de estilo. No hay, pues, que decir que reinan en ellas la pureza, la propiedad, la precisión y la claridad, que es resultado de estas cualidades. Su inventiva le hacía encontrar recursos en las causas en que un talento mediano no hubiera sabido encontrarlos. En la colocación de las palabras y en el orden de los pensamientos era excelente. Sin embargo, le faltaba la emoción y los grandes efectos. Cicerón dice de él que era un escritor elegante y casi un orador perfecto.

Isócrates (nació en 436 y murió en 338 antes de J. C., 416 de Roma) fué gran preceptista, gran filósofo, gran político y famoso orador. Su escuela de Atenas se vió concurrida por los jóvenes más ilustres por su nacimiento y su mérito; de ella salieron los príncipes de la elocuencia ateniense según Cicerón, como habían salido del caballo troyano los príncipes del ejército helénico. Aunque hijo de un artesano, enseñando y escribiendo discursos para otros llegó á ser uno de los ciudadanos más ricos de aquella ciudad, á quien como tal la demagogia le hizo armar un buque á su costa para el Estado. Como filósofo aventaja á todos los oradores, pues sus oraciones están más nutridas de filosofía que las de ellos. Estaba en correspondencia con los reyes de Macedonia, de Esparta, de Chipre, y con los más importantes personajes de Grecia, con quienes trataba asuntos del más alto interés político. La filosofía política es la parte que más descuella en sus discursos. Aunque se ha dicho que Isócrates fué famoso orador, no debe entenderse en el sentido que se da á esta palabra, sino en el de buen escritor de arengas, ya se pronuncien, ya dejen de pronunciarse. Dos cosas le faltaban muy necesarias al que ha de hablar en público, buen órgano de voz y valor; por lo cual no habló más que una vez, y esta fué en interés propio. Su elocuencia era sólo, pues, de dialéctica y de estudio. Dicen que uno de sus mejores discursos, el *Panegírico*, le costó quince ó diez y seis años de trabajo. Se cree que escribió más de sesenta, pero no se le conocen más de veinticinco ó veintiocho. Entre los del género moral se distin-

gue el dirigido á Demónico, en que da varios consejos á la juventud; y después ha dejado otros políticos y forenses.

Iseo nació en el siglo IV antes de J. C., pero no se sabe fijamente el año en que nació ni tampoco el de su muerte. Iseo tenía escuela de elocuencia en Atenas, y se cuenta que cerró dicha escuela y despidió á sus discípulos para dedicarse exclusivamente á enseñar á Demóstenes. Los antiguos encontraban muchos puntos de semejanza entre este orador y Lisias, pero hay entre ellos dos diferencias que saltan á la vista. Lisias es muy justo en el plan y exquisito en las formas, careciendo, no obstante, del claroscuro que tanto hermosea el discurso, sencillo sin ser bajo, y tan ingenuo que no puede dudarse de la verdad de lo que apoya. En Iseo se ve una gran suma de esfuerzo y labor y no lleva el convencimiento al ánimo sino á fuerza de razones, unas buenas y otras más ó menos artificiosas. Así todo él resulta complicado y penoso. De Iseo se poseen dos discursos íntegros y fragmentos de otros dos, pero todos ellos no son sino escritos de abogado, hechos por sus clientes y teniendo por motivo herencias y sucesiones.



Isócrates

Licurgo pertenece también al siglo IV, y como los oradores de que trataremos á continuación, su género no fué exclusivamente el forense, sino más bien se dedicaron á la política y hablaron para el pueblo, pues las circunstancias porque atravesaba Grecia favorecían mucho este modo de elocuencia. Licurgo procedía de una distinguida familia y fué discípulo de Platón y de Isócrates, dedicándose desde muy joven á la cosa pública. Integro é incorruptible, llevó la administración del tesoro de la Patria con una escrupulosidad que se hizo proverbial. Severísimo para administrar justicia, no dejaba pasar ningún atentado sin correctivo y no transcurría un día sin que fuese á deponer sus acusaciones ante los jueces. Contemporáneo de Demóstenes, estuvo siempre unido á él en la cuestión política, y con él fué encargado por el gobierno de tantear el ánimo de los aliados, cuando Filipo se preparaba por segunda vez á la conquista de Atenas; consiguieron la alianza de Tebas y persuadieron al pueblo para que declarase la guerra al Macedonio; pero la derrota de Queronea, debida á la inepcia de los generales, abatió las esperanzas de los Griegos, mas no disminuyó el patriotismo de Licurgo, sino que convocando al pueblo acusó á los generales del crimen de lesa patria.

De Licurgo sólo nos ha quedado un discurso del cual se sabe la historia. A raíz de la derrota de Queronea, el gobierno dispuso que todos los campesinos se reconcentrasen bajo los muros de Atenas, ordenando que los jefes acudiesen á la defensa poniéndose al frente de todos los ciudadanos sin distinción. Sin tener en cuenta esta orden, Isócrates abandonó la ciudad con toda su familia. Ocho años después volvió dicho individuo, y Licurgo, á pesar del tiempo transcurrido, le acusó de alta traición y le hizo condenar. En este discurso de acusación se ven grandes condiciones de oratoria, orden y claridad y perfecto conocimiento del asunto; pero campea en él un alma dura, implacable y fanática, incapaz de perdonar, poseído por un ciego amor de patria.

De Hipésides nada nos ha quedado sino una anécdota y un juicio de Longino. La anécdota es ésta: habiendo sido acusada de impiedad la hermosa y célebre cortesana Frine, con quien sostenía relaciones amorosas, se encargó de su defensa, y, viendo que no podía convencer al tribunal con sus razones, quitó el velo que cubría el cuerpo de Frine, y los jueces, maravillados por tanta hermosura, á la que los griegos rendían especial tributo, pronunciaron un fallo absolutorio. Longino dice de él, en su tratado de lo *Sublime,* que es festivo, elegante, que maneja bien lo patético, pero que no llega á las alturas de lo sublime. Hipésides murió en Corinto á manos de Antipatro.

Esquines sigue á Demóstenes en orden al mérito. Nació en el siglo IV antes de J. C. Esquines debió mucho más á la naturaleza que al arte el elevado puesto que alcanzó en la tribuna. Su padre tenía escuela de primeras letras en Atenas y nuestro orador le servía de ayudante, dedicándose al mismo tiempo á la gimnasia y al teatro, donde él representaba algún personaje. Entrometido, osado y perspicaz, fué relacionándose con ciertos hombres públicos, y uno de ellos, Eubulo, le hizo su secretario. Esquines no desperdició tan hermosa ocasión para empaparse de la cosa pública y pronto estuvo al corriente de todos los negocios de su país. Grecia pasaba en aquel entonces una crisis muy favorable para los hombres emprendedores y osados. Filipo, rey de Macedonia, había puesto sus miras sobre ella y trataba de ejercer cierta hegemonía, á la cual no podían someterse los Griegos sin manifiesta humillación. Esta hegemonía era la suprema y constante preocupación de Atenas, como era el deseo vehemente de su rival Esparta, si bien Atenas la venía ejerciendo por varias circunstancias que son del dominio de la historia, con bastante despecho de los Espartanos. Excepción de los de Atenas, los demás Estados de Grecia fueron *filipizándose,* es decir, reconociendo la superioridad de Macedonia, bien por el poder de las armas, ó, las más de las veces, por medio del oro discretamente

repartido. Atenas resistía, gracias á la influencia de un grupo de espíritus fuertes, que no cejaban en oponerse á aquel conquistador que se presentaba á ellos con el título de amigo. En vista de este estado de cosas, no sabiendo qué pensar de las intenciones del Macedonio, resolvieron enviarle una embajada con objeto de ultimar un tratado y ver claro en la tirante situación en que se encontraban. Firmóse un tratado de paz, en el que Esquines representó el primer papel y entre los embajadores figuraba Demóstenes. Pero Filipo, tres meses después del pacto, arremetió contra los Focenses, faltando á lo tratado. Los de Atenas quisieron auxiliar á los de Focio, pero Esquines les disuadió de buena ó de mala fe. De aquí tomó pretexto Demóstenes para lanzar una acusación contra Esquines. Éste pronunció en su defensa tres discursos, que los antiguos llamaban las *tres piezas*. Salvóse á duras penas de la acusación, y le guardó á Demóstenes gran inquina. Habiendo propuesto un senador que se coronase á Demóstenes como benemérito de la Patria, Esquines hizo un notabilísimo discurso queriendo probar lo injusto de la coronación; pero con todo, Demóstenes se sobrepujó á sí mismo y pronunció su celebérrimo discurso de la *Corona*, que le valió el triunfo. Como el acusador que no reuniese una quinta parte de los votos era, según las leyes de Atenas, condenado á pagar una fuerte multa, Esquines, puesto en este caso, eludió la penalidad, emigró de su Patria y se trasladó á Samos, donde murió.


Demóstenes (busto existente en el Museo de Berlín)

Llegamos al príncipe de la elocuencia, al gran Demóstenes, contemporáneo de los dos últimos, puesto que es también del siglo IV antes de J. C. Su padre era un forjador de espadas, en Atenas, y se sabe que su madre se llamaba Cleóbula. Tomó lecciones de Iseo, que con Isócrates compartía entonces la enseñanza de la elocuencia, y se dedicó desde muy joven al estudio de la política, consultando á todas horas las obras que de ella trataban y principalmente las de Platón y Tucídides. A sus grandes disposiciones naturales, mermadas, según se dice, por una tartamudez que venció á fuerza de constancia (1), unió un constante estudio de todo cuanto pudiese serle beneficioso para la carrera que pensaba emprender. Empezó

(1) La tradición cuenta que con la boca llena de guijarros dirigía interminables discursos á las olas, procurando dominar su ruido.

dedicándose al foro, después á la enseñanza, y por último se dedicó á la política por entero. Dióse á conocer por su odio á Filipo, y le enderezó sus famosas *filípicas* que le valieron el conquistar la opinión y el hacerse oir por donde quería. Demóstenes fué el más temible adversario que tuvo Filipo. Combatió siempre por la independencia de su Patria y murió á manos de Antipatro, á quien cupo la Macedonia después de la muerte de Alejandro. «Él fué el primer orador Griego, dice un crítico contemporáneo, con lo que está dicho que aventajó también á los latinos, pues aunque algunos quieren discutirle la primacía para darla á Cicerón, andan equivocados en esto; pues le lleva de ventaja la prioridad y el haber sido el modelo que sirvió al orador latino para formarse en la oratoria.» Filipo decía de sus discursos que eran como un ejército aguerrido formado en línea de batalla, en tanto que los de Isócrates eran como atletas que sólo buscaran el proporcionar placer con sus ejercicios. A tener la mímica de Esquines, el don de la palabra no hubiese tenido mayor representación sobre la Tierra. Se han conservado de él las *Filípicas,* las *Olimpiacas* contra Esquines, el de la *Corona* ya citado, y otros contra varios.

Dinarco, Ateniense, ó Corintio según otros, es del siglo III antes de la era vulgar. Sólo se sabe de este orador que, perseguido por Demetrio Poliorcetes, cuando éste se apoderó de Atenas, tuvo que retirarse á Calcis, donde permaneció quince años. Se conservan de Dinarco tres discursos políticos dirigidos contra Demóstenes, contra Aristógiton y contra Filocles sucesivamente, por el delito de concusión.

Démades, hijo de un anciano, llegó por su solo esfuerzo á ocupar un puesto importante en la República. Fué rival de Demóstenes en política, y *filipizó,* es decir, siguió el partido de Macedonia. Era de carácter falso y malintencionado, y por sus consejos se decretó la muerte de Demóstenes y otros ciudadanos notables de Atenas; pero habiéndosele sorprendido una correspondencia que le comprometía mucho, pagó su mal proceder, y murió por orden de Casandro. A Démades se le reconocía una gran facilidad para la improvisación; de sus discursos nada nos ha quedado, como tampoco de Calístrato, del que decía Demóstenes, preguntado si era mejor él ó Calístrato: «Para leído yo, para oído Calístrato.»

Foción cierra este ciclo de grandes oradores. Aun cuando es más conocido como gran estadista, como buen patricio y como guerrero por los muchos sacrificios que hiciera por su Patria, los cuales le fueron pagados por sus ya decadentes conciudadanos con la más negra de las ingratitudes, Foción es un modelo de oradores. Sus discursos políticos son sublimes, al par que sobrios; sublimes por la franqueza y la lealtad, que dan á su lenguaje una fuerza inaudita. Sus arengas militares son un ejemplo

de concisión y de heroísmo. Foción, desconocido de sus contemporáneos, la posteridad lo reivindica.

Y entremos ya en la prosa histórica, citando en primer lugar á Herodoto de Halicarnaso, que nació en esa capital en 480 antes de J. C. y pertenece por lo tanto al *período ateniense.* Visitó gran parte del Asia, ó sea todo lo que estaba sujeto al rey de Persia, todos los lugares de la Grecia famosos por algún concepto, y gran parte del Egipto. A la edad de veintiocho años hizo una lectura pública de la primera parte de su historia en los juegos olímpicos, mereciendo gran aplauso, y después la de toda ella, en Atenas, recibida con igual aprobación. Herodoto es muy verídico en sus relatos, sobre todo cuando afirma lo que ha visto, pues lo fabuloso ó extraordinario lo cuenta con la debida separación y teniendo buen cuidado de advertir que se lo refirieron. Dividió su *Historia* en siete libros, cada uno de ellos dedicado á una de las siete musas, la cual es un verdadero monumento de esa Edad Antigua.



Estatua de Foción

Tucídides es contemporáneo de Herodoto, pues nació diez ó doce años después, y según sus biógrafos, era hijo de Oloso, perteneciente á la familia de Milcíades y emparentado con los reyes Tracios. Fueron sus maestros el filósofo Anaxágoras y Antifón el retórico. En la guerra del Peloponeso se le concedió un mando; pero habiéndole los Lacedemonios tomado á Anfípolis, el Senado le desterró de Atenas, y se retiró á la Tracia, donde su mujer poseía minas de oro. Allí permaneció veinte años ocupado en escribir la guerra del Peloponeso, con las notas que se procuró como testigo presencial y los datos que reunió de varios. Esta obra es uno de los modelos más acabados de la lengua griega, y domina, en toda ella, el más puro estilo ático, si bien con bastante frecuencia sacrifica la claridad á la concisión. Su *Historia* sólo comprende veintiún años de los veintisiete que duró la guerra, lo cual indica que el autor moriría antes de terminarla.

Otro historiador que puede sostener el parangón con Tucídides sin gran desventaja es Jenofonte, hijo de Grilo, un distinguido ciudadano de Atenas, nacido el año 445 antes de J. C., el cual después de haber servi-

do con gran valor en la guerra del Peloponeso, se alistó con otros Griegos bajo la bandera de Ciro el Menor. Muerto este caudillo, encontráronse en el centro de Asia, en la provincia de Babilonia, unos diez mil Griegos perdidos en país enemigo. Pero aconsejados y dirigidos por Jenofonte, no quisieron rendirse á Artajerjes y emprendieron la retirada hacia la patria. Por todo esto fué desterrado de Atenas y se refugió en Esparta, muriendo de edad avanzada en Corinto después de una vida muy accidentada. Además de la *Retirada de los diez mil*, ó expedición de Ciro Menor contra su hermano, que tituló *Anabasis*, escribió la *Ciropedia*, *Las Helénicas*, continuación de Tucídides hasta la batalla de Mantinea, *Memorias y apología de Sócrates* y otra porción de obras que le valieron uno de los puestos más distinguidos en la república de las letras y el dictado de *abeja ática*.


Herodoto

Filisto, amigo y confidente de Dionisio, tirano de Siracusa, vió la luz en esa ciudad en el año 360 antes de la era vulgar. Caído en desgracia, Dionisio le desterró, y Filisto fijó su residencia en Adira, donde escribió las *Antigüedades de Sicilia* en siete libros, la *Historia de Dionisio*, y también la de *Dionisio el joven;* pero desgraciadamente nada se ha conservado de él.

Teopompo, otro historiador del cual sólo quedan datos biográficos y el título de algunas obras suyas, es natural de Chios, vivió á mediados del siglo IV antes de J. C. y escribió la *Continuación de Tucídides*, las *Filípicas*, las *Helénicas* ó *Historia de Grecia* y un *Resumen de Herodoto*. Según Cicerón, el estilo de Teopompo era brillante, elevado, si bien pecaba de algún amaneramiento, y según Dionisio de Halicarnaso, usaba comparaciones innecesarias é inoportunas y era demasiado crédulo.


Tucídides

La Medicina entre los Griegos tiene un origen fabuloso; pues, según ellos, Esculapio, hijo de Apolo, fué el primero que introdujo el arte de curar, y por este motivo se le levantó un templo en Epidauro, y sus descendientes, los Asclepiades, que poseían el secreto de la Medicina, ejercían tan útil cargo. Estos Asclepiades formaron dos escuelas, la de Guido y la de Cos. Hipócrates, natural de esta última, no contento con los conocimientos que formaban el fondo de la familia de los Asclepiades, aprendió la Medicina de hombres sabios, así Griegos como extranjeros, y estudiando la naturaleza logró arrancarla muchos tesoros para la salud humana, como lo demostró en una epidemia que devastaba á Atenas,

la cual consiguió disminuir, gracias á sus sabias prescripciones. Escribió los *Pronósticos y aforismos* y algunas otras obras de clara dicción y sencillo estilo. También Dioscórides, buen botánico, ha dejado un libro sobre *Materia médica*, muy apreciado por la posteridad.

Y con estos autores se cierra el período brillante de Grecia, ese período en el cual todo es proporción, todo es belleza; ese período inmortal en que la libertad republicana existió sin la igualdad niveladora, y en que el Arte, las Letras y la Filosofía rayaron tan alto que aún nos iluminan. Al cerrar este trozo de historia literaria no queremos decir que en ese período no hubiese otros autores; pero el bárbaro atentado de la quema de la Biblioteca de Alejandría ha privado á la Humanidad de sus escritos, y de no pocos hasta de sus nombres.

CAPITULO II

LOS GRIEGOS DE ALEJANDRÍA Y DEL IMPERIO ROMANO

REGLAMENTACIÓN DE LAS LETRAS BAJO LOS PTOLEMEOS. POETAS BUCÓLICOS, ELEGÍACOS Y PLÉYADE TRÁGICA. ORADORES Y CIENTÍFICOS.—GRECIA ROMANA. ORADORES, HISTORIADORES, MÉDICOS.—ENTRA EN EL IMPERIO EL PUEBLO JUDAICO, POR ALEJANDRÍA. LA BIBLIA Y SU REDACCIÓN JEOVISTA. CARÁCTER DE LA LITERATURA ISRAELITA. SE MODIFICA EN JERUSALÉN. SE HELENIZA EN ALEJANDRÍA. LOS PROFETAS. LOS APOCALIPSIS. JUDÍOS HELENIZANTES. EL DIOS ÚNICO ADONAÍ. LITERATURA EVANGÉLICA.—ALEJANDRÍA ROMANA. NEOPLATÓNICOS. TAUMATURGOS. GNÓSTICOS. JULIANO EMPERADOR. PERÍODO BIZANTINO. ESCASEZ DE ESCRITORES. CRONISTAS Y GRAMÁTICOS.—PADRES DE LA IGLESIA CRIEGA.

Después de la muerte del Gran Alejandro, aquellos de sus capitanes á quienes tocó el Africa en el reparto fundaron grandes ciudades en Egipto, en las cuales las letras encontraron un amplio asilo y una protección espléndida. Ptolemeo Soter, Ptolemeo Filadelfo, Ptolemeo Evergete acogieron á los poetas y á los prosistas, fundaron bibliotecas, abrieron el Museo y prepararon un florecimiento en su Imperio, si bien no tan genial como el de Atenas, agradable y bello por todos conceptos. Los libros amontonados por ellos, y transcritos por los literatos que ellos mantenían como altos dignatarios en su corte, provocaron nuevos estudios. Disminuyó el genio y la invención, pero aumentó el estudio y el talento. La Gramática y la Filosofía llegaron á su apogeo. Aristófanes de Bizancio y Aristarco de Samotracia dirigieron y reglamentaron el amor á la Literatura. Gracias á sus trabajos, la Antigüedad Helénica vino á ser objeto de una alta admiración reflexiva.

Aunque la corriente general fuese dirigida por una crítica nimia ó por una ciencia demasiado seca, no dejaron de producirse gloriosas obras, como las *Elegías* de Calímaco y los *Idilios* de Teócrito. Además hubo poetas didácticos, como Aratus y Apolonio de Rodas, á quienes hoy aún se cita con respeto por haber sido los dignos maestros de Propercio, Ovidio

y Virgilio. Habiendo perdido Atenas su libertad, desaparecida del mundo político, toda la actividad intelectual griega transportóse á Alejandría y á Pérgamo. Hase querido rebajar el período alejandrino, y esto es una injusticia. La gracia griega pudo diluirse al extenderse, el genio convertirse en talento al multiplicarse, pero no desaparecieron.

Al entrar en el período alejandrino nos encontramos con un sinnúmero de poetas y escritores, de los cuales nos han quedado: de unos, sólo el nombre; de pocos, algunos fragmentos; y del menor número, las obras completas ó datos suficientes para poder apreciarlas.

De los poetas bucólicos tenemos á Teócrito, Bión y Mosco, los principales, y contemporáneos, en cuanto á los dos últimos indudablemente, porque el mismo Mosco se llama discípulo de Bión. Bión nació en Esmirna, pero pasó la mayor parte de su vida en Siracusa, en donde fué envenenado, según parece. De Bión se conservan cinco idilios, uno de los cuales, el dedicado á la muerte de Adonis, es una preciosa elegía del género pastoral. Mosco era de Siracusa y, como hemos dicho, discípulo de Bión. Se dedicó á la poesía bucólica, pero los idilios que de él nos han quedado pertenecen más al género lírico que al bucólico. El segundo, en que canta el rapto de Europa, es de una hermosura singular, abundando en descripciones bellísimas, que tienen el defecto de ser un tanto extensas. Siracusano también es Teócrito, y pasó bastante tiempo en la corte de Ptolemeo Filadelfo, que protegía al poeta y no quería separarse de él; pero Teócrito prefería la modestia de su hogar. Se le considera como el padre de la poesía bucólica, pues se dedicó á componer idilios, bellísimos en su mayor parte, y de los cuales Virgilio imitó varios y aun copió algunos. Su obra más hermosa no es precisamente un idilio, sino una composición sobre costumbres populares, titulada *Las Siracusanas.*

Entre los elegíacos sobresalió Filetas de Cos, del cual sólo han quedado fragmentos. Sus contemporáneos le compararon á Calímaco. Calímaco es, sin duda alguna, el primer elegíaco griego; vivió en la corte de Ptolemeo Filadelfo, el cual le empleó en el Museo. De sus elegías sólo conocemos la versión latina de una de ellas, *A la cabellera de Berenice,* hecha por Cátulo. Quedan además seis himnos elegíacos, donde demuestra Calímaco un gran conocimiento del corazón humano. Posee un estilo hermosísimo.

Apolonio de Rodas, llamado así porque residió mucho tiempo en esa ciudad, pues era de Alejandría, se dedicó á la enseñanza de la Retórica con mucho aplauso. Fué discípulo de Calímaco, y su obra capital son *Los Argonautas,* que los antiguos reputaban como el segundo poema griego, dividido en veinte cantos y cuyo asunto es el viaje de Jasón en busca del

vellocino. El poeta latino Valerio Flaco compuso un poema del mismo título, siguiendo el modelo de Apolonio.

En este período la Tragedia estuvo representada por la *pléyade trágica*, que estaba formada por siete escritores trágicos, de los cuales, á excepción de Licofrón, nada ó muy poco ha quedado. De Licofrón se conoce un poema de 1.500 versos, titulado *Alejandra*, que tanto puede ser una tragedia como una epopeya, ó ambas cosas á la vez, ó ninguna de ellas.

En la comedia se distingue Menandro, que nació en el siglo III antes de J. C. y cuyos asuntos están tomados de la vida doméstica, representando siempre la mujer engañosa, el rufián, el criado trapalón y el padre avariento. De este autor no se conserva nada, á excepción de algunos fragmentos, por los cuales se juzga que tenía mucha sal ática y un estilo inmejorable. Terencio imitó algunas de sus obras. Filípides, Difilo, Filemón y algunos otros fueron contemporáneos suyos y escribieron comedias, de las cuales no ha quedado sino algún fragmento.

Floreció también en esta época Demetrio Falero, que nació el año 350 antes de J. C., el cual fué orador eminente y político notable. Nació en Falero, de donde toma su nombre. Se sabe que era de humilde cuna, pero en virtud de su gran talento se elevó á los primeros puestos de la República. Aprendió el arte de gobernar con Teofrasto y puso en práctica las teorías aprendidas de él cuando la suerte lo llamó al poder. Cuando Casandro abolió la democracia, puso como gobernador á Demetrio, el cual desempeñó su difícil cargo con blandura y con prudencia, conservando la forma antigua de gobierno y contentándose con darla una atinada dirección. El pueblo quedó altamente agradecido á su misión y lo demostró dedicándole tantas estatuas como días tiene el año griego, es decir, 360.

En la época alejandrina los historiadores abundaron, pero desgraciadamente, como pasa con otros escritores, casi sólo se sabe de ellos el nombre, á causa del incendio de la Biblioteca, y así ocurre con Anaxímenes de Lampsaco, Calístenes de Olinto, Jerónimo de Cardia, Hecateo de Abdera, Beroso, Timeo, etc., etc.

En las matemáticas se distinguieron Euclides y Arquímedes. El primero hizo de ellas una ciencia con reglas fijas y las enseñaba en Alejandría en el siglo III antes de J. C. Se cuenta que Ptolemeo I era discípulo suyo, y como encontrase muy áridos los principios de la geometría, preguntóle á Euclides si no había un medio más fácil para imponerse de aquella ciencia, á lo que contestó el geómetra: «No hay ningún camino especial para los reyes.» Dejó una obra intitulada *Elementos de matemáticas puras*, en quince libros, obra que ha servido para la enseñanza durante muchos si-

glos por su claridad y su método de encadenamiento. También dejó muchos teoremas de geometría y un *Tratado de Astronomía.*

Arquímedes, Siracusano, nacido en el año 287 antes de J. C., es célebre por haber descubierto el principio que lleva su nombre sobre el peso específico, á propósito de lo cual se refiere una anécdota sabida de los más. Cuando los Romanos sitiaban á Siracusa inventó gran número de máquinas y aparatos, los *espejos ustorios* entre ellos, con los cuales incendió la flota enemiga á gran distancia. En el asalto de la ciudad fué muerto por un soldado ebrio. Tenemos de Arquímedes un tratado *Sobre la esfera y el cilindro, Medidas del círculo, De las espirales,* etc.

Llegamos ya á los últimos momentos del genio helénico. Grecia va á fundirse en el pueblo que ha de dominar el mundo y extender el derecho á todos los hombres. Antes de pertenecer á Roma, sus tiempos ya habían pasado; su hermosa imaginación creadora se había ya casi extinguido. La Filosofía se alimentaba de reflejos lejanos. No obstante, le bastará con su patrimonio artístico, con tener abiertas sus famosas escuelas, con dejar hablar á sus sofistas, á sus gramáticos, á sus retóricos, á sus oradores, y el orgulloso vencedor latino se someterá voluntariamente á ella; y de la mezcla de ambas tendencias saldrá una corriente nueva, altamente beneficiosa para la civilización humana.

¿Es esto decir que el espíritu griego y el espíritu romano no se hubiesen ya puesto en contacto antes de esa fusión total producida por la fuerza de las armas? Cien años habían apenas transcurrido de la fundación de Roma cuando el corintio Demarato, expulsado por un tirano de su patria, vino á establecerse á Tarquinies, fundando allí una colonia de artistas, enseñando á los rústicos del Lacio á pintar vasijas y jarros, preparando á los hijos de éstos por medio del amor á las ciencias y á las letras, y enseñando, ya desde joven, á reinar dignamente á Tarquino *el Antiguo.* Pitágoras vivía en Italia y daba lecciones sobre su sistema. Y de la Magna Grecia emanaban corrientes que influían en la naciente Roma. El contacto político activó el cambio de ideas entre las naciones, y entre Grecia y Roma fueron grandes. El año 555 antes de J. C., Roma se declaró protectora de Grecia contra la ambición de Filipo de Macedonia. Más tarde confiscó aquel país, y la espada de Mummio en 146 lo convirtió en provincia romana. Pero una inmortal revancha le esperaba en el terreno en que es impotente la fuerza y el número. Grecia, dominada por Roma, reinó sobre Roma por el Arte y por la Filosofía.

De la *época romana* citaremos especialmente á Babrio, autor poco co-

nocido, del siglo I de la Era cristiana, el cual escribió fábulas como las de Esopo. Este autor ha dejado pocas huellas de su paso, por haberse destruído sus escritos en el incendio de Alejandría; pero en las pocas fábulas que se han salvado de él, se ve una gran propiedad y una magistral manera de tratar el asunto. Opiano ha dejado dos obras que tratan de la *pesca* y *caza*, siendo tan diferentes en mérito y estilo, que se duda fuesen ambas escritas por la misma mano.

Como oradores griegos hubo pocos en la época greco-romana; uno de éstos es Dión Crisóstomo, Bitinio de origen, que nació el año 80 antes de J. C. Vivió mucho tiempo en Roma, favorecido por los emperadores Nerva y Trajano, y pronunció gran número de discursos, de los cuales se conservan ochenta. Es un buen imitador de Demóstenes, pero sus frecuentes alusiones á la mitología dan á veces mucha obscuridad á su estilo. Elio Arístides, de mediados del segundo siglo de nuestra era, ha dejado una porción de oraciones, escritas con tono asaz declamatorio.

Son famosos en este período, no ya como oradores, sino como prosistas, Luciano de Samosata, que entre otras obras escribió unos *Diálogos de los dioses y de los muertos,* que son una finísima sátira de la mitología; Filostrato, autor de la vida de *Apolonio de Tiana,* una *Historia de los veintiún héroes de Troya* y las *Vidas de veintiséis sofistas;* y Ateneo, célebre por su obra titulada *El Banquete de los sabios*.

De Polibio nos quedan cinco libros de los cuarenta de que se componía su *Historia romana,* y fragmentos de algunos otros. El principal mérito de Polibio fué el haber insinuado la filosofía de la historia, señalando las causas que producían los diferentes hechos; pero su estilo participa ya de la decadencia que empezó para la lengua griega, debida al prurito que reinaba ya de refundir las literaturas griega y latina.

A más de estos, encontramos otros historiadores muy notables. El primero, por orden de antigüedad, fué Diodoro de Sicilia, que nació en una ciudad de esa isla 54 años antes de J. C. y escribió una historia titulada *Biblioteca histórica*, en cuarenta libros, de los cuales se conservan los cinco primeros, los comprendidos entre el undécimo y el vigésimo primero ambos inclusive, y muchos fragmentos de casi todos los otros. El título respondía al vasto plan que se proponía el autor, que era reunir en su obra todos los datos de los pueblos entonces conocidos. Su estilo es mediano por lo general, claro en la relación, pero á veces se hace muy pesado por las digresiones y la poca conexión. Le sigue Dionisio de Halicarnaso, el cual tiene merecida fama de historiador y de crítico. Fué contemporáneo de Tito Livio, y éste le privó de componer una historia semejante á la del historiador romano, á quien difícilmente hubiera aventajado. Em-

prendió luego la redacción de unas *Antigüedades romanas,* en las que se propuso demostrar á los Latinos que el origen de Roma no venía de fundadores aventureros y forajidos, sino de Griegos del Lacio que empezaron á dominar con principios justos. Su estilo es correcto, pero sin la gentileza helénica, lo cual se debe al mucho tiempo que vivió fuera de su país, ejercitando la lengua latina. Además de esta obra tiene otras varias del género didáctico y de crítica.

Flavio Josefo escribió su *Guerra contra los judíos* en el primer siglo de la era vulgar; obra muy interesante y verídica, como redactada por un testigo presencial, y escrita con dicción y estilo bastante claros, tanto más dignos de apreciar cuanto que Flavio Josefo escribió su obra en siriaco y después hizo la versión griega. Además de esta obra se conocen de él las *Antigüedades del pueblo judío,* su vida escrita por él mismo y *Los Macabeos.*

Plutarco, nacido en Queronea de Beocia el año 50 de la Era cristiana, desempeñaba allí el cargo de sacerdote de Apolo y escribió sus *Vidas paralelas,* que le han inmortalizado, por más que se le achaque cierta afectación y ser algo desigual.

Arriano, tan célebre como filósofo, fué también un historiador muy notable, y su *Historia de Alejandro el Grande* pasa por ser la que mejor pinta al héroe Macedonio. Arriano pertenece á la primera mitad del siglo II de la era. Apiano, de familia ilustre, escribió una *Historia romana* desde la llegada de Eneas á Italia hasta Trajano, compuesta de veintiséis libros, de los cuales sólo ha llegado hasta nosotros el 6.°, 7.° y 8.°, los 13.° al 21.° y el 23.° Dión Casio también escribió una voluminosa *Historia de Roma,* que poseemos casi completa, parte original, parte rehecha por los filólogos y comentaristas. Con Herodiano y Eliano terminan los historiadores del período de la dominación romana en Grecia.

En los otros ramos del saber también tuvo la Grecia romana distinguidos escritores que merecen especial mención en este libro. Uno de ellos es Estrabón, que nació el año 60 antes de J. C., en Capadocia, y aun cuando es poco citado por los antiguos, adquirió más tarde una gran reputación como geógrafo. Esta fama se debe á su *Geografía,* obra dividida en diez y siete libros, que poseemos, á excepción del séptimo, que tiene algunas lagunas. En el prefacio de la versión francesa se dice: «Esta obra contiene toda la historia de la ciencia desde Homero al siglo de Augusto. Trata del origen de los pueblos, de sus emigraciones, de la fundación de las ciudades, del establecimiento de los Imperios y de las Repúblicas, de los personajes más célebres, con la relación de muchísimos hechos que inútilmente se buscarían en otros autores.» En la descripción de los países

conocidos, muchos los da como visitados por él, y los restantes tomados de relaciones de gentes que habían estado en ellos.

Otro de los célebres escritores científicos es el médico Galeno, de Pérgamo, donde nació el 131 de nuestra era. Galeno, hijo de una familia pudiente, recibió una esmerada educación, y dominando en él la afición á la Medicina, concurrió á las escuelas más célebres de su tiempo, que eran Esmirna y Alejandría. Ya impuesto, fuése á Roma, donde adquirió prontamente una reputación inmensa, y donde se le tenía por mago, creyendo que su magia era producto de una constante observación y un no interrumpido estudio de la naturaleza humana. De las innumerables obras que escribió se han conservado 82, en las que no sólo se trata de Medicina, sino de Filosofía, de Crítica y de Gramática, en un estilo claro y correcto. Cábele la gloria de haber sido consultado bastantes siglos después de su muerte, sobre todo en su *Arte de Medicina* y en la *Del uso de las partes del cuerpo humano.*



Galeno

Llegamos ya á alcanzar este gran acontecimiento de la historia humana que se llama el Cristianismo. Y es preciso que hagamos un alto en la serie de los escritores griegos y que retrocedamos un poco para presentar un elemento notable, cuya conjunción con el espíritu helénico dió lugar al gran acontecimiento que acabamos de nombrar. La conjunción se verificó

en Alejandría. Así, pues, volvamos á Alejandría y veamos este elemento que llega con su libro santo, con su espíritu imperativo de justicia, con su idea de un Dios único Todopoderoso, y cómo influyó allí en los espíritus y en las letras.

Hablamos del pueblo Hebreo, del pueblo de Israel después de haberse establecido ya en Judea.

Aquí es donde aparece en escena el pueblo Judaico con su literatura jeovista. Al centro de una casi isla comprendida entre el Mar Rojo y el Golfo Pérsico, situada entre el Asia y el Africa, y en contacto con el Mediterráneo por las ciudades fenicias de Tyro y de Sidón, por el territorio de los Filisteos y la Samaria, tocando en cierto modo á todas las civilizaciones, á la de la India por la Caldea, á la del Egipto por la Arabia Pétrea y la Fenicia, á la del Asia Menor por la Siria, á la de Europa por el Mediterráneo, la Judea estaba en una maravillosa posición para desparramar á lo lejos y hacer fructificar sus dogmas. El Monoteísmo Judaico, salido ya de su forma particularista y dulcificado con la teoría del amor universal por los Judíos helenizantes, como Filón y los Esenios, presentándose como un refugio de almas abatidas, con Jesús en los Evangelios y San Pablo en su predicación universalista, de un solo pueblo, de una banda de territorio, extendióse pronto por todo el Imperio romano, llegando en breve á conquistar el mundo.

Pero no nos anticipemos aún, y veamos esta literatura Israelita de las tribus del Norte, modificada en Jerusalén, como se nos presenta, antes de su última evolución en Galilea y de acabar de helenizarse en Alejandría.

Cuando el redactor Jeovista empezó á ordenar y escribir los libros primitivos de Israel, ó lo que es lo mismo, á la aparición de Moisés, la moral, tal como se entendió mucho más tarde, aún no existía. La religión eloista con su dios plural era sólo un paganismo del desierto. Eloim se aparecía triple. Sus hijos, los *Benieloim*, bajaban á la Tierra para amar á las mujeres y fecundarlas. El incesto y la pederastia aún no eran crímenes. El mundo para Israel era pequeño; el Cielo bajo. Al Cielo se subía por una escalinata. Las teofanias y las angelofanias eran frecuentes.

Pero la idea de Iahveh (ó de Jeovah) se concreta. La salida de la cautividad de Egipto sólo puede ser considerada por Israel como un milagro. Por tanto, su jefe legislador (Moisés) es un inspirado por Dios, por un Dios único, no por una divinidad plural ó por varios dioses; y así el redactor Jeovista da cuerpo y alma á los libros sacros del pueblo Israelita. Y los profetas, predicadores de desgracias, reaccionarios, mirando siempre á un pasado pastoral y nómada, vienen á ser los intérpretes de ese pue-

blo refractario á toda civilización expansiva, y acaban su obra nacional literaria.

Una triple serie de preocupaciones alejaban á Israel de lo que los demás pueblos, con los cuales se ponía en contacto, tenían de humano y de progresivo. La civilización, en el sentido que hoy aún se da á la palabra, era la abominación para estos Semitas del Norte; su ideal, el estado patriarcal y nómada.

Lo que caracteriza al pueblo Hebreo es una concepción sombría de la Naturaleza y una idea triste de la personalidad humana. Su Iahveh es terrible. Siempre está irritado. Siempre se arrepiente de haber creado al hombre, tanto que una lógica franca le preguntaría: ¿por qué lo has hecho? Esas tribus curtidas en la desgracia fundan la religión sobre la obsesión que tienen de la idea del mal. La moral que en ellas surge es de represión. Todo lo que es Naturaleza, Vida y Libertad son negras manchas, pecado, desde que triunfa la versión Jeovista. Caín y Abel, los *Refelims,* ó sean los gigantes, el Diluvio, todo tiende á demostrar que el hombre se inclina por Naturaleza al mal, y el mal es la no conformación, la desobediencia, la personalidad, la Vida. El Jeovista odia toda civilización y la mira como un alejamiento de Dios y de sus mandatos. Cada paso en el progreso es un crimen, seguido de su consiguiente castigo inmediato. La tentativa de una cultura civil, artística, monumental, es para él el horror de los horrores, es Babel contra Israel. Iahveh odia la obra del esfuerzo humano.

El autor del Génesis, que los exégetas alemanes llaman *el escritor Jeovista,* es uno de los escritores más extraordinarios que hayan existido. Es un visionario sombrío, á la vez religioso y pesimista, como ciertos modernos escritores alemanes (Hartmann, por ejemplo). Hace un abuso de fórmulas generales que aplica como un molde. Ama la unidad y la uniformidad como su monotonía del desierto, odiando con todas sus fuerzas la diversidad, la diferenciación, que es la vida.

En los relatos patriarcales la moral, como hemos dicho, aún no existe; en los relatos Jeovistas comparece una moral severa, mal humorada é impuesta con fuerza inaudita. Antes los episodios de los hijos de Dios y las hijas de los hombres, el de Lot y sus hijas; después... el pecado original, la generación condenada como impura y causa de todas las desgracias del linaje humano. Por ella la Humanidad está llena de pecados, y el pecado llega á ser un acto inconsciente, hasta un acto que uno mismo no ha cometido, sino sus antepasados, lo cual, no obstante, no libra del castigo. La explicación de la historia humana, por la tendencia al mal, por la corrupción considerada como la esencia de la Naturaleza, es el fundamento del Jeovismo, y más tarde dará lugar á las Apocalipsis, al Cristianismo de

San Pablo y al de los anacoretas, y su efecto se prolongará hasta reaparecer en San Agustín y más tarde en Calvino. Todo el Protestantismo, levantándose enfrente del Renacimiento, será el contragolge lejano de esta tendencia. Y el plan de redención, consecuencia de este dogma del pecado, está formulado claramente. La salvación del Mundo se obtendrá por la elección de Israel en virtud de las promesas hechas por Iahveh á Abraham. Todo el Cristianismo optimista, con su literatura apologética, los Evangelios mismos, todo saldrá de esto. Jesús vendrá á realizar entre los Judíos helenizantes (Galileos) la teoría de amor y de perdón, reparando el mal, la falta del primer hombre, la substancia humana criminal no redimida.

La superioridad literaria del Norte pasada á Judá al abandonar los Israelitas el estado nómada, originóse en Jerusalén una literatura asaz diferente. Todo lo redactado allí ya es más reflexivo, más comedido, más armónico, aunque á veces menos genial y enérgico. La nota sacerdotal, ó mejor dicho eclesiástica, predomina con la nota sensual y reflexiva.

Lo último que representa la literatura israelita es *El libro de Job*, que lleva en sí la impresión y el vigor del desierto. Los libros dictados en Jerusalén hacen el efecto á su lado de historias escritas en una corte.

El libro de Job es la expresión más enérgicamente artística, no ya de los Beni-Israel, sino, en general, de todos los demás Semitas nómadas, Hebreos, Edomitas, Moabitas, Sarracenos, Arabes, etc. La imaginación de estos pueblos jamás se apartó del estrecho círculo que trazaba á su alrededor la preocupación exclusiva de la Omnipotencia divina. Dios era un patriarca, ó mejor, un califa supremo que todo lo podía y lo hacía á su antojo. Dios y el hombre, el uno enfrente del otro, en el centro del desierto, he aquí la fórmula de su poética. El Semita ha ignorado siempre la poesía que se funda en la acción, epopeya, drama, tragedia, así como la Filosofía. El Semita sólo tiene cánticos, salmos, proverbios, maldiciones, y en cuanto á pensar no se sale de los comentarios.

Job es el labrador patriarcal, *el hombre más alto del Oriente,* dice el poema. Era justo. Sacrificaba y santificaba. Era caritativo. Y á instigación de Satán, Dios permite que le aflijan todas las plagas. Y Job se queja. Y Dios se le aparece, y Job se retracta y hace penitencia sobre el polvo y sobre la ceniza. La descripción en el libro de Job es triste, pero sublime. El hombre moral protesta ante Dios de sus desgracias. El Sol es siniestro, el desierto árido. Los comparsas son las desgracias. Satán las desencadena sobre el hombre justo. La queja toca á la blasfemia y la blasfemia al himno; pero no es la blasfemia heroica del Prometeo que no cede ante Zeus; es sólo la constatación de las lagunas que la conciencia halla en la obra de Dios sobre la Tierra. Mas cuando Dios se aparece, el hombre se

prosterna ante sus profundos designios y le alaba. La fiereza del Nómada, su religión fría y severa, alejada de toda devoción y de todo sacerdocio organizado, explica esta mezcla de audaz obstinación y de fe profunda.

La cosmogonía hierosolimita, aunque en el fondo es la misma que la de Israel, es más compendiada y más lógica. Y aquí fué donde entraron las leyendas babilónicas en la *Biblia*. Mas no tardaron en protestar los profetas. Ellos significan el antiguo espíritu, el espíritu patriarcal, pastoral, enemigo de toda civilización urbana. Y los Hierosolimitas significaban el espíritu ya de Estado, de nación constituída con sacerdocio reglamentado. Ambas tendencias se prolongan paralelamente. El espíritu profético, al llegar á Alejandría y al período romano, se convierte en espíritu mesiánico y apocalíptico, y aparece una literatura en la cual se predicen desastres y se maldice toda la civilización como pagana.

El espíritu judaico, hierosolimita, al prolongarse hasta Alejandría con su *Cantar de los cantares*, los *Proverbios* y demás libros judaicos, da por resultado la fusión con el espíritu griego, y más tarde la aparición de la literatura de los Evangelios.

Por una extraña contradicción, los profetas defensores del estado antiguo, patriarcal, nómada, de naturaleza, contra toda civilización, protestando de las organizaciones de los pueblos cultos, son los que sacan de su particularismo la religión israelita y la difunden á partir del siglo VIII, dando lugar por fin al espíritu mesiánico, que dará más tarde no poco impulso al Cristianismo. Ellos, con sus predicaciones exaltadas, crean lo que podríamos llamar la religión pura. Estos predicadores, de los cuales Isaías es el más notable, no son de casta sacerdotal, sino ecos del pueblo. Odian al Levita. «Los sacrificios son inútiles, exclaman, impulsados por una idea de justicia. A Dios no le placen.» «¿Cómo podéis tener una idea tal de la divinidad para no comprender que á Dios le revuelve el mal olor de la grasa quemada? Sed justos. Adorad á Dios con manos puras. He aquí el culto que Él reclama de nosotros.» Y á partir de aquí la religión de Israel ya se vuelve una tendencia de moral y de justicia. La religión predicada por estos tribunos exaltados, exclusivamente para el pueblo de Israel, puede ya ser aplicada á toda la Humanidad. Al subir de tono ha perdido su carácter local. Al proclamar su Dios absoluto, creador de Cielo y Tierra, que se comunica directamente con el hombre por la conciencia, que ama el bien y castiga el mal, exigiendo estrechas cuentas, ya nada tiene de exclusivismo particularista, ya se halla en plena Humanidad. Esta última teoría israelita, aunque contradictoria del Hierosolimitismo, y luego del Helenismo de los Judíos de Alejandría, marcha paralelamente con éste al Cristianismo. El profetismo con el mesianismo y las apocalipsis, concurren con

la idea de justicia; el Judeohelenismo, con su cosmopolitismo y la teoría del amor universal. Así los cristianos proclaman la hermandad del género humano y la abolición de todos los sacrificios.

Los Judíos de Heliópolis ó Judíos helenizantes, encontrándose magníficamente bajo el poder de los Ptolemeos, los cuales tenían más súbditos Judaicos que Griegos, llegaron á considerar la Jerusalén antigua, reemplazada por la nueva, en Egipto. Heliópolis fué para ellos *Ir Hazedécq*, «la Ciudad de Justicia.» Y *los Setenta* en su transcripción de la Thora, omitieron, expresamente, la orden divina «*Tú debes levantar un altar sobre el Garizín.*» Los Hebreos Samaritanos, que se hallaban en Egipto, reclamaron furiosos. Pero Ptolemeo Filopater se pronunció en pro de los neojudíos, ó sea por la mayoría de los Judíos helenizantes de su reino. Un Judío jeovista de Sichen (Filón el Antiguo), no habiendo querido ceder, erigióse en gran rabino, y resultaron tres centros ó sean tres Templos: el profético israelita de Samaria, el de Jerusalén y el helenizante de Heliópolis. Los dos centros últimos, ya con la redacción bíblica del *Antiguo Testamento*, instituyeron una fiesta, mas los antiguos protestaron y decretaron «el luto.»

La *Biblia* fué otra vez revisada, arreglada y modificada, aumentada con los episodios de Daniel y de la casta Susana, la historia de Bel y del dragón, la plegaria de Azaria y el sueño de los tres jóvenes. Hubo gran perturbación en las conciencias, y revueltas *contra la idolatría* y la *supercheria de los sacerdotes*. El antiguo Iahveh destronado volvióse Adonaí, *el Señor*, entre los helenizantes, y ya pudo ser adorado por todas las naciones. Pronto bajará su Hijo á la Tierra con los Evangelios. *Los libros sibilinos* describían ya el dios mosaico como «un Dios único, ontológico, un Dios sin fin, eterno, señor de todo, invisible, que todo lo sabe, que es, que siempre ha sido y que será siempre (1).»

Tal es el importante elemento que en Alejandría, con su doble tendencia, concurre á la formación del nuevo espíritu.

Alejandría, esa metrópoli espléndida desde la cual puede remontarse el Egipto y llegar á la India, colocada entre dos mares y dos grandes continentes, parecía destinada á ser el fermentadero de las ideas, el punto de comunicación entre el espíritu de Oriente y el de Occidente. En ella vinieron á verterse todas las creencias y todas las filosofías de Asia, de Africa y de Europa. Agotadas todas las formas de invención griega, fluctuando entre el escepticismo de los refinados, la exaltación de los místicos, la depravación de los caracteres, la corrupción de las costumbres, la inteligencia helénica se lanzó á especular sobre la Divinidad para hallar en el Monoteísmo un nuevo manantial de fuerza.

(1) Sibila de Erytrea. Ledrain, *Hist. du Pleupe d'Israel*, pág. 260.

Los últimos filósofos Griegos habían acabado por proclamar la existencia de un Dios único. Los Judíos lo presentaban en sus libros sagrados como habiéndose comunicado con ellos. La Escuela de Alejandría, al resucitar la antigua Filosofía, defendía la Teogonía unitaria con una brillantez cuyos destellos duraron siglos. En un ancho sincretismo fundió las teogonías del Antiguo Oriente con las últimas concepciones de la Filosofía helénica. Y por esta tendencia á la universalidad, la erudición, la historia, la moral, saliéronse de sus cuadros exclusivos de la Ciencia antigua y revistieron un carácter ecuménico, paralelo al del Cristianismo que también tendía á reunirlo todo en la unidad.

El Alejandrinismo, el Neoplatonicismo, era el último suspiro de la Antigüedad Griega, que no quería extinguirse y reconcentraba bajo nuevas formas toda la energía de su espléndido intelecto.

Pero otra potencia paralela, más lógica que ella, una vez aceptado el Monoteísmo, le disputaba el terreno: el principio de religión venido de Palestina, suavizado por el contacto del mundo helénico. La religión cristiana proclamaba por boca de sus sacerdotes un Dios de amor que derribaba las divinidades políadas, llamaba á su seno á todos los hombres, absolvía todas las faltas, perdonaba todos los crímenes y proclamaba una igualdad feliz en la Jerusalén celeste.

El Monoteísmo Judaico, llegado ya á ser universalista por la predicación evangélica, y especialmente por San Pablo, vino á punto para conquistar el mundo. El dios Pan muerto, el Politeísmo agonizaba en la corrupción y en la teurgia. La razón había bajado. El iluminismo había subido. Una inmensa aspiración á lo supraterrestre embargaba los ánimos. Los caracteres habían decaído, el sentimiento de Patria casi ya no existía. Los hombres sujetos á tiranías feroces creíanlas inevitables; tenían ya almas de esclavo, y odiaban la Tierra y sus bienes. Sólo quedaba el remedio de soñar en un emancipador divino, en un Mesías celeste, en un Salvador sobrenatural. Y sobre este terreno arraigó el Cristianismo por la *Literatura Evangelista*, corriendo parejas con la *Apocalíptica*. La primera, optimista llevando á los hombres *la buena nueva* del reino de Dios; la otra, pesimista y destructora del Paganismo sobre la Tierra.

De Oriente llegaba á Grecia y Alejandría un vendabal místico, embriagador, procedente de la Siria, del Egipto, de Persia, de la Palestina; este vértigo se extendía como un contagio. La creencia en los prodigios, en los milagros, se difundía. Hacía tiempo que aparecían profetas en Judea. Simón *el Mago* y Dositeo tenían imitadores; todos contaban cómo el taumaturgo Apolonio de Tiana resucitaba los muertos; todo eran sectas. Sobre sombras de ideas y sobre tonalidades infinitesimales del espíri-

tu se divagaba con imaginación loca, y se entablaban innumerables controversias. Los Gnósticos querían explicarlo todo en sus discursos por las emanaciones de la Divinidad Suprema. Valentinianos, Ofitas, Esenios, Corpocracianos, deliraban alucinados sobre la salvación del Mundo. Los restos de cultos antiguos, el Panteísmo filosófico, los textos del *Antiguo Testamento,* los *Evangelios divergentes,* los dogmas de los seudo filósofos, los sueños astrológicos, las interpretaciones simbólicas y cabalísticas, todo se fundía en doctrinas incoherentes, abismo movimentado de disputas y éxtasis, prodigioso caos en que fermentaban lo divino y lo humano, lo sobrenatural y la Naturaleza, entre tinieblas y relámpagos.

Cuando Grecia cae en manos de Roma, ya nadie crea en el terreno de la Filosofía. El método ecléctico que diera Potamón viene á ser la regla de todas las especulaciones. Ninguno de los que tratan de formar una doctrina nueva acude á la observación. Sólo toman prestados restos de sistemas que sucumbieron. Ya no hay visión propia del Universo; sólo existen divagaciones eruditas. Tan sólo el estoicismo se mantiene firme y sobresale; pero va alejándose hasta perderse con el último resto del saber antiguo, mientras en Alejandría reaparece el Platonismo envuelto en los vapores de Oriente.

Manifiéstase, no obstante, en su principio, la Escuela de Alejandría, racional en todo, en sus escritos como en sus lecciones. Pero pronto tiende demasiado á la abstracción con Ammonio, Plótino y Porfirio. Decae luego y se corrompe al personificar las *hipóstasis* que en su Dios concibe, llegando al extremo de formar con ellas entes que juzga reales, y aparecen como seres independientes *esencias puras, esencias propias, vidas, inteligencias, dioses superiores, vicedioses,* etc.

Jamblico, Krisanto y Máximo aplican la Filosofía á la Teurgia. Sube al trono imperial el Neoplatonismo con Juliano y se convierte en doctrina político-religiosa para restaurar el Paganismo moribundo y poner una valla á la invasión avasalladora del Cristianismo. ¡Extraña figura la de ese Emperador Filósofo! Había nacido siete ú ocho siglos demasiado tarde, ó diez y seis demasiado antes, y se encontraba fuera de tiempo en aquella época de universal decaimiento. Era en ella como un extranjero, una nota discordante, uno que se empeña en marchar contra la corriente y en luchar en vano, y no obstante su fondo era bueno, su impulso era humano, su empresa altamente vital y fortificante. Juliano, nacido en una familia, como la del emperador Constantino, rodeada de crímenes, viéndose bajo el poder de un tío asesino, subido al poder por la muerte violenta de su padre y de los suyos, acabando de visitar las tumbas de los mártires en Nicomedia, y de leer los Evangelios al pueblo en la Basílica de Cesarea,

vuelto de la Escuela de Atenas, medita el fin de aquel Cristianismo que él soportaba como una carga y que veía con horror, profesado por el criminal fratricida Constancio y sus cortesanos.

Soñando en exaltar su querido helenismo con esplendor inaudito, filósofo y espíritu fuerte, la retórica de un Libanius le pareció huera; los sortilegios de Máximo no sorprendían su razón; la palabra del *Galileo* no le satisfacía; su moral de renunciamiento le desconcertaba. «Esta religión fúnebre que hasta ha inventado el cantar triste,» exclama en su *Misopagon*. Tanta austeridad repugna á su espíritu expansivo; su imaginación huye de «este hielo que invade el mundo.» «Un himno, exclama, un himno para glorificar la Vida, la luz y el bienestar sobre la Tierra!» Y un duelo á muerte se entabla entre las doctrinas de los Galileos y el Paganismo restaurado, transformado por el misticismo de los neoplatónicos, y la retórica sabia de los dialécticos helenizantes. ¡Sí!, fué el duelo entre la última emanación de la Belleza antigua y la evangélica propagación de la nueva moral de renunciamiento.



Juliano

De la última desertó para abrazar con ardor la primera el joven filósofo coronado, para llevar á la vez una vida de acción y de pensamiento.

Mas ni los doctores de la Iglesia Griega (ni los de la Iglesia Latina) paráronse en su marcha rápida y extensiva sobre el humano espíritu. En vano que el Augusto filósofo fundara escuelas, abriera bibliotecas, se rodeara de sabios, encendiera piras delante de los altares de los Dioses. Las escuelas quedábanse desiertas, las bibliotecas eran incendiadas, se le convertían sus sabios, se apagaban las aras, y los templos de los inmortales bellos se le venían abajo, rodando las estatuas de éstos entre los escombros. Sólo el *Galileo triste* (1) se mantenía en pie y avanzaba.

(1) Este era el nombre con que acostumbraba á llamar á Jesucristo el Emperador Juliano.

El Paganismo había vivido.

En la elocuencia cristiana se había concentrado la fe y el entusiasmo. Fuera de ella sólo quedaba una fraseología sonora y hueca. Inútilmente, el retórico de entonces, el más favorecido de la Fortuna, el poeta amado de la corte, Ausonio, y su émulo tan glorificado, Claudio Claudiano, se empeñaban en vivificar una literatura moribunda sin ningún fondo; inútilmente escribían Temistio é Himesio; faltábales el calor de las ideas, la inspiración de los grandes sentimientos, que ya eran propiedad de los cristianos; era un recurso impotente la ciencia de las cinceladuras de la forma, el arte por el arte, degenerando en artificio.

En Alejandría y en Bizancio los Gnósticos, cristianos orientales, heterodoxos, descomponiendo á Dios en varias personalidades, en *eones*, hasta llegar al mundo y al hombre que creían hijo del *Demiurgos*, un dios emanado, un dios en delirio, perturbaban las inteligencias representando el medio, entre neoplatónicos y cristianos. De Alejandría á Bizancio resonaron sus locas predicaciones, sus *Evangelios* delirantes, sus escritos cabalísticos. Entonces el Neoplatonismo acuérdase de su origen sereno y se vuelve á Atenas, á la fuente de donde partiera. Y como si allí no reinaran los malsanos aires de Africa, ni las embriagadoras corrientes orientales de Bizancio, toma una forma más grave y más racional con Syriano, Proclo y Damascio; y muere, por fin, con la destrucción del Serapeo, y el asesinato de la hermosa Hipatia por los feroces anacoretas cristianos, acabando su extinción el destierro de los últimos filósofos de la Escuela de Atenas.

A punto de entrar de lleno en la literatura cristiana, seamos justos con el Neoplatonismo. Su gran mérito consistió en resolver la concepción general del Universo en un elemento único, rechazando el dualismo oriental. Una sola ley, una sola substancia. Todo marchaba á la unidad. Los cristianos decían un solo Dios, y la Escuela de Alejandría la buscó en Él; el pasc para el porvenir lo habían dado.

Antes de empezar á tratar de los Padres de la Iglesia Griega, como escritores, oradores y filósofos, mentaremos los otros escritores griegos helenizantes, de la época bizantina del Imperio romano.

Casi ninguno de los historiadores merece especial detención, á mayor abundamiento, porque la mayor parte, á más de escribir en un griego en completa decadencia, fueron unos aduladores rastreros de los Emperadores para quienes escribieron, ó se copiaron meramente los unos á los otros. Los principales fueron Eunapio, Zósimo, Procopio, Teófanes Isauro, León el Diácono, etc.

Encontramos varios poetas en el período bizantino, en el cual abunda la poesía epigramática. El epigrama, según lo entendían los Griegos, era una inscripción corta que se colocaba al pie de una estatua, de una columna, de un arco de triunfo, de un mausoleo, etc., y por extensión á cosas más importantes, como el compuesto por Simónides para perpetuar la heroicidad de los Espartanos en las Termópilas, ó bien para expresar en un corto número de versos un pensamiento ingenioso y delicado. Todos los epigramas compuestos en un gran lapso de tiempo se coleccionaron en diferentes grupos que se llamaron *Antologías,* por orden de géneros, satíricos, eróticos, religiosos, filosóficos, etc. Las colecciones de las épocas alejandrina y subsiguiente se han perdido, si bien han quedado algunos epigramas de esta última.

Normo, inspirándose en los principales poetas como modelos, compuso su obra titulada *Dionisiacas,* en honor de Baco, tomando de Hesiodo la genealogía de los dioses, de Homero las batallas, y de Teócrito y Calímaco los cantos idílicos y los himnos religiosos. El principal mérito de Normo es hacer un hermoso ropaje con piezas tan hetereogéneas, hilvanado con un buen estilo y un verso armonioso. Museo *el escoliasta* escribió un poemita sobre los amores de Hero y Leandro, impregnado de sal ática, pura dicción y buen orden en el asunto (1). Quinto de Esmirna quiso completar *La Iliada* y la tomó en el punto en que la dejó Homero, pero se quedó muy por debajo del gran épico. Con todo es obra de entretenida ficción y está escrita con pureza de dicción y buen empleo de las imágenes. Coluto escribió asimismo un *Rapto de Elena,* poema que mejor parece una crónica de aquella guerra, y Trifiodoro una *Toma de Troya,* con algunas más condiciones poéticas, pero ambas de escaso valor.

Entremos, por fin, á reseñar los *Santos Padres* griegos que alcanzaron los períodos greco-romano y bizantino, siendo el más antiguo de todos Eusebio, obispo de Cesarea, del siglo III de la Era cristiana, al cual se tuvo por el hombre más sabio de su tiempo, y fué el primero que escribió de *Historia eclesiástica.* Su estilo es muy erudito, aunque no brilla por su aticismo.

San Atanasio, del siglo IV, obispo de Alejandría, sostuvo empeñadas polémicas con los Arrianos y fué perseguido por estos heresiarcas. Se sabe de él que era un orador bastante notable. Escribió algunas apologías,

(1) Sobre este personaje reina gran confusión. Varios sabios helenistas le suponen, modernamente, de la época de Pericles. Otros afirman que hubo dos, el Griego Antiguo y el escoliasta Bizantino. En este caso el poema sería del Antiguo.

una *Vida de San Antonio Abad* que nos da una idea perfecta de la vida ascética y cenobítica en el desierto, y sus célebres *Cartas*.

San Basilio, obispo de Capadocia, llamado *el Grande*, fué contemporáneo de San Atanasio, siendo por su talento, instrucción y virtud, uno de los más preclaros Padres de la Iglesia griega. Su oratoria subyugaba á las masas por la fluidez de su lenguaje y la oportunidad de sus imágenes. Su mejor obra es *La Creación en seis días*.

San Gregorio, *el Nazianceno*, nació el año 328 y murió el 389. Fué obispo de Sácimo en la Capadocia, y por algún tiempo de Bizancio. Aunque su vocación le llamaba desde muy joven al estado eclesiástico, frecuentó las escuelas donde con más fruto se enseñaba la Literatura y la Filosofía, como eran las de Atenas. Allí se hizo amigo de San Basilio, amistad que les ligó toda la vida y les emuló al estudio y á la práctica de la virtud. San Gregorio, á más de profundo teólogo, fué gran orador, llegando algunos á considerarle como el primero de su tiempo, y poseyó, como pocos, su lengua, por estudiarla en los mejores modelos. Esto no obstante, no pudo librarse del mal gusto retórico que reinaba entonces, y por eso se le censuran tantas antítesis, paréntesis y alusiones que quitan claridad á los asuntos. Sus escritos principales son: *panegíricos, discursos, cartas* y *poesías*. Como fondo aprovechó las teorías sobre la divinidad, sobre el amor y sobre la filantropía de la Escuela Neoplatónica.

San Juan Crisóstomo, arzobispo de Bizancio, el orador más elocuente de todos los Padres de la Iglesia, nació en 344 y murió en 407. En su largo apostolado, y no obstante haber reprendido con dureza los vicios del pueblo y de la corte, fué respetado, y gobernaba aquél á su antojo, y en ésta, si bien no se le miraba con buenos ojos, no se atrevían á atacarle directamente. Pero, finalmente, creció de tal manera la enemiga, sobre todo por parte de la emperatriz Eudoxia, á la cual aludió en un sermón por su excesiva vanidad, que fué arrancado de su diócesis por la violencia, y murió en el destierro. Sus obras principales son: *Comparación de un rey y un monje, Libro de la Virginidad, Tratado de la Providencia*, y otras.

Teodoreto, que murió á mediados del siglo v, se encontró de lleno con la herejía de los nestorianos, y aun se dice que fué amigo de Nestorio, pero que le abandonó al reconocer su error y le condenó como á los demás heterodoxos. Adquirió gran reputación de orador sagrado y consiguió grandes triunfos con la palabra, pues teniendo á su cargo una diócesis donde abundaban los herejes y tibios cristianos, convirtió á unos y avivó el celo de los demás. Se conservan de Teodoreto diez discursos *Sobre la Providencia, Comentarios á la Escritura*, una *Historia eclesiástica* y doce discursos contra Juliano *el Apóstata*, nombre con que designaron al

ilustre Emperador filósofo los Padres de la Iglesia griega y que le ha quedado en la historia.

San Cirilo, llamado *el Alejandrino* por haber sido patriarca de Alejandría, fué uno de los primeros que impugnó las doctrinas heréticas de Nestorio. Con poderes del pontífice San Celestino celebró el concilio de Efeso, donde fué condenado el heresiarca. Sus principales escritos se fundan en la refutación de Nestorio. Se nota en ellos, al par que mucha fe, difusión, obscuridad y bastantes incorrecciones.

Otro de los más acérrimos enemigos de Nestorio fué San Proclo, el cual lo combatió personalmente desde el púlpito, pues siendo Nestorio patriarca de Constantinopla, echó á volar sus teorías en plena iglesia y San Proclo se opuso. Usaba una dicción pura, pero no tenía nervio oratorio.

Con San Juan Damasceno se cierra el ciclo de los Padres de la Iglesia griega del período bizantino, dignos de ser mencionados. Es autor de una obra intitulada *De la fe ortodoxa*, que compuso para metodizar la ciencia eclesiástica, aplicando á ella la forma silogística de Aristóteles. Como orador han quedado de él algunos discursos sobre la *Santísima Virgen*, uno sobre la *Transfiguración*, y un panegírico sobre San Juan Crisóstomo. Como poeta dejó toda la parte lírica de la mayor parte del oficio divino de la Iglesia griega.

En el período Greco-romano y fuera de Bizancio, encontramos tres escritores eclesiásticos: San Justino, Orígenes y Flavio Clemente.

San Justino nació en Siquen el 103 de la Era cristiana. Desde su más tierna edad tuvo gran afición á los estudios filosóficos, para lo cual recorrió sucesivamente las cátedras de un filósofo estoico, de un peripatético y de un platónico, por último. Habiendo leído las Sagradas Escrituras, se apasionó por la religión de Cristo y se convirtió á ella, pero sin dejar por ello la práctica de las teorías filosóficas, por lo cual le fué posible enseñar la filosofía cristiana, como se hacía, como las demás. Según cuenta Orosio, historiador del siglo v, presentó al Emperador Antonino Pío una apología del Cristianismo, escrita por él, con tanta abundancia de razones favorables á la nueva idea, que aquel César ordenó que se cesase en la persecución. Esto no obstante, en bastantes provincias continuó el ensañamiento contra los cristianos, debido al fanatismo de sus habitantes y á la crueldad personal de los gobernadores. También presentó otra apología al Emperador Marco Aurelio. Estas dos apologías han llegado hasta nosotros, como asimismo una parte de su tratado *De la Monarquía ó de la unidad de Dios*, dos *discursos á los gentiles* y un *diálogo*. El estilo de San Justino es bastante desligado y á veces hace digresiones que son inoportunas.

Flavio Clemente nació en el año 216 de J. C., y aun cuando se le sue-

le llamar Alejandrino, no se sabe de cierto que naciera en esta ciudad, pero sí que residió en ella la mayor parte de su vida. Catequizado por San Panteno, abandonó el paganismo convirtiéndose á la fe cristiana, en la cual hizo tan prodigiosos progresos que á la muerte de San Panteno quedó en Alejandría como sucesor suyo, dirigiendo la escuela catequística. Flavio Clemente escribió obras muy apreciables, como el *Pedagogo*, en el cual figura tomar á su cargo un niño al cual instruye para el camino del cielo, y le hace pasar del estado de infante al de hombre perfecto; sus *Estromatas*, pensamientos religiosos, sin orden ni método; y el *Hipotiposis,* del cual únicamente restan algunos fragmentos. El estilo de este autor es más ático que el de San Justino y apropiado á cada género de asunto. La Iglesia lo santificó y es conocido con el nombre de San Clemente de Alejandría. En el fondo es un filósofo de un corazón inmenso. Él, más que nadie, introdujo los principios de la Escuela Neoplatónica en el Cristianismo, amoldándolos á los nuevos dogmas. Era tan humano y tan caritativo, que concebía á Dios como Amor y Sabiduría, creyendo que todos al final de los tiempos se salvarían, no pudiendo ser las penas eternas, dado un Dios infinitamente misericordioso. Hasta el Diablo se convertiría el último, y sería perdonado de su rebelión celeste.

Orígenes es el más famoso de los tres. Nació en Alejandría en el 185 de J. C., y siendo muy joven, tomando al pie de la letra lo que se dice de los que se hacen eunucos para alcanzar el reino de los cielos, expresado en sentido figurado en el Evangelio, se castró. Este hecho estuvo oculto durante muchos años; pero habiéndose ordenado á los cuarenta y cinco, en Palestina, Demetrio, obispo de dicha comarca, que había tenido conocimiento de ello, disgustado de que hubiese hablado de religión siendo aún seglar, envidioso al fin, y pretextando haber encontrado algunos errores en sus obras, le delató ante un Concilio, le excomulgó y le hizo expulsar de Alejandría. En esta ciudad había desempeñado el cargo de catequista, con tanto éxito que sus discípulos se contaban por centenares. Orígenes está reputado como uno de los talentos más extraordinarios de la antigüedad. De Orígenes nos quedan fragmentos de homilías, apologías y comentarios, es decir, quizás sólo una centésima parte de lo que escribiera.

Además de los Padres de la Iglesia que acapararon casi todo el saber humano, en el período bizantino brillaron algunos lexicógrafos y jurisconsultos, de los que citaremos los más notables.

Juan Estobeo era Macedonio de nacionalidad y se cree que floreció á principios del siglo VI ó fines del V, pues en sus obras nombra al filósofo Hierocles, que pertenece al siglo V. Juan Estobeo, se encargó personalmente de la educación de su hijo, y para uso de éste, coleccionó más de

500 extractos de autores de la antigüedad, que trataban de todo lo conocido hasta entonces. La obra constituye para nosotros un trabajo muy interesante para el conocimiento de la literatura griega, pues hay en ella trozos y pasajes de autores que hubiéramos ignorado si no hubiera existido.

Y aquí acaban los escritores Griegos de la antigüedad. Ahora pasaremos á Roma para estudiar la evolución de su literatura, desde su nacimiento hasta la llegada de los bárbaros del Norte, con la cual empieza la Edad Media.

CAPITULO III

ROMA

LA LITERATURA LATINA PRIMITIVA.—LA LITERATURA EN LA REPÚBLICA ROMANA. LAS INFLUENCIAS HELÉNICAS. DRAMATURGOS. LUCRECIO, ETC. EL SIGLO DE AUGUSTO. VIRGILIO, HORACIO, OVIDIO, CICERÓN, ETC.—ÉPOCA DE NERÓN. LUCANO, SÉNECA, ETC. CORRUPCIÓN DE LA POESÍA. DECAE LA FILOSOFÍA. SE REANIMA BAJO TRAJANO. LAS VINDICACIONES DE LOS HISTORIADORES Y DE LOS SATÍRICOS. JUVENAL, TÁCITO, SUETONIO, ETC. CONTINÚA HASTA MARCO AURELIO LA EDAD DE PLATA DE LAS LETRAS.—LA DECADENCIA. GRAMÁTICOS Y FILÓLOGOS.—LOS PADRES DE LA IGLESIA LATINA.

A la época bárbara de la literatura latina pertenecen los cantos *Fescenninos,* los himnos llamados *Axamenta* y los versos *Atelanos*. Llamábanse *Fescenninos* porque los habitantes de Fescennia fueron los primeros que escribieron epitalamios, que después degeneraron convirtiéndose en composiciones libres é indecentes.

Los himnos *Axamenta* venían á ser una especie de invocaciones á los hombres y á los dioses, y se atribuían á los sacerdotes Salios, bajo el reinado de Numa, segundo rey de Roma. Se empleaban en las ceremonias religiosas y también en honor de algún rico personaje.

Los versos *Atelanos* se llamaban así por estar escritos en el idioma que se hablaba en Atela, diferente del latino, pero que los romanos comprendían, por ser sólo una variante de la lengua del Lacio.

Esto es todo lo que se conoce de aquella época.

Durante los primeros siglos, sólo la guerra, el afán de conquistas dirigía la ambición de los Romanos. Apenas si tenían tendencia alguna especulativa. El espíritu de admiración artística no se había aún despertado en ellos. Tenían poetas sin cultura, que hacían versos como los que acabamos de mentar, pero los desconocían ó los desdeñaban. Tenían oradores, mas eran meros oradores políticos, agitadores de las masas que invadían el Foro. No tenían filósofos. La visión profunda de la Naturaleza les era desconocida; y, no obstante, eran de una raza predispuesta á todo eso que

aún no tenían. Llevaban el combustible; faltaba la chispa que lo inflamara. Tal era Roma antes de conquistar á Grecia. El fuego sacro se lo comunicó ésta, y por ella se ha comunicado á todas las civilizaciones, tanto que aún dura.

Cuando la Grecia perdió su libertad política, sus últimos defensores emigraron desparramándose por toda Italia. Más de mil abandonaron aquella patria que no podían ya salvar. Reducidos como estaban, en su condición de vencidos, á no tomar parte en los acontecimientos públicos, esos Aqueos, gente escogida de lo mejor de las ciudades helénicas, ilustrados todos y muchos de ellos distinguidísimos por su talento, al emigrar al Lacio, habíanse amparado al cultivo de las letras y de las ciencias como un último refugio tranquilo para su subsistencia. Uno de ellos fué el noble historiador Polibio de Megalópolis.

Los latinos en breve advirtieron la gran superioridad de los emigrados, y así como en un país de raza inferior lo superior es recibido como un crimen, en Italia se respetó esta superioridad, se admiró y hasta llegó á causar un verdadero fanatismo. Se les tomó como modelo. Y todos reconocieron en su civismo ilustrado, en su profundo intelectualismo humanitario algo que valía mucho más que la virtud grosera, el patriotismo rígido y estrecho, y el prosaísmo guerrero y político, demasiado duro, que ellos tenían.

Diez y seis años más tarde, los diputados de Atenas, Carneade, Critolo y Diógenes llegaron á Roma, y tanto impresionaron sus discursos, tanta era su elegancia en el hablar, que las gentes se acumulaban á su paso, les seguían y les pedían por favor que les dirigieran la palabra. Los jóvenes dejaban sus placeres y sus distracciones, abandonaban sus juegos los adolescentes, las damas se hacían conducir en litera tras de ellos, hasta los militares dejaban su servicio y los senadores su Senado para oirles. Carneade hacía furor, siendo vitoreado por la muchedumbre á cada paso. Y ya nadie que se preciara de hombre distinguido hablaba de otra cosa que de Filosofía, de Arte y de Literatura.

Catón se indignó, protestó del entusiasmo que causaban los extranjeros, pero al fin cedió, y él mismo se hizo estoico, acabando por aprender el griego y hablarlo correctamente. Hubo feroces censores que dijeron que la helenización de Roma era la muerte de la Patria; el Senado votó una ley restrictiva; mas todo en vano. Por los más rígidos se continuó mirando el Arte y la Ciencia como ocupaciones inferiores, propias para enervar el ánimo guerrero. Fué inútil. Todo Romano que se preciara en algo, tuvo á gran honor el recibir lecciones de un Griego. Escipión Emiliano hízose gran amigo de Polibio y de Pœnecio; abriéronse escuelas públi-

cas de lengua, de oratoria y de Filosofía helénicas, y las divinidades elegantes y bellas de Atenas vinieron á echar de sus templos á los antiguos dioses latinos.

Una evidencia deslumbradora se imponía. Las primitivas literaturas Etrusca, Sabina, Itálica, informes y sin gracia, desaparecieron, y surgió una literatura latina brillante y potente, elegante y sabia. Entre la primera guerra púnica y el final de la tercera se nos presentan talentos como Livio Andrónico, Nevio, Ennio, Pacuvio, Accio, Cecilio, Plauto, Afranio, Terencio y otros. Ennio *el Trágico* cantó la ruina de Cartago—caída el mismo día que Corinto,—y compartió el triunfo con Escipión su amigo.

Y este ascendiente de lo griego sobre lo romano fué creciendo de día en día. De todos los puntos de la península pedíanse filósofos á Grecia para formar la educación de los jóvenes y para aconsejar á los ciudadanos que eran llamados á la gestión de la cosa pública. Los hijos de los grandes patricios iban á la propia Atenas á ilustrarse. Los oradores tomaban lección de los Griegos. Los poetas imitaban sus metros y su retórica. Todos querían emular á un Lysias, á un Hipérides, á un Demóstenes. Craso y Antonio legaron el cetro de la elocuencia al sutil Cotta ó al brillante Hortensio. Los Scévola, aleccionados por los políticos Griegos, llevan la Ciencia del Derecho á su perfección. Cicerón empieza estudiando los Helenos y acaba siendo un verdadero iniciador literario del pueblo Romano, llegando á ser el príncipe de las letras latinas, por el número, la diversidad, la importancia y la pureza de ejecución de sus obras.

Llega á tal apogeo la literatura, que ya los hombres políticos tienen á mengua al que no es un literato helenizante. El mismo Syla escribió veintidós libros de memorias, y transportó á Roma la famosa biblioteca de Apelicón *el Peripatético*.

Y después de Syla, Lúculo.

En un retiro, rodeado de gloria, y estimando que los ocios de la vida activa un caballero debe de emplearlos en extender sus conocimientos y elevar su intelecto, había hecho elevar, bajo su dirección, un magnífico edificio, un *palacio de los libros*, palacio cuyas puertas estaban abiertas á todo el que estudiar quisiera, con una riquísima mesa hospitalaria y albergue espléndido. Alrededor extendíanse largos caminos de árboles frondosos, avenidas numerosas, *parterres* y bosquecillos, y allí acudían los Griegos á entregarse, lejos del mundanal ruido y en plena tranquilidad de espíritu, á sus sabias y profundas digresiones. Lúculo los acogía á todos con magnificencia y se mezclaba en sus discusiones, tomaba parte en sus debates y exponía en un lenguaje elegante sus preferencias por la Academia, mientras que su amigo Cicerón trabajaba activamente en elevar las

sesiones á una altura ática digna de la época de Pericles. Tal era Lúculo, tan versado en las artes de la paz como en las de la guerra, el cual habiendo formado un día el proyecto de escribir una historia de Roma, sorteó si la escribiría en prosa ó en verso, en latín ó en griego.

El reinado de Augusto fué la más alta expresión de esa Roma helenizada. Es verdad que el sabio Salustio y el genial Lucrecio habían ya florecido, pero la paz espléndida que el Emperador dió al Mundo hizo fácil el desarrollo de todos los genios. Virgilio, protegido por el gran Mecenas, da á Roma su inmortal epopeya; Horacio comunica al espíritu latino su viva y ática expresión; ya no es la sátira un dardo envenenado, sino la bella dicción llena de buen gusto y de una malicia vital y alegre. La forma sabia de la Grecia resplandece en sus *odas*. Cornelio Galo y Tíbulo desparraman en sus elegías las elegancias de los interiores femeninos; Propercio, digno heredero de Cátulo, canta en versos llenos de fuego las perturbaciones del corazón y de los sentidos, y Ovidio extrema la tendencia sensualista, apoyado por una inmensa libertad de costumbres. La prosa llega á su perfección con Tito Livio, y sus pasajes llenos de esplendor y de colorido tienen una vivacidad de analista que encanta. Su dicción ancha y abundante era comparada por sus contemporáneos á un río de leche fresca que manara siempre.

Pero vamos ahora á ocuparnos detalladamente de cada autor notable de estos segundo y tercer períodos de la cultura literaria de Roma, después de haber hecho esta síntesis general por obedecer toda ella á la influencia helénica.

En la segunda época (512 de Roma á 664), ó sea en la infancia de la poesía, se escribieron ya epopeyas, sátiras y dramas.

El drama trágico latino tuvo su origen en Grecia, pues se empezó en Roma por adoptar las tragedias griegas y se acabó por hacerlas originales.

En aquel tiempo brillaron en el cultivo de la tragedia en Roma Livio Andrónico, Q. Ennio, M. Pacuvio y L. Attio.

El primero nació en Tarento y murió el año 534 de Roma, 220 antes de J. C. Es el poeta más antiguo de Roma y á él se debe la pantomima, pues en cierta ocasión, siendo entonces los autores actores también, hallándose muy ronco y no pudiendo declamar su parte, hizo los gestos correspondientes á las palabras que debía pronunciar, de una manera tan adecuada que todos comprendieron el sentido de lo que se representaba, y ya luego, en ciertas ocasiones, se suprimieron las palabras sistemáticamente, de lo cual resultó *la pantomima*. Escribió tragedias originales y otras adaptadas del griego, diez y nueve de ellas conocidas por sus títulos,

una odisea en latín, himnos, etc. De este autor apenas si se conserva algún fragmento. Su lenguaje era tosco y rudo á causa de la imperfección del idioma latino en aquel entonces.

Ennio fué el poeta más conocido y de más autoridad de su época (515 de Roma—585). Sirvió en el ejército romano, y habiendo hecho conocimiento con Catón *el Antiguo,* éste le llevó consigo á Roma, en donde, gracias á su vasta instrucción, obtuvo honores y el apoyo de los magnates. Perfeccionó la poesía latina despojándola de su rudeza, enriqueció el Teatro dándole carácter propio, si bien no tuvo el mérito de una gran originalidad. Sus contemporáneos y otros autores más modernos le ensalzaron bastante, colocándole á gran altura. Merece citarse lo que de él dijo Quintiliano: «Adoremos á Ennio como á los bosques sagrados por su antigüedad, en los cuales las viejas y copudas encinas no nos admiran tanto por su belleza como por el respeto religioso que nos infunden.»

M. Pacuvio, sobrino de Ennio, nació en Brindis en 562 de Roma y murió en Tarento á los 92 años. Escribió gran número de tragedias que le dieron mucho renombre, siendo la más celebrada la titulada *Orestes.*

L. Attio nació en Roma en 584 de Roma y escribió también numerosas tragedias. No tuvo un espíritu tan cultivado como el de Pacuvio, pero era más genial. Su tragedia *Filoctetes* produjo gran entusiasmo y Cicerón dedicóla sus alabanzas. También es digna de mención la titulada *Brutus*, en la que trataba de la expulsión de los Tarquinos. Compuso anales en versos, celebrando la victoria de Décimo Bruto sobre los Iberos. Entre los fragmentos de sus obras merece notarse uno en que se exponen las lamentaciones de Prometeo, tomadas sin duda de la tragedia del mismo título de Esquilo.

Es digno de notarse que en esta época de la literatura latina no hubiese casi ninguna obra en que el argumento fuese nacional; pero esto obedecía á varias causas que lo justifican, pues todas ellas pertenecen al período que podríamos llamar de formación, y Roma iba en todo lo intelectual á remolque de Atenas. Además la nacionalidad latina no estaba aún enteramente constituída, y en su historia no se encontraban hechos que merecieran ser contados. Más tarde ya encontraremos en Roma una literatura propia.

En el cultivo de la comedia distinguiéronse especialmente Plauto y Terencio. Respecto al origen de la comedia hay diversas opiniones en esta época, siendo de notar la que se apoyaba en la de Aristóteles que lo atribuye á Homero. Terencio escribió un poema titulado *Margites,* en el que ridiculizaba á un perezoso, llegando el género á perfeccionarse en Atenas.

Cn. Nevio, nacido en Campania, empezó como Andrónico escribien-

do tragedias, pero después dió preferencia al género cómico, en el que brilló bastante. Debido á la poca libertad que entonces existía en Roma, no pudo desarrollar enteramente su talento, pues no se podían llevar al teatro ciertos tipos, como, por ejemplo, los magistrados, por no permitirlo el gobierno. A pesar de esto, dejóse llevar de su carácter burlón, lo que le valió ser encarcelado primero y después desterrado á Utica, en donde murió en 550.

Marco Accio Plauto transformó por completo la comedia, dándola un carácter propio y fijando para siempre el Teatro romano. A los diez y siete años hizo representar su primera comedia, que obtuvo bastante éxito. Después representó *Menæchmi* con no menos fortuna y otras que fueron igualmente aplaudidas. Su fecundidad fué muy grande y algunos autores hacen llegar á 130 el número de sus obras, si bien otros creen que no son tantas y que algunas de las que á él se atribuyen pertenecen á Plamio, del cual nada conocemos y con el que es muy fácil confundirle á causa de la semejanza del nombre. Su vida fué sumamente accidentada, viéndose obligado por reveses de fortuna á ejercer múltiples oficios, sin que por eso dejara nunca de escribir. Hasta nosotros únicamente han llegado, y no enteras por completo, *Saturio, Addictus, Nervolaria*, *El Anfitrión, Aulularia, Curculio, Epidicus,* los *Cautivos,* considerada por algunos críticos como la mejor, *Rudeus, Stichus, Trinumus* y *Miles gloriosus.* Plauto llegó á ser verdaderamente original y pintó de mano maestra las costumbres romanas, fustigando sus vicios, ridiculizando sus pequeñeces y ensalzando sus grandezas.

P. Terencio nació casi al morir Plauto, creyéndose que su patria fué Cartago. Como escritor nadie le ha aventajado en pureza y propiedad de lenguaje, y casi marcó la transición de la segunda á la tercera época, si bien se acercó más á ésta que á aquélla. Su estilo fué ático, siendo imposible llegar ya á mayor corrección en el lenguaje. Esto fué causa de que algunos creyeron que le ayudaban en su tarea escritores griegos, lo que no es probable por la uniformidad é igualdad de estilo que se nota en sus obras. Tradujo, adaptó y extractó muchas comedias de Menandro, lo que no le valió menos elogios que sus obras originales. No fué tan original ni tan cáustico como Plauto; pero tuvo más gusto, más pureza, y sus obras, teatralmente hablando, eran más perfectas. De él se conocen seis comedias y no se cree haya escrito otras: el *Andria,* el *Eunuco, Heautontimorumenos,* los *Odelfos, Formión* y *Hecyra.* De éstas, unas son originales y otras están inspiradas en Menandro.

Cecilio Estacio alcanzó en Roma mucha consideración, llegando algunos á compararle con Terencio; pero actualmente es poco conocido,

pues de las cuarenta y cinco comedias que escribió, apenas si se conoce nada. Lucio Afranio, casi contemporáneo del anterior, fué uno de los poetas cómicos más notables de su época, siendo quizás el más original de todos ellos, pues emancipó por completo el Teatro latino del griego. Desgraciadamente, de sus comedias no se han conservado más que algunos fragmentos, por los cuales es difícil juzgarle. Ennio y Nevio, antes citados también, además del drama, se dedicaron á la poesía épica, escribiendo notables poemas.

En esta segunda época de la literatura latina no se olvidó tampoco el género satírico, siendo el primero que á él se dedicó C. Sucilio, nacido en Suesa en 606 de Roma y muerto en 651, 103 antes de J. C. Fué muy temido, pues su pluma fustigaba lo mismo al poderoso que al humilde. Escribió treinta libros de sátiras, de los cuales se han conservado muy pocos fragmentos. Aunque escribió mucho, no era fácil, pues su versificación no es comúnmente espontánea. Varsón de Atax y Terencio Varsón no son muy conocidos, si bien el último compuso más de quinientos volúmenes y pasó por uno de los romanos más eruditos de su tiempo. De él quedan actualmente seis libros de su obra *De lingua latina*, y los tres *De re rústica*.

El tercer período (664 de Roma á 767) con razón ha sido llamado siglo de oro. En esta época Roma alcanzó su mayor esplendor y brillaron todos los géneros literarios.

Lucrecio (1) fué el primero de esta época cuyas obras se conocen. Nació en Roma en 659 de Roma y murió en 703. Fué á estudiar á Atenas, en donde aprendió los principios de la filosofía de Epicuro. Su obra más conocida y apreciada es la que lleva por título *De rerum natura*, que pertenece al género didáctico. Está escrita en versos heroicos y en ella desarrolla Lucrecio la doctrina de su maestro, procurando conciliar sus principios con los de Anaximandro y los de Demócrito. Sus ideas sobre la Divinidad son atrevidas y originales, casi impías, si se tiene en cuenta el tiempo en que fueron escritas. No cree en la Providencia, defendiendo y sosteniendo la teoría atomística y afirmando que el mayor bien á que el hombre puede aspirar es el deleite, la satisfacción de sí mismo, tal cual hoy lo proclama la escuela Spenceriana al decir que, en el fondo, lo moral es lo que produce placer, ó sea aumento de vida. Si bien es algo duro, por conceder, al contrario de sus contemporáneos, mayor importancia al fondo que á la forma, se ve en él mucha energía, numen poético, justeza y potencia en las descripciones. Lucrecio, en su gran poema, canta el Todo, *lo que es*, la Naturaleza ó Pan, como decían los Antiguos. Ante todo es un hom-

(1) Su nombre era Titus Lucrecius Carus.

bre libre, y al escribir su poema, que dedica á Menucio, abre escuela de libertad para su patria. Ha viajado, ha visto muchos países, ha frecuentado las dos escuelas misteriosas del Éufrates, Nehardo y Pombeditha, ha estado en Egipto y en Atenas y ha interrogado á los filósofos. Estudiando la Grecia ha entrevisto la India. Demócrito le ha hecho pensar sobre los átomos, Anaximandro sobre lo infinito del espacio. Epicuro acabó de modelar su espíritu, y en su doctrina halló un apoyo en medio de las desastrosas luchas de Roma. Pero su sistema es algo más viviente que el epicurismo. Sobre los fundamentos de una concepción dinámica de la Naturaleza defiende los derechos de la libertad y de la independencia personal contra toda tradición dogmática, introduciendo el saber como único guía práctico del hombre. Así el hombre sólo puede ser libre, emancipado de toda superstición, de todo antropomorfismo religioso, penetrando con la ciencia el fondo de las cosas. A fuerza de ver hombres distintos en sus múltiples viajes, concibió un hombre superior. Viéndolos á todos esclavos de sus prejuicios locales, lo concibió libre por el conocimiento. A fuerza de simplificar el Universo, llegó al conocimiento de su inmensidad. Como si hubiese hablado íntimamente con los espectros de Biblos, como si hubiese recibido confidencias del tronco de árbol cortado de Chyterón, que es Juno-Thespia, como si hubiese escuchado entre las cañas de la Mesopotamia á Oannes, el dios pescado que bebía el caos por su cabeza inferior y lo vertía sobre la tierra por su boca superior, en forma de ciencia, Lucrecio lo sabe todo, y todo lo que no sabe lo presiente. Isis cubierta con su velo es para él transparente. Las formas orgánicas y las fuerzas que se agitan en su seno, que surgen y se sumergen, para él están todas presentes con su inmensidad, con su infinidad. Lucrecio siente y canta lo que no tiene límites. Y su canto repercute aún en nuestros días con ecos de verdad que asombran.

Virgilio nació en Mantua en 684 de Roma y murió en 735. Hizo sus primeros estudios en Cremona, y á los diez y siete años pasó á Milán y después á Nápoles, en donde se perfeccionó en el latín, en el griego, en las matemáticas y en la medicina.

Muy joven aún, compuso contra un tal Balista, director de la escuela de gladiadores que había sido apedreado por ladrón, el siguiente dístico:

Monte sub hoc lapidem tegitur Balista sepultus:
Nocte, die, totum carpe, viator, iter.

Algunos críticos dicen que á los quince años escribió algunas pequeñas piezas.

Como hombre fué Virgilio de costumbres irreprochables. La composi-

ción de las *Bucólicas* le ocupó tres años, siete la de las *Geórgicas* y diez ó doce la de la *Eneida*. En las *Bucólicas* se propuso celebrar á Asinio Polión, Alfeno Varo y Cornelio Galo. En las *Geórgicas* créese que trató de complacer á Mecenas, por encargo del cual las escribió para atraer á los hombres á la agricultura y sana vida y para que abandonasen sus costumbres licenciosas. La *Eneida* es un elogio del origen del imperio romano y de la nobleza de la familia de los Césares. Virgilio cultivó la égloga é imitó á Teócrito, del que tomó muchos pensamientos y giros de frases. Algunos críticos dicen que los pastores de Virgilio hablaban en un lenguaje demasiado elevado; pero á pesar de esto, nunca fué impropio y los razonamientos de sus personajes correspondieron á las circunstancias en que se hallaban. Las *Geórgicas* constan de cuatro libros, cuyo asunto no detallamos por ser harto conocido. No obstante, son dignos de mención un fragmento del canto primero, en el que se describen los prodigios que se operaron antes y después de la muerte de Julio César; otros fragmentos del segundo y tercero, y el hermosísimo episodio de Eurídice y Orfeo del cuarto. Sin duda la obra más conocida de Virgilio y también de la literatura latina es la *Eneida*, si bien los críticos alemanes afirman hoy que las *Geórgicas* es la más perfecta. En toda la obra campea la unidad de estilo, la feliz expresión de las palabras y pensamientos, la grandeza del plan, aunque no se nota la energía y vigor que en Homero, ni mucho menos la originalidad, pues el poeta latino imitó á Homero en diferentes ocasiones; pero de todos modos, su obra no desmerece de la de aquél. La *Eneida* no es una epopeya primitiva, pues fué escrita mil años después de la *Iliada*, de la que en cierto modo es continuadora. Tampoco es, como el poema de Homero, un canto á los grandes sentimientos, ni es precursora de ninguna literatura: es sencillamente una obra genial. Virgilio murió en Roma á los cincuenta y un años de edad.


Virgilio

C. Val. Cátulo nació en Sirmion el 667 de Roma y fué el primero entre los latinos que cultivó la poesía lírica. Cuando aún era muy joven fué á Roma, y allí conquistóse muy pronto un nombre y valiosas amistades por su gran talento y sus buenas condiciones personales. Sus poesías pueden dividirse en cuatro géneros: épico, lírico, elegíaco y epigramático, además de otras que no se pueden clasificar. Ascienden á 115, entre las

que las hay de los géneros arriba citados, y son dignas de mencionarse las odas números 11, 34, 51 y 61. Su obra maestra es *Las Bodas de Tetis y Peleo,* imitada, según se cree, de Safo.

Algunas de sus poesías se han perdido y otras han llegado incompletas hasta nosotros.

Créese que murió muy joven y que su vida fué licenciosa.

Quinto Horacio Flaco nació en Venosa en 689 de Roma y murió en 746. Su padre era un liberto y le condujo niño aún á Roma, en donde hizo sus primeros estudios, perfeccionándolos después en Atenas. En esta ciudad permaneció tres años, alistándose en el ejército de Bruto; pero bien pronto abandonó la milicia, convencido de que no había nacido para ella. Marchó nuevamente á Roma, y allí alcanzó honores y riquezas. Pertenecen sus poesías al género lírico y al didáctico, siendo de notar en este último la célebre epístola dirigida á los Pisones, llamada *Arte poética.*

En sus odas imitó á Píndaro, de quien dijo que era imposible competir con él; pero no obstante, siempre serán leídas con placer la señalada en el libro 1.° con el n.° 2, *Jam satistersis nivis,* la 12 del mismo libro *Quem vi sum aut heroe* y otras. No solamente podía competir con Píndaro, sino que á veces le aventajaba. El latino era más humano, más nuevo y sus asuntos más variados. Esta fué la característica de Horacio.

Los asuntos de sus odas no siempre eran morales, y en las llamadas amatorias se encuentran algunas casi eróticas. Horacio fué el poeta lírico más grande de su nación; y á pesar de que en su época no estaba en Roma muy desarrollado el sentimiento estético, consiguió conmover á los romanos, sin necesidad de apelar á los sentimientos rudos y groseros que dominaban á sus contemporáneos.

Sus sátiras y epístolas también merecen ocupar un lugar preeminente en la literatura latina, siendo de notar que en las primeras no trató únicamente de ridiculizar y zaherir las costumbres de aquella sociedad, sino más bien de corregirlas, poniéndolas de relieve, por lo cual, con mucha propiedad, las llamó sermones. Las epístolas vinieron á ser la continuación de las sátiras, aunque naturalmente en aquéllas se observa más causticidad y más malignidad, por así decirlo, que en éstas, y no cabe duda que éstas produjeron más el efecto deseado en la sociedad, en primer lugar por la seriedad y decidido propósito de corregir, y después por estar casi siempre dirigidas á una persona ó entidad determinadas. Las más notables son las tres del libro 1.°; la primera es un compendio de literatura latina, al menos por lo que á la poesía se refiere; la segunda contiene preceptos morales y observaciones críticas muy juiciosas sobre la misma, y la tercera es la célebre *Epístola á los Pisones* ó *Arte poética*, como se la

llama comúnmente después de Quintiliano, que es considerada como su obra maestra.

Propercio nació en 702 de Roma. Ovidio caracteriza sus elegías llamándolas fuegos, porque realmente respiran el de un ánimo juvenil y el de una pasión ardiente. Nació en Moravia, hoy Bevaña, y fué muy joven á Roma, en donde alcanzó la amistad de Cornelio Galo, de Ovidio, de Tíbulo y la protección de Augusto y de Mecenas, gracias á su talento y nada común ilustración. De este autor han llegado hasta nosotros cuatro libros de elegías, muy notables por su castizo lenguaje y enérgicos sentimientos.

Albio Tíbulo, nacido en 705 de Roma, murió antes de cumplir los treinta años. A consecuencia de sus disipaciones, su corta vida fué una serie de vicisitudes. Escribió cuatro libros de elegías, amatorias la mayoría, que se distinguen por su elegancia, ternura, pureza de estilo y por la acertada concepción de las imágenes.

Ovidio nació en el año 711 de Roma, murió en 770. Desde muy niño demostróse ya en él que había nacido para la poesía. Hijo de una familia noble y rica, su padre pensó dedicarle á la elocuencia; pero todo fué en vano, pues Ovidio era poeta y no otra cosa. Estudió en Roma y en Atenas, siendo admitido en la corte de Augusto. Murió á los sesenta años en Tornos, adonde había sido desterrado por el Emperador, á pesar de lo cual no cesó de alabarle y ensalzarle durante toda su vida. La pasión dominante de Ovidio fué el amor.

De Ovidio conocemos tres libros amorosos, otros tantos del *Arte de amar,* uno sobre los *Remedios del amor, Arte de embellecer el rostro,* y las *Metamorfosis,* que son una compilación histórico-mitológica formada de los antiguos poetas y de las tradiciones sobre la divinidad, la creación del hombre, del mundo, el diluvio, etc. Se pintan los amores de los dioses y las apoteosis de los mortales. Los *Fastos* son la descripción del calendario romano en verso; quedan sólo los seis primeros meses del año, y no se sabe si el autor no terminó la obra, ó bien si se han perdido los seis restantes. Las *Heroidas* son cartas de mujeres ilustres y desgraciadas, las cuales se quejan á sus maridos ó amantes del abandono en que las tienen. Y por fin las *Elegías,* en las que el poeta se lamenta de su mala suerte. La mejor obra que se considera de Ovidio son las *Metamorfosis.* Ovidio como escritor merece el más alto concepto; su portentoso genio abrazó casi todas las especies de poesía; en las *Metamorfosis* se encuentran trozos verdaderamente épicos; sus cantos amatorios son igualmente dignos de mención por su exaltación y fuerza; las *Elegías* demuestran que en su corazón tenían cabida todos los sentimientos elevados; y su obra dramática *Medea,* de la cual no quedan más que dos versos, citados, uno por Séneca y otro

por Quintiliano, mereció los elogios de sus contemporáneos, que la consideraban como un modelo en su género. Dotado de una imaginación exuberante, era imposible para él el reposo; de aquí que en sus obras, al lado de imágenes brillantísimas, de pensamientos profundos, se vean trivialidades y frases de relumbrón á veces.

Décimo Laberio, nacido en 645 de Roma, era un caballero romano que empleaba sus ocios en componer *mimos* (1) para que los representasen los actores. Publio Syso, esclavo de condición, escritor distinguido de *mimos*, en un certamen derrotó al anterior. De él se conservan 800 sentencias. Filistrón se hizo célebre por una especie de sainete que dió á luz con gran aplauso del Pueblo. Durante el reinado de Augusto llegaron á su apogeo los mimos y los bailes pantomímicos, hasta el punto de desterrar de la escena las tragedias, comedias y atelanas. Introdujéronse diferentes reformas, ayudadas de la música, y llegó á convertirse la comedia en lo que actualmente son nuestras zarzuelas y lo que llamamos en España *género chico*.

Otros poetas poco conocidos y no por eso menos apreciables cultivaron diferentes géneros. Ovidio llamó divino á un tal Albinovano, de quien se conservan dos elegías. Grario Falisco escribió un poema sobre la *manera de cazar los perros*, que también se conserva. Las poesías de Severo prueban que no era un poeta adocenado. Emilio Macer escribió un poema, del que se pretendía que podía servir de suplemento á la *Iliada*.

Fedro fué un autor muy poco conocido de sus contemporáneos, no encontrándose citado sino en Marcial y en Aviano. Su vida tampoco es muy conocida; pero se cree que vivió bajo el reinado de Octavio Augusto, pues en una de sus fábulas cuenta una anécdota de este Emperador, al que se refiere como contemporáneo. También parece que fué objeto de persecuciones por parte de Sejano, ministro de Tiberio, á causa de aludirle bastante directamente en algunos de sus escritos.

Su estilo es sencillo, puro y elegante, siendo en este género lo mejor que conocemos de la antigüedad, reuniendo todas las cualidades exigidas por Cicerón para el cultivo de la fábula.

En él los epítetos son felices y variados, los versos están hábilmente combinados y del texto de la fábula se desprende naturalmente la moralidad.

Y ahora pasemos á la elocuencia. En la época anterior á Cicerón brillaron Graco, Galba, Selio, M. Antonio, Craso, Sulpicio, Cotta y otros.

Cicerón nació el año 648 de Roma, 106 antes de J. C., en Aspino, ciudad del reino de Nápoles. Estudió en Roma todos los ramos del saber humano, siendo la admiración de sus maestros y condiscípulos. Dotado

(1) Mimo, especie de sainete grotesco.

por la Naturaleza de las más felices disposiciones, su inteligencia lo abarcaba todo. Sus primeros ensayos fueron unas composiciones poéticas nada vulgares, y se presentó en público por primera vez á los veinticinco años, pronunciando un discurso de defensa, y después continuó dedicándose al foro, logrando gran fama y reputación.

Durante su vida alcanzó empleos y honores, llegando á ocupar el primer puesto de la República como tribuno, en el que se hizo acreedor á las simpatías del pueblo. Después fué desterrado, y por fin acabó su vida en el patíbulo.

Cicerón escribió retórica, filosofía, cartas y arengas, siendo éstas su obra maestra, pues en ellas puso en práctica los preceptos que más tarde consignó en sus libros retóricos.



Cicerón

Terminada esta parte de la literatura en prosa, trataremos de los historiadores que brillaron antes de la muerte de Augusto, los cuales son en número no escaso, pero algunos de tan poca importancia que bien puede omitirse su nombre sin perjuicio de la posteridad.

El primer historiador conocido entre los romanos es Fabio Pictor (558 de Roma), del cual no queda ninguna obra, encontrándose únicamente citas de una historia suya en otros autores. Catón *el Censor* compuso ciento cincuenta oraciones, un tratado sobre el arte militar, otro sobre agricultura y una historia en siete libros.

Cornelio Nepote fué un historiador distinguido, y á él se debe el conocer la vida de muchos hombres ilustres de aquel tiempo, como Generales, Emperadores, etc. Además escribió tres libros de crónicas y cinco de ejemplos.

Salustio, nacido en 668 de Roma y muerto en 719, ocupó en la República altos puestos, disipando su capital y su salud en orgías, pero dedicándose, á pesar de esto, al estudio. Empleó los últimos años de su vida en corregir sus obras, habiendo llegado únicamente hasta nosotros la *Conjuración de Catilina,* la *Guerra de Yugurta,* dos cartas ó discursos políticos dirigidos á César y cuatro arengas que se han conservado de su *Grande Historia*. Sobresale este historiador en los retratos é hizo un estudio profundo de los hombres.

Tito Livio, nacido en 695 de Roma y muerto en 17 de J. C., ha sido

comparado por algunos críticos con Salustio. Escribió una *Historia romana* desde la fundación de Roma hasta la muerte de Druso en 774, empleando en componerla veinte años. De los ciento cuarenta y dos libros de que consta, sólo quedan treinta y cinco.

A más de la historia de Roma, los antiguos hacen mención de unos *Diálogos filosóficos é históricos* escritos por Tito Livio, de libros puramente filosóficos y de una carta dirigida á su hija.

Julio César, cuya memoria vivirá eternamente por su doble fama de escritor y guerrero, fué de un siglo anterior á la Era cristiana. Su juventud, como la de todos los patricios romanos, fué muy disipada; pero sus vicios le dejaban tiempo para ocuparse de los asuntos políticos, en los cuales se hizo notar lo bastante para que Sila dijese á los que interponían su influencia para librarle de la proscripción: «En César hay muchos Marios.»



Julio César

En el servicio de las armas escaló los primeros puestos, y con sus liberalidades y halagos se atrajo el favor del pueblo, siendo nombrado sucesivamente cuestor, pontífice máximo y por fin triunviro con Pompeyo y Craso.

Gracias á su mucha astucia, se deshizo de sus colegas y se quedó dueño absoluto de Roma.

Nombrado dictador perpetuo por el Senado, despertó los recelos del antiguo partido republicano formado por los verdaderos patricios; y como resultado de una conjuración de éstos, murió asesinado el 15 de marzo del año 44 antes de J. C.

Su obra más importante es la *Historia de la guerra de las Galias,* á la cual dió César el nombre de *Comentarios.* Es uno de los tesoros más puros que quedan de la lengua latina, escrito con fluidez, ingenuidad y donde el autor tiene mucho cuidado de no asomar nunca en primer lugar, relatando sus hechos como si no se tratara de él.

Dejó también escritos unos anales sobre la guerra civil, de menor interés y donde se ve cierto apasionamiento, producto de las tendencias que él, una de las primeras figuras de la República, no podía menos de experimentar.

Trogo Pompeyo escribió una historia que contenía en cuarenta y cuatro libros todos los acontecimientos más notables del mundo hasta Augusto, empezando por Nino, rey de los Asirios. Era considerado entre los Romanos por su severidad de juicio y por su estilo correcto y castizo.

Veleyo Patérculo nació en Roma de una familia ilustre el año 735 de Roma y murió en 31 de J. C. Siguió muy joven la carrera militar, en la

cual obtuvo varios grados y consideraciones. Ejerció más tarde los empleos de tribuno y pretor, creyéndose que murió víctima de su imprudencia, por haber atentado contra el Imperio.

Escribió una historia que ha llegado hasta nosotros muy incompleta y que contiene trozos hermosísimos.

Por el estilo, semejante al de Salustio, puede contarse Patérculo entre los escritores de la edad dorada, y de sus retratos puede decirse que son admirables, pues de una sola plumada traza el carácter de una persona. Fué criticado por su parcialidad en favor de Tiberio, falta que es dispensable si se tiene en cuenta que el historiador había sido compañero del Emperador y que siempre le honró con su amistad y protección.

C. Asinio Polión, además de varias tragedias, escribió la *Historia de la guerra civil entre César y Pompeyo*, dividida en diez y seis libros.

Verrio Flaco fué juzgado por Suetonio como uno de los gramáticos más esclarecidos de su época. Su obra más interesante es la titulada *Verborum significatione*, especie de tesoro de la lengua latina.

La literatura latina decayó rápidamente después de la muerte de Augusto, siendo el primer escritor de esta época Marco Anneo Séneca, de quien se conocen las *Controversias* y las *Suasorias*. Nació en Córdoba el año 61 antes de J. C.

Cornelio Celso, á juzgar por sus obras, ejerció todas las profesiones, pues escribió de medicina, de retórica, de agricultura, de milicia, distinguiéndose principalmente en el arte de curar.

Su estilo es conciso, claro y brillante; habiendo merecido sus obras, por muchos conceptos, la admiración de los sabios.

El siglo de oro pasó como un relámpago; los espíritus se fatigaron, las costumbres se corrompieron. Muerto Augusto, Roma cae en la tiranía de los sucesores de éste. Las guerras civiles, que había extinguido la prudencia de Octavio, arden de nuevo. Las guerras con el extranjero preséntanse á cortos intervalos. Y la literatura sufre de estos trastornos intermitentes. El epiléptico Calígula, instado por los opulentos patricios ignorantes, proscribe á los poetas, receloso de su talento y envidioso de su gloria. Claudio, erudito imbécil, protege á todos los jugadores de dados, los libertos y los bufones. Nerón, ese megalómano que degeneró en loco malicioso, por gusto y por vanidad, pretendió levantar la gloria de las Musas latinas, y bajo los primeros años de su reinado, las basílicas, los baños, los plátanos del Frontón, transmiten los ecos de la cadenciosa voz de los escritores que allí acuden, con togas de púrpura, los cabellos rizados, coronados de laureles de oro, llenos de perfumes para leer sus *iliacas*, sus *silvas*, sus *elegías*. En los paseos, en los sitios públicos, alrededor de las fuentes y en los

bosquecillos y jardines de Roma pulula toda una vida académica, vida de banquetes, de galantería y de aplausos, á la que acuden las licenciosas matronas y las elegantes cortesanas, lo mismo que los vates de todas las provincias del Imperio. Todos corren presurosos de una lectura, ó de una declamación, á otra. Aquí las hermosuras romanas se disputan un poeta para abrazarlo y hacerle sentir sus efusiones. Más allá una turba elegante exclama entusiasmada al oir recitar á otro: *¡Pulchre, bène, recte!* Bajo la espléndida y loca influencia de los primeros años del sol imperial, bajo la lluvia de oro y de laureles que del Monte Palatino descendía sobre los literatos, surge una poesía exquisita, amamantada, nutrida, con miel y perfumes, con besos y aplausos. Criada en el invernadero de los salones, embriagada con los vinos de Chipre y de Epiro y con los perfumes del ámbar y del nardo, rimada al compás de las cítaras que le dan la tónica, á la armonía encantadora de las voces femeninas y á los cadenciosos aplausos de amigos entusiastas, formóse una literatura voluptuosa y refinada, tan perfecta en la forma como llena de pasiones en el fondo. La forma llega ya á una perfección maravillosa. Ni una caída, ni un defecto. Pero todos estos limadores de hexámetros y de endecasílabos están muy lejos de presentar la grandiosidad sobria y la fresca suavidad natural de un Virgilio. Uno de éstos, el cordobés Lucano, más que la forma enérgica y concentrada que da la inspiración franca, busca los tonos exagerados y declamatorios, y llama la atención por la brillantez de sus flores retóricas, hasta el punto de que le cueste la vida. Triunfador aclamado en una fiesta poética á la cual Nerón concurría, la energía del colorido, lo vivo de su estilo, la brillantez de sus pensamientos, pusieron furioso al tirano, que le condenó al silencio. Y luego, no pudiendo sufrir quien le aventajara, decretó su muerte por supuesto cómplice de una conspiración abortada. Envuelto en la desgracia de su tío Séneca, desaparece con él de la escena á los veintisiete años, dejando libre el campo á Estacio y á Silicus Italicus.

Una poesía trivial lo invade pronto todo, acompañada de una música afeminada y corruptora, y el arte oratorio revienta de énfasis inmotivada y de declamación vacía. La sofística y la retórica triunfan en toda la línea. Ya se confunde el buen literato con el buen gramático (1). Ya sólo se mira al lenguaje y se atiende á la hojarasca inadecuada. El pensamiento es abandonado por la palabra. La conclusión lógica es sacrificada á la ingeniosidad del silogismo. Ya se perdió aquel Foro y aquella Tribuna desde la cual se pronunciaron tan enérgicas arengas. Ya no hay causas nobles que animen los discursos. Ya no hay procesos de esos en que se pleitea en bien de la especie humana. Ya sólo se habla con aliñados discursos

(1) Cual hoy en España.

delante de un pretorio compuesto de jueces que se duermen; y la noble oratoria degenera tanto, que sólo se ocupa del reparto de un huerto ó del derribo de una pared agrietada. El orador ya no existe. Le ha reemplazado el *Patronus causidicus.*

La especulación filosófica decae. Ya no se aplica á los resultados de las Ciencias, ya no es hija de la observación de la Naturaleza, que diera, como en Grecia un Thales, un Empedocles, un Demócrito, un Aristóteles. El propio Plinio, á pesar de todo su saber enciclopédico, llena de fábulas absurdas, de fantásticas quimeras, de supersticiones indignas sus escritos; y su *Historia Natural* palidece ante las maravillas de intuición positiva de los cosmólogos Griegos. La Filosofía propia ya no existe, sólo algunos ciudadanos severos se han refugiado en el estoicismo, mientras que otros desfiguran las nobles teorías de Epicuro por sus excesos.

No obstante este estado de las letras, que dura hasta que llega á imperar el gran Trajano, la raza latina, como superior que era, da aún algunos escritores superiores en varios géneros. Ejemplo, Séneca, el propio Séneca, que á pesar de abusar de su talento, de engañar á los demás sobre la sinceridad de sus sentimientos, de desarrollar por puro *virtuosismo* del estilo las reglas morales de los grandes estoicos sin seguirlas, de pecar por exceso de sutilidad cuando no caía en el énfasis, cuando llegaba á olvidarse de lo preconcebido, alcanzaba un extremo de belleza literaria de primera fuerza.

Mas al subir Trajano al trono de los Césares, la literatura latina tiene su última y buena época, llamada Edad de Plata. El nuevo César Español no era un literato en el verdadero sentido de la palabra; soldado desde la edad de catorce años, le bastó para su gloria el interesarse en el progreso de las letras. Liberal y hombre justo, las protegió sin cohibirlas. No componía él mismo las arengas, pero sabía hallar quien se las compusiera, interpretando fielmente sus ideas. Su juicio era á la vez amplio y sensato. Su personalidad imperial no se inmiscuía en los dominios del Arte, con intervención pueril y celosa, cual Nerón, ó cual su sucesor Adriano. Pero tenía el amor de las grandes cosas y lo comunicaba á los trabajos del pensamiento, de la escultura, de la arquitectura, que en su reinado alcanzaron una pureza y un esplendor magníficos.

Dejó á cada uno el derecho de hablar según su conciencia. Jamás libertad más amplia ha reinado en materia del pensamiento. Ya se pudo juzgar y condenar á los que le precedieron en el Imperio, que cuanto más fuerte fuese el ataque justificado contra los malos, tanto más resaltaba la virtud de los buenos. Tal era el principio de este Emperador honrado que emancipó los espíritus. La literatura cambió civilizándose. Y estalló una

explosión verdadera de obras satíricas y vengadoras. Todos los oprimidos fueron reivindicados.

Despertando del silencio impuesto por las proscripciones, desligada de la esclavitud que la ahogaba, Roma quiso revisar su pasado, reivindicar sus derechos y llevar á la barra á los malos Césares, clavándolos en la picota según fueran sus crímenes. La historia falseada por el miedo y la adulación se rectificó. Todas las infamias de ochenta y cinco años de tiranía, de Tiberio á Domiciano, fueron puestas al descubierto. Ningún criminal, por alto que fuese, escapó á la consignación de la verdad vindicadora. Cada uno pudo deponer su acusación ó su testimonio en el tribunal de la opinión pública. C. Fannius dió su libro sobre *las víctimas de Nerón,* del cual nos habla Plinio *el Joven*. Suetonio escribió su historia sobria y justiciera. Juvenal empuñó el látigo de la sátira y fustigó á todos los viciosos. Tácito, el más grande de todos, escribió en el frontón de la Historia sus sentencias lapidarias.

Este importante período fué como un oasis en la historia política y moral del poderío de Roma.

Roma había llegado al apogeo de su dominación. Heredera de la civilización y de la cultura griegas, prodigaba magníficamente las mercedes á todos los pueblos que iba reuniendo á su alrededor, y su ascendiente aumentaba con una hábil política de expansión y de simpatía. Griegos, Asiáticos, Africanos, Iberos, Galos y Germanos constituían dentro de los muros de la Imperial Ciudad una abreviación del Universo.

Gracias á un esfuerzo continuo, Roma había absorbido en ella el Occidente y el Oriente, y asimilado á sus destinos España, las Galias, Bretaña, Grecia, el Egipto, la Siria, y casi la mayor parte del Asia anterior, hasta llegar á la Mesopotamia. En su camino la raza semítica enemiga del derecho y del humanismo Ario se le había opuesto, y ella la había anulado. De la Cartago Fenicia no quedaba ni resto, y la Judea estaba dominada.

De grado ó por fuerza había extendido el derecho y la lengua. Ya en el siglo I, el geógrafo Estrabón hace constar que los Bitinios, los Mysios, los Frigios, los Lydios y otros habían perdido la noción de sus antiguos idiomas. Los sacerdotes del Egipto ya no comprendían las inscripciones de las altas dinastías. Iberia era tan romana como Roma. En ella habían nacido Trajano y varios literatos y hombres públicos latinos. La Galia estaba ya casi romanizada, sobre todo en el Mediodía. En Africa ya se hablaba en latín. Hubo un momento en que Roma pudo creer que realizaba plenamente el sueño de la Ciudad Universal y Eterna, centro de todas las naciones, y de un solo pueblo civilizado extendiéndose por toda la faz de la Tierra entonces conocida.

Fué un tiempo de esplendor único en el mundo, de paz y de gloria, que sólo duró todo el segundo siglo, empezando con Trajano y acabando con Marco Aurelio, el Emperador filósofo.

Después de este sabio coronado, ya todo se desmorona, preparándose el entronizamiento oficial del Cristianismo y la irrupción de los bárbaros del Norte.

Pasemos ahora revista detallada á los literatos de esta época, empezando por los poetas.

Terenciano Mauro vivió bajo el imperio de Trajano ó de los Antoninos, y dejó escrito un poema latino titulado *Reglas de la poesía y de la versificación*, en el cual se notan elegancia y buen gusto.

Columela, hijo de una rica familia de agricultores, nació en Cádiz y se trasladó muy joven á Roma con objeto de perfeccionarse en la agricultura y estudiar los clásicos. Escribió *De re rústica,* libro que ha merecido elogios de antiguos y modernos por las útiles doctrinas en él contenidas y el estilo elegante y culto empleado en toda la obra.

Aulo Persio, nacido en Volterra el año 34 de J. C., hijo de una familia rica y noble, estudió bajo la dirección de Remnio Palemón, de Virgilio Flavio y de Annio Cornuto. Persio fué un buen escritor, pero tuvo el defecto de ser muy obscuro, siendo no obstante digno de ser leído.

Juvenal nació el año 42 de J. C. en Aquino y pasó gran parte de su vida en ejercicios de declamación en las escuelas de los retóricos, y después se dedicó á escribir sátiras, hasta el número de diez y seis. En ellas zahiere á los poetas, á los hipócritas, y á todos aquellos que, en su concepto, eran la rémora de la sociedad de su tiempo. Se le ha comparado con Horacio, habiéndole muchos preferido á aquél. Juvenal tiene lo que falta á los caracteres débiles en las épocas de tiranía en que es muy peligroso el tener opinión propia; tiene juicio claro, emoción, pasión por todo lo grande y noble, y horror trágico para el crimen; y luego la risa vengadora, la sátira que castiga, el sarcasmo que abate. Juvenal tiene personalidad á riesgo de su vida. Es un bravo. Su corazon late por la justicia, y se hincha de cólera ante la corrupción. Tonando sobre el Imperio romano envilecido, parece un águila que atisba una madriguera de reptiles. Cayendo encima de ellos los despedaza á todos, de Nerón á Codrus, desde el César al mal poeta. Es un Isaías latino, fulminando el rayo de su sacra ira contra la gran prostituta. Si para el primero ésta era simbólicamente Babilonia, Juvenal la halla realmente en Mesalina. En él late el alma heroica de las fuertes Repúblicas ya desaparecidas; en sí concentra la de Esparta y la de Atenas, al par que la de Roma. Satírico cual Sófocles, es severo como Licurgo. Y su lira tiene todos los tonos altos y nobles para confundir la

infamia y la bajeza. Es elevado, austero, grave, justo y brillante como un relámpago, inexorable como un rayo. Su gracia satírica es mordiente, dura, áspera, pero en ella hay algo de épico y mucho de vengador. Sus hipérboles son sentencias, sus invectivas dictados de justicia. El incendio de su imaginación quema los tiranos y sus cortes corrompidas, y de este incendio salen rayos de libertad, de probidad, de heroísmo. Su estilete hiere siempre en la pústula malsana; esto cuando no sacude con el látigo de las Furias; y tanto lo voltea y con tal prisa, que casi á un tiempo sus azotes caen por todas partes, á derecha, á izquierda, sobre los malos patricios, sobre los magistrados venales, sobre los falsos genios, sobre los libertinos y los ociosos, sobre los Césares y sobre la plebe; por todas partes se oyen sus silbidos; sus latigazos chasquean como el granizo.

Después de Juvenal ya casi no hay satíricos. Sulpicia, dama romana, mujer de Caleno, escribió contra Domiciano, por haber expulsado á los filósofos, una poesía satírica digna de Juvenal, además de otras composiciones de no menor mérito; y esto es todo, por lo que al género se refiere.

Marcial nació el año 41 de J. C. en Bilbilis, ciudad de la *Hispania* tarraconense, que se cree estaba en el lugar que ahora ocupa Calatayud. A los veintidós años marchó á Roma, en donde bien pronto se hizo célebre por su facilidad en componer epigramas. Han llegado á nosotros casi todos los que escribió, que ascienden á mil quinientos, reunidos en catorce libros. Como es natural, se encuentran en ellos de todas clases, frívolos, obscenos, morales y filosóficos, pero todos llenos de ingenio. Su estilo era regularmente puro y correcto. Murió á los sesenta y tres años.

Lucano nació en Córdoba el año 38 de J. C. y marchó, siendo un niño aún, á Roma. Estudió bajo la dirección de Séneca, que era tío suyo, y desde muy joven era ya admirado por su imaginación viva y su precoz talento. Concurrió con Nerón á la cátedra de su tío y fueron muy amigos; pero más tarde, á consecuencia de las rivalidades, se odiaron profundamente, hasta que el tirano hizo dar muerte al poeta español cuando éste apenas tenía veintisiete años. Lucano escribió fábulas, silvas, y otras poesías, pero su obra principal es la *Farsalia*.

Aunque el asunto no se presta mucho por su falta de grandeza, contiene muchas bellezas, bastantes para colocarle al lado de los primeros poetas latinos.

Valerio Flaco, nacido el año 69 de Jesucristo, es conocido por su poema heroico *Los Argonautas*, que contiene trozos bellísimos.

Silio Itálico nació probablemente en Itálica y escribió un poema sobre la *segunda guerra púnica*.

Papinio Estacio, contemporáneo de Juvenal, se hizo célebre por su

poema *Tebaida*, escribiendo además otro titulado *Aquileida* y algunas silvas. Su estilo es hinchado y monótono, pero es feliz en las imágenes y en las descripciones.

Lucio Anneo Séneca *el Filósofo* era natural de Córdoba, en donde nació el año 2 de J. C.

De sus obras, escritas en verso y prosa, nos quedan las siguientes: tres libros *De ira*, *De consolatione ad Martiam*, *De providentia, sive: Quare bonis viris mala accidant, quum sit providentia*, *De tranquillitate animi*, *De constantia sapientis, sive: Quod in sapientem non cadit injuria*, *De clementia*, *De brevitate vitae*, *De vita beata*, *De otio aut secessu sapientis*, *De beneficiis*. Ciento veinticuatro cartas y siete libros de *cuestiones naturales*. También escribió algunas tragedias, entre las que figuran *Hipólito*, *Edipo*, las *Troyanas* y *Medea*. La sabiduría de Séneca ha llegado á ser proverbial, y pocos filósofos le han igualado en profundidad y exactitud en los conceptos. En cambio, como estilista está por debajo de otros, debido quizás á que abusaba de las frases obscuras, por conocer demasiado la lengua latina.



Séneca

Así como en la segunda época de la elocuencia latina resplandece el nombre de Cicerón, en la tercera brilla el nombre de Quintiliano, porque este orador fué el punto de partida y término asimismo de un período entero con su sola elocuencia.

Quintiliano es español é hijo de Calahorra y nació el año 40 de J. C.

Sus primeras lecciones las tomó de Domicio Afu, que en aquella época ocupaba el primer puesto en la Jurisprudencia. Se acreditó en el Foro con las defensas de Nevio Aspeniano y la de la famosa Berenice. Su ca-

rrera le dió bastante producto para vivir independiente, que se aumentó al ser nombrado preceptor de los hijos de Fabio Clemente, sobrino del Emperador. Su obra más notable es *Las Instituciones oratorias*, que comprenden, no sólo las condiciones que ha de tener un buen orador, sino que abarca todo cuanto en filosofía forense se conocía hasta entonces. Indudablemente después de la muerte del gran Cicerón, el astro más brillante de la elocuencia romana es el autor de que nos ocupamos.

Plinio, llamado *el Joven*, para distinguirle de su tío *el Naturalista*, fué también un notable orador, distinguiéndose por su gran afición al estudio, el aprecio de los grandes hombres de su época y su amor á la gloria. Ejerció muchos cargos públicos. Sus obras más notables son el *Panegírico de Trajano* y varias cartas.

Apuleyo nació el año 114 de J. C., en Madaura, ciudad africana. Escribió once libros de la *Metamorfosis* ó *Asno de oro;* cuatro de las *Floridas: del dogma de Platón, del dios de Sócrates, del mundo, del silogismo categórico* y otras. En la cuarta época de la elocuencia romana, comprendida entre los años 117 de J. C. á 400, brillaron los panegiristas de los emperadores romanos. Los más notables fueron Claudio Mamertino, que escribió dos panegíricos; Eumenes, cuatro; Nazario, Mamertino, Latino, Pacato, Simaco y Coripo.

La Jurisprudencia tuvo sus representantes en Papiniano, Ulpiano, Julio Paulo, Modestino, y otros menos conocidos.

Petronio Arbiter escribió en prosa y verso, y aunque por algunos críticos fué confundido con el cortesano del mismo nombre que vivió bajo el reinado de Nerón, lo más probable es que fuese un personaje desconocido.

De sus obras sólo se han conservado fragmentos, y por ellos sabemos que escribió un tratado sobre la corrupción de la elocuencia y otro sobre las causas de la decadencia de las artes. Lo más probable es que hubiese dos de igual nombre, éste y el autor del *Satiricón*.

Pasemos ahora á los historiadores, que no florecen sino con la magnífica libertad que dió á todos el gran Trajano.

El primero que se nos presenta es Tácito.

Tácito, nacido en el año 60 de J. C., escribió las *Historias*, los *Anales*, la *vida de Agrícola*, la descripción de Alemania y el diálogo *De causae corruptae eloquentiae*. Sólo queda una pequeña parte de estas obras. Las *Historias* ocupaban un espacio de veintiocho años, esto es, desde el 69 de nuestra era hasta el 96, y únicamente se ha conservado el 69 y una parte del 70. De los cuatro Emperadores, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, cuyos hechos se relatan en los *Anales*, quedan el primero y el último casi

completos. Tácito se propuso escribir la historia de otros Emperadores, pero no llegó á ejecutar su proyecto.

No están todos los críticos acordes sobre el mérito de Tácito. Unos dicen que es obscuro y áspero en el estilo, que su lenguaje no es muy puro; otros, que se deleita en pintar con negros colores el linaje humano; otros, en fin, llegan á suponerle visionario. Así es que los gramáticos observantes le han desterrado de sus clases, los escritores nimios le miran con desdén, y los críticos suspicaces con recelo. Sólo los republicanos y los filósofos le adoran.

A nuestro modo de ver, Tácito es el verdadero historiador recto que juzga con severidad á su tiempo depravado por el cesarismo. La libertad expirante se encarna en él y sube al tribunal, envuelto en su sudario como toga, para citar á la barra á los tiranos. Es el alma de la República latina la que habla por su pluma. Le inspira el mismo soplo de justicia que á Juvenal. Juvenal condena, Tácito castiga y marca. Desde su silla *curula* fijó en la picota la innoble figura de los horribles Césares: Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, los cuatro grandes tiranos. El libro de Calígula lo hicieron perder los imperiales. Cómodo hizo echar á las fieras á uno que lo leía. Hasta después de muerto, Tácito espantaba á los tiranos.

Asistiendo á los espectáculos de una humanidad cruel y depravada por el Imperio, describe los hechos culpables con toda su crudeza y os deja que saquéis la consecuencia. Domiciano le desterró, y fué lógico. Los hombres como Tácito son un peligro para los gobiernos déspotas. Su pluma marcaba indeleblemente la espalda de los Emperadores criminales. La frase del gran repúblico tiene la concisión del hierro candente.

Quinto Curcio es autor de la historia de Alejandro *el Grande*, dividida en diez libros; se cita de esta obra como un modelo en su género la arenga de los Escitas dirigida á Alejandro.

Suetonio Tranquilo, nacido el año 70 de J. C., fué militar en su juventud, dedicándose después al estudio. De este autor se han conservado las *Vidas de los XII primeros Césares*, un libro de los gramáticos ilustres, otro, incompleto, de los varones esclarecidos; pero escribió otras muchas que se han perdido. Se distinguía por su escrupulosidad y por su estilo, más literario que el de los demás historiadores.

De Justino, compendiador de la grande historia de Trogo Pompeyo, se tienen muy escasos pormenores: sábese, no obstante, que escribió algunas obras apreciables.

Son autores de obras de no escaso mérito de aquella época Aneo Floro, Pomponio Mela, Sexto Julio Frontino, y especialmente Plinio *el Naturalista*, tío de Plinio *el Joven*, del cual ya nos hemos ocupado.

Su amor al trabajo era tan grande que no desaprovechaba un solo momento, y así se comprende que en tres años terminase su *Historia natural*.

Con razón se ha llamado esta obra enciclopedia de los antiguos, pues está formada del contenido de más de dos mil volúmenes de autores griegos y latinos. Puede juzgarse como uno de los monumentos más preciosos que debemos á la antigüedad.

Lo que hay de verdaderamente interesante en esta obra es la parte relativa á las costumbres y usos de los antiguos, á sus procedimientos en cuanto á las artes, á algunos hechos históricos y detalles de geografía que sin ella quedarían ignorados. Considerando la parte de la composición, es necesario reconocer que la obra de Plinio es uno de los más ricos tesoros de la lengua latina por la abundancia de voces y locuciones que ha tenido que emplear en materia tan variada. Pero no es apreciable solamente bajo este concepto, sino también por elevarse el autor á principios generales y filosóficos, por la energía, vivacidad y novedad de los pensamientos, por el aire de nobleza y gravedad siempre sostenido, por su amor á la justicia, respeto á la virtud, horror á la crueldad y bajeza, y desprecio al lujo desenfrenado.

Al llegar á la llamada quinta época (año 17 de J. C. á 530) empezó á notarse ya cierta decrepitud en la lengua latina; pero no obstante se distinguieron los escritores de la historia augusta, llamados así por haber escrito la historia de los emperadores romanos desde Adriano hasta Casino.

Aurelio Víctor, que nació en el año 340 de J. C., ha dejado una obra muy recomendable, titulada *Vidas de los Césares*.

De Eutropio nada ha llegado hasta nosotros, sabiéndose únicamente que se encontró en la desgraciada expedición de Juliano *el Apóstata* contra los Persas, y que fué alabado por algunos autores y censurado por otros.

Igualmente apreciables son Auriano Marcelino, autor de una historia en treinta y dos libros, de los cuales se han perdido trece; Sulpicio Severo; Orosio, que escribió una historia dividida en siete libros, y por último Fornaudes, considerado el último de los historiadores latinos.

Después de los que ya hemos citado empezó á iniciarse la decadencia de Roma, y sólo de tarde en tarde aparecieron algunos escritores medianos, que no merecen consignarse, sobre todo si se comparan con los anteriores.

En esta época de decadencia de la literatura latina florecieron infinidad de gramáticos y filólogos que conservaron y enriquecieron la lengua. Los más célebres fueron Aulo Gelio, que vivió bajo el reinado de M. Aurelio. Escribió una obra notable en veinte libros, titulada *Noches áticas*. De Elio

Donato, que explicaba gramática en Roma á mediados del siglo IV, sólo se sabe que escribió comentarios sobre Terencio y Virgilio, de los cuales sólo quedan fragmentos. Macrobio fué gentilhombre del Emperador Honorio. Sus *Saturnales* son una recopilación de hechos notables, conteniendo además análisis de obras de autores antiguos, perdidas en su mayoría. Servio Honorato, que vivió á fines del siglo IV, escribió comentarios sobre Virgilio muy apreciados.

En segundo término figuran Asconio Pediano, M. Valerio Probo, Remnio Palemón, Marco Aper, Sexto Pompeyo Festo, Censorino, Nonio Marcelo, Carnelio Fronto y Mario Victorino.

Figura á la cabeza de la época llamada de los Padres de la Iglesia Tertuliano, que murió el año 220 de J. C. Era un Cartaginés que al ver el heroísmo con que los cristianos sufrían el martirio había abrazado la religión de Jesucristo, abandonándola después y volviendo más tarde á ella ejerciendo de presbítero. Tertuliano escribió muchas obras, siendo las más notables la *Apología en favor de la religión cristiana*, considerada como su obra maestra, y el libro de *Prescripciones*. Sus características eran una ilustración puramente retórica y litúrgica; un fanatismo grosero y materialista que traspasa todos los límites, y con esto mucha energía, gran brillantez y originalidad de lenguaje.

Distinguiéronse también entre los apologistas latinos Minucio Félix; San Cipriano, autor del tratado *De la vanidad de los ídolos*, su obra maestra, y otras de menos importancia; Arnobio, que escribió un tratado contra los gentiles, y Lactancio, muerto en 325 de J. C., cuya obra principal es la titulada *Instituciones religiosas*, que por su pureza de lenguaje, nobleza, magnificencia, variedad y conveniencia del tono con la composición, le valió el título de *el Cicerón cristiano*. San Hilario escribió varias obras contra el arrianismo, entre las que figuran un tratado sobre la *Trinidad*, otro de los *Sínodos* ó fe de los orientales, algunas *Representaciones* al Emperador Constantino, un libro contra Ausencio, una *Historia sobre los concilios de Roma y Seleucia*, á más de los *Comentarios sobre los Salmos* y el *Evangelio de San Mateo*, etc. San Ambrosio nació en 340 de J. C. y murió en 397 y desempeñó muchos años el obispado de Milán. Consisten los escritos del santo varón en tratados sobre la Sagrada Escritura, libros teológicos y morales, cartas, oraciones fúnebres é himnos, siendo además un compositor inspiradísimo, autor de himnos muy hermosos. San Jerónimo floreció á fines del siglo IV y principios del V. Fué hombre de mucha ilustración, traduciendo y corrigiendo la *Sagrada Biblia* y escribiendo varias

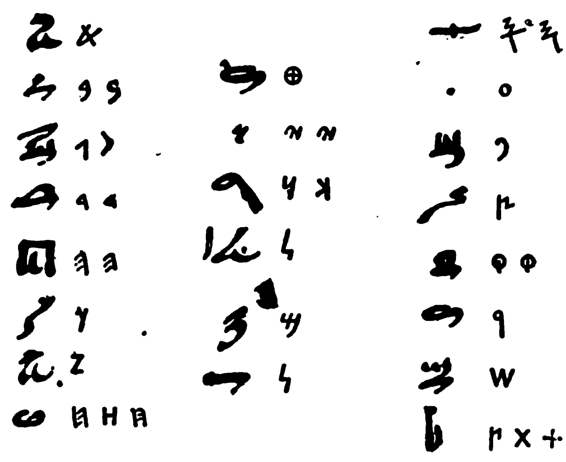
obras apreciables. San Agustín, nacido en 354 de J. C. y muerto en 430, es considerado entre los Santos Padres como un genio universal é inagotable, como un escritor cuyo nombre resuena constantemente en los púlpitos, cuyos textos llenan las dos terceras partes de las obras teológicas, ascéticas y morales, y cuya doctrina sirve después de quince siglos de enseñanza universal á los cristianos.

Después de una vida depravada y licenciosa, arrepintióse y dedicó su vida al servicio de la Iglesia. Fué un escritor fecundísimo y sus obras se pueden dividir en obras de crítica, de filosofía, de retórica, de erudición, libros sobre el Antiguo y Nuevo Testamento, obras dogmáticas, de controversia contra los Judíos, los Arrianos, los Maniqueos y los Pelagianos, tratados particulares, y libros ascéticos. Su obra más notable es *De Civitate Dei*, la cual contiene las cuestiones más trascendentales de la filosofía pagana, los hechos más notables de la historia universal, las causas que los produjeron, los principios de las ciencias, el origen de las sociedades, la formación de los gobiernos, la historia de la fábula y las verdades del Evangelio que más interesan á la humanidad. Son notabilísimas *Las confesiones*, que San Agustín escribió para edificación de pecadores arrepentidos. Él es quien formula definitivamente el dogma de la naturaleza del alma humana, y cierra lo que se llama el período de la Edad Antigua, con la fijación de los principales dogmas de la Iglesia cristiana.

APÉNDICE AL LIBRO II

CAPÍTULOS I Y III

Creíase antiguamente que cada alfabeto correspondiente á una de las lenguas antiguas había sido inventado separadamente. Hoy, gracias á los trabajos comparativos de las ciencias orientales, se ha venido en conocimiento de que los alfabetos fenicio, griego y latino derivan de la escritura egipcia, aquella de los jeroglíficos, de los cuales es la abreviación, como la cuneiforme lo era de unos jeroglíficos anteriores. La escritura árabe y la hebrea derivan también de la egipcia. El alfabeto fenicio se compone de 22 letras, de las cuales 15 son tan poco alteradas que se reconoce el tipo egipcio á primera vista. Otras son sólo meras alteraciones del tipo hierático. En el presente cuadro presentamos comparado el primitivo alfabeto fenicio ó cananeo con el egipcio. Este alfabeto, de uso general en todo el país de Canaán, modificóse según las localidades y formó sucesivamente los alfabetos arameos, palmirianos y hebreos. Transportado por los Sidonios y los Tirios á los países á los cuales llevaba el comercio, vino á ser como el tronco común, cuyas ramas fueron los diversos alfabetos conocidos de las modernas razas Arias y Semíticas. Desde la India y la Mongolia hasta la Galia y España.



Alfabeto fenicio
comparado con la baja escritura egipcia

Dejando de lado los alfabetos orientales, marcaremos aquí sólo cómo

Alfabeto arcaico de Thera

Α Β Γ Δ Ε Ζ Η Θ Ι Κ Λ Μ Ν Ξ Ο Π Ρ Σ Τ Υ Φ Χ Ψ Ω

Alfabeto griego

a	A A	*m*	M M M
b	B B	*n*	N
g	Γ	*o*	o O
d	Δ Δ	*p*	Γ Γ
e	E E E	*r*	P P
v	F F	*s*	ξ ξ ξ
z	ʃ Σ Σ	*t*	T T
i	I	*u*	Y
k	K K	*ph*	Φ
l	Λ		

Alfabeto frigio comparado con el de la escritura actual

à	ᗅ P	g	⩛
ā	X	c	< >
ē	↑	d	△
è	E	z	I
ī	I	k	K
ì	Ŧ	l	Λ
v	B b	m	M Ш M
ō	B B	n	N N N
ū f	+	p	Ր Ր Γ
v	Ж Ж Ж	r	P
ŏ	Ж Ж	s	ϟ ϟ S
u	Ψ Ψ Ψ Ψ	t	T
u	Ψ Ψ Y Y Y	b	F
ŏ	O	"	X

Alfabeto licio

A A	A A A	A A A A	M	M	M
>	> C	) >	Λ	P	7
3	3 3 Є	3 3 3	M		M
⅂ ⅂	] ⅂ [	⅂]	D	9	D
		‡ Z	≷	≷	≷
◻	日 日 H	目 日 ⊖	+	T	↑
◇	O ⊙ ◇ ◻	O ⊙	V	V	V
I	I	I	Φ		Ø
↓	↓	↓	↓	Y	↓
W M	M M M	M M W M	8	♀	8

Alfabetos etruscos

el alfabeto cuya serie seguimos, de Fenicia pasó á Grecia y de Grecia á Italia.

Los Griegos sabían el origen fenicio de su escritura. Unos la atribuían á Kadmos, otros á Orfeo, á Lino ó Museo, y sobre todo á Polamede. Díjose que Kadmo sólo introdujo su alfabeto de 16 ó de 18 letras y que Polamede inventó tres ó cuatro, sin que haya podido fijarse cuáles fueron ellas.

El primer alfabeto que transforma las guturales y las semivocales se-

A A	A Λ	M M	M M
B B	B B	N	N
< C	< C	◇ O	◇ O
D D	D	Γ	Γ P
Ɛ	Ɛ E	Ϙ	Q
F	F F	R R	R R
I	Ƶ	ϟ S	ϟ S
H	H	T	T
⊗		V	V
I	I	X	X
K	K	Φ	
Ⱡ	Ⱡ	Ψ	

Alfabeto griego de la Campania formando el tránsito al alfabeto latino

míticas en vocales verdaderas, es el alfabeto arcaico de Thera. Este alfabeto en un principio escribióse aún de derecha á izquierda, como los semíticos. De éste sale el alfabeto griego y sus derivaciones, que ya se escriben de izquierda á derecha.

En Frigia se alteró el alfabeto fenicio de un modo diferente, con mayor semejanza con el que fué alfabeto latino. Los Licios hiciéronle también sufrir una transformación análoga.

Los pueblos de Italia ya no copiaron directamente el alfabeto fenicio, sino sus modificaciones ó sus derivados en Grecia y Frigia. Los colonos helenos de la Sicilia y de la Campania fueron los importadores, y de allí

fué extendiéndose y modificándose. Una de las primeras modificaciones que se fijó por el uso fué el alfabeto etrusco.

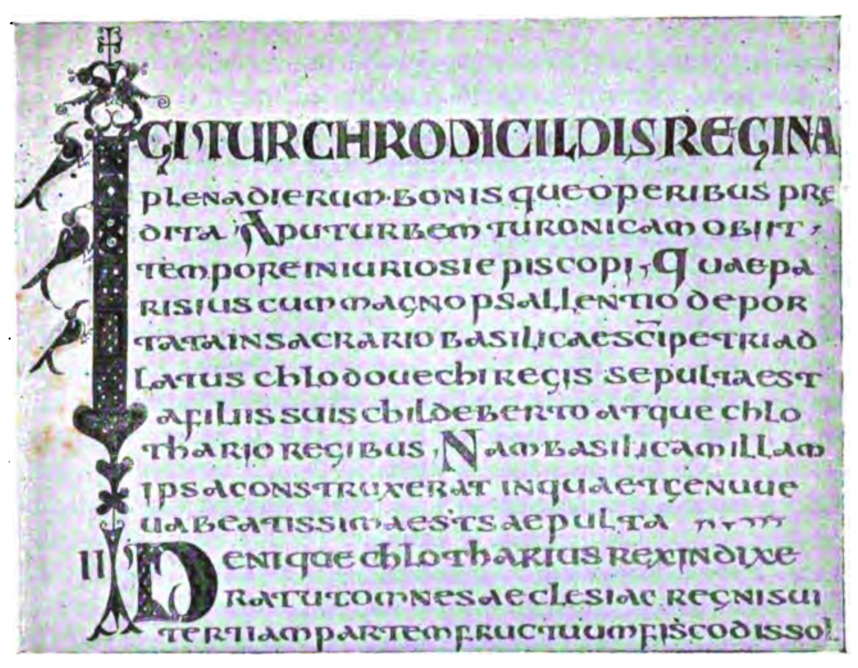
Y luego vinieron los alfabetos latinos.

A Λ Λ	A Λ	A
B B	B	B
< C	C	C
D	D	D
E E II	E II	E
F F I'	F I'	F
	G	G
H	H	H
I	I	I
K K	K	K
V	V L	L

M M	M M M	M
N N	N N	N
◊ O O	O	O
Γ P	P P	P
ϙ Q	Q	Q
R R	R	R
ϟ S	S	S
T	T	T
V	V	V
X	X	X

Alfabeto latino

La escritura rusa derivóse del alfabeto griego más modernamente, así como la gótica derivóse de la latina primitiva. Y de la gótica, modificada á su vez por la latina, ya más perfecta, sale la de que nos servimos los modernos para los manuscritos.


IGITUR CHRODICILDIS REGINA
plena dierum bonisque operibus pre
dita. Aput urbem Turonicam obiit
tempore Iniuriosi episcopi. Quae pa
risius cum magno psallentio depor
tata in sacrario basilicae sci petri ad
latus chlodouechi regis sepultae est
a filiis suis childeberto atque chlo
thario regibus. Nam basilicam illam
ipsa construxerat in qua et genue
ua beatissima est saepulta
II Denique chlotharius rex indixe
rat ut omnes aeclesiae regni sui
tertiam partem fructuum fisco dissol

Fragmento de una página de la *Historia Ecclesiastica Francorum*, de Gregorio de Tours

LIBRO TERCERO

EDAD MEDIA

CAPITULO I

BAJA LATINIDAD Y BÁRBAROS

LENGUA Y LITERATURA LATINAS DESPUÉS DE LA INVASIÓN. LEYENDAS DE SANTOS.—LAS LETRAS EN BIZANCIO.—LITERATURA ESCANDINAVA. ESCALDAS. LOS DOS EDDAS. LAS RUNAS. LAS SAGAS.

Roma, llevando sus conquistas por el mundo, extendió asimismo su idioma y su cultura, como ya llevamos dicho; pero esta superioridad no se impuso de pronto, y aun así recibió la influencia de los idiomas ó dialectos de los países que conquistaba, y en especial del griego. Como era de esperar, todo se trastornó cuando penetraron en el Imperio tantos extranjeros; llegando á ser ciudadanos romanos todos los Bárbaros del orbe

conocido, ya podían pretender con igual derecho que los Latinos que se aceptasen sus voces nativas cuando tomaban asiento en el Senado.

Roma, ella que había conquistado todos los pueblos conocidos de la Tierra, fué á su vez conquistada. Ignoraba la fuerza y el número de las inmensas masas flotantes de hombres que andaban por el Norte corriendo en busca de países donde fijarse. Ignoraba los grandes espacios que había al Nordeste y en el Asia con tribus nómadas guerreras dispuestas á precipitarse sobre Europa, y esas oleadas de poblaciones errantes se le vinieron encima. Y el Imperio fué conquistado por los Germanos, los Escitas, los Hunos, los Godos, los Burgundos y los Francos, los cuales pasaron á saco las ciudades y se instalaron en ellas con sus costumbres salvajes. A los jefes latinos, en Italia, en España, en la Galia, suceden los jefes Godos, los jefes Francos y aun los Vándalos. Pero, en contacto con la civilización romana, toman de ellos por de pronto la forma y se cristianizan.

Adoptado el Cristianismo, la literatura profana, reducida ya únicamente á repeticiones de lo hecho, se extinguió bajo los Bárbaros; y salvo alguna rara excepción en Italia, sólo los clérigos estudiaban y escribían, sin que apenas tratasen otras materias que las religiosas. Desde que cesaron, con el antiguo gobierno, los honorarios de los profesores, todas las escuelas se cerraron, excepto las cristianas. Y mientras las episcopales ó catedrales, instituídas por los obispos, eran cada vez más áridas, las parroquiales caían en manos de personas escasas de ciencia y de caridad; sólo en los conventos continuó con amor la enseñanza de las primeras letras y de los estudios elevados.

Hallándose la enseñanza vinculada en manos del clero, era natural que se aplicara á la ciencia divina, explicando las eternas máximas ó comentando los libros sagrados por medio de la historia, de la filosofía, de las alegorías y de la moral.

Casiodoro, natural de Scillace, es uno de los escritores que se distingue en esa época. Fué nombrado «Conde de las cosas privadas» por Odoacro y después secretario por Teodorico, en cuyo nombre y en el de sus sucesores extendió rescriptos y ordenanzas publicadas con el título de *Variarum libri XII*. La dureza de estilo, el perpetuo énfasis, el invencible prurito de ostentar ingenio, erudición y retórica, pueden perdonársele en cambio del interés que inspira aquel monumento único de la historia latina de aquella época (siglos v y vi).

Le sigue en mérito su contemporáneo Severino Boccio, que nació en Roma poco antes de perder ésta el dominio de Occidente, es decir, por los años 470. Su padre, que había desempeñado altos cargos, le envió á Atenas, á los diez años de edad, para estudiar las letras griegas y permanecer

allí diez y ocho, traduciendo obras de Tolomeo, Nicaruano, Euclides y algunos fragmentos de Aristóteles. Llegó á ser favorito de Teodorico, pero cayó en desgracia y fué sometido á un proceso. Encerrado en una cárcel, escribió el *Consuelo de la Filosofía*, diálogo en prosa y en verso, donde la Filosofía se le aparece al autor y le consuela manifestándole que Dios rige el mundo con designios de eterna sabiduría, incomprensibles al débil mortal, y que, de consiguiente, obra mal el que se queja de la inconstancia de la fortuna. Su prosa, comúnmente fluida, aunque á veces áspera y bárbara, es muy inferior á su poesía, fácil, rica de imágenes, impregnada de una melancólica armonía.

Muy inferior á él colocaremos á Enodio, obispo de Pavia, el cual escribió exhortaciones escolares, tomando por modelo las declamaciones antiguas.

Rústico Upidio, médico de Teodorico, dejó un poema sobre los beneficios de Cristo.

Del Etrusco Cornelio Maximiano quedan algunos idilios, de cuyo texto resulta que se había educado en los ejercicios gimnásticos y en la elocuencia. Entre sus muchos lunares tiene imágenes tan graciosas y pasajes tan bien imitados de los antiguos, que sus églogas fueron atribuídas por largo tiempo á Cornelio Galo, amigo de Virgilio.

Arator, Ligurio, que nació, probablemente, y que, de seguro, se educó en Milán, siguió la carrera del foro y tradujo en dos libros de exámenes los *Hechos de los Apóstoles*.

A todos ellos sobrepujó Venancio Honorio Clemente, natural de Trevisa, que estudió en Ravena gramática y retórica, sin cuidarse de la filosofía ni de la literatura sagrada. Escribió, sin embargo, siete vidas de santos; puso en versos hexámetros la de San Martín, escrita por Sulpicio Severo, y además escribió cartas teológicas en prosa. Su poesía es frívola, á menudo, y de alegre colorido, en medio de la inmensa gravedad y tristeza de aquellos tiempos. Sus himnos son buenos para aquella época, y tienen armonía, imaginación, movimiento, al paso que deslucen su prosa las antítesis y las cadencias rimadas.

Alcino Ecdicio Avito, hijo de Auverino, sucedió á su padre en el arzobispado de Viena en 525 y se mostró muy celoso en el ejercicio de su ministerio. De sus muchos escritos nos quedan un centenar de cartas sobre los acontecimientos contemporáneos y sus poemas. Los tres primeros pueden pasar por cantos de una misma epopeya. Contienen la relación de todo lo sucedido desde el principio del mundo hasta el pecado del primer hombre.

Con Avito pudiéramos hacer mención de una larga serie de escritores

eclesiásticos, obispos y santos, notables principalmente por la piedad de sus obras y su ferviente celo, pero desprovistos de todo otro mérito. San Fulgencio, según Bossuet, ha sido el más insigne teólogo y más eminente santo de su época, pero como literato era pésimo.

San Cesáreo, obispo de Arlés, nació en Chalóns en 470. Nos ha dejado ciento treinta sermones que abundan en antítesis y comparaciones de la vida privada y doméstica, pero que artísticamente nada valen.

San Isidoro, de Sevilla, escribió en veinte libros los *Orígenes ó Etimologías,* que concluyó su amigo Braulio, obispo de Zaragoza. Es una enciclopedia de cuanto se sabía entonces, teología, historia, medicina, ciencias, artes. Es una gloria de la época, y debe concedérsele el mérito de haber conservado algunos fragmentos antiguos. Dejó también una *Crónica* que alcanza desde la Creación hasta Heracleo, en 615, sacada de obras anteriores, excepto algunas noticias nuevas de la época en que vivía.

San Ildefonso, discípulo suyo y arzobispo de Toledo, escribió la *Historia de los Godos,* desde 647 á 667, siendo más notable como literato.

San Gregorio de Tours, llamado el padre de la historia francesa, escribió la *Historia Ecclesiastica francorum*; pero no debe inferirse por el título que escribiera únicamente sobre la Iglesia, pues se aprovecha de ella para hablar de toda la historia. Así dice: «Referiré, mezclándolas unas con otras, las virtudes de los santos y las desgracias de los pueblos; no creo que se considere extraño el unir en el relato, no para la comodidad del escrito, sino para seguir la marcha de los sucesos, las felicidades de la vida de los bienaventurados con los desastres de los infelices.»

Fredegario, del cual sólo sabemos que era Borgoñón, vivió á mediados del siglo VII y fué probablemente monje. En los tres primeros libros de una crónica general comprendió á Julio Africano y á Idacio; en el cuarto los seis primeros de Gregorio de Tours, con algunas adiciones, continuando en el quinto el hilo de los sucesos hasta 641.

El siglo VII fué el período de mayor barbarie é ignorancia. Ya no quedaban casi ni vestigios de Ciencia ni de Poesía, y aun, si alguno quedaba, era conservado en el interior de algún claustro, como los de Coimbra y de Irlanda. Allí algunos espíritus contemplativos tratan de fundir varias corrientes en una. La Bíblica judaica, la Evangélica, la Homérica y el Bardismo Céltico. Inglaterra fué la menos devastada y por tanto la que más conservó esos restos de cultura. Al finir el siglo VIII era el país más ilustrado de Europa: de allí saldrá, para hacer la campaña contra la barbarie, el lugarteniente de Carlomagno, Alcuino, discípulo de Egberto, el cual fué el verdadero Beda de las Galias.

Por lo demás, sólo quedan en Europa algunos cronistas de convento,

de estilo indigesto y seco, y un espíritu teológico que sólo se manifiesta por la recolección de leyendas y la invención de milagros y de santos. Sólo un pequeño número se distingue por sus homilías y su caridad. Beda; el venerable Eloy, el popular tesorero de Clotario II y de Dagoberto; Colombán, misionero, teólogo y poeta; Juan Damasceno, padre de la escolástica inglesa; Adalberto, especie de Mesías místico; y Clemente, intrépido racionalista, precursor lejano del protestantismo.

Constituyen un nuevo género de literatura las leyendas y las vidas de los santos, multiplicadas á la sazón y que tenían un objeto enteramente práctico, procurando menos cautivar el entendimiento y satisfacer la razón que conmover la voluntad. Cerano, obispo de París, escribió á todos los clérigos pidiéndoles las tradiciones piadosas de sus respectivos países. Juan Mosch, que se dirigió desde Alejandría á Roma, compuso allí el *Prado Espiritual,* en doscientos diez y nueve capítulos de milagros. A veces se ejercitaba en estas vidas el talento de los monjes, quienes inventaban á porfía las circunstancias más raras, hasta que vino la crítica á pasarlas por la criba, reuniéndose más tarde las elegidas en un cuerpo de historia que abraza quince siglos y todos los países, todos los usos, todas las categorías. Ya en el Renacimiento Ruinart imprimió los hechos de los primeros padres y mártires; Mabillón recopiló la vida de los santos benedictinos, y Baronio introdujo muchas en los *Anales de la Iglesia;* siendo la mejor colección la de Juan Rollando, jesuíta belga, que contiene cincuenta y tres tomos.

San León, Papa, casi contemporáneo de San Agustín, fué también un escritor distinguido, así como también San Fulgencio, San Gregorio *el Grande,* San Bernardo y San Buenaventura.

En Oriente, en Bizancio, continuó el movimiento literario, pero haciéndose imitaciones de imitaciones. Sólo salen algunos legistas como Justiniano, y algunos cronistas y compiladores de evangelios. El más notable es Focio, patriarca de Constantinopla en el siglo IX, poseía vastos conocimientos en historia, en teología y en literatura. De Focio se ha conservado un *Glosario,* si bien incompleto, y su *Bibliomisión,* en que habla de 280 escritores, los cuales son desconocidos, en su mayor parte, y de los que copia trozos. No sólo se ocupa de la personalidad de ellos, sino que hace la crítica de sus obras de una manera sensata y desapasionada. Además nos ha dejado trozos de un primitivo evangelio titulado el *Protoplasta.*

También es muy notable el diccionario legado por Suidas, lexicógrafo que vivió probablemente á fines del siglo XI y principios del XII. En el diccionario de que hablamos, además de explicar el significado de un buen

número de voces griegas, habla de muchísimos autores cuyas obras se han perdido y de las cuales cita algún pasaje haciendo sus biografías.

De Eustacio nos han quedado unos *Comentarios* sobre Homero.

Entre los jurisconsultos es célebre Treboniano, que por orden de Justiniano coleccionó las leyes desde Adriano á sus días, dándoles el nombre de *Código de Justiniano*, como asimismo otras que sentaban autoridad y que formaron el *Digesto*. El mismo Treboniano, en unión de Teófilo y Doroteo, escribió unos elementos de derecho romano con el título de *Instituta*.

A Juan de Antioquía se le debe la primera recopilación de derecho canónico, realizada en el siglo VI.

Los Escandinavos son el pueblo que más figura en la historia de Europa después de los Helenos, á los cuales se asemeja sólo por su origen Ario. Sus poetas tenían el nombre de *escaldas* y no eran cantores vagabundos, sino compositores, diplomáticos, embajadores instruídos de cuanto se sabía ó hacía. La forma de sus poesías no adolece del desaliño que acostumbra á haber en los primeros ensayos.

El primer *escalda* que se conoce es Thorwa Hialteson, poeta de Erico *el Virtuoso*, rey de Suecia, y el último fué Sturle Thordson que compuso un poema en honor de Birger, y la *Sturlungasaga*, historia de la Islandia y de sus familias. Todas estas poesías y leyendas, coleccionadas en las antiguas *sagas*, tomaron el nombre de *Edda*, y se dice que fueron reunidas por Sœmun Sigfrison en el siglo XI (1).

Este Edda antiguo, obra de los *Escaldas*, que era en verso, se extravió y no fué encontrado hasta el 1640; pero hacia el 1200 Snorr Sturlesson, gramático islandés, había escrito en prosa un resumen de aquella colección, ó, mejor dicho, un segundo Edda en tres partes. La primera contiene la mitología escandinava, la segunda *sagas* extractadas de catorce historiadores y que forman un cuerpo de historia hasta 1218, y muy pronto, 1263, fué continuada por Iturle Thorson y luego por un anónimo.

(1) Olao I introdujo el Cristianismo en Islandia por los años 996, valiéndose de rigurosos medios de coacción, pues aquellos insulares estaban muy apegados á sus tradiciones. El monarca noruego, para conseguir su propósito, promulgó un edicto por el cual todo idólatra que tocase en sus costas sería descuartizado. Los islandeses quisieron resistir al principio, pero pasado algún tiempo fueron tocando las consecuencias de la cruel pragmática de Olao. En efecto, Islandia, por sus condiciones, está por sí sola imposibilitada de subvenir á sus necesidades y se ve forzada á sacar del continente las primeras materias. La tierra más próxima, la única que sostenía con ella un activo comercio, era la costa de Noruega, y como quiera que Olao puso en práctica su ley, algunas veces tuvieron que sucumbir á la necesidad, y, no sin ciertas restricciones, admitieron la religión católica que fué predicada por los catequistas y llegó á ser base de una literatura mixta y causa de la casi completa pérdida de la escritura islandesa por muchos conceptos originalísima. Se cree que las fábulas del *Edda* fueron ya conocidas, aunque bajo distinta forma, por los Escitas.

En éste se ve que las antiguas creencias ya han cambiado, y no tiene el carácter espontáneo, el estilo misterioso y el rudo entusiasmo de los cantos del primer Edda, hecho en la época pagana escandinava. La voz mística del Evangelio ha hecho enmudecer los espíritus de la Naturaleza. La capilla cristiana ha reemplazado la piedra rústica.

Los más antiguos monumentos de la literatura de aquella isla son las *runas*, que así se llaman de los caracteres de su escritura, es decir, de la escritura dicha rúnica, y que se componía de sólo catorce ó quince letras, que son otros tantos símbolos provenientes de sus tradiciones religiosas. Estos signos, casi cuneiformes, se dice que fueron inventados por Odín, héroe legendario, ó mejor que inventados, recogidos de los dioses, habiendo Bruhilde enseñado á Odín varios de ellos, el del amor, el de la muerte y otros que suplió él. Estos caracteres, insuficientes para expresar todas las ideas, como pudiera creerse, son al contrario hasta superfluos, pues por gradaciones y matices, según la posición que ocupan, agrupados por series, y según otras disposiciones, resultan formando hermosísimas leyendas, anales y episodios.

Con la venida del Cristianismo, la fuente poética de los *Escaldas* dejó de manar, y excepción hecha de los doctos y alguno que otro monje que emborronó pergaminos con sus disquisiciones macarrónicas, puede asegurarse que la literatura islandesa desapareció con las *sagas*. Existen además, aunque no escritos, sino que han venido sucediéndose de generación en generación, bellísimos cuentos de los cuales hablan con admiración los filólogos que han visitado aquel país. Varios de ellos, aprovechados y variados por modernos escritores Noruegos, han ido á formar parte de ciertas colecciones publicadas en época reciente recibidas con aplauso del público.

Entre los Sajones, las Sagas produjeron el poema de *Beonulf* y la leyenda amplificada de *Gudrun*, esta Odisea del Báltico. Y las gestas del rey Teodorico (núcleo de los Niebelungos) inflamaron el valor de los Godos y de los Burgundos.

En Irlanda, en las Galias, en Galicia y en la Hispania Tarraconensis, cuando los Bárbaros germanos cayeron sobre las poblaciones célticas de ciertas comarcas, encontraron en ellas un sentimentalismo y un amor á la Naturaleza y se los apropiaron. En las Galias especialmente, los Francos, con sus rudos poetas errantes, por el estilo de los *scops* de los Anglosajones, yendo de aldea en aldea, de castillo en castillo y cantando la generosidad hospitalaria de los señores y sus hechos de armas, preludiaron las canciones de gestas, al afinarse con la influencia de los bardos célticos.

CAPITULO II

EXTREMO ORIENTE

ESCRITURA Y LITERATURA CHINAS.—DINASTÍAS LITERARIAS.—FLORECIMIENTO LITERARIO DEL JAPÓN Y DE LA INDOCHINA

Yu-chín, que vivió en el siglo I de la era vulgar y compiló el *Chue-huen*, ó sea el tratado de literatura, diccionario etimológico chino que pasa por contener las voces puras y legítimas, asegura que todos los caracteres en que entra el signo de la seda no van más allá de la dinastía de los Cheu, que empezó en 1122 antes de nuestra era, y que antes de esta época se escribían los nombres de los vestidos con los signos del cáñamo y de las pieles. Hasta hay muchos autores antiguos que aseguran que Yao iba vestido de lienzo en verano y de pieles en invierno.

Los caracteres chinos más antiguos eran figurativos, esto es, representaban los objetos ó sus símbolos. Para buscar la antigüedad de un vocablo en nuestros idiomas no hay otro recurso que la historia y algunas reglas etimológicas seguras. Por el contrario, en las voces chinas derivadas se conservan las radicales desde hace cuarenta siglos sin diminución y sin aumento notable, de modo que analizando los caracteres compuestos, resultarán los simples, y éstos ofrecerán el cuadro incompleto, pero muy curioso, de las ideas que se hallaban más en uso en los primeros tiempos de aquella nación. Y teniendo en cuenta que sólo representarían los objetos más importantes, podremos encontrar en su escritura un inventario de sus costumbres y conocimientos primitivos.

Remusat emprendió este análisis; tomó los nueve mil trescientos cincuenta y tres caracteres empleados en el *Chue-huen,* de diez y ocho siglos de antigüedad, y analizando sus quinientas cuarenta raíces ó claves, encontró que muchas eran compuestas, por lo que redujo las verdaderas á unos doscientos signos primitivos que pueden mirarse como los elementos de todos los caracteres chinos, y que quizá no pasen de trescientos, añadiéndoles las raíces de ciento cincuenta mil caracteres inventados posteriormente. Doscientos caracteres inventados de cuatro mil años á esta parte

han bastado para explicar, por medio de múltiples combinaciones, todas las ideas que desde entonces acá se han ido adquiriendo.

Disponiéndolos por orden de materias, se halla que el cielo suministró siete caracteres á los más antiguos chinos: un círculo atravesado por una línea, que figura el sol; una media luna para representar el satélite de la tierra; una línea partida en dos, la obscuridad; líneas en ziszás, las nubes y los vapores; y gotas, la lluvia. Faltaban aún los signos representativos del viento, los meteoros, el firmamento y las estrellas.

Los montes, colinas, agua, fuego, piedras, etc., proporcionaron diez y siete caracteres primitivos.

La habitación suministró once caracteres que indican ya algún progreso, distinguiéndose el techo, el almacén, el granero, ventanas de dos clases y un catalejo; pero, no obstante, aún no aparece ningún carácter que dé idea del edificio en general.

Siguen después veintitrés figuras relativas al hombre y á acciones fáciles de representar, y veintisiete relativas á los miembros y á los vestidos.

Los únicos caracteres relativos á los minerales preciosos son un punto en medio de la figura de un pozo para representar una piedra roja encontrada cavando; una figura circular atravesada por una recta, que figura cuentas enhebradas, y tres perlas ensartadas, el jaspe. Tampoco hay signo alguno para las monedas, joyas y vidrios, lo que prueba que los chinos, cuando empezaron á trazar caracteres, estaban aún en la infancia de la civilización. Los muebles y otros utensilios están significados por treinta y cinco caracteres.

El reino animal dió á los chinos mayor número de caracteres, pues están representados el perro, el buey, el carnero, el cerdo, el caballo, el leopardo, el ciervo, el ratón, dos especies de liebres, el elefante y el rinoceronte. Once caracteres se refieren á las aves, uno á los peces y varios á los reptiles é insectos, pero en cambio no hay ninguno que represente á los animales fabulosos, lo que demuestra que éstos han sido introducidos después. El reino vegetal está representado por veintiocho signos.

Como se puede ver, la composición de los diversos caracteres simples no encierra nada de delicado é ingenioso, como ocurre en los jeroglíficos egipcios y en los símbolos indios, sino que se apoya en ideas enteramente materiales y á veces groseras. La Felicidad se representa por una boca llena de arroz; el signo de mujer repetido indica el diálogo y la disputa, y repetido tres veces desorden y libertinaje. No obstante, existen algunos signos ingeniosos, como, por ejemplo, la palabra luz, que está representada por la Luna y el Sol.

La primera dinastía, llamada de los Hia, empieza desde que Yu se encargó por sí solo del gobierno. Antes ya había dado cima á trabajos importantísimos, desmontando selvas, cegando lagunas, encauzando ríos, midiendo montañas, haciendo entrar en su deber á los Tártaros Bárbaros, emprendiendo navegaciones y repartiendo con equidad los impuestos. Elegido Emperador, tenía su corte en el Chau-si, donde se lee la copia de una inscripción que puso en el monte Eug-chang, en el cual todos los años ofrecían los antiguos Emperadores un sacrificio al Ser Supremo, copia que, si se considera auténtica, es el más antiguo monumento literario que existe. Dice así:

«Dice el venerable Emperador: ¡Oh auxilio y consejo mío, tú que me alivias en la administración de los negocios! Las grandes y pequeñas islas hasta su cúspide, todos los nidos de las aves y de los cuadrúpedos están inundados en gran extensión. Provee, haz que se retiren las agitadas aguas.

»Mucho tiempo hace que he olvidado á mi familia; descanso en la cima de la montaña Yo-lu. He puesto en actividad los espíritus con la prudencia y las fatigas. El corazón no conocía horas; el trabajo continuo era mi reposo. Las montañas Hoa, Yo, Tai y Eng han sido principio y fin de mis empresas. Concluídos los trabajos, he ofrecido á mediados del verano un sacrificio en acción de gracias. Cesó la aflicción; la confusión de la Naturaleza se ha desvanecido; las grandes corrientes que venían del Mediodía han ido á parar al mar; podrán hacerse los vestidos de tela, prepararse las comidas; los diez mil reinos estarán en paz y podrán entregarse á la alegría.»

Esta leyenda, por lo que se ve, alude á un diluvio ó inundación grande.

Sucedióle su hijo Ki, cuyo reinado fué breve, reinando después Tai-Kang, que sólo se cuidaba de los placeres y de la mesa. Doliéndose de esto, sus hijos recordaban las virtudes de su abuelo y decían, el primero: «Así está escrito en los documentos de nuestro imperial abuelo Yu; amad al pueblo, no lo despreciéis; él es el fundamento del Estado; si el fundamento es sólido, el Imperio permanecerá en paz. Hasta los más humildes pueden llegar á superarme. Si un hombre incurre á menudo en una falta, ¿aguardará á que resuenen en público las quejas para corregirse? Antes de que esto suceda es preciso estar alerta. Cuando los pueblos me acusan, tiemblo como al ver seis fogosos corceles guiados con riendas gastadas. ¿No es natural que el que manda á los demás esté siempre inquieto?»

A esto añade el segundo hermano: «Según la mente de nuestro augusto abuelo, el amor excesivo á las mujeres, á las grandes cacerías, á las bebidas fermentadas, á la música sensual, á la construcción de palacios,

á las paredes pintadas, son seis vicios de los cuales basta uno para arruinar á un hombre.»

Y el tercero: «Empezando desde Yao, los reyes tuvieron su residencia en Ki; esta ciudad se halla perdida actualmente por hallarse perdidas su ley y su doctrina.»

El cuarto dice: «Nuestro augusto abuelo, practicando asiduamente la virtud, llegó á hacerse célebre y fué dueño de los cinco países; dejó preceptos de buena conducta y un modelo á sus sucesores. En el tesoro están las pesas y medidas que deben emplearse y servir con equidad en todas partes. Su doctrina y sus leyes yacen abandonadas: no existe ya salón donde honrar á los antepasados y celebrar las ceremonias y los sacrificios.»

Finalmente, el último exclama: «¡Ay de mí!, ¿qué he de hacer?, me agobia la melancolía, soy odioso á los pueblos. ¿A quién acudiré, pues? Llevo el arrepentimiento en el corazón y en el semblante la vergüenza. Separéme de la virtud; pero, ¿puede mi arrepentimiento borrar lo pasado?»

Tai-Tang, que se separó de la senda seguida por sus padres, fué arrojado del trono, sucediéndole su hermano Chung-Kang y á éste Kie, notable por su crueldad y sus excesos.

Chang, jefe de uno de los pequeños Estados, exhortó á los suyos á marchar contra Kie, dirigiéndoles la siguiente proclama: «Kie se ha manchado con graves culpas, consume el producto de los sudores del pueblo, arruina la ciudad capital; sumidos los súbditos en la miseria, no le profesan ya afecto y viven desacordes entre sí. Kie dice señalando al Sol: «Yo y vosotros pereceremos cuando perezca aquel astro.» ¡Presuntuoso! Venid á atacarlo; ó si no ejecutáis mis órdenes, os haré morir con vuestros hijos.»

Después de esta proclama estalló la guerra y Kie fué destronado, sucediéndole Chang.

Había mandado escribir encima de su baño: «Para perfeccionarte, purificate cada día,» y todos los vasos destinados á su séquito contenían máximas morales.

A este rey sucedieron otros buenos y malos; siendo notable por su crueldad, con la que Nerón no soñó siquiera, Cheu-sin.

Derrotado por Vu-huang, ascendió éste al trono, que hizo grandes obras; mudó el calendario y el color nacional, restableció las buenas leyes antiguas y derogó las malas, y tuvo siete historiógrafos.

En tiempo de su sucesor, Chin-huang, floreció en el poder el ministro Cheu-cung, uno de los hombres más ilustres de la China, sabio astrónomo que conocía las propiedades del triángulo rectángulo y de la aguja magnética. Los anales sagrados dan cuenta de sus discursos y máximas y

de las de sus sucesores. El monarca más memorable de esta dinastía fué Chu-huang, quien en su expedición á Occidente recibió homenaje de una reina llamada Si-huang, la cual le dirigió estos versos: «Blancas nubes hay en el Cielo y se descubre la cúspide de un monte; para llegar á él es muy largo el camino y hay en el intermedio collados y ríos. Quien tiene un hijo no muere. Cásate y podrás volver.»

El rey contestó: «Vuelvo á las riberas orientales. He arreglado los nueve tonos de la música; los diez mil pueblos están regidos con igualdad. Os contemplo atentamente; he pasado tres años comparando; ahora me marcho á mi desierto.»

Así se introducen constantemente en la historia de la China la moral y la poesía. Confucio, en su *Libro de los versos*, ha conservado una porción de canciones y sátiras fulminadas por el pueblo contra los tiranos y animadas de un vigor que sorprende en una nación esencialmente ceremoniosa.

Citaremos algunos párrafos:

«Existe una morera tierna y flexible cuyas hojas y ramas prestaban sombra desde lejos á la tierra. Ya caen secas y amarillas las hojas. El pueblo que vive á su abrigo se halla agobiado de fatiga; son tantas las miserias que padece, que no encuentra reposo. Un pesar acerbo le consume y su dolor ha llegado al colmo. Grande es tu poder, ¡oh Cielo augusto! ¿No tendrás lástima de nosotros?»

. . . .

«El pueblo no goza ya de reposo ni tranquilidad porque hombres perversos infestan el reino y chupan el fruto de sus sudores. Si alguna vez esos hombres se manifiestan honrados y dicen que no aprueban las maldades que de orden superior ejecutan, mienten. Mis acusaciones son vituperadas y tú las querrías suprimir, pero otros han cantado y maldecido ya.»

Este y otros cantos encontraban eco en el descontento popular, al cual se siguió el levantamiento, y trescientos individuos de la familia real fueron exterminados, salvándose sólo el tirano y su hijo sucesor. Después de catorce años, en los cuales gobernaron feudalmente los jefes de los diversos principados, fué elevado al trono el huérfano salvado con el nombre de Siuen-huang.

Aunque duró muchos siglos esta dinastía, no sobresalen en ella nombres insignes; los reyes se abandonan á la tiranía, mujeres y eunucos los dominan, los Tártaros los acometen, á su muerte se matan centenares de personas, y al paso que la monarquía se debilita, aumentan en fuerza los príncipes, entre los cuales queda dividido el reino.

Vienen más tarde, con los Thang, grandes tiempos para las letras con Li-tai-pe, Thou-fou, Oang-vey y Lo-ping-ouang. Un soberbio período poético se desarrolla bajo la protección de estos monarcas, que florecieron entre el siglo IX y X de nuestra era. Al llegar á las primeras décadas del siglo X, bajo los Soung, floreció una dinastía de literatos por excelencia. Jamás había habido tantos concursos de prosa y de verso, ni los sabios habían sido tan favorecidos. Como si toda la raza amarilla siguiera este movimiento, el Japón tiene una corte en la cual *el bien hablar* entra en gran predicamento. Las costumbres se afinan, la vida material adquiere un gran esplendor artístico, y la poesía llega á un refinamiento de lenguaje y una exuberancia de imaginación como no se haya conocido más que en Grecia. Revestido de la autoridad soberana, el Emperador literato, sin que ninguna nube turbara su reinado, preside plácidamente una corte de sabios, de poetas y de artistas, dando grandes premios al que inventa una idea, una nota musical nueva, un tono de color bello, ó un metro nuevo en el verso. Una paz espléndida alentaba las producciones del talento. Entre los príncipes de la Ciencia, entre los autores y los artistas, el rey mantenía la emulación del rango que daban el talento y el brillo del genio. La poesía era parte esencial de la educación de las personas bien nacidas. En las elegantes conversaciones, los versos se improvisaban llenos de bellas imágenes y de graciosas comparaciones. A pesar de ser preciosa, la literatura era de una pureza perfecta. La lengua aún no había sido alterada con la mezcla del Chino y poseía un arte especial de dar un tono colorido á los menores pensamientos. Tal fué esa edad de oro japonesa que tan al natural ha descrito Monrasati. Mas este período fué corto. Las brutalidades del régimen feudal, implantado violentamente, mataron por siete siglos las Ciencias y la Literatura.

Hasta en la Indochina hallamos vestigios de esa cultura de la raza amarilla en esta época. Cambodge estaba en plena prosperidad dominando casi toda la isla. Su arte especial adquirió pleno desarrollo y no decayó hasta pasado el siglo VIII en que llegó al apogeo. La riqueza literaria de aquella civilización conocida en la China y el Japón era ponderada diciendo de una cosa superior: «*rica como Tchin-la.*»

CAPITULO III

EL ISLAM

LITERATURA ORIENTAL ARÁBIGO-PÉRSICA.—FIRDUSI

Al conquistar los Arabes mahometanos la Persia, del cruce que resultó, quedó ennoblecida la raza árabe. Al verterse una nueva sangre en ella, los Arabes, con su impulso nómada, resultaron los propagadores del fruto precioso del antiguo espíritu Ario. Los nietos del fanático Omar, del criminal incendiario de la biblioteca de Alejandría, fueron los propagadores y los protectores de los libros.

A la aparición de Mahoma se había abierto para los Arabes una nueva era de un carácter religioso y proselitario. Pero esto tuvo la ventaja de que con el Corán se fijó la lengua y todos hallaron su sentido exacto de las palabras en aquel modelo clásico. De la Hégira á los Abasidas se encuentran varios poetas, pero sobre todo gramáticos, comentaristas del libro de Mahoma y autores de sermones y de plegarias. Bajo los Ommeiadas la poesía da muy sabrosos frutos. Y con los Abasidas viene la era gloriosa del intelecto árabe.

Mientras nuestro Occidente se ahogaba dentro de las estrechas murallas del feudalismo, ó se salía de este mundo por las oraciones, la mortificación y el ayuno, en Bagdad primero, y luego en Córdoba, se manifestaba un maravilloso acuerdo de costumbres elegantes y de alta cultura literaria. El estilo noble de los Arabes de Persia y de los de Andalucía, los sentimientos delicados de sus poetas y los pensamientos profundos de sus filósofos, la justeza de sus ideas y la originalidad de sus puntos de vista fueron la característica de esta gran época.

Los califas repararon el olvido en que habían dejado á las letras los triunfantes sucesores del Profeta, siendo imitados en esta vía por los Turcos de elevada posición. Con los Ommeiadas cesó la ignorancia y el fanatismo, y los Abasidas se hicieron los protectores del saber humano. Mientras los observantes, encerrados en el Corán y en la tradición, rechazaban como inútil y peligrosa la Ciencia, éstos, partidarios de una doctri-

na altamente utilitaria, conciliaban la razón y la Naturaleza con la idea religiosa, establecían la armonía entre el mundo físico y el intelectual y apelaban al auxilio de las ciencias, especialmente las naturales (1).

Sus médicos, Sirios y Españoles, quedaron encargados de la traducción de todo género de libros; Harum-al-Raschid fundó un colegio de traductores á cuyo frente puso al médico Juan Mezuch. Al-Manum fomentó el estudio de la Astronomía é hizo compilar tablas; cuando impuso la paz al emperador Miguel III de Bizancio, exigióle un ejemplar de todas las obras griegas. Se formaron bibliotecas muy ricas en la capital, en Fez y en Larache; escuelas famosas en Alejandría, el Cairo, Bagdad, Granada, Sevilla y Valencia, y Chamsedim, prefecto del colegio de Murcia, se hizo célebre. Estos colegios, desconocidos de Griegos y Romanos, pero muy comunes en China, se aumentaron entre los Arabes; en Cufía y Basora existían academias literarias, donde los escritores iban á leer sus obras; en Córdoba había una especialmente fundada para explicar el Corán; en Játiva otra para explicar la Historia, debida á Mahomed-Abud-Amer, y además museos de antigüedades y de artes.

Algunos autores atribuyen á los Arabes la creación de los observatorios, siendo el de Sevilla el más hermoso. Conocían los relojes de sol, el astrolabio, la clepsidra y otros instrumentos cronométricos. Albatenio corrigió algunos errores de Ptolemeo, y entre otros el movimiento de las estrellas en el sentido de su longitud; determinó con precisión la excentricidad de la órbita solar, y midió la oblicuidad de la eclíptica; pero lo que le hizo célebre fué el conocer el movimiento del apogeo del sol de Occidente á Oriente, presintiendo que más adelante se descubrirían movimientos semejantes en las órbitas de los planetas. Al-Hashel publicó las *tablas toledanas*, siguiendo un método más exacto que el de Hipparco y Ptolemeo; Al-Hazem enseñó la teoría de los crepúsculos y Geber la de la trigonometría, y, en 471 de la Hégira, se hizo el arreglo del año civil, computándole, con admirable precisión, trescientos sesenta y cinco días, cinco horas, cuarenta y nueve minutos y quince segundos. Admira lo que descubrieron los Arabes Españoles.

Mayor fama alcanzaron estos Arabes en la medicina. Los médicos de los primeros califas fueron Hebreos y Nestorianos, y los que vivieron en tiempo de Mahoma se formaron en las escuelas griegas. Después de la conquista de Alejandría, donde florecía la escuela médica más famosa, se

(1) Aquí tratamos de la literatura árabe post-islamita en general: es su período brillante, lo mismo en Oriente que en Africa y en España, pues toda ella afecta un carácter análogo debido á la ingerencia pérsica. En España, no obstante, sobresale, pero es sin diferenciarse como carácter de la restante.

conservaron algunos libros por ese atractivo que tiene todo lo que promete la salud, ó quizás por los quiméricos sueños de la alquimia.

La parte principal de sus curas era el pronóstico, para el cual se valían de la astrología, de la quiromancia y de los amuletos; por la inspección de la orina adivinaban, no sólo las enfermedades, sino otras muchas cosas curiosas, así como por el pulso acertaban los alimentos que el enfermo había tomado. No usaban sino con mucha parsimonia los purgantes drásticos, prefiriendo los suaves; y Albucasis producía la aglutinación de las heridas en el bajo vientre, aplicando hormigas grandes que atenazaban los bordes con sus mandíbulas al ser decapitadas.

El primer tratado de medicina árabe fué las *Pandectas* de Harum de Alejandría, el cual describió las viruelas el primero, atribuyéndolas á la inflamación de la sangre y á la efervescencia de la bilis, y á tenor de esta opinión se practicaba la medicación correspondiente. Más acertado estuvo Razes, el más célebre de los médicos Arabes, en quien, entre muchos errores, brillan profundos conocimientos, buenas prácticas y laudables consejos, todo expuesto en su perfecto estilo literario.

Escribió después el persa Ali-ben-Abas, el Real *(al-Melik)*, un tratado sobre todas las partes de la medicina, siguiendo las huellas de los Griegos, pero sobrepujándolos en anatomía, y ocupó el primer lugar hasta que fué aventajado por Avicena (Abn-Ibn-Sina), de Chiraz, Persia. Este insigne médico, educado en Bokara, la Atenas oriental, comentó y rebatió el Corán. Habiéndole dado su padre por maestro á Abu Abdallah de Anatolia, le dejó Avicena porque no supo resolverle una cuestión de lógica y se agregó á un mercader que le enseñó la Aritmética y los guarismos indios; á los doce años sabía los elementos de Euclides y el Almogesto de Ptolemeo; estudió Filosofía y Teología en Bagdad, y luego se dedicó ocho años á la medicina con el nestoriano Abu Sahel Marischi y á la botánica en la Bactriana y en la Sogdiana, donde abundan las plantas medicinales y la asafétida, que él dió á conocer en Europa. Sus afortunadas curas le valieron una fama inmensa entre los príncipes que querían tenerle en su corte; Shams Eddola, califa de Amadán, le nombró su visir; pero habiendo tomado parte en una sedición, le puso preso. En aquella época escribió de filosofía y medicina, y vuelto á la libertad y á los empleos temió nuevas desgracias, huyó y vivió oculto mucho tiempo. Mahamud el Gaznevida trató en vano de atraerle á su corte; encaminóse á Yspahán donde murió á los cincuenta y ocho años, habiendo dejado muchos escritos de una perfección literaria incomparable á la par que de un gran fondo.

Mucho más posterior que Avicena fué Averroes, cordobés, que murió en Marruecos el 1198. Fué un filósofo que supo de todo, que escribió de

todo y que desempeñó grandes destinos; la franqueza con que declaraba sus opiniones filosóficas le valió el ser acusado de impiedad, por lo cual le confiscaron los bienes y lo relegaron al barrio de los judíos (1). Por último le obligaron á retractarse en la punta de la mezquita de Marruecos, dejándose escupir en el rostro por todo el que quiso hacerlo. Pero después conquistó nuevamente su posición y sus honores. Tradujo todas las obras de Aristóteles, añadiendo interminables comentarios; su principal obra de medicina fué el *Koullyath,* donde no expuso ninguna idea nueva, contentándose con seguir la opinión de Aristóteles y de sus comentaristas modernos, con preferencia á las de Galeno. Trabajó mucho para establecer la unión entre la dialecta griega y la medicina; así explica muchas ideas fundándose en las energías y entelequias aristotélicas. Su *gran comentario de Aristóteles* es la obra que ilumina toda la Edad Media. Pasada al mundo cristiano, anima toda la Escolástica, introduciendo en ella el espíritu del Gran Filósofo griego (2).

Poco posterior á él fué Abdallah ben Achmed, de Málaga, que murió en 1248 y que era el botánico más distinguido entre los Arabes, habiendo enriquecido la ciencia con nuevas observaciones. Abul Casim, español también, escribió una obra muy celebrada sobre operaciones quirúrgicas. Aben Zoar, de Sevilla, practicó la medicina en la corte del califa Ebu-Attapín, en Marruecos, y en la de su gobernador Alí, en Córdoba; se atrevió á separarse de Galeno, evitó las definiciones sofísticas y las sutilezas dialécticas, estudió más la historia clínica de las enfermedades que su teoría, y no rehusó hacer operaciones de cirugía, excepto la litotomía.

Al-Mamum, despreciando los escrúpulos de los doctores ortodoxos, dió á los estudios la esfera más amplia de las ciencias naturales. Introdujo entre los suyos la filosofía de Aristóteles y publicó una traducción de este filósofo por medio de los médicos Mesuch y Honam, así como también de las obras de Teofrasto, Porfirio y otros comentaristas.

Dirigida así la ciencia aristotélica á combatir la ortodoxia musulmana, fué necesario que los ortodoxos recurriesen á las mismas armas para defenderla. Y aun cuando la fisica, la metafísica y la moral del Estagirita repugnaban á sus creencias, adoptaron no obstante su lógica, y de aquí nació el *Kalam,* ó teología escolástica del islamismo, contra el *Filsafet,* ó sea la filosofía natural verdadera adoptada por los científicos.

Al-Jarabí, de Jarab, en la Trasoxiana, es el más afamado de los filósofos árabes. Avicena confiesa deberle todo lo que sabía. Su obra más im-

(1) El origen de Averroes, según algunos escritos, era persa por su padre y descendiente de Mallorca por su madre. Su nombre era Ibn-el-Rajid.

(2) Con más detalles todo este movimiento literario é intelectual árabe lo tenemos descrito en nuestra obra *La Muerte y el Diablo,* t. II, cap. VIII.

portante fué *La Enciclopedia de las ciencias,* cuyos originales no han llegado hasta nosotros. Al-Gazel, de Tus, en el Corasán, fué uno de los Arabes más profundos en filosofía y teología. Nombrado director del colegio de Bagdad, se distinguió tanto allí como en Damasco, Alejandría y Jerusalén. El objeto que se propuso en sus muchas obras fué siempre el hacer resaltar la superioridad del Islamismo sobre las demás religiones y sobre la Filosofía. Sus libros, así como los de los demás filósofos que trataron de la fe, fueron desaprobados por los pensadores Arabes y aun condenados al fuego.

La pasión por lo maravilloso que se ve en todos los escritos de los Arabes, su ciega veneración por los soberanos y su creencia en el fatalismo fueron causa de que los orientales no cultivasen la historia en el elevado sentido de esta palabra. Algunos, no obstante, narran los acontecimientos de su país, y particularmente Ebu Batrich, que escribió una crónica hasta el año 303 de la Hégira, y Al Massudi una historia de las revoluciones. Al-Tabari, imán famoso por su gran piedad y su mucha erudición, preguntó una vez á sus amigos si sería bien acogida una historia de todo cuanto hubiese ocurrido en el mundo hasta aquel día. Sus amigos contestaron afirmativamente; y habiendo manifestado el imán que la recopilaría en treinta mil pliegos, reflexionaron que no bastaba la vida de un hombre para leerlos ni para escribirlos; prometió compendiarla y escribió la que se conoce con el título de *Al-Tarik Al-Tabari,* que es el fundamento de la historia árabe.

La poesía es el verdadero terreno de los Arabes, pero está oprimida por rígidas formas: muy comúnmente es sentenciosa y carece de aquel arte que produce la perfección en lo bello. ¿Y cuáles son sus poetas más ilustres? Los Musulmanes los admiran á todos con muy poca diferencia, y entre los orientalistas alguno pondrá en las nubes al mismo que otro ni siquiera mencionará. Uno de los más célebres fué Ebu Rumi, natural de Siria, pero de familia turca, que decía: «Nada más útil y necesario al hombre que una buena espada y una buena bolsa; ésta le da lo que necesita, aquélla le defiende.» Mohamed, hijo de Admed, escribió el *Motaleb,* poema en que cada verso contiene una palabra que tiene tres significaciones distintas según la diferencia de las vocales que se le aplican (1).

Pero el poeta más insigne del Oriente nació en Persia. Desde muy antiguo los reyes persas conservaban la memoria de sus hechos en unas crónicas llamadas *difteres,* las cuales abrazan desde el fabuloso reinado de

(1) Para comprender esto hay que considerar que en las lenguas semíticas las vocales vienen indicadas por puntos, siendo escritas sólo las consonantes, y que cada cual aplica la vocal á su voluntad.

Kajumarot hasta Cosroes. Isdegerdes III, último Sasanida, las hizo reunir en el *Bastán-Nameh* ó *Sainz-al-Moluk;* pero cuando fué muerto después de la batalla de Cadeira y saqueada su biblioteca, cayó aquel libro en manos del general árabe Saad Maki, el cual se lo regaló á Omar. El fanático conquistador, viendo que no era un libro piadoso, lo tiró, pero recogiólo un abisinio que lo hizo traducir á su lengua y lo presentó al Negus.

De Jakreddín Ahmed, hortelano de la provincia de Tus, nació Abul-Casem Almanzor el año 320 de la Hégira; á los pocos días de nacido, según la leyenda, incorporóse en su cuna, miró á Occidente y dió un grito á que respondió el eco de todas las montañas vecinas, como si todos los ecos de la Naturaleza despertasen al primer acento del futuro poeta. Educado como convenía á su gran talento, pasaba días enteros meditando y dejándose arrastrar por su imaginación, sentado á orillas de un arroyo. Se ejercitó también en el tema favorito de aquella época y compuso un poemita sobre las guerras de Zoak y Jeridum. La admiración de sus amigos le dió á conocer al gobernador de aquella región, el cual le aconsejó que se presentase en la corte. El joven poeta, animado por un sueño, se puso en camino con sus ropas de campesino, y al acercarse á Gazna, cansado y cubierto de polvo, encontró bajo un parral á tres hombres cuya ocupación era beber y hablar. Eran los tres poetas de la corte, Ausaris, Asgindi y Jeroki, que al verlo con tan pobre aspecto le dijeron: «Buen hombre, si no eres poeta, vete de aquí. Con los poetas sólo pueden alternar sus iguales.» «También soy yo poeta,» respondió el joven. «En ese caso,» replicó uno de ellos, «hagamos la prueba. Cada uno de nosotros compondrá un verso de la misma rima y tú hallarás el cuarto.» Y escogieron una terminación de que sólo había tres palabras en lengua persa; pero el novel poeta recordaba haber visto en las antiguas crónicas el nombre de un héroe que rimaba con aquéllos, y fué admirado y proclamado vencedor.

Mahamud, en cuya corte como en una academia se reunían todas las noches los ingenios para leer y criticar, animó al tímido provinciano, y admirando sus versos le dijo: «Tu poesía difunde sobre mi alcázar el esplendor dél paraíso *(ferdús)*,» por lo cual desde aquel momento se le apodó Firdusi. Mahamud le confió la composición del *Shach Nameh,* poema épico sobre la primitiva historia de Persia, dándole habitación en su propio palacio y facilitándole su biblioteca particular.

Mahamud quiso retribuir al poeta con una moneda de oro por cada dístico, pero Firdusi prefirió recibir mil monedas de oro á la conclusión de la obra, con cuya cantidad pensaba reconstruir el dique del río de su pueblo natal, que se rompía con frecuencia, devastando los lugares que recordaban los días de su niñez. Mas el favorito del sultán, Hussein Mah-

mandar, á quien no adulaba el poeta, predispuso á Mahamud contra él, pues siendo el príncipe fervoroso sumita, le pintó á Firdusi como afiliado á los siitas; y mientras continuaba su poema y los príncipes confinantes le remitían mensajes y regalos que no admitía, los continuos pesares hicieron comprender al pobre poeta cuán amargo es el pan del poderoso; viéndose por aquel tiempo en la necesidad extrema.

Cuando concluyó su poema, á la edad de setenta años, le fueron entregadas las mil monedas, pero de plata, en vez de ser de oro, como se había tratado. Firdusi recibió estando en el baño esta recompensa indigna de la esplendidez del monarca y de su mérito, y dió una tercera parte al mensajero, otra al bañista y con la restante pagó un refresco á los amigos. Irritado Mahamud, mandó que fuese preso y echado bajo los pies de los elefantes; pero Firdusi se arrojó á las plantas del príncipe y con ruegos y versos obtuvo el perdón. Cuando regresó á su casa destruyó cuanto había escrito en honor del sultán y compuso de nuevo la conclusión del *Shach-Nameh*, trozo notable en el cual echó en cara á Mahamud su avaricia y su mala fe, terminando de este modo:

«Te llamé conquistador del mundo; pero ahora diré como tu ingratitud y tu perfidia apenas te hacen digno de besar los pies del esclavo. Ódiame, te lo permito, pero te prohibo que me desprecies. Mira mi obra, que tu vista gire y se extienda por el horizonte; y dime si ha habido un Firdusi por cada mil Mahamudes.»

Terminada esta imprecación, la selló y la entregó á su amigo Ayaz para que la entregase á Mahamud veinte días después, y procurándose inmediatamente dinero y un caballo, huyó de Gazna, solo, anciano ya, para librarse de la venganza del sultán; abandonó la Persia y pidió hospitalidad á Kader Billah, califa de Bagdad. Éste no quiso entregarle á Mahamud, pero le aconsejó que buscase otro asilo más seguro, por lo cual Firdusi, tomando de nuevo el báculo, fuese al Tabaristán, y de allí al Cobistán, siendo bien acogido y agasajado en todas partes.

Nasir, gobernador del Cobistán, escribió á Mahamud las desgracias de Firdusi y le anticipó las reconvenciones que le haría la posteridad por obligar á tan gran poeta á andar errante, sin pan y sin hogar. Al real enojo había sucedido el arrepentimiento, y Mahamud, oyendo incesantemente los versos del poeta en boca del pueblo, temió una infamante inmortalidad, pues Firdusi le había dicho: «El poeta ofendido es una sátira que dura hasta el día de la resurrección; entonces yo me quejaré al Dios purísimo, derramando ceniza sobre mi cabeza y diciendo: ¡Señor, abrasa su alma en el fuego, y ciñe de luz la de este tu siervo, porque es digno de ello!» Al entrar Mahamud en una mezquita vió escrito de mano del fugi-

tivo este dístico: «Dicen que el alma de Mahamud es un mar de munificencia. Yo he pescado en él mucho tiempo y no he sacado la más pequeña perla;» y habiendo descubierto el fraude del cambio de las monedas, castigó al favorito que lo había hecho y mandó seis mil dineros de oro á Tus. Pero los portadores encontraron la comitiva fúnebre de Firdusi que había muerto octogenario; su única hija, tan pobre y tan altanera como él, no quiso aceptar la suma; pero aconsejó que con ella se cumpliese el deseo de su padre, construyendo una posada pública ó caravanserallo y el dique que debía impedir las inundaciones.

Aun cuando la fantasía oriental haya añadido muchos adornos, pueden verse aquí las contradicciones y los padecimientos del genio, noblemente apasionado, altanero y digno. Es la eterna historia.

¿Hasta qué punto se valió Firdusi de las tradiciones antiguas para su poema? ¿Rimó quizás el *Bastán-Nameh?*

Inciertos sobre la fe histórica que puede merecer Firdusi, ignoramos la parte que pueda tener en la invención de su poema.

El que por poema quiera encontrar una composición cuyo objeto es un acontecimiento importante que crece, se desarrolla y termina con una catástrofe, no la busque en *Shach-Nameh*, que no encierra una acción sola, sino una serie de hechos que comprenden treinta y siete siglos, desde Kajumarat hasta la introducción del Islamismo. El héroe es la Persia, la unidad, la lucha del genio del mal con el genio del bien, de la luz con las tinieblas, de la civilización con la barbarie, de los reyes de Irán con las hordas del Turán, ó sea la marcha de la civilización iniciada por Chemsid, regenerada por Zoroastro, trasformada, pero no derribada por Alejandro, oprimida por los Arsacidas, restaurada por los Sasanidas y cambiada por los Arabes. Para no ofender Firdusi las intolerantes creencias de su señor, prefirió echarse en brazos de las anteriores al Islamismo; del culto del Sol, tan propio de la grandeza salvaje y del clima ardiente de Persia.

Puede hacerse una comparación y tal vez hallar el origen de nuestros caballeros andantes en el de Rustán y otros héroes. Isfendiar, invulnerable excepto en los ojos, porque los tenía cerrados cuando Zoroastro derramó el agua encantada sobre su cuerpo y sus armas, recibe de su padre la orden de atacar á Rustán y traerle encadenado, empresa que tuvo por causa la envidia y en que había fatalmente de sacar la peor parte. Isfendiar envía cerca de Rustán á su hijo Bahmán, acompañado de diez mobedes para intimarle la rendición. Bahmán lo encuentra cazando, «semejante por su estatura al monte Bisutum, teniendo en la mano en vez de maza un tronco de árbol con el cual había matado un asno salvaje que llevaba

al cuello como si fuese un pájaro.» Rustán, antes de oir el mensaje de Bahmán, le convida á comer; cómense un león, é Isfendiar, obedeciendo á su padre, le intima la rendición, á lo cual no se sujeta el héroe y se declara la guerra.

Terrible es la batalla; pero Simurgo, el pájaro que recogió á Rustán siendo éste un niño y le alimentó, le cura las heridas y le enseña á que ataque á Isfendiar con una rama de olmo en los ojos, única manera de vencerle. Isfendiar cae, recomendando su hijo á Rustán, cuyo triunfo le es muy doloroso por la muerte que los adivinos han profetizado al vencedor.

En este poema todo es grande y brillante, según la índole del país y la magnificencia de los Gaznevidas. Con aquella brillantez de colorido resultan colosales metáforas; la sangre salta hasta la Luna, el clamor de las trompetas desvía el Sol de su camino y la superficie de la Tierra se ve agitada como un mar tempestuoso. Abundan allí las reflexiones morales que en Oriente se tienen por el primero é indisputable mérito en la poesía, y las melancólicas contemplaciones sobre lo efímero de la vida. «¡Oh joven, no te alejes del amor y de la alegría; el amor y la alegría sientan muy bien en la juventud. Después de nosotros volverá muchas veces la estación de las flores, se renovará la primavera, pasarán muchas nubes, brotarán muchas plantas y tu cuerpo se descompondrá mezclándose con el humus de la tierra. ¡Oh joven, no dejes de amar ni de tener el contento de la vida?»

Los amores, los combates, los asesinatos, los envenenamientos y las fiestas de la corte se mezclan en una variedad inmensa en los escritos de Firdusi, el cual, con la facilidad de Ariosto, pasa de lo patético á lo descriptivo, aun cuando siempre predominando la forma simbólica. Con ésta pinta la sed de poder y de sangre, que es una necesidad y un tormento para el déspota Zoak (y este es un episodio que puede considerarse aislado y que ofrece el tema del *Fausto)*. El Arabe Zoak es atormentado en su virtuosa juventud por el amor á la sabiduría, hasta que un sabio que penetra en su solitario retiro le ofrece un medio de saberlo y poderlo todo, con tal que le prometa de un modo solemne cumplir todas sus órdenes. Este sabio era Eblis, el diablo de los orientales, y apenas Zoak le promete obediencia y silencio, le dice el ángel malo: «Un joven como tú, tan rico en virtudes, ¿ha de sepultar su alma heroica en la obscuridad de la paz y esperar la muerte de un viejo, lejos del imperio y del poder? La débil chispa de la vida de tu padre continuará por mucho tiempo su vacilante resplandor; por mucho tiempo continuará reinando y tú sirviéndole. Sólo deben sufrir las almas débiles; apodérate del mando, sé rey; su trono es

tuyo. Me has prometido obedecer, te lo mando; cumple tu palabra y hazte señor de la tierra.»

Sentado ya en el trono el parricida sigue los consejos del espíritu maligno. «Ya no tiene temores ni remordimientos el alma de Zoak. El infierno le domina.» «El destino pesa sobre mí, le desafío; poseo el trono,» dice Zoak. Eblis se sonríe al ver su triunfo, toma una forma bella y graciosa y fascina al nuevo soberano con una elocuencia tentadora. No satisfacen ya su hambre los frutos de la tierra y la leche de las vacas; nuevos manjares se preparan para él; los habitantes del agua y del aire, condimentados de mil maneras, excitan el apetito del monarca; el corruptor pide tributos á la primavera, al invierno, al estío y al otoño, y se agotan las entrañas de la tierra para satisfacer sus imperiosos apetitos.

Zoak no cabe en sí de asombro. «¿De dónde, pregunta á Eblis, procede tanto refinamiento? ¿Estas mutaciones vienen del cielo ó del infierno? ¿Cómo puedo yo recompensar tales beneficios?»

Y Eblis le dice:

«¡Oh monarca de la Arabia, tan feliz hasta ahora!.. Bastante recompensado quedaré si accedes á una petición mía: déjame que toque con mi cabeza tus sagrados hombros, y tu esclavo, remunerado, te servirá con mayor interés.»

Consiente Zoak; Eblis acerca su frente á los dos hombros del rey y desaparece. Al momento aparecen, allí donde tocó la frente de Eblis, dos enormes serpientes con las fauces distendidas; todos tiemblan, los asistentes quedan suspensos y los monstruos piden comida. ¿Cómo suministrarle la que necesitan? En vano los sabios del país son convocados; nada sacia á las serpientes, y cuanta más hambre tienen, mayores son los padecimientos del monarca; se ensayan inútilmente todos los remedios y ya se desespera de saciar aquellas bocas insondables, cuando Eblis, tomando una nueva forma, se presenta en la corte y dice al rey: «Sólo un alimento puede satisfacer á esos monstruos. No ensayes amuletos ni medicamentos; sólo piden sangre humana, carne humana; dales hombres á devorar.» El tirano obedece al infierno, y las serpientes se ahitan de sangre humana. Eblis ha triunfado.

La gran reputación que tenía Firdusi entre los suyos; puede conocerse por las palabras con que Dolet-Shah concluye la narración de su vida: «No ha florecido ningún poeta semejante á él; lo cual ha sido permitido por Dios para que los hombres conozcan el mérito de Firdusi.»

En su poema usa el idioma persa en su primitiva pureza y en su primitiva cultura, antes de que se mezclase con el Arabe, Mogol y Turco. Hízose popular y, como sucede generalmente, encontró continuadores y

émulos que escribieron poemas en el mismo metro y sobre los mismos asuntos, especialmente sobre el episodio de Zorak; pero todos ellos quedaron muy distanciados y no pudieron igualar su mérito. De este modo fué escrito el *Barzu-nameh* en ciento treinta mil versos. Y siguiendo este ejemplo se escribieron varios, hasta degenerar en la monotonía. Pero entonces salieron cuentistas y escritores místicos.

CAPITULO IV

FRANCIA

EN LATÍN.—CARLOMAGNO.—LENGUA DE OC Y LENGUA DE OIL.—TROVADORES Y TROVEROS.—CANCIONES DE GESTA, ROMANCES.—MISTERIOS, CRÓNICAS

La decadencia del Imperio Carlovingio, muerto su fundador, la anarquía que precedió á la organización feudal, las servidumbres que debió soportar la Iglesia antes de llegar al gran esplendor del siglo XI, denunciaban ya un principio de evolución hacia el mundo moderno.

Por uno de esos contrastes extraordinarios que se encuentran en la historia, los emperadores sajones se constituían en protectores militares de la sociedad cristiana; ellos, los descendientes de aquellos barones á los cuales Carlomagno no hacía mucho había impuesto violentamente la ley del Cristianismo.

Al Norte de Europa se dibujaban ya los grupos que más tarde entraron en acción en la vasta familia europea: los Húngaros, los Polacos, los Rusos, los Escandinavos, cuya participación en el movimiento de los siglos IX, X y XI presenta uno de los aspectos más interesantes de la historia de la Edad Media. Inglaterra, antes de constituirse en una verdadera nación, pasaba por alternativas de servilismo y de libertad. Las luchas de la raza danesa con la raza sajona, y después la intervención opresiva de los Normandos que se sobreponen á los elementos indígenas, marcan las lineaciones de un pueblo llamado para el porvenir á las más altas empresas. Y los cristianos de España, Godos, Celtas ó Greco-latinos, con las armas en la mano disputan á los Islamitas el territorio de la península, fundando sucesivamente sus varias nacionalidades.

Mientras se opera este trabajo de gestación de las naciones modernas el pensamiento no permanece inactivo. Los conocimientos se subordinan á la teología, y la imaginación se ejerce en las heroicidades de la lucha. El dogma rigiendo soberanamente los espíritus, el fervor proselitario se desarrolla. Todo un pueblo de monjes dedicóse á una literatura piadosa, que se reduce á crónicas de milagros y á libros de *Sapiencia* para la con-

ducta del alma. Comentarios de la fe, vidas de Santos, leyendas místicas, alegorías, *espejos del alma,* apólogos ó tratados místicos de la ciencia de interpretar lo sobrenatural de la Creación. Toda forma, todo fenómeno de la Naturaleza comparecía como asunto de meditación religiosa.

Con la crisis fecunda de las cruzadas, con el fervor caballeresco que es su consecuencia, las palabras toman vida, se fijan ya los varios romances ó lenguas derivadas del latín rústico, y la estrofa monorrítmica é irregular se anuncia en Francia y en Cataluña como primera forma encontrada por los trovadores. La epopeya surge ruda é inocente con la simplicidad de su metro y la adaptación de la asonancia. Pero esencialmente heroica, natural y popular, hacia fines del siglo XI, aparece la *Canción de Rolando*, y durante la primera mitad de este siglo la *Canción de gesta* es la forma poética por excelencia.

Hasta Eginardo inclusive, que escribió la *Vida y gestas de Carlomagno*, todo estaba escrito en latín en Francia y en la Marca Catalánica, instituída con la ayuda de los Francos. Pero llegado el tiempo en que el latín no fué la única lengua escrita por los amanuenses, el *romance*, salido del latín popular, convertido en un idioma, los literatos no desdeñaron aquel nuevo elemento de expresión de las ideas. En el siglo XI empezó á florecer y en el XII alcanzó gran esplendor; mas en los países Francos se dividió en dos ramas, pues se habían formado allí dos lenguas muy distintas, la *lengua de oil* al Norte, y la *lengua de oc* al Sur, extendiéndose ésta hasta el Ebro.

Esta se asemejaba más al latín que la primera y era sólo la transformación de la lengua rústica romana; armoniosa, musical y sonora, se prestaba en gran manera á la poesía lírica. Así sus poetas, llamados *trovadores*, produjeron bien pronto numerosas composiciones, tratando el amor, la primavera y la juventud, y un sin fin de otros asuntos vitales. La literatura de la lengua de oc desde un principio se presenta ya verdaderamente humana y poética. La devoción y el misticismo están ausentes de ella. Es el primer signo de vitalidad contra la decadencia de la Edad Media.

La lengua de oc fué verdaderamente ahogada en sangre de los albigenses por los feroces cruzados de Montfort. A fines del siglo XIII cesa de oirse el laúd de los trovadores provenzales; mas continúa en Cataluña, Mallorca y Valencia. No trataremos aquí de esta literatura, sino más adelante, al ocuparnos de Provenza y Cataluña.

La lengua de oil, que derrotara á su hermana, no tenía, sin embargo, ni su gracia ni su finura. Más cortada, pero menos armoniosa, cantaba con preferencia las empresas guerreras. Sus poetas se inspiraban en las leyendas populares y compusieron una porción de poemas épicos, de *epopeyas*

nacionales y *canciones de gesta*. Al lado del poema épico nace y se desarrolla el *romance*, menos elevado, pero más vivo, que pasa del caballero andante y del encantador, á la descripción de los vicios y de las virtudes.

Tras el romance llega la fábula con el *Romance de la Zorra;* pero el recitador tiene poco espacio en dicho género, y nace inmediatamente el teatro.

Los orígenes de éste no fueron tan mundanos como parece desprenderse de lo dicho. La Iglesia se apoderó acto seguido de aquella nueva forma que tanto se adaptaba á la ceremonia, y de ahí salieron las obras teatrales que hasta el siglo XIV, bajo el nombre de *misterios, moralidades,* etc., tuvieron la iglesia por escena.

Epopeya, romance, sátira, drama y comedia, todo se esboza en aquel período laborioso. La historia, iniciada por Eginardo, se retrae al claustro, y después es proseguida por Villehardouín, cantor de la cuarta cruzada, con Joinville, escrita ya en francés, con Froissart y con Commines.

El primer manuscrito que hace mención de la lengua romana son las *Glosas de Richenau,* una Biblia en latín y en lengua vulgar.

Siguen los *Juramentos de Estraburgo*, que son el primer monumento de la lengua francesa y se atribuyen á Nitardo, nieto de Carlomagno. Después, sucesivamente, *La Cantilena de Santa Eulalia*, *El Fragmento de Valenciennes*, *El Poema de la Pasión*, etc.

Varias lenguas llamadas *romanas* ó *neo-latinas,* á causa de su origen, salieron del latín, tales como el castellano, el portugués, el rumano, el italiano, etc. El provenzal y el francés, como hemos ya indicado, pertenecen á este origen. Ambos idiomas marcaban dos países rivales, y, hasta la unidad nacional francesa, el Norte franco iba contra el Sur provenzal.

Los *troveros* (1) de la lengua de oil no fueron primeramente sino juglares que cantaban por el país, acompañándose con la viola, cantos populares llamados *cantilenas*. Más tarde aquellos juglares cantaron las epopeyas nacionales. Así como al Mediodía pertenecen los poemas líricos, al Norte las grandes composiciones narrativas, obra de los poetas de las gestas, y entre las cuales la más antigua y la más hermosa es la *Canción de Rolando,* poema caballeresco, cuyo héroe es el emperador Carlomagno.

Siguieron después los romances ó libros de caballería, predominando en ellos el tipo legendario de Amadís de Gaula, y sucesivamente *Roberto el Diablo, La Pera, Blancandín,* etc. A continuación viene el romance alegórico con su célebre *Romance de la Rosa,* de Guillermo de Lovris y Juan de

(1) Distinguimos *troveros* de *trovadores,* tal como los Franceses hoy distinguen *les trouvères* de *les troubadours*. Estos son los de lengua de oc, Provenzales y Catalanes; aquéllos son los de lengua de oil, pertenecientes al Norte de Francia.

Meung, trovero del siglo XIV, nacido en Deung y apodado *Clopinel* (el cojo).

Este Clopinel es un espíritu del todo francés. Nacido en la masa del pueblo, ha llevado á su obra (pues de él es la mayor parte) las cualidades de su raza: independencia de espíritu, vivacidad, malignidad ática. Su ingenio y su osadía le colocan á la cabeza de aquella serie de escritores á que pertenecen Rabelais, Regnier, La Fontaine, Moliere y Voltaire.

Siguen los romances cómicos y las fabulillas, el más popular de los cuales es el *Romance de la Zorra*, como ya hemos dicho.

Pasemos al teatro.

La historia del teatro francés comprende dos fases distintas. Desde su nacimiento al 1548 el drama francés es original y nacional. A partir de esta fecha una revolución completa se opera en el arte dramático; los poetas abandonan las tradiciones nacionales para estudiar las obras griegas, que traducen ó imitan. Antes del Renacimiento el drama era enteramente religioso; después de la representación de la *Cleopatra Cautiva*, de Etienne Jodelle (1552), el *misterio*, labor de tradición cristiana, fué reemplazado por la imitación de la tragedia sacada de asuntos históricos. Los poetas parecían renegar de su pasado literario. Desdeñaban aquella Edad Media propia que no había conocido á los antiguos.

Así como el drama griego nació en las fiestas religiosas celebradas en honor de Baco, el teatro, proscrito primeramente por los sacerdotes, salió de las ceremonias mismas de la Iglesia. Cuando en la decadencia del Imperio romano los juegos del Circo vinieron á reemplazar las obras teatrales de la literatura, se vieron cosas horribles. La sangre caliente corría por la arena; los gladiadores, entregados á las fieras, retorcidos por el dolor, eran ofrecidos al público en espectáculo. Con frecuencia eran cristianos los que servían de diversión al pueblo. Se concibe, pues, el horror que las representaciones públicas emocionales debían inspirar á la naciente Iglesia y con cuánta vehemencia levantarían los obispos su voz contra los espectáculos paganos. La repugnancia fué tan profunda que durante muchos siglos la sociedad cristiana pareció ignorar que había existido anteriormente una grande y hermosa poesía dramática.

Esto no obstante, el mundo literario tenía reminiscencias de la antigüedad. Recuerdos de la antigua escena se manifestaron desde el siglo X. Hroswhita, abadesa de Gandersheim, mujer de una gran hermosura, compuso en esta época seis piececillas latinas, cuyo estilo es una evidente imitación de Terencio. Estas piezas, compuestas sobre asuntos religiosos,

fueron representadas, sin duda, por educandas; pero estas obras no pasaron del claustro. No obstante, en la Edad Media, sintiendo la Iglesia la necesidad de atraer más y más á los fieles, añadió juegos escénicos á las ceremonias de su ritual, y así hizo nacer un teatro donde las piezas tomaron el nombre de *Misterios* ó de *Milagros*.

Todos los cultos tienen necesidad de herir la imaginación por el brillo de sus ceremonias. A los religiosos acentos de los himnos latinos acompañados por el órgano y el serpentón, venía á juntarse el resplandor de las luces, las casullas de oro y el deslumbramiento de los atributos divinos. En ciertas fiestas el clero daba á los Oficios un carácter dramático que hacía acudir á las masas, siempre ávidas de espectáculos. En Navidad se festejaba la venida del Salvador; un establo se instalaba en medio de la iglesia, y se hacía al vivo todo lo que el misterio permitía; hasta el asno subía á los altares.

De estas ceremonias litúrgicas nació el drama francés de la Edad Media. La forma viva y dialogada de cierta prosa litúrgica dió nacimiento á los misterios.

Primeramente tuvo lugar la representación en las iglesias; pero desde últimos del siglo XIV se formaron cofradías de artesanos para representarlos en las plazas públicas, y esto duró hasta el 1548, en que un edicto mató el misterio y provocó el renacimiento del Teatro Antiguo.

También el siglo XII, época del desenvolvimiento de la poesía, lo fué de la prosa francesa; pero así como se han conservado muchos fragmentos poéticos, en la prosa apenas si pueden citarse algunos sermones conservados por los amanuenses. Y es que la prosa, expresión razonada y fría del pensamiento, no puede fijarse sino mucho tiempo después de la poesía, lenguaje de la imaginación y del sentimiento.

Los sermones de que hemos hablado son los de San Bernardo y los de Mauricio de Sully.

San Bernardo es de la patria de Bossuet y Lacordaire, borgoñón. Dedicado por su familia á la vida monástica, demostró desde muy temprano un verdadero talento oratorio y una ardiente vocación apostólica. Su influencia política y religiosa en el siglo XII fué considerable. Su elocuencia, poderosa. En las cuestiones de controversia venció desde el punto de vista católico dogmático á su célebre competidor Abelardo, si bien éste le venció desde el punto de vista humano. Aplastó con su palabra, y sobre todo por la autoridad adquirida, la herejía de Arnaldo de Brescia.

Menos célebre que San Bernardo, Mauricio de Sully fué, sin embar-

go, uno de los prelados más elocuentes de la Edad Media; salido de una modesta familia de Sully-sur-Loire, mereció por sus virtudes y su talento ocupar la sede episcopal de París. Terminó la basílica de Notre-Dame y bautizó á Felipe Augusto.

La mayor parte de los grandes monasterios tuvieron también sus crónicas, algunas de las cuales son una fuente histórica. Las más notables son: las *Crónicas del Monje de San Gall,* del siglo IX, y las *Crónicas de San Dionisio.* En el siglo XIII apareció el primer cronista francés, Villehardouín, que describió la cuarta cruzada, de la cual formó parte. La sigue el señor de Joinville, amigo y cronista de San Luis, que escribió los hechos de este rey en su *Histoire des fait et gestes du bon roy Louys,* en un francés que se acerca mucho aún al provenzal.

Froissart redactó unas *Crónicas* de la época de Roberto de Naumur, animadas y vivas, donde lo real se mezcla á lo imaginativo. Son dignas de mencionarse las crónicas escritas por Cristina de Pisano con el título de *Libro de los hechos y buenas costumbres de Carlos V.*

Pero sobre todos ellos brilla Felipe de Commines. Nació en el pueblo de donde toma su nombre, en las cercanías de Lilla, el año de 1445. Aún muy joven entró al servicio del duque de Charolais. Talento fino y burlón, observador perspicaz, vió desde los primeros golpes entre Luis XI y Carlos *el Temerario* la inmensa ventaja que el primero llevaba al segundo. Así pues, sin vacilación de ninguna clase pasó, en 1472, al servicio de Luis XI y se convirtió en el indispensable compañero del rey en Plessis-les-Tours.

Después de la muerte del rey de Francia, Commines fué despojado de sus bienes y probó á qué sabían las jaulas de hierro de su tétrico soberano; pero hábil é ingenioso, supo recobrar la libertad.

Reinando Carlos VIII volvió á ocupar un puesto en la corte, perdiéndolo definitivamente al advenimiento de Luis XII, desde cuyo momento se ocupó en la redacción de los hechos de que había sido testigo. Las *Memorias de Commines* inauguran en Francia la historia política. El libro está escrito con estilo sencillo y claro, y no contentándose con narrar los hechos, comenta los actos, añadiendo la filosofía de la historia.

CAPITULO V

PROVENZA-LANGÜEDOC Y CATALUÑA

DECADENCIA DE LAS CANCIONES DE GESTAS. LOS ROMANCES DE AVENTURAS.—EL AMOR Y LA MUJER.—PRINCIPIOS DE LA LITERATURA PROVENZAL.—TROVADORES. LAS LETRAS EN CATALUÑA.

Antes de entrar á historiar la literatura catalano-provenzal nos remontaremos al fin de la época Carlovingia para ver la corriente que la determinara, concurriendo con el genio latino de la raza.

Los romances de la tabla redonda vinieron á revelar la vida de los bosques, las aventuras misteriosas, la imaginación impulsando á los héroes hacia lo desconocido, penetrado todo ello de un sentimiento íntimo, pero inocente, de la Naturaleza. Este prodigio se manifiesta ya á partir de aquí, y empiezan las leyendas y las tradiciones fabulosas en que impera lo maravilloso. Insensiblemente las canciones de gestas ceden el terreno á las descripciones brillantes de aventuras extraordinarias. Los bravos compañeros de Carlos Martel, de Pepino, de Carlomagno, Juan Garín, Guillermo de Orange, Otger, Roldán y otros, abrieron paso á Merlín, el encantador hijo de un silfo y de una vestal, al lánguido Lancelote del Lago, al fatal Tristán, al voluptuoso Gauvín. Las violentas y feroces heroínas de la epopeya primitiva, Ludia, Blancaflor, Guiboine, Oroble, se desvanecieron delante de las tiernas bellezas del ciclo del rey Arthur, Isolda, Genoveva, Euda y Viviana. Tristán é Isolda, sobre todos esos seres simbólicos del bardismo, llegaron á ser los prototipos románticos del Amor. Dentro de poco esa literatura compuesta de elementos heterogéneos, de ideas cristianas y de maravillas orientales, de aventuras germánicas y de tradiciones célticas, se habrá sobrepuesto en los reinos cristianos á la poesía de lucha, á la poesía heroica, propia de cada país y de cada raza. Arthur y Merlín triunfarán, preparando el terreno á los libros de caballería.

La pronta difusión de las leyendas bretonas sumergió el ciclo literario de Carlomagno, cambiando la dirección de los espíritus. La llegada de la Mujer y del Amor desvaneció por completo el antiguo sistema épico. Las

antiguas máquinas poéticas ya apenas fueron empleadas. La espada, el caballo, el traidor, el Sarraceno, ya pasaron á ocupar lugar secundario. A las eternas descripciones de batallas y de combates singulares sucedieron las fantásticas variaciones de la descripción de aventuras. Las inspiraciones se endulzaron, humanizáronse los caracteres. El Amor vino á adquirir una preponderancia en la sociedad y en los acontecimientos, extendiendo su imperio sobre las imaginaciones. Una infinidad de sentimientos nuevos humanos, resurrección no sospechada del genio ario, invadió los espíritus. Y la poesía, que se estaba ya momificando aprisionada en férreas mallas, volvió á florecer al pasar bajo el ardiente sol del Mediodía.

Mientras que en el Norte la lengua de oil se desarrollaba lentamente, su hermana gemela se expansionaba brillante y coloreada por el sol del Mediodía. No es posible fijar la época del nacimiento de la literatura provenzal, pues faltan datos; pero todo hace creer que data desde mediados del siglo IX. Su formación tiene lugar desde entonces hasta 1080, y brilla con todo su esplendor durante más de dos siglos, de 1080 á 1350. En esta época los trovadores produjeron con abundancia. El amor, la guerra, las sátiras contra las costumbres, tales eran los asuntos; y si se les puede reprochar cierta futilidad, se ha de reconocer que expresan también acciones, sentimientos é ideas caballerescas. Como los caballeros (y casi todos lo eran), los trovadores tenían el culto de la mujer. Los trovadores se consideraban al igual de los caballeros; su lira estaba blasonada con bastante frecuencia; Guillermo IX era conde de Poitiers, y entre los 350 trovadores conocidos se encuentran varias testas coronadas: Ricardo Corazón de León, Pedro II y Alfonso II de Aragón. Los más nobles señores tenían á gloria saber rimar una canción amorosa. Es preciso no confundir al trovador con el *juglar,* especie de recitador de canciones que él no compone, con frecuencia retribuído por el gran señor poeta.

Como en los primitivos tiempos griegos, casi todos las poesías provenzales de aquella época se componían para el canto; el poeta creaba al propio tiempo verso y música. Se celebraban *cortes de amor* presididas por nobles y hermosas damas, donde se entablaban luchas poéticas, y cuando el objeto no versaba sino sobre discusiones literarias, tomaba el nombre de academia del *Gay Saber* ó de la *Gaya Ciencia.*

Las poesías del *Gay Saber* pueden clasificarse en dos grandes géneros: *Cantos de amor* y *Sirventés.* Los trovadores cantan el amor en las *baladas* y *rondas;* discuten en las *tensons.*

La poesía *sirventés* comprende todas las poesías que no tratan de amor. La palabra *sirvente* significa el servidor del ideal del caballero.

Los asuntos, como se ve, eran poco variados, pero los poetas rivaliza-

ban en genio para encontrar rimas nuevas. La musa de los trovadores tenía de tiempo en tiempo notas viriles, que recordaban los buenos tiempos griegos. Además de las líricas, la lengua de oc, tuvo también otras obras. No se encuentran entre ellas sino una ó dos que sean dramáticas, pero sí algunas epopeyas, como *Gerardo de Rosellón, Fierabrás, el romance del Flamenco*, y la *Cançó de lo Cruzado* de Guillermo de Tudela. Produjo también un rudimento de historia en la *Crónica de los Albigenses*. Los cuentistas tomaban el nombre de *Noveleros* y escribían poesías descriptivas que no se cantaban. En fin, había trovadores que recopilaban en poemas enciclopédicos todo cuanto se sabía en materia de ciencias y artes. Estos poemas se llamaban *Tesoros*.

La dinastía de Barcelona y la raza catalana (la misma que la del Languedoc y la Provenza) constituían lo que se llamó en plena Edad Media la Corona de Aragón. Era esta una pequeña federación de pequeños Estados que á su vez tenían su gobierno local como las repúblicas municipales de Italia. Esta federación se extendía muy adentro de lo que hoy día forma la nación francesa. La Provenza con Marsella, Tolosa y el Rosellón, Cataluña, Aragón, y después Valencia y Alicante, las Baleares y Cerdeña, formaban dicha gran federación, bajo la presidencia de los Condes de Barcelona, con una lengua única, una de las primeras y más perfectas en su formación de entre las neo-latinas. Extendía sus dominios dicho gran Estado hasta Italia, en los reinos de Sicilia y de Nápoles, hasta Bizancio y el antiguo Oriente y también hasta las costas africanas. Los reyes de Aragón y los Condes de Barcelona no lo eran por derecho propio; éranlo tan sólo en virtud de un juramento que constituía la sanción del pacto entre ellos y su pueblo. Su derecho á la corona duraba lo que su respeto á las leyes y á las libertades públicas y privadas. Acogíanse á dichos Estados los sabios y los poetas y toda clase de gentes superiores, sin distinción de nacionalidad ni de creencias; hasta los que no profesaban religión alguna estaban en su pleno derecho en ellos y podían expresar libremente sus ideas.

Las huestes de Mahoma, echadas muy pronto al otro lado del Ebro, nada podían en contra de los Estados cisibéricos. Así es que bien pronto se desarrolló en ellos la primera cultura propiamente tal, cultura que en breve trascendió á los demás países europeos.

La lengua que se hablaba en la Marca Catalánica, en Provenza y en todo el Mediodía de Francia era una transformación de la *lengua rústica* romana, lengua conocida por lengua de *oc*, y especialmente en unas co-

marcas denominada *Provenzal* y en otras *Catalán ó Lemosín* (1). Aunque con variante, en el fondo siempre era idéntica, siempre tenía las mismas reglas principales de construcción gramatical y el mismo género en todas sus literaturas. En el siglo XII, época de su mayor esplendor, sus trovadores la inmortalizaban en sus cantos, del Loira á Valencia. Su florecimiento admiró á todos los reyes cristianos.

Encuéntrase ya en tiempo de Ramón Berenguer II y últimos del siglo XI un poeta barcelonés llamado Ricolf, que escribió, á lo que parece, más que en romance catalán, en latín bárbaro. Pero pronto aparecen juglares que cantan ya en la lengua de *oc* de este lado para acá de los Pirineos. Varios asisten al casamiento de Ramón Berenguer IV, y cuando dicho conde trata de libertar á la Emperatriz de Alemania, un *juglaret*, según cuenta la leyenda, le sirve de mensajero y de intermediario. Acuden luego á Cataluña juglares de otros países para instruirse, y cantan las glorias de los caballeros del condado. Pronto cada poeta tiene un trovador natural, á la vez poeta y cronista, y se distinguen Guillermo del Bergadán, Grau de Cabrera y Arnau el Ripolhés. Los primeros reyes de Aragón los protegen hasta el punto de imponerlos en los casamientos y fiestas de sus súbditos, así cristianos como judíos. Ramón de Pratz Montanier compone tonos ensalzando hechos de armas. Hugo de Mataplana y Reculaire tenzona sobre asuntos de guerra. Jaime II prohibe los regalos que los ciudadanos hacen á los juglares y á las juglaresas por lo excesivos, y permite sólo á los nobles darles cuanto les plazca, llevarlos consigo en las expediciones, mantenerlos en sus castillos. Fibert de Yosa, al servicio de Federico de Sicilia, emplea un trovador como emisario para retar con un mensaje en verso al enemigo fugitivo; ¡tanto apogeo adquirieron en Cataluña las letras en un período en que casi todo el resto de Europa estaba aún sumido en la barbarie!

Pronto los trovadores catalanes solemnizan las coronaciones de los príncipes, lo mismo del país que de otras regiones, y hasta los propios

(1) La lengua hablada en Cataluña, Mallorca, Valencia, Alicante, Provenza, Tolosa y todo el Mediodía de Francia hasta el Loira y el Ródano, y aun en los Estados italianos del Norte, como Génova y la Lombardía, era la misma. Llamóse primitivamente *provenzal* por haberla adoptado los habitantes de la antigua *provincia* romana, y se generalizó dicha denominación como sinónima de meridional, en tiempo de las cruzadas. El trovador Vidal de Besalú le dió el nombre de *lemosín* por haber cantado en ella Bertrán del Born y G. de Berncil, y ser hijos ambos de Limoges. Llama luego Dante *i lemosi* á del Born y á Vidal, y después pasa dicha denominación á ser empleada impropiamente por todos los escritores de lengua castellana. Más propiamente se empleó el de lengua de *oc*, pues era simplemente la *lingua rústica romana* ligeramente modificada, cuyo adverbio afirmativo era la partícula *oc*. Por fin llamósela también *Catalá* ó *Románs Catalanesch* por ser lengua hablada y escrita por los trovadores y cronistas catalanes. A nuestro entender la verdadera denominación genérica es la de lengua de *oc* por basarse más bien en la propia lengua que en una comarca determinada en que se hablara.

reyes trovan y componen con una inspiración de la Naturaleza cual los antiguos, con un vigor y una concisión esculturales. Cantan hazañas de otros monarcas en lengua de *oil* cuando conviene. Narran las propias ó ensalzan el sentimiento de la amistad, «noble como el amor, más que éste desinteresado.» De Ramón Berenguer IV á Pedro III muchos son los vates que florecen: á más de los antes mencionados, Guillermo del Bergadán, Grau de Cabrera y Hugo de Mataplana, el gramático Vidal de Bezalú ó de Bezandún, como le llaman los franceses, y Guillermo de Tudela, el cual habiendo hablado con los beligerantes del Mediodía de Francia, cuenta la heroica expedición de Pedro II en socorro de los albigenses, su muerte en Muret, el sitio de Tolosa, y acaba su poema lamentando el triste fin de aquella guerra tan sangrienta. También el rey D. Pedro II es trovador muy inspirado. Arnaldo *el Catalán* tenzona con Jaime I, y compone estrofas de un sentimiento delicado y de una versificación correcta. Guillermo de Cervera, G. de Mur, Oliver *el Templario*, Cervera de Girona y otros nobles. Distínguese este último por su espíritu liberal, su pensamiento profundo y sus tendencias morales. Combate en favor de la nobleza de la raza obtenida por la herencia, de la del saber obtenida por la propia valía, y declama en contra de la riqueza y protesta de que se dé consideración injusta al que la adquiere, sólo por tenerla.

También Pedro III tenzona con Salvatje, el gran rey contra las *lises francas* que amenazan invadir su territorio, el trovador animándole y prediciéndole el éxito. El rey Fadrique de Sicilia se honra con escribir estrofas. Síguele el conde de Ampurias, á imitación de lo que antes hiciera Berenguer V de Provenza. Guillem de Cabestany, después de asistir á las Navas de Tolosa, con sus trovas á la condesa del Rosellón, da pie á la leyenda más trágica que hayan oído los siglos. Y por fin Raimundo Lull también escribe rimas; pero sus poesías, compuestas la mayor parte en su juventud, no igualan ni con mucho á sus obras filosóficas.

Hemos llegado á la época del esplendor de la poesía catalana, al reinado del gran Pedro III, el protector de ciencias y artes, enemigo jurado del Papa de Roma; el que hizo la guerra al catolicismo, en nombre de Cristo; el que combatió por todas partes al francés, soldado del Papado en aquel siglo, y al bárbaro levantino, continua amenaza del Mediterráneo.

Cuando los Bárbaros cruzados al mando de Montfort destruyeron la civilización del Mediodía de Francia, refugiáronse en Cataluña, como hemos ya indicado, á la par que poetas, sabios y filósofos. La libertad de pensar que daban los Condes de Barcelona les ofrecían garantías de seguridad y apoyo. Así en Cataluña y en sus dominios la cultura llegó á tal grado, que todos los que en Europa brillaban en las letras ó las ciencias acudían á

sus libres ciudades. En sus costas se inventaba ó se perfeccionaba la brújula. La Universidad de Lérida en pleno siglo XIV abría cátedras de Anatomía, y en Mallorca se formaban atlas sistemáticos de los diversos países del globo entonces conocidos. Si se acabó en el Mediodía de Francia el movimiento de la inteligencia humana, se continuó con nuevo esplendor en Cataluña y Valencia, para no extinguirse hasta la unificación de España por los Reyes Católicos.

La derrota de los Provenzales fué la de la cultura intelectual de la época. Pero su poesía, cual la filosofía antigua, cual todo lo que está inspirado en la Naturaleza, no podía morir. Enterrada en el Mediodía de Francia, resucitó en España. Muerto Pedro II en defensa de los albigenses, éstos no podían menos que entrar en tierra catalana. Algunos de ellos atreviéronse á ir hasta Aragón; pero en sus comarcas, más ó menos cultas, no tuvieron la cordial acogida que en Cataluña. En Zaragoza se les prohibió su Biblia lemosina como un libro de herejías. En el Condado, al contrario, halláronse con su misma lengua, con ligerísimas diferencias en la pronunciación, y luego encontraron allí un monarca como Jaime *el Conquistador*, que les dió altos puestos en sus ejércitos y los llevó consigo á las conquistas de las Baleares y de Valencia, y escritores como Muntaner y Lull que les apoyaron y protegieron. Barcelona, que tenía una corte de poetas, vió llegar con gusto á los emigrados. Y pronto los Catalanes justaron con ellos en tenzones y *serventesios, lays y virolays* de un sentimiento incomparable.

Cuando en Tolosa, muerto Monfort y pasada la cruel guerra, quisieron restablecer los Juegos Florales, los Catalanes fueron los primeros en acudir al llamamiento. Raimundo Vidal ganó la violeta de oro y fué proclamado doctor en *Gaya ciencia*. En 1390 Barcelona nombraba ya su consistorio y las damás ofrecían sus mejores joyas, y su amor, algunas, á los que mejor trovaran. En 1428, Febrer traducía la *Divina Comedia*. Pronto surgía un gran poeta de una sensibilidad moral exquisita, de una imaginación de fuego que petrarquizaba á la misma altura de Petrarca, Ausias March, cuyas rimas recuerdan los mejores poetas amatorios antiguos; y florecían tantos y tan inspirados vates, que jamás se ha visto corte alguna que como la de Barcelona reuniera tantas poesías en menos de medio siglo. Su cancionero fué el más numeroso y tan sentido como el mejor de los que llevan este nombre (1).

(1) Este es conocido bajo el nombre de «Cançoner d'Amor» y se halla en la *Biblioteca Nacional* de París. Contiene las poesías de Abella (P. de), Avinyó (Mossén), Bellviure (Pau de), Boter (Ramón), Cardona (Mossén Romón de), Corella, presbítero (Mossén Bartomeu), Despuig (Mossén P. de), Estanya (Mossén), Tarner (Francesch), Ferruix (Gabriel), Figueres, Fogaçot (Johan), García (Martí), Gralla (Mosén Martí), Guerau (Francí), Guiot (Dionís),

Hemos dicho que Ausias March petrarquizaba y es la verdad. Una influencia italiana vino á unirse á la provenzal en Cataluña, y él la sintetizó.

Desde que Pedro III y los Catalanes habían libertado á los Sicilianos en las célebres Vísperas, la Sicilia había tenido relaciones frecuentísimas con las costas del Este de España. Luego se multiplicaron al tener por rey á Alfonso de Aragón. Ya antes los monarcas de la casa de Barcelona mandaban estudiantes á las aulas de Bolonia, y aun profesores, correspondiendo los Italianos de igual manera. La Universidad de Barcelona llegó á tener 300 estudiantes Lombardos y Genoveses. El Dante escribió en catalán.

Pero al llegar el reinado de Juan II *el Amador de la gentileza,* los poetas de lengua toscana y los Catalanes consideráronse como hermanos, un mismo espíritu de amor á la Naturaleza, de renacimiento de lo antiguo les inspiró, y sus composiciones circularon indistintamente en ambos países en la lengua en que fueron escritas ó traducidas del toscano al catalán ó del catalán al toscano.

Del reinado de Pedro III al de D. Martín *el Humano,* el último rey de sangre lemosina, larga es la lista de los poetas notables que florecieron cantando en lengua catalana. Hemos citado ya al mismo Pedro *el Grande.* Vamos ahora á pasar revista á toda la pléyade del siglo de Ausias March, más ó menos influído ya por la poesía toscana. Los primeros son Mossén Jaume March, que responde al vizconde de Rocaberti sobre el pleito del Verano y del Invierno; Pedro March, que verifica proverbios de una gran moralidad, y Llorenz Mallol, el cual se distingue por sus poesías religiosas. También trovan las damas, y una alta señora compone un *lay apasionado,* digno de Jorge Manrique, á la muerte del que ella llamó «mi dulce amigo» *(mon dols amich),* en el cual campean una viva imaginación de primer orden y un sentimiento profundo. Domingo Moscó escribe unas *retgles d'amor y'l parlament d'un home y d'una fembra,* á instancias de doña Carrossa, dama del rey D. Juan; y luego representa él mismo, cual otro Shakespeare, en el palacio real de Valencia la célebre tragedia *L'home enamorat é la fembra satisfeta.*

Muchos poetas desconocidos escriben sátiras, loas y proverbios, como

---

Jordi de Sant Jordi (Mossén), March (Arnau), March (Mossén Ausias), March (Mossén Jaume), March (Mossén Pere), Masdovelles (Mossén), Masdovelles (Johan Berenguer de), Masdovelles (Mossén Berenguer), Masdovelles (Pere Johan de), Metje (Mestre Ferrando), Navarro (Mossén), Oliver (Mestre Francesch), Pastor (Simón), Pestrana (En), Queralt (Mossén Pere de), Ramis (En), Requesséns (Mossén Lluis de), Rocaberti (Fra Hug Bernat de), Comenador de Fambra Roquefort (Johan), Serra (Mossén Bernat), Seselles (Blay), Sors (Mossén Leonard de), Torroella (Pere), Trasfort (Notari), Vallmanya (Antoni, notari), Verdú Mossén), Vilagut (Fra), Vilarrasa (Lluis de), y siguen 25 anónimos.

el *Llibre de les tres coses,* en los cuales campean la franqueza y el naturalismo más absoluto (1).

Fray Anselmo Turmeda, poeta, crítico y filósofo, franciscano primero y musulmán después, célebre por sus consejos, conocido por *Lo Fra Anselm,* preludia la Reforma en una obra titulada *La Disputació del Ase* (2), por el estilo de las que Ulrico de Hutten y Erasmo de Rotterdam dieron á luz cerca de siglo y medio más tarde. *Nostra dona* parafrasea en verso el Evangelio de San Juan. Arnaldo d'Erill escribe entusiastas cantos guerreros. Mossén Jordi de Sant Jordi, caballero valenciano, á la vez músico y poeta, compone canciones de amor, lo mismo que sátiras violentas. Surgen otros trovadores de los cuales quedan pocas obras, entre los que se hace notar Francisco Lavia por su prosa amatoria de un gran sensualismo anacreóntico. El caballero Luis de Vilomara, amigo de la reina de Aragón D.ª María, escribe cinco baladas, tan melancólicas en el fondo como artificiosas en la forma. Andrés Febrer traduce la *Divina Comedia* del Dante en tercetos catalanes del mismo metro á la altura del propio original toscano, como ya hemos indicado, y escribe varios *lays* de un sentimentalismo lánguido. Ausias March, el gran poeta del amor, es el jefe de esta escuela. Resucitando la tendencia mística, inspirándose en la Naturaleza directamente, expresando sus pasiones tal cual las siente, compone infinidad de poesías de un fuego, de una imaginación y de un realismo que envidiarían hoy los mejores vates de nuestra época. A partir de aquí y bajo el renacimiento que se aproximaba, surgen un sin fin de escritores más artificiosos que geniales.

Forman excepción: un poeta anónimo que compone una sentida *complanta* á la toma de Constantinopla, en la cual da el grito de alarma el rey de Aragón, conjura á los Catalanes para que armen sus galeras, y profetiza la derrota que el Turco más tarde sufriera en Lepanto; Mossén Torroella, poeta amatorio (3), que compone danzas; Jaume Roig de Valen-

(1) Este curioso libro, de autor anónimo, hecho por encargo (á lo que el autor cuenta) del rey de Aragón, es una especie de colección de aforismos, en los cuales se hace una crítica bastante realista de la sociedad de su tiempo.

Algunos de dichos consejos hoy no podrían circular á causa de su indecencia. El original está en la Biblioteca de Carpentas. D. E. Morel Fatio publicó sobre él un curioso estudio en la *Rev. des Langues romanes.*

(2) El único ejemplar que conocemos está en la Biblioteca de París. En él se hace una crítica severísima de las costumbres del clero, se ataca á las instituciones monásticas, la justicia eclesiástica y la confesión, poniéndose en tela de juicio varios dogmas.

(3) La danza de Mossén Torroella al Comanador Rocaberti Castellá d'Amposta empieza así:

«*Pus no'm consent speransa*
fi de mos mals esperar
d'asó que n's pot cobrar
lo remey es oblidansa.»

cia, célebre por su *Llibre de les dones*, en el cual se pintan todos los defectos femeninos con un realismo feroz, no perdonando ni á su propia madre; y el célebre Juan Boscá, que adquiere renombre escribiendo á un tiempo en catalán, en castellano y en italiano, al tiempo que Carideu lo hacía exclusivamente casi en italiano.

Y no sólo fué la poesía la que en lengua catalana floreciera en los dominios de los reyes de Aragón; en ellos las Ciencias, la Filosofía y la Historia alcanzaron también gran altura.

Raimundo Lull, Muntaner, el rey D. Jaime I, Arnaldo de Vilanova, Eximenis, Rupascissa y otros muchos dieron á conocer la prosa catalana por todo el mundo entonces civilizado. Así es que ésta, al igual que el verso, tomó un desarrollo nunca visto después de la antigüedad clásica. En Barcelona traducíanse los libros hebreos y árabes; y aun los griegos antes de que empezara el Renacimiento en Italia.

CAPITULO VI

CASTILLA

PRINCIPIOS DE LA LITERATURA CASTELLANA.—ALFONSO EL SABIO. SU PROTECCIÓN Á LAS LETRAS LEMOSINAS. INFLUENCIA DE ÉSTAS EN EL CASTELLANO. LAS LETRAS EN TIEMPO DE JUAN II HASTA LOS REYES CATÓLICOS.

En tanto, Castilla y León estaban bien atrasadas como civilización y literatura. En lucha incesante contra los sarracenos, casi sin grandes villas ni puertos de mar, ni comunicaciones con el resto de Europa, siempre con el pie en el estribo y el casco en la cabeza, eran sólo naciones guerreras más ó menos nómadas, dedicadas únicamente á ensanchar la patria con la punta de la lanza. Los reyes no tenían sitio fijo para sus Cortes; más gobernaban desde su tienda que desde su palacio. Sólo á principios del siglo XIV la literatura empezó á dar sus flores tempranas en el árido suelo castellano. Anteriormente á esta época apenas si se encuentran algunos romances toscos para enardecer en la lucha de la reconquista, ó algunas poesías esencialmente primitivas, como las de Berceo. Pero esos romances, á pesar de su factura como obras de arte, son y serán siempre un modelo ingenuo de literatura nacional castellana, pues sus autores vivieron la epopeya antes de escribirla, y la expresaron tal cual la sintieron, sin preocuparse de la forma. El *Romancero del Cid* marca ya un paso enorme en el camino de la perfección.

Alfonso *el Sabio* quiso organizar y propagar el cultivo de las bellas letras al par que el de las ciencias y las leyes. Propúsose transformar aquella sociedad dura y brutal que le rodeaba en una sociedad culta é inteligente. A este fin hizo unas tablas para dar á conocer en toda Europa los descubrimientos astronómicos de los sabios orientales, fundando al mismo tiempo un observatorio en Toledo, en el cual investigaban los movimientos siderales más de cincuenta astrónomos, la mayor parte de ellos Arabes. Hizo una compilación de todos los derechos de Castilla y León; otra de los diversos derechos municipales, en la cual tendía á corregir por el derecho de la corona la divergencia de los diversos derechos particulares á señores y á villas, y por fin una recopilación del derecho godo, titulada

las *Siete Partidas*. Para mayor inteligencia de todos sus súbditos ordenó que se escribiera una crónica general de España en romance castellano, y asimismo ordenó que se redactaran en dicha lengua, entonces vulgar, los anales de Castilla y aun todos los documentos oficiales. Hizo traducir en castellano y en latín diversas obras escritas en otras lenguas, especialmente las árabes de la escuela aristotélica de Córdoba. Averroes fué extensamente comentado por Gonzalvo y sus discípulos.

Pero todo eso era demasiado para la masa de aquel pueblo. Casi todos los grandes señores se sublevaron contra el sabio monarca, y hasta su propio hijo, que no era más que un soldado ignorante y brutal, se puso al frente de ellos para destronarle.



Medalla de Alfonso X el Sabio

A pesar de esto, los esfuerzos de Alfonso no fueron inútiles, la literatura modificóse y tomó galanura al contacto de la poesía árabe. A los antiguos Romances que sólo cantaban las gestas de los campeones en estrofas tan ingenuas como monótonas, sucedieron poesías amorosas, trovas galantes á lo oriental, llenas de fuego en la inspiración y de delicadeza en los conceptos.

Pronto la influencia lemosina se dejó sentir en rimas en que se celebraba la fe del caballero para con su dama, y el amor apasionado hasta lo imposible. De la compenetración de ambas tendencias desarrollóse el gusto por lo fabuloso y lo extraordinario. Glosáronse mil excursiones ideales en busca de maravillas. Las gestas más imposibles cantáronse en cien romances. La poesía evolucionó por completo. El cancionero de Baena ya en nada se parece al romancero del Cid.

De este movimiento literario nació un Bocaccio aquí antes que en Italia: D. Juan Manuel, escritor de sangre real, sobrino del rey Sabio, el cual, á pesar de guerrear durante treinta años sin ser jamás derrotado, tuvo tiempo para escribir doce libros, y en ellos dar carácter á la prosa castellana. Su conde Lucanor es un caballero preocupado por varias cuestiones de moral ó de política, á las que da solución su consejero Patranio por medio de cuentos, anécdotas, fábulas ó apólogos llamados ejemplos, los cuales terminan con una moraleja en verso.

A D. Juan Manuel sigue el Arcipreste de Hita, el cual escribe una colección de siete mil versos de diez y seis metros distintos, especie de enciclopedia abigarrada de cuentos, aventuras, galanteos, alegorías, ejemplos morales, escenas licenciosas, homilías, diálogos picarescos, pastorales y de *omnia re scibili*. Parece la obra de un Rabelais incoherente; un Pantagruel descosido y versificado á ratos por un genio de humor desigual.

En esta gran composición extravagante, á la vez libre y devota, figura una *Guerra entre D. Carnaval y D. Amor*, fábulas como las de *El ratón de ciudad y el de campo, La montaña que pare un ratoncillo, Las ranas que piden rey*, unos versos á la Muerte, cantares á la Virgen, disertaciones sobre las armas necesarias al cristiano para vencer á los enemigos del alma, las propiedades de las mujeres y mil cosas más que nada tienen que ver las unas con las otras. Cada uno de estos poemas va encabezado con una plegaria á Dios, incluso los más desvergonzados. No obstante, en D. Juan Ruiz el verso ya es firme, la sátira toma intención, las notas naturales y enérgicas abundan, un realismo de buena ley campea en todas sus descripciones. Su *Trota-conventos,* especie de mensajera entre monjas y frailes, está tomada del natural. Tál vez fué esta creación la que le valió la orden de prenderle que dió el arzobispo de Toledo.

No podemos pasar por alto al célebre rabino Don Santob, que se atrevió á dar consejos al rey D. Pedro *el Cruel,* aquellos consejos tan notables que empiezan:

«Por nascer en espino
No val la rosa, cierto
Menos, ni el buen vino
Por nascer en sarmiento;
Non val el azor menos
Por nascer de mal nido
Nin los ejemplos buenos
Por los decir Judío.»

Mencionaremos al autor de la *Danza general de la Muerte* y al del poema sobre el *Conde Fernán González*. Y en fin, á D. Pedro López de Ayala, que escribe su *Rimado de Palacio,* en verso, sobre los deberes de los príncipes y de los grandes en el gobierno del Estado, obra del género didáctico. Canciller de varios reyes, guerrero y diplomático á la vez, hombre de carácter recto y afable, entusiasta de Tito Livio, al cual traduce, y de Bocaccio, cuyo *Decamerón* lee siempre, tal es el gran cronista, el primer historiador de la Corona de Castilla. En su crónica, al igual que Muntaner, su antecesor en Aragón, también como él guerrero y literato, lo maravilloso desaparece para dar lugar á lo real, los personajes dejan de ser

héroes legendarios para pasar á ser hombres; investiga las causas de los acontecimientos, nos señala sus resultados, y las más grandes acciones, como los actos más crueles, nos los expone con una claridad y sencillez que nos las hace sentir mejor que con mil figuras retóricas. Es un testigo ocular que ve claro y sin inmutarse, y cuenta tal como lo vió lo sucedido.

Hemos hablado de la influencia de la poesía provenzal en la literatura castellana. Vamos á ver cómo se introdujo en la España central, ya que hemos visto cómo se desarrolló en el Este.

No hay duda alguna que la poesía castellana debe su florecimiento en la Edad Media al impulso que la dió la poesía de lengua de oc. La influencia de ésta sobre la literatura de Castilla fué inmensa. Hablándose dicha lengua en el Este de España y el Mediodía de Francia, siendo la época cultivada en todo el Mediterráneo (tanto que el Dante en el siglo XIII, al componer su *Divina Comedia*, dudó entre si la escribiría en catalán ó en toscano) (1), no podía menos de ser tomada como modelo por los escritores castellanos. Además influyó el hecho político de la emigración de los trovadores provenzales á causa de la persecución de los católicos, algunos de los que fueron recibidos y protegidos por el rey Sabio. No obstante, hacía ya tiempo que en Castilla eran populares muchas canciones provenzales, aun antes de que se escribiera *El libro de los reys d'Orient*, el primero que en lengua castellana se escribió en Castilla, aunque con muchos resabios de la lengua de oc, como se puede ver por su propio título. Frecuentemente los poetas del Lemosín y de Gascuña visitaban las ciudades y las costas de los reyes castellanos; los barones y las damas dábanles hospitalidad franca y acogíanles con grandes muestras de simpatía. Los Catalanes cantaban las gestas de la Reconquista.

A partir del siglo XI y de Guillermo de Poitiers, el primero de los trovadores conocidos, encuéntranse ya poesías provenzales en las llanuras catalanas. Alfonso VII dirígese al trovador Macabríes para que le componga un serventesio capaz de decidir á los barones de la Guiena y del Poitou á levantarse en armas en su auxilio contra los Sarracenos que con tanto esfuerzo combatía, serventesio célebre que empieza:

«*Pax in nomine Domini*
Fes Macabríes lo mos é'l so
Aujatz que di...»

(1) Dante se decidió por los dialectos italianos á causa de ser inteligibles de las mujeres, que eran profanas en las demás lenguas. Dudó entre el bolonés (por deferencia á su maestro Guinicelli, hijo de Bolonia) y el toscano. Por fin se decidió por éste. A su sentir, la lengua de oc, en la cual escribió varios versos, era la más completa y la más dulce.
March Monnier. La Renaissance. De Dante á Luther, cap. I.

el cual fué cantado por mil ministriles ambulantes en las plazas de los pueblos y en los patios de los castillos. Y no habiendo obtenido el resultado apetecido por el noble rey de parte de aquellos apáticos barones, Macabríes compuso otro canto más popular y más atrevido, el cual levantó en armas y llevó á la guerra á todos los soldados y á todos los pecheros, lo mismo de Cataluña y Aragón que de Castilla, con sus condes, sus barones y sus marqueses al frente, confundidos con los delegados por el brazo popular de las ciudades y de las villas.

En esto, Castilla, falta aún de poetas propios, llama á Pere d'Auvernia para que cante en armoniosos y sentidos versos el coronamiento de Sancho III. El célebre Bertrán del Born solicita con enérgicas estrofas á su amigo el rey D. Alfonso VIII el que intervenga en las guerras de Provenza para libertarla. Fulquet de Marsella llora en rimas que conmueven la derrota de las valerosas tropas castellanas en Alarcos. Giral de Calansó escribe una elegía que raya en lo sublime á la muerte del rey D. Fernando. *En Gavaudas*, titulado el *Viejo*, profetiza cual nuevo Isaías la victoria de las tropas fieles, la nueva gloria de España que él ya ve lucir en el cielo, y la derrota *per in eternum* del Islam y de sus huestes en la célebre jornada de las Navas, en la cual toma parte como soldado al lado de los Catalanes, haciéndose notar por su valor al asaltar el campo moro tras las huestes de Navarra. Aymerich de Pegilha, en trovas, más tarde inmortalizado por Petrarca, rima el dulce recuerdo de su estancia en las comarcas castellanas. En Pere Vidal es el primero que canta la futura unidad de España, exhortando en magníficas estrofas á los cuatro monarcas de la península á unirse, á confederarse y á marchar de acuerdo para echar de nuestro suelo al Sarraceno. Rimbaudo de Vaqueiras escribe en lengua gallega, para hacerse comprender del pueblo, los primeros versos que de dicha lengua se conocen. Los trovadores lemosines abundan en la corte de San Fernando. Los Provenzales llenan el palacio del rey Sabio; éste los admite en los grandes Consejos, cólmalos de honores, tiene continuamente *tensones* con ellos sobre motivos de galantería, y después de la caída de Tolosa acoge espléndidamente á los que van á su corte á refugiarse, huyendo de las bárbaras persecuciones de la Inquisición y de los Cruzados.

A partir de aquí, una nueva patria se abre en Castilla á todos los poetas lemosines, tolosanos, catalanes ó provenzales que cantan en la armoniosa lengua de oc. Guillén de Bergadá florece en tierra de Castilla. Elías Cairel alaba las caballerescas hazañas del rey de León. Guillén d'Ademar canta sus amores con una dama castellana á la cual diviniza. Hugues de Lescure obtiene un gran empleo en la corte. Guillén de Montagut, el antiguo ministro del conde de Tolosa, el que preparó toda la

resistencia del *Languedoc* y de la Provenza contra los ejércitos de Montfort, es el amigo que mayor intimidad tiene con D. Alfonso X, y de acuerdo con él madura los planes políticos que el ilustre monarca debía más tarde poner en planta. Savaric de Manleón y otros poetas amigos suyos asombran á la corte castellana por su lujo, su elegancia y su cortesía. En Pere Wilhem escribe en ella una novela realista, intitulada *El celoso castigado*, para diversión y solaz de la reina y sus damas; y por galantería deja su propio nombre para adoptar el de su querida D.ª Sancha. Otro trovador, En Pere de Foix, se da á sí propio el apodo de *el Espanyol*, en prueba de agradecimiento al país que con tanta esplendidez le ha recibido; y por fin Bonifacio Calvo llega á ser el favorito del rey Sabio, intima con una princesa de sangre real, ayuda á dicho monarca á redactar sus cántigas y le imbuye la idea de que proteja abiertamente la literatura de lengua de oc creándole en la corte de Castilla un nuevo centro de cultura y de esplendor.

Así no es de extrañar que los poetas castellanos que nacían al impulso da la musa lemosina escribieran sus estrofas, no sólo con giros iguales ó semejantes á la de los Catalanes y Provenzales, sino también con muchas expresiones idénticas. De tal manera pasaron á la lengua castellana una infinidad de vocablos de esta antigua lengua tan literaria y tan expresiva, hablada desde el Ródano á los confines del reino de Granada (1). No hay más que leer las obras del rey D. Alfonso *el Sabio*, las del Arcipreste de Hita, las del rabino Don Santob y todas las poesías comprendidas en el *Cancionero de Baena*, para convencerse de que los primeros poetas castellanos tomaron prestado á los trovadores, no sólo la forma, sino también la manera de sentir.

Así crece la literatura castellana y progresa hasta el reinado de don Juan II. Este rey de Castilla continúa la tradición que le legara el rey Sabio, dando á principios del siglo xv una protección decidida á las letras, y el palacio conviértese en una verdadera Academia. Las fiestas literarias, puestas en boga dos siglos antes por los trovadores catalanes y provenzales, vienen á ser fiestas comunes en la corte. Castilla reproduce en todo su esplendor los Juegos Florales de Tolosa y Barcelona. Juan de Mena, el marqués de Santillana D. Enrique de Villena, influídos por el Dante, por Petrarca y aun por Bocaccio, preludian el renacimiento de la antigüedad clásica. El señor de Villena es precisamente el que más contribuye á la resurrección de la belleza antigua. Con estilo natural y claro traduce obras de Latinos y Griegos y compone otras originales, siguiendo las

(1) Víctor Balaguer ha notado más de 300 sólo hojeando el Diccionario actual de la Academia.

huellas de éstos. Por lo que á sus escritos científicos se refiere, no se tiene de ellos noticias más que por referencias de autores contemporáneos suyos, pues según nos cuenta el Bachiller de Ciudad Real, fueron quemados por el imbécil fray Barrientos, después de su muerte, cual si fueran horribles tratados de Magia y de Nigromancia. ¡Pobre infante de Aragón! ¡Quiso adelantarse á su siglo en medio de un país dominado por el clero católico, y tuvo que ser sacrificado como todos los innovadores!

Surge, por fin, el célebre Jorge Manrique, autor de aquellos versos nunca bien ponderados á la muerte de su padre, en los cuales la sencillez de la forma va unida á la profundidad de las ideas y del sentimiento.

Termina el siglo con la unión de todos los reinos de España, gracias al matrimonio de Fernando de Aragón y de Isabel de Castilla, los cuales conquistaron por medio de sus capitanes, de sus súbditos y del dinero de sus pueblos el reino moro de Granada. Después de la expulsión de los últimos Sarracenos, y por causas políticas que no es del caso aquí investigar, el pueblo castellano predominó sobre las demás provincias; los Catalanes y Aragoneses se contentaron con ceder sus colores á la bandera nacional. Al ver dos de sus cuatro barras de sangre sobre fondo oro ondear por los aires, quedáronse satisfechos y dejaron á la raza castellana más absolutista, más religiosa, más pobre, pero más guerrera, que se lanzara por el mundo, cual héroe en el que la personificó después Cervantes, á conquistar gloria y tierra para el poder real y para la Iglesia, almas para el Cristo.

CAPITULO VII

ALEMANIA É ITALIA

ASPECTO GENERAL DE EUROPA Á FINES DEL SIGLO XIII.—ALEMANIA MINNESŒNGER.—SIGLO XIV. DANTE, PETRARCA, BOCACCIO

Durante el siglo XIII efectúase en toda Europa un trabajo de preparación para la gran aparición de las literaturas nacionales. Las lenguas vivas toman fuerza y consistencia. El Anglo-Sajón aún no se ha emancipado del Normando. Los Normandos, al apropiarse la Isla Británica como un gran feudo, habían impuesto á los vencidos hasta la *parleure*, que habían traído de Francia. Pero los dos idiomas fueron confundiéndose, y el Anglo-Sajón pronto aparece fijado, tal como será luego, en Chaucer.

En esto los progresos del *alto alemán*, ó sea del viejo gótico, durante la manifestación más brillante del período suabo, muestran á la vez la transformación del gusto, de las ideas y del lenguaje en la patria de los *Minnesœnger*. En Italia va á imponerse la lengua Toscana, esencialmente literaria, hermana de ese lemosín ó *romanç catalanesch* tan artístico y tan enérgico para expresar todas las manifestaciones del pensar y del sentir. Castilla emplea aún su Fabla para traducir sus sentimientos bélicos, sus tendencias nobles y elevadas, sus impulsos generosos. A esta época remontan también los primitivos documentos daneses.

El Sueco debuta por ensayos de romances caballerescos. Y los Eslavo-Rusos continúan reproduciendo las inspiraciones litúrgicas que reciben de Bizancio, hasta que la invasión mogólica las trunca, y con ellas el desarrollo del intelecto Eslavo. Francia ha avanzado. El Mediodía ha perdido su influencia literaria, pero la ha ganado el Norte. La provenzal ha pasado á Cataluña, á Mallorca, á Valencia de un lado, y de otro á Italia. Desde Aviñón y de Provenza los Italianos, como Petrarca, preparan su Renacimiento. La lengua franca se extiende á Chipre, á Siria, á Armenia, á Constantinopla, á Atenas y á Nápoles, llegando hasta Hungría, y con la lengua franca, ó mejor en contraposición con ella, aventajándola y dominándola, se extiende en el Mediterráneo el romance catalán, llevado con

sus poetas por las huestes de Aragón, que dominan hasta Oriente. A fines del siglo XIII podíase ir de Barcelona á Bizancio con sólo hablar la misma lengua de los trovadores.

La prosa se formaba en todas las naciones latinas. Se traducía la *Biblia*. Se redactaban Códigos de Mar. Las crónicas latinas, destinadas sólo á los sabios, se encontraban ya relegadas á los conventos y á los archivos por las crónicas nuevas de los escritores populares. Resúmenes del saber antiguo surgían, aunque mezclados aún con fábulas. Se buscaban los libros paganos. Del seno de la Iglesia salían escritores en la forma sabia ó en la popular, tales como Vicente Beauvais, Alberto *el Grande*, Alejandro de Hales, Enrique de Suze, Guillermo de Auvernia, Tomás de Aquino, Buenaventura y el gran Roger Bacón, creando ya en aquel entonces la especulación científica positiva.

Llegan los buenos tiempos de la Escolástica. Aparecen en París atrevidos pensadores que discuten los dogmas, y en Italia comentaristas de la Filosofía aristotélica que siguen á Averroes. La jurisprudencia resucita de un trabajo enciclopédico de las legislaciones romana y gótica. Inocencio III, Gregorio IX, Inocencio IV y Bonifacio refunden á imagen de la sociedad las prescripciones del derecho canónico. En las naciones se dibujan los rudimentos de un derecho propio. Los *Grandes Espejos de Suabia y de Sajonia* son las primeras leyes publicadas por Federico II. Los *Establecimientos* de San Luis y los *Asises de Jerusalén*, las importantes recolecciones de Pedro Fontaines, ó de Felipe Beaumanoir, encierran en sus archivos la documentación más preciosa sobre la antigua organización cristiana.

Las ciencias positivas se inician diferenciándose ya de las supersticiones. Roger Bacón, como hemos dicho, concibe el sistema experimental cual nuestros deterministas, y con la observación da la clave para explicar los impenetrables misterios. Las escuelas de Montpeller, de Salerno y de Toledo, herederas de la ciencia griega arabizada, continúan la alta tarea experimental de la Medicina para conservar y prolongar la vida humana. Ya las enfermedades no son un ineludible castigo divino. Sólo son insuficiencias ó alteraciones fisiológicas que hay que reparar y prevenir en muchos casos. La Teología decrece ó vuélvese racionalista. Hasta Tomás de Aquino quiere remontarse por la razón á las causas primeras. Después de las Cruzadas se comparan el Cristianismo, el Islamismo y el Judaísmo, y de su comparación salen todos malparados. Aparece la leyenda del libro *De tribus impostoribus*. En París se consolida la *Universidad*, es decir, la escuela práctica universal del intelecto humano.

En este momento la poesía popular surge brillante en Alemania. Al aparecer los *Minnesœnger*, á los cantos feroces de guerra, á las bárbaras

descripciones del Edda suceden los cantos de amor de estos cantores. La Suabia es su cuna. Sus cantos nacen á la sombra de sus copudos árboles y de sus torres almenadas. «Es el susurro de la paloma que suspira en el nido del águila.» Los rudos varones prestan oído, admirados, á las tiernas cantilenas. De repente la mujer se les revela como en el ciclo de Arthur, con un encanto, con una seducción que ellos no conocen. El corazón se enternece y la imaginación se purifica. El Amor viene á ser para ellos el sentimiento por excelencia. Ya Wolfram de Eschenbach, Godofredo de Estrasburgo, Hartman de El Ave habían revelado mil leyendas de galantería y de piedad á fin de enaltecer la Virtud. Pronto la *Minne,* ó sea el pensamiento amoroso, inflama todos los corazones. Y todo caballero bien nacido se cree con el deber de ofrecer rimas á su dama, en la hora de la partida, ó al volver triunfante del combate. Los Minnesœnger cantan como el agua mana de una fuente; su felicidad está en el canto, y si celebran la dama es, al fin, más que por ella misma, por ser un hermoso motivo de versos y de canciones.

La cosa llegó al punto de que el sentimiento literario era ya signo de nobleza. El plebeyo que rimaba y cantaba era armado caballero. En Alemania repercutían las costumbres de Provenza y de Cataluña.

Italia se preparaba al gran acontecimiento de ver florecer tres genios colosales, el Dante, Petrarca y Bocaccio. En tanto, los hermanos del *Evangelio Eternal* iban propagando la ley del Universal Amor sobre la Tierra, proclamando el reinado del Santo Espíritu y la terminación de la edad del sufrimiento. Y Sicilia veía al dulce San Francisco cantando al pueblo sus himnos extasiadores, con una música inspirada por el Inmenso Amor, por la Divinidad misma, que como un efluvio le llegaba del fondo de la Naturaleza y le hacía unir en estrecha hermandad los pájaros, los peces, las mariposas y las flores con los seres humanos.

En torno de Federico II y de sus hijos, el canciller Pedro de las Viñas escribe entre una verdadera legión de poetas y Palermo viene á ser uno de los primeros centros intelectuales del mundo. Y en toda Europa empieza ya el alba del Renacimiento.

El año 1300 en Roma, el Papa Bonifacio VIII instituyó el jubileo secular, concediendo el perdón de sus pecados á los romanos que durante treinta días, y á los extranjeros que durante quince, visitasen las iglesias de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Dos millones de peregrinos acudieron al llamamiento. Entre ellos figuraban dos florentinos. Uno de ellos, Juan Villani, impresionado por el espectáculo, á su vuelta empezó á es-

cribir sus «Historias florentinas.» El otro era Dante Alighieri. Para facilitar el paso sobre el puente de San Angelo se había dividido á la multitud en dos filas; los que iban á San Pedro marchaban de frente hacia el castillo, y los que volvían, hacia la colina. Dante describe este doble desfile en «el Infierno.» Y escribió su poema, como Juan Villani, bajo la fuerte impresión del jubileo. De todos modos, en literatura, empieza aquí la era moderna.

Hasta entonces, en efecto, no se había conocido más que una potencia moral, la Iglesia, que dirigía el pensamiento, la Ciencia y el Arte. En la Europa entera había impuesto su lenguaje á la Filosofía, á la Historia y aun á la Poesía; en latín fueron escritos los dramas ingenuamente devotos de Roswitha, las tradiciones galaicas recogidas por Geoffroy y de Monmouth, la historia poética de Carlomagno comenzada por el monje de Saint-Gall, la primera versión del *Nibelungenlied*, consignada en el poema de Waltharius. La Iglesia enseñaba hasta las artes liberales; en las escuelas superiores, en los claustros, la Filosofía, esclava de la Teología, se ocupaba, en latín, de lo divino. Gracias á la unidad de lengua y de pensamiento, las universidades de todos los países se transmitían sus maestros y sus alumnos. Tomás de Aquino estudiaba en Colonia bajo Alberto *el Grande* y le seguía á París en donde Alberto dejaba su nombre en la sede de Naubert; Duno-Scoto profesaba á la vez en Oxford, en París y en Colonia. Los filósofos no eran ni franceses, ni italianos, ni ingleses, ni alemanes; tenían por patria la Iglesia y por escuela su orden monástica. Como Santo Tomás era dominicano, los dominicanos se declararon tomistas, y escotistas las franciscanos, porque Duno-Scoto era franciscano. A todo esto el siglo XIII declinaba. La Iglesia había cumplido ya su cometido. No más cruzadas ya desde la muerte de San Luis. Ya no existía Inocencio III, ni Gregorio VIII. Bonifacio VIII, por haber querido imitar la conducta de esos dominadores, fué insultado por un soberano y ultrajado por un simple gentilhombre. Un año después el Padre Santo era abofeteado (así lo cuenta la tradición) en Anagni por un patricio de Roma. En 1309 la Santa Sede confiscada por Roma irá á instalarse en un palacio de Avignón; esta «cautividad de Babilonia,» sin dolor y sin honor, se prolongará aún más de medio siglo. Han pasado Abelardo, Arnaldo de Brescia, los epicúreos, los vaudenses, los albigenses, las primeras protestas de la carne, del espíritu, de la conciencia, pero hasta aquí todos los heterodoxos han sido mártires. La Iglesia, otra vez grande y santa, se debilita, se corrompe, abdica su autoridad moral y hasta renuncia á dirigir los estudios; los monjes dejan enmohecer los libros, la Escolástica cae en polvo y ya no puede sostener la religión; los filósofos del tiempo son Raimundo Lulio

y Guillermo de Occam, los dos contrarios de Roma. La poesía provenzal ya ha perecido de muerte violenta. Las canciones al aliarse con las novelas de aventuras pierden su carácter; el Minnegesang llega á su completo desarrollo en el siglo XIII. El gran éxito de ayer, *el Romance de la Rosa*, alegoría sentimental, se convierte en sátira violenta bajo la tosca y ruda mano de Juan de Meung. Toda la caballería, en fin, la de las iglesias, la de los claustros, la de los campos de batalla, la de los castillos, la de las cortes de amor; en una palabra, la Edad Media, empieza ya á ser caduca; hay necesidad de una transformación, de una renovación, ó más gráficamente, de un Renacimiento. En esto aparece la *Divina Comedia*. De un solo salto, el último de los dialectos neo-latinos, el toscano, pasa de la infancia á la juventud y á la madurez, y se convierte en una lengua definitiva. La *Divina Comedia* es, pues, la primera obra del Renacimiento, y la historia moderna en literatura data del año 1300.

Italia dió la señal, esa Italia que existía antes del Dante. En el siglo XIII, nos encontramos con Brunetto Latini, el enciclopedista; Leonardo de Pisa, el matemático; Marco Polo, el geógrafo; jurisconsultos como Accurre y Pedro de Vignes, artistas como Casella, Nicolás Pisán, Cimabue; la escuela de Derecho de Bolonia y la de Medicina de Salerno atraían á miles de estudiantes. Tomás de Aquino fué el doctor más venerado del siglo. Italia tenía á Roma, capital espiritual del Cristianismo, la Sabia; el latín le era más familiar que á las demás naciones; se la consideraba aún como lengua nacional. Se escribían en latín las enciclopedias, las crónicas, las historias en prosa y en verso, los cantos heroicos; en fin, todo. Los Sicilianos habían inventado, ó importado al menos, el soneto, é imitado las canciones *(cansós)* de los Provenzales; los Boloñeses habían perfeccionado el uno y transformado la otra, fijando la *canzone* italiana. Los Toscanos, por otra parte, habían convertido en literaria la forma popular de la balada; *canzone*, soneto y balada, he aquí lo que hasta entonces había dado la poesía en lengua vulgar. Hasta Dante, antes de la *Divina Comedia*, no se quería que la poesía fuese más lejos y cantaba únicamente el Amor. La primera prosa enteramente italiana que se conoce data de 1231; en esta época, Villehardouin ya había muerto y Joinville nacido. Los autores que renunciaban al latín dudaban entre los diversos dialectos de la península. Dante no aprobaba ninguno, ni siquiera el toscano, y si mostraba alguna indulgencia por el Boloñés, era por deferencia á su maestro Guinicelli. En este tiempo la lengua francesa se extendía. Doscientos años antes París había ya recibido el nombre de Nueva Atenas y se había agrandado para recibir á los estudiantes que acudían de todas partes. Allí se había inventado la Universidad. Desde el siglo XI, en

Inglaterra, se empleaba la lengua francesa en la corte y se arrojaba de su Silla á un prelado que no la conocía. En francés fueron escritos los romances de la Tabla Redonda y las canciones de la reina María. En francés fué abierto un concilio alemán el año 995. En Rusia, en Ungría, en Italia, el francés se conocía casi tan bien como la lengua propia. Las leyendas populares del Mediodía de Francia se apoderaron de Italia. Desde el fin del siglo XII el Montferrato se había convertido en una segunda Provenza; después de la matanza de los Albigenses, los trovadores al huir dieron su lenguaje y su arte á los Italianos, que á su vez también se convirtieron en trovadores. Entre éstos figuraron Alberto Malaspina, Sordel de Mantua y otros muchos. Dante hizo figurar á Sordel en el purgatorio.

Faltaba dar un paso á la poesía de los trovadores para convertirse por completo en italiana: cantar en italiano. Primero se ensayó en Sicilia. En esta isla, colmada de «todos los bienes de Dios,» los Provenzales proscritos encontraron más alegría que entre los rudos castellanos del Norte. Los dos dialectos, el provenzal y el siciliano, lucharon algún tiempo; el siciliano se hizo superior, pero el sentimiento continuó provenzal. Entre los poetas de esta escuela, empezando por el emperador Federico y su canciller Pedro de las Viñas, hasta el notario Jaime de Sentino, no encontramos de siciliano ó de italiano nada más que la lengua; los asuntos, las ideas, las formas mismas de la poesía no han cambiado al pasar los Alpes; es un arte caído en la infancia, y como ha dicho enérgicamente Carducci, ... *é il balbetare infantile della decrepitezza*. Durante este ejercicio laborioso de adaptación, el dialecto se forjó, se afinó, enriqueciéndose en contornos y en vocablos extranjeros; estas obras ya literarias se extendieron por Italia, y debían, si no provocar, al menos secundar la formación de la lengua. Bien pronto una escuela de trovadores Toscanos que seguían á los Sicilianos clamaron contra los innovadores. Dante Maiano fué el más obstinado de los estacionarios. Pero todo fué en vano, y poco más tarde el gran Dante debía dar á la lengua italiana su más completo desarrollo.

No obstante, hubo en Italia, y particularmente en Toscana, poetas populares sin pretensiones, que no se inquietaban por las cuestiones que conmovían á los demás poetas. Uno de ellos, Cecco Angiolieri, hubiese brillado más á no vivir tan cerca del Dante. Él decía de éste:

«Ch'io sono il pungiglione, e tu se'il bue.»

Cecco fué un desgraciado, muy bufón, muy libertino y sin más amor que la taberna y la mujer. Estuvo enamorado de una zapatera que le desdeñaba y á quien dedicó sus más apasionados versos, más desgarradores

que jamás los obtuvieron Beatriz y Laura. Muchas veces se lamentaba de su suerte, de sus tristezas, y otras, no obstante, con una risa amarga ó bien con un pesimismo burlesco, anunciaba de lejos á Scarron con sus sarcasmos.

El Dante, que reprochaba á Cecco de amar á una zapatera, no quiso ser un poeta callejero: buscaba la «lengua áulica» y empezó por seguir á Sordel. Sus primeros versos fueron los de un Provenzal y de un estudiante á un tiempo, enamorado y culto. Sobre los amores del poeta tenemos dos documentos, la *Vita nuova*, que escribió él mismo y publicó sin duda antes del 1300, y la *Vida de Dante*, por Bocaccio.



Dante Alighieri

Dante se enamoró á los nueve años y la dama de sus pensamientos tenía ocho. Dante describió la primera vez que vió á su amor en *Vita nuova*, en términos poéticos y altisonantes, desbordándose en magníficos versos. Bocaccio, más humano, más preciso y menos extático, se limitó á decir las cosas tal como habían pasado.

Dante amó como un loco á Beatriz, como aman las almas grandes, pero le pasó lo de la antigua leyenda de los hijos de Dios que se enamoraron de las hijas de los hombres. Era demasiado superior para ella, y ella no le comprendió. No era digna de él. Un día llegó Dante tras larga ausencia y ella rehusó verle. Luego se casó (1287) con Simón de Bardi, un obscuro notario. No obstante, Dante continuó amándola, y á ella dedicó todos sus escritos. Ella informa su *Vita nuova*, ella inspira un gran soneto suyo y aquella célebre *canzone* en la cual recuerda estas palabras de Jeremías: «*Quomodo sedet sola civitas plena populo! Facta est quasi vidua domina gentium!*» Y al decir esto, Beatriz moría.

¿Era Beatriz una mujer ideal? Tal como Dante la vió sí; tal como ella resulta de la Historia era una imbécil, que no supo sentir lo que valía su enamorado caballero. Y es que Dante, como todos los hombres grandes, adoran su visión interna, su ideal femenino, que es lo que el poeta florentino nos presenta en Beatriz. Es como el Quijote (el cual es de la madera de los héroes), que en la rústica Aldonza ve una Dulcinea, dama de sin par belleza y de preclaras virtudes. El genio, llevando dentro esa superioridad, tiñe de superior todo lo que encuentra; á la mujer vulgar la eleva hasta el solio del Eterno. Pero la mujer vulgar, vulgar se queda, y aun su vulgaridad pasa á inferioridad abyecta al no reconocer el mérito del que pretendiera levantarla hasta su altura.

Al mismo tiempo que Dante cantaba á su amada se instruía y llegaba á ser uno de los grandes sabios de su siglo.

Era un gran observador, y así describía exactamente el sueño de las plantas, la coloración de las flores, la maduración de los frutos, el magnetismo, el centelleo de las estrellas; se cree que conocía ciertas constelaciones del polo austral; en el segundo canto del «Paraíso» (versos 97 y siguientes) se admira una experiencia de catóptrica; se ha llegado hasta decir que había imaginado el principio de gravitación, y que su Ulises, el que nos muestra en el canto vigésimo sexto del «Infierno,» mostraba con el dedo el camino de América á Cristóbal Colón. Es cierto que Alighieri presintió muchas cosas, pero antes que él Roger Bacón había ya presentido no pocas, y es que los genios se adelantan siempre con mucho á su siglo, y Dante era un gran genio.

Además, era un hombre de su tiempo en amor, en erudición, en teología y en política. Y con esta política, esta teología, esta erudición y este amor quiso construir un monumento que fuese la enciclopedia del siglo: una catedral sabia subiendo desde la tierra á las estrellas, teniendo por coronamiento á Beatriz de pie en el último pináculo llegando al cielo.

Para comprender á Dante es necesario *vivir* en la Florencia de su tiempo. Era una república burguesa, una comunidad comerciante que tenía bancos aun en Oriente. El Papa la llamaba fuente de oro, los príncipes mahometanos rendían culto á sus florines, y los reyes cristianos pedíanle prestado á menudo. Allí los hombres de negocios eran artistas y escritores. Cuando el papa Bonifacio recibió una docena de embajadores enviados por las principales ciudades de Europa, observó que todos ellos eran florentinos. Los caballeros, los simples burgueses y los paladines iban con magnificencia y arte á los combates: el *gonfalonero* no inclinaba jamás su insignia; los defensores del *carroccio* morían antes de dejar al enemigo aquel gran carro que, ataviado magníficamente y arrastrado por bueyes, llevaba las ar-

mas del pueblo. En las puertas de la villa una campana sonaba día y noche durante todo un mes para anunciar á cualquier ciudad vecina que Florencia iba á atacarla. Después de la guerra los capitanes vencedores eran llevados en triunfo y coronados por el pueblo. Era una raza dichosa con toda la alegría de la dicha. Cuando Cimabue acababa un cuadro, la multitud corría á verle y admirarle. En 1283 una compañía de mil hombres, todos vestidos de blanco y guiados por un jefe, el *señor del amor*, organizaba juegos, bailes y toda clase de diversiones; los ricos pagaban por los pobres, y á veces las fiestas duraban dos meses. Por San Juan el obispo recorría la villa á caballo y lanzaba *lazzis* á las mujeres. Cuando volvía la primavera, el pueblo cantaba y bailaba para celebrar su vuelta.

Después aquella multitud tan alegre se volvió belicosa. De la ciudad salieron treinta mil hombres y en el campo se levantaron en armas sesenta mil campesinos, dirigiéndose todos contra Pisa, contra Siena, contra Arezzo. La guerra civil fué feroz, á veces heroica, furibunda siempre; los florentinos inmóviles, apretados los unos contra los otros, con el escudo delante, parecían desde lejos una muralla. El motivo más fútil era suficiente para declarar la guerra. Dos familias se indisponían, el pueblo se dividía en dos bandos, las casas tomaban el nombre de los partidos y estallaba el conflicto; de un lado los Gibelinos, del otro los Güelfos; he aquí cómo el conflicto europeo entre el Papado y el Imperio dividió á Florencia. Porque un gentilhombre, habiendo faltado la palabra á su prometida, fué asesinado en pleno día por los parientes de ella, los palacios se convirtieron en castillos, las calles fueron regadas de sangre, los vencidos arrojados de la villa y los vencedores se constituyeron en amos y señores de ella.

Tal fué el mundo en que se educó El Dante.

El poeta partió de Florencia, pero nunca la olvidó. «Florentino de nación—decía de sí mismo,—pero no de costumbres.» Hubiera podido añadir: «Florentino de corazón.» Se le cree solitario, taciturno, desdeñoso, absorto en sus amores y en sus estudios. Cumplió su deber de ciudadano, pues fué soldado en Campaldino, prior de la República y catorce veces embajador; cuando Florencia quiso confiarle una misión cerca del Papa, pronunció estas orgullosas palabras tan repetidas: «Si yo me voy, ¿quién se queda? Si yo me quedo, ¿quién va?»

Por su iniciativa, de un solo salto, aquella lengua aún en formación, muy á la zaga del provenzal, sobrepujó á todas las demás, siendo la única del siglo XIV que aún se habla como entonces. Él hizo lo que los Portugueses no pudieron alcanzar hasta Camoëns, los Españoles hasta Cervantes, los Ingleses hasta Shakespeare y los Alemanes hasta Klopstock.

Además, amante del estilo heroico, inventó el terceto, la más corta de las estancias, donde el poeta no se ve cortado, completando su pensamiento por encadenamientos sucesivos, como olas del mar que se van sucediendo para detenerse bruscamente al final en un verso aislado, que se levanta como una roca. Con el terceto y el dialecto toscano, Dante creó un arte nuevo; por la primera vez, desde la barbarie, se encuentra en la poesía un poeta y en el poeta un hombre.

Dante, Petrarca, Bocaccio, tres hombres semejantes, los tres toscanos y casi contemporáneos, aparecen raramente reunidos. Pero no fueron solos. Cerca de Dante vemos á Guido Cavalcanti. Un poco más lejos á Cino de Pistoia y Cecco de Ascoli, profesores los dos, el primero de Derecho y el segundo de ciencias ocultas, ambos poetas y escritores. Cecco fué quemado vivo en Florencia á los ochenta años por irreligioso. Más lejos un Paduano, Alberto Mussato, escribía en latín la historia y dos tragedias estimables, *Eccerinis* y *Achilleis*. Otros, en fin, queriendo marchar sobre los pasos de Dante, nos dieron un *Dittamondo* y un *Quadrisegie* que ya no se leen.

Alrededor de Petrarca pululaba una multitud. En vida suya un Zanobi de Estrada fué coronado como él en Roma. Los Florentinos resolvieron (pero no pasó de una resolución) elevar magníficos monumentos á Dante, Petrarca, Bocaccio y Zanobi. Otro contemporáneo, Coluccio Salutato, amigo de Petrarca, poeta y prosista en latín, también recibió la corona de laurel, pero después de muerto.

Detrás y delante de Bocaccio marchaban numerosos prosistas, todos estudiados aún por la pureza de su toscano. Entre ellos figuran dos historiadores contemporáneos de Dante: Dino Compagni y Juan Villani. El primero, Florentino, fué dos veces prior y una gonfalonero, pasando por poeta y cronista; la crítica moderna le ha negado la paternidad de su poema *L'intelligenza*, concediéndole la de su crónica. Se llamaba á Dino el Salustio italiano. El otro, Juan Villani, era un comerciante florentino que había viajado por Francia y Flandes, que fué prior de la República, director de la Moneda é inspector de fortificaciones. En Roma empezó sus *Historias florentinas*. Aunque enemigo de Dante, no dejó de reconocer el genio de éste. Villani murió en 1348 y fué un hombre serio y franco, de un estilo algo flojo, pero puro.

A Bocaccio siguieron otros cuentistas. Franco Sachetti se hizo sin pretensiones una reputación que aún dura. Otro de los más célebres de su tiempo fué Giovanni Fiorentino. Siglo brillante fué aquél en todos los géneros de la literatura. «El espejo de la penitencia,» de Jacobo Passavanti, á pesar de la frivolidad de la época, fué leído con gran interés, así como

también las cartas de Catalina de Sena, cuya corta vida (1347-1380) fué un perpetuo éxtasis.

Italia debutaba á la vez en todos los géneros de la literatura, como antes hemos dicho; pero, no obstante, los tres grandes escritores que produjo tardaron mucho en abrirse paso en Europa. El italiano no era más que un dialecto nuevo, apenas conocido. Para que fuese conocida, Petrarca tradujo al latín *Griselda*, de su amigo Bocaccio. El primer traductor francés del *Decamerón*, Lorenzo de Premierfaict, ejecutó su trabajo sobre una versión latina.

Mientras tanto París continuaba siendo la gran escuela, donde los Italianos iban allí á instruirse y aun á enseñar. Por la capital de Francia pasaron todos los grandes poetas italianos, aunque Petrarca la fustigó en más de una ocasión. A pesar de esto, los Franceses nada podían oponer á los Italianos, pues únicamente tuvieron á Juan de Meung, Guillermo de Machault, Eustaquio Deschamps y Cristina de Pisán, esta última Italiana también, y á Juan Froissart, el más brillante y el más pintoresco de los historiadores.


Petrarca

Ya no hay trovadores en Francia; han emigrado todos á Cataluña y á Italia.

Como se ve, la literatura radiaba en el Mediodía, pero declinaba en el Norte. En Alemania la poesía aristocrática de los *Minnesœnger* decaía, y la burguesa de los *Meistersœnger* no había llegado aún. El último de los trovadores, Ulrico de Lichtenstein, murió en 1276. Después se extravió el gusto, y á los poetas sucedieron los bufones. El clero era ignorantísimo; pero esto no obstante, los trecentistas alemanes que dejaron un nombre fueron religiosos. El maestro Eckart, una especie de Schelling prematuro, y el estrasburgués Tauler, fueron dominicos. Dominicos asimismo Enrique Souso, de Constancia, y el bernés Ulrico Bouer. Entretanto la burguesía suplantaba á la nobleza, las ciudades envolvían á los castillos y las universidades substituían á los claustros.

Inmediatamente después de Dante entraron en escena los dos Toscanos casi contemporáneos: Francisco Petrarca y Juan Bocaccio, ya mentados.

Petrarca nació en 1304, diez y siete años antes de la muerte de Dante, en Arezzo; niño aún, tuvo que emigrar á Francia; pero Avignón estaba entonces tan lleno de gente que hubo de refugiarse en Carpentras: allí aprendió el italiano con el toscano Corennole, excelente maestro, pero escritor mediocre. Petracco (el padre del poeta, que más tarde corrigió su

nombre) quería que su hijo aprendiese Derecho, y á este efecto le envió á Montpeller, de donde pasó á Bolonia. Petrarca se aburría mucho; no le gustaba el Derecho, y declaró que con esta ciencia no sería nunca un hombre honrado. En Provenza dedicó la mayor parte de su tiempo al amor, pero esta vida de disipación no duró mucho. Al cumplir treinta y seis años se encerró en Vaucluse.

A partir de este momento Petrarca vivió libre de todo ataque social, fuera de la patria, de la familia, del siglo y aun de la Iglesia, puesto que no tomó órdenes. La única pasión de que no pudo despojarse fueron los libros. Dedicóse con verdadero ardor á traducir y comentar los clásicos. Pasaba días y noches enteros trabajando, viviendo de frutas y agua clara, no descansando más que seis horas. Para exhumar los textos antiguos fué hasta Aquisgrán y se aventuró sobre el mar, más allá de Gibraltar, «hasta los últimos confines del Océano.» Volvió enseguida á Vanclusa con el saco lleno de manuscritos, que transcribió bien pronto. En fin, el 13 de Julio de 1374, á los setenta y un años, trabajaba aún como un joven; un día fué encontrado muerto con la cabeza inclinada sobre un libro.

Petrarca escribió en latín casi todas sus composiciones, pues era á Dante á quien le cupo la honra de dignificar la lengua italiana. En latín escribió sus *Vidas de hombres ilustres*, sus epístolas oratorias dirigidas á los grandes escritores de la antigüedad, sus numerosos tratados en los que tantas verdades dijo á sus contemporáneos. Se ha dicho que las *Eglogas* del poeta italiano recordaban á las de Virgilio. Su poema *Africa* sobre Escipión *el Africano* es un asunto de epopeya, pero la epopeya estaba ya más bella y más entera en Tito Livio. Sin sus *Canzoni*, *Africa* no sería conocida más que por un pequeño número de eruditos. Esto no obstante, Petrarca se creía heredero de los grandes poetas latinos.

Juan Bocaccio nació en París el 1313 de un matrimonio hecho por casualidad. Su padre, un comerciante toscano, le envió á Italia y después á París para que siguiera la carrera del Comercio; pero el joven quería ser escritor. Después de una larga lucha con su padre, éste cedió al fin, mas con la condición de que estudiase otra cosa además, el Derecho canónico, por ejemplo. Bocaccio probó, pero el Derecho le aburría y optó por el latín. En 1341 (tenía veintiocho años) vió á Petrarca en plena gloria; Petrarca antes de ir á Roma para ser coronado quiso pasar por Nápoles, residencia de Bocaccio, presentándose en la corte del rey Roberto para exhibir su ciencia en un examen fastuoso. Petrarca triunfó, y esto acabó de decidir á Bocaccio en su afición á las letras. Después estos dos hombres se amaron y vivieron juntos muchas veces, y cuando estaban separados no cesaron de escribirse.

A pesar de esto, el carácter de ambos era muy opuesto y divergían en muchos puntos; por ejemplo: Petrarca no había querido nunca leer la *Divina Comedia*, y Bocaccio era un admirador apasionado de Dante, del que fué el primer lector público y biógrafo.

«Entre amigos no hay rangos, ni vencedores ni vencidos. La victoria de uno es la victoria común,» le escribía Petrarca cuando Bocaccio le manifestaba que ya sabía que era inferior á él.

Cuando Bocaccio supo la muerte de su amigo pasó toda una noche llorando y le siguió bien pronto, no pudiendo sobrevivirle.



Medalla con el retrato de Bocaccio

Los dos escritores debieron seguramente ocuparse en los negocios públicos, pues entonces los hombres conocidos, aunque fuesen poetas, eran empleados por el Estado.

No obstante, Bocaccio no se mezcló en guerras como el Dante, pues prefería al destierro la vida tranquila «en el seno sagrado de la filosofía.»

Juan Bocaccio, como su compañero, escribió por complacer á una mujer que amaba. A su intención compuso su obra maestra, *El Decamerón*, obra más ó menos discutida por su fin moral, pero que indudablemente ha hecho para la prosa italiana lo que la *Divina Comedia* para la poesía; esto es, llevarla de un solo golpe, con un solo libro, de la infancia á la juventud. Se le censura el haber violentado demasiado el idioma; pero precisamente á esos giros, á esa violenta gimnástica, debe el Italiano una ligereza y una gracia que no ha perdido después; y esto desde el siglo XIV; para llegar á tal madurez, la prosa francesa debió esperar al siglo XVII y la alemana esperar mucho más aún.

Bocaccio no tuvo la fortuna de Petrarca; vivió pobre, un poco por su culpa, y siempre se quejó de su suerte.

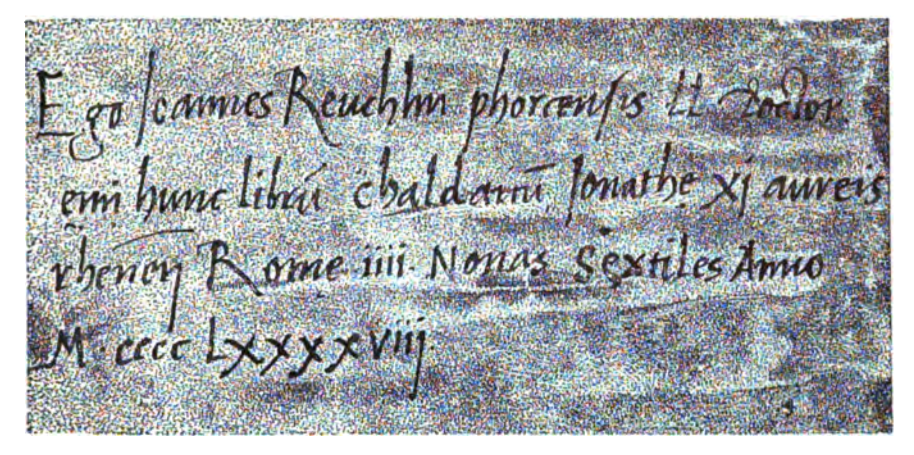
Cabe á Bocaccio la invención ó importación de la octava, y la octava, perfeccionada por Policiano, llegó á ser la estrofa heroica del Renacimiento. Los asuntos de Bocaccio, aun los antiguos, pertenecen todavía á la Edad Media; en su *Filostrato* se ve á Froilo cazando en el bosque con el halcón sobre el puño.

Así, pues, es Bocaccio acreedor á la admiración de la posteridad por

motivos muy diversos á los que se le atribuyen generalmente. No era un cínico ni un bufón; fué un reformador de las letras patrias.

La educación se iba haciendo laica y un primer soplo de reforma vibraba en el aire, en Inglaterra todavía más que en Alemania. De allí, después de la barbarie, habían venido los primeros resplandores del nuevo día. Desde el siglo VIII había aquella isla tenido al venerable Beda, que dominó su tiempo; la escuela de York, la más antigua de todas; á Alcuino, maestro de Carlomagno. En el siglo XII Inglaterra poseía ya las escuelas de Oxford y de Cambridge; en el XIII á Alejandro de Hales, el doctor irrefutable; á Duno-Scoto, el doctor sutil; á Mateo Paris, que en su *Historia Major* habla con tanta libertad de la Iglesia romana; á Rogerio Bacón, que resume toda la ciencia de su época y que presintió con frecuencia la del porvenir. En el siglo XIV todos los caminos estaban abiertos, y Guillermo de Occam y Gualterio Lollard prepararon la venida de Wiclef. Aquí empieza la insurrección religiosa. Wiclef, que dirigía un colegio de Oxford, empezó á fustigar los pecadillos del clero, terminando por atacar la base. Entonces comenzó el inglés á ser lengua literaria; pero con Geofredo Chaucer dió un paso gigantesco.

Chaucer resume en sí todo su siglo. Imitó todas las escuelas, todos los gustos y tradujo todos los poetas clásicos. Pero imitando y traduciendo creó un idioma y una poesía.



Ego Joannes Reuchlin phorcensis LL doctor
emi hunc librũ chaldaicũ Jonathe xj aureis
rhenen Rome iiii Nonas Sextiles Anno
M cccc LXXXXViij

Facsímile de un escrito de Reuchlin (Biblioteca de la Universidad de Heidelberg)

LIBRO CUARTO

EDAD MODERNA

CAPITULO I

EL RENACIMIENTO

ACONTECIMIENTOS QUE LO DETERMINAN. EL HUMANISMO Y SUS ANTECEDENTES. ERASMO, ULRICO DE HUTTEN, MAQUIAVELO, ETC.—LA ITALIA DE MIGUEL ANGEL. EL ARETINO. EL ARIOSTO, ETC.—ESPAÑA, BOSCÁN, GARCILASO, HURTADO DE MENDOZA, PRINCIPIOS DEL TEATRO. «LA CELESTINA.»—PRELUDIOS DE LA REFORMA. VERGERIO. RABELAIS.

El fin del siglo XV es, en la historia literaria, como un punto de parada. Se había descubierto la Imprenta, multiplicando en poco tiempo y con poco coste los ejemplares de los libros. Los Sarracenos acababan de abandonar Granada volviendo al Africa. Bizancio caído en poder de los Turcos, los eruditos bizantinos llevaban á Italia los restos del saber antiguo. Cristóbal Colón había descubierto la América en 1492; aquel mismo año Lorenzo de Médicis y Caxton fallecieron; de 1492 á 1500 murieron Boiardo, Policiano, Pico de la Mirándola, Marsilio Freino, Villón, todos los que habían sido renombrados durante veinte años. En cuanto á los otros,

los que debían brillar en el primer tercio del siglo XVI, eran recién llegados. En 1500, Maquiavelo, ya de treinta años de edad y secretario de los Diez, no había dado á conocer aún sino su *Discurso sobre la cuestión de Pisa*. El Ariosto, apenas conocido por algunos versos latinos y bosquejos de comedias, debía aún su *Orlando Furioso*. Miguel Angel se había ceñido á la *Pietá*, de San Pedro de Roma; la capilla Sixtina, la capilla de San Lorenzo, San Pedro, no le conocían todavía. León X tenía veinticinco años, Ticiano veintitrés, Guicciardino diez y ocho, Rafael diez y siete; el Correggio sólo tenía seis años, Benvenuto Cellini acababa de nacer, y el Tintoretto y Pablo Veronés no habían nacido aún. Todos estos hombres pertenecen luego al siglo XVI; serán la Italia próxima, el Renacimiento cumplido, florido, en plena savia y sazón.

Pero de hoy más la Italia no irá sola. El Norte tiene ya su artista, Alberto Durero; su sabio, Copérnico: los reformadores están á punto de desplegar sus banderas. En 1500 Zwinglio tiene diez y seis años, Lutero diez y siete: nació éste en 1483, año en que nació Rafael y quizás Rabelais; Italia, Alemania y Francia entran de frente en la liza; y en España, en 1491, nace un niño terrible, futuro paladín de la retrovida, que, combatiéndolos á todos, comprimirá por mucho tiempo, con sus huestes negras, la libertad del arte, del pensamiento y de la ciencia: Ignacio de Loyola.

El Humanismo surge al primer impulso del Renacimiento. Admírase la alta, la profunda comprensión de la Naturaleza humana que tuvieron los autores Griegos y Romanos, y todos se dedican á estudiarlos para enaltecer al Hombre. A principios del siglo XVI, el personaje de más viso en el mundo de las letras es un humanista, Erasmo; pero antes de su aparición surgen bastantes medianías, mimadas y socorridas por Mecenas generosos que quieren tener sus cortes literarias, pagando mejor el oro de relumbrón que el verdadero mérito. Desde que los Papas de Aviñón regresan á Roma (1377) hasta la mitad del siglo XV, ya no florecen la lengua y la literatura italianas: el Papado las ahoga; todos vuelven al latín. Y sin embargo; tampoco se han conocido en Italia mayor número de príncipes protectores de las letras como en el segundo tercio de aquel siglo: Cosme *el Viejo* en Florencia, Alfonso de Aragón en Nápoles, y en Roma Nicolás V.

Uno de los humanistas más célebres de aquella época fué Poggio, que dió á luz un gran número de manuscritos que buscaba en todas las bibliotecas salvando obras de Lucrecio, un discurso de Cicerón, doce comedias de Plauto y un libro de Petronio. Tuvo como rival á Filelfo y á Valla, que con él formaron el centro del latinismo italiano.

En Francia y otros países no pasaba nada semejante. A esta época debe

atribuirse la *Imitación de Cristo,* obra escrita en un latín bárbaro, aunque no sea seguro, y florecieron Alain Chartier, Clemangio y Carlos de Orleáns, preparando la venida de un astro de mayor magnitud, Villón.

Alemania fomentaba el *Meistergesang* y dió dos cosas notables, la predicación de Juan Huss y la Imprenta, que hicieron dos revoluciones, la de la conciencia y la de la ilustración.



Erasmo de Rotterdam,
según un lienzo de Holbein el menor

La literatura iba agrandando sus límites, y de esta germinación, abonada con la inteligencia de los Boyardo, Macías *el Enamorado*, Savonarola, Pico de la Mirándola, y aun el mismo Cristóbal Colón, que escribiendo sus viajes es acreedor á un alto puesto, florecieron hombres de talla sorprendente. Entre ellos está el ya indicado Erasmo y Ulrico de Hutten.

Nace Erasmo en Rotterdam, hijo natural de un burgués de Gonda y de una señora de aquella población. Tuvo por maestros á Alejandro Hegius y Sinheim. Adelantó de un modo sorprendente en sus estudios de la Antigüedad, y ya hombre, repleto de ciencia, trasladóse á París. Allí se distinguió entre las gentes de letras. De allí pasó á Inglaterra y fué peregrinando por todo el mundo conocido, llenándolo todo con su fama y dejando obras notables y traducciones de Eurípides, de Luciano, de Plutarco, de Séneca *el Filósofo*, de Quinto Curcio, la gran obra de Plinio, las de Tito Livio, las de Terencio..., una suma de trabajo que aterra. Y además varios comentarios y algunas obras originalísimas, entre ellas una obra titulada *El elogio de la locura* (1), en la cual campea un estilo satírico volteriano, echando abajo todo lo relativo á la Iglesia y aun al dogma. De

(1) Este libro fué ilustrado por Helbein, y aun hoy día resulta de un verdadero interés intelectual moderno. Este libro alcanzó en vida de Erasmo veintisiete ediciones.

él puede decirse que fué el más activo obrero literario del Renacimiento.

El nombre de Erasmo va unido á otros dos: á Ruechlín y Ulrico de Hutten. Ruechlín era un gran latinista que interpretó el *Antiguo Testamento*, y en cada frase, en cada parábola, en cada pasaje veía sólo un símbolo. Gran hebraísta, él, antes que Lutero, proclamó la libre interpretación de las Sagradas Escrituras. Su máxima era: «Yo adoro la verdad como á un Dios,» y lo que no era la verdad, para él no era nada.

Ulrico de Hutten es uno de los hombres más heroicos y más extraordinarios que hayan nacido. A fuerza de heroísmo casi parece un Quijote. Nacido de una familia noble en Steskelberg, viéndole delicado de temperamento, fué enviado á la Abadía de Tuldu. A los diez y seis años fugóse de ella y recorrió todas las Universidades de Alemania. A los diez y nueve compuso su *Elogio de la Virtud*. Además escribió dos libros de elegías y un *Arte poética*. Estudió Derecho y Ciencias, y como un caballero andante recorrió Italia y Alemania, donde escribió su *Nemo* (Nadie), poema delicado y profundo, burlándose de las Universidades y de los literatos ignorantes, declarando que prefería á ser Doctor, ser docto. Publicó *El triunfo de Capnión*. Además de sus *Espectadores* pronunció un *Viva la libertad*, contra los dogmas, y saludó á Lutero. Luego publicó, entre otros folletos, una crítica del Papado, titulada *Diálogo de Julio II y San Pedro*. Por fin, viendo que Lutero se detiene en detalles de disciplina eclesiástica, va más adelante y le declara la guerra como al Papa. Finalmente, en una convocatoria á los barones alemanes, los exhorta, en nombre de la libertad, y con ellos á Carlos V, á que se declaren contra-católicos y protestantes, y él se levanta en armas á la vez contra Lutero, el Papa y el emperador Carlos V.

Compartieron la fama con él Escalígero y Jerónimo Cardano. El primero dejó sus *Poemata*, libro de escaso mérito, y el segundo su *De subtilitate* y otros.

Estos dos literatos, famosos por sus disputas y controversias, palidecen ante la gran figura de Maquiavelo, en el que lo político mata á lo literario.

De sus padres no se sabe gran cosa, á no ser que eran un jurisconsulto y una dama que componía versos á la Virgen. Cuando llegó á cierta edad fué nombrado secretario de los Diez, en Florencia, su patria, y se dió á conocer por un folleto sobre la represión de las revueltas. Continuó metido en la política sin descuidar por eso la literatura, pues además del *Príncipe*, su obra maestra, tiene una comedia, *La Mandrágora*, un cuento *Belphegor*, cierto número de *Capitoli*, pequeños poemas filosóficos, canciones caballerescas, *El arte de la guerra*, los *Discursos sobre Tito Livio* y las *Historias Florentinas*.

El arte de la guerra es una obra maestra, aun desde el punto de vista

militar. Las *Historias Florentinas,* ó por decir mejor, la *Historia de Florencia,* que compuso Maquiavelo para el papa Clemente VII, parece comprobado que estuvieron basadas en una obra escrita ya por Flavio Biondo, en la cual el político florentino se contentó con introducir algunas consideraciones personales.

El Príncipe, su obra famosa, tiene muchos puntos de contacto con el *Discurso sobre Tito Livio.* Ambas obras no deben separarse; fueron empezadas al mismo tiempo, reposan sobre la misma base y desarrollan el mismo principio aplicado en *El Príncipe* al régimen despótico y en los *Discursos* al régimen republicano. La cuestión es la misma: ¿cómo fundar un Estado que prospere y que dure? En los *Discursos,* Maquiavelo lo pregunta á la Antigüedad Romana y consulta las *Décadas* de Tito Livio, aceptando los hechos sin discutirlos, y encuentra en ellas una filosofía de la historia tan buena como otra cualquiera.



Maquiavelo. Busto de barro cocido, existente en el Museo de Berlín

Antes de valerle á su autor una gloria tan alta, el tratado *El Príncipe* había corrido un sin fin de aventuras. Circulaba manuscrito desde 1513; Casavecchia y Francisco Vettori lo habían leído y admirado. Cuatro años antes de la muerte de Maquiavelo, *El Príncipe* fué escandalosamente plagiado por un profesor de Sessa, llamado Nifo, bajo el título de *De regni peritia,* y dedicado al emperador Carlos V.

Con todo esto estamos ya en pleno siglo XVI.

¿Fué este el siglo de León X? ¿Fué el de Julio II? La crítica moderna vacila entre estos dos papas; los compara, los mide y los pesa, preguntándose cuál de ellos hizo más por el Arte. Pero el que hizo más que ellos fué Miguel Angel, escultor, pintor, arquitecto, táctico y poeta, nacido bajo Sixto IV y muerto bajo Pío IV, el cual vió trece papas sucediéndose en el trono pontificio y sobrevivió á sus colegas nacidos antes y después que él, Bramante, Leonardo, Giorgione, Rafael, Andrea del Sarto, Correggio y aun Julio Romano, discípulo de Rafael. Llenó de obras maestras las igle-

sias de Florencia y Roma, las gloriosas capillas del Vaticano, construyó un panteón para coronar la basílica de San Pedro, y en una edad avanzada escribió versos que aún se leen con enternecimiento. Su larga vida duró hasta 1564, año en que nació Shakespeare y el arte emigró al Norte.

Nacido en 1475, el mismo año en que nació León X y un año después del Ariosto, aún niño debutó entre Policiano y Pico de la Mirándola, exponiendo en Roma su grupo sublime *La Pietá*.

Entre sus contemporáneos pueden contarse Pedro Bembo, secretario del Papa León X, amigo y consejero de Ariosto, el cual en su juventud se enamoró de Lucrecia Borgia, de la cual hizo su Laura, imitando al Petrarca. Fué eruditísimo y pasa por uno de los latinistas más elegantes de su tiempo. Dejó una obra titulada *Prosa*, dialogando la gramática, y varios sonetos notables.



Miguel Angel Buonarotti

Amigo suyo fué Jerónimo Vita, que escribió en latín un poemita didáctico *De Bombyce* y *De Ludo Scacchiorum*. León X le llamó á su corte, encargándole un poema en hexámetros latinos, *La Cristiada*, que fué de escaso mérito, aun cuando contenga algunos versos muy hermosos. Julio Sannazaro, de Nápoles, dejó el poema *De Partu Virginis* y unas *Eglogas*. Berni, que puso en verso toscano el *Orlando Innamorato*, de Boiardo, aumentándolo con bufonadas no siempre de buen gusto, fué enemigo del Aretino, si bien no incurrió en las mismas obscenidades que éste. Pedro Aretino no es un escritor de extraordinario talento, aunque en su tiempo alcanzara gran fama; nos ha dejado una tragedia, *Orazio*, que se ha querido comparar con el *Horacio* de Corneille; cinco comedias; un poema incompleto, *Marfisa;* dos parodias de *Orlando Furioso*, cuyo éxito ofuscó al poeta de Arezzo; *Cartas familiares*, de un desvergonzado cinismo, donde ostentaba sus vicios y los de su época, y con esto obras de devoción, *Siete salmos penitenciales, Tres libros de la Humanidad de Cristo, Un Génesis,* vidas de santos, y por último una *Vida y etimología de las cortesanas romanas*. Todo esto escrito en un toscano muy fluido, pero hinchado y sin elevación.

¿Se ha calumniado á sí mismo, ó fué un fanfarrón de los vicios? Sus acciones, de las que se jacta descaradamente, están de acuerdo con sus obras. Bastardo de un gentilhombre, sin educación ni instrucción alguna, no sabiendo siquiera el latín, muy joven aún, se hizo expulsar de Arezzo, entrando en Roma al servicio de León X, el cual tuvo que arrojarle por sus innobles poesías. Poco después recibió cinco puñaladas, de las que cu-

ró, y como no se le hiciese justicia, fuése á Venecia, desde donde vomitó mil injurias contra Clemente VII. Entonces recogió mucho dinero con su pluma, amenazando á los grandes señores, la que vendía al mejor postor; y después de una vida crapulosa, murió desnucado al caer de una silla. Más que un verdadero literato era un libelista de ingenio que se hizo terrible por su causticidad, ganando no sólo dinero, sino honores. Como se le temía, se le adulaba; Ariosto le llamaba «poeta divino,» el Ticiano y aun el mismo Miguel Angel aceptaban su protección y sus consejos, se le acuñó una medalla, y en fin, Carlos V y Francisco I, que se disputaban el imperio, se disputaban asimismo al Aretino.

No podemos pasar adelante sin hablar del Ariosto.



Luis Ariosto
(de una pintura de la época)

El Ariosto es el trovador del Renacimiento por excelencia. Natural de Ferrara, su padre le dedicó al Derecho, que abandonó al cabo de cinco años. Cultivó luego los clásicos antiguos. Fué discípulo de Gregorio de Spoletto. Compuso un *Elogio de la Filosofía* en hexámetros latinos, y unas *Odas* á Philiroe. Y enamorado ya, no soñó más que en cantar el amor, insiguiendo en todas sus poesías á Horacio y á Cátulo. En el fondo, en sus versos entra más la imaginación que el sentimiento. Es el artista que se complace en dar relieve y cincelar su obra. En 1503 dejó el latín por el italiano y empezó su poema el *Orlando Furioso*. Escribió varias comedias en prosa, que eran trasuntos de dramas antiguos, y por fin anunció una original. El Cardenal Bembo fué quien le impulsó á que escribiera el *Orlando,* mas en latín; pero Ariosto cogió el *Orlando* de Boiardo, y transformándolo en *Orlando Furioso,* hizo una creación de él en italiano.

En esto nacía en Italia la tragedia regular. La *Sofronisbe* de Trissino fué un acontecimiento literario.

Esto es lo principal de la Italia de Miguel Angel. Éste, después de la muerte de León X y de Adriano, reapareció en Florencia, sobre las trincheras que construía y que defendió bravamente contra los Alemanes de Clemente VII. Republicano, ciudadano de Florencia, combatió con peligro de su vida para rechazar á la familia de los usurpadores; pero, agradecido, no había olvidado que un Médicis, *el Magnífico,* había sido su primer protector, y secretamente, con peligro de su vida, también trabajó para la gloria de aquella familia. Así construyó aquellas hermosas figuras que ha-

bían de adornar el panteón de Lorenzo, á una de las cuales, la «Noche,» dedicó él mismo aquellos famosos cuatro versos que empiezan:

Grato m'è il sonno e più l'esser di sasso.

España é Italia en aquel siglo iban juntas. Durante el reinado de Carlos V hubo pocos escritores en España, y los que hubo buscaron la inspiración allende los Pirineos. Italia le pertenecía políticamente, pero en cambio España pasó á ser dominio de Italia en literatura. Carlos V favoreció espléndidamente el arte italiano y lo aclimató en la península. Juan Boscán, de Barcelona (muerto en 1543), después de haber dejado el catalán por el castellano, se italianizó en gran manera é introdujo en nuestra patria la versificación del Petrarca y del Ariosto. Compuso *Capitoli, Canzoni*, y tradujo el *Cortegiano* de Castiglione; quizás con esto ganó el idioma, pero el espíritu nacional no ganó nada. Otro, Garcilaso de la Vega, suspiraba ternísimas églogas que tuvieron inmenso éxito, pero que eran de un arte italiano puro, elegante y discreto, apenas modificado por la ligera diversidad de las dos lenguas hermanas.

Floreció asimismo D. Diego Hurtado de Mendoza, que nos dejó una obra maestra picaresca, *El Lazarillo de Tormes*, y su *Guerra contra los moriscos de Granada*, en estilo que recuerda á Salustio y á Tácito.

En fin, Torres Naharro, el «Boscán del Teatro,» vivió en Roma, y la primera edición de su *Propaladia* fué impresa en Nápoles en 1517. Es una colección de comedias y de preceptos dramáticos. Sus comedias *La Soldadesca, Tinelaria, Imenea*, etc., fueron representadas en Nápoles y Roma. Se ha dicho de Torres que era el padre del Teatro español; pero, aunque valga mucho, se le ha hecho con esto un honor inmotivado. El drama español había nacido ya mucho antes en una obra única, asombrosa, sin precedente y de donde salió todo el Teatro nacional, *La Celestina*.

Esta obra debió ser escrita entre 1495 y 1514, sea por un solo autor, Fernando de Rojas, según unos, Cota, según otros, pues no existe completo acuerdo sobre el caso. Rojas afirma que el primer acto no es suyo, pero no se le ha querido creer. Algunos han pretendido sostener que esta obra no es una pieza dramática, pero la afirmación no necesita refutarse. Jamás el castellano ha sido escrito con tanta facilidad y tanto encanto. El drama español está allí todo entero, con su lenguaje, su carácter, su desprecio de las reglas, su pasión, su ferocidad, su extravagancia y su realismo. Lope de Vega no tuvo más que limitarlo y contenerlo.

A partir de aquí el lenguaje empieza á hincharse. El Imperio tuvo la culpa del énfasis que invadió la literatura española. De Garcilaso á Herre-

ra, ese énfasis va en aumento. El arte pierde lo que gana el artificio, cuando los autores no son geniales. No obstante, prodúcense en la Península algunas obras que rayan á la misma altura que las de los primeros genios del mundo. Huarte escribe su *Examen de ingenios*, Vives su Filosofía, Montserrat y Servet publican tratados de Medicina y Fisiología, en los que estudiando el organismo humano describen, los primeros, la circulación de la sangre. Un médico de la corte de Felipe II se adelanta á Descartes afirmando la realidad de nuestra existencia por el mero hecho de sentirla.



Tomás Moro, según un dibujo original de Juan Holbein (1497-1543)

El año 1535 es un año verdaderamente memorable y fija la época en que termina la edad de oro literaria del Renacimiento italiano. Se vieron entonces hechos importantes que marcan distintamente el comienzo de una nueva era. El primero en el cual se ha fijado poco la atención fué el haber el Papa Paulo III enviado á Vergerio á Alemania, donde vió á Lutero.

Paulo III, un Farnesio que acababa de suceder á Clemente VII, y que era, según dicen sus biógrafos, hombre instruído, hábil y benévolo, tenía en la mente la prudente idea de convocar un concilio. En aquel tiempo se esperaba aún la paz religiosa por medio de una inteligencia entre católicos y luteranos; aun en Alemania, cierto número de espíritus conciliadores creía posible la transacción. He aquí por qué el Papa envió á Vergerio entre los Alemanes; el cual, pasando por un sinnúmero de etapas, llegó á declararse protestante á su vez.

En 1535 fué también cuando Tomás Moro murió en Londres sobre el cadalso. Tomás Moro fué un gran humanista que comentó la *Ciudad de Dios*, tradujo los diálogos de Luciano y escribió las *Cartas de los hombres obscuros*. Enrique VIII de Inglaterra rompió abiertamente con la Iglesia, declarándose jefe espiritual, y Tomás Moro, gran canciller, presentó la dimisión de su cargo y combatió al monarca. Éste le hizo cortar la cabeza.

También en 1535 apareció en Lyón la *Vida inestimable del Gran Gargantúa, padre de Pantagruel,* etc. El autor, aún anónimo, había publicado dos años antes el primer libro del *Pantagruel.* Era un hombre muy sabio, docto en las lenguas griega, latina, italiana, francesa, en arqueología, en jurisprudencia y en ciencias naturales. Había preparado para su amigo Esteban Dolet, el impresor, excelentes ediciones de Hipócrates y Galeno. Además era clérigo. Educado en Poitou en un convento de franciscanos, «entre los que se hacía voto de ignorancia más que de religión,» le entró, por contraposición, el amor á las letras y el odio á los frailes. Entonces se hizo médico y fué el primero que en el Hospital de Lyón hizo demostraciones anatómicas sobre el cadáver. Tal era Francisco Rabelais, ese escritor jovialmente profundo, partidario de la alegría de la vida.

Publicó en 1535 un almanaque lleno de buenos consejos y de predicaciones muy sensatas (1). Por entonces estuvo en Roma, donde seguía atentamente, «más como diplomático que como fraile,» los asuntos políticos para informar al obispo de Mailles, y se ocupaba del Papa, del Emperador, del duque Alejandro de Médicis, del duque Hércules de Ferrara. ¿Cómo tuvo tiempo Rabelais para, ocupándose de tantas cosas, encontrar espacio y humor para la «Muy horrífica vida del gran Gargantúa,» cuyo exordio es:

«Amis lecteurs qui ce livre lisez,
Depouillez-vous de toute affection,
Et le lisant ne vous scandalisez:
Il ne contient mal ni infection.
Vrai est qu'ici peu de perfection
Vous apprendrez, sinon en cas de rire:
Autre argument ne peut mon cœur elire.
Voyant le deuil qui vous mine et consomme
Mieux es de ris que de larmes ecrire
Pour ce que rire est le propre de l'homme.»

Pero no hay que tomar muy al pie de la letra lo que nos dice el autor, pues el hábito no hace el monje; «la droga contenida es muy diferente de la que promete la caja, es decir, que las materias aquí tratadas no son tan baladíes como parece por el título...» Así lo afirma Rabelais luego.

¡Qué obra y qué lenguaje! Nos encontramos aquí con una enciclopedia (fué Rabelais el que introdujo esta frase en la literatura) donde se

(1) Este almanaque empezaba así:
«Exponiéndoos sumariamente de este año lo que he podido extraer de los autores en el arte, Griegos, Arabes y Latinos, empezaremos á sentir este año parte de la infelicidad de la conjunción de Saturno y de Marte, que fué el pasado año y será el próximo el 25 de mayo. De manera que este año serán únicamente las maquinaciones..., etc.»

aglomera toda la Ciencia, la Filosofía, la locura, la audacia, la obscenidad de su tiempo; una enorme carcajada, en la que entra la bufonería de Berni, la audacia del Aretino, el aticismo de Erasmo y la jovialidad de Lutero; una selva tupida, espesuras de ramajes y de hojarasca, entrecruzamiento de zarzas, de espinos, de malezas, con anchos claros al sol donde crecen exquisitas flores y donde maduran sabrosos frutos. De un solo salto Rabelais franquea el lugar donde se levanta Calvino y lo deja muy atrás; un nuevo Renacimiento, joven, ardiente, embriagado, loco, acababa de saltar por encima de la Reforma. El fanático Calvino pudo quemar á Servet para matar las serias teorías de expansión vital del ilustre médico español (1). Mas Rabelais, otro médico, con su risa descomunal, encarga de hacer imposible, entre los Latinos, la obra de Calvino, estrecha, antivital y perniciosa.

(1) Las obras de Servet son *De trinitatis erroribus, Dialogos,* y *Christianismi restitutio,* la cual parece ser su obra fundamental.

CAPITULO II

LA REFORMA Y LA REACCIÓN ECLESIÁSTICA

EN FRANCIA. MONTAIGNE.—EN ITALIA. EL TASSO. EL MARINISMO. GALILEO. CAMPANELLA. GIORDANO BRUNO.—EN ESPAÑA. VALDÉS. ERCILLA.—PORTUGAL. CAMOENS.—POLONIA.—PRINCIPIO DEL 1600.

Cuando por todo el Norte de Europa se emancipaban el pensamiento y la conciencia, como contra golpe, en el Mediodía empezaba la reacción violenta. En 1535, un decreto de la Inquisición española ordenó que todo poseedor de escritos luteranos fuese excomulgado y sometido á penas degradantes; los mismos castigos se infligían á los que no denunciaban á los propietarios de tales libros ó escritos.

En 1534, el día de la Ascensión, en París, en la capilla subterránea de la abadía de Montmartre, algunos Españoles y Franceses se reunían para fundar una asociación destinada á obtener *por no importa qué medios* la extinción de los heréticos y la propagación de la moral ascética. El promovedor de esta asociación se llamaba Ignacio de Loyola. Su instituto, aprobado en 1540 por el Papa, subsiste aún. Son los Jesuítas.

Esto es lo que pasaba en 1535, é importa hacer notar que entre los hombres de pensamiento de entonces, Lutero, Tomás Moro, Marot, Servet, Calvino, Rabelais, Loyola, á excepción de Vergerio, no hay ninguno que sea italiano. Italia, después de haber dado el Renacimiento, descansaba.

El gran interés no era ya el Renacimiento, sino la Reforma, y esta Reforma, en Italia, no tenía ningún arraigo; sólo el Humanismo imperaba. Por eso, en aquellos momentos ya no es Italia la que conduce el pensamiento, sino que lo sigue de lejos y aun llega á oponérsele. Políticamente no era sino una «expresión geográfica.» Florencia cayó en 1530; el mismo año Carlos V recibía de manos del Papa, que había sido su prisionero, la corona de hierro de los Lombardos y la corona imperial. *Finis Italiæ*, aun en la literatura; en 1535 Italia no poseía un solo escritor de primer orden, salvo Guichardino, que no vivió sino hasta el 1540, y

si se quiere, Bembo, que desaparece en 1547. Maquiavelo, el Ariosto, Castiglione, Sannazaro, Fracastor, no existen; ni Leonardo, Correggio, Rafael. Dos artistas, entre los más grandes, eran ya viejos; Ticiano muere centenario, y Miguel Angel, aquel mismo año (1535) es nombrado pintor, escultor y arquitecto del Vaticano, y pasa de los sesenta años; no le resta más que colocar el Panteón sobre la basílica de San Pedro; después empezará su lenta, su larga agonía.

Ciertamente que Italia, la madre eternamente fecunda, producirá todavía obras y hombres; al acabar la segunda mitad del siglo florecerán el Tasso, Galileo y Giordano Bruno. Pero esos tres maestros, llegados demasiado tarde, serán de los oprimidos, víctimas de la reacción católica y de la decadencia: En Roma, en Florencia, en Ferrara, después del Concilio de Trento y con los Jesuítas, la autoridad católica se pone en lucha con el pensamiento nuevo. El Renacimiento va á transportarse, á Portugal, muy italiano aún, con Camoëns; á España, más libre y más nacional, con Cervantes y Lope de Vega; á Inglaterra, poderosamente rejuvenecido, con Shakespeare.

La Reforma había echado hondas raíces en Alemania, y durante los primeros empujes la controversia completamente ajena á la literatura se dedicaba exclusivamente á la cuestión de conciencia. Lutero era un mediocre escritor, si bien escribió mucho, y según sus prosélitos, dió gran empuje al idioma patrio, sobre todo en la traducción de la *Biblia* al lenguaje vulgar de la Baja Alemania.

Igual pasaba en Francia, donde todo movimiento estaba detenido y donde se agitaba también la Reforma, floreciendo algunos hombres cuyo nombre ha pasado á la posteridad. Joaquín de Bellay, que vivió poco para el arte, es celebrado por sus bellísimos sonetos. Siguióle Ronsard, el cual brilló en la poesía hasta Malherbe, y trabajó como ninguno en amplificar y ennoblecer el lenguaje poético, siendo el primero de los clásicos franceses. Dejó un *Arte poético,* su *Franciada* y muchas odas y escritos didácticos.

La *pléyade,* como se llamaban á sí mismos los que la componían, no dejó ningún nombre famoso. Después de Amyot, preceptor de los príncipes y aficionado á los clásicos, de los que ha dejado algunas traducciones, sucedióle su admirador y colega en clasicismo, Miguel de Montaigne.

Montaigne nació, «entre once y doce del día, el último de febrero de 1533...,» como él mismo nos lo dice en su autobiografía, donde describe como nadie, franca y sinceramente, «ese ser maravillosamente vano, diverso y ondulante, que es el hombre...» Su obra capital fueron *Los ensayos,* impregnada de una alta filosofía contemplativa del Universo. Humanista,

escritor libre y erudito, todo lo tocó y sus obras se hicieron bien pronto populares. Aun hoy se admira su profunda intuición filosófica.

En Italia la Reforma tuvo mala acogida, tanto más cuanto que el Concilio de Trento había pronunciado la ruptura definitiva de la Iglesia con los innovadores, y vino la reacción dirigida por los Jesuítas.

Con la reacción vino la decadencia literaria, ó sea lo que los Italianos llaman el *seiscentismo*, una epidemia que se declaró en 1600, que ya fermentaba un poco por todas partes desde la segunda mitad del siglo XVI. Antes del marinismo, del gongorismo, del conceptismo, del eufuísmo, Italia, España, Inglaterra y aun Francia estaban ya infestadas. ¿De dónde provenía el mal? Tal vez de España. ¿No ha habido aquí en todo tiempo una literatura fastuosa y retumbante como nuestra lengua, y un énfasis que sonaba tan bien al oído? Eso estaba en el medio ambiente ya antes de que se hablase castellano. Los dos Sénecas y Lucano eran Españoles, y Quintiliano, que tenía algo de fosforescente en su dicción. Cicerón decía: *Cordubæ natis poetis pingue quiddam sonantibus atque peregrinum*. Nuestra literatura sufrió, además, la influencia de los Arabes, que fueron también amanerados en la hipérbole y en la exuberancia de metáforas. Se puede añadir que en Italia, aun en los mejores tiempos del Renacimiento, se encuentran también algunas de estas impertinentes lindezas, especialmente en el Aretino. Y en los tiempos del Aretino no había aún el predominio español en las letras. Carlos V desdeñaba la literatura peninsular y sólo leía libros italianos. Cervantes (que por otra parte no tuvo nada de *precioso)* no vino al mundo hasta 1547; Lope de Vega hasta 1562; los otros son posteriores; los *Conceptos espirituales* de Ledesma aparecieron en 1600. Góngora, que vivió hasta 1627, no fué gongorista hasta después que el caballero Marín fué marinista: las *Rime amorose* de este último son de 1602.

De momento, sin echar toda la culpa á ningún país, se puede observar el siguiente hecho. El arte, envejeciendo, se sobrecarga y se atilda; va del dórico al jónico, del jónico al corintio, del simple al radiante, del radiante al centelleante; el estilo esencialmente florido es siempre un signo de decadencia. Hay además en todas las literaturas un hermoso momento: aquel en que el escritor, el poeta, escribe á impulsos de la idea. El estilo surge solo, se concentra, se hace expresivo, se colorea. Y esto se hace economizando frases, buscando la palabra más sencilla y más clara. Pero cuando la idea no domina ya, se hace preciso el oropel y bien pronto la filigrana. Y en Italia, desde la caída de Florencia y el triunfo de Carlos V, se vivió en plena reacción política y religiosa y no se pudo ya pensar libremente. No se escribía sino por escribir, y de aquí la enorme importancia que se daba á las cuestiones de forma, de gramática, de len-

gua, de medida, de número, etc... De aquí también ese que se llama «estilo jesuítico,» predominante aún en España, y que no es sino el arte de decir lo menos posible con el mayor número de palabras.

Por este tiempo nació el Tasso. Vió la luz en Sorrento en 1544. Se educó hasta los diez años con los Jesuítas y luego pasó á Roma á reunirse con su padre, Bernardo, aplaudido poeta; después á Bérgamo, á Urbino, á Venecia, á Padua, y fué acogido por parientes, por camaradas, por literatos y grandes señores. En 1562 escribió una novela en octavas, intitulada *Rinaldo;* aquel joven de diez y ocho años se hizo prontamente célebre. Su obra principal es la *Jerusalén libertada.*


Torcuato Tasso

Lo que hay de inmortal en la *Jerusalén libertada* puede decirse en dos palabras; es lo único que queda de Policiano y el Ariosto, los dos poetas de la gran época; las damas y los caballeros, las armas y los amores:

«Le donne, i cavalier, l'armi, gli amori.»

Buscando ya el *simplex* y el *unum*, en Bolonia compuso los primeros cantos de su *Jerusalén,* que entonces intitulaba el *Golifredo;* varias octavas de aquel primer ensayo quedaron en la obra definitiva. Aquel mismo año, 1562, entró en la academia de los *Eterei,* de Padua, que imprimió sus poesías, y á los veintiún años estaba ya al servicio de un cardenal á quien dedicara su *Rinaldo* por consejo del padre. Su primera residencia en Ferrara fué muy dichosa. Su primera desgracia fué la muerte de su padre en 1569.

En 1570 marchó á Francia con el cardenal; pero á su vuelta llevaba el mismo traje con que salió de Italia. Regresó á Ferrara, donde entró al servicio del duque Alfonso, que le señaló una pensión y le proporcionó una vida de fiestas y de placeres. Aquellos cuatro años (1571-1575) fueron para Tasso como un paraíso terrenal precediendo al purgatorio y al infierno; mas no por esto descuidaba sus obras maestras, la *Jerusalén* y la pastoral *Aminta,* idilio dialogado que fué representado en 1573.

El Tasso era ante todo un elegíaco; la nota sentimental prevalece siempre en él, aun relatando batallas. Los héroes son indecisos, indistintos, confusos por lo general; sus movimientos se observan mejor con el oído que con los ojos por el estrépito de los epítetos:

«Superbi, formidabili, feroci.»

Pero los personajes se hacen interesantes por su enternecimiento lírico.

Los últimos años del Tasso no fueron felices. Después de la *Jerusalén* escribió las *Sette Giornate*, y víctima de crueles dolencias tuvo que refugiarse en un hospital. Al salir de allí, el pobre Tasso reanudó su vida inquieta y errante; se le vió en Mantua, en Loreto, en Florencia, en Bolonia, en Nápoles, siempre acosado de enemigos verdaderos, ó supuestos, que le obsesionaban. Por fin murió el 25 de abril de 1595, á los cincuenta y un años de edad, cuando el Papa Clemente VIII se disponía á coronarle.

En esto aparece el caballero Marín, *Adone*, el cual escribe cuarenta mil novecientos setenta y seis versos sobre el amor de Venus á Adonis. El caballero Marín dió su nombre al marinismo y fué á publicar su poema á París (1623), dejando allí su espíritu, que penetró bien pronto en el lenguaje de las *preciosas*. Este Marín fué el que comparó la nariz de María de Médicis «á una pared pequeña que separa dos prados de púrpura blanca y de nieve purpurina.» Y no obstante, nuestro Lope de Vega decía de él con mucha seriedad: «Conmueve hasta las piedras, como Anefión; ¡es al Tasso lo que el Sol es á la Aurora!»

Marín vivió y murió en paz, cosa que no consiguieron tres hombres grandes como Galileo, Campanella y Giordano Bruno. Y es que cantó el amor con ripios, y aquéllos se atrevieron á pensar en serio.

Galileo Galilei es el más genial de los Italianos que vivieron á principios del siglo XVII. Todo el mundo conoce á este gran filósofo observador; sus descubrimientos, sus experimentos, su genio físico y matemático, su proceso, su célebre abjuración forzada en la cual pronunció el *E pur si muove*, son populares. Fué, además de un gran científico, el mejor escritor de su tiempo en cuanto á precisión y relieve.

En aquella época de jesuitismo ese hombre, el más grande de Italia, no pudo librarse del tormento, teniendo setenta años, y tuvo que repetir, palabra por palabra, arrodillado ante sus jueces, la fórmula de abjuración. Galileo no tenía razón; el padre Lancio y monseñor Vitrici, dos imbéciles, sí; la inmovilidad de la Tierra fué decretada, y la Tierra impasible ha girado mucho desde entonces: *E pur si muove*, como dijo el gran sabio.

Nápoles era española, y por consiguiente más independiente de Roma que las demás regiones italianas. La Inquisición no reinaba aún allí; el pueblo la había rechazado. Telesio, el filósofo calabrés, ese precursor del canciller Bacón, pudo explicar libremente en Nápoles y sacudir el yugo del Aristóteles falsificado en los conventos. Y si más tarde se retiró á Cosenza, no lo hizo á la fuerza, y murió tranquilamente á los ochenta años. En Nápoles también vivió el filósofo Della Porta, que buscó secretos á la

Medicina y á la Física, y que inventó la cámara obscura y compuso cuatro volúmenes de comedias, las mejores de aquel tiempo. En Nápoles vivía asimismo el filósofo Vanini, que defendiendo á Aristóteles cayó en el ateísmo; Vanini, respetado en su país, fué á hacerse quemar á Tolosa. Pero aunque en Nápoles se permitía pensar, no se miraba bien que la gente se ocupase de asuntos políticos. Y Campanella sufrió de ello.

Campanella era calabrés de nacimiento y vió la luz en 1568, siendo precocísimo amante del saber; maduró antes de florecer, tanto que puede decirse que no tuvo infancia. Docto ya desde niño y curioso de misterios, fué acusado de magia y tuvo que emigrar; pero cuando volvió al país descargó contra el Aristóteles de los frailes, y demás, que aplastaban el pensamiento con su autoridad, y pensó reformar la Ciencia haciéndola converger á la Naturaleza, «ese libro de Dios.» Entre otras cosas escribió una novela filosófico-social, *La Ciudad del Sol*. Había en esta obra utopías que no inquietaban á nadie. Pero Campanella fué acusado por sus ideas de haber tomado parte en una conspiración contra España, y las autoridades lo tuvieron encerrado veintiocho años. Así fué cogido en Calabria, y pronto se vió encarcelado en el foso de Miglio, en Nápoles, foso obscuro y húmedo, en el que apenas se respiraba, durmiendo con grillos en los pies, vestido de andrajos, casi desnudo, sufriendo hambre y hemorragias. Todo su delito (á lo que él afirma) era el amar á Dios y á Italia su patria.

Se le atormentó horriblemente, y el infeliz, casi perdida la razón, escribió obras místicas. Por fin logró la libertad y se marchó á Francia, y allí fué protegido por Richelieu y sentó cátedra, teniendo por discípulos, entre otros, al célebre físico Rouault, á Cirano de Bergerac y, según se dice, á Descartes.

Antes de salir de su cárcel había defendido á Galileo, cuando Descartes quemaba las obras de éste por miedo de caer en una denuncia del Parlamento.

En 1600, el año en que el filósofo dominico fué encerrado en Nápoles, otro filósofo, dominico también, fué quemado en Roma: Giordano Bruno. Giordano Bruno nació en Nola, en la Tierra de Labor, el año 1548; amaba su campanario, donde en el siglo V sonaron las primeras campanas, y se llamaba, envanecido, «el Nolanés.»

Nola es un país volcánico «como su atmósfera, como su agua, como ese vino negro y espeso que tiene el significativo nombre de *mangiaguerra*.» De aquí el fuego de la sangre, de la tez y de la fantasía, de aquí la finura de los órganos, la vivacidad del gesto, la movilidad del humor, el apasionado ardor del carácter. Giordano nació de una familia patricia, pero no muy rica; por lo cual, muy joven aún, tuvo que emprender su lucha por

la existencia. Teniendo once años, se trasladó á Nápoles y entró como novicio en un convento de dominicos. Éstos han negado el hecho, alegando «que si hubiese entrado allí se hubiese quedado:» la cuestión es de poca importancia. En el convento tuvo Giordano libros religiosos á destajo, pero prefirió los de filosofía; mas muy pronto fué censurado por sus compañeros, que sólo leían libros místicos. Buscaba un foco de ciencia y encontró un refugio de ascetismo. La rebelión empezó en su espíritu.

Allí permaneció hasta los veinticuatro años, ordenándose entonces. Durante cuatro años vivió en diversos conventos que la orden poseía en los alrededores de Nápoles, y se empezó ya á hablar de él. Pero al volver á la capital, dícese que no pudo contener la lengua y que sus ideas olían á arrianismo; y, en aquellos tiempos, Pío V era severo. El padre provincial intentó un proceso contra Giordano, el cual amaba la libertad, y no queriendo esperar la prisión, huyó. Esperaba poder ocultarse en Roma, mas la policía de Santo Domingo le siguió allí y lo encontró; pero él escapó más lejos, quitándose los hábitos, aunque conservando el escapulario. Se le vió en Génova, en Novi, donde vivió enseñando á los niños, después en Savona, en Turín, en Venecia, donde imprimió un libro (no se sabe cuál) que no le dejó ningún provecho; después en Padua, de donde tuvo que salir á causa de una epidemia. El hábito de dominico, que volvió á tomar entonces, le permitió comer alguna vez en los conventos; pero no estaba tranquilo, y en 1579 pasó los Alpes y se refugió en Ginebra.

Allí se vistió de seglar, abrazó la Reforma, entró como estudiante en la Academia, y se burló del profesor, por cuyo hecho tuvo que comparecer ante las autoridades calvinistas. Hizo propósito de enmienda y se le devolvió el derecho de ciudadano... Pero ¿podía permanecer mucho tiempo en la ciudad calvinista con sus atrevimientos de idea y de lenguaje?

Dejó Ginebra y anduvo un poco por todas partes. En Tolosa permaneció dos años explicando Filosofía; de allí pasó á París, dedicando á Enrique III su libro *De umbris idearum*. Por esto y algunas adulaciones, el Nolanés pudo enseñar en París como profesor extraordinario, pues ordinario no lo quiso ser «por no ir á misa.»

De París pasó á Londres, y allí fué admitido en el círculo literario de Sidney, donde se reunían Spéncer, conocido ya por su *Almanaque del pastor,* Harvey, Dyer, Temple y otras lumbreras de la época.

En Oxford le hicieron profesor y dió dos cursos, uno *De quintiplice spheræ* y otro sobre la inmortalidad del alma. No parece que Bruno tuviese éxito en Oxford. El Aristóteles medioeval reinaba allí despóticamente.

En París, en 1586, el día de Pentecostés, Giordano obtuvo una dis-

cusión pública donde Aristóteles debía ser combatido abiertamente. En París tuvo menos éxito aún que en Oxford. Aquellos tiempos de fanatismo religioso no eran los más á propósito para las valentías del espíritu. Fuése á Alemania y la recorrió toda. Pero sentía la nostalgia de la patria y volvióse á Italia. A partir de este momento hasta su muerte no hizo más que debatirse en luchas estériles y largos sufrimientos contra una persecución sin piedad. Su misión estaba concluída. Fué uno de los escritores más fogosos, más personales y desconocidos de la literatura italiana; nos quedan de él *Il Candelaio* (1), comedia que data de su juventud, y la *Expulsión de la bestia triunfante*, que debía condenarle á la hoguera.

El argumento de la comedia se desarrolla entre tres caracteres, tres ridículos, y por consiguiente tres acciones entrelazadas: un libertino en su última fase, un buscador de la piedra filosofal y un escolástico en *us*, persiguiendo cada uno de ellos su quimera; todos ellos arrojados en un mundo equívoco de mujeres perdidas, de eclesiásticos pillastres, de esbirros, los tres envueltos en uno de esos embrollos de aventuras que divertían entonces á los públicos de Italia.

La otra obra, la cual llevó á la hoguera al pobre Giordano Bruno, es la *Expulsión de la bestia triunfante* (2), aunque no había sido muy leída, probablemente porque era muy difícil adquirirla, pues impresa clandestinamente, se decía, no había tenido más tirada que la de veinte ejemplares. El rumor de los eclesiásticos acusó al autor, luterano según unos, ateo según otros; aquella *bestia triunfante* no podía ser otra cosa que la Religión ó el Papado. Tal fué la opinión del alemán Gaspar Schoppe, que firmaba *Scioppus*. El nolanés Bruno se perdió en un debate sostenido á propósito de Capricornio, en el cual Mercurio se queja de que los egipcios adoren imágenes de animales. «No veo en eso ningún mal, observa Júpiter, pues ya sabes que los animales y las plantas son efectos vivientes de la Naturaleza, cual Naturaleza, como debes saber, no es otra cosa que Dios en las cosas.—Así, pues, dijo Saulino, *natura est Deus in rebus*.»

Mocénigo, su delator, y San Severino, su juez, hicieron que se le quemara. Pero, como él dijo: «Morir para su siglo es vivir en los demás:» *La morte de un secolo fa vivere in tutti gli altri.*

---

(1) «*Il Candelaio*, comedia de Bruno Nolanés, académico de ninguna academia, llamado *el Fastidiado*.» Sigue un soneto jocoso y una dedicatoria á la signora Morgana, inglesa según unos, veneciana según otros; pero en todo caso «docta, prudente, bella, generosa en grado superlativo.» Es una sátira contra las costumbres de su tiempo.

(2) La «Expulsión de la bestia triunfante (*Spaccio della bestia trionfante*), propuesta por Júpiter, puesta en vigor por el Consejo, revelada por Mercurio, contada por Sofía, oída por Saulino, redactada por el Nolanés, dividida en tres diálogos subdivididos en tres partes, dedicada al muy ilustre y excelente caballero Felipe Sidney, impresa en París, *anno MDLXXXIIII*.»

En España, como en Italia, la Reforma fué reprimida con gran rigor. Aquí vino importada por Erasmo. Un espíritu valiente, Alfonso Valdés, se hizo cómplice de las ideas del humanista que Carlos V protegía abiertamente. En 1527, Valdés escribió un diálogo en que defendía el saqueo de Roma y atacaba el poder temporal de los papas, no sin fustigar en la misma ocasión las malas costumbres cardenalicias. En la misma época, en Portugal, Damián de Goes, historiador, primer archivero del reino y comendador de la orden del Cristo, se atrevió á sostener que Erasmo era un sabio. Pero se le obligó á abjurar de su error; la Inquisición portuguesa era muy poderosa y ya no hubo en aquel país más herejía.

En España la Reforma produjo algunos heterodoxos, particularmente el citado Alfonso Valdés y su hermano Juan, que fundó escuela en Nápoles, y el infortunado Miguel Servet, que fué quemado por el feroz Calvino. Servet había descubierto la circulación de la sangre en su conversión de de sangre venosa en arterial, pasando por el pulmón. Era un sabio y un filósofo que quería restituir el Cristianismo á una pureza ideal primitiva. A pesar de haber sido protegido por el emperador Carlos V, anduvo errante y fué á caer en manos de su adversario en la ciudad de Ginebra. Algunos grupos luteranos se fundaron en Valladolid y Sevilla, pero esto duró poco; varios autos de fe, tan solemnes como populares, bastaron para exterminar «la mala semilla» importada del Norte. España se conservaba puramente católica; Dios y la patria no formaban sino un lema. Los libros de los filósófos estaban prohibidos, pero en cambio teníamos el teatro, la novela picaresca y los libros de caballería, que se leían con fruición. Tuvimos también epopeyas; este último tercio del siglo XVI es la era de los poemas heroicos. La *Jerusalén libertada* fué traducida en 1575; las *Lusiadas* aparecieron en 1572, y la primera parte de la *Araucana* vió la luz durante el 1568. Los tres épicos contemporáneos fueron desgraciados; el más viejo, Camoëns, murió en 1579; el Tasso y Ercilla, diez y seis años después, 1595. Empezaremos por nuestro compatriota.

Alonso de Ercilla, tercer hijo de un gentilhombre originario de Vizcaya, nació en Madrid el año 1533; fué paje del príncipe de Asturias, luego de Felipe II, y corrió mundo con éste. Estaba en Londres cuando llegó la noticia de la sublevación de los Araucanos; Ercilla pidió y obtuvo el permiso para ir á combatir contra ellos y sostuvo una larga y penosa guerra. Corrió serios peligros, vió ejecutar y ejecutó las acciones más asombrosas. Así describió los acontecimientos que vió. Falto de papel, escribió la primera parte de su poema sobre pedacitos de cuero que él mismo se curtía. El poema se llamó *Araucana,* del nombre de la comarca.

Esta primera parte apareció en 1569, tres años antes que las *Lusiadas*,

y era aquello más historia que poesía, una crónica rimada, un diario en verso (1).

Como hombre y como poeta es doblemente interesante; sufrió todos los peligros y todas las miserias; fué condenado á muerte, después encarcelado y desterrado, arrastrando una vida agitada, vagabundo y sin que su poema le librase de la pobreza. Murió ciego, hacia los años de 1595.

El gran poeta lusitano, Luis de Camoëns, no fué menos desgraciado que nuestro Ercilla, pero alcanzó más gloria.



Alonso de Ercilla

El siglo XVI es el período verdaderamente literario de la nación portuguesa. La nación llegó á su más grande apogeo con los descubrimientos de sus navegantes. Su gloria es universal. Sus marinos le aseguran la riqueza, su supremacía en los mares de Africa y de la India; y, al par de éstos, sus historiadores y sus poetas le dan una gloria menos brillante, pero no menos duradera. Entonces es cuando florece Bernardino Ribeiro, el creador de la Pastoral, el que idealizó la vida de los campos é hizo de ella, por sus múltiples imitadores, el ideal poético de la vida humana. Bajo su influencia escribió Cervantes su *Galatea*. Cristóbal Falçam, Sa da Miranda, Vicente y otros sobresalen en diversos géneros, habiendo varios que no sólo se distinguen en portugués, sino también en castellano. Pero el que los domina á todos, la figura que se levanta alta entre todos ellos, es el poeta Camoëns.

---

(1) «No las damas, no amor, no gentilezas
De caballeros canto enamorados.
. . . .
Es relación, sin corromper, sacada
De la verdad, cortada á su medida...,»

La relación de Chile; con que empieza el poema, es la de un geógrafo ó la de un geómetra.

En toda la obra se admira cierta generosidad de espíritu, que no vacila en dar el primer papel á los salvajes, y al propio tiempo una valentía, una altivez de estilo que denuncian visiblemente al español, y sobre todo al soldado intrépido.

La monografía que de él escribió el vizconde de Souza-Botelho contiene los siguientes datos.

Nació Luis de Camoëns en Lisboa y no en Coimbra, en 1524 y no en 1517, como se dice. Por aquella época Portugal empezaba á decaer, el lujo corrompía las costumbres, la peste diezmó el país en 1526 y 1527; la corte de Juan III tuvo que refugiarse en Coimbra, adonde fué también la noble, pero pobre familia Camoëns, y allí fué donde Camoëns hizo sus estudios. Después de los clásicos latinos y griegos, estudió los italianos y se enamoró del Petrarca. Su primer ensayo fué una traducción de los *Triomfi* de éste. A los diez y ocho años volvió á Lisboa, y allí entró en la alta sociedad, siendo aclamado ya como un joven de gran ingenio. A los veintitrés años fué con la expedición portuguesa á Marruecos, batiéndose como un bravo. En una batalla contra los moros perdió el ojo derecho. Por fin volvió á Lisboa, donde llevó una vida tormentosa. En esto escribió el primer canto de *Las Lusiadas*, inspirándose en las *Décadas* de Jao de Barros, historiógrafo de la conquista de las Indias. Por fin se embarcó para Goa, siendo víctima de la mala voluntad de un gobernador.


Luis de Camoëns

Y aquí empiezan sus desgracias, hasta que al fin muere de miseria. En Macao iba á acabar su poema á una gruta, que aún se conoce hoy día con el nombre de *Gruta de Camoëns*.

En *Las Lusiadas*, el poeta nos cuenta toda la historia de la nación Lusitana, poniendo en lugar principal de la obra el motivo épico de la expedición de Vasco de Gama. Es un poema de gran aliento, escrito en 1.102 octavas reales, insiguiendo las del Ariosto y las de Politeano.

En el Norte, la Polonia no quiere quedarse atrás en el movimiento de las naciones europeas. La Academia de Cracovia rivaliza desde el Renacimiento con las Universidades más célebres de su tiempo. En ella profesan sabios de primer orden como Brodzewo, el maestro de Copérnico. Allí escriben talentos como Nicolás Rej, Kochanowski, Juan Zamoyski y el elocuentísimo Skarga. Y una juventud estudiosa cultiva todas las Ciencias y todos los géneros de literatura. Desgraciadamente pronto será

invadida, y este admirable florecimiento Eslavo, á cuya cabeza marchaba el gran Copérnico, decayó falto de autonomía y de independencia.

Nos hemos ocupado de todas las literaturas hasta fines del siglo XVI. Ahora conviene hacer un alto para saber en dónde estamos y contar los vivos y los muertos.

En 1600 la mayoría de los escritores que hemos citado habían abandonado este mundo: Marot en 1544, Lutero en 1546, Rabelais en 1553, Calvino en 1564, Camoëns en 1579, Ronsard en 1585, Montaigne en 1592, Amyot en 1593, Ercilla y el Tasso en 1593, Giordano Bruno en 1600. Algunos de quienes aún no hemos hablado habían muerto recientemente, especialmente dos ingleses, el dramaturgo Marlowe (1593) y el poeta Spéncer (1599).

Otros sobrevivían: Agrippa d'Aubigne y el hermano Paul (Sarpi), nacidos los dos en 1552. Dos ó tres á quienes ya hemos encontrado eran aún jóvenes: Galileo tenía treinta y seis años; Campanella treinta y dos; Marín treinta y uno. En Inglaterra, Francisco Bacon (nacido en 1561) y Guillermo Shakespeare (nacido en 1564) habían ya empezado, el último desde hacía diez años. En la misma época, un contemporáneo que Shakespeare no conoció, Lope de Vega, nacido en 1562, implantaba en España el drama libre, comedia que no se parece en nada á la tragedia ni á la comedia clásica. En la escuela opuesta, la de las reglas y las unidades, el español Lupercio de Argensola y el inglés Ben Jonson estaban ya sobre la brecha. El francés Malherbe tenía ya cuarenta y cinco años. Nuestro Góngora (nacido en 1561) empezaba ya á hinchar sus velas desplegadas. También importa nombrar al italiano Tassoni, que tenía treinta y cinco años y fué el predecesor del francés Boileau.

No obstante, el escritor del tiempo que adquirió un renombre más rápido y más extendido no fué ni Tassoni, ni Lope de Vega, ni siquiera Shakespeare, que debía esperar aún más de un siglo para que su nombre se extendiese por el Continente; fué Cervantes, que en 1600 tenía ya cincuenta y tres años y no había escrito aún el *Don Quijote.*

CAPITULO III

LA GRAN ESPAÑA LITERARIA

EL TEATRO Y SU DESARROLLO RÁPIDO. LOPE DE VEGA Y CALDERÓN ROMPEN LAS REGLAS.—CARÁCTER DEL DRAMA ESPAÑOL. EL HONOR.—LA NOVELA. CERVANTES. QUEVEDO.—OTROS ESCRITORES.—LOS MÍSTICOS Y LOS DEVOTOS.

En España, en la época de su esplendor florecen todos los géneros literarios, pero entre todos ellos sobresale en gran manera el género dramático, tanto como en la alta Antigüedad clásica.

El Teatro toma vida casi repentinamente y avanza á pasos agigantados hacia su perfección. Cual las Artes en Grecia, que en menos de un siglo alcanzaron desarrollo completo, de la muerte de Carlos V al reinado de Felipe IV el arte dramático español pasa de la simple narración accidentada á la tragicomedia perfecta.

La Celestina había abierto la puerta al drama. Poco importa que fuera una especie de novela dialogada, como han pretendido algunos críticos; lo cierto es que en ella el drama existe, el verdadero drama español esencialmente emocional, con los mismos personajes que aún hoy se admiran en Echegaray. La doncella, el galán, el criado, la alcahueta, los corchetes entran en escena para no desaparecer ya más.

Después de Fernando de Rojas y Lope de Rueda, el Teatro español ya tiene vida.

En Lope de Rueda el Teatro hállase aún en estado primitivo. Éste escribe, es verdad, *pasos*, *loas* y *escenas seguidas* en las cuales presenta á los personajes de su tiempo con un naturalismo ingenuo; estudiantes, bachilleres, licenciados, alguaciles, lacayos, rústicos, soldados, etc., todos comparecen en escena tales cuales son en la vida real, aun en los detalles más ínfimos; pero á veces representa mil cosas que no vienen á cuento. En esta época primera el autor tiene que ser, no pocas veces, cual el célebre batidor de oro, el actor de sus propias producciones. Pronto viene Naharro de Toledo y hace dar un paso más al teatro: suprime las barbas de estopa, á la vez disfraz y careta del cómico; inventa las decoraciones;

sírvese de las nubes, de los truenos, de los relámpagos, para ayudar á los efectos dramáticos, é introduce en la escena los desafíos y las batallas para dar mayor interés al argumento. Juan de la Cueva, para elevar el teatro á la verdadera poesía emocional, rompe la unidad del tiempo; genio verdaderamente realista, encontraba inverosímil el que toda acción siempre pudiera desarrollarse en un solo día. Síguele Virués, y luego Avendaño divide las producciones escénicas en tres *Jornadas* ó actos, cual los antiguos *misterios* de la Edad Media en Francia. Cervantes, influído por Italia, describe propias desventuras en *El Trato de Argel* y conmemora el valor patrio en la *Numancia,* al mismo tiempo que Lope de Vega reforma por completo la escena española. Sacando el arte dramático de los corrales, escribe, ó mejor, improvisa la comedia popular, pero literaria, violando las reglas clásicas por completo. Fija la forma nacional del drama, observando y describiendo mejor los caracteres y sobre todo dejando de fijar el metro; y con la variación del verso le da movimiento y vida. Y tanto mereció el aplauso de sus conciudadanos, y hasta de sus émulos, que se le llamó *El honor de Manzanares, El Cicerón de Castilla, El Fénix de los Ingenios, El Padre Adán de la comedia;* para decir que algo era maravilloso, se decía: «Parece de Lope.» Tanta libertad introduce en la escena, que recurre á personajes de todas las épocas sin curarse de la arqueología, de la historia, ni de la geografía para nada. Todos los héroes antiguos ó medioevales, Griegos, Romanos, Tudescos, Turcos, Polacos ó Moscovitas, todos son Castellanos y contemporáneos suyos. Y estas inexactitudes comételas conscientemente, según confiesa él mismo.



Fray Félix Lope de Vega Carpio

Calderón sigue á Lope de Vega, y vemos salir á las tablas un Coriolano sirviendo á Rómulo, vestido cual un capitán de Flandes, cuya mujer fué arrebatada por los Sabinos, al mismo tiempo que un Aristóteles er-

gotista, con golilla, ferreruelo, talabarte y espada de taza, cual un licenciado de Salamanca.

El galán, la dama, la dueña, la criada y el gracioso vienen á ser los personajes obligados de la comedia. El gracioso calma con sus chistes la angustia del espectador cortando la monotonía patética, preparándole así para nuevos efectos. Es la continuación del esclavo del teatro antiguo, del loco ó del bufón de las cortes y del *pobre diablo* de los misterios en la Edad Media. Seudofilósofo grosero y sin sistema, tiene carta blanca para soltar verdades injertas en desvergüenzas aun á los más altos personajes. Es siempre ó lacayo ó escudero. Especie de mono del amo, nunca pasa de las antecámaras ni suelta la librea; su más alto honor es aguantarle la capa ó remedar sus aventuras con las doncellas de servicio; cobarde por naturaleza, las armas más le sirven de estorbo en la fuga que de auxilio en la lucha. Entre tales personajes pasan casi siempre aventuras análogas, serenatas, escalamientos, desafíos, enredos que se desenlazan con uno ó más matrimonios, mujeres tapadas, amantes escondidos, venganzas de padres ó de maridos que lavan honras con sangre, etc., etc.

Falta siempre en el teatro clásico español la nota humanitaria, la nota tierna. El honor, y aun la Justicia, podrán quedar triunfantes, pero la crueldad y la sequedad de alma campean en la mayor parte de sus escenas junto con una galantería exagerada y artificiosa. El Amor sano está ausente, como lo están también la madre y el niño: Cánovas lo ha hecho notar en uno de sus estudios.

La idea motora, el ideal moral de este teatro es *el honor;* en otros términos, la fidelidad, la fe, primero en Dios y después en la patria y en la mujer, pero como una joya ó un fetiche. Ante el honor todo es sacrificado: la misma mujer amada, el amor, la felicidad, la vida. La manifestación característica de ese honor es un atavismo sarraceno: *Los celos*. Los celos no son aquí solamente una pasión, un furor amoroso, un egoísmo; son verdaderamente una especie de orgullo doméstico consagrado hasta la ferocidad. El marido no quiere que su casa sea profanada, y al menor indicio ó á la menor apariencia de falta, la mujer ya no tiene gracia que esperar. Este rigor llega hasta la locura en ciertos dramas de Calderón. En *El médico de su honra*, D. Gutiérrez es un justiciero inflexible, que habiendo leído las primeras líneas de una carta, sorprendida por azar, condena á su mujer á muerte; la desgraciada es advertida de la suerte que le espera y encuentra un papel conteniendo esta siniestra carta: «El amor te adora, el honor te aborrece; y así, el uno te mata y el otro te avisa. Dos horas tienes de vida: cristiana eres, salva el alma, que la vida es imposible.»

Esta advertencia produce escalofríos como la frase de Shakespeare en *Otelo:* «¿Habéis orado esta noche, Desdémona?»

Otros poetas van aún más lejos, como Rojas en su magnífico drama *Don García del Castañar*. Aquí la mujer es perfectamente inocente y su marido lo sabe; pero la cree solicitada por el rey, y no pudiéndose vengar del soberano, al cual se cree con el deber sagrado de pertenecerle fiel, se venga de su esposa. En otra obra de Calderón *A secreto agravio, secreta venganza*, esta pasión llega ya á lo inconcebible, no sabiéndose qué admirar más, si la grandeza de alma ó la refinada crueldad del protagonista.



Pedro Calderón de la Barca

Con todo esto, nuestro teatro es el primero de su época. España ve en cien años más dramas y mejores que ninguna otra nación haya visto nunca. Castilla sola tuvo 76 autores, sin contar los de las provincias, y de entre éstos muchos muy notables: Cervantes, Lope, Calderón, Rojas, Moreto, Guillén de Castro, Tirso, Argensola y otros varios forman una pléyade igual ó poco menos. Primero alcanzó consideración Cervantes, luego Lope, modernamente Calderón. Las comedias más celebradas en la época son de los otros. *La verdad sospechosa, El burlador de Sevilla, El desdén con el desdén, Las mocedades del Cid, García del Castañar, Entre bobos anda el juego,* no son ni de Cervantes, ni de Lope, ni de Calderón; se ha necesitado el siglo XIX, de aficiones psicológicas y de tendencias democráticas, para que se diera todo su valor á *La vida es sueño* y sobre todo al *Alcalde de Zalamea*, una de las obras maestras de la literatura europea, es decir, para encontrarle un sol á esta constelación de genios.

Tal como hoy le apreciamos, Calderón de la Barca viene á ser la figura culminante de nuestros dramaturgos (1). Sus dramas, menos abundantes,

(1) También, á más de sus dramas, son interesantes los *Autos sacramentales* de Calderón, pero nos falta espacio para ocuparnos de ellos.

pero con más cualidades que los de Lope, son la síntesis del Teatro Español. Su lenguaje, su estilo, su desprecio de las reglas, sus pasiones violentas, su ferocidad, su realismo; en fin, sus tendencias y hasta sus extravagancias, todo se halla resumido en las comedias de este genio. Él, por sí solo, sintetiza su país y su época. Retrata al hombre que está sujeto al poder absoluto del rey y de la religión en lucha contra estos poderes que él cree ineludibles y necesarios, y de tales elementos saca situaciones dramáticas que compiten con las de Shakespeare. El Teatro, después de haber brillado en Grecia, resucitaba en España y alcanzaba tal esplendor, que sus reflejos motivaban otro en Francia. Apenas extinguido el genio dramático español, Corneille tomaba á manos llenas materiales para su *Cid* en Guillén de Castro, y Molière para su *Don Juan* en Tirso.

La *novela* llega á la primer altura con Cervantes. Su Quijote y su Sancho serán la eterna encarnación del idealismo ignorante y del utilitarismo limitado y egoísta. Como obra de arte no hay que analizarla. Bibliotecas enteras se han escrito sobre ella. Sus tipos son, no tan sólo españoles, sino humanos. Estudiados del natural, viven con, la fuerza de los seres reales. Todo en esta novela es á la vez muy extraordinario y muy natural. Nada hay en ella que sea mediocre ni falso. Hasta los caracteres vulgares toman relieve en su propia vulgaridad. Los paisajes y sus pobladores resultan tan verdaderos, que aun hoy día viajando por España los vemos iguales. Aquella aridez de la Mancha, aquellos molinos y ventas, aquellos bosques de las Guillerías, los arrieros, los bandidos, el cura, el bachiller, los nobles, todo, todo es más real que la propia realidad. Jamás la imaginación y la observación se pusieron tan de acuerdo para producir obra alguna.

Pero estamos delante de un coloso y hay que detenernos.

Miguel de Cervantes nació el 1547, en los primeros días de octubre, en la ciudad de Alcalá de Henares, á poca distancia de Madrid. Allí fué donde hizo sus primeros estudios; en sus horas de descanso iba á ver las comedias de Lope de Rueda, y leía cuanto caía en sus manos, hasta los trozos de papel destrozado que recogía en las calles. Se cree que de Alcalá pasó á Salamanca, en cuya Universidad estudió dos años; sus primeros versos están impresos en 1569 en dicha ciudad. Los había compuesto á los veintidós años, á la muerte de la reina Isabel. Al año siguiente estaba en Roma, al servicio de Julio Aquaviva, que luego fué cardenal.

En 1571 nos encontramos á Cervantes en el ejército, en donde entonces entraban todos los poetas españoles (1). Estuvo en Lepanto en la ar-

(1) «No hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios á los campos de la guerra; ninguno salió de estudiante para soldado que no lo fuese en extremo.» (Cervantes, *Trabajos de Pérsiles y Segismunda.*)

tillería de marina el 7 de octubre de este glorioso año. En esta gran batalla, que detuvo á los Turcos, el autor del *Quijote* perdió la mano izquierda y fué transportado á Messina, en donde pasó todo el invierno. Más tarde tomó parte en otras batallas, en las que sufrió mucho, y en 1575, capturado por los piratas, fué conducido á Argel. Allí fué muy desgraciado y muy maltratado, intentando varias veces la fuga y pensando en una sublevación en la que debían tomar parte los veinticinco mil cautivos, escapándose de la muerte, á que fué condenado, por una secreta simpatía del *Dey*, que veía en él á un valiente. Por fin, después de cinco años de cautividad, Cervantes pudo ser rescatado (1580) por los sacrificios de su familia y por la caridad de una cofradía religiosa: tenía entonces treinta y tres años.



Miguel de Cervantes Saavedra

A su regreso á España le esperaban muchas decepciones. Su padre había muerto y su familia estaba arruinada. La *Novela pastoril* florecía en Lisboa; Cervantes hizo allí la suya, la *Galatea*, que publicó en 1584, á los treinta y siete años, como «las primicias de su ingenio.» Dícese que ha cantado su propia historia en la *Galatea*, y que la heroína era la joven con quien más tarde debía casarse. Él mismo dió su opinión sobre esta obra en el capitulo VI de la primera parte de *Don Quijote*.

Cuando se casó Cervantes debió pensar en asegurarse un medio de subsistencia; á este efecto se dedicó al teatro (1).

En 1584 dió su primera obra dramática, y hasta 1590 fué el autor más popular en todos los corrales. Según su propia confesión, dió á la escena

(1) Véase el *Viaje entretenido*, de Agustín Rojas. Este libro, muy divertido y muy exacto, nos instruye sobre las costumbres de los cómicos en aquel tiempo, tiene cierta importancia histórica, y parece que en él estén inspirados, entre otros, *Le roman comique*, de Scarron, y sin ningún género de dudas *Le Capitaine fracasse*, de Gauthier.

de veinte á treinta piezas, que «recibidas sin la ofrenda de pepinos ni otra clase de proyectiles vegetales, llegaron al final sin tumulto ni silbidos.» Nos quedan *El trato de Argel* y la *Numancia*. La primera es una producción fantástica en que describe las propias desventuras. La segunda es un drama heroico patriótico (1). Escribió luego sus célebres novelas. Pero lo que inmortalizó á Cervantes, lo que le levantó sobre los literatos españoles y sobre los extranjeros es *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. En esta obra Cervantes ha llevado al colmo la burla épica. El *Castigat ridendo mores* nunca se ha elevado á tanta altura. Él y Rabelais parece que van de pareja; la jovialidad escéptica del cura honrado, con el buen humor profundo del bravo caballero. Su risa no es ancha y avinada, como la del cura de Meudón. Es fina, acerada, elegante, discreta, casi galante, llena del profundo sentimiento de Naturaleza del Renacimiento. Rabelais, médico y cura, anatomiza, diseca y presenta las enfermedades morales de la Iglesia, su corrupción interna; Cervantes, militar y caballero, nos pone de relieve los defectos de la andante caballería.

Como todos los grandes genios, lleva en su seno la quimera; de aquí todas las grandezas inesperadas de su imaginación. Además tiene una intuición que penetra el alma, cual una espada penetra el cuerpo, y de un solo tajo ha dividido la Humanidad en dos. El idealista noble, pero quimérico é ignorante, y el materialista lleno de sentido común, pero grosero, egoísta, hombre del momento. Y con el instinto cómico y el instinto romántico aunados, maneja estos personajes y nos da idea del eterno drama humano. Y en estos dos aspectos del hombre presenta al mismo tiempo los dos aspectos de España. El heroísmo estéril, ignorante, fuera de la vida, que sólo mira al pasado y no ve la realidad de las cosas. Y el egoismo brutal, ignorante también, que no ve más que la tierra que pisa y el momento presente, y que se resigna y no progresa por falta de ideales nuevos, de ideas generosas. ¡Qué grande es Cervantes!

En Cervantes, en su *Quijote*, se ve siempre un combatiente, como á Esquilo en sus dramas, como á Juvenal en sus sátiras, como á Dante en su poema, como á todos los grandes genios. Y es que esos poetas eran vates y soldados á un tiempo; habían aprendido la lucha en los mismos campos de batalla. La pluma en ellos era su segunda espada, espada sagrada, flamígera, más contundente que la de acero. Juvenal fué tribuno militar, Cervantes estuvo en Lepanto, Dante en Campalbinco, Esquilo en Salamina y luego va al destierro, como Dante, y Cervantes á la cárcel, como Juvenal. La desgracia templó sus plumas, como el fuego había tem-

(1) Tiene además Cervantes los *Entremeses*, que son muy notables, aunque parece que algunos de los mejores no han llegado hasta nosotros.

plado sus espadas. Por eso son combatientes sobrehumanos, invencibles, inmortales, que aun hoy día siguen combatiendo á nuestro lado.

Cervantes tiene los tres grandes dones de los genios: la creación, que encarna las ideas transformándolas en seres vivientes; la observación, que le da los elementos reales tomados en la vida misma; y la razón bajo sus formas de buen sentido y de clarevidencia, es decir, la facultad de sentir, de ponderar exactamente las cosas, y de apreciar en ellas lo que los demás no aprecian.

El entusiasmo vacío entra en campaña. La ironía egoísta y clarevidente le sigue y juzga. Ambos tipos llevan la montura que les corresponde. Un caballo quimérico cual desmedrado hipógrifo ó cual corcel del Apocalipsis, el héroe manchego; un sufrido asno que mira siempre al suelo, su escudero. Y en el fondo una gran filosofía. ¡El sentido práctico sirviendo al idealismo loco!

Hay quien ha dicho que Cervantes se burlaba del ideal; nada más falso. Se burla del ideal que mira hacia atrás, del ideal ignorante, del ideal que se pasea por el desierto. Pero véase, en la segunda parte, cuál se enternece por su héroe. En medio de su risa salta una lágrima. Cervantes es para *Don Quijote* lo que Molière para su *Alceste.*

Un elemento entra en la literatura con Cervantes: el Buen Sentido. Y entra cuando entrar debía. Cuando España se obstina en sostener ideales muertos, cuando su fúnebre monarquía, cuando su feroz gobierno empieza á llevar á los Españoles á guerras improductivas, estériles para la Humanidad y para la nación, diezmando las familias, desolando las madres, degenerando la raza, llevando la flor de la nación á matar ó á morir bajo pomposas banderas, con las palabras huecas de *honor, gloria militar, fidelidad al trono...*

¡Qué admirable la carcajada de Cervantes ante este heroísmo loco y estéril! ¡A haberle escuchado España, no estaría caída como hoy se halla! ¡Aprende, pueblo español, que aún es tiempo!

Para colmo de infortunio, un infame plagiario, Avellaneda, le tomó la idea y le hizo otro *Quijote.*

Por fin murió pobre, pero tranquilo, escribiendo después de viaticado aquellos versos célebres al Conde de Lemos:

«Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la Muerte,
gran Señor, esta te escribo »

La novela picaresca se desarrolla con un realismo de que no hay ejemplo en lo moderno. *Guzmán de Alfarache, Rinconete y Cortadillo, El gran*

Tacaño, son modelos de este género en que se extrema la realidad, tanto, que á veces raya en caricatura. Hurtado de Mendoza, el primero, y después Quevedo, Vicente Espinel en su *Escudero Marcos de Obregón*, y otros retratan, con un vigor á lo Velázquez, la miseria y la truhanería, que se habían ya apoderado de España, triste residuo de su imperio universal.

Así como España había tenido su Bocaccio antes que Italia, tuvo también su Voltaire antes que Francia. Este fué D. Francisco de Quevedo, el primer escritor satírico de los tiempos modernos. Filósofo, y más que filósofo crítico, sabio humanista, espíritu franco y liberal, que no se doblegaba ante los más altos poderes, observador de primera fuerza, novelista que une la fantasía á la realidad, tal es el autor de *El gran Tacaño*, de las *Cartas del caballero de la Tenaza*, de *El sueño de las calaveras*, *La fortuna con seso y la hora de todos*, y de tantas obras como retratan la sociedad de su tiempo con todas sus costumbres y sus vicios. Con él el verso toma intención sirviendo á la idea y la prosa relieve con la observación de la naturaleza y del corazón humano.

Como todos los grandes genios, fué desgraciado; al fin de su vida fué encerrado, por orden del conde-duque de Olivares, en un calabozo en que entraba el agua, muriendo al poco tiempo de haber salido de él.

En esto se había introducido una influencia extraña al carácter nacional, sobrio y conciso. La literatura italiana, haciéndose de moda, no tardó en propagarse en la Península, y así la prosa y más que todo la poesía empezaron á recargarse, á hincharse, á hacerse artificiosas y antinaturales. Entonces fué cuando se aprisionaron las ideas en sonetos, estirándolas ó compriméndolas para que cupieran en ellos. También se adoptaron otros metros impropios del genio de la lengua de Castilla. La afectación, la ausencia de naturalidad, la falsa exaltación y el discreteo de palabras pasaron por verdaderas cualidades. La originalidad nativa de los literatos desaparecía bajo el peso de las importaciones extranjeras; no soñando más que en aproximarse á las cualidades superiores de la lengua toscana, á la melodía, á la dulzura y sonoridad, injertaron en la propia un carácter que nada de común tenía con su naturaleza; y más que cultivar las cualidades naturales de la lengua de Castilla hasta perfeccionarla, prefirieron imitar las perfecciones exóticas, vinieran ó no á cuento, cuando no se llegaba á copiarlas servilmente. Verdad es que la energía, el color y el fondo realista del carácter español no quedaron borrados más que en las producciones que daban á luz las mediocridades correctas; pero hasta en las de los genios, las dichas cualidades, aun sin desaparecer, sufrieron mucho. Sobrécargóse el estilo de frases ampulosas, rimbombantes y sonoras; púsose toda la atención en hacer juegos de palabras elegantes; el retruécano

hízose habitual, los nombres latinos de uso común; y para *el bien decir* llegóse á alambicar tanto el lenguaje, que á fuerza de torturarlo las más de las veces, en lugar de decir bien, no se decía nada.

Entonces desarrollóse un gusto extremado por el conceptualismo, del cual ni los mismos genios como Quevedo pudieron librarse. El barroquismo, que empezaba á invadir las artes plásticas, invadió el lenguaje, y el *culteranismo* triunfó en centenares de obras, con su estilo alambicado y sutil, tan hinchado de forma como vacío de inspiración. El genio voló al cielo; sólo se rindió ya culto al *ingenio;* y el *gongorismo* extremó el mal, produciendo en todos sus adeptos un énfasis lleno de insignificancia y una construcción torturada que admitía las transposiciones más insensatas con tal que la frase tuviera una cierta resonancia al oído. Ya nada se decía de una manera natural. Hablar claro era un pecado. Toda la literatura consistía en hacer jeroglíficos de las ideas, para tener el supremo placer de descifrarlos. Góngora, á fuerza de pedantería mitológica, de helenismos y latinismos, de tropos, transposiciones y giros raros, acabó por hacer del lenguaje un verdadero logogrifo.



Francisco de Quevedo Villegas

Con todo, debemos hacer honrosas excepciones: los dos Argensolas, de los cuales se decía que habían venido de Aragón á Madrid para enseñar el español á los castellanos. Hubo historiadores como Melo (1) que escribían crónicas vívidas, cual la *Guerra de Cataluña,* en estilo elegante, preciso; Mármol Carvajal con sus *Guerras de Granada*, Coloma con su *Historia de los Países Bajos;* y filósofos como el nunca bien ponderado Gracián, que escribió *El Héroe* y *El Discreto,* y otras obras, con dicción clara, á pesar de contener conceptos tan profundos, que modernamente han inspirado á Carlyle y á Nietzsche.

No obstante, raros son los escritores del siglo XVII no contagiados por

(1) Hay que advertir que Melo era Portugués, por más que escribiera en castellano.

tal epidemia literaria. Después de esto acabóse la razón y el buen sentido y con ellas el buen estilo. No busquéis ya en los literatos españoles ni discusión, ni profundidad de miras, ni conocimientos científicos, ni raciocinio, ni observación, ni aun erudición exacta. Todos son miopes de inteligencia. En sus obras se pinta en un estilo amanerado un ardor exagerado del deseo amoroso; las gestas de la guerra cántanse con una hipérbole imposible; la truhanería y el hambre inspiran muchas poesías; y mientras tanto, el género místico cae en unos transportes histéricos de amor divino que se encenagan en descripciones de una concupiscencia desenfrenada. Ya no es el sublime misticismo de Santa Teresa de Jesús, de San Juan de la Cruz y de Fray Luis de León, llenos de amor divino y de sentimiento. Ni siquiera el de Luis de Granada ó de Malón de Chaide. Sólo hay autores groseramente devotos.

La literatura religiosa florece, pero de una manera gerundiana y churrigueresca. No hay acto de la Iglesia ó de sus ministros que no sea santificado; con la influencia molinista, las más groseras concupiscencias aparecen como emanaciones divinas; y con la influencia inquisitorial, todo crimen teocrático viene á ser justicia del Eterno. Cuanto más cruel é injusta es la persecución, más se la ensalza. Escríbense innumerables infolios para probar la necesidad del exterminio, la santidad de la hoguera; todas las locuras de la superstición más brutal son legitimadas; todas las imposturas ó crímenes clericales pasan por milagros edificantes; apenas hay un literato que no los alabe ó no dé fe de ellos. Cada santo tiene sus historiógrafos especiales que rivalizan, para glorificarlo, en el desprecio de la verdad y del buen sentido. Las catedrales, los monasterios, los conventos y hasta las ermitas tienen sus cronistas, los cuales escriben tales cosas cual jamás se hayan escrito más absurdas. La milagrería viene á constituir el género más fecundo de la literatura religiosa española de fines del siglo XVII.

CAPITULO IV

INGLATERRA

EL TEATRO INGLÉS Y LOS AUTORES. MARLOWE. HOSTILIDAD PROTESTANTE. SPÉNCER. — SHAKESPEARE

Cervantes murió en 1616, el mismo año que Shakespeare, y por mucho tiempo se ha creído que el mismo día, por no haber tenido en cuenta la diferencia de los calendarios. Shakespeare, nacido en 1564 (el año en que murieron Calvino y Miguel Angel y nació Galileo), fué también un contemporáneo de Lope de Vega y empezó, como él, hacia el 1590. En la historia de la literatura debemos consignar un hecho muy singular; dos teatros, libres, irregulares, casi románticos, nacían al mismo tiempo en Londres y en Madrid, en las dos extremidades de la Europa occidental, sin que los autores de las dos naciones, entonces en guerra, se conociesen ni siquiera de nombre y sin que supieran que cada uno de ellos trabajaba de una manera análoga para su respectiva patria.

En Inglaterra, en esta época, el pensamiento se manifiesta en el Teatro. En él danse á conocer Roberto Greene, Gorge Peel y Marlowe. Detengámonos un momento. Marlowe era un genio, que á no haber muerto muy joven, asesinado, hubiera marchado de par con Shakespeare. Entre otras producciones suyas citaremos *El Fausto*, drama ó poema que evidentemente inspiró el de Gœthe y que le es superior en muchos puntos. Marlowe, con sus versos enérgicos, con sus descripciones esculturales y llenas de color, con sus situaciones dramáticas, domina todo el grupo Shakespeariano. Y en este grupo viene Shakespeare á substituir á Marlowe, resplandeciendo como un astro de luz inextinguible.

Para entusiasmar á su público, este grupo de escritores no tiene más que dejarse llevar con la corriente de las pasiones de su época. Poetas exuberantes y de genio, llenos de pasiones, su temperamento es á la vez su motor y su guía. Los amores exasperados, el dolor, el crimen, la demencia, la muerte, esas imágenes trágicas llenan su cerebro, como motivos primordiales. Empujados al azar por las causas más incoherentes, su sensibilidad en vibración continua, lleva la exasperación de su temperamento ul-

tranervioso al colmo, y sus producciones repercuten en el medio ambiente que les rodea como explosiones formidables de las cuales aún duran los ecos. Jamás ha habido un momento más favorable para la alta expresión de lo patético. Las palabras hervían bajo la fermentación de los acontecimientos, acontecimientos tumultuosos que volvían de arriba abajo la sociedad y las costumbres. Aquello era la vida de la propia Inglaterra, entre las angustias de la armada de España y los triunfos de Isabel, las guerras de doctrinas que concluyeron por el triunfo de la Reforma y las aventuras prodigiosas de esos héroes que parecen soñados: Drake, Cavendish, Raileigh. Durante sesenta años y sin interrupción el drama tiene en Inglaterra una energía y un empuje extraordinarios, representándose en pleno día, con una decoración primitiva, con un estilo, una acción, unos personajes y una concepción de la vida nunca vistos. La generación poética de Shakespeare, Beaumont, Fletcher, Massinger, Ford, Webster, Thomas Heywood, James Shirley, continuó su acción fecunda. Su acción ardiente y apasionada se prolongó hasta que estalló el fanatismo puritano.

En un momento todo se apagó, los espectáculos fueron prohibidos, los juegos, las representaciones, y el drama inglés fué muerto por los puritanos que so pretexto de moral decretaban la ignorancia, prohibiendo además los libros griegos y latinos, y hasta la lectura del *Antiguo Testamento*, para que nó se dudase del nuevo, á pesar de la protección que la reina Isabel daba á las letras. Así lo afirma Ben Jonson, el actor más notable de aquel tiempo.

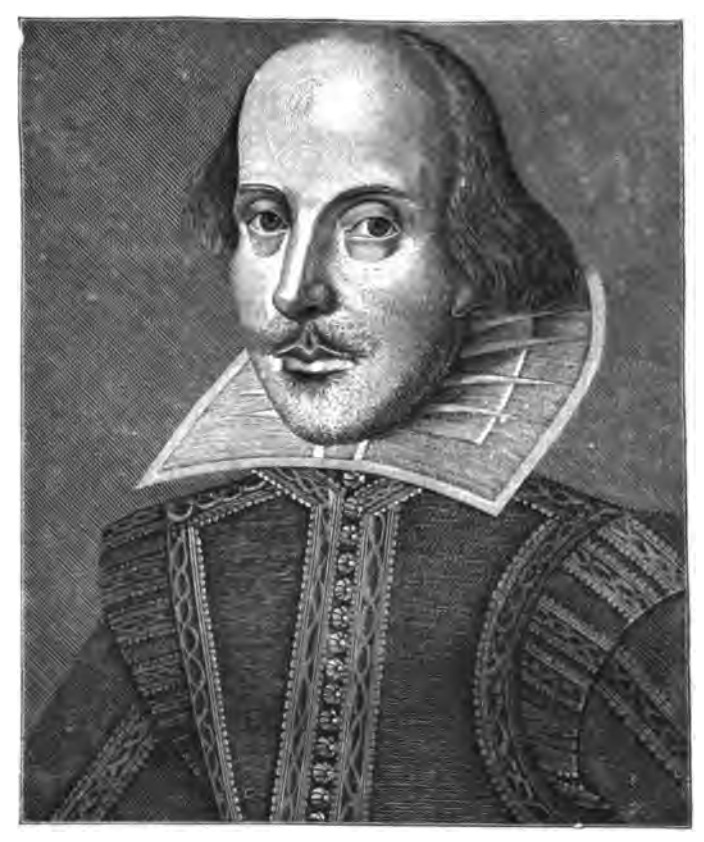
Ya sólo la literatura inglesa contará con un pequeño número de escritores distinguidos y discretos, como John Hales, Chillingworth, Barton, Jeremy Taylor, Baxter y Bunyan, que fuesen capaces de imprimir un poco de relieve intelectual á esa fría y seca época de los taciturnos puritanos.

Debemos, no obstante, citar un escritor notable, fecundísimo, que se debe á la protección que la reina Isabel dió á los literatos. Por la primera vez, después de Chaucer, Inglaterra tuvo un poeta y, cosa notable, este poeta, Edmundo Spéncer, hizo en su siglo (1552-1599) lo que Chaucer había hecho en el suyo; se apoderó de toda la poesía del tiempo y la hizo suya; á más tradujo, entre otras cosas, las *Visiones* de Petrarca y las *Ruinas de Roma* de Joaquín de Bellay. En su juventud había amado á una Rosalinda que le fué ingrata. Sobre esta aventura escribió un tomo de *pastorales* y de *quejas*, publicadas en 1579, con una dedicatoria á Felipe Sydney. Spéncer fué nombrado en 1580 secretario de lord Grey, virrey de Irlanda. Larga es la lista de las obras de Spéncer, y el espacio nos falta para relatar su producción múltiple; así, pasaremos al genio de la época.

Hagamos alto en Shakespeare, en este coloso, que en el campo de

la historia se levanta como Esquilo, como el Dante, como Cervantes.

¿Qué estudios siguió Shakespeare? ¿Dónde tomó el material de instrucción que poseía? Se ignora. Hay quien llega á atribuir sus argumentos al canciller Bacon, ó á otros. Lo poco que se sabe de su persona es esto: Nació en Stradford, se casó joven y tuvo hijos; luego fuése á Londres,



Guillermo Shakespeare, de un grabado en cobre de M. Droesbont (1623)

donde se hizo cómico y compuso al mismo tiempo sus dramas. Volvió á Stradford y cultivó una propiedad que allí tenía; hizo testamento, murió y fué enterrado modestamente. Unos dicen que su oficio primitivo fué el de carnicero; otros, el de ganadero. En Londres se dice que empezó por guardar caballos á las puertas de los teatros. Otros quieren que fuese erudito y que frecuentara algunos lores y algunos poetas. Mas todo esto es vago y se funda sólo en conjeturas. Lo que sí se sabe es que de tiempo en tiempo regresaba á su villa natal, dejaba allí el dinero ganado y se volvía á Lon-

dres. Por fin se retiró gozando de una renta de 500 libras esterlinas por año. Murió á los cincuenta y dos años, después de haber casado bien á sus dos hijas. Contra lo que supondrían sus obras, llevó, al parecer exteriormente, una vida tranquila. Aquellas tempestades sólo bullían en su cráneo.

¿Qué representan las obras de Shakespeare? La existencia entera, el hormigueo de pasiones, de luchas, de sentimientos que constituyen la vida. Parece que Shakespeare haya sentido el drama de la vida en sus múltiples y cambiantes formas, más hondo, más ancho y más alto que otro dramaturgo alguno. En sus obras las aves cantan, los árboles reverdecen y extienden frondosas ramas, las nubes pasan, los corazones aman, las almas sufren, la lluvia cae, hace frío, hace calor, el Sol se pone, viene la noche, la Luna brilla, los espectros se aparecen á las conciencias torturadas, el tiempo pasa, los bosques murmuran, las turbas gritan, la sangre se vierte, hay agonías entre el ojo que se duerme y el que se desvela, un vasto sueño eterno flota continuamente. La savia y la sangre, todas las formas del hecho múltiple, las acciones y las ideas, el hombre y la Humanidad, los vivos y los muertos, las soledades y los poblados, los cementerios y los palacios, las religiones y la incredulidad, las perlas y el estiércol, el paso de los que van y de los que vienen, los caballeros y las damas, ejércitos y mendigos, cómicos y sacerdotes, Grecia, Roma, Florencia, Venecia, Escocia, Las Ardenas, Dinamarca, etc., el flujo y el reflujo eterno de los seres, todo esto se halla en Shakespeare.

Tiene puntos de vista de Amor y de Grandeza, pero también tiene visiones siniestras, tal vez las más dramáticas. Hace salir de la tierra los muertos y les hace hablar, como hizo el Dante. El cráneo, en Dante, es roído por Hugolino. Shakespeare, entre las manos de Hámlet, le hace inspirar profundas meditaciones sobre el problema de la Vida.

¡Y qué luz en sus dramas! La Isla de Próspero, el Bosque de Las Ardenas, los Matorrales de Armury, la Plataforma de Elseneur, el Cementerio de Verona, ¡qué claridades tan distintas! ¡Y qué estados de ánimo no revelan tan diferentes! ¡Y siempre un problema, un eterno problema en lontananza, que se divisa en el horizonte crepuscular de la conjetura! Parece que por la ventana de la realidad se precipita en el ensueño.

¡La realidad! Sus personajes son más reales que la realidad misma. Desbordan de realidad en su carne viviente. Sayloch es más usurero que todos los Judíos juntos, Hámlet es la propia meditación vaga é indecisa y la venganza reconcentrada. Otelo es un superceloso. En *Romeo y Julieta* el amor se eleva del éxtasis al suicidio, en *Mackbet* la ambición salta hasta el crimen, Ariel y Calibán son los eternos tipos de la idealidad y de la grosera bestia humana.

Shakespeare tiene la emoción, el instinto, el grito verdadero, el acento justo, la palabra adecuada, el gruñido de la fiera humana, el canto del Angel, el rumor de las grandes multitudes. Su poesía es él y nosotros todos. Su alma parece un elemento de la Naturaleza, el Alma del Mundo. Con Cervantes, como impulsados por el espíritu de los siglos, se levanta para poner fin á los restos de la Edad Media. Así como Homero y Esquilo cerraron la puerta del Antiguo Oriente bárbaro, Shakespeare y Cervantes cierran la puerta de la barbarie gótica.

CAPITULO V

SIGLO XVII

FRANCIA. DIVISIÓN DEL SIGLO.—EL HOTEL RAMBOUILLET, LA ACADEMIA Y PORT-ROYAL. CARÁCTER DE LA LITERATURA EN TIEMPO DE LUIS XIII. LOS GROTESCOS Y LOS PENSADORES.—LAS LETRAS CON LUIS XIV.—INGLATERRA Y MILTON.—RENACIMIENTO LITERARIO DE HOLANDA.—ALEMANIA IMITA Á FRANCIA.

El siglo XVII ha sido llamado frecuentemente el siglo de Luis XIV, siendo así que esta denominación sólo puede aplicarse al período comprendido entre 1661 y 1715. Antes de esta primera fecha, Luis XIV no podía tener influencia alguna sobre las artes y las letras, puesto que aún no reinaba. La parte del siglo que va hasta 1661 conserva aún algo del carácter del siglo anterior, por Malherbe y Enrique IV, y llega á la perfección con Corneille, Descartes y Pascal. Todo en este período es noble y de gran vuelo en las obras de los buenos escritores. El espíritu es independiente, el pensamiento fuerte, la lengua original, enérgica, exuberante. En literatura como en política se va hacia la unidad, pero en un sentido altamente libre. Las obras de Corneille aplastan con su superioridad las de sus *zoilos:* Mairet, Scuderi, Bois Robert y otros. Balzac hace prosa elocuente; el mal gusto desaparece de la lengua francesa, que se ennoblece, se hace clara y fuerte con Descartes, Pascal, Retz, Saint-Evremont, Rotrou, Cyrano y Vaugelás.

Sin embargo, en esta primera parte del siglo una multitud de poetas medianos llenaban los oídos con sus poco recomendables composiciones. Chapelain, «atenaceando su cerebro,» forjaba los «doce veces mil doscientos» malos versos de su *Pucelle;* Menage, Benserade, Voiture iban á leer sus sonetos y madrigales en las callejuelas, en tanto que de Urfé, la señorita de Scuderi, La Calprenede y Gomberville ofrecían á los *preciosos* y *preciosas* de la época las novelas en ocho y diez tomos, donde príncipes y pastores, reinas y vaqueros, hablaban un lenguaje florido, tierno y ridículo, del cual Molière y Boileau dieron buena y justa cuenta.

Tres centros literarios se forman en este siglo, que son los focos don-

de toman incremento las letras. El uno, debido á la iniciativa privada, fué el *Hotel de Rambouillet*, en el cual la hermosa Catalina Vivonne, con su no menos bella hija Julia de Augennes, madame de Sevigné y la Paulet, presidían las fiestas de los poetas y literatos de la época.

Allí, en este Hotel, La Vivonne admitía sólo á los que probaban su ingenio, ya fueran nobles, ya plebeyos, y reunía un gran número de amigas cultas y amantes de las letras, que alentaban á los escritores, ó escribían ellas mismas; de allí salió lo que se llamó *el preciosismo*.

El otro centro literario fué la *Academia*, debido á la iniciativa del gran Richelieu. Fué instituída en 1635 y tomó el nombre de Academia Francesa. Dócilmente sometida al rey á partir de 1661, compartió ya sola con Luis XIV toda la influencia literaria del resto del siglo, sobre todo después que los Jesuítas hubieron arruinado el tercer centro, que era *Port-Royal-des-Champs*.

Cada uno de esos centros prestó grandes servicios á las letras francesas, pero cada uno también produjo grandes defectos. El Hotel de Rambouillet eleva la condición de los escritores, ayuda á Molière, apoya grandes obras, populariza la poesía y el drama; pero en cambio produce las *preciosas*, los poetas amanerados y preconiza obras de muy mal gusto. A Port-Royal le debemos Pascal; pero se puede reprochar á aquellos jansenistas su misticismo antivital y el incremento jesuítico. A La Academia se le debe la pureza y precisión de la lengua francesa; pero se la puede acusar de haber condenado demasiado rigurosamente ciertas palabras, de haber tenido puntos de vista críticos muy estrechos y de haber sido demasiado tiempo una corporación sabia, sometida al rey, á ese rey cuya majestad fastuosa ejercía ya una influencia funesta en la literatura.

En 1661, Luis XVI toma las riendas del gobierno y se entra de pleno ya en *su siglo*. Paulatinamente fueron conociéndose los nuevos escritores: Molière, Lafontaine, Boileau, Racine, Fenelón, Massillón, Regnard, Bossuet, La Bruyère, Perrault y Quinault, y con ellos se llega á la unidad; todo se somete á las reglas, todo está disciplinado.

La superioridad de la inspiración y del pensamiento en la primera mitad del siglo XVII se debía á la fiebre de la lucha. Casi todas las grandes obras del genio humano han sido concebidas en épocas análogas. Los relámpagos no se ven más que en las tempestades, dijo Richelieu con razón. Esas grandes concepciones necesitan fiebre de idea para que brillen é irradien; en los períodos tranquilos sólo es posible, por lo general, la perfección nimia y metódica.

Después de Calvino y de Teodoro de Beze, de Agripa d'Aubigny, y otros, con San Francisco de Sales, el piadoso apóstol que sucede á las in-

tolerancias y rudezas de la Reforma, empieza una época de conciliación. Calmada de las convulsiones de la liga, de los heroísmos hugonotes, Francia ve en lontananza una era de tranquilidad, espacios de luz y de grandeza tranquila. Como hemos dicho, Malherbe, después de Regnier, en la poesía lírica, Balzac en la prosa, Corneille en el teatro, y Cyrano en la novela fantástica y en la sátira, inauguraron esa brillante época que va á dar luego lugar, en la otra mitad de siglo, al movimiento pomposamente tranquilo de los clásicos franceses. Todos los escritores de esta primera mitad de siglo tienen aún el ardor y la exuberante savia del siglo que les precediera. Por la forma se unían aún á los Italianos, y más que á éstos á los Españoles, en cuyas heroicas fuentes habían ido á beber abundantemente. Dígalo, si no, el *Cid* de Corneille, lo que le debe al de Guillén de Castro, y aun los primeros dramas del gran Molière.

Con las virtudes españolas é italianas habían también recogido los defectos. Marini les había inoculado el preciosismo. Góngora y Ledesma les habían sugestionado la torsión y el alambicamiento de las palabras y de los conceptos; la altisonancia y la grandilocuencia desmedidas. Era la atmósfera de la época. El conceptismo en Italia, el eufuísmo de Lily en Inglaterra, el culteranismo en España, el amaneramiento pedantesco de Hoffmanswaldau y de Lohenstein en Alemania, el preciosismo en Francia, parecían haber hecho una alianza contra la razón y el buen sentido. Por fin triunfó la razón tranquila, el estilo mesurado, pero la antigua fuerza por el momento sufrió de ello. En cambio ganó la lengua, pues regularizóse y fijóse.

En esta primera época, á más de Corneille y de los antedichos grandes escritores, existe una pléyade extravagante libre de toda traba, que ha influído grandemente, no sólo en las letras francesas, sino que también en el espíritu. Son los Bohemios de la época, los llamados *Grotescos*, echados al olvido por la influencia de los clásicos, pero superiores á muchos de ellos por su fondo. Son casi todos ellos individuos de una independencia absoluta, que desprecian los honores y los altos puestos. Tienen, por lo general, en sus escritos originalidad, extravagancia, fuga, entusiasmo, fantasía, calor, con figuras y frases chocantes que llegan á la caricatura; pero también tienen imágenes naturales muy brillantes, no espantándose ni de la fealdad, ni de que contradijeran los gustos de su tiempo. Son valientes y lo han demostrado. Muchos de ellos han sido mosqueteros y han conquistado gloria en los campos de batalla; pero no pudiendo sufrir la disciplina ni la vida inactiva del soldado en tiempo de paz, han dejado el mosquete por la pluma; mas continúan siendo valientes. Lo mismo riman un soneto atrevido, que dan una buena estocada por defender una opi-

nión, su persona, ó la de un amigo. Viven en los *cabarets* y son cantores libres que desprecian la corte y los salones. Saint-Amand tenía un sentimiento pintoresco y artístico parecido á el de Juan Steen, de Van Ostade, de Teniers ó de Callot. Scarrón, entre otras cosas, escribe una novela real, *Le Roman comique*, que compite con las primeras picarescas españolas. Pero sobre todos ellos se levanta la figura franca y altiva de Cyrano de Bergerac. Pensador y poeta, físico y matemático, músico é inventor, es el primer tirador de espada de su tiempo. Atrevido en las ideas como en los desafíos, que se bate contra cien malandrines, como ataca de frente todas las creencias más arraigadas de su tiempo, en sus novelas fantásticas, *El viaje á la Luna* y *El viaje al Sol*, lo mismo que en sus dramas y en sus sátiras, expone ideas tanto ó más avanzadas que las de los enciclopedistas. Algunas van más allá y preludian las de los últimos pensadores del dinamismo moderno. En sus escritos se encuentra la condenación del ascetismo, la glorificación de la vida, el amor á las aves como seres libres y superiores, y aun preludia los inventos del globo aerostático y del fonógrafo. En su física (de la cual sólo se conservan fragmentos) hay ideas sobre la fuerza y sobre la evolución de los cuerpos, que firmarían hoy nuestros deterministas. Y todo escrito con una claridad y con una energía asombrosas. Desgraciadamente fué perseguido por los clericales y jesuítas, y estando ya gravemente enfermo le robaron sus obras, las cuales fueron mutiladas. Aun así, las que se publicaron fueron perseguidas y recogidas, teniendo muchas de ellas que ser impresas en el extranjero. De sus dramas se conservan pocos. Muchos fueron pillados, y Molière le toma escenas enteras para los suyos. Murió vilmente asesinado. Un día le tiraron de lo alto de una



Cyrano de Bergerac

casa un madero á la cabeza, y al cabo de algunos meses expiró víctima de aquel percance. Cyrano había sido discípulo de Campanella. Tal vez éste le había dado la idea del *Viaje al Sol*. Asistió á las lecciones del ilustre italiano escapado de las mazmorras de Italia, con Rouault el Físico y con Descartes. Luego, acompañado, de éstos tomó lecciones del epicúreo Gassendi.

Descartes con su *Discurso del Método,* y antes que él Gassendi, hicieron por la Filosofía lo que los otros por la Lengua. Contribuyeron todos á fijar el idioma para los usos del pensamiento. Depurando el gusto, rectificando las ideas, engendraron una literatura que no fuese pedante ni afectada, con una mezcla de antigüedad clásica y de pensamiento moderno, de severidad y de distinción. El espíritu sociable y de alta conversación del francés se acomodó del filosofismo de Descartes y del estilo narrador de los demás escritores, sus contemporáneos, y bien pronto los salones fueron centros intelectuales. El análisis oratorio y la propiedad en el decir dieron la última mano al estilo, y apareció ya la cultura literaria del tiempo de Luis XIV, que se encierra en la cortesía perfecta y la noble y regular expresión del pensamiento.


Juan Racine

A medida que avanza el siglo se desdoblan las letras. Los escritores mediocres cada día son más insignificantes; en cambio los grandes talentos, con la ayuda del *Rey Sol*, cada día son más espléndidos. Así se llega ya al término de la perfección clásica, en medio de las mil variantes de la producción de los talentos. Boileau, Lafontaine, Fenelón, Bossuet, Bayle, Racine, Gassendi, La Bruyère, Bourdaloue, Saint-Simón, todos son perfectos en el decir, todos son literatos artistas. Molière con sus comedias inmortales y Racine con sus dramas altisonantes dan la tónica á toda la literatura, cuyo foco está en la corte del Gran Rey, y los demás ingenios les siguen.

En tanto otros países no se quedaban atrás en sus literaturas respectivas. Ya hemos visto Italia produciendo genios, á pesar de la represión jesuítica, y hemos descrito la hermosa exuberancia de nuestra España, á pesar de la decadencia que empieza á mediados del reinado de Felipe IV. En Inglaterra florecen con esplendor los líricos después de las luchas puritanas. Desde Drayton y Barton hasta Edmundo Waller y Dryden la lista es larga. Pero sobre todos ellos sobresale, entre Carlos I y la Restauración monárquica, el gran Milton con su *Paraíso perdido*, en el cual no sabemos qué admirar más, si el republicano impertérrito, ó el sublime poeta, que fué capaz hasta bajo la capa de hielo del puritanismo, de sentir un tan grande amor por lo Bello y de expresarlo con tan sublimes frases que aún hoy día pasma. Admirable excepción la de este ilustre genio puritano, que demuestra que el humano espíritu puede ser libre, á pesar de todos los sistemas y á través de todas las contrariedades, cuando tiene la energía é inspiración suficiente. Y el genio es la primera energía del mundo, y Milton era un genio. También la prosa se desarrolla y produce grandes obras en el país británico. El canciller Bacon da un gran impulso al pensamiento humano.



John Milton

En el siglo XVII, Holanda, después de haberse emancipado del yugo del Duque de Alba y hecho rica, entra en plena gloria científica, artística y literaria. La república de los Países Bajos alcanza el máximum de su grandeza moral y política. El pabellón de Orange flota en todas las naves á la popa de sus bajeles. Y en Europa no es tan sólo una potencia de primer orden, sino también un refugio de las libertades proscritas y la patria de la alta especulación científica. Mientras que Jansenio, Grocio, Bolando obtenían universal aceptación por sus escritos teológicos, jurídicos, históricos, y que Espinoza preparaba en el silencio de su pobreza su famoso sistema de un panteísmo profundamente idealista, ó que ingeniosos lati-

nistas entusiasmaban á los amantes de la Antigüedad Greco-Romana, con sus imitaciones de Virgilio, de Horacio y de Teócrito, Vondel, Cats, Hoof y otros se distinguían por sus poesías originalísimas, y surgían prosistas que daban galanura á la lengua.

En Alemania, en cambio, no vemos este estado floreciente. Las divisiones intestinas que empiezan á debilitar á este gran país desde la segunda mitad del siglo XVI, luego las miserias de la Guerra de los Treinta Años, después la oposición del número infinito de autoridades y de Estados que de ello resultaron, habían producido en las inteligencias efectos deplorables. Ya no existía el Imperio más que de nombre, y éste era sin fuerza alguna. Se acabó la vida nacional común, de raza y la conciencia patriótica germánica. Un patriotismo estrecho separaba en otros tantos feudos rivales la extensión de las tierras germánicas. De la Antigua Alemania, de sus instituciones de raza, de su fuerza y de su grandeza, de su libre espíritu, sólo quedaban los restos disgregados; pero á todo pueblo que tiene una vitalidad intelectual en su sangre le pasa lo que á los objetos de goma elástica: un peso puede aplastarlos, pero luego vuelven á su tensión primitiva; si caen, suben otra vez á la misma altura de que cayeron. Así este eclipse casi total en que se halla Alemania en el siglo XVII, en este triste siglo del cual se lamenta Vilmar, siglo Alemán-Francés, de los *Deutscheranzoesenthum*, en que todo está servilmente sumiso á las modas extranjeras mal interpretadas, sirvió como descanso para preparar la magnífica explosión del pensamiento alemán más de un siglo más tarde. Efectivamente, todo en este siglo es imitación pura en el país germánico. En las innumerables pequeñas cortes de los príncipes, de los duques, de los condes, de los obispos y de los grandes electores ó burgomaestres, que los tratados de Westfalia establecieron, reconocidos ó impuestos, cultívase el nimio canto italiano, la danza alegórica francesa, la poesía ligera de los pequeños ingenios de Versalles, los cuentos, la tragedia seudoclásica y la comedia de salón. Cópianse hasta la insensatez las maneras francesas, los hábitos y la lengua. Sus prescripciones académicas hacen ley que rige con más fuerza que las del Estado. Pero el pueblo guarda la propia savia, la rudeza y la energía germánica. Y si la vida de alta sociedad deja á Alemania atrás de los demás pueblos cultos, limitándose á ser una imitación torpe de éstos, el pueblo con sus virtudes primitivas espera para manifestar sus expansiones propias.

Por lo demás, todas las otras grandes naciones europeas, abstracción hecha de sus divergencias políticas, se hallaban en un nivel relativamente

no muy alto, excepto Francia en la segunda mitad del siglo, y España é Inglaterra en la primera. La admiración de Francia por la majestad que imponía el gobierno de Luis XIV, el espectáculo de su corte y las grandes obras de los ingenios por él protegidos, influían en todas las naciones débiles que se limitaban á la imitación solamente. La paz de Nimega fué el límite de la grandeza militar é intelectual de esta monarquía. Fué el apogeo de un astro. Subir más alto no era ya posible. El siglo había dado en Francia todo lo que una raza puede dar de sí en un momento dado. Luego, lenta y majestuosamente fué declinando. El reinado de Luis XIV, sus glorias, sus obras, todo pasó á la historia, preparándose el período en que debía empezarse la renovación del mundo.

El siglo XVII, al desaparecer, había dejado al siglo XVIII una misión que cumplir, un ideal que realizar. La voluntad de crear una sociedad mejor se desprendía de todas las obras de los grandes pensadores, de Tomás Moro, de Giordano, de Espinoza, de Campanella, de Cyrano, etc. Un crepúsculo más humano, superhumano, se divisaba en lontananza. Este vago deseo de regeneración social y política y de mejoramiento individual, esta concepción más amplia de las leyes de la Naturaleza y del lugar real que en la Creación ocupaba el Hombre, esta reivindicación de la alta personalidad humana empezada en el Renacimiento con Erasmo, Reuclín, Ulrico de Hutten, Servet, etc., y seguida y apoyada luego por los pensadores todos, desde Descartes hasta los ingleses, se transmitió poco á poco como una aspiración latente, pero activa, que tuvo su apoyo en los múltiples trabajos de los enciclopedistas y su sanción en la Revolución Francesa.

Et renovavit faciem terrae.

CAPITULO VI

SIGLO XVIII

FRANCIA. INDECISIÓN LITERARIA. LA FILOSOFÍA VIENE Á ANIMAR LA LITERATURA. VOLTAIRE, ROUSSEAU Y LOS ENCICLOPEDISTAS.—ALEMANIA ACEPTA LAS IDEAS DE FRANCIA.—INGLATERRA INFLUYE EN LOS PENSADORES FRANCESES.—ITALIA Y ESPAÑA INFLUÍDAS POR LO FRANCÉS.—LA REVOLUCIÓN.

El siglo XVIII en Francia, al empezar, no tuvo el vigor de los que le precedieron. Cuando desapareció Luis XIV, como si se hubiera llevado al sepulcro el fantasma solemne de la monarquía absoluta, quedóse la Francia entregada á la embriaguez galante de la Regencia, de la cual las obras reflejaron las costumbres. El gusto sufrió notables alteraciones, la lengua degeneró en una distinción afeminada. Los grandes escritores del anterior siglo no habían dejado sucesores. Aun no habían surgido ni Voltaire, ni Rousseau, ni Montesquieu, ni Diderot, ni d'Alembert, ni Buffón, ni otros. Las letras no conservaban de su serenidad majestuosa más que una especie de corrección incolora, de nimiedad pulcra, y aun lo mejor de ellas era arcaico, ó galante obsceno. En cuanto aparecen Rousseau, d'Agnesseau, Rollán, Lesage, Fleury, Vertot y Saint-Simón, parecen supervivientes del siglo XVII. Al principio se manifiestan como extranjeros en medio de las tendencias de la época.

Una nueva escuela aspira á dirigir las inteligencias. La Razón la inspira. La Naturaleza, tal como se comprende á la simple impresión, es su base. Fontenelle, Terrassón, La Motte abocetan una vaga poética, tendiendo á lo inesperado, á lo nuevo. Pero esta escuela tiene sólo escasa influencia, y su acción no se extiende por el momento.

Mas el pensamiento trabaja y la Filosofía es la que promueve el despertar de las letras. El siglo estaba oscilando entre los atractivos del pasado y las aspiraciones del porvenir. Pero la Filosofía se desarrolló y dió dirección á los espíritus, y los escritores tomaron como fin la renovación de los principios de la sociedad en que vivían. Los principios morales (ó sean las reglas de las costumbres, tenidas como sagradas) fueron escrutados, analizados, discutidos hasta sus últimas consecuencias, en tiempo de

Bordaloue y de La Bruyère. Los pensadores se dedicaban á estudiar el nuevo sistema más adecuado á la Humanidad. Remontándose vigorosamente á los principios del progreso, habían hallado que era preciso creer en la perfectibilidad del Hombre, en sus Derechos naturales, inalienables, en la Justicia inmanente. Calurosos escritores teóricos pleitearon con estilo conmovido, á veces declamatorio, por la emancipación de los espíritus y la de la personalidad humana toda entera, elevando al mismo tiempo la dignidad del sentimiento individual. Así habituaron á sus conciudadanos á que se desprendieran de un ideal estrecho exclusivo y restringido á las fronteras de su pueblo, acostumbrándolos á familiarizarse con las anchas concepciones de un ideal humanitario. La idea de Humanidad que los humanistas no tuvieron sino respecto á lo antiguo, dominó en la literatura francesa, mirando al porvenir. Y de ella pasó al resto de Europa. Esta literatura reviste, hasta en la propia persona de los autores, un carácter de independencia jamás visto. Sostenida por el desarrollo de una potencia nacida la víspera, la prensa, el periódico, el folleto, que forman la opinión pública, el escritor, el pensador, se hallan dirigiendo una fuerza moral extraordinaria que á la vez los autoriza y los ampara. El escritor puede derrochar ya sus atrevimientos filosóficos y sociales, seguro de que no caen en el vacío, de que su propagación es rápida. Así se



Voltaire

impone y domina en los propios consejos de la aristocracia, al mismo tiempo que se atrae las esperanzas de los pueblos.

Todo es puesto en tela de juicio, todo se examina. La disección y el análisis están á la orden del día. Todos los dogmas son minados por su base. El escepticismo enfrente de las viejas creencias se propaga, y se manifiestan instintos agresivos contra todas las instituciones, antes sacrosantas. Y se presenta. Voltaire encarnando todas esas tendencias agresivas y burlonas de la época. Con él marchan todo un ejército de innovadores. Todas las formas del pensamiento son examinadas una á una, y en todos los terrenos, en la física, en la metafísica, en la moral, en la lógica; y en la historia penetra el espíritu del libre examen, que frecuentemente se convierte en espíritu de negación sistemática y de destrucción de lo existente.

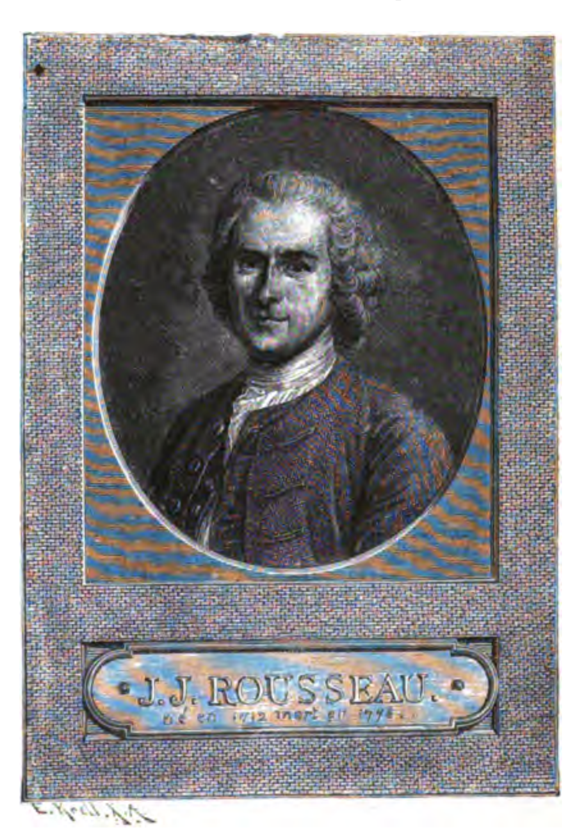
Entonces imperan en los espíritus hombres como Voltaire, Rousseau, Diderot y los demás enciclopedistas, que hacen á la vez el inventario y el análisis de todo el saber humano en *La Enciclopedia.*

Diderot y Voltaire, con su estilo, apasionan las inteligencias; Rousseau los espíritus sensitivos, y su acción es más profunda aunque menos sana. No obstante, tiene de bueno que estudió con Bernardino de Saint-Pierre el sentimiento de la Naturaleza, y á su manera lo propaga.

Las teorías liberales de los escritores franceses, derivadas de las de Bacon, de Newton y de Locke, expresadas por ellos y popularizadas en Francia, extendiéronse pronto por toda Europa. Con una celeridad increíble, sobrepujan todas las barreras, vadean todos los obstáculos, se infiltran con el aire, y pronto forman la atmósfera de los centros cultos. El pensamiento francés viene á ser el de toda Europa. Nunca se vió al pensamiento ejerciendo una influencia inmediata tan enérgica como la que ejerció entre 1750 y 1789.

En Alemania el uso de la lengua francesa estaba demasiado extendido para que estas tendencias no influyeran en ella de una manera rápida. Desde 1750, todo francés que visitara Berlín ó Potsdam podía creer que se hallaba en un barrio de París ó en Versalles. A pesar de querer mucho á su país, Federico II tenía horror á sus literatos contemporáneos, y se rodeaba de sabios y de escritores franceses. Solamente leía los libros que de París le llegaban. Al restablecer la *Sociedad Real de Berlín,* exigió que todas las memorias, en lugar de ser escritas en latín, según el reglamento redactado por Leibnitz, fuesen escritas en francés correcto. Y á más formó en su palacio una academia, compuesta de franceses en su gran mayoría, y de francófilos los restantes.

En Rusia, Catalina II, que no había olvidado sus orígenes alemanes, quiso participar también de este movimiento, é introdujo entre los moscovitas una civilización afrancesada, tal como había sido su educación primera. Sin sacrificar nada de su autocracia en cuanto al cumplimiento de sus mandatos imperiales, tuvo una continua y activa correspondencia con los enciclopedistas, en la cual tributaba los mayores elogios á la alta inteligencia de Voltaire, colmaba á Diderot de dones, recomendaba á los poetas de San Petersburgo la imitación de los franceses, llamaba á los literatos de París á su corte, y descansaba de las tareas del gobierno dedicándose á las discusiones intelectuales, llegando á esbozar comedias y tratados de educación perfecta.



J. J. Rousseau

Inglaterra fué la más refractaria á la hegemonía francesa. A la edad de Prior y de Pope sucedieron los tiempos de Villiams, Temples, de Richardson, de Goldschmit, de Samuel Johnson, del terrible humorista Swift y de Fielding. Si bien tomó algo de las modas del país de Francia y reconoció como de buen tono en la aristocracia el saber la lengua francesa, imitando y traduciendo algunas obras de ella, no obstante sus escritores conservaron el carácter propio, separándolos un abismo de los del continente. La literatura inglesa no fué influída más que indirectamente por las letras clásicas. Más que influir en ellas los Franceses, fueron ellos los que influyeron en Francia. Los filósofos ingleses fueron los que más contribuyeron al desarrollo de las teorías expuestas por los enciclopedistas. Voltaire nu-

trióse de Locke, de Pope, de Newton, del deísmo de Bolingbroke, de Collins, de Woolston, de Toland, de Chesterfield, de Tindal y de Chuble. Diderot tradujo á Shaftesbury y se entusiasmó con Richardson. Otros estudiaron á Berkeley y á Hume. No obstante, el estudio de los escritores y pensadores ingleses, más produjo la emancipación de los espíritus, en Francia, que la imitación de su forma y de sus conceptos y teorías. Las ideas venidas de Londres y de Oxford pronto repasaron el Estrecho, ornadas, agrandadas, transformadas, hechas inteligibles á todos. Voltaire exalta la fría incredulidad de los pensadores británicos. Montesquieu no se contenta en *El Espíritu de las Leyes* con introducir las ideas inglesas en la ciencia de gobernar los pueblos, sino que á su impulso renueva la historia, descubre los móviles principales de las sociedades y tiene el don de adivinación sobre la evolución de los pueblos modernos. Así las dos corrientes de pensamiento se cruzan y alternan en un cambio continuo, y pronto el pensamiento inglés se transmite á Francia y las ideas francesas á Inglaterra.

No hay país en Europa que á mediados del siglo XVIII no imite á Francia en las letras, en las artes, en las ideas y en las modas. España, Portugal y Venecia parecen resistir, pero al fin siguen la corriente. España está en plena decadencia moral, y como único remedio afrancesa su literatura. De Feijóo á Moratín, de Meléndez á Jovellanos y el padre Isla, todos son más ó menos francófilos (1). Italia hállase gobernada por príncipes medio franceses y entra de lleno en la moda. Condillac es nombrado preceptor del príncipe de Parma, y con él invade la Filosofía enciclopedista la nación italiana. «Todo lo debo á los libros franceses (exclama Beccaria). D'Alambert, Diderot, Helvecio, Buffón, nombres ilustres, que uno no puede oir sin conmoverse, vuestras obras inmortales son mi lectura constante, el objeto de mis ocupaciones durante los días, y de mis meditaciones durante las noches.» Los sublevados de Córcega, entusiasmados con *El Contrato social*, se dirigen á Rousseau para que les escriba un código; Polonia le pide una Constitución, y en 1783 un congreso de los Estados Unidos se dirige á Mably, el historiador filósofo, para que les haga el plan y el articulado de su Constitución republicana.

Dinamarca, bajo sus Carlos VII y Federico VI, entra también en este movimiento francesista. Suecia produce grandes escritores, como el prosista Olaus Dalín, como Swedemborg, el filósofo místico, como el inmortal naturalista Linneo, como los poetas y autores dramáticos Gyllendorf, Oxenstiern, Kellgren, Lidmer y Holman, y éstos son los que por erudición primero y por buen gusto después introducen en su patria algo de

(1) Hasta el mismo sainetero D. Ramón de la Cruz está afrancesado.

las tendencias francesas, y más que francesas, las que vienen de *Este Café de Europa,* como el inglés humorista Grimm llama á París.

Y en las naciones del Norte permanece este gusto hasta que en el siglo XIX viene la influencia germánica romántica á desalojarlo. Una tan universal y tan profunda influencia sólo venir podía de escritores muy eminentes, que á más del arte del estilo poseyeran el don de las ideas nuevas.

Como hemos indicado, los escritores franceses del siglo XVIII contradijeron casi todo lo que habían dicho los Franceses del XVII. Estos habían sostenido en Port Royal y en la corte del rey Luis XIV la legitimidad de los principios de la monarquía absoluta, habían defendido la unidad religiosa, habían impuesto la disciplina hasta en las letras, cohibiendo la libertad, sin la cual no hay originalidad verdadera. En cambio los escritores del siglo XVIII, desde que aparecen que ya les vemos ponerlo todo en tela de juicio. Todo se les vuelve imaginar reformas generales, nuevos estados de civilización, como Tomás Moro y Campanella, pero con más fundamento. Así llevan el análisis filosófico hasta la incredulidad, llegando á ensayar todas las audacias del espíritu. De aquí *el enciclopedismo* en Francia y el movimiento conocido con el nombre de *Aufklœrung* en Alemania, del cual Wieland fué uno de los más brillantes representantes, y que opuso la Filosofía á la Fe, hasta el momento en que fué combatido por Herder. Lo mismo los pensadores franceses que los sabios francófilos alemanes habían tenido antes la influencia de las doctrinas de Locke, de Shaftesbury y de los librepensadores que vivieron bajo los reinados de Gui-



Montesquieu

llermo III y de la reina Ana. En Francia estas ideas se agravaron con su secreto instinto de demolición y fueron extremadas por el temperamento bullanguero y agresivo de los escritores. Sucesivamente las grandes aspiraciones sociales, el generoso amor del Derecho, el sentimiento de una más equitativa repartición de los bienes entre los hombres, las tendencias puramente especulativas y filosóficas, llegaron, á fuerza de declamación y de énfasis, á revestir los caracteres de una doctrina sofística, autoritaria, dentro del revolucionarismo, y pronto sangrienta. Sentíase en la atmósfera la aproximación de un huracán que á no tardar derribaría los fundamentos del edificio político construído después de tantos siglos.

Una gran revolución, siempre que estalla, es que ya antes estaba hecha en las conciencias. El republicanismo ganaba terreno de día en día con el estudio de los clásicos. Las Repúblicas de Grecia y de Roma eran admiradas, y los emperadores tiránicos detestados. El alma de Catón y de Bruto se encarnaban en los escritores populares. El Monarquismo fué ya sinónimo de Tiranía. El amor á la Libertad se manifestó primero en los escritos que en los hechos. Por fin vino la tempestad, llevándose el trono y las instituciones y no dejando casi nada del pasado.

Salvo un renacimiento de la oratoria tribunicia, del cual son las más importantes figuras Mirabeau, Vergniaud, Barnave, Cazalés, Malouet, Maury, Sièyes, etc., aparte los últimos intérpretes de la poesía, como Ducis, José Chénier y sobre todos ellos el genio revelador de Andrés Chénier, las letras francesas sufren un eclipse en los diez años de convulsión revolucionaria. El conde José de Maistre, en el extranjero, escribía sus consideraciones sobre la Francia. Lacretelle y Roedérer elevaban su voz en pro de la reforma general de las costumbres; el ginebrino Mallet-Dupán, en sus libros sobre la Revolución, revelábase un heredero de Tácito, pero aun éstos eran poco leídos, poco conocidos, y sus nombres ni sus ideas tenían eco. La multitud no tenía, para nutrir su inteligencia y formar su espíritu, más que un gran número de periódicos escritos violentamente, sin meditación y sin buen gusto de ningún género, en los cuales se predicaba en nombre de la Libertad y de la Igualdad el asesinato; Libelos y manuales apasionados y sin delicadeza, dramas violentos en que el furor pasaba plaza de inspiración, novelas y cuentos de una inmoralidad grosera. Cuando fueron guillotinados los últimos oradores y escritores de la Revolución, las letras se eclipsaron totalmente en Francia por un momento.

CAPITULO VII

SIGLO XIX

ALEMANIA DIRIGE LAS INTELIGENCIAS. GŒTHE Y SCHÍLLER RENUEVAN LA ESTÉTICA. EL PENSAMIENTO ALEMÁN. KANT, SCHELLING, FICHTE, HÉGEL, ETC. NACE EL ROMANTICISMO AL IMPULSO PATRIÓTICO DE SCHLÉGEL. ADAM MULLER, NOVALÍS, TIEK.—SU TRANSFORMACIÓN EN FRANCIA, ESPAÑA Y DEMÁS NACIONES. ABUSO DE IMAGINACIÓN. REACCIÓN DEL SENTIDO POSITIVO. ESCUELAS CIENTÍFICAS. MOVIMIENTO POÉTICO EDITORIAL. EL REALISMO Y EL NATURALISMO. ZOLA Y SUS DISCÍPULOS. EL PSICOLOGISMO Y EL SIMBOLISMO. LA TENDENCIA VITAL ARISTÁRQUICA. LA FILOSOFÍA ALEMANA DE MAX STIRNER Á NIETZSCHE.—LOS EVOLUCIONISTAS. DARWIN, IBSEN, ETC. LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA EN LAS DIVERSAS NACIONES. —EL PORVENIR LITERARIO.

Al entrar en este siglo, la dirección de las inteligencias ya no pertenece á Francia, sino á Alemania. Con las victorias del gran Federico se habían levantado los espíritus, y lo que es más, se había popularizado el patriotismo. Austria, que era el centro, vino á ser contrarrestada por Prusia. La escuela de Hall y de Hallberstadt se encargó de mantener el entusiasmo patriótico alemán, y pronto fué conocida con el nombre de escuela prusiana.

De otra parte, la victoria decisiva de Bodmer y de sus discípulos sobre Gottsched y los partidarios del clasicismo tradicional habían abierto un nuevo horizonte. Klopstock, Gœthe, Schíller y Herder marcharon al frente de la renovación; el primero en 1748 había ya escrito su *Mesiada*. Luego Wínckelman y Lessing inauguraban una estética completamente nueva. Gœthe y Schíller, que vinieron más tarde, hicieron ya de la literatura una mezcla de arte puro y de reflexión filosófica.

Gœthe, mientras que la Revolución Francesa hacía saltar los tronos, se mantenía en las alturas serenas del pensamiento en que no influyen más que el Arte y la Ciencia. En tanto que el Imperio invadía Alemania, Gœthe en Weimar creaba un centro radiante de una vida literaria ideal. Gœthe era un enamorado de la Antigüedad clásica, tanto que pasó largas

temporadas viviendo en Roma y en Grecia. En todos sus escritos, desde el *Fausto* hasta el *Werther*, vese la influencia antigua y, al par de ésta, la influencia científica, pues á la vez que literato era un verdadero sabio.

Alemania tuvo, como Francia, su era evolutiva, correspondiente á la Revolución de ésta. Dicha era empieza bajo la influencia de la Enciclopedia á fines del siglo XVIII. Mas la emancipación, que fué en Francia nacional y política, con tendencias filantrópicas ó humanitarias vagas, en Alemania fué filosófica y aislada. El Alemán especuló en su Yo interno, sin preocuparse de las consecuencias de su sistema y sin tender á un fin concreto.



Wolfgang v. Gœthe

Los Alemanes con su espíritu de razón pura, aplicado á las Escrituras Sagradas, que el Protestantismo había declarado libremente interpretables, contribuyeron más que los Franceses con su filosofismo agresivo á minar el antiguo sistema del Mundo, basado sobre la *Biblia*, y en consecuencia el orden político y social que de él se derivaba. A fuerza de sutilizar y de raciocinar sobre los dogmas, acabaron por pulverizarlos y por hacer todo dogma imposible.

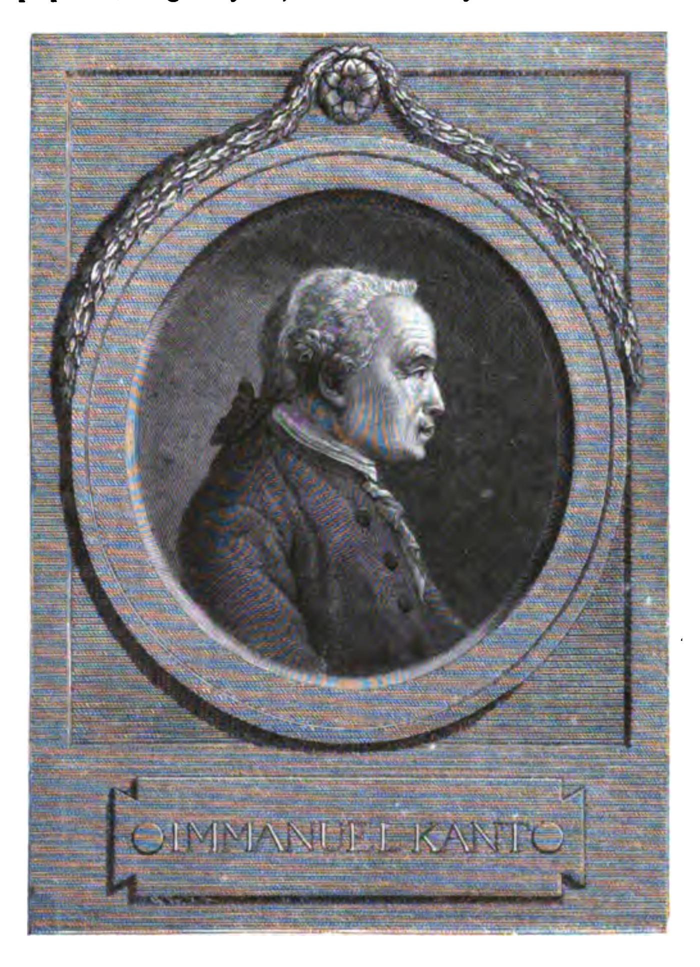
A esta revolución filosófica corresponde una revolución poética y literaria paralela. De un lado está la crítica racional de Kant y de Fichte, y de otro la nueva estética de Gœthe y de Schiller.

Pero no es en Gœthe ni en Schiller en los que se hallan los literatos que derivan de la nueva escuela filosófica. Estos dos poetas han sido demasiado influídos por los ejemplos y los principios de la escuela antigua, que han atemperado las atrevidas concepciones de su razón filosófica. Así resultan más clásicos que reformadores. Los verdaderos herederos de Kant y de su escuela son los *autores románticos* del primer tercio de siglo; así hay que remontarnos á este pensador.

Emmanuel Kant, nacido en 1724 y muerto en 1804, era hijo de un guarnicionero de Kœnigsberg (Prusia Oriental). Después de haber hecho sus estudios en la Universidad de esta villa, vivió de un empleo de preceptor y luego se estableció como *privat docent* en la propia Universidad de su país, en la cuai fué nombrado en 1770 profesor de Filosofía, cuya cátedra no ocupó más que veinticuatro años más tarde, á la edad de se-

tenta años. Durante toda su vida sólo se alejó de su comarca unas siete millas, rasgo que le asemeja á Sócrates y explica lo duro y absoluto de sus principios.

Era pequeño, delgado y enjuto de carnes, y en lo moral tenía la mis-



ma sequedad que en lo físico, no brillando ni por su imaginación, ni por su corazón, en nada. Detestaba las artes. Salía raramente de su casa, y su distracción única era el juego de los naipes. Tenía una memoria prodigiosa.

Sus primeras obras pasaron inadvertidas por completo: una *Historia Natural Universal*, y una *Teoría sobre los movimientos del Cielo* (1755). Luego *Consideraciones sobre los sentimientos de lo Bello y de lo Sublime* (1765), en la cual se preludia ya la *Crítica de la Razón pura*, que más tarde escribiera.

Luego *Los sueños de un visionario*, opúsculo escrito imitando el gusto francés de la época.

En 1781 publicó su *Crítica de la Razón pura*, en el mismo año en que moría Lessing. Esta obra tampoco alcanzó fama, y Kant, para darse á conocer del gran público, escribió en 1784 una obra titulada: *¿En qué consiste la emancipación de los espíritus?* Tampoco este libro fué comprendido, y lo mismo que la *Crítica de la Razón pura* fué considerado por los filósofos de profesión como una locura insigne. *Los Sabios Anuncios* de Gœttinguen lo denunciaron. Si luego Reinhold en sus *Cartas* no la hubiese explicado, y por tanto hecho asequible y comprensible para todos los inteligentes, habría pasado inadvertido por lo confuso y embrollado de su lenguaje. Este era un efecto premeditado de Kant para adaptarse á la tradición, que había en Alemania, de que un filósofo debe de escribir mal y ser obscuro y complicado, tal como habían hecho Wolff y sus discípulos.

En 1789, la *Crítica de la Razón pura* empezó á popularizarse en toda Alemania, al tiempo que empezaba la Revolución en Francia. Así se iniciaron dos movimientos paralelos, el político en los pueblos latinos y el filosófico entre los germánicos. Como filósofo, Kant es un discípulo atenuado de Hume. No concede á los objetos más realidad cognoscible que la fenomenal, llamando *noumenos* á las cosas en sí.

Publicó luego *El fundamento de la Metafísica de las costumbres* (1785); *La crítica del Juicio* en 1790; *La Antropología desde el punto de vista práctico*. En 1787 dió á luz su *Crítica de la Razón práctica*, en la cual admite la existencia de Dios como un hecho incontestable desde el punto de vista de la necesidad moral.

Formuló en diversos escritos la teoría democrática moderna de que el Estado no debe de ser más que una sociedad de hombres libres, disponiendo libremente de sus voluntades. Condenó la conquista, la herencia y los ejércitos permanentes, y apoyó la organización de los países civilizados bajo la forma republicana y la federación de los pueblos.

Sus escritos influyeron poderosamente en algunos de los prohombres de la Revolución Francesa, y él á su vez saluda esa Revolución y no se descorazona ni por sus excesos, ni por sus fracasos, creyendo que ella ha abierto la puerta de la libertad á las naciones, por la cual entrará la Humanidad entera.

Tales ideas, entre sus compatriotas, no fueron apreciadas, al contrario de lo que le pasó en Francia. Y lo que quedó de su filosofía en Alemania fué una afición más pronunciada para la reflexión especulativa pura, y sobre todo una tendencia crítica, ejerciéndose sobre todo arte, ciencia, moral y hasta religión. Más que por sus ideas, influyó en sus contem-

poráneos sugestionándoles hábitos de análisis y de cálculo exacto. Apenas si en Alemania tuvo importancia más que la razón, como principal autoridad de toda verdad en lo teórico y de todo acto en lo práctico, complicando esta última parte y hasta neutralizándola con su *imperativo categórico*, ó sea la noción del deber absoluto.

En las ciencias naturales contribuyó á su adelanto con su teoría de la acción dinámica de la Naturaleza, modificando la teoría de la acción mecánica de Descartes. Su estética es análoga á la de Lessing, y parte del placer puro y desinteresado que en nosotros causa la presencia de lo Bello; teoría que Schíller desarrolló con gran brillantez artística.



Guillermo José Schelling

La influencia de Kant, cuando es mayor, es ya entrado el siglo XIX.

Schíller, en una carta á Humboldt, se felicita de haber alcanzado una época que ha producido á Kant y su filosofía del ideal.

Gœthe, poco amigo de la abstracción pura, le aprecia, no obstante, como un conciliador de la *idea pura* con la realidad, y hasta llega á reconocerle el que á él debió la influencia en su mayor período de esplendor literario.

A más de Reinhold, sus discípulos inmediatos fueron Fríes y Butterweck, el cual en su gran ardor de neófito se propuso popularizar la filosofía Kantiana por medio de una novela, *Séptima,* acabando luego por abandonar á Kant por Jacobi. Ese Jacobi, aunque enemigo de Kant, tiene á veces conclusiones que coinciden.

Entre los enemigos del Kantismo se halla Herder, el cual, después de

haber sido Kantiano, combatió esta tendencia en un libro titulado *Metacrítica,* cuyo título lo tomó de Hamann, otro de los discípulos de Kant que habían abjurado la doctrina del maestro. Sus ataques se concentran todos contra la Estética kantiana y están contenidos en *Calligone.* Wieland lo contradijo también por el estilo de Jacobi, y Kotzebue lo puso en ridículo en sus comedias. También Gottlob Schulze en su *Énésideme* atacó el Kantismo desde el punto del escepticismo empírico.

No obstante, tuvo tres grandes discípulos ó continuadores en el sentido más alto de la palabra.

Estos fueron Fichte, Schelling y Hégel.

Gottlieb Fichte sacó las consecuencias más rigurosas del sistema de su maestro. Fué sucesivamente profesor de filosofía en Jena y en Berlín. Sus obras son un *Tratado de moral* (1798), un *Tratado de la dicha* (1806), un *Curso de derecho natural*, y sus famosos *Discursos á la nacion alemana* en 1808, que levantaron el país en contra de Napoleón I. Murió en 1814.

Guillermo José Schelling, heredero en parte de las doctrinas de Fichte, modificólas un poco en su cátedra de Weimar, en la de Jena, y en Munich y Berlín más tarde.

En el fondo fué más un literato que un filósofo, y hasta llegó á ser un verdadero poeta. Sus discípulos, entusiastas de sus lecciones, fueron luego los jefes del Romanticismo que floreció primero en Alemania y se propagó después al resto del Continente, y aun á Inglaterra y Norte-América.

Estos iniciadores del Romanticismo en Alemania fueron Novalís y Schlégel.

El mismo Schelling, á más de sus cursos, escribió algunas poesías en que el Romanticismo ya palpitaba, firmándolas con el seudónimo italiano de *Bonaventura,* como para indicar la futura tendencia. No obstante, lo que le hizo célebre fué su gran tratado de la *Filosofía de la Naturaleza.* Murió en 1854, á la avanzada edad de setenta y nueve años.

La *Filosofía de la Naturaleza*, de Schelling, vino á transformarse en un código político en los espíritus estrechos de Goerres y de Adam Muller, los cuales dedujeron de dicho libro consecuencias extremas y deplorables en favor del despotismo, bajo todas sus formas.

Por fin, Hégel es otro discípulo de Kant, al cual los elementos oficiales consideran de más importancia (injustamente, á nuestro modo de ver) que Schelling y que Fichte, el cual fué el inventor de la célebre teoría de la Antinomia, es decir, de que la verdad no es tal, si antes no se han combinado dos verdades parciales y antitéticas, *tesis* y *antítesis*, en una *síntesis* superior que da la verdad total por resultado.

Su sistema conducía directamente al Panteísmo, y, muerto él, sur-

gieron tres tendencias de su filosofía, la derecha, el centro y la izquierda, que llevó á sus partidarios directamente al Materialismo.

Federico Hégel nació en 1770 y murió en 1832. En 1806 fué nombrado profesor oficial de la Universidad de Jena, y después del año 1815 pasó á otras Universidades.

Como Schelling, se resintió también de las teorías de Fichte, pero sacó de ellas consecuencias enteramente diferentes que las del maestro. Su síntesis es más positiva y se apoya más en el estudio de los hechos. Sus obras maestras son su *Lógica,* su *Estética* y su *Filosofía del Derecho.* Ejerció también no poca influencia sobre el naciente Romanticismo en Alemania.

El Romanticismo nació en Alemania al impulso patriótico de Schlégel y Adam Muller, propagándose por Novalís (1) y Tieck. Los románticos alemanes se proponían enaltecer la Literatura y engrandecer la Patria, volviendo la vista á los afortunados tiempos (según ellos) de la Edad Media, á la época que se dió en llamar románica, ó sea cuando los pueblos germanos heredan la civilización latina y la vigorizan con elementos propios.

Su ideal va del siglo IX al final del XIII. No se hallaban de acuerdo sus ideales con la realidad burguesa de la vida á principios del siglo XIX, y creyeron que el mejor remedio era el evocar las épocas aquellas en que florecían los ideales caballerescos, tendiendo á la formación de un hombre superior, el gentilhombre, ó sea el caballero, en el cual se encarnaban todos los ideales de Amor, de Belleza, de Justicia y de Fuerza. Querían restablecer la Edad de oro de la fe, del honor, de la gentileza. Este renacimiento fué seguido del renacimiento de toda Alemania y precursor de su unidad federativa.

El Romanticismo en Alemania, pues, no significó lo que luego en Francia. En Francia significó libertad y naturalidad antes que todo; significó prescindir de las convenciones clásicas, de las reglas, de los moldes, de las trabas.

No obstante, hubo algunos que tomaron la cosa en su sentido más alto. Schiller, en sus notables *Cartas sobre la educación estética del Hombre,*

(1) Novalís se llamaba Jorge Hardenberg y tomó su seudónimo del nombre de la propiedad de un pariente suyo. Era de familia noble y tenía dos hermanos que escribían con seudónimos también, pero de mucho menos talento. Nació en 1772 y murió en 1801. Fué educado por su madre, señora dulce y caritativa, de la cual él tenía la religiosidad y la sensibilidad á un tiempo. Su padre pertenecía á la secta de Hernhut, ó sea de los Hermanos Moravos. Novalís murió después de haber visto morir á su amada, á la edad de veintinueve años, en brazos de Federico Schlégel, el cual publicó sus escritos.

Era alto y hermoso, delgado, elegante, de modales sencillos y distinguidos á la vez. Su fisionomía era amable y atractiva, sus cabellos largos formando bucles realzaban su belleza, que tenía algo de la gracia femenina. Era adorado por todos los que le conocían ó le trataban. Todos le comparaban á San Juan Evangelista. Tieck llega á decir que su cara es la misma que Alberto Durero hizo al dibujar al Apóstol. Schleiermacher lo llama *un joven divino para quien el Universo no era más que un gran poema.*

emitió la teoría, entonces atrevida, de la imitación de la Naturaleza en las Artes como superior fuente de Belleza.

El mismo Gœthe reconoció que fuera de la Escuela clásica cabían un sin fin de formas y de aspiraciones nuevas. La Escuela clásica era la que mayor belleza había hasta allí producido, pero podía producirse una belleza superior aún fuera de ella.

Ambos genios, en un momento dado, iniciaron á la vez una corriente contra la sequedad de la reforma y contra el inmovilismo de la Escuela clásica, cuyo fin se reducía sólo á la imitación de los antiguos. Así la juventud alemana empezó por burlarse de los jefes del clasicismo, como Wieland, ó de las obras vulgarmente sentimentales de los luteranos, como las de Kotzebue y otros. Pero al producir, en lugar de inspirarse directamente en la Naturaleza, admiróse la fantasía de ciertos poetas de la Edad Media en lo que tenía de más atrevida y extravagante.

Herder contribuyó no poco á este movimiento con sus estudios sobre las literaturas orientales y sobre la española. En este momento el Romanticismo, que evocando la Edad Media hacía incursiones en el tiempo, se extendió en el espacio y propagó el exotismo.

Además varios, con tendencias místicas, se acogieron á esta escuela y empezaron á fundir y á confundir la religión con la poesía. Otros, como Schlégel, Novalís y Adam Muller, integran en la Poesía la Ciencia, el Arte y aun la Filosofía misma. Y así el Romanticismo viene á ser de todos los tiempos, de todos los pueblos y de todos los ramos de la humana *psiquis*.

Luego, mirando á la Edad Media, va retrocediendo hasta acabar por pedir el despotismo como la última palabra de la Política y el obscurantismo como el *summum desideratum* de la Religión: todo lo contrario de los países latinos, en los cuales el Romanticismo es sinónimo de imaginación, fantasía, libertad.

Schiller había afirmado que la libertad del artista está limitada por la observación de las leyes de la Naturaleza y de la Moral. Sus discípulos se separan de él y proclaman que no hay más ley que el capricho del poeta, hasta en la Moral y en la Política.

Alemania dió un gran paso después de los escritores filósofos. Sentó que literato y pensador debían ser una misma persona. Unió la experimentación y la idea, la prueba con la teoría, las entidades intelectuales con la fenomenalidad física, y para ello estudió los fenómenos directamente, buscó el sentimiento religioso, ideal, divino, fuera de los dogmas, la belleza poética prescindiendo de los mitos, considerando á éstos como simples formas materiales pasajeras. Así penetró la Creación y aspiró en ella el alma y la vida. Encontrar por el estudio y por la contemplación de las descono-

cidas energías naturales el secreto de la armonía artística, de la cual la Filología y la Arqueología perseguían los vestigios en los monumentos literarios y arquitectónicos antiguos: tal fué el grandioso problema de la Alemania á principios del siglo XIX. El siglo anterior lo había preparado con el genio universal y la superior intuición de Leibnitz. De la misma manera que Wolff había regenerado la filología y Kant abierto el nuevo ciclo de la filosofía, Alejandro de Humboldt inauguraba un vasto movimiento científico. Su hermano Guillermo daba leyes á la lingüística, Savigny abría nuevos horizontes á la jurisprudencia, Niebuhr daba una fuerza desconocida á la historia, y potentes genios creadores, cuyos nombres son de todos conocidos, se imponían como dioses en la poesía y en la música.



Guillermo de Humboldt

En esto Inglaterra da un genio sin igual y sus producciones resuenan en toda Europa. Las poesías de lord Byron explotan de una manera sombría y violenta en medio de la ruina de las ideas producida por las guerras y las revoluciones. Su escepticismo heroico, su inspiración desesperada eran el eco de esta época de universal devastación. Éste fué uno de los primeros caracteres de la naciente literatura, á la cual Chateaubriand había servido de iniciador después de los estériles ensayos seudoclásicos del período imperial en Francia. Así, á un tiempo, se levantan después del *Werther* de Gœthe, el *René* de Chateaubriand, los *Manfredo* y los *Lara* de Byron, el *Obermann* de Senancourt y las famosas *Cartas de Jacobo Ortis* de Ugo Fóscolo, compuesto de verdad y de extravagancia sorprendentes, de retórica declamatoria y de elocuencia sincera, que conmovieron á toda Europa y América.

Los poetas del precedente siglo habían caído en la insubstancialidad con

sus églogas é idilios de abanico. Sus sucesores, al contrario, apasionáronse por los tonos violentos, por los contrastes duros, por las escenas desgarradoras, y no hallaron tintas bastante sombrías para presentar lo negro de los sentimientos, de sus dolores reales ó ficticios. Monstruosas imaginaciones, como la de José Delorme, desbordaron en un informe caos de grandes pensamientos abortados, de impulsos piadosos mezclados con blasfemias, de extravagancias agitándose en un fondo de desesperación.



Lord Byron

El Romanticismo había nacido y pronto iba á invadir la Francia y la España para mostrarse en ellas harto diferente de su punto de partida. La consigna venía de fines del siglo XVIII en Alemania, como hemos visto. Tieck, Novalís y los dos hermanos Schlégel habían iniciado un movimiento de vuelta á la Edad Media, escogiendo como campo de batalla la forma libre y popular de la novela. Y este movimiento se llamó *Romanticismo,* de *Román,* título de una novela, aunque no fuera en el fondo completamente distinto del movimiento de expansión liberal dado á las letras por Gœthe, Schiller, Wieland y Lessing, revelado por Madama Stael á Francia, bajo una fase más general y más humana.

En verdad, el clasicismo, esto es, las imitaciones de lo que hicieron los Griegos y los Romanos, no respondía ya al espíritu del nuevo siglo. Con las teorías liberales los espíritus habían buscado nuevos horizontes. En Francia particularmente empezóse, como en Inglaterra, por la restauración de las corrientes históricas nacionales, pero con el método moderno. Enrique Hallam y Chateaubriand habían empezado esta tarea. Esta tendencia tomó como punto de partida la vasta información abierta sobre la Edad Media, contribuyendo á ella historiadores positivos como Michelet, en Inglaterra como Lingard y Macaulay, en Alemania Ranke, en Italia César Cantú, en España Lafuente, en Rusia y en los Países Escandinavos Karamzine, Geiier y Allen, y por fin recogiendo Francia de nuevo todo lo de éstos y sintetizándolo en la escuela de los Thierry, Guizot, etc. Cada pueblo quiso reconstituir sus anales, hasta los pueblos que habían sido anexionados: los Provenzales tuvieron á Peirat, Cataluña á Bofarull.

Una juventud apasionada se aprovechaba de estos estudios para sus sueños poéticos, lanzándose con imaginación fogosa en busca de lo des-

conocido. Este fué el momento en que surgieron en Francia las soberanas figuras de Alfredo du Vigny, Lamartine, Víctor Hugo, Alfredo de Musset, enarbolando la bandera de la libertad en las letras y destruyendo las convenciones añejas. En España, al eco de tales entusiasmos, surgen Espronceda y Larra. La oratoria aquí brilla con todo su esplendor, con D. J. María López y con Martínez de la Rosa. Quintana había ya cantado la Patria, la nueva generación cantaba la Libertad sacrosanta.

¡Qué época más entusiasta de un lado y otro del Pirineo! En París se desencadena un huracán de poesía, de transportes de imaginación y de lirismo. El Teatro parece que resucita los buenos tiempos de Calderón y de Shakespeare. La España caballeresca impera en París como en Castilla. *Hernani* y el *Ruy Blas* hacen furor desde las tablas. En Madrid García Gutiérrez da su *Trovador*, después de haber ya dado *Don Alvaro* el duque de Ribas. En ambos países un grupo de innovadores vive y batalla por el ideal que del arte tienen. Los espíritus se inflaman al contacto de los mutuos entusiasmos, y viene una verdadera explosión de genios. París aclama á su Víctor Hugo, España á Zorrilla. Un movimiento análogo se produce en los demás países, hasta en Alemania, en donde surgió el gran Enrique Heine.



Lamartine

Digamos, en honor de la verdad, que aunque el Romanticismo tuviera su preparación en Francia en los escritos de Rousseau y de Bernardino de Saint-Pierre, la iniciadora fué Alemania. Sin los dos Schlégel, sin Tieck, sin Novalís, Brentano y de Chamisso, ó el Romanticismo no hubiera existido, ó se habría manifestado bajo una forma harto diferente. Además la influencia continuóla la escuela particularista de Suabia con Uhland, y con la renovación de la escuela llamada *La Joven Alemania*, que más tarde, bajo la inspiración de Heine y de Bœrne, y la anterior de Juan Pablo Ritter, extremó la forma ligera, caprichosa, imaginativa, exagerándola Loube y Freiligrath, que llevan fuera del campo del arte puro el entusiasmo estético y los fervores intelectuales, produciendo las corrientes tumultuosas de 1830 á 1848, multiplicando bajo todas sus formas las tentativas de educación social y política. Pero Alemania se transforma, y donde va á manifestarse luego es en su literatura filosófica.

Nadie ignora que Byron, después de Cowper, determinó en la poesía

inglesa esa corriente que dió lugar á los inspirados acentos de Coleridge, de Southey, de Selley, produciendo en las imaginaciones la sugestión de lo maravilloso. Al poco tiempo aparecía Wálter Scott, iniciando ya la verdadera novela moderna. El autor de *Los Puritanos* fué en Francia, lo mismo que en Inglaterra, el verdadero iniciador de la novela seria y uno de los renovadores de la historia. Él nos hizo comprender que la historia debe de ser presentada como una cosa sentida y como un movimiento viviente. Antes de él la historia no era ni dramática ni pintoresca; él fué quien dió el ejemplo á Tierry, á Barante, á Thiers, el gusto por el color, y la pasión de la vida, tal como antes la había dado ya Michelet en su *Historia de Francia* y en sus libros *La Sorciere* y *La Biblia de la Humanidad*, y su influencia se extendió á los novelistas, tales como Víctor Hugo, Merimée, Balzac, etc.



Enrique Heine

En Italia Alfieri, Ugo Fóscolo, Monti, Leopardi, Giusti hacen oir sus acentos viriles para que la nación se levante. También cantan Parini y Tomaseo. La concisión de los versos de Leopardi hace soñar con los de Juvenal y de Lucano. Vittorelli, Ricciardi y el célebre Silvio Pellico, que debió su gloria más á sus desgracias que á sus obras, se presentan sucesivamente como otras tantas estrellas en el cielo del Parnaso. Manzoni marcha enfrente de la falange romántica, y los grandes talentos le siguen y se apresuran á realzar los recuerdos y las esperanzas patrióticas, con J. Mazzini y Gaspar Gozzi, autor del *Osservatore*.

En España el entusiasmo aún es más exuberante. Después de Quintana, el Duque de Ribas, Espronceda, y luego Zorrilla, que parece encarnar el alma del pueblo castellano; y surgen infinidad de novelistas, entre los cuales se distingue Fernández y González, y dramaturgos, como Gil y Zárate con su *Carlos II el Hechizado* y García Gutiérrez con su *Trovador*. Parece que van á resucitar los buenos tiempos de la Gran España.

Rusia es la última en seguir esta segunda parte del movimiento romántico. Pero entra en liza por fin, desplegando un ardor extremo como para recuperar el tiempo perdido. Con el soplo del Romanticismo se funde allí el hielo de las almas, y en torno del joven Pouchkine se forma una plé-

yade brillante, y Pouchkine viene á ser el heredero de Karamsine y el precursor de Lermontof.

Y paralelamente en Polonia, y bajo inspiraciones asaz opuestas, tres poetas de genio, Mickiewicz, Juan Slowacki y Segismundo Krisinski, expresan en versos admirables el sentimiento de las perdidas libertades patrias y el orgullo de las pasadas glorias, y bajo sus heroicos cantos la Polonia se subleva en 1830, y su eco lejano vibrante de patriotismo produce la segunda revolución en 1863 en todo el país polaco.



Wálter Scott

Las naciones escandinavas no se quedaron atrás en esta última explosión romántica. En Suecia la lucha se entabla entre el pasado y el presente, y de ello resultan tres partidos intelectuales: *los clásicos*, *los góticos* y *los fosforitas*, y Geiier, el fundador del *Iduna*, Tegner y Lyng vienen á rechazar la dominación de Gœthe y de Klopstock para volver al culto de tendencias nacionales propias. Así surge inmediatamente el célebre danés Œhlenschlœger tratando de introducir en la moderna poesía escandinava la energía relevante y la alta originalidad de la antigua poesía de *los Eddas*.

Mientras el Romanticismo se perdía ya en excesos imaginativos sin consistencia, dando lugar á producciones insoportables de medianías hinchadas y rimbombantes, del lado de las ciencias que avanzaban con el método experimental se preparaba una nueva corriente en las letras. De un lado, con la libertad, los problemas sociales hacíanse graves. La libertad no era posible sin los medios de subsistencia, y las escuelas socialistas trabajaban. La fantasía había creado en la literatura tipos imposibles. Y los que vivían en la realidad protestaban de que no se les presentaba el hombre tal cual era, y de que el Arte, no coadyuvando al progreso humano, iba haciéndose cada día más inútil. Se llegó á detestar esta facultad que es la flor del alma, la imaginación, porque, según la gráfica expresión del gran Cervantes, se había vuelto *la loca de la casa*, y esta casa era toda Europa. En fin, todos clamaron para que se les presentaran imágenes menos ilusorias de la Humanidad. El primer movimiento de la calma de

la imaginación fué interesado. Algunos tomaron el Arte como un oficio, como un lucro, y aparecieron grandes productores, fabricantes de literatura, más ó menos inspirados por la verdad histórica y por sus consecuencias sociales, como Dumas, Scribe, Federico Soulié y Eugenio Sue. El comercio de las ideas se inició, con el impulso de los grandes editores, como una verdadera industria. El talento y aun el genio fueron puestos á sueldo. Los conceptos perdieron en espontaneidad, la poesía revistió una expresión fría y plástica. El progreso de los periódicos ejerciendo el agio sobre las ideas, como los banqueros lo ejercían sobre los valores de la Bolsa, y la difusión de los Diarios, de esencia inferior y de ejecución casi siempre mediocre, rebajaron el nivel intelectual del público, si bien agrandándolo enormemente. La novela de folletín prostituyó el sentimiento noble de las letras en las almas. Lo inmediato, lo de momento tomó la importancia de lo superhumano.

No obstante, á pesar de esto, la literatura propiamente dicha no estaba muerta. Chateaubriand, al empezar este período, dicta sus memorias de ultratumba. En Cataluña, Balmes hace admirables libros, entre ellos *El Criterio*. Lamennais en sus últimos días escribe *Las palabras de un creyente;* Beranger, con un humor celta-latino, entona sus populares canciones alegremente irónicas; Lamartine se recoge en su serenidad cristiana y prorrumpe en *Armonías*, sus quejas sobre la pérdida de sus ensueños; Víctor Hugo escribe sus magníficas *Hojas de Otoño;* Jorge Sand asocia sus *Cuadros campestres* á sus relatos apasionados, y las quimeras de arte mezcladas al Sansimonismo de aquellos días; Balzac, el gran Balzac compone sus admirables novelas y escribe con pluma rápida su *Comedia Humana*, cincelando de mano maestra las principales lineaciones de la sociedad moderna; el mismo Alejandro Dumas lanza novelas y dramas, incorrectos, pero llenos de sentimiento; en el Teatro la célebre Rachel interpreta sucesivamente con maestría las obras de los grandes dramaturgos, sobresaliendo en las escenas trágicas y los atrevimientos dramáticos; Federico Lamaitre subyuga con los destellos de su talento de actor al auditorio francés que, ávido de sublime arte, acude al Teatro.

Pronto la nueva tendencia preludiada por Balzac y por Champ Fleury se presenta respondiendo á las exigencias del público. El arte trata ya de ser la expresión verdadera de la vida.

Hasta aquí la Vida había sido poco considerada. El Cristianismo la había relegado como cosa de ultratumba. La reacción jesuítica la había condenado. La Ciencia con su augusta majestad la reivindicó y la puso por encima de todo, como el elemento primordial de todo lo que es, como la esencia de la creación, como la primera y única manifestación divi-

na. El gran reivindicador fué Claudio Bernard, el creador de la Fisiología. Insiguiendo el método de Bacon y extendiéndolo, obtiene maravillosos resultados en el estudio del humano organismo y descifra el misterio de la Vida, y al descifrarlo lo enaltece. De otra parte Augusto Comte, con el mismo método, colecciona las ciencias y da nueva dirección *positiva* á la Filosofía. É inspirándose en los resultados de este método, surgen críticos



Víctor Hugo

que piden al Arte que se conforme con la fenomenalidad de la Naturaleza, y el *realismo* aparece en la literatura, como el *positivismo* en la filosofía. El gran Littré continúa á Comte y produce obras de una conciencia y de una exactitud maravillosas. Hace el proceso no sólo de la lengua francesa, sino de las neolatinas, Catalana-Provenzal, Española, Portuguesa, Italiana, y lo condensa y fija en un admirable Diccionario. Taine escribe las leyes del Arte de conformidad con los principios científicos modernos. Renán los aplica al dogma y conmueve las bases del Cristianismo, como Strauss en Alemania. Vacherot estudia con este método el final de la Antigüedad pagana en la *Escuela de Alejandría;* y el realismo crece y se extiende á otras literaturas y debuta en Inglaterra con aspiraciones elevadas en las descrip-

ciones de los grandes novelistas, lo mismo que en América y en los Países Eslavos, por más que en éstos, efecto del medio ambiente, las descripciones resulten patológicas las más de las veces, aunque sea altamente vital su tendencia.

De la observación de las costumbres á la observación íntima de los caracteres y á la de la constitución social sólo había un paso, y éste se dió gracias al favor en que entró el método de observación y de experimentación exacta. Un simple libro de una señora norteamericana, Enriqueta Beecher Stowe, levantó Europa y América contra la esclavitud aún reinante en ambos continentes.



David Federico Strauss

En Inglaterra otras plumas femeninas, miss Brontë, miss Gaskell y Jorge Eliot, ponían de relieve el sufrimiento de las mujeres pobres y los tormentos de la población de las ciudades industriales, víctimas de la vil explotación del hombre por el hombre. Además, en Dickens y en Thackeray, la novela inglesa vino á ser un gran instrumento de experimentación social para elevar la vida. En los Países Eslavos, aunque menos influídos por el alto sentido vital de los Sajones y los Latinos, Gogol, Goutcharof, Dostoiewski y el místico Tolstoi observaban la Naturaleza atentamente, aunque fuera para sacar consecuencias pesimistas y contrarias á ella. En Francia la corriente aumentaba. Surgía un genio, el gran Flaubert, que mezclaba sus tendencias románticas á sus hábitos positivos, y nos daba alternando una *Madama Bovary*, una *Salambó*, una *Educación sentimental*, una *Tentación de San Antonio*, los *Tres cuentos*, y por fin *Tuvard y Pecuchet* y sus *Cartas*, verdaderos monumentos de verdad y de comprensión de la vida, demostrando con sus escritos, que del conocimiento exacto de las cosas sale un estilo más firme, más escultural, más colorido y más conciso.

Por fin las cosas se extreman. Se observa sólo lo exterior de la vida, lo vulgar y hasta aquello que no vale la pena de que sea observado. Se

va más allá; con el nombre de *Naturalismo* se da preferencia á lo repugnante, á lo bajo, á lo soez, á lo feo. La realidad se interpreta como lo opuesto de la belleza, y sólo se ve una realidad vulgar é inmediata. Entonces aparecen Zola, los Goncourt, Guy de Maupassant y sus discípulos, titulados *Los medanistas*. Zola impera como un dios, gracias á su gran talento y á su producción abundante y continua. Y su influencia se extiende á otros, que sin su talento vienen á hacer mera literatura de inventario, en la que se describen nimiedades ó vulgaridades sin significación alguna.

Retrocediendo un poco, encontramos la tendencia social que avanza. Insiguiendo á Saint-Simón, á Fourier, á Cabet y otros, pero con mayor talento, Proudhón, dialéctico, lógico y polemista, toma el partido de la Revolución económica y publica un gran número de obras populares, entre las que se destacan *La Justicia en la Revolución y en la Iglesia*, y *El Principio federativo*, de cuyos escritos se hace eco el ilustre Pi y Margall en España. Edgardo Quinet, más imaginativo, con su *Hasverus*, y Eugenio Pelletán con su *Profesión de Fe del siglo XIX* hacen eco á *la filosofía del progreso* de Proudhón describiéndola en sueños humanitarios, los cuales son continuados y exagerados modernamente por Kropotkine, Reclús y Graves en sus teorías libertarias.



Carlos Dickens

Una evolución se produce contra la degeneración del crudo Naturalismo. Huysmans, Camilo Lemonier y otros de los discípulos de Medan reniegan del método del maestro y vuelven la vista á los ideales. Aparecen los novelistas psicólogos como P. Bourget, y empieza otra vez el análisis de las tendencias del espíritu, mezclado á la observación de las verdades sociales. Th. Bayle (De Stendael), escritor del Primer Imperio, desconocido de su tiempo, á quien su obra sobre *El Amor* y *la Cartuja de Parma* hacen célebre, les sirve de guía. Escritores sinceros impregnados de tendencias más ó menos cosmopolitas, afectados por las tendencias belga, escandinava ó rusa, se agregan á este grupo, que se denomina con nombres diversos y que llega al *simbolismo*, al *decadentismo* y hasta á la *delicuescencia*, no queriendo expresar ya ideas ni tendencias, sino estados vagos de la sensibilidad, casi siempre depresivos. Algunos son refinados y llegan á

un *preciosismo* diferente del de los tiempos de Luis XIII. Otros son historiógrafos de almas, que transcriben con emoción los diversos aspectos sensitivos de la vida moderna. Otros se dirigen á la Edad Media ó á otras épocas para sugestionar fuertes estados de ánimo, esencialmente dramáticos. Maeterlinck y Werhaeren sobresalen en esta clase de arte. Se renueva á Novalís, se traduce á Ruysbrock y en Bélgica surge una escuela mística moderna. El gran Renán continúa influyendo y tiene discípulos como Anatole France, que escribe de una manera sana y vital obras dignas de los buenos tiempos antiguos.



León Tolstoi

Al final, el siglo XIX en Francia tiene una pléyade de escritores que representan tendencias diversas. Alfonso Daudet deja geniales novelas que son admiradas por todos los amantes de las letras; Bourget continúa novelando las veleidades femeninas; Loti escribe maravillosos viajes, descritos con paleta de pintor y vistos con mente de poeta; Eduardo Rod y Julio Lemaitre se distinguen por sus estudios críticos; Brunetiere por su escepticismo de la ciencia; Guyau muere joven dejando valiosos escritos filosóficos. Además, Alberto Sorel, Caraguel, Pierre Louis, Andrés Theuriet, Carlos Morice, Octavio Mirbeau, P. Adam, René Ghil, P. Hervieu, Mauricio Barres y un sin fin de otros que se agrupan alrededor del *Mercurio de Francia*, de la *Revista Blanca*, de *L'Ermitage*, etc., llaman poderosamente la atención por sus escritos.

En la poesía, Leconte de Lisle deslumbra con sus poemas, Barbey D'Orevilly sigue á Baudelaire y quiere resucitar el Romanticismo, y Verlaine extravaga y se pierde en el *modernismo*. Moreas, Griego de nación, pretende introducir nueva armonía en la versificación francesa, mientras que Sully Prudhome, Banville, Coppée, Henry de Bornier, de Heredia, Augusto Barchain, Henry de Regnier, Catulo Mendes y mil otros continúan la poesía, tendiendo á lo que se llama Parnasismo á fuerza de limar la forma; y entre los poetas se destaca la potente figura de Juan Richepín, que, pretendiéndose descendiente de no sé qué tribu turania, blasfema de todo con el sublime arte de los poetas y de los dramaturgos griegos.

Hemos trazado el cuadro de la literatura en el siglo XIX, especialmente en Francia, pues ha sido la que ha marchado al frente; pero hemos de hacer notar que, al finar el siglo, una nueva tendencia se inicia. Bajo la influencia de autores extranjeros, que luego mentaremos, y de la difusión de las ciencias biológicas, especialmente de los escritos del gran Claudio Bernard, como hemos dicho, se da una importancia superior á la Vida. Se ve que esta es diferenciación creciente, y por tanto sinónima de acción y de libertad. Se desechan los pesimismos schopenhauerianos, y se concluye que la igualdad es sinónimo de muerte, pues no existe en la Naturaleza, y surge una tendencia vital y aristocrática que proclama la tendencia al Superhombre. Ésta se sobrepone al fraccionamiento inaudito de las escuelas á fines del siglo. Los naturalistas derrotan á los simbolistas, los teóricos del ideal mágico y sobrenatural palidecen ante la evidencia científica, y las tendencias de los autores ingleses, escandinavos y germánicos se imponen. Y todos estos vaivenes los sufren España é Italia de reflejo de Francia.



Carlos Darwin

Pasemos ahora una rápida revista á los demás países de Europa, tomándolos allí donde les hemos dejado, para ver la influencia que han ejercido, no sólo sobre la literatura francesa, sino sobre la de ambos mundos.

En Inglaterra señalaremos, á más de los ya mentados, los que han hecho más que aquéllos, los que han hecho la revolución del pensamiento moderno. Uno de los principales es Carlyle, el autor de tantas obras, cuyos principios se resumen en su tratado *De los Héroes* y en su *Sartor resartus*. Carlyle toma la defensa de los hombres superiores, de lo divino en lo humano, que sólo se manifiesta por el talento y el genio, y ataca la escuela utilitaria, tendiendo en bien de la Humanidad á la creación de una aristocracia de la inteligencia. Secúndale Ruskín, enamorado del Arte, y trata de poner una valla al mecanismo y al industrialismo opresor inglés, emancipando á los hombres de la fealdad y de la miseria. Sir John Lubbock proclama el placer como signo de vida y directriz de la moral, sentando que fuera de la vida no hay moral posible. Y sobre todos ellos

se levantan las colosales figuras de Darwin y de H. Spéncer, el primero dando las leyes de la organización de la vida en el Universo, y el otro aplicando estas leyes de la evolución de la vida á lo social y hasta á lo metafísico, que ya se llama *superorgánico*, y la *evolución* viene á ser la más grande de las leyes aceptadas por el intelecto moderno.

De otro lado los Alemanes siguen en el terreno de las ideas un curso análogo. En la primera mitad del siglo surge un pensador aislado, que sólo vagamente podía filiarse con Fichte, con Hume, y tal vez algo con Descartes. Este pensador es Max Stirner, que da un solo libro, pero colosal, *El Único*, el cual es el código del individualismo y el generador del anarquismo moderno, libro que fué desconocido en su época y que sólo hoy empieza á ser estudiado. Al tiempo que éste escribía, desdoblábanse las tendencias Hegelianas, dividiéndose los discípulos en derecha é izquierda. Los de la izquierda, á fuerza de dialéctica, destruyen todos los dogmas, hasta el de la Divinidad; proclaman el Amor y el *Tuísmo*, con Feuerbach, al tiempo que Augusto Comte proclamaba el *Altruísmo* en Francia, y paran con Bruno Bauer, Arnoldo Ruge y otros en la concepción del Materialismo científico, que es desarrollado en *Fuerza y Materia*, y otras obras, por Luis Buchner, y por Moleschott en su *Circulación de la vida*. El movimiento darvinista inglés influye en Alemania al par que el positivismo francés, y apartándose de investigar la causa primera, que Spéncer llama ya el *Incognoscible* y Hartmann el *gran inconsciente*, dedícanse los escritores filosóficos y científicos á estudiar la evolución natural, y aparece el gran filósofo naturalista Hœckel con su teoría de *Las tres genealogías paralelas*.



Federico Nietzsche

Hemos hablado de Hartmann. Hartmann es el continuador del pesimismo budista de Schopenhauer. A principios del siglo, este gran pensador estudia el problema del Mundo y de la Humanidad, y le parece que el simple hecho de existir es ya un dolor, que éste es producto de la voluntad, que el mundo es sólo una representación, y por tanto concluye con la anulación de la voluntad para curar el dolor en los seres. Y Hartmann llega á más y proclama la destrucción de los Universos.

Pero estas tendencias fracasan ante las verdades de los naturalistas, que demuestran que lo negativo es el dolor, que lo positivo es el placer, el cual es señal de Vida; y surge un pensador genial que, influído de un lado por los Ingleses y de otro por los naturalistas alemanes, proclama la su-

premacía de la Vida, la fin del sufrimiento cristiano, alienta á la continua lucha, tiende á la aristocracia de las grandes cualidades, y predice la venida de un superior á la especie Humana, que él llama el Superhombre. Tal es Federico Nietzsche, cuyas principales ideas están concretadas en su *Zarathustra,* además de las muchas obras que tiene escritas (1). Y en el Teatro surgen genios como Hauptman y Suderman, que defienden tendencias análogas.

Y los Países Escandinavos las defienden en el Teatro, con un individualismo y un relieve de la personalidad humana inauditos, y llenan Europa de obras que asombran, dignas de la época Antigua y de la época Española. Tales son Ibsen, Bjorson y Ola Hausson.



Sudermann

Y todas estas corrientes, vertiéndose en Francia y en Rusia, producen las tendencias que hemos anunciado.

Rusia de su lado continúa admirando al místico Tolstoi, que ha hecho una extraña mezcla de cristianismo primitivo y de anarquismo. Pero surge la tendencia vital Nietszchiana con Marejoswki, con Fofanof y con Gorky, el cual retrata maravillosamente los aspectos de la Naturaleza que ve con ojos de poeta.

Antes de abandonar los pueblos del Norte, dediquemos aunque sean breves palabras á los Norteamericanos.

Basta conocer las obras que han escrito sus autores para ver lo que han contribuído al universal movimiento literario en todo el transcurso del siglo. *Las epopeyas indias* de Fenimore Cooper, las finísimas descripciones de W. Irving, las imaginativas y extraordinarias narraciones de Edgardo Poë, las obras de una gran poetisa moral, Mistress Beecher Stowe y las de Mistress Cumming, las escenas humorísticas naturales y vivientes de Haliburton, las finas sátiras y las picantes fisiologías de Wilhem Holmes, tan diferentes de las parodias caricaturescas de un Marc Twain, los admirables análisis de Hawthorne, los pintorescos cuadros de la vida californiana de Bret Harte, ó de la vida criolla, de George Cable: basta citar es-

(1) Las principales son: *Más allá del Bien y del Mal, La Gaya Ciencia, Aurora, El origen de la Moral, El Anticristo, El origen de la Tragedia,* etc.

tos solos nombres para dar una idea de la riqueza y originalidad de la literatura norteamericana.

Pero hay más, el Norte-América ha tenido sus pensadores y hombres de ciencia, como Dráper, el atrevido filósofo positivista, y como Emerson, que abundando en análogas ideas á las de Carlyle, aunque con una originalidad propia, publicó sus *Ensayos* y sus *Representantes de la Humanidad*, estudios que han influído no poco en las corrientes aristárquicas actuales de la Europa intelectual moderna. Además, entre otros muchos, citaremos el gran poeta Pablo Wittmann, cuyas obras geniales admiran á todos los amantes de las letras.



Enrique Ibsen

Hay que ocuparnos ahora del incremento imprevisto de la literatura Tcheque, que obedece al desarrollo de su pensamiento y de su instinto de autonomía, así como el despertar de la Bohemia, reconquistando por el talento de sus escritores la plena independencia de su lengua y de su espíritu nacional. También hay que mentar á los Servios y á los Búlgaros, entre los cuales se multiplican las escuelas, las publicaciones y las cátedras científicas. Belgrado, Sofía, Philipópoli no eran á principios del siglo XIX más que villorrios bárbaros, y hoy ya son verdaderos centros de civilización y de cultura.

Curioso sería también el seguir las corrientes literarias de la Joven Grecia, que está haciendo fructuosos esfuerzos para reanudar la rota cadena de la más gloriosa de las tradiciones, pues hay que hacer constar que después de su libertad los Griegos se pusieron á trabajar en el terreno de las letras, insiguiendo sus antiguas tradiciones, pero con arreglo á los principios modernos. Luchas periódicas se han entablado entre ellos, ya para defender la pureza antigua de su lengua, ya para cultivar la lengua popular moderna, contribuyendo ambas tendencias á su perfección.

Poetas, críticos, oradores, historiadores, etc., todo ha vuelto á renacer en el antiguo suelo helénico, en el cual varios publicistas se han hecho dignos de la lengua de un Tucídides y de un Jenofonte.

También el alma Húngara ha resucitado cada día más fuerte y más autónoma, dando escritores de nombre tan ilustre como Vorosmarty, y Pœ-

tefi en una época ya algo lejana, que preludiaron los de Cziki, de Doczy, de Eotvos y del universal Jokai.

También hemos de hacer constar que, paralelamente con Europa, el Japón, civilizándose á la carrera, está dando ahora nombres ilustres á las letras, especialmente en el drama y en la novela.

Y pasaremos ahora á ocuparnos de nuestra España y de las Américas latinas.


José Zorrilla

Hemos dejado á España en el movimiento romántico. Efectivamente, éste cuadraba más al temperamento español que el clasicismo. Así es que aquí tuvieron eco los Víctor Hugo, Musset, Wálter Scott, Byron, etc. En este período diéronse á conocer, á más de los ya mentados, Espronceda, Larra y Zorrilla, García Gutiérrez, Gil y Zárate, Santos Alvarez, Ventura de la Vega, Bretón de los Herreros y otros. El Teatro tuvo un gran renacimiento como la Oratoria. Si ésta contó con J. María López, con Cortina y con Olózaga, el Teatro vió producciones como *El Trovador*, *El Zapatero y el Rey*, *Don Juan Tenorio*, *Los Amantes de Teruel*, *Carlos II el Hechizado*, etc. También la Historia floreció con San Miguel y Lafuente. Y pasado este movimiento, surgen escritores menos fogosos, pero también notables, como Trueba, Fernán Caballero, Selgas, Severo Catalina, y en el Teatro Eguílaz, Ayala, Serra, Tamayo y Baus, etc., dándose á conocer pronto otros, como Fernández y González, Manuel del Palacio, Núñez de Arce, Campoamor, Valera, Roberto Robert, Balaguer, Ribera, Castelar, Pí y Margall, Alarcón, etc. La Revolución, despertando las inteligencias, hizo brotar nuevos talentos y entonces aparecieron Enrique Gaspar, Sánchez Pérez, Eusebio Blasco, Echegaray, Emilia Pardo Bazán, Pérez Galdós, J. M. Bartrina, Revilla, Giner de los Ríos, Jacinto O. Picón,

Alas, Pereda, Ortega Munilla, Sellés, Armando Palacio Valdés, Menéndez Pelayo y otros. Luego vino el naturalismo, que cayó en manos de López Bago y de Zahonero, y después las tendencias modernas se han encarnado en Joaquín Dicenta, Pío Baroja, Maeztu, Benavente y Martínez Ruiz.

Mas el movimiento que ha sorprendido es el que se ha originado con el renacimiento de Cataluña. Éste empezó á mediados del siglo con la *Oda á la Patria* de Aribau, y con las poesías románticas de V. Balaguer y de otros, y hoy ya es una literatura espléndida.

Pero hay que advertir que en Cataluña había ya en lengua castellana un movimiento literario propio. Capmany escribía el castellano de una manera clásica, Cabanyes publicaba inspiradas poesías en metro libre cual los latinos, Piferrer vertía su alma entusiasta en sonoros versos, Raimundo Martí publicaba su *Filosofía elemental*, López Soler con Aribau redactaba *El Europeo*, Sanpóns trataba del derecho natural y del derecho civil de conformidad con la escuela escocesa, Pi y Margall publicaba las *Bellezas de Barcelona*, su *Historia de la pintura* y la primera parte de *La Reacción y la Revolución*.

Al despertar en Cataluña el espíritu propio con su propia lengua, primero se quiso reanudar, como era natural, la antigua tradición literaria de los trovadores de Cataluña y de Provenza. Restauráronse los *Juegos Florales* y vinieron á Barcelona Mistral, Roumieu, Roumanille, Félix Gras, Paul Arene y otros escritores provenzales que en su país resucitaban la misma lengua. De los Juegos Florales iban surgiendo poetas de genio. De allí han salido el inimitable poeta épico y místico Jacinto Verdaguer, de allí Guimerá con sus cantos de un lirismo heroico víctorhugiano y sus dramas llenos de calor y de vida; Apeles Mestres con sus *Idilios*, sus *Baladas*, sus *Canciones*, sus *Poemas íntimos*, sus *Alpestres* y el sin fin de otros versos en que revela su amor á la Naturaleza; Mateu con sus enérgicas poesías; Aniceto Pagés con sus versos grandiosos y apocalípticos, y un sinnúmero de otros astros que forman constelación con estos soles.

Al lado del verso serio florece el jocoso con la sátira y la parodia. Serafín Pitarra (Soler) fundaba el Teatro Catalán con sus *gatadas* de inimitable verbo humorístico, y lo continuaba con sus chistosas comedias y sus espeluznantes dramas. Seguíanle Arnau y C. Roure, y luego Feliu y Codina. En el género cómico distinguíanse Aulés y los populares y simpáticos cuadros de Vilanova. Mientras que en la prosa seria se revelaban muchos notables escritores. Sin contar los que escribieran en español, que son varios y notables, la novela tuvo sus representantes en Oller, que adoptó el naturalismo; en Pin y Soler, que no sólo ha hecho novelas ejemplares, sino también dramas que compiten con ellas por su originali-

dad y estudio profundo de las costumbres, y en Víctor Catalá, que presenta escenas rurales de un realismo extraordinario. Santiago Rusiñol ha escrito libros de un gran sentimiento artístico, así como piezas para la escena de una jocosidad especial. Juan Maragall, tan buen prosista como delicado poeta, y por fin mil otros han entrado en el movimiento moderno, escribiendo en lengua catalana y castellana indistintamente libros, artículos de revistas, periódicos, etc., produciéndose una literatura completa, con tendencias vitales, en general moderna casi siempre.



Mosén Jacinto Verdaguer

En otras provincias ha habido también un movimiento regional literario relativamente importante, en especial en las del Norte, el país Gallego, las Provincias Vascas y Navarra. Todos conocen los nombres de Curros Enríquez, de Arturo Campión y de otros. En Valencia han florecido muchos, entre los cuales Llorente y Blasco Ibáñez son bien conocidos y apreciados. En cuanto á las Provincias Andaluzas, los talentos que han producido han ido á fundirse en la literatura general castellana, cuyo foco es Madrid.

Portugal, habiendo adoptado las modernas corrientes científicas, ha dado en estos últimos años nombres ilustres á las letras, entre los que nos vienen á la memoria el de Teófilo Braga y el del ilustre poeta Texeira Bustos.

En Italia, el movimiento literario, que no ha cesado ni un solo momento en la segunda mitad del siglo XIX, ha ido en progresión creciente en sus últimos años. Así, á más de los Carducci, Cavalotti y otros poetas inspirados, ha dado al genial D'Annunzio, al que no sabemos cómo admirar más, si como poeta ó como novelista; al ilustre Bovio, autor de la *Trilogía;* á Luis Capuana, autor de las *novelas campesinas*, y á tantos otros literatos de gran talento cuya lista sería interminable, sin contar los científicos, como Mantegazza, Lombrosso, Mosso, De Esquilache, etc., etc., que han puesto las ciencias al nivel de las de las primeras naciones del Mundo.

Hay que ocuparnos, antes de terminar la reseña de la moderna literatura, aunque el espacio que nos resta sea poco, de los progresos que ésta ha hecho en las Américas latinas en lengua castellana. No bastaría un tomo para ello. Esos países jóvenes han demostrado en los últimos años tener una savia y una fecundidad extraordinarias. Mejor orientados (¿por qué no hemos de decirlo?) que la mayoría de los escritores castellanos, en lugar de estudiar nuestras viejas tradiciones, hanse dirigido para sus estudios á las naciones de las cuales emanan corrientes que miran al porvenir. Francia ha sido, en general, la mediadora que les ha informado del movimiento europeo. Y con el fuego y la fácundia naturales americanos, hanse producido poesías bellísimas y obras en prosa que pueden alternar con las de Europa. En Buenos Aires ha aparecido una tendencia diferenciadora. Así como del antiguo latín surgieron los romances, los Argentinos, modificando el castellano de acuerdo con la naturaleza propia del Plata, han empezado la tarea de crear el idioma nacional argentino.

Larga sería la lista de los ilustres literatos americanos. Nos concretaremos á citar algunos nombres gloriosos, pidiendo que se nos dispensen las omisiones. Empezaremos por citar á Ricardo Palma, de Lima, autor de *Las Tradiciones Peruanas*; al malogrado poeta cubano Plácido Valdés; á Juan Montalvo, ilustre cervantista de estilo castizo, natural del Ecuador; á Soledad Acosta de Samper, colombiana; á Gertrudis Gómez de Avellaneda, distinguida escritora cubana; al eminente Antonio Caro, colombiano; al general Bartolomé Mitre, escritor militar argentino; á D. Carlos M.ª Ocantos y al Dr. Pastor Obligado, novelistas notables; al poeta Olegario Andrade; á Ricardo Gutiérrez, poeta también; á Carlos Encina, á Pedro B. Palacios *(Alma fuerte)*, á Joaquín Castellanos, todos argentinos; á Juan Zorrilla de San Martín, el celebrado autor de *Tabaré*, poema indio que honra á Montevideo; á Ruben Darío, de Nicaragua; á Barros Arana y á Huneeus Gana, chilenos, habiendo escrito el último un notabilísimo estudio sobre la literatura española; al gran académico Andrés Bello, colombiano; á Vicente Riba Palacios, y á toda la pléyade que colabora tan brillantemente en la *Revista Moderna de Méjico*.

El principio de este siglo se presenta con grandes promesas de un brillante período literario futuro. Apenas se pasan algunos meses qué no se descubra algún escritor ignorado. Nuevas tendencias surgen en todos los países; y éstas se entrecruzan y se funden como para formar un espíritu supernacional humano que sintetiza todas las razas cultas en un círculo de actividad común. No queremos profetizar lo que el porvenir tiene reser-

vado á la parte civilizada del planeta; pero lo más probable es que cada día irán surgiendo nuevos genios, y que á la par que las ideas de la Literatura en lo futuro serán más vastas, más generales, su expresión gráfica corresponderá más al temperamento individual, al carácter de la raza y al medio ambiente; es decir, que el progreso se cumplirá por diferenciación creciente y por convergencia creciente también de los elementos diferenciados. Los genios cada día tendrán una personalidad más distinta, siendo al propio tiempo más superiormente humanos.

FIN

INDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN ESTE TOMO

Páginas

PREFACIO. VII

LIBRO PRIMERO

ANTIGUO ORIENTE

CAPÍTULO I.—Preludios de la civilización humana. Falta de primeros datos de la expresión del pensamiento fijado. 1

— II.—*Antiguo Egipto.*—Formación étnica de los habitantes del valle del Nilo. Su antigua literatura. Colección de cantos ditirámbicos. Su literatura funeraria y el *Libro de los muertos*. La escritura jeroglífica, la hierática y la demótica. 4

— III.—*La Caldea.*—Primitivos pobladores Accadios y Sumires. El Elam y la Nación Susiana. Escritura accadiana cuneiforme y su literatura curativa. Los Caldeos y su literatura mágica. Babilonia y sus leyendas sagradas. Beroso. En el resto del Asia. . . 22

— IV.—*La India Aria.*—Los Arios. División y emigración. Los *Vedas* y su magnífica poesía cosmogónica. 57

— V.—*La India bracmánica ante y post-budista.*—La literatura sagrada en el brahmanismo prebúdico. Textos budistas, jainas, sivaítas, vishnuítas. El *Ramayana* y el *Mahabarata*. El Teatro post-budista. 82

— VI.—*Los Persas.*—La literatura religiosa entre los pueblos iranios. Zarathustra y el *Zend Avesta*. El *Bundahesh*. 118

— VII.—*La poesía árabe anteislamita. Nábiga*. 127

— VIII.—*Los Beni-Israel.*—Su literatura prebíblica. Relatos patriarcales y cantos heroicos. 137

LIBRO SEGUNDO

ANTIGÜEDAD CLÁSICA

CAPÍTULO I.—*Los Helenos hasta la época de Alejandría.*—La literatura en tiempo de los Aedas. Homero y los Rapsodas. Hesiodo. Poetas atenienses. El Teatro: Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes. Los filósofos jónicos, los de Elea; Pitágoras, Sócrates, Platón, Aristóteles, y demás. Los sofistas y los retóricos; los cínicos y los estoicos, etc. Los oradores. Los historiadores. Literatura médica.. 143

Páginas

CAPÍTULO II.—*Los Griegos de Alejandría y del Imperio Romano.*—Reglamentación de las letras bajo los Ptolemeos; poetas bucólicos, elegíacos y pléyade trágica; oradores y científicos. Grecia romana; oradores, historiadores, médicos. Entra en el Imperio el pueblo judaico, por Alejandría; la *Biblia* y su redacción jeovista; carácter de la literatura israelita; se modifica en Jerusalén; se heleniza en Alejandría; los Profetas; los Apocalipsis; Judíos helenizantes; el Dios único Adonaí; literatura evangélica. Alejandría romana; neoplatónicos; taumaturgos; gnósticos; Juliano emperador; período bizantino; escasez de escritores; cronistas y gramáticos. Padres de la Iglesia griega. 188

— III.—*Roma.*—La literatura latina primitiva. La literatura en la República Romana; las influencias helénicas; dramaturgos; Lucrecio, etc.; el siglo de Augusto; Virgilio, Horacio, Ovidio, Cicerón, etc. Época de Nerón; Lucano, Séneca, etc.; corrupción de la poesía; decae la Filosofía; se reanima bajo Trajano; las vindicaciones de los historiadores y de los satíricos; Juvenal, Tácito, Suetonio, etc.; continúa hasta Marco Aurelio la edad de plata de las letras. La decadencia; gramáticos y filólogos. Los Padres de la Iglesia latina. 209

APÉNDICE AL LIBRO II.—Capítulos I y III. 235

LIBRO TERCERO

EDAD MEDIA

CAPÍTULO I.—*Baja latinidad y Bárbaros.*—Lengua y literatura latinas después de la invasión; leyenda de santos. Las letras en Bizancio. Literatura escandinava; Escaldas; los dos Eddas; las Runas; las Sagas. 241

— II.—*Extremo Oriente.*—Escritura y literatura chinas. Dinastías literarias. Florecimiento literario del Japón y de la Indochina. . . 248

— III.—*El Islam.*—Literatura oriental arábigo-pérsica. Firdusi. . . . 254

— IV.—*Francia.*—En latín. Carlomagno. Lengua de oc y lengua de oil. Trovadores y troveros. Canciones de gesta, romances. Misterios, crónicas. 261

— V.—*Provenza-Langüedoc y Cataluña.*—Decadencia de las canciones de gestas; los romances de aventuras. El amor y la mujer. Principios de la literatura provenzal. Trovadores; las letras en Cataluña. 271

— VI.—*Castilla.*—Principios de la literatura castellana. Alfonso *el Sabio;* su protección á las letras lemosinas; influencia de éstas en el castellano; las letras en tiempo de Juan II hasta los Reyes Católicos. 280

— VII.—*Alemania é Italia.*—Aspecto general de Europa á fines del siglo XIII. Alemania. Minnesœnger. Siglo XIV; Dante, Petrarca, Bocaccio. 285

LIBRO CUARTO

EDAD MODERNA

CAPÍTULO I.—*El Renacimiento.*—Acontecimientos que lo determinan; el Humanismo y sus antecedentes; Erasmo, Ulrico de Hutten, Ma-

Páginas

quiavelo, etc. La Italia de Miguel Angel; el Aretino; el Ariosto, etc. España, Boscán, Garcilaso, Hurtado de Mendoza, principios del Teatro; «La Celestina.» Preludios de la Reforma; Vergerio; Rabelais. 299

CAPÍTULO II.—*La Reforma y la reacción eclesiástica.*—En Francia: Montaigne. En Italia: el Tasso; el Marinismo; Galileo; Campanella; Giordano Bruno. En España: Valdés; Ercilla. Portugal; Camoens. Polonia. Principio del 1600. 312

— III.—*La gran España literaria.*—El Teatro y su desarrollo rápido; Lope de Vega y Calderón rompen las reglas. Carácter del drama español; el honor. La novela; Cervantes; Quevedo. Otros escritores. Los místicos y los devotos. . , ... 324

— IV.—*Inglaterra.*—El Teatro inglés y los autores; Marlove; hostilidad protestante; Spéncer. Shakespeare. 335

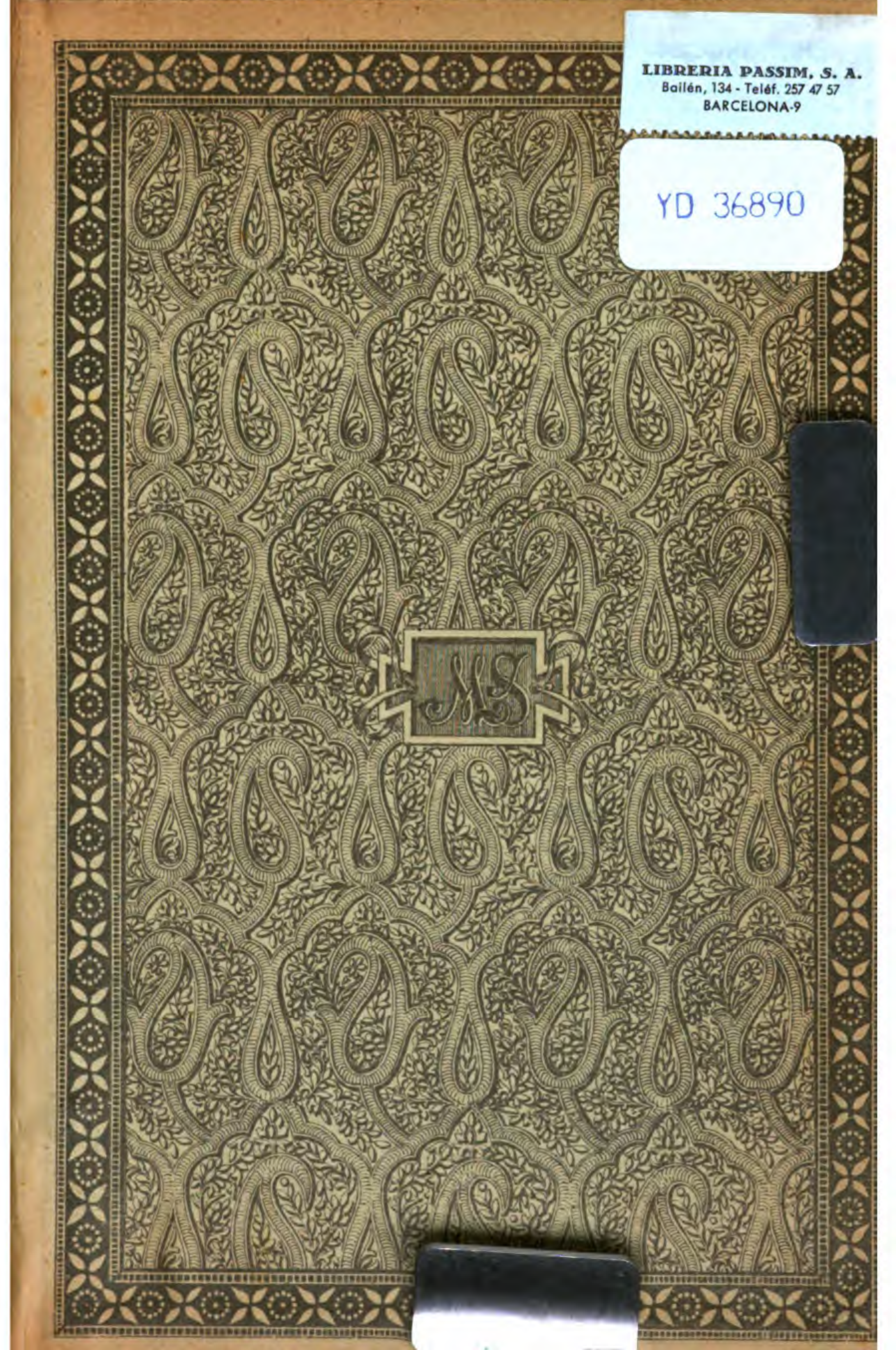
— V.—*Siglo XVII.*—Francia; división del siglo. El Hotel Rambouillet; la Academia y Port-Royal; carácter de la literatura en tiempo de Luis XIII; los grotescos y los pensadores. Las letras con Luis XIV. Inglaterra y Milton. Renacimiento literario de Holanda. Alemania imita á Francia.. 340

— VI.—*Siglo XVIII.*—Francia; indecisión literaria; la filosofía viene á animar la literatura; Voltaire, Rousseau y los enciclopedistas. Alemania acepta las ideas de Francia. Inglaterra influye en los pensadores franceses. Italia y España influídas por lo francés. La Revolución. 348

— VII.—*Siglo XIX.*—Alemania dirige las inteligencias; Gœthe y Schiller renuevan la estética; el pensamiento alemán; Kant, Schelling, Fichte, Hégel, etc.; nace el Romanticismo al impulso patriótico de Schlégel; Adam Muller, Novalís, Tiek. Su transformación; Francia, España y demás naciones; abuso de imaginación; reacción del sentido positivo; escuelas cientificas; movimiento poético editorial; el realismo y el naturalismo; Zola y sus discípulos; el psicologismo y el simbolismo; la tendencia vital aristárquica; la filosofía alemana de Max Stirner á Nietzsche. Los evolucionistas; Darwin, Ibsen, etc.; la literatura contemporánea en las diversas naciones. El porvenir literario. 355

ADVERTENCIA.—Las láminas *El Juicio de los muertos ante el dios Osiris en la sala del tribunal subterráneo* y *Lápida de inscripciones encontrada en 1799 cerca de Rosette* deben colocarse respectivamente en las págs. 16 y 18.


MS


NS


ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL
BARCELONA